

Historia de la Revolución de Inglaterra desde el ...

François Pierre Guillaume (Guizot, M. Guizot


UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

531940094X

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE INGLATERRA.

FERNANDO GASPAR, EDITOR.

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE
INGLATERRA

DESDE EL ADVENIMIENTO DE CARLOS I, HASTA SU MUERTE.

POR M. GUIZOT.

TRADUCIDA

POR D. F. M.

EDICION ADORNADA CON MAGNIFICOS GRABADOS QUE REPRESENTAN VISTAS, RETRATOS DE LOS PRINCIPALES PERSONAGES QUE FIGURAN EN LA OBRA Y ESCENAS DE LA REVOLUCION.





MADRID:
IMPRENTA DE D. FERNANDO GASPAR, EDITOR,
CALLE DE LA CABEZA, 36.

1856.

EL AUTOR.

La historia de la Revolucion de Inglaterra comprende tres grandes períodos. En el primero, de 1625 á 1649, la vemos prepararse, estallar y quedar consumada: en el segundo, de 1649 á 1660, trata ya de fundar su gobierno, á que da el nombre de República, y sucumbe en esta empresa: el tercer período es el de la reaccion monárquica, esplotada por la prudencia escéptica de Cárlos II, que solo le pedia la satisfaccion de su egoismo, y agotada por la pasion ciega de Jacobo II, que quiso llevarla hasta el establecimiento del poder absoluto. En 1688, la Inglaterra llegó al punto que se proponia en 1640, y cerró la carrera de las revoluciones para entrar en la de la libertad.

En el presente libro se refiere la historia del primer período, esto es, desde el advenimiento de Cárlos I al trono, hasta su muerte.

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE
INGLATERRA.

LIBRO PRIMERO.

Advenimiento de Cárlos I al trono.—Estado y disposiciones de la Inglaterra.—Convocacion del primer parlamento.—Su espíritu.—Su disolucion.—Ensayos de arbitrariedad.—Su mal éxito.—Segundo parlamento.—Acusacion del duque de Buckingham.—Disolucion del parlamento.—Mala administracion de Buckingham.—Tercer parlamento.—Peticion de derechos.—Prorogacion del parlamento.—Asesinato del duque de Buckingham.—Segunda legislatura del tercer parlamento.—Nuevas causas del descontento público.—Cólera del rey.—Disolucion del tercer parlamento.

(**1625.-1629.**)



L 27 de marzo de 1625 subió Cárlos I al trono, y convocó á poco un parlamento (1). Apenas se hubo reunido la Cámara de los Comunes (2), cuando sir Benjamin Rudyart, honrado ciudadano, á quien se consideraba en el anterior reinado enemigo de la córte, se levantó pidiendo que en adelante se procurase cuidadosamente mantener entre el rey y el pueblo una perfecta armonía : «Porque, dijo, podemos esperarlo todo del monarca que nos gobierna, en punto á la felicidad y libertades del pais.

Toda Inglaterra se entregaba en efecto al júbilo y á la esperanza ; y

(1) El 2 de abril de 1625.
(2) El 18 de junio de 1625.

no eran esas esperanzas vagas, esas alegrías tumultuosas que se manifiestan al asomar un nuevo reinado; sino una confianza séria, general, y que parecia muy fundada. Cárlos era un príncipe de costumbres graves y puras, de una piedad reconocida por todos, aplicado, instruido, frugal, poco inclinado á la prodigalidad, reservado sin aspereza, digno sin arrogancia; mantenia en su casa la decencia y el arreglo; todo en él anunciaba un carácter elevado, recto y amigo de la justicia; su aire y sus modales contenian á los cortesanos y agradaban al pueblo; sus virtudes le habian grangeado el aprecio de los hombres de bien. Cansada la Inglaterra de las costumbres innobles, de la locuaz y vulgar pedantería, de la política pusilánime de Jacobo I, esperaba ser feliz y libre bajo el reinado de un monarca á quien podria respetar.

Cárlos y el pueblo ingles ignoraban hasta que punto eran ya estraños uno á otro, ni que causas, obrando hacia mucho tiempo y cada vez mas poderosas, harian pronto imposible entre ambos toda armonía.

Dos revoluciones, visible una y harto ruidosa, interior, ignorada, pero no menos cierta otra, se verificaban á la sazon: la primera, con respecto al poder real europeo, y la segunda con relacion al estado social y á las costumbres del pueblo ingles.

Por aquel tiempo la monarquía, libre de sus antiguas trabas, se constituia en todas partes casi absoluta. En Francia, en España, en la mayor parte de los Estados del Imperio germánico, habia subyugado á la aristocracia feudal, y ya no protegia las libertades de los muncipios, pues que no los necesitaba para oponerlos á otros enemigos. La alta nobleza, como si hubiese perdido hasta el sentimiento de su derrota, se agrupaba alrededor de los tronos, casi orgullosa con el brillo de su vencedor. La clase media, dispersa y timorata, gozaba del órden naciente y de un bienestar hasta entonces desconocido, trabajando para enriquecerse é instruirse, pero sin pretender aun tomar parte en el gobierno del Estado. Donde quiera la pompa de la córte, la administracion rápida, la estension y la regularidad de las guerras proclamaban la preponderancia del poder real. Prevalecian las máximas del derecho divino y de la soberanía de los reyes, débilmente atacadas en los mismos paises donde no se las reconocia. En fin, los progresos de la civilizacion, de la literatura, de las artes, de la paz y de la prosperidad interior, realzando el triunfo de la monarquía pura, inspiraban á los príncipes una confianza presuntuosa y á los pueblos una complacencia mezclada de admiracion.

La monarquía inglesa habia esperimentado tambien este movimiento

europeo. Desde el advenimiento de la casa de Tudor al trono (1), habia cesado de tener por enemigos á los orgullosos barones, que, demasiado débiles para luchar individualmente con su rey, se habian coaligado en otro tiempo, ya para mantener sus privilegios, ya para tomar á viva fuerza parte en el ejercicio de la soberanía. Mutilada, empobrecida, abatida por sus escesos, sobre todo en la guerra de las dos Rosas, aquella aristocracia, tanto tiempo indomable, cedió casi sin resistencia, primero á la altiva tiranía de Enrique VIII, y en seguida al hábil gobierno de Isabel. Enrique, convertido en gefe de la iglesia, poseedor de bienes inmensos, y distribuyéndolos pródigamente entre las familias á quienes concedia nueva grandeza ó que restituia á su antiguo brillo, empezó la metamórfosis de los barones en cortesanos; metamórfosis que Isabel consumó. Mujer y rey, una córte brillante la acataba, humillándose ante su autoridad, y la nobleza se precipitó en pos de ella anhelante, sin escitar por ello el descontento público: ¡singular prestigio el de poder servir á un monarca popular, buscando por medio de intrigas y entre regocijos el favor de una reina que tenia la confianza del país! Las máximas, las formas, el lenguaje, y con frecuencia la práctica misma de la monarquía pura, se perdonaban á un gobierno útil y glorioso para la nacion; el afecto popular echaba un velo sobre la rastrera conducta de los cortesanos; y junto á una mujer cuyos peligros tenian que ser funestos al Estado, el mas ilimitado rendimiento era una ley para el noble y un deber para el protestante y el ciudadano.

Los Estuardos debian ir mas lejos en la senda que habia emprendido la monarquía inglesa desde el reinado de los Tudor. Jacobo I, escocés y descendiente de los Guisas, por los recuerdos de su familia y las costumbres de su país era adicto á la Francia y estaba acostumbrado á buscar sus aliados y modelos en el continente donde un príncipe ingles no veia de ordinario mas que enemigos. Por eso se mostró desde luego imbuido mas profundamente que Isabel y Enrique en las máximas que cimentaban entonces en Europa la monarquía pura, profesándolas con el orgullo de un teólogo y la complacencia de un rey, y protestando á cada instante contra la timidez de sus actos y los límites de su poder. Precisado algunas veces á defender con argumentos mas directos y sencillos las medidas de su gobierno, las prisiones arbitrarias ó los tributos ilícitos, alegaba el ejemplo del rey de Francia ó de España: « El rey de In-

(1) En 1485.

glaterra, decian sus ministros á la Cámara de los Comunes, no puede ser de peor condicion que sus iguales : » y era tal, aun en Inglaterra, la influencia de la revolucion llevada á cabo en las monarquías del continente, que los enemigos de la córte se encontraban perplejos al oir este lenguaje, casi convencidos de que la dignidad de los príncipes exigia que gozasen de los mismos derechos, é ignorando como armonizar esto con las libertades de su pais.

Cárlos, educado desde su infancia con tales pretensiones y máximas, estuvo mas espuesto al contagio en cuanto llegó á la mayor edad : debiendo casarse con la infanta de España, el duque de Buckingham le sugirió la idea de pasar secretamente á Madrid en busca del objeto de su cariño. Agradó á la imaginacion del jóven tan caballeresco designio; pero era preciso obtener el consentimiento del rey. Jacobo se negó, se encolerizó, lloró, y cedió al fin mas bien á los ruegos de su favorito que á los de su hijo. Cárlos fue recibido solemnemente en Madrid (1) : allí vió en todo su esplendor el trono majestuoso, soberano, obteniendo de sus servidores un respeto casi religioso, encontrando rara vez obstáculos á sus caprichos y venciéndolos constantemente. Su enlace con la infanta no se efectuó ; pero en cambio se casó con Enriqueta María, princesa de Francia ; pues su padre no encontró en ninguna otra córte, fuera de las ya nombradas, una alianza digna de su trono (2). El influjo de esta union en el ánimo del príncipe ingles fue idéntico al que habia esperimentado en España, y creyó ver en ambas monarquías la imágen de la condicion natural y legítima de un rey.

De este modo el poder real ingles, á lo menos en el monarca, sus consejeros y su córte, seguia el mismo rumbo que las monarquías del continente. Tambien en Inglaterra eran de notar los síntomas y los esfuerzos de la revolucion consumada en otros puntos, y que en sus mas modestas pretensiones no permitia á los súbditos nada que no llevase el carácter de concesion generosa del soberano.

Pero, mientras en el continente esta revolucion encontraba á los pueblos aun incapaces de resistir y quizá dispuestos á doblar el cuello al yugo, en Inglaterra, una revolucion contraria, sordamente acaecida en la sociedad, habia minado ya el suelo bajo los pasos de la monarquía pura y preparaba su ruina en medio de sus progresos.

(1) En marzo de 1623.

(2) Este matrimonio no se verificó hasta junio de 1525.

Al advenimiento de los Tudor, cuando la alta aristocracia se humilló á los piés del trono, los municipios ingleses no se encontraban todavía en estado de ocupar su puesto en la lucha de la libertad contra el poder; ni siquiera hubieran osado pretender una parte en el honor del combate. En el siglo XVI, época de los mas rápidos progresos de los municipios, se habia limitado su ambicion á hacer confesar sus primeros derechos y á conquistar algunas garantías incompletas y vacilantes. Nunca habian soñado en asociarse á la soberanía, ni en intervenir de un modo permanente y decisivo en el gobierno del país: solo á los barones convenia tan alta pretension.

En el siglo XVI, arruinados los municipios al par que los barones, por las guerras civiles, tenian necesidad de órden y reposo: la monarquía se lo proporcionó imperfecto todavía, y sin embargo mas seguro y regular que el que habian disfrutado hasta entonces. Así fue que aceptaron el beneficio con vivo reconocimiento. Separados de sus antiguos jefes, casi solos en presencia del trono y de los barones, sus antiguos aliados, fue sumiso su lenguaje y tímida su conducta, dando á entender al monarca que en adelante el pueblo seria dócil como los magnates.

Pero, en Inglaterra no era el pueblo, como en el continente, una coalicion mal unida de ciudadanos y labradores lentamente emancipados y abrumados aun bajo el peso de su antigua servidumbre; desde el siglo XIV habia formado parte de los municipios ingleses una porcion numerosa de la aristocracia feudal, todos los poseedores de pequeños feudos demasiado pobres y poco influyentes para compartir la soberanía con los barones, pero envanecidos con su orígen, y por largo tiempo poseedores de iguales derechos. Constituidos en jefes de la nacion, la habian robustecido mas de una vez mostrando una osadía de que hubiera sido incapaz la clase media, obrando por sí sola. Debilitados y abatidos con las calamidades de las discordias civiles, no tardaron en recobrar durante la paz su importancia y orgullo. Mientras que la alta nobleza se reunia alrededor de la Córte para reparar sus pérdidas, recibiendo prestadas grandezas tan corruptoras como precarias, y que, sin restituirle sus antiguas riquezas, la iban separando mas y mas del país; los simples caballeros, los terratenientes, la clase media, pensando solo en los réditos de sus tierras y de sus capitales, aumentaban su riqueza, su crédito, se unian cada dia mas estrechamente, atraian con su influencia al pueblo entero, y sin boato, sin objeto político, casi sin saberlo, se apoderaban en comun de todas las fuerzas sociales, verdadero manantial del poder.

En las ciudades el comercio y la industria se desarrollaban rápidamente : Lóndres adquirió inmensas riquezas ; el rey, la córte, casi todos los magnates del reino fueron deudores suyos, siempre insolentes, pero siempre necesitados. La marina mercante, plantel de la marina real, era numerosa y activa ; los marineros participaban de los intereses y disposiciones de los comerciantes.

El mismo rumbo seguian las cosas en el campo. Las propiedades se dividieron ; las leyes feudales oponian trabas á la venta y á la subdivision de los feudos ; un estatuto de Enrique VII los abolió indirectamente, en parte á lo menos ; la alta nobleza lo recibió como un beneficio, y se aprovechó de él enagenando la mayor parte de los vastos dominios que le repartió Enrique VIII. El rey favorecia estas ventas para aumentar el número de los poseedores de bienes eclesiásticos, y los cortesanos tenian que recurrir á ellas, pues nada bastaba á satisfacer sus necesidades. Por último Isabel, á fin de no pedir subsidios, siempre onerosos hasta para el poder que los obtiene, vendió tambien muchos dominios de la corona. Casi todos estos bienes los compraban los nobles que vivian en sus tierras, los terratenientes que cultivaban las suyas, y los ciudadanos que se retiraban de los negocios : solo ellos adquirian por medio del trabajo y de la economía caudales suficientes para la compra de lo que no podia conservar el príncipe ni sus cortesanos. La agricultura prosperaba ; los condados y las ciudades se llenaban de una poblacion rica, activa é independiente ; y el movimiento que trasladaba á sus manos gran parte de la fortuna pública fue tan rápido, que en 1628, al abrirse el parlamento, la Cámara de los Comunes se halló tres veces mas rica que la de los Pares.

A medida que iba completándose esta revolucion, empezaban de nuevo los municipios á temer la tiranía. Cuantas mas riquezas adquirian, necesitaban mayor seguridad. Algunos derechos, ejercidos hacia mucho tiempo por los príncipes sin reclamacion ni obstáculo, estaban próximos á considerarse como abusos, porque era mayor el número de las personas que sentian su peso. Preguntábase desde cuando existian, y si era justa su procedencia. Poco á poco recordaban los pueblos sus antiguas libertades, los esfuerzos á que habian debido la gran Carta, y las máximas en ella consignadas. La córte hablaba con desprecio de aquellos antiguos tiempos, calificándolos de bárbaros y groseros ; mas el país los miraba con respeto y amor, como época de libertad. Ya no se mentaban sus gloriosas conquistas, y sin embargo todo no se habia perdido aun. El parlamento

continuaba reuniéndose; encontrándole los reyes sumiso, le habian empleado mas á menudo como instrumento de su poder. En los reinados de Enrique VIII, María é Isabel, el jurado se habia mostrado complaciente, y aun servil; pero con todo subsistía. Las ciudades conservaron sus privilegios, y las corporaciones sus franquicias. En fin, agenos los municipios



EL DUQUE DE BUCKINGHAM.

á la resistencia hacia mucho tiempo, poseian sin embargo los medios de resistir: les habian faltado las instituciones, no la fuerza ni la voluntad de servirse de ellas. La revolucion, que proporcionaba á su grandeza material tantos progresos, les devolvia la fuerza; y para que la voluntad no se hiciese esperar mucho, bastaba que otra revolucion les diese así mismo la

fuerza moral, inflamase su ambicion, elevase sus ideas, y les pintase la resistencia como un deber y la dominacion como una necesidad: tales fueron los efectos de la reforma religiosa.

Proclamada esta en Inglaterra por un déspota, empezó siendo tiránica; y no bien hubo aparecido, cuando persiguió como enemigos á sus mismos partidarios. Enrique VIII levantó con una mano cadalsos para los católicos, y con la otra hogueras para los protestantes que se negaban á someterse al símbolo, y no aprobaban el gobierno que de él recibia la nueva Iglesia.

Hubo, pues, desde el principio dos reformas, la del príncipe y la del pueblo: incierta una, servil, apegada mas bien á intereses temporales que á creencias, temerosa del movimiento á que debia su orígen, y pugnando por imitar en muchos puntos al catolicismo; espontánea la segunda, ardiente, despreciadora de humanos miramientos, y aceptando las consecuencias de sus principios: verdadera revolucion moral emprendida en nombre y con el ardor de la fé.

Unidas ambas reformas por los padecimientos durante el reinado de María, y por las alegrías comunes en el de Isabel, no debian tardar en dividirse y combatir abiertamente. Ahora bien, su situacion era tal, que comprometian en su lucha el órden político. La Iglesia anglicana, separándose del jefe independiente de la Iglesia universal, habia perdido su fuerza, sujetando sus derechos y su poder al del soberano del Estado. Era de consiguiente esclava del despotismo civil, teniendo que profesar las máximas de este para legitimar su orígen, y sirviendo á los intereses políticos para salvar los suyos propios. Por su parte los no-conformistas, al atacar á sus contrarios, se veian precisados á hacer la guerra al soberano temporal, reclamando los fueros del ciudadano á fin de completar la reforma de la Iglesia. El rey habia sucedido al papa; el clero anglicano, heredero del católico, solo obraba en nombre del rey; por todas partes, en un dogma, una ceremonia, una oracion, en la ereccion de un altar, en la figura de una sobrepelliz estaba comprometido el poder real lo mismo que el de los obispos, el gobierno ni mas ni menos que la disciplina y la fé.

Titubearon al pronto los no-conformistas en esta peligrosa necesidad de una doble lucha contra el príncipe y la Iglesia, de una reforma simultánea de la religion y del Estado. Era ilegítimo á sus ojos cuanto olia á papismo; pero la autoridad real, aun suponiéndola despótica, no lo era todavía. Enrique VIII habia empezado la reforma, é Isabel la salvó.

Los mas osados puritanos no se atrevian á medir los derechos y limitar un poder al que debian tanto, y si algunos daban un paso hácia este objeto, la nacion admirada aplaudia aunque sin seguirlos.

Era no obstante indispensable, se necesitaba que retrocediese la reforma, ó que esta estendiera la mano sobre el gobierno, como único que se oponia á sus progresos. Con el tiempo se amaestraron los ánimos; la energía de la conciencia trajo consigo la audacia de los pensamientos y de los planes; la creencia religiosa clamó por derechos políticos: se empezó á reflexionar porque no se disfrutaban: se indagó quien los usurpaba, bajo que título, y finalmente se pensó en lo que debia practicarse para alcanzarlos. Algun ciudadano obscuro que en otro tiempo se prosternaba al solo nombre de Isabel, y que nunca se hubiera atrevido á mirar osadamente el trono si en la tiranía de los obispos no hubiese hallado la de la reina, se dirigió decididamente contra ambos cuando le fue forzoso defender su fe. Entre los gentil-hombres sobre todo, entre los terratenientes y el pueblo, cundió esa necesidad de exámen y de resistencia tanto en punto de gobierno como de dogma, que era donde fermentaba y hacia adelantos la reforma religiosa. Menos preocupada la corte y parte de la nobleza tocante á su creencia, se habian contentado con las innovaciones de Enrique VIII ó de sus sucesores, y sostenian la iglesia anglicana por conviccion, por indiferencia, por cálculo ó por lealtad. Menos afectados de los intereses, pero mas espuestos á los golpes del poder, cambiaron entonces los municipios de actitud y modo de pensar en sus relaciones con la monarquía. Iba desapareciendo de dia en dia su timidez, á medida que se aumentaba su ambicion. Todas las clases elevaban sus miradas sobre su propia condicion. Al profesar el cristianismo cada cual, sondeaba con sus amigos los misterios de la creacion, leia en los libros santos las leyes de Dios: para obedecer era preciso resistir á otras leyes, y considerar hasta donde tenian fuerza estas últimas. El que busca los límites de un poder no tarda en averiguar su orígen; así fue como la naturaleza del poder, sus antiguos diques, sus recientes usurpaciones y su legitimidad, llegaron á ser un objeto del mas vivo exámen, modesto en sus principios, hijo de la necesidad y secreto, pero que aguijoneaba los ánimos, y por último les inspiraba pretensiones atrevidas. La misma Isabel, popular y respetada, sintió los efectos de este naciente gérmen, y los rechazó, aunque sin intencion de arrostrar sus riesgos. No sucedió así en tiempo de Jacobo I. Débil y despreciado, quiso pasar por déspota; mas el aparato dogmático de sus impotentes pretensiones pro-

vocó nuevas osadías que no pudo reprimir. El pensamiento tomó libre vuelo; el monarca se convirtió en objeto de risa, y sus favoritos lo fueron de indignacion. Así en el trono como en la corte era despreciada la arrogancia; una innoble corrupcion inspiraba á los meditabundos un profundo tedio, y degradaba todas las grandezas en sentir del populacho. Ya no fue esclusivo privilegio de las almas elevadas el mirar cara á cara la grandeza y medirla en toda su estension; esta audacia se hizo popular. Pronto la oposicion apareció tan altiva y confiada como el poder: y no era la oposicion de los barones en la Cámara de los Pares, sino la de los diputados de la Cámará de los Comunes, la que mas decidida se mostraba á tomar en el gobierno una parte que nunca les habia pertenecido. Su indiferencia á las amenazas del príncipe, y su altivo, si bien que respetuoso lenguaje, manifestaron claramente sus designios. El secreto sentimiento de esta revolucion moral se habia generalizado de tal suerte, que en 1621, al esperar Jacobo una diputacion de la cámara portadora de una queja formal, dijo con una ironía menos dolorosa por cierto de lo conveniente: «Preparad doce sillones, que voy á recibir doce reyes.»

En efecto, cuando Cárlos I convocó el parlamento, se pudo decir que un rey absoluto llamaba alrededor de su trono un senado de reyes. Ni el príncipe ni el pueblo particularmente habian calculado aun el término de sus pretensiones: se acercaban con la esperanza de unirse; mas en el fondo estaba consumada ya su desunion, porque ambos opinaban como soberanos.

No bien se hubo abierto la legislatura, cuando la Cámara de los Comunes dirigió su atencion á todas partes: interior y esterior: negociaciones, alianzas, inversion de los subsidios pasados y futuros, estado de la religion, represion de los papistas, todo le pareció á la cámara propio de sus atribuciones. Quejáronse los diputados de la marina real que protegia mal al comercio y de Montagne, capellan de S. M., que defendia la iglesia romana y predicaba la desobediencia pasiva. Bien es verdad que solo esperaban del monarca un alivio á los males, pero deseaban inquirirlo todo, daban consejos y aglomeraban peticiones sobre peticiones.

Las quejas no se dirigian contra el gobierno de Cárlos, que entonces principiaba y sin embargo fueron consideradas como rompimiento y ofensa. Eduardo Clarke, partidario de la corte, probó á quejarse de ello en la cámara: «Se han usado, dijo, palabras no debidas y amargas.» Interrumpióle un grito general llamándole á la barra; insistió el orador, y por poco se vió espelido de la cámara.

Los discursos eran ciertamente atrevidos, si bien que respetuosos: «No pedimos al rey que despida sus malos consejeros, como se hizo en tiempo de Enrique IV y Enrique VI; no queremos intervenir en su eleccion, como en los reinados de Eduardo II, Ricardo II, y los dos Enriques ya nombrados; no deseamos que los elegidos deban prestar juramento ante el parlamento, como acaeció bajo los reinados de Eduardo I y II, y de Ricardo II; ni que se les señale la conducta que deben seguir, como se practicó bajo Enrique III y Enrique IV; ni que S. M. prometa como Enrique III que nada practicará sin el consentimiento del gran consejo del pais: solo espresamos, como fieles súbtidos, nuestros modestos deseos. Puesto que está rodeado el rey de consejeros sabios, justos y nobles, deseamos que de acuerdo con ellos ponga un remedio á los males del Estado, y no se deje jamás guiar por un solo hombre, ni por consejeros jóvenes.» Asi hablaba sir Roberto Cotton, sabio ilustre y orador moderado; y la cámara, protestando con él que no deseaba imitar la osadía del antiguo parlamento, oia con placer su recuerdo.

Disgustábase el rey, mas no por esto se quejaba, puesto que, si bien importuno, no le parecia todavía peligroso tal lenguaje Tenia por otra parte necesidad de subsidios; el último parlamento habia deseado con ardor la guerra contra España, y no podia rehusarse sostenerla: asi es que Cárlos insistia en que se le facilitasen los medios, prometiendo atender á las justas pretensiones.

Pero la cámara desconfiaba hasta de las promesas del mismo rey, que era apreciado y que no habia violado ninguna. Con el trono heredan en cierto modo los príncipes las faltas de sus antecesores. Creia Cárlos que nada tenia que temer, porque no habia hecho mal á nadie; el pueblo por el contrario deseaba arrancar de raiz los males pasados para no temer el porvenir. Al pronto solo concedió la cámara baja un corto subsidio, votándose únicamente por un año los derechos de aduana: esto último se tomó á ofensa, y la cámara alta se negó á ello. Segun esto, decia la córte, se tiene menos confianza en el rey que en sus predecesores, que habian obtenido aquellos derechos por todo su reinado: y sin embargo se acababa de presentar con rara buena fé el estado de la hacienda, sin rehusar documento ni esplicacion alguna. La necesidad era evidente, y no convenia en sentir de los lores descontentar sin motivo á un jóven monarca que daba muestras de querer marchar en armonía con el parlamento.

No decia aquella cámara que se negaba á ulteriores subsidios; pero

seguia en sus pretensiones, resuelta á no dar ningun paso hasta tanto que fuese atendida. Indignóse el monarca de que asi quisiesen sujetarle, imposibilitándole de poder gobernar, y usurpándole la soberanía que en ningun caso debia ser comprometida. Asi fue que disolvió el parlamento en 12 de agosto de 1625.

De este modo el príncipe y el pueblo, á pesar de su mútua buena fé, solo se acercaron para enmarañarse, y se separaron sin que ninguno se juzgase mas débil, seguros ambos de la legitimidad de sus demandas, y mas aferrados en ellas. Protestó la cámara diciendo que, á pesar de ser entusiasta por S. M., nunca le sacrificaria sus fueros; el rey dijo que los respetaba, pero que sabria tambien gobernar solo.

Arrojóse á practicarlo: espidiéronse decretos del consejo á los comandantes de los condados para que recogiesen por via de empréstito el dinero que necesitaba el rey. Debian dirigirse á los pudientes y pasar nota á la córte de los que se negasen ó fuesen morosos. Se contaba aun con el afecto y con el miedo. Dióse al propio tiempo á la vela una escuadra que debia atacar á Cádiz, cuya bahía estaba llena de buques con riquísimos cargamentos. Para dar no obstante alguna satisfaccion al pueblo, se dió órden al clero de proceder contra los papistas: se le prohibió alejarse cinco millas de sus moradas sin previo permiso; se les obligó á hacer venir del continente sus hijos que en él se educaban, y por último se les desarmó. La cámara baja habia clamado por la libertad y en vez de esta se le concedia autorizacion para tiranizar á sus enemigos.

No se dió por satisfecha con tan miserable recurso; era por otra parte equívoca y sospechosa la persecucion de los papistas, pues se les concedian privilegios é indultos por bajo mano; el empréstito redituó muy poco; la espedicion contra Cádiz no tuvo buen resultado, y lo achacó el público á impericia del almirante y á escesos de la tropa, y acusó al gobierno de no saber elegir jefes ni disciplinar soldados. No bien trascurrieron seis meses, cuando se juzgó necesario un nuevo parlamento. Todavía no habia dado el jóven rey entera entrada al despecho, de suerte que su despotismo era á la vez confiado y tímido. Creyó que alegraria á los representantes del pueblo tan pronto llamamiento (6 de febrero 1626); tal vez juzgó que la firmeza de que habia dado muestra le valdria mas miramiento, y por último procuró alejar del parlamento á los oradores mas populares. El conde de Bristol, enemigo personal del duque de Buckingham, no recibió aviso de convocacion; sir Eduardo Coke, sir Roberto Philips, sir Tomás Wentworth, sir Francis Seimourt

y otros tres, nombrados magistrados de sus respectivos condados, no pudieron ser elegidos. Ya no se dudaba que con esto fuese sumisa la cámara, puesto que, decian, el pueblo ama al rey, y solo le fascinan algunos rebeldes.

Mas los diputados creian á su vez que el engañado era el rey, y que bastaba quitarle su favorito para restituirle á su pueblo. El primer parlamento se habia contentado con exigir del trono por medio del retardo de subsidios que atendiese á sus peticiones, mas el segundo resolvió cargar contra el autor de los públicos desastres : en consecuencia, fue acusado el duque de Buckingham el 21 de febrero.

Era este duque uno de aquellos hombres que parecen nacidos para brillar en las córtes, y ser odiados de los pueblos. Gallardo, presuntuoso, magnífico, liviano y osado, sincero y ardoroso en sus tratos, franco y altivo en sus enemistades, incapaz á la vez de virtud y de hipocresia, gobernaba sin miras políticas, cuidándose poco de los intereses del país, y aun de los del mismo poder, y atendiendo únicamente á su propia grandeza, y al brillo de su dominacion cerca del rey. Probó por un momento á ganar popularidad, y la alcanzó estorbando el casamiento de Cárlos con la infanta. Pero consideraba solo el favor público como un medio para usar á su albedrío del favor real; perdió su popularidad, y con todo quedó envanecido de haber conservado sobre Cárlos el ascendiente que ejerció con descaro sobre Jacobo I. Ningun talento sostenia su ambicion; pasiones frívolas eran el único objeto de sus intrigas; de suerte que para seducir á una mujer ó para perder á un rival comprometia con temeraria imprevision al rey y al país. Tal gobernante se hacia cada dia mas insoportable, y sin embargo continuaba el duque invadiendo las mas altas funciones del Estado, siendo reputado solo por un advenedizo sin gloria, por un inhábil y temerario favorito (1).

El ataque de la Cámara de los Comunes fue violento : era difícil probar á Buckingham crímenes legales; pero la cámara votó que los rumores eran suficientes para iniciar sumaria contra el duque, anotándose en ella todos los cargos que corrian de boca en boca. Rechazó los mas el duque, pero sin fruto. La cámara queria derribar un mal gobierno, y aunque Buckingham apareciese inocente de robo, asesinato ó traicion, no por esto era menos peligroso. La osadía de la cámara enardeció los

(1) Llegó á alcanzar todos los grados, condecoraciones y honores : los donativos que arrancó de la corona subieron á 7.109,875 francos.

ódios de la córte. Quejóse el conde de Bristol de no haber sido avisado. Temiale Buckingham y quiso alejarle. La cámara reconoció los derechos del reclamante, y Cárlos tuvo que dirigirle esquela de convocacion, pero al propio tiempo le mandó permanecer en sus dominios. Acudió de nuevo el conde á la Cámara de los Pares, pidiendo que se examinase si los fueros de todos los pares del reino no exigian que pasase á ocupar su puesto. En seguida el rey le hizo acusar de alta traicion. Para defenderse acusó á su vez Bristol á Buckingham; por manera que Cárlos vió á su favorito hecho blanco de los ataques de los diputados y de los de un antiguo cortesano.

Esto era irritar demasiado su poder y ofender su orgullo. No se habia podido probar á Buckingham ningun crímen : era pues evidente que los ataques se dirigian contra su ministro y su amigo. Por esto dijo á los representantes del pueblo : «Debo manifestaros, que no sufriré que persigais á ninguno de mis adictos, y mucho menos á los que me rodean. En otro tiempo se preguntaba : ¿qué podremos hacer en obsequio del que merece la confianza real? ¡Mas hoy se indaga lo que es dable practicar contra él! Deseo que cuanto antes se me procuren subsidios; de otro modo será en daño vuestro, y si de ello proviene algun mal, creo que seré el último que lo esperimente.»

Al propio tiempo prohibió á los jueces que diesen contestacion á las preguntas hechas por la cámara alta relativas al conde de Bristol, temiendo que le fuese favorable su respuesta.

Callaron los jueces, mas no se contuvieron los diputados, antes por el contrario dieron á ocho de sus miembros el encargo de sostener en una conferencia con los pares los cargos contra Buckingham. Concluida la conferencia, mandó el rey prender á dos comisionados Diggs y Elliot, por haber proferido palabras insolentes. Indignada la cámara, declaró que de nada se ocuparia hasta que se les pusiese en libertad. En vano los amigos de la córte probaron á arredrar la cámara haciéndola temer por su suerte; su amenaza se tomó á insulto, y fue preciso sincerarse de haber insinuado que tal vez querria el rey gobernar solo como los príncipes del continente. Los dos presos fueron puestos en libertad.

Por su parte reclamó la Cámara de los Pares la libertad del lord Arundel, que habia sido arrestado durante la legislatura; Cárlos tambien cedió (1).

(1) 8 de junio de 1626.

Cansado de verse vencido por contrarios que él mismo habia llamado y que podia disipar, instigado por su inquieto favorito; despues de haber ensayado algunas complacencias bien recibidas pero inútiles, sabiendo que los diputados del pueblo se preparaban para una representacion general, resolvió Cárlos sustraerse á una situacion que le humillaba ante la Europa. Esparcióse la voz de que pronto seria disuelto el parlamento. La cámara alta que empezaba á anhelar el favor popular, se apresuró á elevar al rey una peticion para alejarle de este designio, y todos solicitaron acompañar á la diputacion encargada de presentarla. «Ni un minuto mas,» esclamó Cárlos, y la disolucion fue decretada (1) esponiéndose sus causas. El proyecto de representacion de la cámara baja fue quemado en la plaza pública, dándose órden de quemar asimismo cuantos ejemplares tuviesen los particulares. Arundel fue arrestado nuevamente en su casa, y Bristol encarcelado. Creyóse con esto salvado Buckingham, y Cárlos se juzgó rey.

Mas fue tan corta su alegría, como su prevision: tambien tiene sus necesidades el absolutismo. Empeñado en una guerra ruinosa contra España y Austria, no se atrevia á disponer de un ejército que le era indispensable contra sus mismos súbditos. Sus tropas de tierra aunque poco numerosas y mal disciplinadas, le costaban mucho; dominaba el puritanismo entre los marinos; no osaba fiarse en la milicia, mas dócil siempre á las insinuaciones de los ciudadanos que á las del rey; habia alejado á sus contrarios, pero no por eso se habian allanado otros inconvenientes que acabaron de complicarse por el insensato orgullo de Buckingham. Para poder este favorito vengarse del cardenal de Richelieu, que se negaba á que probase nuevas tentativas con Ana de Austria, decidió á su dueño á que rompiese con la Francia. Sirvió de pretesto el interés del protestantismo: era preciso salvar la Rochela sitiada, y prevenir el desvanecimiento de la reforma francesa. Con este plan esperaban enardecer al pueblo, para oprimirle á su salvo.

Se decretó un empréstito por el valor de los subsidios que habia prometido, mas no votado, el parlamento. Se mandó á los comisionados inquirir de los que rehusasen satisfacer sus cupos el motivo de su negativa, quien les instigaba á ello, y porque medios. Con semejante plan, al paso que se atentaba á la propiedad se sondeaba la opinion. Algunos regimientos se acantonaron en los condados, á cargo de los habitantes. Los

(1) 15 de junio de 1626.

puertos y distritos marítimos recibieron órden de aprestar buques armados y equipados, primer ensayo de contribucion mercante. Se pidieron veinte á la ciudad de Lóndres: esta manifestó que para rechazar la armada invencible de Felipe II no habia exigido tanto la reina Isabel; mas el gobierno contestó que los pasados tiempos debian tomarse por modelo de sumision y no de objeciones. Para justificar este lenguaje se hizo predicar por todas partes obediencia pasiva. Jorge Abbot, arzobispo de Cantorbery, prelado popular que rehusó autorizar en su diócesis la venta de tales sermones, fue desterrado.

Se habian alucinado en punto á los arranques del pueblo; de ningun modo pudieron persuadirle á que olvidase su libertad en obsequio de sus creencias religiosas. Desconfiaba por otra parte el pueblo de la sinceridad de este nuevo celo; solo á título de que se le concedieran franquicias, y se convocara el parlamento, manifestaba hallarse dispuesto á dar su apoyo á las reformas del continente. Muchos ciudadanos rehusaron concurrir al empréstito; los mas obscuros ó mas débiles de estos fueron alistados en la armada ó en el ejército; otros fueron encarcelados, y á algunos se les envió á comisiones lejanas que no podian rehusar. Si bien el desconto no estalló en sediciones, no por esto se satisfizo con murmullos. Cinco gentil-hombres, arrestados de órden del consejo, reclamaron como derecho de todo ingles su libertad bajo caucion. Un rey imperioso y una nacion irritada instaban por la sentencia. El rey exigía de los jueces que declarasen como principio que ningun súbdito arrestado por su órden debia ser admitido á dar caucion; el pueblo preguntaba si ya no tenian garantías los defensores de sus libertades. El tribunal desoyó su demanda, mas no por esto autorizó el principio pedido por el rey: temiendo los magistrados ambos estremos, no osaban ya humillarse ni ser justos, y para salir de apuros rehusaban al despotismo su consentimiento y á la libertad su apoyo.

El pueblo en su ardor, celoso por el sosten de todos sus derechos, tomó bajo su proteccion á los mismos soldados, instrumento de la tiranía. Do quier clamaban contra sus escesos, y para reprimirlos se puso en vigor la ley marcial. Tomóse á mal que un poder tan arbitrario fuese ejercido sin la adhesion del parlamento, y que los ingleses, soldados ó paisanos, empleados en vejar ó en protejer á sus conciudadanos, se viesen privados de las garantías legales.

En medio de esta agresion, siempre impotente, pero cada dia mas agresiva, se supo que la espedicion enviada al socorro de la Rochela y

mandada por el mismo Buckingham, habia sido desgraciada. Fue causa del descalabro la impericia del general, que no habia sabido apoderarse de la isla de Ré, ni reembarcarse sin perder la flor de sus tropas, oficiales y soldados. Hacia mucho tiempo que no habia Inglaterra comprado á costa de tanta sangre tanto oprobio (1). En los campos asi como en las ciudades, muchísimas familias influyentes quedaron sumergidas en el quebranto : la indignacion se hizo popular. El arrendatario dejó sus campos, y el trabajador su taller, para indagar si el dueño tenia que llorar la pérdida de un hermano ó de un hijo : á poco volvia contando á sus vecinos los desastres que habia oido, el llanto de que habia sido testigo, y maldiciendo á Buckingham y acusando al rey. Otras pérdidas agriaron mas los ánimos : la marina enemiga persiguió á la mercante inglesa; los buques tuvieron que encerrarse en los puertos; y los ociosos marineros solo hablaban de los descalabros de la armada, y de las causas de su inaccion. De dia en dia la baja nobleza, los ciudadanos y el pueblo, se unian mas estrechamente en sus odios.

Al volver Buckingham, sintió á pesar de su arrogancia el peso del odio público, y comprendió la necesidad de evitarlo; mas para eso le era preciso buscar algun pretesto y procurarse recursos. Se habia agotado cuanto se habia ó se podia poner en práctica en punto á tiranía. Fue llamado al consejo del rey sir Roberto Cotton, como el mas tratable de los hombres populares. Habló con sabiduría y franqueza, insistiendo en las pretensiones de la nacion, en la necesidad de acceder para obtener su apoyo, y recordó las palabras de lord Burleigh á la reina Isabel: «Conquistad su corazon y tendreis su bolsa y su brazo.» Aconsejó la convocacion de un nuevo parlamento, y para reconciliar al duque de Buckingham con el pueblo, se convino que en el consejo donde se adoptaría esta resolucion fuese él quien la propusiese. El rey asintió al consejo.

No tardaron en abrirse las cárceles, soltando de improviso á cuantos se habian opuesto á la tiranía, insultados ayer y esclarecidos hoy. Aclamólos el pueblo; veinte y siete de entre ellos fueron elegidos y se reunió el parlamento en 17 de marzo de 1628.

«Señores, dijo el rey al abrir la legislatura, en adelante obre cada cual segun su conciencia. Si aconteciese (¡no lo quiera el cielo!) que descuidando proporcionarme lo que reclaman hoy dia las necesidades del Estado, faltaseis á vuestro deber, el mio me prescribiria entonces usar de

(1) Desastre acaecido en 28 de octubre de 1627.

los recursos que Dios ha puesto en mis manos para salvar lo que se viese comprometido por la locura de algunos. No lo tomeis á amenaza; á mengua tengo amenazar á quien no sea igual mio : es un aviso que os da el que está obligado á velar por vuestra prosperidad y salud. Espero que vuestra conducta hará que encuentre útiles vuestros anteriores consejos, y que por reconocimiento voy á contraer obligaciones que me impelerán con frecuencia á llamaros cerca de mí (1).»

El guarda-sellos habló despues del rey, y dijo : «Su majestad, para procurarse subsidios, ha creido deber dirigirse al parlamento, no como el único medio, sino como el mas á propósito; no porque le falten otros, sino porque este se aviene mas con sus buenas intenciones y con los deseos de sus súbditos. Si tarda en alcanzarlos, la necesidad y la espada del enemigo nos obligarán á valernos de otros medios. No olvideis el aviso de S. M. : repito que no le olvideis.»

Asi procuraba Cárlos desmentir con su lenguaje su situacion : pretendiente altivo, sucumbiendo bajo el peso de los reveses y de las faltas, amenazaba con el desarrollo de aquella magestad independiente, absoluta y superior á los deslices y las desgracias. Estaba tan infatuado con ella, que le parecia imposible que hubiese podido venir á menos; y lleno de una arrogancia síncera, creia que su honor y rango le obligaban á reservarse las fueros y el tono de la tiranía al reclamar un socorro de la libertad.

Sus amenazas no hicieron mella en los representantes del pueblo pues los preocupaba un designio no menos altivo é inflexible. Habian resuelto proclamar solemnemente sus libertades, y obligar al poder á reconocerlas como primitivas é independientes, y no sufrir que un derecho pasase por concesion, ni ningun abuso por derecho. Ni los jefes ni los soldados contrariaban tan grande designio : el pueblo se agrupaba alrededor del parlamento. En su recinto dirigian sus consejos hombres hábiles y osados : allí figuraban sir Eduardo Coke, honor de la magistratura, no menos ilustre por su firmeza que por su ciencia, y que tenia ya setenta y nueve años; sir Thomas Wentworth, despues lord Strafford, jóven elocuente, nacido para mandar, y cuya ambicion se contentaba entonces con la admiracion del país; Denzil Hollis, hijo dellord Clare, com-

(1) Esto y lo que sigue, como otros muchos documentos que se verán en el decurso de la historia se han sacado de la *Historia del Parlamento*: lo decimos aqui para ahorrar mas notas.

pañero de niñez de Cárlos, pero sincero amigo de la libertad, y harto altivo para servir mientras mandara un favorito; Pym, sabio jurisconsulto, versado particularmente en el derecho y los usos del parlamento, espíritu frio y osado, capaz de dirigir prudentemente las pasiones populares, y finalmente muchos otros, reservados para un porvenir inesperado, para destinos diversos, para servir tal vez en opuestos bandos, pero unidos en aquella ocasion por principios y deseos comunes. La córte no oponia á esta terrible coalicion mas que la fuerza de la costumbre, la temeridad caprichosa de Buckingham, y el orgullo obstinado del rey.

Las primeras relaciones del príncipe y del parlamento fueron amistosas. A pesar de sus amenazas, Cárlos no pudo menos de conocer que era preciso humillarse, y los representantes del pueblo, sin embargo de su resolucion, deseaban darle pruebas de su rendimiento. Aquel no se ofendió de la libertad de los discursos, y estos fueron nobles á par que libres. «Ruego á la cámara, dijo Benjamin Rudyard en 22 de marzo de 1628, que se evite cuidadosamente todo objeto de vanas altercaciones; los ánimos de los reyes son elevados como su rango, y les está bien ceder cuando á su vez se les manifiesta complacencia. Abramos al rey una senda para que venga á nosotros como de su propio impulso: estoy convencido de que solo aguarda una coyuntura. Diríjanse todos nuestros esfuerzos á ganar la voluntad del rey, y obtendremos cuanto deseamos.» No todos opinaban tan pacíficamente: habia otros que no veian con tanta claridad las desgracias de un nuevo rompimiento, y presentian mejor la incorregible condicion del poder absoluto. Todos se sentian á pesar de eso animados de iguales deseos; y la cámara, examinando á la vez sus pretensiones y las necesidades del trono, votó por unanimidad, despues de quince dias de discusion, un subsidio cuantioso, pero sin dar todavía á su voto fuerza de ley.

La alegría de Cárlos llegó á lo sumo, convocó al momento un gran consejo, é informándole del voto de la cámara dijo: «Cuando subí al trono, amaba los parlamentos; despues, no se como, me puse mal con ellos; ahora esperimento lo que al principio de mi reinado: los amo, y me será grato rodearme de mi pueblo: este dia me adquiere en la cristiandad tanta consideracion como si hubiese ganado batallas decisivas... El mismo regocijo se manifestó en el consejo, y Buckingham creyó deber espresar altamente el suyo como Cárlos. Felicitó al rey por tan fausta armonía con el parlamento: «Esto, dijo, vale mucho mas que un subsidio; es una mina de ellos abierta en el corazon de vuestros súbditos.

Y permitid ahora que añada algunas palabras: es lo confieso, he vivido largo tiempo en el dolor; el sueño no me daba descanso ni la fortuna contento, y era profundo mi pesar de que se creyera que yo era quien separaba al rey de su pueblo, y al contrario. Ahora se verá con claridad que ha habido espíritus preocupados que me pintaban como un genio maléfico interpuesto constantemente entre un buen señor y sus leales súbditos. Con el favor de vuestra majestad me esforzaré en aparecer como un espíritu bien hechor constantemente dispuesto á hacer bien á todos.»

Cook, secretario de Estado, dió cuenta á la cámara de la satisfaccion del rey y de lo dispuesto que se hallaba á su favor. Grande fue la satisfaccion de los diputados; pero Cook, con la torpe bajeza de un cortesano, habló asimismo del duque de Buckingham y de su discurso en el consejo, y esto ofendió grandemente á la cámara: «Como pues, esclamó sir John Elliot, ¿hay quien tiene la osadía de creer que su benevolencia y sus palabras nos animarán á cumplir nuestros deberes para con S. M.? ¿ó se querrá suponer que alguno puede inspirar al rey mas bondad para con nosotros que la que naturalmente sentiria? yo no puedo concebirlo. Pronto estoy á alabar y dar gracias á quien emplee en favor del bien público su crédito y sus esfuerzos; pero tanta presuncion repugna á las costumbres de nuestros padres y á nuestra felicidad: por tanto no he podido oirla sin sorpresa, ni dejarla pasar sin reprobarla. Deseo que semejante intervencion no llegue á renovarse. Ocupémonos en servir á S. M.; confio que llegaremos á serle tan útiles, y que no necesitaremos de tercero para ganarnos su confianza.

Tan justa altivez le pareció á Cárlos una insolencia, y á Buckingham un síntoma seguro de nuevos peligros; sin embargo, ninguno de los dos se dió por entendido, y la cámara continuó en sus trabajos.

Ya habia esta conferenciado con la de los pares para determinar de mancomun la reclamacion de los justos derechos de los súbditos y pedir una nueva y solemne sancion real. Informado Cárlos de tales designios, concibió fundados temores, é hizo exhortar á los representantes del pueblo á que votasen definitivamente los subsidios, y él ministro añadió: «Debo manifestaros el pesar que le ha cabido á S. M. al saber que no solo quereis reclamar contra el abuso del poder, sino contra el poder mismo; esto toca muy de cerca al rey y á sus ministros; hablemos al rey de los abusos que han podido mezclarse en el ejercicio de su autoridad, y nos oirá gustoso; pero dejemos intactas sus prerogativas: propónese remediar los abusos, mas no consentirá que se mutilen los derechos.»

Tímidos ó serviles, se contentaron los pares con invitar á la cámara baja á que solo se pidiera una declaracion de que la Carta con los Estatutos que la confirmaban, estaba vigente; que las libertades inglesas subsistian como antiguamente, y que el rey no haria uso de sus soberanas prerogativas sino en bien de sus súbdtios.

El rey reunió ambas cámaras en sesion solemne, declaró que consideraba la Carta como intacta y los antiguos Estatutos como inviolables, y las invitó á que contasen con su real palabra para el sosten de sus derechos, añadiendo que les daria ella mas seguridad que ninguna nueva ley (abril de 1628.)

No se arredraron ni se dejaron seducir los representantes del pueblo; los abusos recientemente introducidos, inutilizaban la accion de las leyes antiguas: eran necesarias nuevas garantías, sancionadas esplícitamente por el parlamento. Nada se lograba con renovar vagamente unas promesas tantas veces violadas, ni unos Estatutos casi puestos ya en olvido. Sin propasarse, firme al par que respetuosa, hizo redactar la cámara el famoso bill de peticion de derechos, lo aprobó y lo remitió á la Cámara de los Pares para recibir tambien su aprobacion (mayo del mismo año.)

Nada tenian estos que decir contra un bill que consagraba derechos reconocidos, ó reprimia abusos generalmente reprobados. Pero el rey insistia nuevamente pidiendo que confiasen en su palabra, ofreciendo confirmar la Carta y los Estatutos, dirigiendo á los pares consejo sobre consejo, y á la cámara de los representantes del pueblo mensaje sobre mensaje, profundamente indignado, pero prudente en sus discursos, y proclamando solo su firme resolucion de sostener sus fueros y de no abusar jamás de ellos.

Era sumamente embarazosa la situacion de la cámara alta: ¿cómo poder garantir las libertades públicas sin quitar al rey el poder absoluto? A eso se concretaba la cuestion. Se propuso una enmienda, y el bill fue adoptado con esta adicion: « Presentamos respetuosamente á V. M. esta peticion, á fin de asegurar nuestras propias libertades, pero con el justo anhelo de dejar intacto ese poder soberano de que os hallais revestido para la proteccion, seguridad y felicidad de vuestros súbditos.

Cuando el bill modificado con esta adicion volvió á la cámara baja «Abramos nuestros registros, dijo Alford, y veamos lo que dicen: ¿qué se entiende por poder soberano? Segun Bodin, es aquel que á nada está sujeto. Es decir, pues, que vendríamos á reconocer un poder legal y otro real; concedamos al rey lo que está prescrito por la ley, y nada mas.—

No puedo hablar sobre el particular, dijo Pym, porque no comprendo en que se funda la cuestion: nuestra peticion se reduce á reclamar el cumplimiento de las leyes de Inglaterra; aquí se trata de un poder distinto del que confiere la ley. ¿Dónde lo encontraremos autorizado? ¿En la Carta? no. ¿En alguna institucion? tampoco. ¿De dónde lo tomaremos, pues, para conferirlo, sino existe en ninguna parte? Si adoptamos la enmienda, añadió sir Tomas Wentworth, dejaremos las cosas en peor estado del que las hemos encontrado, sancionando un poder soberano que nuestras leyes no reconocen.»

Los representantes del pueblo se mantuvieron firmes, el público clamaba por el resultado; pero la Cámara de los Pares, harto débil para reclamar abiertamente la libertad, lo fue asimismo para preconizar la tiranía. Retiró su enmienda; substituyéndola por consideraciones personales con una frase hueca, y la peticion adoptada por ambas cámaras, fue presentada solemnemente al rey, que vencido á su vez habia prometido tambien aprobarla.

Mas su respuesta fue vaga y evasiva, pues sin sancionar el bill, volvió á repetir las palabras que anteriormente no habian contentado á la cámara (2 de junio id.)

Iban los representantes del pueblo á perder la victoria, pero al reunirse volvieron á insistir enérgicamente. Sir John Elliot recapituló agriamente las quejas de la nacion, y en tanto se mandó que ningun diputado abandonase la sesion, so pena de ser encarcelado. Se convino en presentar al rey una representacion general, y la comision de subsidios fue encargada de redactarla.

El temor consiguiente á todo grave suceso, ese temor que quisiera detenerlo todo en cuanto se sale de los límites de la frialdad, empezaba á sobrecoger á algunos. Acusábase á Elliot de enemistades personales, á Wentworth de imprudencia, y á Coke de obstinacion. En tal coyuntura creyó el rey poder dar un golpe de Estado, y asi prohibió á la cámara mezclarse en adelante en asuntos de gobierno (5 junio.)

Quedó consternada la cámara: esto era una demasía, un insulto, aun en sentir de los mas moderados. Todos callaban: «Preciso es, dijo Elliot, que sean muy grandes nuestros pecados. ¡Sabe Dios conqué afecto, conque celo hemos procurado ganar el corazon del rey! Seguramente algun falso rumor nos ha acarreado este golpe. Se dice que hemos hecho renacer sospechas sobre los ministros de S. M.; ningun ministro, por poderoso que sea, no podria...»

Lenvantóse aquí bruscamente el presidente, y añadió llorando: «Tengo órden de interrumpir al que hable mal de los ministros del rey.» Y se sentó de nuevo Elliot.

«Si no podemos hablar de esto en el parlamento, dijo sir Dudley



LORD STRAFFORD.

Diggs, levantémonos y salgamos, ó quedémonos mudos y ociosos.» Nuevo y profundo silencio.

«Fuerza es hablar ahora ó enmudecer para siempre, esclamó al fin sir Rich, no conviene permanecer en silencio en medio de tal peligro. El silencio nos salvaria á nosotros, pero perderia al rey y al Estado.

Vamos en busca de los lores, sepan nuestros riesgos, y juntos iremos á presentar á S. M. nuestras representaciones.

De improviso pasó la cámara del estupor á la indignacion: todos los miembros se levantaron y hablaban á la vez: el rey es bueno, dijo Kirton, tanto como lo haya sido cualquier otro príncipe; los enemigos del Estado han conseguido dominarle; pero Dios nos favorecerá, yo lo espero, con corazones, con brazos, y con espadas para cortar la cabeza á esos enemigos del rey y nuestros.—No es el rey; repuso Coke, es el duque quien nos dice: cesad de intervenir en los asuntos del Estado.—Es él, es él, esclamaron todos.» El presidente habia dejado su escaño; crecia el desórden, y nadie procuraba calmarlo, porque ni los mas prudentes hallaban razones conque enfrenarlo: la indignacion es algunas veces legítima, aun en sentir de los que nunca se irritan.

La cámara en medio de tamaña confusion, seguia meditando las mas violentas resoluciones: el presidente salió secreta y apresuradamente á dar cuenta al rey de aquel peligro, y he aquí que el miedo pasó de la cámara á la córte. Al otro dia un mensaje mas templado procuró dar esplicaciones sobre lo que habia tanto alarmado; pero ya no bastaban palabras. La cámara seguia en su agitacion; hablábase de tropas alemanas, pagadas por Buckingham, y que iban á desembarcar; un diputado afirmó que la víspera habian llegado á Lóndres doce oficiales alemanes, y que dos buques ingleses habian recibido órden de trasportar los soldados. Aun no se habian votado los subsidios, Cárlos y su favorito temieron hacer por mas tiempo frente á una indignacion cada vez mas poderosa.

No dudaban que bastaria á calmarlo todo la sancion de los derechos. Presentóse el rey á la Cámara de los Pares, donde tambien se habian reunido los representantes del pueblo. Dijo que se habian egañado suponiendo su primera respuesta evasiva, y que estaba pronto á dar una que desvaneciese toda sospecha. Leyóse de nuevo la peticion, y Cárlos respondió con la fórmula acostumbrada: «Hágase en justicia como se desea.»

Los representantes del pueblo habian triunfado arrancando por fin el solemne reconocimiento de las libertades de pueblo ingles. A esa victoria debia darse la mayor publicidad; se convino que la peticion, impresa con la última respuesta del rey, se esparciria por el país, y se tomaria acta de ella no solo en las dos cámaras, si que tambien en Westminster. El bill de subsidios fue definitivamente adoptado. Cárlos se creyó tranquilo:

«He hecho cuanto me tocaba, dijo; si este parlamento no tiene feliz término, vuestra será la culpa; ya nada puede imputárseme.»

Mas no se cura tan pronto una dolencia arraigada, ni se satisface con los primeros triunfos la ambicion de un pueblo indignado. No bastaba seguramente la sancion de los derechos; solo se habia consumado la reforma de principios, que venia á ser inútil sin las de la prácticas, y debia empezarse por la de los consejeros. Todavia dominaba Buckingham y seguia el rey cobrando los derechos de las aduanas sin el beneplácito del parlamento. Ilustrados los representantes del pueblo por la esperiencia sobre los riesgos de la lentitud, y cegados por la pasion acerca de una exigencia sobrado altiva, mezclándose por último el orgullo y el odio al instinto de la necesidad, resolvieron dar sin descanso los últimos golpes. En una semana redactaron otras dos representaciones, una contra el duque, y otra para establecer los derechos de aduana, que como los demás impuestos, solo debian percibirse en virtud de una ley (13 y 21 de junio).

El rey llegó á perder la paciencia y hallándose decidido á procurarse al menos, algun descanso, se presentó á la Cámara de los Pares, mandó llamar á los miembros de la otra y prorogó el parlamento (26 de junio).

Dos meses despues murió Buckingham asesinado; y en el sombrero de Felton su asesino se encontró un escrito que recordaba la última representacion de la cámara. No huyó el homicida ni siquiera procuró defenderse, solo dijo que habia considerado al duque como enemigo del Estado, sacudió la cabeza cuando le hablaron de cómplices, y murió tranquilo, confesando sin embargo que habia delinquido.

Aterró á Cárlos tal asesinato, al mismo tiempo que le causó indignacion la alegría que por ese acaecimiento manifestaba la muchedumbre. Cerrada la legislatura, habia probado á complacer al público reprimiendo á los predicadores de la obediencia pasiva, y mostrándose rigorosa hasta cierto punto contra los papistas, víctimas adictas al bien del país y del príncipe; pero el asesinato de Buckingham, en que el pueblo veia su salvacion, le hizo abrazar de nuevo el partido de la tiranía. Volvió su favor á los enemigos del parlamento: Montague que habia perseguido á los diputados de la cámara baja, fue promovido al arzobispado de Chichester; Manwaring, que habia condenado los pares, recibió un pingüe beneficio; el obispo Laud, sobrado famoso ya por adicto al rey y á la iglesia, pasó á la silla de Lóndres. Los actos públicos corrian en armonía con tales mercedes; siguieron percibiéndose con rigor los derechos de aduana, y los tribunales escepcionales continuaron poniendo

trabas al curso de las leyes. Al entrar Cárlos sordamente en la carrera del despotismo, podia prometerse para lo sucesivo mas felices resultados; habia apartado del partido popular sus mas brillantes jefes y elocuentes oradores: sir Thomas, nombrado baron, habia entrado en el consejo, á pesar de las amenazas de sus antiguos amigos: «Os cito para el salon de Westminster» le dijo Pym al despedirse; pero Wentworth, ambicioso y altanero, se precipitó con ardor hácia la grandeza, bien ageno de prever hasta que punto llegaria á ser odioso y fatal á la libertad. Otras defecciones siguieron á la suya; y Cárlos rodeado de nueves consejeros, mas mesurados, mas hábiles, y menos impopulares que Buckingham, vió sin temor acercarse la segunda legislatura (20 enero de 1629).

No bien se abrió esta, cuando los miembros de la Cámara de los Comunes quisieron saber que ejecucion se habia dado al bill de derechos. La cámara se enteró de que en vez de la segunda respuesta del rey se habia unido al bill la primera contestacion, esto es la evasiva que habia sido desechada. Norton impresor de cámara de S. M. confesó que al dia siguiente de la prorogacion, habia recibido órden de mudar el testo, y suprimir todos los ejemplares que llevaban la primera respuesta de Cárlos que terminaba con estas palabras: «He hecho cuanto me tocaba: en adelante nada puede imputárseme.»

La cámara mandó traer los comprobantes, y á pesar de eso no volvieron á ocuparse de este asunto, por no patentizar demasiado tan insigne mala fé: mas su silencio no pudo pasar por olvido.

La oposicion renovó sus ataques contra la tolerancia de los papistas, el favor otorgado á las falsas doctrinas, la desmoralizacion, la mala distribucion de dignidades y empleos, los procedimientos de los tribunales escepcionales, y el desprecio conque se miraban las libertades públicas.

Tal era el ardor de la cámara, que cierto dia oyó con silencio y hasta con bondad á un desconocido, de aspecto miserable y grosera apariencia, que al hablar por primera vez, denunciaba en mal lenguaje y como poseido de furor la indulgencia de un obispo para con un predicador oscuro, chabacano papista, segun dijo. Aquel orador oscuro era Oliverio Cromwell.

En vano trató Cárlos de conseguir de la cámara baja la concesion de los derechos de aduana, única mira que se habia propuesto al convocar el parlamento. En vano empleó la amenaza, ó se valió de la dulzura, confesando que todas las asignaciones las debia al pueblo y al parlamento que debia señalarlas, pero exigiendo siempre que se le concediesen sub-

sidios por todo su reinado, como se hizo con la mayor parte de sus predecesores. Los representantes del pueblo se mantuvieron firmes sin soltar la única arma que tenian para defenderse del poder absoluto. Escusándose por el retardo, persistian en él como en sus pretensiones; pero sin objeto determinado, sin elevar como anteriormente peticiones claras y formales, y agitados vagamente por el presentimiento de una calamidad que parecia inevitable. Cansábase el rey; negábale la cámara todo cuanto pedia y ella á su vez se abstenia de pedirle nada que pudiese rehusar ó conceder, y esto con visos de malevolencia, y al parecer solo para poner trabas á su gobierno. Al anunciarse que iban á cerrarse las cámaras, Elliot propuso apresuradamente una nueva representacion contra la percepcion de derechos. El presidente, alegando una órden del rey rehusó ponerla á votacion. Viendo que los diputados insistian dejó su asiento; Hollis, Valentine y otros miembros le restituyeron á él violentamente, á pesar de los esfuerzos de los amigos de la córte para arrancarle de sus manos: «En nombre de Dios, le dijo Hollis, sentaos hasta tanto que á la cámara le plazca salir.—No puedo, no quiero, no me atrevo, esclamaba el presidente.» Pero las pasiones se habian desenfrenado, y se le obligó á sentarse. El rey, informado del tumulto, mandó al macero de la cámara que se retirase, suspendiendo con este acto toda deliberacion; los diputados detuvieron al macero; se le quitaron las llaves del salon, y sir Miles Hobart se encargó de guardarlas. El rey envió un segundo mensaje para anunciar la disolucion del parlamento, pero encontró cerradas las puertas. Furioso Cárlos, mandó llamar al capitan de sus guardias, y le ordenó derribar la puerta. Pero en el entretanto se habian retirado los diputados, no sin haber antes adoptado una protesta que tachaba de ilegal la percepcion de los derechos de aduana, y declaraba traidor á cualquiera que los recogiese ó los pagase.

No era ya posible pensar en nuevos acomodos. Presentóse el rey á los pares, y dijo: «Nunca he venido por causa mas triste; vengo á disolver el parlamento. Solo la sediciosa conducta de la cámara baja me ha movido obrar de este modo; no la imputo á todos sus miembros; se que entre ellos hay leales súbditos y conozco que unos pocos son los engañados ú oprimidos. No esperen estos librarse del merecido castigo. Por lo que respecta á vosotros, milores, contad con la proteccion y el favor que un buen rey debe á su nobleza.» Decretóse la disolucion. Poco despues se publicó la siguiente declaracion: «Se propala maliciosamente que pronto se reunirá otro parlamento: S. M. tiene bien probado que no

abriga aversion contra estas instituciones; pero sus últimos escesos le obligan á pesar suyo á mudar de conducta: en consecuencia, tomará á injuria cualquier palabra, cualquier paso que tendiese á prescribirle una época cualquiera para la convocacion de nuevos parlamentos.»

Cárlos cumplió su palabra, y ya no pensó mas que en gobernar solo.

LIBRO SEGUNDO.

Intenciones del rey y del consejo.—Persecucion contra las notabilidades del parlamento.—Apatía aparente de la nacion.—Lucha de los ministros y de la córte.—La reina.—Strafford.—Laud.—Incoherencia y descrédito del gobierno.—Tiranía civil y religiosa.—Sus efectos en las distintas clases de la nacion.—Causa de Prynne, de Burton y de Bastwick.—De Hampden.—Sublevacion de Escocia.—Primera guerra con los escoceses.—Paz de Berwick.—Breve parlamento de 1640.—Segunda guerra con los escoceses.—Mal resultado.—Convocacion del parlamento llamado el Largo.

(1629.-1640.)

Nada mas peligroso que tomar por via de ensayo un sistema de gobierno, creyendo que podrá cambiarse cuando convenga: Cárlos habia cometido esta falta. Habia probado á gobernar de acuerdo con el parlamento, pero persuadido y aferrado en deshacerse de él si se le mostraba indócil. Entró despues en la carrera del despotismo con la misma ligereza, proclamando su intencion de seguirla, pero opinando que si la necesidad le obligaba á ello, siempre estaria á tiempo de recurrir al parlamento.

Asi opinaban sus mas hábiles consejeros. Ni él, ni ellos concibieron entonces el designio de abolir para siempre las antiguas leyes de Inglaterra, su gran consejo nacional. Mas faltos de prevision que dotados de audacia, mas insolentes que malvados, sus palabras y aun sus actos sobrepujaban la esfera de sus ideas. El rey, decian, se ha mostrado justo y bueno para con el pueblo; bastante ha prometido y concedido. Nada les bastaba á los representantes del pueblo, antes por el contrario exigian que el rey se pusiera bajo su tutela, lo cual es imposible sin despojarle

de la majestad. Cuando el príncipe y el parlamento no podian ponerse de acuerdo, á este le tocaba ceder, porque solo aquel era soberano. Si titubeaba en hacerlo, preciso era pasarse sin él; la necesidad de obrar asi era evidente; tarde ó temprano la comprenderia el pueblo, y entonces, mas avisado el parlamento, seria muy posible que el rey lo llamase de nuevo.

Menos previsores los cortesanos no vieron en la disolucion del parlamento sino un medio para poder obrar con mas soltura. En presencia de la cámara baja vivian desasosegados los cortesanos: ninguno osaba aumentar descaradamente su fortuna ni gozar con orgullo de su crédito. Los embarazos del poder desbarataban las intrigas y anulaban los regocijos de Whitehall. El rey gastaba mal humor, y la reina temblaba. Disuelto el parlamento desaparecieron estas trabas y zozobras; tornó á brillar como en otros tiempos la nobleza frívola y los ambiciosos se hallaron en su elemento. No pedia otra cosa la córte, y poco se le daba que para lograrlo se mudase el gobierno del país.

No lo juzgó asi el pueblo: la disolucion fue á su ver un síntoma seguro de profundos designios y de la resolucion por parte del monarca de destruir los parlamentos. No bien se hubieron separado los diputados de la cámara baja, cuando en Hamptoncourt, en Whitehall, y do quier donde se reunia la córte, asi los papistas secretos como los declarados, los predicadores y los esclavos del absolutismo, los intrigantes y los hombres corrompidos, se felicitaban mútuamente por su triunfo: mientras que en las principales cárceles de Lóndres y de los condados, los defensores de los derechos públicos, tratados á la vez con rigor y desprecio, eran detenidos y acusados por lo que habian dicho ó practicado en el santuario inviolable del parlamento (1). Reclamaban sus privilegios y su libertad bajo caucion; mas los jueces titubeaban en responder, y al fin como esclavos del poder, desoian las reclamaciones de los presos. No les abandonó á estos el valor en tal apuro; la mayor parte rehusaron confesarse culpables y pagar la multa á que se les habia condenado: prefirieron permanecer presos, y Elliot se resignó á vivir en encierro perpétuo.

Mientras duró la causa, iba aumentándose la indignacion pública, sin tener ya recelo de manifestarse. Veiase en la detencion de los diputados una especie de prolongacion del parlamento, que vencido y disperso se-

(1) Los miembros de la cámara encarcelados eran: Hollis, Miles Hobart, Elliot, Hayman, Selden, Coriton, Long, Strede y Valentine.

guia luchando todavía, ante los jueces del país, por órgano de sus jefes. La firmeza de los acusados daba pábulo al ardor popular; al verlos pasar incesantemente de la torre á Westminster y al contrario, los acompañaba el público con votos y aclamaciones. La ansiedad misma de los jueces contribuia á sostener la esperanza. Todo está perdido, se decia, y sin embargo se continuaba esperando y temiendo, como en medio de un combate.

Mas dieron fin estos procedimientos. Aterrados ó seducidos, pagaron algunos acusados la multa, y condenados á residir á diez millas cuando menos de la mansion real, pasaron á ocultar su flaqueza en sus condados. La noble perseverancia de los demás fue sepultada en profundos calabozos. El pueblo, que ya no veia ni oia nada, calló tambien á su vez. No encontrando ya obstáculos el poder se creyó dueño del país del que acababa de divorciarse. Cárlos se apresuró á firmar la paz con Francia y con España, y se vió por fin libre de enemigos esteriores é interiores (1).

Poco despues fue muy fácil gobernar. Los ciudadanos se ocuparon únicamente de sus intereses; ningun gran debate, ninguna viva emocion agitaba á los gentile-hombres en sus reuniones del condado, á los ciudadanos en sus asambleas municipales, á los marineros en sus puertos, ni á los trabajadores en sus talleres. No por esto se debilitaba la nacion en la apatía; su actividad habia tomado otro sendero, y hubiera podido decirse que olvidaba con el trabajo la pérdida de su libertad. Mas altivo que ardoroso, no la inquietaba Cárlos en su nuevo Estado, no meditaba vastos designios, ni tenia necesidad de una gloria enérgica y osada: le bastaba gozar majestuosamente de su poder y de su rango. La paz le dispensaba de exigir del pueblo penosos sacrificios, y este se entregaba á la agricultura, al comercio y al estudio, sin que una tiranía ambiciosa y agitada embarazase sus esfuerzos ni comprometiese sus intereses. De este modo se desarrollaba rápidamente la prosperidad pública, reinaba el órden entre los ciudadanos; y este estado floreciente daba al poder visos de sabiduría, y al país apariencia de resignacion.

Solo cerca del trono y entre sus servidores surgieron nuevas dificultades para el gobierno. No bien apareció calmada la lucha del poder y del pueblo, aparecieron dos partidos disputándose la preferencia: la reina y los ministros, la córte y el consejo.

(1) 5 de noviembre de 1630.

Apenas hubo llegado la reina á Inglaterra, cuando manifestó sin rebozo el tedio que le inspiraba su nueva patria. Religion, instituciones, costumbres y lenguaje, todo la disgustaba ; poco despues de su consorcio trataba á su marido con una pueril insolencia, y Cárlos, en una esplosion de mal humor, envió cierto dia al continente algunos de los sirvientes que la habia acompañado. Solo el placer de reinar la podia consolar, y se consagró á él en cuanto no tuvo ya que temer al parlamento. Dotada de un espíritu agradable y vivo, no tardó en adquirir sobre el jóven y morigerado monarca un ascendiente que él aceptó con una especie de reconocimiento, viendo que se creia feliz á su lado. Pero la felicidad de la vida doméstica, tan cara al alma meditabunda de Cárlos, no bastaba al carácter ligero, inquieto y áspero de Enriqueta María : necesitaba un imperio firmè y acatado, el honor de saberlo y arreglarlo todo, el poder en fin tal cual quiere ejercerlo una mujer caprichosa. Reuníanse alrededor de ella de una parte los papistas, y de otra los ambiciosos frívolos, los intrigantes, los jóvenes cortesanos que habian ido á París para aprender el secreto de complacerla. Unos y otros hacian profesion de fundar en ella sus esperanzas, estos su fortuna, y aquellos su triunfo, ó por lo menos el de su creencia. En su palacio conferenciaban los católicos y los emisarios de Roma sobre sus mas secretas esperanzas, en tanto que sus favoritos hacian brillar las ideas, las costumbres las modas de las córtes del continente. Todo eran ofensas para la crencia y las costumbres del país ; cada dia se pensaba en proyectos y pretensiones que solo podian satisfacer por medios ilegales y abusos de favor. Asociábase la reina á estas intrigas, prometia hacerlas fructuosas, lo exigia del rey, y queria que para honrarla (era su lenguaje) á los ojos del pueblo, la consultase en todos los asuntos y no practicase nada sin su consentimiento. Si se negaba el príncipe, esclamaba transportada que no sabia amarla ni reinar, y Cárlos ya no pensaba mas que en disipar su tristeza ó su encono, creyéndose dichoso en verla tan desvelada por su poder ó por su cariño.

Los mas serviles consejeros hubieran tenido á mengua no resistir á tal capricho. Dos tenia Cárlos que no estaban faltos de luces ni de independencia, y que si bien eran adictos á su poder querian no obstante desoir los antojos femeniles y las pretensiones de los cortesanos.

Strafford, abandonando su partido por el del rey, no tuvo que sacrificar principios muy arraigados, ni hacer cobarde traicion á su conciencia. Ambicioso y ardiente, habia sido patriota por odio á Buckingham, por deseo de gloria, y para desarrollar con esplendor su talento

y energía, mas que por conviccion virtuosa y profunda. Ser algo, dominar y elevarse; no era otro su objeto, ó mas bien su necesidad. Apenas hubo entrado al servicio de la corona, se aferró con su poder como lo habia hecho antes con las libertades del país, pero sabia y ardorosamente como ministro hábil y enérgico, y no como cortesano frívolo y obsequioso. Sobrado entendido para meterse en intrigas domésticas, sobrado orgulloso para doblarse á exigencias palaciegas, se dedicaba con ardor á los negocios, despreciando rivalidades y resistencias, ansioso por estender y consolidar el poder real, pero dispuesto á restablecer el órden, á reprimir abusos, á domar los intereses particulares que juzgaba ilegítimos, y declararse por los generales que no le inspiraban recelo. Déspota fogoso, amante enardecido de su patria, de su prosperidad y de su gloria, comprendia perfectamente las condiciones y medios por los que se entroniza el absolutismo. Una administracion arbitraria, pero fuerte, consecuente, laboriosa, desdeñosa de los derechos del pueblo, pero ocupada en su bienestar, estraña á los abusos y desarreglos inútiles, dueña á la vez de los grandes como de los pequeños, y de la córte como de la nacion: he aquí sus deseos, el carácter de su conducta, y el que se esforzaba á dar al gobierno real.

El arzobispo Laud, su amigo, con pasiones menos mundanas y un ardor mas desinteresado, daba los mismos consejos. Severo de costumbres y sencillo en género de vida, era fanático por el poder, ya para ejercerlo, ya para atacarlo. Mandar y castigar era para él establecer el órden y ser justo. Su actividad era infatigable, pero violenta, mezquina y áspera; incapaz de hermanar intereses y respetar derechos, perseguia tenazmente las libertades y los abusos, oponiendo á los unos una probidad rígida, á los otros una ciega animosidad; colérico con los ciudadanos y con los palaciegos, despreciador de amistades, falto de prevision y amigo de sumisiones, creia que el poder es omnipotente en manos puras, y se aferraba en sus propósitos y deberes.

En su situacion le convenian en estremo á Cárlos tales consejeros. Solo anhelaban servirle, y sin tener la pesada insolencia de los favoritos eran constantes, osados, laboriosos y adictos. Apenas se confió á Strafford el gobierno de Irlanda, cuando este reino, que hasta entonces habia sido un gravámen para la corona, se convirtió en manantial de fuerzas y riqueza. Se satisfacieron las deudas públicas; las rentas, percibidas antes desarregladamente y dilapidadas sin pudor, se administraron con regularidad y sobrepujaron pronto los gastos; los grandes cesaron

de vejar impunemente al pueblo, y ya no pugnaron con descaro las facciones aristócratas ó religiosas. El ejército que Strafford habia encontrado débil, desnudo é indisciplinado, se mejoró como por encanto, y cesó de robar á sus habitantes. A favor del órden prosperó el comercio, se establecieron fábricas, y progresó la agricultura. La Irlanda en fin fue gobernada despótica y violentamente, pero en bien de la civilizacion y del poder, cesando de ser presa de la sed de oro de los empleados del fisco, y del dominio de una aristocracia ignorante y egoista.

Menos fuerte Laud en Inglaterra por falta de concentracion que Strafford en Irlanda, y menos hábil por otra parte, no por esto dejó de observar una conducta análoga. Como encargado de la tesorería no solo reprimió las dilapidaciones, sino que se aplicó á conocer en ella los ramos de la hacienda, y buscar los medios conque facilitar á los súbditos el pago de subsidios. Odiosas trabas y graves abusos se habian introducido en el régimen de las aduanas para provecho particular: Laud acogió las reclamaciones de los comerciantes, empleó sus ratos ociosos en oirlos, se ilustró acerca de los intereses comerciales, y desarraigó todo vejámen que nada producia al tesoro. Posteriormente, se confirió á su instancia el cargo de gran tesorero á Juxon, obispo de Lóndres, hombre, laborioso, moderado, y destructor de los desarreglos tan fatales á la corona como á los ciudadanos. Para servir al rey y á la iglesia creia Laud poder oprimir al pueblo, y dar los mas inicuos consejos; mas cuando no se trataba de aquellos objetos, inquiria la justicia y la defendia sin temor ni consideraciones.

Semejante gobierno justo y laborioso pero arbitrario, tiránico por necesidad y enemigo de responsabilidades era poco para el país y demasiado para la córte. Solo á los favoritos es dable llevar á cabo tales máximas de gobierno, porque pueden neutralizar el encono de sus enemigos con el afecto de sus partidarios: asi obró Buckingham. Pero cualquiera que se proponga gobernar, ya por el despotismo, ya por las leyes, esclusivamente en bien del país y del pueblo, por fuerza debe acarrearse el odio de los cortesanos. Esto le sucedió á Strafford y á Laud. Al aparecer el primero en Whitehall, causó una sonrisa irónica su elevacion súbita y no se habló ya sino de los modales algo rústicos de un noble de provincia no conocido sino por su oposicion en el parlamento. No tuvieron mejor acogida las costumbres austeras, y la pedantería de Laud. Ambos eran altivos, descuidados, poco complacientes y enemigos de intrigas: ambos aconsejaban la economía, y hablaban de negocios y

necesidades que interesan muy poco á los cortesanos. Aborreciólos la reina porque contrariaban su influencia en el ánimo del rey; la alta aristocracia se ofendió de su poder, y no tardó la córte entera en unirse al pueblo para atacarlos, clamando como él contra la tiranía.

Cárlos no los abandonó; tenia confianza en su adhesion y tino, le convenian sus máximas, y miraba la profunda piedad de Laud con un respeto mezclado de afecto. Pero, valiéndose de sus servicios no tenia firmeza para darles preponderancia sobre los cortesanos. Mesurado en sus sentimientos y vida esterior, pecaba el monarca por ligereza é inhabilidad en comprender las dificultades del absolutismo, y la necesidad de sacrificárselo todo. Eran tales en sentir suyo los derechos de la majestad, que le parecia que nada debia costarle esfuerzo. Ocupábase con atencion en el consejo sobre los negocios públicos; pero una vez llenado este deber no volvia pensar en ellos, y la necesidad de gobernar ejercia en su ánimo menos imperio que el placer de reinar. El humor de la reina, las costumbres de la córte, las prerogativas de los oficiales de palacio, le parecian importantes consideraciones que no debia olvidar por sus intereses políticos. De ahí se originaban para sus ministros, unas continuas, si bien tenues dificultades en que por último sucumbian, pues el rey creia hacer lo bastante con mantenerlos en sus sillas. Tenian encargo de ejercer el poder absoluto, y les faltaban fuerzas en cuanto reclamaban algun sacrificio doméstico, alguna medida contraria á los estilos de Whitehall. Todo el tiempo que permaneció Strafford en el gobierno de Irlanda, tuvo casi que consumirlo en esplicaciones y apologías: una vez se le acusaba de haber hablado ligeramente de la reina; otra vez tenia que contestar á las quejas de algun magnate que se querellaba de su altivez; debia justificar sus palabras, sus modales y su carácter; desde Dublin le era forzoso acudir á desvanecer los rumores del palacio de Lóndres y nunca obtenia una aprobacion que le asegurase del todo, ni pusiera en estado de desarrollar sin temor su autoridad.

De este modo á pesar de la energía y celo de los consejeros, de la tranquilidad pública, y de la dignidad del monarca, el gobierno carecia de vigor y de prestigio. Víctima de disensiones interiores, dominado á la vez por influencias contrarias, ya sacudiendo el yugo de las leyes, ya cediendo á débiles manejos, no seguia ningun plan, y olvidaba á cada momento sus propios designios.. Habia abandonado en Europa la causa del protestantismo, y aun prohibido al lord Soudamore, su embajador en París, asistir al Oficio Divino entre los reformistas, encon-

trandolo poco conforme con los ritos de la iglesia anglicana. Permitía no obstante el marqués de Hamilton levantar en Escocia un cuerpo de seis mil hombres para combatir á su cabeza bajo las banderas de Gustavo Adolfo, sin prever que volverian poseidos de los sentimientos y creencia de los mismos puritanos proscritos por aquella iglesia. La fe de Cárlos para con la religion reformada, obra de Enrique VIII é Isabel, era sincera, y con todo, bien fuese por ternura, á su esposa, bien por espíritu de moderacion y de justicia, ó por instinto de absolutismo, concedia con frecuencia á los católicos, no solo una libertad entonces ilegal, sino un favor casi decidido. El arzobispo Laud, tan sincero como su dueño, escribia contra la córte de Roma, predicaba contra el culto de la capilla de la reina y al propio tiempo se demostraba tan favorable al sistema de la iglesia romana, que el papa le hizo ofrecer el capelo (agosto 1633). Igual incertidumbre é inconsecuencia se echaba de ver en los negocios civiles. No se reconocia ningun designio firme, ningun impulso poderoso. Brillaba con fausto el despotismo, y dominaba á veces con rigor; pero para cimentarlo era preciso mayor esfuerzo y perseverancia: ni siquiera pensaron en semejante cosa, y asi puede decirse que no hubo proporcion entre sus medios y sus aspiraciones. El tesoro era administrado con órden y probidad; el monarca no podia ser tachado de pródigo: y á pesar de eso los embarazos pecuniarios eran los mismos que si hubiese habido prodigalidad y dilapidaciones: del mismo modo que Cárlos habia rehusado con altivez ceder al parlamento para obtener subsidios, asi tambien hubiera tenido á mengua reducir sus gastos al nivel de sus rentas (1). El esplendor del trono, los regocijos, las antiguas costumbres de la corona, eran á su ver condiciones, derechos, y casi deberes de la monarquía: frecuentemente ignoraba los abusos, y otras veces sabiéndolos no tenia valor para reformarlos. Asi fue que, aunque por la paz se vió libre de todo gasto estraordinario, no pudo cubrir las necesidades de su gobierno. Prosperaba el comercio ingles, la marina mercante, cada dia mas numerosa y activa, solicitaba la proteccion de la armada. Prometíala Cárlos con confianza, y aun hacia de tiempo en tiempo algun esfuerzo solemne para cumplir su palabra; pero comunmente faltaban escoltas para los convoyes, aparejos para los buques, y sueldo para los marinos. Los piratas berberiscos pasaban al canal de la Mancha y hasta el de San Jorge, infestando las cos-

(1) Los gastos de la casa real se habian aumentado hasta 80,000 libras esterlinas.

tas de la Gran Bretaña: desembarcaban, saqueaban las aldeas, y se llevaban millares de cautivos. El capitan Rainsborough, encargado de pasar á la costa de Marruecos á destruir una de sus guaridas, encontró trescientos setenta esclavos ingleses é irlandeses, y era tal la impotencia é imprevision de la administracion, que Strafford se vió obligado á armar á su costa un buque para defender el puerto mismo de Dublin.

Tantos peligros y torpeza no se escapaban á la penetracion de los hombres instruidos. Los ministros estranjeros residentes en Lóndres lo participaban á sus soberanos; y pronto, á pesar de la conocida prosperidad inglesa, se divulgó por Europa que el gobierno de Cárlos era débil, imprudente y poco seguro. En París, en Madrid y en la Haya, fueron mas de una vez tratados con desden sus embajadores (1). Strafford, Laud, y otros consejeros sabian el mal, y buscaban algun remedio. El primero sobre todo, mas atrevido por mas hábil, luchaba con ardor contra los obstáculos: le inspiraba inquietudes el porvenir, y hubiera querido que el rey, gobernando con entereza y prevision, se hubiera asegurado una renta fija, arsenales bien provistos, plazas fuertes y un ejército. No habia titubeado en convocar por sí el parlamento de Irlanda (1634), y bien fuese por el terror que inspiraba, ó bien á causa de los servicios que habia prestado al país, lo habia convertido en dócil y muy útil instrumento de su poder. Pero Cárlos le prohibió convocarlo de nuevo, puesto que asi él como la reina temblaban al solo nombre de parlamento; y el temor de su soberano no permitió á Strafford dar á la tiranía apariencia de legalidad. Insistió, pero sin fruto, y se sometió al fin. Su energía servia á la flaqueza, y su prevision á la ceguedad. Alguno de los mismos consejeros que opinaban como él, mas egoistas ó mas convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, se retiraban en cuanto veian oposicion, dejándolo solo con Laud espuesto á las intrigas y á los odios de la córte.

Tan fria é inhábil tiranía requiere cada dia un nuevo esfuerzo de despotismo. El de Cárlos fue, sino el mas cruel, el mas inícuo que hubiese sufrido jamás la Inglaterra. Sin que le escusase ninguna necesidad pública, sin deslumbrar los ánimos con alguna ventaja colosal, solo para

(1) Cuando Edmonds pasó á Francia en 1629, para concluir el tratado de paz, el gentil-hombre enviado á su encuentro le dijo con sarcasmo: «No se admire V. E. de verme con tampoco séquito de gentil-hombres para acompañarle: ¡murieron tantos en la isla de Ré!...» Amarga ironía, alusiva al sangriento descalabro de los ingleses mandados por Buckingham.

complacer oscuras exigencias y antojos, desconoció y ultrajó los antiguos derechos y las aspiraciones de la época, despreciando las leyes y opiniones del país, al par que las promesas del mismo trono, ensayando al azar todo género de opresion, y adoptando por decirlo de una vez las resoluciones mas temerarias, y las medidas mas ilegales, no para asegurar el triunfo de un sistema consecuente y temible, sino para sostener espedientes efímeros y un poder cada dia mas lleno de inconvenientes. Algunos sofistas consejeros, hojeando sin cesar los antiguos registros para descubrir ejemplos de alguna iniquidad olvidada, exhumaban por decirlo asi, olvidados abusos para erigirlos en derechos del trono. Otros agentes, á la vez menos discretos pero mas osados, convertian esos supuestos derechos en nuevas y reales tiranías; y cuando se elevaba alguna reclamacion, se encontraban entonces jueces vendidos, que declaraban haber efectivamente la corona poseido en otro tiempo tales prerogativas. ¿Se dudaba una que otra vez de los jueces, y se queria asegurar el fallo? á la mano estaban los tribunales escepcionales, la cámara Estrellada, la córte del Norte, jurisdicciones estraordinarias, conque poder suplirlos, y la complicidad de magistrados ilegales venia al socorro de la tiranía en cuanto no bastaban las apariencias de legalidad. Restableciéronse de este modo tributos desde mucho tiempo desusados, y se inventaron otros desconocidos; reaparecieron innumerables monopolios introducidos y abandonados por Isabel y por Jacobo I, constantemente rechazados por el parlamento, y hasta abolidos tambien momentáneamente por el mismo Cárlos. Semejantes monopolios al entregar á cortesanos ó comerciantes privilegiados la venta esclusiva de la mayor parte de los géneros causaban grande vejamen al pueblo y acababan por último de irritarle con la inicua reparacion de sus ganancias. La estension de los bosques reales, abuso que muchas veces habia hecho acudir á las armas á los antiguos barones ingleses, llegó á ser tal, que solo la selva de Buckingham se estendió desde seis á sesenta millas de circuito, en tanto que eran castigadas con enormes multas las menores usurpaciones de los ciudadanos, entre ellos lord Salisbury, á quien se exijieron 20,000 libras. Varios comisionados recorrian los condados, disputando aquí los títulos de los poseedores de antiguos dominios de la corona, allá los emolumentos anexos á ciertos empleos, en este punto el derecho de los ciudadanos á levantar nuevos edificios, y acullá el de los labradores en querer cambiar en praderas sus campos de sembradura: su único objeto no era reformar abusos, sino vender á alto precio su continuacion. Los privilegios y todo linaje de

desarreglos eran únicamente objeto de un deshonroso mercado entre el rey y los que lo pagaban. La misma severidad de los jueces era un objeto de tráfico, pues bajo el menor pretesto condenaban al pago de multas enormes, que llenaban de terror á los súbditos, impeliéndoles á



EL ARZOBISPO LAUD.

librarse de ellas anticipadamente á precio de oro. Decíase que los tribunales no tenian ya otra mision que atender á las necesidades del príncipe y arruinar á sus enemigos. En poco tiempo subieron las multas á seis millones en provecho del rey. Cuando el descontento era demasiado general en algun condado y los comisionados no se atrevian á ejercer

tales procederes, se desarmaba á la milicia, y se enviaban tropas, cuya manutencion y equipo corrian á cargo del país. Por no haber pagado lo que no se debia, se encarcelaba á los ciudadanos, soltándolos únicamente cuando pagaban mayor ó menor parte segun la fortuna, el crédito ó las intrigas de los oprimidos. Multas, arrestos, juicios, gracias ó rigores, todo era arbitrario, ya contra los ricos porque podian pagar, ya contra los pobres porque en ello no se veia riesgo. Cuando la vehemencia de las quejas causaba algun recelo, entonces los mismos magistrados que las habian motivado se daban prisa á comprar á su vez la impunidad. En un acceso de despotismo insensato, habia Strafford por algunas palabras imprudentes, condenado á muerte á lord Mountnorris, y no obstante no haber recibido ejecucion la sentencia, solo su lectura habia suscitado en contra del autor de semejante arbitrariedad toda la Irlanda, el voto general de Inglaterra y hasta el consejo mismo del rey. Para apaciguar los ánimos envió á Lóndres seis mil libras esterlinas para repartir entre los principales consejeros. «He tomado un camino mas recto.» le contestó lord Cottington, anciano y hábil cortesano á quien habia encargado la distribucion; «he dado la suma al que podia hacerlo todo,» es decir al mismo rey. A este precio obtuvo Strafford, no solo verse libre de todo cargo, sino tambien el permiso de repartir entre sus favoritos los bienes del que habia condenado á su antojo.

Tal era el efecto de las necesidades de Cárlos, y sus temores le hicieron pasar mucho mas allá de sus necesidades. A pesar de su presuntuosa ligereza, se sentia débil alguna vez, y buscaba apoyos. Hizo algunas tentativas para volver á la alta aristocracia la fuerza que habia perdido. So pretesto de cortar la disipacion, recibieron los gentil-hombres de provincia órden de residir en sus dominios, puesto que era temida su afluencia en Lóndres. La cámara Estrellada tomó á su cargo el miramiento debido á los grandes. La menor falta de atencion, una inadvertencia en que pudiera prometerse falta de consideracion á su categoría, se castigaba con enormes multas en provecho del rey y del ofendido. Se queria hacer de los cortesanos una clase poderosa y respetada; mas estas tentativas no tuvieron éxito, ya porque aparecieron inútiles, ya porque el recuerdo de los antiguos barones inspirase aun al rey alguna desconfianza. Algunos en efecto tomaban partido entre los descontentos, y solo estos gozaban de crédito en el país. Continuóse humillando á los simples gentil-hombres ante los magnates; pero era preciso buscar una corporacion que, si bien fuerte por sí misma, tuviese que depender en

parte de la corona, tomando parte en el poder absoluto para sostenerle: desde mucho tiempo solicitaba esta mision el clero anglicano, y al cabo le fue concedida.

La iglesia de Inglaterra, emanada en su orígen de la sola voluntad del soberano, perdió por ello toda independencia, carecia ya de mision divina, y no subsistia por su propio derecho. Los obispos, estraños al pueblo que ya no los elegia, y separados del papa y de la iglesia universal que era en otro tiempo su apoyo, no eran mas que unos delegados del príncipe, y sus primeros súbditos: falsa situacion para un cuerpo encargado de representar lo que existe mas independiente y elevado en el hombre: la fé. Ya desde su origen conoció aquella iglesia este vicio de su creacion, pero, sus propios peligros y la mano de hierro de Enrique VIII y de Isabel, no la permitieron dar un paso por su bien. Atacada á la vez por los católicos y los no-conformistas, todavía vacilante en sus posesiones como en sus doctrinas, se entregó sin reserva al poder temporal, profesando su propia dependencia, y aceptando la supremacia absoluta del poder, única que podia salvarla de sus enemigos.

A últimos del reinado de Isabel, algunos síntomas aislados anunciaron de parte de aquel clero algo mas elevadas pretensiones. El doctor Brancroft, capellan del arzobispo de Cantorbery, sostuvo que el obispado no era institucion humana, que no habia sido otro desde los apóstoles el gobierno de la iglesia, y que los derechos de los obispos procedian de solo Dios y no del soberano temporal. Este nuevo clero empezaba á creerse mas fuerte y probaba á dar un paso hácia su emancipacion; pero la tentativa, probada tímidamente, fue rechazada con orgullo: Isabel revindicó la plenitud de su soberanía espiritual, repitiendo á los obispos que su existencia dependia de su voluntad; el mismo arzobispo de Cantorbery se contentó con decir, que le seria muy grato que el doctor tuviese razon, pero que no se determinaba á creerlo. Pronuncióse vivamente el pueblo por la reina, puesto que aspiraba solo á estender la reforma, y sabia que con ser independientes los obispos no emanciparian la fé del poder temporal, y sí solo oprimirian en su propio nombre.

Nada se decidió bajo Jacobo I. Egoista y artificioso, nada se le daba de agravar el mal, con tal de eludir el peligro. Sostuvo la supremacia, concediendo no obstante á los obispos tanto favor y robusteciendo de tal suerte su imperio con perseguir á sus enemigos, que su confianza y su vigor tomaron incremento de dia en dia. Ardientes en proclamar el derecho divino del trono, no se descuidaron en hablar cuanto antes del

suyo propio; lo que Brancroft habia insinuado tímidamente llegó á ser una opinion profesada por todo el alto clero, sostenida en muchos escritos y predicada en el recinto de los templos. Aquel doctor fue nombrado arzobispo de Cantorbery. Cada vez que hacia el rey ostentacion de su prerogativa, se inclinaba respetuosamente el clero; pero pasados estos actos de acatamiento momentáneo, repetia sus pretensiones, valiéndose de ella contra el pueblo para escusarse ante el monarca, mostrándose siempre mas adicto al absolutismo, y aguardando el momento en que á este le fuese necesario reconocer la independencia del clero para pedir en cambio el apoyo de la iglesia.

Creyó que habia llegado ya la hora cuando Cárlos disolvió el parlamento, y quedó solo en el gobierno buscando do quier medios de llevar á cabo su despotismo. Aquel clero habia recobrado inmensas riquezas y las poseia pacíficamente: ya no le inspiraban alarmas los papistas: Laud, primado de la iglesia, tenia toda la confianza del monarca, y dirigia en persona los negocios eclesiásticos. Entre los demás ministros ninguno cuidaba de oponer trabas al clero, como lo habia hecho Burleigh en tiempo de Isabel: la córte era indiferente, ó tal vez papista en secreto. Contaba la iglesia con hombres doctos, y en la universidad de Oxford eran preconizadas sus máximas. Solo quedaba un contrario, el pueblo, cada dia mas descontento de una reforma incompleta, y mas decidido á consumarla. Mas este contrario lo era tambien del trono, y reclamaba á un tiempo la fé evangélica y la libertad para garantir lo uno con lo otro. Un mismo riesgo amenazaba la soberanía de la corona y la del episcopado. El rey, sinceramente piadoso, parecia dispuesto á creer que no era solo su poder el que procedia de Dios y era sagrado, sino tambien el de los obispos. Jamás se habian reunido tantas circunstancias favorables para poner al clero en estado de conquistar á la corona la independencia, y lograr poderío sobre el pueblo.

Dedicóse á ello Laud con su acostumbrada violencia. Era ante todo forzoso hacer cesar en el seno de la iglesia toda disidencia, y dar á su doctrina, á su disciplina y á su culto el vigor de la uniformidad. A todo se arrojó para lograrlo. El poder fue esclusivamente concentrado en manos de los obispos. El tribunal de alta comision, donde conocian y decidian en punto á materias religiosas, se volvió cada dia mas arbitrario y mas duro en los castigos. Exigióse rigorosamente á todos los eclesiásticos la completa adopcion de los cánones anglicanos, y la minuciosa observancia de los ritos en las catedrales. Ocupaban los reformistas muchos

curatos, y se les separó de ellos; oia el pueblo con fervor sus sermones; se les prohibió la predicacion. Despedidos de sus templos, despojados de sus rentas, vagaban de ciudad en ciudad, enseñando y predicando á los fieles que se reunian en algun solitario recinto; tambien fueron perseguidos en estas últimas trincheras.

Los nobles provinciales, los ciudadanos, las familias ricas y adictas á sus creencias, los nombraron capellanes de sus casas ó ayos de sus hijos; hasta aquí llegó la persecucion. Los proscritos dejaron la Inglaterra, se reunieron en Francia, en Holanda y en Alemania, y fundaron templos; tambien el despotismo pasó los mares, y obligó á aquellos ministros á conformarse con el rito anglicano. Muchos fabricantes de varios paises se habian establecido en Inglaterra despues de obtener cartas que les aseguraban el libre ejercicio de su culto; invalidáronseles estos derechos, y la mayor parte abandonaron su nueva patria; la sola diócesis de Norwich perdió tres mil de aquellos laboriosos huéspedes. Despojados asi injustamente los no-conformistas, ocultos ó fugitivos, todavía se dedicaron á escribir para defender ó propagar sus doctrinas; pero la censura prohibió publicar nuevos libros y persiguió los antiguos. Aun mas, se prohibió absolutamente tratar en ningun punto las cuestiones que traian agitados los espíritus. Las quejas eran generales, ya sobre los dogmas, ya sobre la disciplina, asi en punto á los misterios del destino humano, como acerca del culto público; mas la iglesia anglicana no queria tolerar la diversidad de ceremonias ni admitir cuestiones. Lamentábase el pueblo de no oir ya hablar á los hombres que apreciaba, y de ver prohibido lo que le era grato. Algunos no-conformistas moderados ó tímidos para calmar alarmas y no separarse de su rebaño, ofrecian someterse en parte, reclamando á su vez algunas concesiones en punto á la doctrina ó ceremonias. Se les contestaba, ya que eran importantes las prácticas exigidas y que era forzoso obedecer, ó ya que eran insignificantes y que convenia ceder. Acosados hasta el estremo, resistian con teson, pero eran insultados y condenados por los tribunales eclesiásticos. Se les tuteaba, se les llamaba *locos*, *idiotas*, etc., y en cuanto iban á defenderse ó escusarse se les imponia silencio: tal era el trato que recibian de los obispos y de los jueces. Si renunciaban á presentarse á predicar ó á escribir, no por esto dejaba de perseguirlos la tiranía con refinada obstinacion y de un modo imposible de prever ó evitar. Workman, ministro en Glocester, habia sostenido que los ornamentos y pinturas de los templos, eran restos de idolatría; por ello fué encarcelado.

Poco antes la ciudad de Glocester le habia concedido una renta de veinte libras esterlinas; se abolió esta, y los municipales por su concesion fueron perseguidos y condenados á una fuerte multa. Cuando se vió en libertad abrió Workman una pequeña escuela, mas Laud la hizo cerrar. Para poder vivir, se hizo médico; pero se le prohibió tambien el uso de la medicina: estas persecuciones le arrebataron el juicio y la vida.

Entretanto las pompas del culto católico se encerraban en las iglesias particulares, y mientras que la persecucion alejaba de ellas á los fieles, se decoraban con magnificencia. Su consagracion se hacia con fausto, y en seguida se recurria al temor para atraer concurso. Complacíase Laud en detallar nuevas ceremonias. De parte de los no-conformistas, la menor invocacion era castigada como un crímen; mas Laud las hacia casi á su antojo. Mudaba la distribucion interior de las iglesias, las formas del culto, prescribia prácticas desconocidas y alteraba las ceremonias mismas ordenadas por el parlamento; todo para lograr solamente que la iglesia anglicana se pareciese mas á la romana. La libertad que gozaban los papistas, y las esperanzas á que se entregaban, traian mas agitado al pueblo. Se publicaban libros para probar que la doctrina de los obispos ingleses podia acomodarse á la de Roma, y estos libros eran tolerados abiertamente dedicándolos al rey ó á Laud. Los teólogos adictos á este, profesaban sin peligro máximas análogas, mientras que los predicadores populares se humillaban ó resistian en vano para conservar algun derecho de escribir y de hablar. De este modo se hacia mas probable el próximo triunfo del papismo, y esta opinion se generalizaba. La hija del duque de Devonshire se hizo católica, y preguntándole Laud que razones la habian obligado á ello, contestó: «No me gusta ir detrás de la muchedumbre; veo que vos y otros muchos os dirigís hácia Roma, y me apresuro á llegar antes y sola».

Pensando Laud haber afianzado el esplendor y la dominacion esclusiva del episcopado, se dedicó á asegurar su independencia. Temíase que sobre este punto encontraria resistencia en el rey; mas no fue asi, y el derecho divino de los obispos vino á ser la doctrina del alto clero y del rey. El doctor Hall, obispo de Exeter, la desarrolló en un tratado que Laud revisó, y de que quitó las frases vagas y tímidas, y toda apariencia de duda. De los libros pasó esta doctrina á los hechos. Los tribunales de los obispos existian ya en su nombre, y no en el del rey; sus sentencias llevaban el sello episcopal; exigieron juramento directo de los administradores de fábricas, y se declaró que el arreglo de las universidades

tocaba al metropolitano. No se abolió formalmente la supremacia del príncipe, mas parecia que subsistiese solo para servir de velo á las usurpaciones que debia destruir. Emancipándose asi del poder temporal, la iglesia invadia al propio tiempo los negocios civiles, y estendia su jurisdiccion á espensas de los tribunales ordinarios : nunca se habian sentado tantos eclesiásticos en los consejos del príncipe, ni ocupado los grandes cargos del Estado. Alguna vez los jurisconsultos, amenazados en sus intereses personales, clamaban contra tales abusos, pero eran desoidos, y llegaba á tanto la preponderancia de Laud que cuando procuró al obispo Juxon el empleo de gran tesorero, no pudo abstenerse de esclamar : «Ahora que la iglesia subsiste por sí misma, ya no puedo hacer mas : todo está consumado.»

Al llegar á tal punto las cosas, ya no fue solo el pueblo el irritado; tambien se alarmó parte al menos, de la nobleza. No podia dársele á semejante situacion el solo nombre de tiranía ; era equivalente á una revolucion, que no contenta con ahogar la reforma popular, la desnaturalizaba, y comprometia lo que habian hecho los reyés y adoptado los magnates. Estos habian proclamado gustosos la supremacia y el derecho divino del trono, que á lo menos los libraba de toda otra dominacion; mas ahora era forzoso que aceptasen tambien el derecho divino de los obispos, y que se humillaran ante la iglesia, cuyos despojos se habian repartido. Se exigia de ellos el acatamiento, y se les envidiaban las prerogativas, al tiempo que á otros que habian sido inferiores suyos en otra época, se les permitia llamarse independientes : por esto creyeron en peligro su condicion y sus fortunas.

El orgullo del clero era para ellos una ofensa á que desde mucho tiempo no estaban acostumbrados; oian rumores de que pronto llegaria el dia en que un simple eclesiástico valdria tanto como el mas estirado gentil-hombre del reino y veian á los obispos ó á sus protegidos invadir los empleos y los favores del trono, único bien que quedaba á la nobleza, en cambio de su antiguo esplendor, de sus libertades y de su poder. Cárlos, si bien que sincero en su benevolencia al clero, se habia prometido de su elevacion un firme apoyo contra la mala voluntad del pueblo: pero pronto fue general el descontento.

Manifestábase entre las clases superiores por un tedio á la córte y una libertad de espíritu hasta entonces desconocida. Los mas apreciados magnates se retiraron á sus estados para manifestar asi su desaprobacion. En Lóndres y junto al trono, penetró el espíritu de independencia en

las reuniones en otro tiempo mas frívolas. Desde el reinado de Isabel no era esclusivo de los profesores el gusto á las ciencias y á la literatura: la sociedad de los hombres eminentes de todos ramos, de los filósofos, los literatos, los poetas, los artistas, era buscada en la córte como un brillo nuevo, y entre los hombres de mundo como un pasatiempo. Pero tales reuniones no se inclinaban á la oposicion política, antes al contrario se seguia en ellas la moda de burlarse de la resistencia fanática de los no-conformistas conocidos con el nombre de puritanos. Festines, espectáculos, cuestiones literarias, adulaciones y esperanzas eran el único objeto de que se ocupaba aquella sociedad de que comunmente el trono era centro y protector.

No fue asi bajo el reinado de Cárlos; continuaron las reuniones, pero se trató en ellas de asuntos mas graves, y esto ignorándolo el poder. Los negocios públicos, las ciencias morales y los problemas religiosos fueron el testo de conversaciones brillantes, animadas y oidas con ardor por parte de los jóvenes que volvian de sus viajes despues de haber estudiado leyes en Paris, y por parte de todos los hombres reflexivos cuya fortuna les permitia tener horas de distraccion. Selden prodigaba su erudicion; Chillingworth hablaba de sus dudas en punto á creencia; lord Falkland los admitia en su casa cuyos jardines eran comparados á los de la Academia. No se formaban allí sectas ni partidos; no hacian mas que emitir opiniones libres. Sin interés ni plan, atraidos solo del deseo de estender sus ideas y elevarse á sentimientos generosos, los hombres que asi se reunian hablaban sin temor, y como idólatras de la justicia y de la verdad.

Abismándose unos en meditaciones filosóficas, buscaban las formas de gobierno que mas respetaban la dignidad del hombre; los otros, jurisconsultos en su mayor parte observaban los actos ilegales del rey y de sus consejos; los teólogos en fin por profesion ó por gusto, estudiaban los primitivos tiempos del cristianismo, sus creencias y su culto, y los comparaban á la iglesia que Laud se esforzaba á fundar. No los unian pasiones y peligros comunes, ni principios y objetos determinados, pero estaban acordes en detestar la tiranía, en despreciar la córte, en desear el parlamento, y en anhelar una reforma que no esperaban, no obstante ver en ella el término de sus congojas y el cumplimiento de sus deseos.

Mas lejos de la córte, entre individuos de condicion menos elegante ó espíritu menos cultivado, los sentimientos eran mas vehementes, las ideas mas pronunciadas y las opiniones mas exigentes y apasionadas. En

la media y baja nobleza era estremado sobre todo el odio contra la tiranía. La decadencia de la alta aristocracia y del régimen feudal habia amortiguado entre los gentil-hombres la diversidad de rangos: todos se miraban como descendientes de los conquistadores de la Carta, y se indignaban de ver sus personas y sus fortunas dependientes del antojo del rey ó de sus consejeros, cuando sus ascendientes habian en otro tiempo hecho la guerra y vencido á su soberano. No los preocupaba ninguna teoría filosófica, ninguna distincion entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, mas no podian apartar del pensamiento aquella cámara, cuyos miembros representaban á un tiempo la nobleza y el pueblo, la antigua coalicion de barones y la totalidad de la nacion: ellos eran los que habian defendido las libertades públicas; solo á ellos era dable reconquistarlas; en el recuerdo de aquella cámara se renovaba la idea de todo el parlamento: la legitimidad y necesidad de su existencia era lo único en que todos convenian.

Tocante á la iglesia, la mayor parte de los gentil-hombres no tenian designios sistemáticos ó destructores; no les repugnaba el episcopado, pero les eran odiosos los obispos, sobre todo como fautores y apoyo de la tiranía. La reforma habia proclamado la emancipacion de la sociedad civil y abolido las usurpaciones del poder espiritual en negocios temporales; el clero anglicano queria apoderarse de lo que habia perdido el de Roma: el voto general de la nobleza no era por lo tocante á este asunto sino que fuese reprimida la ambicion, que no tuviese el papa sucesores, y que los obispos se dejasen del gobierno del Estado, y pensasen solo en administrar segun las leyes del país los asuntos religiosos de sus diócesis: bajo estas bases estaba dispuesta la nobleza á aprobar la constitucion episcopal, con tal que la iglesia no se entrometiese en el poder político ni en el derecho divino.

La clase media de las ciudades y muchos pequeños propietarios rurales, se adelantaban mas en materias de religion dejándose dominar de una especie de fanatismo por la reforma, de un ardiente anhelo por adoptar sus consecuencias, y de un odio profundo contra cuanto tuviese analogía con el papismo. Decíase que solo las usurpaciones romanas habian dado al traste con la sencillez y pureza primitiva de la iglesia. Por esto los apóstoles de la reforma se habian apresurado á abolir esta institucion tiranica y esas pompas idólatras. Fue su norma el evangelio, y su modelo la iglesia primitiva. La Inglaterra sola persistia en el papismo; ¿era acaso menos duro el yugo de los obispos, mas evangélica su conducta ó menos

arrogante su orgullo? Ni mas ni memos que Roma solo pensaban en dominar y en enriquecerse; como ella temian la predicacion, la austeridad de costumbres y la libertad de orar á su modo; querian sujetar á inmutables y minuciosas formas los arranques de las almas cristianas, y por eso sustituian á la sencillez sublime de la palabra de Dios el aparato mundano de las ceremonias.

Si deseaban el domingo entregarse los cristianos á piadosos ejercicios, el ruido de las calles, los juegos, los bailes, toda clase de desórdenes insultaban su recogimiento. Y no se contentaban los obispos con permitir al pueblo estos profanos pasatiempos, sino que los aconsejaban y casi los prescribian, temerosos de que se entrometiera en cosas mas santas. Si habia en sus diócesis algun timorato á quien ofendiesen algunas prácticas de la iglesia, le prescribian imperiosamente la observancia de la ley; si otro era muy observante lo atormentaban con innovaciones; si era humilde lo abrumaban, y si altivo le ostigaban hasta hacerle prevaricar.

Tales eran en su modo de ver en todas partes las máximas, las costumbres y las pretensiones de los enemigos de la verdadera fé. Y este abandono del evangelio, esta opresion contra los mas celosos fieles, solo llevaba por objeto sostener un poder que los libros santos no conferian á nadie y que fue desconocido de los primeros fieles Pretendíase que el episcopado fuese abolido, que todos los ministros fuesen iguales y simples predicadores del evangelio, para que se pudiese decir : esta es la verdadera religion de Cristo; entonces no habria idolatría ni tiranía, y consumada ya la reforma ningun temor podria tenerse al papismo que de lo contrario se iba adelantando á pasos agigantados.

Cuando el pueblo, en el seno del cual fermentaban obscuramente estas ideas, las vió adoptadas por muchos ricos influyentes, que eran naturalmente sus patronos, se entregó á una confianza, que sin estallar en sedicion,. cambió á poco el estado y el aspecto del país. Desde 1582 y 1616, algunos no-conformistas se habian separado de la iglesia anglicana, y formado con el nombre de *Brownistas* é *Independientes*, tan célebres poco despues, algunas sectas que se negaban á todo gobierno general de la iglesia, y proclamaban el derecho de cada congregacion de fieles á arreglar por sí su culto, segun los principios puramente republicanos. Desde esta época habian sido instituidas otras muchas congregaciones particulares análogas; pero contaban pocos prosélitos, eran pobres y casi tan ignoradas de la nacion como de la iglesia. Sus sectarios,

espuestos sin defensa á la persecucion en cuanto eran descubiertos, huian comunmente á Holanda. Pero, pronto la memoria de su patria luchaba en su corazon con la necesidad de ser libres; poníanse entonces de acuerdo con los amigos que habian dejado y juntos iban á buscar otra patria en regiones desconocidas, pero que perteneciesen á la Inglaterra, y donde solo morasen ingleses.

Los mas acomodados vendian sus bienes, compraban un barquichuelo, algunas provisiones é instrumentos de labranza, y guiados por uno de sus ministros, pasaban á Holanda á reunirse á sus compañeros para dirigirse despues á la América septentrional donde se dedicaban á algunos ensayos coloniales. Rara vez el buque podia abarcar á todos los pasageros que acudian á la orilla del mar y al paraje en que estaba anclado: allí, el ministro que debia quedarse predicaba un sermon de despedida; el que partia le contestaba con otro; oraban, se abrazaban, y mientras los unos se daban á la vela, los otros volvian á esperar todavía en medio de un pueblo estranjero la ocasion y los medios de ir á reunirse con sus hermanos. Muchas espediciones de esta especie tuvieron lugar sucesivamente y sin obstáculo merced á la obscura condicion de los fugitivos. Pero, de improviso, (en 1637), supo el rey que se repetian cada vez con mas frecuencia, y que uniéndose á ellas ciudadanos influyentes, se llevaban consigo cuantiosas riquezas, habiendo ya salido del país, segun se decia, unos doce millones.

Ya no abrumaba solo la tiranía á oscuros y débiles sectarios; sus opiniones habian tomado incremento, y sus sentimientos reinaban entre las mismas clases que no habian abrazado su creencia. Asi era que por distintas causas se habia hecho tan odioso el gobierno, que para huir de él abandonaban su patria millares de hombres de distinto rango, fortunas é intenciones. Un decreto del consejo, prohibió estas emigraciones, precisamente cuando ocho buques surtos en el Támesis, estaban á punto de partir: en uno de ellos se habian embarcado Pym, Haslerig, Hampden y Cromwell.

Muy mal hacian en huir de la tiranía cuando el pueblo empezaba á desafiarla: al descontento se habia seguido la fermentacion. Ya no se pensaba solo en restablecer el órden legal ni en abolir el régimen episcopal. A la sombra del inmenso partido que meditaba esta doble reforma, se agitaban un sin número de sectas mas ardientes y de opiniones mas osadas. De todos lados se separaban de la iglesia pequeñas congregaciones, tomando por símbolo ya tal ó tal otra interpretacion de algun dog-

ma, ya tal ó tal práctica, ora la destruccion de todo gobierno eclesiástico, ora la absoluta independencia de los fieles y el solo recurso á las inspiraciones del Espíritu Santo. El ardor se hacia por todas partes superior á los temores. A pesar de la activa inquisicion de Laud, se reunian toda suerte de sectarios en los subterráneos de las ciudades, en las quintas ó en medio de los bosques. La tristeza del lugar, el peligro y la dificultad de la reunion, todo contribuia á enardecer la imaginacion de los predicadores y de los oyentes. Pasaban juntos largas horas, muchas noches enteras orando, cantando, invocando al Señor y maldiciendo á sus enemigos.

Poco importaba á la seguridad y al crédito de estas asociaciones fanáticas la ligereza de sus doctrinas y el corto número de sus partidarios: las protegia el resentimiento general del país. Pronto, sin reparar en creencias ni designios, dispensó el favor público tal confianza á los no-conformistas, que ya no titubearon en distinguirse por sus hábitos y modales, profesando así abiertamente sus opiniones. Vestidos de negro, casi rapada la cabeza, y cubierta con un sombrero alto y de anchas alas, fueron objeto de la admiracion de la muchedumbre que les dió el nombre de santos. Aumentóse su crédito hasta tal punto, que á pesar de la opresion, se declaraban en su favor los mas hipócritas. Los comerciantes arruinados, los jornaleros faltos de trabajo, los hombres empobrecidos por sus prodigalidades ó por deudas, todo aquel que tenia necesidad de volver á ganar la estimacion pública, tomaba el aire y el lenguage de los santos, y pronto obtenia proteccion de una credulidad apasionada. Menos general y tumultuosa la agitacion en punto á política, no dejaba por esto de ir tomando incremento. En el seno de las clases inferiores, ya por afecto de nuevas necesidades, ó por espíritu de nuevas creencias, empezaban á circular ideas de una igualdad hasta entonces desconocidas.

En una esfera mas elevada, algunos espíritus fuertes y altivos detestaban la córte, despreciaban la influencia de las antiguas leyes, y se entregaban con ardor á la libertad del pensamiento, ideando en la soledad de sus lecturas y en sus secretas conferencias instituciones mas sencillas y eficaces. Agitados otros de pretensiones menos puras, desconociendo toda fé, cínicos por costumbre, y entrometidos por antojo ó por casualidad entre los descontentos, aspiraban á un sacudimiento que abriese algun respiradero á su ambicion, ó cuando menos los emancipara de todo yugo. El fanatismo y la licencia, la verdad y la hipocresía, el respeto y el desprecio hácia las antiguas instituciones, y las necesidades y los deseos

descabellados, todo concurria á fomentar la cólera nacional, todo se aunaba contra un poder cuya tiranía queria abrumarlo todo á la vez, en tanto que su imprudencia y poco nervio daban actividad y confianza á las mas impotentes facciones, y á los mas osados proyectistas.

El rey y su consejo no conocieron por algun tiempo este progreso del odio público. El gobierno, estraño á la nacion, y no encontrando resistencia efectiva, seguia á pesar de sus dificultades confiado y orgulloso. Para justificar su conducta hablaba frecuentemente con énfasis del mal espíritu que se iba propagando; mas su momentáneo temor no le hacia mas prudente, de manera que á un mismo tiempo temia y despreciaba á sus enemigos. No le inspiraba tampoco mas cautela la misma necesidad de tener que agravar cada dia la opresion, antes por el contrario se complacia en los nuevos rigores á que le era forzoso recurrir.

Sin embargo en 1636 circularon muchos folletos contra el favor concedido á los papistas, contra el desarreglo de los cortesanos, y sobre todo contra la tiranía de Laud y de los obispos. Anteriormente habia ya la cámara Estrellada castigado severamente tales publicaciones, pero nunca habian sido tan numerosas, tan violentas ni el público las habia recibido con tanto anhelo. Se esparcieron por las calles de las poblaciones, los contrabandistas las traian de Holanda á millares, procurándose ganancias cuantiosas, y eran comentadas en los templos que Laud no habia podido purgar enteramente de predicadores puritanos. Indignado de la inutilidad de su rigor, el consejo resolvió aumentarlo. Un jurisconsulto, un teólogo, y un médico, Prynne, Burton y Bastwick, fueron á un tiempo citados ante la cámara Estrellada. Se quiso por de pronto acusarlos de alta traicion, á lo que se hubiera seguido la pena capital; mas los jueces declararon que hasta este punto no podia estenderse el sentido de la ley ni el de los escritos, y fue forzoso contentarse con acusarles de simple traicion ó felonía.

La iniquidad de la sumaria fue igual á la barbarie de la sentencia. Se intimó á los acusados que se defendiesen sin retardo, y que de no, se tendrian por confesos. Respondieron que no podian escribir su defensa, porque se les habia reusado papel, tintero y plumas. Se les proporcionó todo esto, mandándoles hacer firmar su defensa por un defensor; pero durante muchos dias se le prohibió á este la entrada de la cárcel. Introducido al fin, rehusó el abogado firmar la defensa, temiendo comprometerse; lo mismo hicieron los demás. Pidieron los presos que se les permitiese á ellos mismos firmarla; pero les fue negado repitiéndoles que si-

no la firmaba un abogado se tendrian por confesos. «Milores, dijo uno de ellos, nos pedís un imposible.» Se les renovó la intimacion, y la vista de la causa empezó por un insulto grosero.

Cuatro años antes, á causa de otro folleto, se le habian cortado á Prynne las orejas: «Yo creia, dijo lord Finch mirándole, que Prynne no tenia ya orejas, pero veo que todavía las puede presentar.» Y para complacer la curiosidad de los jueces, un esbirro se acercó al acusado, le apartó los cabellos y enseñó sus orejas mutiladas. «Milores, dijo Prynne, no os ofendais; solo pido á Dios que os de orejas para que me oigais.»

Fueron condenados á la argolla, á que se les computaran las orejas, á 5.000 libras esterlinas de multa, y á encierro perpétuo. El dia de la ejecucion (30 junio 1637) se reunió una muchedumbre inmensa; y como quisiese alejarla el verdugo: «No hagais tal, le dijo Burton, deben aprender á sufrir.» No insistió el turbado verdugo. «Querido señor, dijo una mujer á Burton, este es el mejor sermon que habeis predicado en vuestra vida.—Asi lo espero, respondió, y quiera Dios que convierta á los asistentes.» Un jóven se puso pálido al mirarle: «Hijo mio, le dijo Burton, por qué estás pálido? Mi corazon no está débil, y si necesitase vigor, Dios me lo concederia.» Aumentábase el gentío; cierto sugeto dió un ramo de flores á Bastwich, y vino á posar en él una abeja: «Mirad, dijo, esa pobre abeja, hasta la picota viene á chupar la miel de las flores: ¿por qué no podré yo tambien catar la miel de Jesucristo? «Cristianos, dijo Prynne, si no hubiésemos mirado por nuestra propia libertad no estaríamos aquí; por la vuestra hemos comprometido nuestro bienestar; sed fuertes y fieles á la causa de Dios y del país; de otro modo, vosotros y vuestros hijos os sumireis en una entera esclavitud.» Resonaron en la plaza los mas solemnes aplausos.

Algunos meses despues se renovó la misma escena alrededor del cadalso, donde por la misma causa se fulminó igual pena contra Lilburne. Aun fue mas viva la exaltacion del condenado y la del pueblo. Atado tras de un carro, y azotado por el verdugo al través de las calles de Westminster, no cesó el reo de exhortar á la muchedumbre. Atado á la picota, siguió perorando; en vano se le intimó que callase, y se le puso una mordaza. Sacando entonces folletos de sus faltriqueras los echó al pueblo, que los recogió con ardor, hasta que lo maniataron. Inmóvil y silencioso, lo contempló admirado el gentío. Varios jueces de los que lo habian condenado observaban desde una ventana su constancia que por último llegó al estremo de cansar su curiosidad.

Hasta aquí solo fueron mártires populares : ninguno era distinguido por su nombre, por sus talentos ó riquezas; por el contrario algunos gozaban muy poca consideracion, y sus opiniones eran las de las sectas fanáticas que solo tenian partidarios entre la muchedumbre. Envanecida esta con su valor, no tardó en acusar de debilidad y apatía á las clases superiores : «Hoy dia, decian, el honor que residia en la cabeza, ha bajado á los piés como la gota.» Mas no era asi, porque la nobleza provincial y los pudientes estaban no menos indignados que el pueblo; pero mas previsores y menos acalorados aguardaban alguna gran coyuntura, alguna fundada esperanza de buen éxito. Conmoviéles aquel rumor, y empezaron á tener confianza. Era llegado ya el momento en que conmovida la nacion entera, no necesitaba mas que jefes conocidos, graves é influyentes, que resistieran no al modo de aventureros ó sectarios, sino solemnemente en nombre de los derechos y de los intereses de todo el país.

John Hampden, gentil-hombre del condado de Buckingham, dió la señal de esta resistencia nacional. Muchos lo habian probado antes en vano, rehusando pagar el impuesto sobre los buques, pidiendo que entendiera de la queja el tribunal del rey, y que se les admitiese á sostener en causa solemne la ilegalidad del impuesto y su legítima negativa; pero la córte logró constantemente eludir esta cuestion. Hampden supo obtenerlo. Si bien que en 1626 y 28 habia ocupado en el parlamento los bancos de la oposicion, no por esto se habia atraido la desconfianza de la córte. Desde la última disolucion habia vivido pacíficamente, ora en su condado, ora viajando por Inglaterra y Escocia, observando do quier la disposicion de los ánimos, entrando en numerosas relaciones, y sin comprometerse con manifestar su opinion. Poseedor de una fortuna inmensa, gozaba de ella sin fausto : hombre de sencillas y graves costumbres, sin austeridad, antes bien afable y risueño, era tenido por hombre discreto, contrario al sistema dominante, pero no fanático. Por esto los magistrados del condado contemporizaban con él. En 1636 le impusieron en la reparticion del subsidio la corta suma de veinte chelines, sin duda con la esperanza de que tan módica cantidad le retraeria de toda reclamacion.

Hampden se negó al pago, pero sin ruido, y tratando solo de que por su causa se juzgasen solemnemente los derechos país. En la cárcel fue su conducta igualmente tranquila y reservada : solo pedia ser juzgado, representando que el mismo rey estaba interesado en resolver tal

cuestion. Envanecido el monarca con haber obtenido recientemente de los jueces la declaracion de que en caso de necesidad por bien del reino podia ser legal el subsidio sobre los buques, se dejó persuadir por último y concedió á Hampden el honor del combate. Los abogados de este defendieron su demanda con la moderacion que lo hubiera hecho él mismo, hablando con profundo respeto del rey y de su prerogativa, huyendo de la declamacion, de todo principio peligroso, y afianzándose solo en las leyes y en la historia del país. Uno de ellos, Holborne, llegó á interrumpirse muchas veces, rogando al tribunal que le perdonase la energía del raciocinio, y le advirtiese si traspasaba los límites prescritos por el miramiento y la ley. Los mismos abogados de la corona alabaron la modestia de Hampden. En fin, durante trece dias que duró la causa, en el seno de un pueblo agitado, se discutieron las leyes fundamentales del país, sin acaloramiento, y sin que se pudiese tachar de sediciosos á los defensores de la libertad.

Hampden fue condenado, pues solo cuatro jueces votaron á su favor. Tomólo el rey á triunfo decisivo que sancionaba el poder arbitrario. Concibió el pueblo la misma idea, y ya no esperó nada de los magistrados ni de las leyes. Pero aquel se alucinó, puesto que este al perder la esperanza sintió nacer el impulso del propio denuedo. El descontento, hasta entonces dividido, fue unánime : los gentil-hombres, los ciudadanos, los arrendatarios, los comerciantes, los presbiterianos y sectarios, toda la nacion se conmovió á esta sentencia. Solo se hablaba de Hampden con ternura y orgullo, porque su destino era la imágen del país, y su conducta la gloria. Los cortesanos osaban apenas sostener la legitimidad de su victoria, y los mismos jueces se escusaban, casi confesando su cobardía. Callaban tristemente los ciudadanos pacíficos, y los espíritus osados se indignaban públicamente alegrándose en su interior por ver una causa de levantamiento. Pronto en Lóndres y en los condados, los descontentos encontraron jefes que se mancomunaron pensando en el porvenir. Do quier se tomaron medidas para entrar en relaciones y sostenerse mútuamente en caso de necesidad, formándose un partido, oculto todavía, pero adicto á la nacion : aun no habian acabado el rey y su consejo de darse el parabien por su triunfo, cuando sus contrarios habian hallado ya ocasion y medios para obrar.

No bien pasado un mes de la condenacion de Hampden, estalló en Edimburgo una violenta sedicion, escitada por la introduccion arbitraria de una nueva ceremonia. Desde su advenimiento al trono, á ejemplo de

su padre, no habia cesado Cárlos de aplicarse á destruir la Constitucion republicana que la iglesia de Escocia debia al calvinismo, y á volver el episcopado escocés, del cual subsistian aun algunos vestigios, á la plenitud de su esplendor y autoridad. Fraudes, rigores, amenazas y corrup-



JOHN HAMPDEN.

cion, de todo se habia echado mano para lograr este designio. El despotismo habia tomado la voz de la súplica: se habia dirigido ya á la ambicion de los eclesiásticos, ya á los intereses de los pequeños propietarios, ofreciendo á estos librarlos á poca costa del diezmo, á aquellos dignidades y cargos públicos, y encaminándose siempre á un fin, pero

por senderos lentos y tortuosos. De vez en cuando se aumentaba la alarma popular, y el clero nacional resistia; mas entonces se suspendian las asambleas, y se desterraba á los mas osados predicadores. El parlamento muchas veces llegaba á titubear por espíritu de servilismo; se retardaban las elecciones, se cortaban las discusiones, y hasta se falsificaban las votaciones. La iglesia de Escocia, al través de los combates, ventajosos siempre para la corona iba pasando por grados al yugo de una gerarquía y de una disciplina casi conforme á la de la iglesia anglicana, y que consagraba como ya se ha dicho el absolutismo y el derecho divino de los obispos y del rey. En 1636 parecia que el plan tocaba á su término; el episcopado habia recobrado ya su jurisdiccion; el arzobispo de San Andrés era canciller del reino, y el obispo de Ross iba á ser nombrado gran tesorero: de catorce prelados los nueve tenian asiento en el consejo y preponderaban en él. Cárlos y Laud creyeron que era tiempo de consumarlo todo, dando de golpe á esta iglesia, sin consultar al clero ni al pueblo, un código canónico y un culto correspondiente á su nuevo estado.

Pero en Escocia, á diferencia de Inglaterra, no habia empezado la reforma por el antojo del príncipe y la humillacion de la córte. Popular en su cuna, se habia elevado al trono á despecho de los obstáculos, en vez de descender de él. Ninguna diferencia de sistema, de situacion ó de intereses, tenia divididos á sus partidarios, antes de comun acuerdo durante una larga lucha habian aprendido á oponerse al poder y manejarlo á su antojo. Los predicadores escoceses podian envanecerse de haber sublevado á la nacion, de haber sostenido la guerra civil, destronado una reina, y dominado á su rey hasta tanto que subiendo á un trono estranjero habia conseguido librarse de su predominio. Fuertes por la unidad y por el recuerdo de tantas victorias, entrometian osadamente en sus sermones, como en sus ideas, lo político con lo religioso, los asuntos del país con las controversias de la fé, y desde el púlpito censuraban la conducta de estos ó de aquellos ministros, asi como las costumbres de sus parroquianos. En su escuela habia el pueblo aprendido la audacia del pensamiento y del lenguaje. No debiendo el triunfo de la reforma mas que á sus esfuerzos, la idolatraba no solo como creencia, sino como obra suya. Su máxima fundamental era la independencia espiritual de su iglesia, mas no la supremacia religiosa del monarca, y se creia con derecho y en estado de defender contra el papismo, la monarquía y el episcopado, lo que sin ausilio de estos habia conseguido establecer. Por

algun tiempo humilló su valor la preponderancia que valió á sus reyes la elevacion al trono de Inglaterra : de aquí procedieron los triunfos de Jacobo contra las doctrinas é instituciones presbiterianas que tuvo que acatar cuando simple rey de Escocia. Fácilmente se dejan alucinar los reyes tocante á la sumision de los pueblos; asi es que Cárlos creyó vencida á la Escocia cuando aun no estaba mas que tímida. A favor de su supremacia y del episcopado, abrumaba en Inglaterra la reforma popular, siempre combatida con ventaja por sus antecesores; tambien creyó poder destruirla en Escocia donde habia reinado, donde era legalmente constituida, y donde la supremacia del trono solo era reconocida del episcopado naciente y sin apoyo.

La tentativa tuvo un éxito que en otras ocasiones semejantes ha llenado de admiracion y de dolor á los secuaces del despotismo : todo se desvaneció cuando iba á conseguirse el fruto. El restablecimiento del episcopado, la abolicion de las antiguas leyes, la suspension de las asambleas políticas ó religiosas, en una palabra, cuanto pudo hacer lejos del pueblo, se logró. Mas cuando para consumar la obra fue preciso alterar el culto público, el mismo dia en que por primera vez se pusieron en planta las nuevas ceremonias en la catedral de Edimburgo, todo se perdió. En pocas semanas una sublevacion súbita y general atrajo á Edimburgo una muchedumbre inmensa de todas clases, que venia á reclamar contra las innovaciones de que se amenazaba á su culto, y á sostener con su presencia sus reclamaciones. Llenaba esta multitud las casas y las calles, se reunia á las puertas y junto á las murallas de la ciudad, rodeaba la sala del consejo, que en vano reclamaba socorro de la municipalidad, insultaba á los obispos, y dirigia contra ellos acusaciones de tiranía é idolatría firmadas en la plaza pública por eclesiásticos, por gentil-hombres, y hasta por algunos magnates. El rey, sin responder á las quejas, hizo intimar á los peticionarios que se retirasen : lo hicieron asi, pero por necesidad mas que por sumision, y volvieron de allí á un mes en mayor número. Esta vez no tuvo lugar ningun desórden; el ardor fue grave y silencioso; las clases superiores habian tomado parte en la demanda; en quince dias fue propuesta, adoptada y puesta en planta una organizacion regular de resistencia; un consejo superior de ciudadanos se encargó de llevar á cabo la empresa comun; en cada condado, en cada ciudad, los consejos inferiores ejecutaban sus órdenes. Habia desaparecido la sublevacion, pronta á renacer á la voz del gobierno que habia elegido.

Cárlos respondió al fin en 7 de diciembre 1637; pero solo para con-

firmar los nuevos ritos, y prohibir á los peticionarios reunirse bajo pena de traicion. El consejo de Escocia habia recibido órden de no revelar la sancion real hasta su publicacion; pero, no bien hubo llegado, cuando supieron ya los rebeldes su contenido, y convocaron al momento al pueblo á favor de sus representantes. Para prevenirlos, mandó el consejo publicar sin retardo el decreto. En el acto y al pasar los heraldos regios, dos pares del reino, lord Hume y lord Lindsay, hicieron publicar y pusieron de manifiesto en las calles una representacion que acababan de firmar en nombre de sus conciudadanos. Otros practicaron lo mismo en todas partes donde se publicó el decreto real. Los rebeldes cada dia mas unidos, amenazados y ardientes, resolvieron en fin coligarse por un pacto solemne, semejante á los que desde el orígen de la reforma habia adoptado muchas veces Escocia, para declarar y sostener altamente sus derechos, sus creencias y sus votos. Alejandro Henderson, eclesiástico muy influyente, y Archibaldo Johnston, despues lord Wariston, abogado célebre, redactaron este pacto con el nombre popular de convenio, que fue recibido y aprobado por los lores Balmerino, Lowden y Rothes en 1.° marzo de 1638. Despues de una minuciosa y antigua profesion de fé, contenia aquel documento una abjuracion formal de los nuevos cánones y ritos, y un juramento de union nacional para defender contra todo riesgo su soberano, su religion, sus leyes y las libertades del país. No bien se propuso, cuando fue recibido con unánimes aclamaciones. Varios mensajeros que se relevaban de poblacion en poblacion, lo llevaron con rapidez inaudita hasta los mas remotos confines del reino, al modo que la *cruz de fuego* era trasportada al través de la sierra como un llamamiento de guerra para los súbditos feudales (1). El clero, los gentil-hombres, los ciudadanos y labriegos, las mujeres y los niños se reunian en las plazas y en los templos para jurar fidelidad al pacto. Los montañeses mismos, poseidos del entusiasmo nacional, olvidaron momentáneamente su ardiente lealtad y sus feroces enconos. En menos de seis semanas la Escocia entera estuvo confederada. Solo los empleados del gobierno, la

(1) Cuando un jefe queria convocar su tríbu, hacia una cruz de maderas resinosas, encendia sus cuatro puntas y las apagaba con la sangre de una oca. Esta cruz se llamaba de fuego ó de ignominia, porque era notado de infamia el que rehusaba obecer á esta señal. Al verla, todos los habitantes de diez y seis á sesenta años estaban obligados á tomar las armas, so pena de que fuesen taladas é incendiadas sus posesiones. En la guerra civil de 1745 circuló frecuentemente por Escocia esta cruz.

ciudad de Aberdeen, y algunos miles de católicos rehusaron suscribir al convenio.

Tanta audacia pasmó á Cárlos: se le habia hablado de asonadas insensatas de un vil populacho; el mismo consejo municipal de Edimburgo se habia apresurado á solicitar sumisamente su clemencia, prometiendo el pronto castigo de los sublevados y hasta sus mismos cortesanos escoceses solo hablaban de sus correspondencias, segun las cuales todo estaba tranquilo ó próximo á calmarse. Indignado de la impotencia de su voluntad, resolvió recurrir á la fuerza; pero, como nada estuviese dispuesto, fue preciso ganar tiempo. El marques de Hamilton fue enviado á Escocia con órden de hacer columbrar á los rebeldes alguna esperanza, pero sin comprometer al rey. Veinte mil sublevados, reunidos en Edimburgo para un solemne ayuno, se presentaron al enviado, mientras setecientos eclesiásticos en hábito de ceremonia estaban de pié sobre una eminencia, junto al camino real, cantando un salmo al tiempo que pasaba. El bando rebelde queria dar á Hamilton una alta idea de su fuerza, y este, ya para grangearse crédito, ya para obedecer las órdenes del soberano, estaba inclinado á contemporizar. Mas sus concesiones no llenaron los deseos de los sublevados y se burlaron altamente de un pacto regio que el marques trató de oponer al pacto popular. Despues de inútiles embajadas y muchos viajes de Edimburgo á Lóndres, recibió de improviso en setiembre 1638 la órden del rey para acceder á las demandas de los sublevados, á la abolicion de los cánones, ritos y del tribunal de alta comision, y á la promesa de una asamblea eclesiástica y de un parlamento en cuyo seno se discutirian libremente las cuestiones controvertidas, y podrian ser acusados los mismos obispos. Alegráronse los escoceses, pero con interior sorpresa, tanto mas recelosa, cuantos menos motivos se les dejaban para que pudiesen aferrarse todavía en su confederacion. El sínodo general se reunió en Glasgow: no tardó mucho en conocer que Hamilton solo trataba de oponerle obstáculos, introduciendo en sus actos apariencias de nulidad.

Tales eran en efecto las instrucciones del rey. Continuaba sin embargo la asamblea disponiéndose á encausar á los obispos. A poco la disolvió Hamilton. Súpose al propio tiempo que Cárlos se preparaba á la guerra, y que iba á desembarcar en Escocia un cuerpo de ejército que Strafford habia levantado en Irlanda. Volvió Hamilton á Lóndres; pero el sínodo se negó á separarse, continuó sus discusiones, condenó todas las innovaciones reales, mantuvo el pacto y abolió el episcopado. Muchos

magnates hasta entonces inactivos, entre otros el conde de Argile, poderoso y muy prudente, abrazaron públicamente la causa del país; algunos comerciantes escoceses pasaron el mar en busca de armas y municiones: se envió copia del pacto á las tropas escocesas que servian en el continente y se invitó á tomar el mando de los rebeldes á Alejandro Lesly, uno de sus mejores jefes. Dirigióse por último en nombre del pueblo escocés una declaracion á los ingleses dándoles á conocer las justas causas de las quejas de unos cristianos hermanos suyos, y rechazando las calumnias de sus emenigos.

La córte se sonrió al leerla, hablando con sarcasmo de la insolencia de los sublevados: solo se quejaba de tener que combatirlos, porque ¿qué gloria, decian, nos puede resultar de una guerra contra un pueblo pobre, grosero y oscuro? Si bien que fuese escocés el mismo Cárlos, se lisonjeaba de que el odio inveterado de los ingleses á los escoceses haria inútiles las quejas de estos últimos. Pero las creencias que unen á los pueblos borran bien pronto los límites que los separan: asi fue que los primeros vieron identificada su causa con la de los últimos, y se establecieron rápidamente correspondencias secretas entre los dos pueblos. Esparciéronse por do quiera los manifiestos de los rebeldes y sus peticiones y sus esperanzas fueron objeto de las conversaciones populares; en poco tiempo se ganaron amigos y agentes en Lóndres, en todos los condados, en el ejército, y aun en la córte misma. Asi que se supo su firme resolucion de resistir, y lo favorable que les era la opinion pública en Inglaterra, no faltaron cortesanos escoceses y aun ingleses, que por odio á algun rival, para vengarse de alguna negativa, ó bien para prepararse á todo evento, se apresuraron á prestarles secretos favores ya dándoles avisos, ya exagerando su número, poniendo á las nubes su disciplina, y por último dando á entender que con ser complaciente en algo se libraria el rey de conflictos y peligros.

El ejército que se adelantaba hácia Escocia solo oia hablar de rumores que tendian á detener su marcha: se aconsejaba á su general, conde de Essex, que anduviese cauto y esperase refuerzos, diciéndole que eran muy superiores los enemigos: que se les habia visto en tal punto, cerca de la frontera; que ocupaban todas las plazas y que estarian en Berwick antes que él. Fiel el general, aunque poco partidario de la córte, continuó su marcha, entró en Berwick sin obstáculo, y pronto vió por sus ojos que los rebeldes no eran tan numerosos ni disciplinados. Mas el efecto de los rumores era inmenso, y subió de punto la agitacion cuando el rey hu-

bo llegado á York en abril de 1639. Pasó allá con estraordinaria pompa, infatuado con el irresistible ascendiente de la magestad real, creyendo que bastaria desarrollarla para hacer entrar á los rebeldes en su deber.

Al parecer para oponer otro llamamiento al que habian hecho á los ingleses los escoceses, hizo uno intimando á la nobleza de su reino, segun costumbre feudal, que pasase á prestarle el servicio que le debia. Los lores y un sin número de gentil-hombres acudieron á York como á una fiesta. La ciudad y su campiña ofrecian el aspecto de una córte y de un torneo, antes que el de un ejército dispuesto á la lucha. Envanecíase Cárlos con tal aparato, y sin embargo, solo reinaba alrededor suyo la intriga, el desórden y la indisciplina. Los escoceses de la frontera tenian relaciones familiares con sus soldados; quiso el rey exigir de sus magnates el juramento de no tener relacion ninguna con los rebeldes; se negaron á ello lord Brook y lord Say, y Cárlos solo se atrevió á prescribirles que se alejasen. Lord Holland entró en territorio escocés; pero al ver el cuerpo de tropas que Lesly habia dispuesto con arte, y que juzgó equivocadamente el conde ser superior al suyo, se retiró precipitadamente. Generales y soldados, todos vacilaban en arrojarse á una guerra antinacional. Bien informados los escoceses se prevalieron de esta coyuntura. Escribieron á los generales del ejército, lord Essex, lord Arundel y lord Holland, modesta y lisongeramente, confiando en los humanos sentimientos de los lores y del pueblo ingles, y rogándoles que interviniesen para que el rey les hiciese justicia y les volviese á su gracia.

A poco, seguros del apoyo, se dirigieron respetuosamente al rey, aunque sin abandonar sus pretensiones. Este andaba vacilante, y estaba tan dispuesto á cansarse de los obstáculos como ciego habia sido en preverlos. Abriéronse conferencias; el rey se mostró altivo, pero deseoso de poner fin á todo; los escoceses aferrados, pero con moderacion. Se dió por satisfecho el orgullo del primero con el acatamiento de los segundos, y el 18 de junio de 1639, por consejo, segun se dice, del mismo Laud, aterrado á vista del riesgo, se concluyó en Berwick una pacificacion en que se prescribia la disolucion de ambos ejércitos y la próxima convocacion de un sínodo y de un parlamento escocés; pero no se firmó ningun tratado en que clara y concisamente hubiesen quedado cortadas las diferencias que suscitaron la guerra.

Solo estaba, pues, paralizada; y lo presentian asi los dos bandos. Los escoceses, al licenciar sus tropas, conservaron una parte de sueldo á

los oficiales, ordenándoles que estuviesen dispuestos para un caso cualquiera. Cárlos por su parte, no bien hubo licenciado su ejército, cuando se ocupó por bajo mano á levantar otro.

Un mes despues de la pacificacion llamó á Strafford á Lóndres para consultarle, decia, acerca de algunos planes militares, y añadió: «Me asisten muchas razones para desear teneros por algun tiempo cerca de mí: no puedo espresarlas en una carta: el pacto escocés tiene muchas ramificaciones, muchísimas.» Voló allá Strafford, y con placer, porque desde mucho tiempo anhelaba estar junto á su soberano, que es donde se prometia poder y gloria. Llegó resuelto á desarrollar toda su energía contra los enemigos de la corona, hablando con desprecio de los escoceses, asegurando que solo por falta de nervio se habia perdido todo, y prometiéndose sin embargo de la firmeza del monarca un apoyo perenne. Encontró la córte agitada de oscuras intrigas; el conde de Essex, tratado con frialdad á pesar de su buena conducta en la campaña, se habia retirado descontento; los oficiales se acusaban mútuamente de inhabilidad y afeminacion; los favoritos de la reina se apresuraban á aprovecharse de la confusion para activar sus planes y perder á sus rivales; el rey estaba triste y abatido: de modo que pronto se vió Strafford imposibilitado de hacer adoptar lo que creia necesario, y de hacer cumplir lo adoptado. Entonces se volvieron contra él las intrigas cortesanas, y no pudo impedir que sir Enrique Vane, uno de sus enemigos, fuese nombrado á instigacion de la reina secretario de Estado.

El público que lo habia visto llegar, ansioso é incierto del uso que haria de su influjo, tardó poco en saber que provocaba las medidas mas rigorosas, y empezó á maldecirle. Entre tanto, la necesidad se hacia cada vez mas urgente. Habíanse suscitado dudas entre el rey y los escoceses acerca del tratado de Berwick, del que nada se habia escrito, y Cárlos hizo quemar por mano del verdugo un papel que en sentir de aquellos contenia sus verdaderas disposiciones, mas no se atrevió á desmentirlo publicando otro, porque en el curso de las negociaciones habia hecho esperar lo que no intentaba cumplir. El sínodo y el parlamento de Escocia, irritados por esta falta de fé, y animados por sus amigos de Inglaterra á redoblar sus precauciones, lejos de ceder en nada, dirigian nuevas y mas osadas demandas. El parlamento pedia que el rey debiese convocarlo cada tres años; que se asegurase la independencia de las elecciones y de los debates, y que la libertad política, bien garantida, velase por el mantenimiento de la fé. Resonaron mas que nunca en la

córte y en el consejo las palabras de *atentado á la prerogativa*, y de *soberanía invadida, etc.* «Será fuerza, dijo Strafford, hacer entrar á esta gente á latigazos por el buen camino.» Se resolvió hacer la guerra: ¿mas como sostenerla? ¿qué nuevos motivos se alegarian ante la nacion? El tesoro estaba exhausto, lo mismo que las arcas reales, y la opinion era ya sobrado poderosa sino para ser oida, al menos para no dejar de dirigirse á ella. Presentóse el pretesto que se deseaba: desde el orígen de las turbulencias, el cardenal de Richelieu, descontento de la córte de Inglaterra donde dominaba la influencia española, se puso en relacion con los escoceses: les envió un agente, oro y armas, y les prometió mayores socorros en caso de necesidad.

Fue interceptada una carta de los principales rebeldes, con el sobrescrito de *al Rey*, y por la que evidentemente se solicitaba el apoyo del monarca frances. Cárlos y su consejo no dudaron que tal peticion á un príncipe estranjero, alta traicion segun la ley, dejase de indignar á toda Inglaterra, y bastaria á su parecer para convencer á todos de la legitimidad de la guerra. En esta confianza, que servia de velo á la necesidad, se decidió la convocacion de un parlamento: interin se reunia pasó Strafford á Irlanda para obtener asimismo de las cámaras de aquel reino subsidios y soldados.

Admiróse toda Inglaterra al saber la nueva convocacion, porque ya no se esperaba una reforma legal, única sin embargo que era anhelada, puesto que á pesar del descontento no se meditaban violencias. Solo los sectarios, la plebe en ciertos puntos, y algunos hombres comprometidos como jefes de partidos, alimentaban pasiones sombrías ó ideas mas fuertes. El público los habia aprobado y sostenido, pero sin asociarse á ellos ni dárselo á entender. Los contra tiempos sufridos habian hecho dudar á muchos en punto á la legitimidad ó conveniencia de la última obstinacion parlamentaria. Se recordaban con pesar su áspero lenguaje y sus sesiones agitadas; se esperaba en suma mas prudencia. Con tales antecedentes se eligió una cámara baja contraria á la córte, decidida á hacer peticiones y formada en parte de los antiguos jefes de la oposicion, pero en la que dominaban los ciudadanos pacíficos, sin espíritu de partido, desconfiados en punto á arranques y confabulaciones secretas, y deseosos de reformar abusos sin enemistarse con el rey, y sin comprometer la tranquilidad pública.

Despues de algun retardo que exasperó los ánimos, se reunió el parlamento en 13 de abril de 1640. Cárlos hizo leer la carta de los escoce-

ses al rey de Francia, se estendió sobre su traicion, anunció la guerra y pidió subsidios. Los representantes hicieron poco caso de la carta, mirándola como un incidente nada importante en vista de los grandes intereses que debia ventilar, lo que ofendió al rey, por la frialdad conque eran recibidas las injurias que se le hacian. Por su parte se quejaba la cámara de la falta de respeto y de etiqueta el dia en que su presidente se presentó al rey. La córte, despues de once años trascurridos sin parlamento, no se avenia á ello; y la cámara, á pesar de sus intenciones pacíficas, se habia revestido en Westminster de todo el orgullo de un poder tanto tiempo desconocido, y solo acatado por la necesidad. Pronto se animaron los debates. El rey queria que la cámara votase los subsidios antes de meterse en derechos, prometiendo oir despues con benevolencia sus peticiones.

Hubo largas discusiones, mas no violentas, si bien que las sesiones se animaban y prolongaban mas de lo acostumbrado. Algunas palabras amargas de miembros poco conocidos fueron reprimidas al momento, y se aplaudieron los discursos de varios adictos á la corona y apreciados del público. Con todo esto la cámara se aferró en tratar antes de los derechos que de los subsidios. En vano se dijo que la guerra instaba; lo que menos les importaba era la guerra; sin embargo lo disimulaban por respeto al rey. Cárlos acudió á la intervencion de la Cámara de los Pares, los cuales votaron que á su parecer debian ser antes los subsidios, y pidieron una conferencia con los representantes del pueblo para invitarlos á ello. Aceptáronla estos, pero votaron á su vez volviendo á su cámara, que la deliberacion de los pares atentaba á sus privilegios, puesto que no les incumbia ocuparse de los subsidios antes que ellos los hubiesen arreglado. Los exaltados Pym, Hampden, Saint-John, se prevalieron de esta coyuntura para exitar la cámara, cuyas intenciones eran mas moderadas de lo que convenia á sus principios y á su situacion, no obstante que ya se agitaba impaciente conteniéndose, pero decidida á sostener sus derechos. Trascurria el tiempo, y el rey empezaba á decir que este parlamento seria tan intratable como los anteriores. Irritado ya, envió á él un mensaje, diciendo que si se le concedian doce subsidios pagaderos en tres años, se obligaba á no percibir en adelante el de los buques mas que á discrecion del parlamento. La suma pareció enorme; equivale, decian, á pedir todo el dinero del reino.

No bastaba tampoco que el rey renunciase al subsidio de los buques; era preciso que se declarase su ilegitimidad pasada y futura. Sin embar-

go, la cámara no queria romper con el monarca; se demostró que el valor de los doce subsidios distaba mucho de ser el que se habia supuesto; y á pesar de su repugnancia en suspender el exámen de derechos, tomó en consideracion la propuesta para dar una prueba de su lealtad. Iba ya á decidirse que se concederian los subsidios sin fijar su cantidad, cuando se levantó el secretario de Estado, sir Enrique Vane, y dijo que á menos de admitirse sin enmienda la propuesta, era escusado deliberar, porque el rey solo aceptaria lo pedido. Herbert, procurador general, confirmó la asercion de Vane. Apoderóse de la cámara la sorpresa y la cólera, y se consternaron los mas moderados. Era tarde, y se dejó la discusion para el dia siguiente. Pero cuando acababan de reunirse los diputados, el rey los llamó á la cámara alta; el parlamento fue disuelto el 5 de mayo de 1640, á las tres semanas de su convocacion.

Una hora despues de la disolucion, Eduardo Hyde, despues lord Clarendon, encontró á Saint-John, amigo de Hampden y uno de los jefes de la oposicion ya formada: el primero estaba triste; Saint-John por el contrario, á pesar de su habitual tristeza, parecia regocijado. «¿Qué teneis? dijo á Hyde.—Lo que todos los hombres de bien, respondió este: siento la disolucion imprudente de un parlamento tan sabio, único que nos hubiera salvado en la tormenta.—Cierto, repuso John; pero antes que las cosas marchen como deben, es preciso que sufran aun mayores inconvenientes: este parlamento no hubiera hecho nunca lo que debe hacerse.»

Aquella misma tarde se arrepintió Cárlos; dijo que le habian engañado respecto á las disposiciones de la cámara, y que Vane no estaba autorizado para declarar que á menos de doce subsidios no aceptaria nada. Inquietóse al dia siguiente, mandó llamar á algunos sabios, y preguntó si podia ser revocada la disolucion del parlamento. Se juzgó imposible, y Cárlos volvió al despotismo, algo mas turbado, pero orgulloso como siempre.

La urgente necesidad pareció por un momento dar seguridad á sus ministros, y vigor á sus medidas. Strafford habia vuelto de Irlanda, atacado de la gota, amenazado de la pleuresía é imposibilitado de moverse. Pero habia obtenido del parlamento irlandés cuanto habia pedido en subsidios, soldados, ofertas y promesas; asi que pudo dejar la cama volvió á insistir con vigor en sus designios. En menos de tres semanas logró donativos voluntarios á que dió ejemplo, y subieron á 300,000 libras esterlinas, debidas en gran parte á los papistas. Esta suma unida á los

monopolios, injusticias, empréstitos forzados, subsidios de buques y fabricacion de monedas, facilitó algunos fondos.

A los ojos del rey y de sus adictos, la necesidad lo escusaba todo; pero nunca la tiranía se contiene en los límites de la necesidad. Cárlos fue tambien cruel con los miembros del último parlamento; Bellasis y Hotham fueron encarcelados por sus discursos; se registró la casa y los papeles de lord Brook; Crew fue encarcelado en la torre por no haber querido entregar las peticiones que habia recibido durante la sesion, como presidente de la junta encargada de examinarlas. Se exigió de los eclesiásticos el juramento de no consentir jamás en ninguna alteracion del gobierno de la iglesia, terminándose el juramento con un *et cetera* que hacia asomar la sonrisa de la indignacion. Jamás habia sido el lenguaje mas arrogante ni mas duro; algunos gentil-hombres del condado de York se habian negado á una requisicion arbitraria; el consejo quiso perseguirlos: «La única persecucion, dijo Strafford, es ponerles argollas.» Conocia mas que ningun otro la estension del mal, pero en su carácter el ardor era superior á la prudencia, y podia decirse que todo su afan era inspirar al rey, al consejo y á la córte aquella fiebre que ciega al hombre para despreciarlo todo. Recayó en su enfermedad, llegando á las puertas del sepulcro, pero su impotencia dió mas delirio á sus consejos, y apenas pudo sostenerse cuando partió con el rey para el ejército ya reunido en la frontera de Escocia, y á cuyo frente debia ponerse.

Supo en su marcha que los escoceses habian tomado la ofensiva, y que llegando á York habian batido á Newburne (21 agosto 1640) casi sin resistencia, primer cuerpo ingles que habian encontrado. Esto no era obra de los escoceses solos. Durante la pacificacion, sus comisionados en Lóndres habian contraido una estrecha alianza con los descontentos, y estos les habian aconsejado que en caso de guerra invadieran la Inglaterra, prometiéndoles apoyo y un partido numeroso. Además enviaron á Escocia un mensajero, el cual dentro de una caña llevaba una obligacion, á cuyo pié para inspirar mas confianza á los rebeldes, lord Saville habia falsificado la firma de seis magnates ingleses. Solo un vehemente odio á Strafford habia impelido á Saville; pero es probable que otros patriotas influyentes y sinceros tuviesen tambien parte en tan audaz intriga. No se engañaban ciertamente en lo relativo á la disposicion del pueblo. No bien se hubo disuelto el parlamento cuando se miró con aversion la guerra. En Lóndres los pasquines escitaban á los jornaleros á un levantamiento y á hacer pedazos á Laud, autor de tantos males. Una turba



LA TORRE DE LÓNDRES.

furiosa rodeó su palacio, precisándole á refugiarse en Whitehall. La iglesia de S. Pablo, donde se reunia el tribunal de alta comision, fue invadida por otros grupos que gritaban : *fuera obispos*, *fuera la alta comision!* En los condados solo la violencia llevó á cabo la leva. Para eva-



LORD FALKLAND.

dirse de ella algunos se mutilaron, y otros llegaron al estremo de ahorcarse ; los que obedecian sin resistencia eran insultados por las calles y tratados de cobardes en sus casas por sus antiguos amigos. En los cuerpos reinaban los mismos sentimientos. Muchos oficiales, sospe-

chosos de papismo, fueron muertos por sus soldados. Cuando el ejército se encontró á vista de los escoceses, subió de punto la indisciplina; veia el pacto flotante en las banderas; oia los tambores que llamaban á las tropas al sermon, resonando al amanecer el acampamento con el cántico de los salmos y las preces. A este espectáculo, á las relaciones del piadoso ardor y de las amistosas disposiciones de la Escocia para con los ingleses, se enternecian é indignaban á la vez los soldados, maldiciendo esta guerra impía, y se daban por vencidos antes de pelear contra sus hermanos y su Dios. Al llegar los escoceses sin ademan hostil á la orilla del Tyne, pidieron permiso para pasarlo. Una centinela inglesa disparó; se contestó con algunos cañonazos, y no bien se trabó la refriega cuando se dispersó el ejército, de modo que Strafford solo tomó el mando para replegarse á York, dejando á los escoceses ocupar sin obstáculo el país y las plazas situadas entre aquella ciudad y la frontera de ambos reinos.

Desde este momento el mismo Strafford fue vencido. En vano procuró, ya con buen modo, ya con amenazas, inspirar otros sentimientos á las tropas; sus palabras no salian del corazon, y disimulaban mal su desprecio ó su cólera: sus rigores irritaban á los soldados sin arredrarlos. Pronto llegaron peticiones de muchos condados, suplicando al rey que hiciese la paz. Lord Wharton y lord Howard, se atrevieron á presentar una; Strafford los arrestó convocó un consejo de guerra, y pidió que fuesen fusilados delante del ejército como por conato de sedicion. El consejo permanecia en silencio, pero Hamilton le rompió: «Milord, dijo á Strafford, cuando se haya dado la sentencia, estais seguro de los soldados?» Strafford como herido de una revelacion, volvió convulsivo la cabeza sin responder palabra. Sin embargo, su indomable orgullo sostenia todavía sus esperanzas. «Pronuncie el rey una palabra, escribia á Laud, y haré huir á los escoceses mas listos de lo que han venido; respondo de ello con mi cabeza: pero seria preciso que el consejo se lo diese otro que yo.» En efecto, le evitaba ya Cárlos temiendo sus arranques. Este príncipe habia caido en un profundo desaliento; cada dia recibia nuevas pruebas de su impotencia; faltaba dinero y no habia medio de adquirirlo; los soldados se amotinaban ó desertaban á bandadas; el pueblo inglés, impaciente de un desenlace que ya se columbraba, se agitaba por todas partes; y las correspondencias con los escoceses se cruzaban en todas direcciones. Estos, siempre prudentes en sus actos, y moderados en su lenguaje, contemporizaban con los condados invadidos, eran muy atentos

con los prisioneros, y renovaban continuamente sus protestas de sentimientos pacíficos, de fidelidad y de adhesion á su rey: seguros de la victoria pedian la paz que debia consagrarla. A la palabra paz se empezaba á unir la de parlamento. A este nombre, atemorizado Cárlos, pensó (se ignora por consejo de quien) en convocar en York el gran consejo de los pares del reino, asamblea feudal hacia cuatro siglos olvidada, pero que en otros tiempos cuando era aun muy limitado el poder de la cámara baja habia tomado frecuentemente parte en el gobierno supremo. Sin saber lo que era ni lo que podia esta asamblea, se prometian de ella mas miramiento hácia el honor real, y se preguntaba ya si seria posible que por sí sola votara los subsidios. Pero antes que se hubiese reunido, se recibieron dos peticiones, una de la ciudad de Lóndres, y otra de doce pares muy influyentes, en que se solicitaba espresamente la convocacion de un verdadero parlamento.

Esto era suficiente para agotar la última resistencia de un rey que se veia sin fuerzas. En medio de estas incertidumbres y para satisfacer su resentimiento y justificar sus consejos, atacó Strafford á los escoceses, alcanzando sobre ellos algunas ventajas, pero se clamó que comprometia al rey, y recibió órden de encerrarse en sus cuarteles (1) Reuniéronse los pares en 24 setiembre 1640, y Cárlos anunció que convocaba un parlamento, y solo reclamaba sus consejos para entrar en negociaciones con los escoceses. Abriéronse estas, y se encargó su direccion á diez y seis pares que gozaban de popularidad. Se estipuló ante todo que los dos ejércitos quedarian permanentes, y que el rey pagaria igualmente el de los escoceses que el suyo propio. Para cubrir esta atencion se pidió á la ciudad de Lóndres un empréstito de 200,000 libras esterlinas, y los pares empeñaron su palabra sobre la del rey á que no se invertiria la suma para otro objeto. Cárlos, despues de haber firmado en Rippon los artículos preliminares, anhelando olvidar al lado de la reina tantos disgustos y conflictos, trasladó la negociacion á Lóndres, donde debia reunirse el parlamento (2). Pasaron allá los comisionados escoceses, seguros de encontrar poderosos aliados. Adelantábanse las elecciones en Inglaterra con ardor general; triste y abatida, ensayaba en vano la córte poner á

(1) Si bien algunos autores niegan este hecho, sin embargo el testimonio de Clarendon es de mucho peso, y su relacion, que tal afirma, es verídica y circunstanciada.

(2) 23 de octubre de 1640. Rushworth.

prueba en ellas su influjo; do quier eran desechados sus candidatos; ni siquiera pudo hacer elegir á sir Tomás Gardiner al que el rey deseaba nombrar presidente. La reunion del parlamento se fijó el 3 de noviembre. Algunos aconsejaron á Laud que escogiese otro dia, porque aquel decian ser de mal agüero; bajo Enrique VIII, el parlamento reunido en el mismo dia habia principiado por perder al cardenal Wolsey, y habia dado fin por la destruccion de las abadías. No hizo caso Laud de estos presagios, no por confianza sino cansado ya de resistir, y se abandonó lo mismo que su dueño á un porvenir, que todos á la vez, vencedores ó vencidos, estaban muy distantes de prever.

LIBRO TERCERO.

Apertura del parlamento.—Apodérase del poder.—Situacion de los partidos políticos y religiosos.—Concesiones del rey.—Negociaciones entre este y las notabilidades del parlamento.—Complot en el ejército.—Sumaria y muerte de Strafford.—Viaje del rey á Escocia.—Insurreccion de Irlanda.—Discusiones.—Vuelve el rey á Lóndres.—Progreso de la revolucion.—Asonadas.—Sale de Lóndres el rey.—Se embarca la reina para el continente.—La milicia.—Negociaciones.—El rey fija en York su residencia.—Ambos partidos se preparan á la guerra.—Niégase al rey la entrada en Hull.—Vanas tentativas de conciliacion.—Levántanse dos ejércitos.

(**1640.-1642.**)

El dia prefijado abrió el rey el parlamento. Pasó á Westminster sin pompa, casi sin séquito, no segun costumbre á caballo y atravesando las calles, sino por el Támesis en una góndola temiendo las miradas, y á la manera de un vencido que sigue el triunfo de su vencedor. Su discurso fue vago : prometió dar cabida á las pretensiones, pero persistió en dar á los escoceses el nombre de rebeldes como si durase todavía la guerra. Los representantes del pueblo le escucharon con frio respeto. Jamás fue tan numerosa la concurrencia al abrirse la legislatura ; en ningun tiempo se habian presentado con tal arrogancia los súbditos en presencia de su soberano.

No bien hubo salido el rey, cuando sus pocos adictos de la cámara conocieron por los razonamientos de los grupos que el odio público sobrepujaba aun sus temores : la disolucion del último parlamento habia exasperado á los mas moderados, y ya nadie hablaba de conciliacion ni de prudencia. Ha llegado el momento, decian, de desarrollar todo el po-

der de la cámara, arrancando de raiz todos los abusos, de modo que no sea temible que vuelvan á retoñar. De aquí se inferia que dos poderes igualmente altivos iban á chocar entre sí con desiguales fuerzas. Hacia once años que el rey y la iglesia habian proclamado su soberanía absoluta, independiente y de derecho divino: todo lo habian probado para imponerla á la nacion. No pudiendo lograrlo, pero profesando siempre las mismas máximas, venian en su impotencia á pedir socorros á una cámara que tambien creia en su soberanía, sintiéndose fuerte para ejercerla, si bien no la proclamaba todavía altamente.

Empezó la cámara por discutir sus grandes pretensiones. Cada miembro venia encargado de una peticion de su ciudad ó de su condado; la leia, y estendiéndose sobre de ella proponia que la cámara, interin no se adoptaban medidas mas eficaces, votase al menos que las quejas eran legitimas. Asi estalló en pocos dias la opinion general del país, asi se fueron condenando uno á uno todos los actos de la tiranía, los monopolios, el subsidio de los buques, las detenciones arbitrarias, las usurpaciones de los obispos, y los procedimientos de los tribunales escepcionales. Nadie se oponia á estas resoluciones, y era tal la unanimidad, que muchas fueron adoptadas por mocion de miembros que poco despues fueron íntimos confidentes del rey.

Como si esto no hubiese bastado para ponerlo todo de manifiesto, nombró la cámara mas de cuarenta comisiones encargadas de patentizar abusos y recibir las quejas de los ciudadanos. Cada dia llegaban comitivas de varios puntos, llevando á Lóndres las demandas de su poblacion. Do quier fue provocada la acusacion, resonando en los púlpitos y en las plazas públicas, y siendo admitida con confianza, sea que se dirigiese contra el gobierno en general, ó sea que especificase individuos para reclamar su castigo. El poder de las comisiones fue ilimitado; de tal suerte, que ni el silencio se les pudo oponer, pues se precisó á los miembros mismos del consejo á responder á los cargos.

A la condenacion de los actos se siguió la proscripcion general de sus autores. Todo agente de la corona, cualquiera que fuese su rango, que hubiese tomado parte en la ejecucion de las medidas reprobadas, fue llamado delincuente, formándose una lista de ellos en cada condado. No se les condenó á una pena uniforme y definitiva; pero, á merced de la cámara, podian cada dia ser llamados ante ella bajo el menor pretesto, y castigados con multas, detenciones ó confiscacion.

La misma cámara declaró indigno de sentarse en el parlamento á

cualquiera que hubiese tomado parte en algun monopolio, y fueron escluidos cuatro en 21 enero 1641. Otros lo fueron asimismo bajo pretesto de alguna irregularidad, pero en el fondo sin motivo legal y solo por desconfiarse de sus opiniones. Dos monopolistas bien conocidos fueron admitidos sin obstáculos por pertenecer al partido popular.

Al aspecto de este poder tan inmenso, tan súbito y ardoroso, se estremecieron todos los adictos al trono que tenian motivos para temer algun cargo, ó la influencia de algun enemigo. Para ellos todo era acusacion, y no se daba lugar á la defensa. La córte solo deseaba que la olvidasen; el rey ocultaba tras una completa inaccion su tristeza y sus zozobras; temblando los jueces por ellos mismos, no osaban proteger á los acusados, y los obispos veian abolirse las innovaciones alrededor suyo sin oponer obstáculo. Juan Brancroft, obispo de Oxford, murió súbitamente de miedo; los predicadores presbiterianos entraban sin título legal en posesion de los curados y los púlpitos; todas las sectas disidentes se reunian públicamente en sus asambleas, y circulaban libremente toda suerte de folletos. El despotismo real y el episcopal, todavía intacto en sus ministros, sus tribunales, sus leyes y su culto, se mantenian inmóviles é impotentes.

Strafford habia previsto esta esplosion, y suplicando al rey que le dispensase de presentarse al parlamento: «No podré, le escribia, prestar ningun servicio á vuestra majestad; mi presencia aumentará el conflicto y me entregara á mis enemigos; permitidme permanecer distante, en Irlanda, en el ejército, donde mas os plazca: asi podré serviros y salvarme.—No puedo, le respondió el rey, pasarme de vuestros consejos; como rey de Inglaterra, os aseguro que no correis ningun peligro, y que no tocarán un cabello de vuestra cabeza.» Titubeaba todavía Strafford, pero á una segunda invitacion, arrojándose por necesidad á la tormenta, partió resuelto á acusar ante la cámara alta y con pruebas recientes á los principales miembros de los comunes por haber provocado y sostenido la invasion de los escoceses. Informados del golpe que meditaba dar, Pym y sus amigos se adelantaron. El 9 de noviembre llegó Strafford á Lóndres; el 10 lo detuvieron en cama la fatiga y la calentura: el 11 la cámara baja mandó cerrar las puertas, y le acusó de alta traicion. Solo lord Falkland, á pesar de ser enemigo suyo, observó que la justicia y la dignidad de la cámara exigian un plazo y algun exámen: «El menor retardo puede perderlo todo, respondió Pym; si el conde habla con el rey el parlamento será disuelto; por otra parte la cámara solo acusa,

y no juzga.» Y salió al instante seguido de una comision para llevar la acusacion á la cámara de los lores.

Encontrábase Strafford con el rey. Al primer aviso se dirige apresuradamente á la cámara alta, donde habia llegado ya Pym. Encuentra cerrada la puerta, golpea, y reprendiendo airado al ujier que vacilaba en abrir, iba atravesando la sala para ocupar su puesto, cuando muchas voces le mandan que se retire. Detiénese el conde, mira al rededor, y obedece despues de titubear unos momentos. Llámasele una hora despues, se le manda arrodillarse á la barra, y se le notifica que la cámara habia admitido la acusacion presentada contra él por los diputados del pueblo, diciendo á propuesta suya, que fuese encerrado en la torre. Quiso hablar, pero la cámara se negó á oirle, y se llevó á efecto su arresto.

A su acusacion siguió la de Laud, menos temido pero aun mas odioso. Fanático, tan sincero como intratable, nada le echaba en cara su conciencia, y se admiró de que le persiguiesen. «Ningun miembro de la cámara baja, dijo, puede en su interior creerme culpable de traicion.» El conde Essex tomó estas palabras á injuria contra los que le acusaban. Escusóse sorprendido Laud, y pidió ser tratado segun los antiguos usos del parlamento. Lord Say se indignó de que quisiese prescribirles el modo de proceder. Turbado el arzobispo calló, incapaz de comprender otra pasion que la suya, y de recordar que habia hablado del mismo modo á sus enemigos.

Otros dos ministros, lord Fich, guardasellos, y Windebank, secretario de Estado, no habian tenido menos parte en la tiranía, pero el uno, hábil cortesano, habia presentido lo que se preparaba, y hacia tres meses que se aplicaba á merecer la indulgencia de los jefes del partido popular; el otro no inspiraba odio ni temor. A pesar de esto, fueron acusados por la cámara baja pero sin encono, y solo para satisfacer el clamor público. El último huyó, mas el primero obtuvo permiso de presentarse á la cámara, donde recitó graciosamente una humilde apología, que fue bien recibida, por ser el primer homenaje que un ministro tributaba á los representantes del pueblo. Se le dió tiempo para embarcarse. Algunos miembros se admiraron de tan desigual justicia; mas los jefes populares no querian desalentar á la bajeza. Intentáronse todavía algunas acusaciones contra dos obispos, contra varios teólogos y seis magistrados; pero solo la de Strafford se prosiguió con ardor. Una comision secreta, á la que se concedieron poderes inmensos, tuvo encargo de escudriñar

toda su vida, y de buscar en sus palabras, en sus actos, y aun en sus consejos, hubiesen sido ó no adoptados, pruebas de alta traicion. Otra comision semejante formada en Irlanda, sirvió de auxiliar á la de la cámara. Tomaron en este asunto parte los escoceses por medio de una declaracion virulenta, que daba á entender que su ejército no saldria del reino sin que hubiese cargado todo el peso de la ley sobre su mas cruel enemigo. En sentir del odio y de los terrores populares, bien merecido tenia aquel ministro encarcelado todo el encono de tres pueblos.

Libre así de sus contrarios, y preparándose para una terrible venganza contra el único á quien temia la cámara tomó posesion del gobierno. Votó subsidios, pero tan escasos que solo cubrian las necesidades mas urgentes, y esto aun encargando su administracion á comisionados elegidos de su seno. Asi mismo no se votaron los derechos de aduana mas que por dos meses, y sucesivamente se iban renovando. No obstante, para cubrir los gastos eran necesarias mas considerables y prontas recaudaciones : en vista de esto la cámara tomó prestado en su nombre á sus partidarios de la ciudad, y aun á sus miembros, sobre la sola fé de sus promesas : asi tuvo orígen el crédito público. El rey instaba para que se licenciasen los dos ejércitos, el de los escoceses sobre todo, alegando con ventaja el gravámen que con ellos se imponia á los condados del Norte ; pero la cámara los necesitaba, y se sentia con fuerzas para hacer aceptar al pueblo esta carga : « Nuestros contrarios, dijo Strode, son aun sobrado fuertes, no nos es posible permanecer sin aliados » Eludiéronse las instancias del rey ; aun mas : en la reparticion de los fondos destinados al sueldo se favoreció mas á los escoceses que á los ingleses, cuyos oficiales no inspiraban la misma confianza al parlamento. Algunos se agriaron por ello ; pero la cámara no hizo caso, antes por el contrario decretó que los primeros habian prestado á los últimos servicios fraternales, por lo que en adelante se les daria el nombre de *hermanos*, y votó á favor suyo á título de indemnizacion y de recompensa una suma de 333,000 libras esterlinas.

Las negociaciones para la paz definitiva con la Escocia corrian mas á cargo de una comision del parlamento, que del consejo del rey. Las notabilidades de ambas cámaras particularmente de la baja, comian todos los dias reunidos en casa de Pym ; se le reunian los comisionados escoceses, los autores de las principales peticiones y los hombres importantes de la poblacion : allí se trataban de sobremesa todos los negocios del Estado y de las cámaras. Era tal la influencia de todos los poderes hácia

el parlamento, que los consejeros de la corona, incapaces ó temblando de decidir solos la menor cuestion, se dirigian continuamente á él sin que lo pidiese. Godman, sacerdote católico, habia sido condenado á muerte; y como el rey no osase perdonarle, puso su vida á disposicion de los representantes del pueblo, único medio para salvarlo, porque á pesar de su ardor no estaban sedientos de sangre.

María de Médicis, madre de la reina y por este tiempo refugiada en Lóndres, era objeto del odio público: todos los dias rodeaba la muchedumbre su casa y la llenaba de insultos y de amenazas.

A la cámara baja fue preciso dirigirse para saber si podia permanecer en Inglaterra y de que modo se debia velar por su seguridad. Respondieron que era conveniente que partiese; votaron 10,000 libras esterlinas para su viaje, y se puso al momento en ejecucion este dictámen. Tambien venian á parar á su jurisdiccion las sentencias de los tribunales ya ejecutadas, como asimismo los negocios privados del rey y de la córte. Se declaró ilegal la condenacion de Prynne, Burton, Bastwick, Leighton y Lilburne, mandando que se les pusiese en libertad y se les concediese una amplia indemnizacion, que sin embargo no recibieron jamás: suerte comun á los méritos antiguos, olvidados por otros recientes y por nuevas necesidades. La alegría pública fue su única recompensa: al saber que volvian, los salió á recibir un gentío inmenso; se adornaron las calles á su paso, echándose á sus piés flores y laureles. Los transportes de los pueblos y el abatimiento del rey, todo impelia á la cámara baja á tomar las riendas del Estado, y á erigirse en poder soberano.

Sino lograron esto en su primer ensayo relativo á la reforma de las instituciones, á lo menos proclamaron en él su completa independencia. En 13 enero 1641 se propuso un bill que prescribia que de tres en tres años á mas tardar debia convocarse un parlamento. Si el rey no le convocaba, podian efectuarlo doce pares reunidos en Westminster. A falta de estos, los jerifes y municipales estaban obligados á proceder á las elecciones. Y por último, si estos eran negligentes, los ciudadanos tenian derecho de reunirse y de elegir sus diputados. Ningun parlamento podia ser disuelto ni prorogado sin el consentimiento de ambas cámaras, y hasta cincuenta dias despues de su reunion; el nombramiento de presidente incumbia á las mismas cámaras. Asi que se habló de este bill, rompió el rey el silencio, llamó á las dos cámaras á Whitehall. «Apruebo, dijo, la frecuente convocacion de parlamentos, y convengo en que sea el me-

jor medio para mantener la armonía que tanto deseo entre mí y mi pueblo; pero no puedo consentir en que se permitan los jerifes ciertos derechos que á mí me tocan.»

En estas palabras solo vieron las cámaras un motivo mas para activar la adopcion del bill; nadie osaba aconsejaralre y una negativa, y por lo tanto se resignó; pero juzgando que debia á su dignidad el manifestar sus sentimientos: «Habiéndoos concedido esto, dijo, no veo nada mas que podais pedirme ó que yo pueda rehusar. Hasta el presente, á decir verdad, me habeis animado poco para tal concesion, pues solo os habeis ocupado de vosotros, y muy poco de mí y del reino; habeis dividido en pedazos el gobierno, y puedo deciros que casi está fuera de sus goznes. Presumo que os convencereis de que he hecho ahora cuanto estaba de mi parte y habia prometido: cumplid tambien vuestro deber.»

Las cámaras votaron dar gracias al rey, y continuaron dedicándose á la reforma, pidiendo sucesivamente la abolicion de la cámara Estrellada, del tribunal del Norte, del de alta-comision eclesiástica y de los escepcionales.

Nadie hacia oposicion, y la simple lectura era todo el debate. Los mismos hombres que empezaban á temer el desórden y las ocultas miras del partido dominante no osaban defender poderes odiosos por sus actos, é ilegítimos en el fondo, pero afianzados muchos en una existencia legal. La reforma política era un deseo unánime, independiente de toda condicion social, de toda opinion religiosa; pero no se pensaba todavía en medir escrupulosamente sus consecuencias ni su estension: todos se encaminaban á un fin sin sondear mútuamente sus respetuosas intenciones y motivos. Hombres osados, de una prevision larga y obstinada, ó ya gravemente comprometidos en cosas condenadas por las leyes, Hampden, Pym, Hollis y Stapleton, pensaban en quitar á la corona su influencia fatal, en dar á la cámara el gobierno, y apropiárselo para siempre.

Era en sentir suyo un derecho del país, y la única garantía tanto para ellos como para el pueblo. Pero, obrando mas por necesidad que por un principio ya reconocido, se adelantaban sin proclamarlo. Tras ellos, algunos sectarios fogosos, algunos miembros obscuros todavía pero muy activos, Cromwell y Enrique Martyn, se desataban de vez en cuando en algunas amenazas contra la persona del rey ó la forma de gobierno; pero carecian en la cámara por lo menos de consideracion y crédito, de modo que los mismos que oian con indignacion sus arrebatos, casi los despreciaban. La mayor parte presumian que despues de destruidos

los abusos se volveria al estado llamado de la antigua Inglaterra, al poder superior del rey contenido por el poder periódico de las dos cámaras en los límites de la ley: entre tanto aceptaban como una necesidad pasajera la dominacion casi esclusiva de la cámara baja, mas conforme por otra parte de lo que ellos creian con las ideas y sentimientos algo confusos que los animaban. De esta suerte la reforma política, igualmente deseada de todos, bien que bajo esperanzas diversas, se iba consumando, merced al ascendiente de una unanimidad irresistible.

No se notó igual conformidad en los asuntos relativos al culto, pues desde sus principios estalló la mayor diversidad de opiniones y de deseos. Una peticion de la ciudad de Lóndres, firmada por 15,000 ciudadanos, clamaba por la completa abolicion del episcopado. Casi al propio tiempo 700 eclesiásticos se contentaban con solicitar la reforma del poder temporal de los obispos, de su despotismo en los templos, y de la mala administracion de sus rentas; mientras á poco se recibieron de distintos condados diez y nueve peticiones firmadas, segun se dice, por 100,000 individuos, que pedian la permanencia del poder episcopal. Aun en el seno del parlamento se manifestó la misma disidencia. La peticion de Lóndres solo fue admitida por una corta mayoría despues de un violento debate. Se propuso un bill, declarando á los eclesiásticos incapaces de todo cargo civil, y escluyendo de este modo á los obispos de la Cámara de los Pares; pero, para que se adoptase en la otra cãmara, se hizo prometer á los presbiterianos que no se andarian en mas pretensiones: solo á este precio obtuvo Hampden el asentimiento de lord Falkland, mas no por esto dejó el bill de ser desechado de los pares. Furiosos los presbiterianos, piden de repente la destruccion de los obispados deanatos y cabildos; pero encontraron tan viva resistencia, que les fue forzoso retirar su mocion.

Cierta vez las dos cámaras parecieron correr en armonía para reprimir los desórdenes del culto público y mantener sus formas legales: sin embargo, á los dos dias volvieron á reproducirse las divergencias. La cámara baja por su sola autoridad, y aun sin informar á los lores, envió comisionados á los condados para quitar de los templos las imágenes, los altares los crucifijos y demás restos que llamaban de idolatría (23 enero 1641); con esto se sancionaron las pasiones populares que ya habian estallado. Los lores por su parte, sabiendo que la secta de los independientes volvia de nuevo á sus públicas asambleas, llamaron á sus jefes á la barra, y les reprendieron, si bien que con timidez. Ninguna

opinion ni designio sobre este particular podia llamarse verdaderamente nacional. Entre los partidarios del episcopado, algunos pocos, animados de la energía de la fé ó de la obstinacion del interés personal, defendian sus pretensiones al derecho divino; otros, mirándolo como institucion humana, la consideraban sin embargo, como esencial á la monarquía, y creian comprometido el trono si se la tocaba en lo mas mínimo; los restantes, en gran número, hubieran escluido voluntariamente á los obispos de los cargos públicos; pero les parecia que la tradicion, las leyes y las costumbres, exigian que permaneciesen á la cabeza de la iglesia.

En el bando opuesto no eran menos distintos los pareceres: algunos eran favorables por costumbre al episcopado, si bien sus opiniones les eran contrarias; segun el modo de pensar de otros mas ilustrados, ninguna institucion de la iglesia era de derecho divino ni absolutamente legítimo, pudiendo variar segun los lugares y los tiempos; el parlamento era árbitro de mudarlas, y solo el interés de las libertades públicas podia resolver la cuestion del episcopado, que ningun principio mandaba mantener ni abolir. Pero el pueblo presbiteriano y sus ministros veian en el régimen episcopal una idolatría condenada por el evangelio, una vanguardia del papismo, y rechazaban con fervorosa indignacion los ritos, las formas de su culto y sus consecuencias mas lejanas, reclamando á favor de la Constitucion republicana de la iglesia el derecho divino que los obispos habian usurpado.

Algun tiempo despues de alcanzadas ya varias ventajas en la reforma política, estas disidencias embarazaron la marcha del parlamento. Asi que empezaban á discutirse las cuestiones religiosas, se dividian en campo opuesto los enemigos de la córte hasta entonces unánimes: variaba fluctuante la mayoría, y ningun partido se presentaba animado de un mismo espíritu, ni estaba acorde en sus deseos, ni tenia fuerzas para dominar á los demás. Pym y Hampden, principales jefes del partido político, sostenian frecuentemente las mociones mas atrevidas de los presbiterianos; era sabido sin embargo que no tomaban parte en sus fanáticas pasiones; que se dirigian antes á reducir el poder temporal de los obispos que á mudar la constitucion de la iglesia, y que contaban con bastantes partidarios entre los populares de la cámara alta. Algunos hombres prudentes aconsejaron al rey que para sacar partido de estas disensiones secretas, antes que se efectuase la union de los reformistas políticos con los religiosos, confiase osadamente á los primeros los negocios de la corona y del Estado.

Entabláronse negociaciones, y el marques de Hamilton, siempre intermediario, fue el agente mas activo. El conde de Bedford, hombre moderado, influyente en la cámara alta, y muy apreciado del público, se prestó á todo con dignidad. Reuníanse frecuentemente en su casa las notabilidades de ambas cámaras; obtenia su confianza, y parecia poder tratar en su nombre. El rey que consentia antes que deseaba, nombró de pronto un nuevo consejo al que fueron llamados Bedford, Essex, Warwick, Say, Kimbolton y algunos lores que gozaban de popularidad. Entre ellos figuraban ardorosos miembros de la oposicion, pero todos pertenecian á la clase alta de la sociedad; el orgullo del monarca no queria humillarse hasta el punto de elegir á hombres del pueblo. Insistióse sin embargo; los nuevos cosejeros no querian separarse de sus amigos, y hablaban cada dia al rey de la importancia de las notabilidades de la cámara baja que le inspiraban tanta aversion. Estos por su parte, sin negarse del todo á estos planes, no se mostraban muy solícitos, no tanto por indiferencia como por compromiso. De esta manera lograban el objeto principal de sus esfuerzos, entrando en nombre del país en posesion legal del poder, dando un ministerio á la corona, y sometiéndola á los consejos del parlamento. Pero se les pedia que salvasen á Strafford y á la iglesia; que pusiesen en libertad á su enemigo mas terrible, y que chocaran con los presbiterianos, que eran sus mas entusiastas amigos. De una y otra parte dominaba la perplejidad, y estaba demasiado arraigada la desconfianza para ceder tan pronto á la ambicion ó al miedo. No obstante se llegó á hacer proposiciones directas y claras. Pym debia ser canciller de la Hacienda, Hampden ayo del príncipe de Galles, Hollis secretario de Estado, y Saint-Jhon fue nombrado sin retardo procurador general de la corona. El ministerio debia tener por jefe al conde de Bedford con el título de gran tesorero. Los que ocupaban estos cargos habian ofrecido ó presentado ya su dimision.

Pero durante estas negociaciones, que de una y otra parte se seguian con poca esperanza ó quizá con indiferencia, recibió el rey otras proposiciones de un carácter mas agradable para él. Reinaba algun descontento en el ejército, manifestado sin rebozo por algunos oficiales miembros del parlamento: «Si les basta á los escoceses, dijo cierto dia uno de ellos en la cámara, pedir dinero para obtenerlo, seguramente sabrán practicar lo mismo los soldados ingleses.» Estos rumores llegaron bien pronto á oidos de la reina, y Enrique Jermin, su favorito, se relacionó con los descontentos; por su medio los recibió aquella en Whitehall, se condolió

de su situacion, igual y sin embargo menos triste y peligrosa que la del rey. Viva y afable, pareció que ponia en ellos toda su confianza, y poco le costó darles á entender que estaba en su mano la suerte del Estado. Estableciéronse conferencias secretas, y se ventilaron toda especie de planes. Unos querian que el ejército marchase sobre Lóndres y por medio de una rápida maniobra se sacase al rey del apuro; otros mas discretos, proponian solamente que todos los cuerpos dirigiesen á las cámaras una peticion para espresar su adhesion al rey y á la iglesia, declarando que á su parecer la reforma del Estado debia darse por concluida y pidiendo que se pusiese coto á las innovaciones.

Tratóse asimismo de socorros estranjeros y de levantar tropas en Portugal y Francia: ideas frívolas y sin resultado, pero aventuradas confiadamente por hombres de cortos alcánces, ó que salian de un banquete, ó que pensaban solo en servir ciegamente. A esto se siguieron intrigas en el ejército, mas activas que eficaces; los descontentos iban y volvian de Lóndres, y circulaban una especie de proclamas. El mismo rey tuvo al cabo una entrevista con Percy, uno de los conjurados, hermano del conde de Northumberland; por su consejo se desechó todo plan violento acerca de dirigir el ejército sobre Lóndres; pero recibió un proyecto de peticion tan fuerte contra el parlamento, como lo eran contra la corona y la iglesia los que este recibia diariamente. Aprobóle, y para dar crédito á los intrigantes, puso de su mano, en prueba de asentimiento, las letras iniciales de su nombre.

La trama no tuvo efecto, y la peticion no fue presentada; pero nada se escapa á la desconfianza de un pueblo, pues toma los deseos por actos, y las palabras por deseos. En las plazas, en las tabernas, un sin número de soplones voluntarios, habian oido los imprudentes votos de los oficiales; no tardaron en llegar á oidos de Pym, encargado de la policía del partido. A poco la traicion le dió nuevos detalles, pues Goring, uno de los conjurados, pasó á revelarlo todo al conde de Bedfort. Nada se habia hecho, pero el rey habia dado oidos á los descontentos. Los jefes de la cámara baja guardaron silencio en punto á su descubrimiento, aguardando alguna grande coyuntura para sacar partido de él; tampoco rompieron las negociaciones seguidas siempre en nombre del rey; pero desde entonces ya no vacilaron en sus dictámenes. Aliáronse estrechamente con los fanáticos presbiterianos, único partido seguro por su apoyo y su adhesion, porque tenia principios fijos, pasiones ardientes, alma para llevar á cabo una revolucion, y vigor para sostenerla.

Se resolvió irrevocablemente la pérdida de Strafford, y se principió su causa.

La cámara baja en su totalidad quiso asistir á ella para sostener la acusacion con su presencia. Junto á los representantes del pueblo se sentaron los comisionados de Escocia é Irlanda, tambien acusadores. Ochenta pares estaban presentes como jueces; por dictámen de la cámara baja habian sido recusados los obispos, como en toda causa de vida ó de muerte. Sobre la localidad que ocupaban los pares, se dispuso una tribuna cerrada, á donde acudieron el rey y la reina, deseosos de verlo todo; pero ocultando el primero su angustia, y la segunda su curiosidad. En las galerías y escalinatas mas elevadas se veian innumerables espectadores de todos sexos y alto rango, conmovidos por la pompa del espectáculo, la celebridad de la causa, y la curiosidad que escitaba el carácter bien conocido del acusado.

Conducido por el Támesis desde la torre de Westminster, atravesó sin turbacion ni descaro por entre el gentío: á pesar del odio, su reciente grandeza, su ademan, y el terror unido á su nombre, imponian todavía. A medida que se adelantaba, algo encorbado por las enfermedades, pero jóven aun por su arrogante mirada, se apartaba la muchedumbre, todos se quitaban el sombrero, y él saludaba cortesmente, tomando á buen agüero esta actitud del pueblo. Animábale la esperanza, despreciaba á sus contrarios, habia meditado los cargos, y no dudaba probar que estaba inocente del delito de alta traicion. Solo le habia admirado la acusacion de los irlandeses, pues no podia comprender que un reino hasta entonces tan sumiso para con él, hubiese mudado tan repentinamente.

Al segundo dia, un incidente le hizo ver que habia juzgado mal su situacion, y cuan difícil le seria defenderse: «Espero, dijo, que rechazaré las imputaciones de mis maliciosos enemigos.» A estas palabras, Pym, que dirigia la causa, esclamó con violencia: «A los representantes del pueblo se dirige la injuria, y es un crímen tacharlos de maliciosa enemistad.» Turbado Strafford se postró y escusó, y desde entonces tranquilo y dueño de sí mismo, no dió entrada á la cólera ni á la impaciencia, y no soltó palabra que pudiese ser un cargo contra él.

Durante diez y siete dias, solo, y contra trece acusadores que se iban relevando, discutió los hechos que se le imputaban. Muchos de estos fueron á toda luz reconocidos llenos de iniquidad y de tiranía. Pero otros, locamente exagerados ó ciegamente acogidos por el odio, fueron

fáciles de rechazar, y ninguno, en toda la estension de la palabra, entraba en la definicion legal de alta traicion. En esto se afianzó Strafford, hablando noblemente de la imperfeccion y debilidad de las acusaciones, oponiendo á la violencia de sus contrarios una dignidad modesta, y haciendo resaltar la ilegalidad de sus procedimientos. Se pusieron odiosas trabas á su defensa; su defensor, obtenido á duras penas contra la voluntad de los diputados de la cámara baja, no fue admitido á hablar sobre los hechos, ni á interrogar testigos, solo se le habia concedido permiso de citarlos en descargo tres dias antes de la apertura de los debates; y la mayor parte estaban en Irlanda. A cada paso reclamaba su derecho, daba gracias á sus jueces si lo reconocian, no se quejaba si se lo negaban, y respondia á sus enemigos, cuando los irritaba su hábil resistencia: «Creo que me pertenece defender mi vida, como á cualquier otro el atacarla.»

Tanta energía embarazaba y humillaba á sus acusadores. Dos veces los miembros de la cámara baja intimaron á los lores que activasen un proceso, cuya duracion, decian, les hacia perder un tiempo precioso para el país. Los lores se negaron, pues el valor del acusado les daba alguna energía. Terminada la discusion de los hechos, antes que Strafford hubiese reasumido su defensa, la junta de acusacion se dió por vencida, á lo menos tocante á la prueba de alta traicion. Suma fue la agitacion de los representantes del pueblo: merced al testo de la ley y á su genio fatal, iba á salvarse un gran culpable, y no bien asomaba la reforma cuando tenia que volver á luchar con su mas peligroso enemigo. Se resolvió dar un golpe de Estado. Sir Arturo Haslerig, hombre duro y groseramente apasionado, propuso declarar á Strafford culpable, y condenarlo por acto del parlamento (10 abril 1641).

Este procedimiento que emancipaba de toda ley á los jueces, no dejaba de tener ejemplo, pero habia que referirlo á tiempos de tiranía, y siempre tachado de iniquidad. Algunos apuntes encontrados entre los papeles del secretario de Estado Vane, y entregados á Pym por su hijo, fueron producidos como un suplemento de prueba suficiente para demostrar la alta traicion. Se imputaba á Strafford haber dado al rey el consejo de emplear el ejército de Irlanda para domar la Inglaterra. Las palabras que se le atribuian, no obstante ser desmentidas de muchos consejeros, y susceptibles de un sentido menos odioso, eran sobrado conformes con su conducta y con sus máximas para que no produjesen una viva impresion en los ánimos. Se hizo al instante una primera lec-

tura del bill, y los unos creyeron sacrificar la ley á la justicia, mas otros la justicia á la necesidad.

Continuaba al propio tiempo la causa, porque nada se queria omitir contra el acusado, de modo que si salia con bien del juicio legal lo abrumase el golpe de Estado. Antes que sus defensores tomasen la palabra para tratar la cuestion de derecho, Strafford reasumió su defensa (13 de abril de 1641); habló largamente y con maravillosa elocuencia, probando siempre que ninguna ley calificaba sus actos de alta traicion. Cada momento crecia la conviccion de los jueces, y él se prevalecia de ello siguiendo hábilmente sus progresos, adaptando sus palabras á las nacientes impresiones, profundamente conmovido, mas sin perder por esto el don de observar cuanto pasaba alrededor suyo: «Milores, dijo al concluir, esos señores dicen que por la salud de la república atacan mi tiranía arbitraria; permítaseme á mi vez atacar tambien por el bien de la república su traicion arbitraria. Vivimos á la sombra de las leyes: ¿deberemos, pues, morir por las que no existen? Vuestros ascendientes pusieron en buen lugar en nuestros Estatutos estas terribles acusaciones de alta traicion: no querais ser mas sabios y mas hábiles en el arte de matar; no andeis en busca de algunos sangrientos ejemplos; no hojeeis los antiguos registros roidos de los gusanos, para dispertar á esos leones adormecidos que podrian un dia acabar con vosotros y con vuestros hijos. Tocante á mí, pobre criatura, sino fuera por vuestro interés, y por el de esas prendas sagradas que me ha dejado una santa que ahora está en el cielo...» (el orador se detuvo, derramó amargas lágrimas, y levantando luego la frente añadió:) «no tomaria tanta pena por defender este cuerpo que se desploma, cargado de dolencias que me hacen insufrible su peso.» Se detuvo de nuevo como si buscase una idea: «Milores, añadió, me parece que todavía tenia algo que añadir; pero mi voz y mi vigor desfallecen; dejo humildemente mi suerte en vuestras manos: sea cual fuere vuestra sentencia, ora me dé la vida ó la muerte, la acepto de antemano: *Te Deum laudamus.*»

Quedaron los concurrentes altamente enternecidos y admirados. Pym quiso responder; Strafford le miró; su misma inmovilidad era amenazadora; sus pálidos labios espresaban el mas vivo desden; se detuvo turbado Pym, temblaban sus manos, y buscaban sin encontrarlo un papel que tenia á la vista. Era la contestacion que habia preparado, y que nadie escuchó, apresurándose él mismo á dar fin á un discurso estraño á los sentimientos de la asamblea, y que apenas podia pronunciar.

Pasada la turbacion queda la cólera, y la de Pym y sus amigos llegó á lo sumo : instaron vivamente la segunda lectura del bill. En vano Selden, el mas antiguo é ilustre defensor de la libertad, como tambien Holborne, abogado de Hampden en la causa sobre el subsidio de los buques, se opusieron á ello : no habia otro recurso, porque era evidente que los lores no condenarian á Strafford como jueces y en nombre de la ley. Se hubiera querido suspender de repente la causa, imponer silencio á los defensores de Strafford, y aun llamar á la barra y castigar á los insolentes abogados que osaban defender á un hombre á quien los representantes del pueblo declaraban culpable de alta traicion. Los lores desecharon estas proposiciones furiosas; se oyeron las defensas de Strafford, pero los miembros de la cámara baja no contestaron á ellas, ni aun asistieron á la sesion, diciendo que era indigno de ellos luchar contra abogados; y cuatro dias despues, á pesar de la viva oposicion de lord Digby, hasta entonces encarnizado acusador de Strafford, fue adoptado definitivamente el bill contra su persona en 21 abril de 1641.

A esta noticia, consternado el rey, no pensó mas que en salvar á toda costa al conde : «Os aseguro, le escribió, sobre mi palabra real, que nada sufrireis en vuestra vida, en vuestra fortuna, ni en vuestro honor.» Tentáronse á la vez todos los recursos con la obcecada ansiedad del temor y del dolor. Procurábase con concesiones y promesas suavizar á las notabilidades de la cámara baja, y al mismo tiempo se conspiraba para la evasion del preso. Pero las tramas dañaban á las negociaciones, y estas á aquellas. Repentinamente murió el conde de Bedfort que parecia el mas complaciente. El conde de Essex, al hablarle Hyde de la resistencia que la conciencia del rey opondria al bill, le respondió : «El rey con su conciencia está obligado á conformarse al consejo y á la conciencia del parlamento.» Se ofrecieron á sir William Balfour, gobernador de la torre, 20,000 libras esterlinas y una hija de Strafford en matrimonio á su hijo si favorecia su evasion; mas se negó. Se le mandó recibir en la cárcel, á título de guardia, cien hombres escogidos, mandados por el capitan Billingsley, uno de los descontentos; pero dió parte á la cámara baja. Probábanse y se desvanecian cada dia nuevas tentativas para salvar al conde. El monarca por último, contra el parecer del mismo Strafford, reunió las dos cámaras, reconoció las faltas del conde, prometió no emplearlo jamás, pero declaró que tampoco, ninguna razon, ningun temor le harian nunca consentir en su muerte.

Sin embargo, el odio de los representantes del pueblo era mas in-

flexible y osado que el dolor del rey: habian previsto su resistencia y preparado los medios de vencerla. Desde que el bill habia sido presentado á la cámara alta, la muchedumbre se reunia todos los dias alrededor de Westminster armada de espadas, cuchillos y palos, gritando: *Justicia! Justicia!* y amenazando á los lores que tardaban en pronunciar la sentencia. Lord Arundel se vió un dia precisado á bajar del coche, con sombrero en mano, rogando al pueblo que se retirase y obligándose á activar el cumplimiento de sus votos.

Cincuenta y nueve miembros de la cámara baja que habian votado contra el bill vieron inscritos sus nombres por las esquinas con estas palabras: ***Estos son los straffordienses, traidores á su país.*** Resonaban en el púlpito las mismas amenazas; se predicaba y oraba por el suplicio de un gran delincuente. Instigados por un mensaje del rey, los lores se quejaron á los miembros de la otra cámara de tales desacatos; mas estos nada contestaron. Entretanto permanecia suspenso el bill. Resolvióse, pues, dar el golpe decisivo que hasta entonces estaba reservado: Pym, llamando al temor en auxilio de la venganza, denunció la trama de la córte y de los oficiales para sublevar al ejército contra el parlamento. Algunos de los acusados se fugaron, y esto confirmó mas las sospechas. Un terror furioso se apoderó de la cámara y del pueblo. Decretóse que se cerrasen los puertos, y se abriesen todas las cartas procedentes del estranjero. Las mas absurdas alarmas subieron de punto la agitacion. Esparcióse en 5 mayo 1641 la voz de que el salon de la cámara baja estaba minado y próximo á ser volado; acudió la milicia á las armas, y un gentio inmenso se abalanzó hácia Westminster. Sir Walter Earl acudió precipitadamente para dar cuenta á la cámara; se levantaron para escucharlo dos miembros notables por su corpulencia, y crugieron las tablas: *El salon se desploma!* esclamaron muchos miembros arrojándose fuera del recinto, que pronto se vió inundado de gente: en ocho dias se renovaron dos veces escenas semejantes.

En medio de tantas agitaciones estaba asegurado el imperio de la cámara baja y el logro de sus deseos en la combinacion de sabias medidas. A imitacion del pacto escocés, fue adoptado por ambas cámaras un juramento de union en defensa de la religion protestante y de las libertades públicas. La cámara baja se adelantó hasta querer prescribirlo á todo ciudadano; mas negándose á ellos los lores, declararon incapaz de todo cargo de la iglesia y del Estado á cualquiera que no lo prestase. Por último, para librarse en el porvenir de todo riesgo, se propuso un

bill, declarando que el actual parlamento no podia ser disuelto sin su consentimiento (7 mayo). Tan osada medida escitó apenas la sorpresa; se dió por pretesto la necesidad de dar una garantía á los empréstitos, que, segun decian, eran cada dia mas difíciles: el entusiasmo ahogó



ENRIQUE VANE.

toda objecion. En vano trataron los lores de enmendar el bill, la cámara alta estaba vencida; los jueces habian sancionado su cobardía, declarando que segun los términos de las leyes los crímenes de Strafford constituian verdaderamente alta traicion. El bill fue sometido á una última discusion; se ausentaron de la cámara treinta y cuatro lores que habian

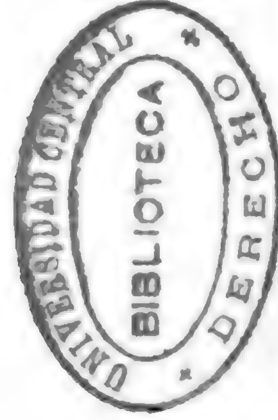
asistido á la causa; de los presentes, veinte y seis votaron por el bill, y diez y nueve en contra: ya solo faltaba la adhesion del rey.

Cárlos pugnaba todavía, creyéndose incapaz de tanto oprobio. Mandó llamar á Hollis, cuñado de Strafford, y que por esta causa no habia tomado parte en la acusacion. «¿Qué se puede hacer para salvarlo?» le preguntó tristemente; Hollis fue de dictámen que Strafford solicitase del rey un sobreseimiento, y que este en persona presentase su peticion á las dos cámaras, dirigiéndolos un discurso que el mismo redactó; al mismo tiempo prometia hacer cuanto estuviese de su parte para decidir á sus amigos á que se contentasen con un destierro perpétuo: convenidos asi, se separaron. Parece que Hollis habia adelantado algo en la cámara; pero la reina, temerosa de las asonadas que iban diariamente en aumento, y enemiga declarada de Strafford, con mas motivo por el presentimiento de que para salvar su vida habia prometido revelar todas sus intrigas, hizo tomar á su marido parte en sus terrores y sospechas; era tal su espanto, que queria huir, embarcarse, volver á Francia, y hacer cuanto antes todos los preparativos. Turbado con los llantos de su mujer, y fuera de estado de tomar una resolucion por sí mismo, convocó Cárlos ante todo un consejo privado, y despues otro de obispos. Solo Juxon, obispo de Lóndres, le aconsejó que siguiese su conciencia; todos los demás, particularmente el obispo Lincoln, prelado intrigante y contrario á la córte, le instaron á que sacrificase un individuo al trono, y su conciencia de hombre á su conciencia de rey. No bien acababa de salir de esta conferencia, cuando le entregaron una carta de Strafford: «Señor, le escribia este, despues de un obstinado combate he tomado la única resolucion que me conviene; todo interés privado debe ser nada ante la felicidad de vuestra sagrada persona y la del Estado; os suplico que aceptando el bill removais el obstáculo que se opone á que exista una dichosa armonía entre vos y vuestros súbditos. Mi consentimiento, señor, os será de mas peso delante de Dios que todo cuanto os puedan decir los hombres: ningun tratamiento es injusto para con aquel que lo solicita. Mi alma, pronta á huir del cuerpo, lo perdona todo y á todos con la dulzura de un gozo inefable. Solo os suplico que concedais á mi pobre hijo y á sus tres hermanas la proteccion que merecia su desgraciado padre, segun que un dia parezca culpable ó inocente.»

Al dia siguiente, Carlton, secretario de Estado, pasó de parte del rey á anunciar á Strafford que habia consentido en el bill fatal. Las miradas del conde dejaron entrever alguna sorpresa, pero por toda res-



BENDICION A LORD STRAFFORD AL IR AL SUPLICIO.



puesta, levantó las manos al cielo, diciendo: «*Nolite confidere principibus et filiis hominum, quia non est salus in illis.*»

En vez de ir Cárlos en persona á pedir á las cámaras un sobreseimiento, como lo habia prometido á Hollis, se contentó con enviar al príncipe de Galles con una carta que concluia con esta posdata: «Si debe morir, seria una caridad hacerle gracia hasta el sábado.» Las cámaras la leyeron dos veces, pero sin hacer caso de tan fria súplica, fijaron para la ejecucion el dia siguiente (12 mayo 1641).

El gobernador de la torre, encargado de acompañar á Strafford, le invitó á subir en un coche para evitar los desmanes del pueblo: «No señor, le dijo el conde; se mirar de frente á la muerte, y al pueblo. Os basta que no me escape; en cuanto á mí me es del todo indiferente morir por mano del verdugo ó por el furor del pueblo, si asi les place:» y salió á pié, adelantándose á los guardias y mirando á todas partes, como si marchase á la cabeza de sus soldados.

Al pasar por delante de la cárcel de Laud se detuvo; la víspera le habia hecho rogar que se asomase á la ventana y le bendijese mientras pasaria «Milord, dijo levantando la cabeza, vuestra bendicion y vuestras oraciones!» El arzobispo estendió los brazos hácia él, pero su corazon menos fuerte, y debilitado aun por la edad, no pudo resistir: dió consigo en tierra desvanecido. «Adios, milord, dijo Strafford alejándose: proteja el cielo vuestra inocencia!» Al llegar al pié del cadalso, subió á él con desembarazo, seguido de su hermano, de los ministros de la iglesia y de muchos de sus amigos, se arrodilló un momento, y levantándose despues se dirigió al pueblo diciendo: «Deseo á este reino todas las prosperidades de la tierra: en vida y en muerte ha sido este mi único anhelo. Pero yo suplico á cuantos me escuchan, que puesta la mano sobre el corazon examinen seriamente si la reforma de un reino debe ser escrita con caracteres de sangre: meditadlo bien. No quiera el cielo que caiga sobre vosotros la menor gota de mi sangre!.. pero me temo que seguís un mal sendero.» Se arrodilló de nuevo, y oró durante un cuarto de hora; se volvió despues á sus amigos, de quienes se despidió apretándoles la mano y dándoles algunos consejos: «Casi no existo ya, les dijo; un solo golpe va á dejar viuda á mi mujer, huérfanos á mis caros hijos, y sin dueño á mis pobres criados. ¡Dios os asista á todos! Gracias á él añadió quitándose el vestido, aun puedo por mí mismo hacer este oficio con el corazon tan tranquilo como cuando me echo á dormir.» Llamó al verdugo, le perdonó, oró aun otros momentos, puso la cabeza so-

bre el tablado, y dió él mismo la señal. Cayó su cabeza, y el verdugo la enseñó al pueblo esclamando: «Salve Dios al rey!» Resonaron violentas aclamaciones; se esparcieron muchos grupos por la ciudad, celebrando á gritos su victoria; mas otros se retiraron en silencio, dudosos é inquietos acerca de la justicia del deseo que se les acababa de cumplir.

Turbada de tal impresion, hizo mil esfuerzos la cámara baja para comprimirla, porque nada irrita tanto á un vencedor como ver que todavía es peligroso un enemigo muerto. Como hubiese dicho M. Tailor en una conversacion particular que se acababa de cometer un asesinato con la espada de la justicia, fue enviado á la torre, escluido de la cámara, y declarado incapaz de volver á su seno. Lord Digby habia publicado su discurso contra el bill fatal á Strafford; al instante la cámara prohibió su circulacion, y lo hizo quemar por mano del verdugo (13 julio 1641). Jamás se habia presentado su fuerza tan colosal; consintiendo el rey en la muerte del conde, habia tambien, casi sin saberlo, adoptado el bill que le prohibia disolver por sí mismo el parlamento. Sin embargo, les faltaba seguridad á los representantes del pueblo, de manera que cuanto mayor era su poder, mas se iban inclinando a la tiranía. Al entregarles á Strafford, se habia desacreditado para ellos el rey sin hacer su situacion mas segura, y era que la enemistad se habia hecho mas profunda, y la desconfianza se habia aumentado. Empezaba á formarse en la córte otro partido realista. Pym, Hampden y Hollis, se veian diariamente precisados á unirse mas á los sectarios, alianza que no era muy á gusto de los entusiastas por la libertad: ¿A qué viene, decian, embarazar con cosas dudosas la marcha de la reforma política? En materia de culto y de disciplina están divididos los espíritus, mas contra el absolutismo está unánime la Inglaterra: este es el único enemigo que es preciso perseguir sin descanso.»

Alguna vez dominaba este dictámen, y volviendo á las pretensiones políticas, de nuevo reinaba en el parlamento la mayor unanimidad. La abolicion de la cámara Estrellada, del tribunal del Norte, del de alta comision y del de todas las jurisdicciones arbitrarias, fue definitivamente adoptada, y el rey consintió al cabo de dos dias de dudas. Parecia consumada ya la reforma política, tal á lo menos cual se habia deseado al principio: pero, ¿de qué servia haberla consagrado en Estatutos si su ejecucion estaba confiada á sus enemigos? Las dudas del rey, los rumores de maquinaciones, las defecciones que se empezaban á columbrar en el ejército y en el parlamento, eran motivo de nuevas alarmas; si perdia el

poder la cámara baja consideraba como inevitable su ruina y la de su causa; era forzoso afianzarse en el apoyo del pueblo, y este, adicto á los presbiterianos, reclamaba tambien una parte de triunfo. Oíanse nuevas mociones contra la iglesia: aun los mismos escoceses empezaban á pedir abiertamente la uniformidad de culto entre ambas naciones. Estas tentativas hallaban resistencia todavía; pero su ningun éxito y el embarazo en que ponian á la cámara tantas pasiones y desiguales deseos daban á sus actos una apariencia de incertidumbre y de cansancio de que muchos se prometian el reposo. No obstante, la lucha religiosa se empeñaba cada dia mas, los sectarios se presentaban mas osados, y la iglesia se iba desmoronando. Hasta en la cámara alta, que era su mas firme sosten, todo patentizaba su decadencia: los lores espirituales ya no eran como en otro tiempo inscritos separadamente al frente de los bills; al leerlos afectaba el clero de la cámara volver la espalda á los obispos; en las ceremonias públicas, los lores temporales tomaban en todo la preferencia. Sabrado traslucia estos síntomas el partido presbiteriano, y renovaba sin cesar sus ataques, dominando á los reformistas políticos, á quienes mantenia en posesion del poder, y adelantándose en sus pretensiones, á pesar de los aparentes reveses.

El rey se decidió de pronto á pasar á Escocia, donde decia que reclamaba su presencia la ejecucion del tratado de paz, próxima á concluirse. Se supo al mismo tiempo que la reina se disponia á partir para el continente, alegando por pretesto su salud. Aquel iba á encontrarse con el ejército descontento, y las relaciones de esta con el continente se habian hecho sospechosas: asi fue que este doble viaje, repentino y simultáneo, dió á la desconfianza el pábulo que se deseaba. Esta desconfianza era muy legítima. Cárlos desacreditado en Lóndres y rodeado de consejeros inútiles ó aterrados, habia dirigido sus miradas al reino de sus padres y á los monarcas absolutos de Europa. En Escocia, ora se tratase de la iglesia ó de la corona, se proponia ceder, ganando asi el favor del pueblo y colmando de mercedes á los magnates. Su tránsito por el ejército y sus alocuciones no dejarian de aumentar el número de sus partidarios. En lo relativo al continente, sus intenciones eran menos terminantes, á pesar de eso sin prever la guerra, puede decirse que andaba ya en busca de socorros y de aliados.

Los diputados de la cámara baja no manifestaron sus sospechas, pero pidieron que la reina no saliese de Lóndres, y que el rey se dignase retardar su partida. Cárlos dejó entrever su mal humor, afectando mi-

rar este deseo como un capricho. Para dar á entender que no juzgaba de importancia su respuesta, se remitió á la reina misma y á los comisionados escoceses, que le instaban, dijo, á apresurar su viaje. Estos se avinieron á una dilacion, y aquella prometió que no se alejaria. Asegurados momentáneamente, instaron á los representantes del pueblo por la disolucion del ejército, hasta entonces aplazada con intencion. Varias cartas de la cámara prometian á las tropas que pronto se les satisfarian los sueldos. Para cumplirlo, algunos celosos ciudadanos entregaron para fundir todas sus vajillas; se ordenaron nuevos empréstitos, y se establecieron otros tributos. Sin embargo, por falta de dinero, como tambien por la mala fé de muchos de sus oficiales, se iba retardando el licenciamiento total del ejército. Alegrábase de ello el rey, y la cámara volvia á sus recelos. Al fin espiró el plazo convenido, la cámara pidió otro, pero en vano, porque el rey anunció que iba á partir. Se solicitó por algunos el nombramiento de un gobernador del reino, á fin de que no se suspendiesen los negocios, mas esta idea fue desechada. Contentóse el rey con nombrar al conde de Essex capitan general de toda la comarca al Sur del Trenta, y partió el 10 de agosto, lleno de esperanzas que se traslucian en su lenguaje, pero sin conocidos motivos que lo justificasen.

Poco tardó la cámara en ver que en su ausencia perdia el tiempo, vacilante y ociosa. Le convenia mas atisbar de cerca á sus contrarios, y enardecer en las provincias el ardor de sus partidarios. Despues de quince dias de sesiones insignificantes, resolvió prorogarse. Muchos miembros deseaban dedicarse á sus negocios con algun sosiego; no asi los jefes de la reforma. Se envió á Escocia una junta dirigida por Hampden para permanecer junto al rey y vigilar por los intereses del parlamento. Otra junta numerosa y revestida de amplios poderes permaneció en Westminster bajo la presidencia de Pym, durante el intervalo de las dos legislaturas. La cámara alta adoptó tambien las mismas medidas. Esparciéronse por los condados una multitud de miembros, ansiosos de propagar sus sentimientos y sus temores. Ambos partidos, bajo aparente tregua, buscaban en el porvenir nuevas fuerzas y se aprestaban á nuevos combates.

Atravesando el ejército ingles que se iba licenciando, y el escocés que se volvia á su pais, Cárlos no osó detenerse mucho. Sin embargo, sus tentativas entre las tropas, sobre todo entre los oficiales, fueron bastante públicas para que lord Holland se lo escribiese con inquietud al conde de Essex, añadiendo que á su vuelta á Lóndres le daria mas

pormenores. Al llegar á Edimburgo hizo Cárlos al parlamento y á la iglesia de Escocia cuantas concesiones se pidieron : parlamentos triennales, abrogacion de las antiguas prerogativas de la corona, persecuciones contra los principales enemigos del pacto, intervencion del parlamento en los nombramientos del consejo privado, nada se negó. Prestábase el rey con una gravedad que no procedia ciertamente de complacencia al culto de los presbiterianos, atendiendo á sus oraciones y largos sermones : legos ó eclesiásticos, nobles ó ciudadanos, los jefes del pacto eran do quier favorecidos, prodigándoles títulos, promesas, pensiones y empleos.

De repente se propagó por la ciudad el rumor de que los dos magnates mas acreditados del parlamento, Hamilton y Argile, se habian retirado al castillo de Kinneil, residencia del conde de Lanerk, hermano del primero, para sustraerse á una detencion, y tal vez á un asesinato. Fue suma la sorpresa, y todos se preguntaban admirados que fundamento tenian los temores de los fugitivos, ó que causa el rey para tales deseos. Divulgáronse estrañas conjeturas, de las que se quejó con orgullo Cárlos como de un ultraje, y reclamó del parlamento la esclusion de Hamilton hasta tanto que estuviese vengado su honor. Firme y circunspecto el parlamento, se negó á toda decision violenta, y decretó una informacion. Oidos que fueron numerosos testigos, dió la comision su dictámen, y se declaró que no habia lugar á reparacion para el rey, ni á temor para los fugitivos. Volvieron estos al parlamento, guardaron silencio, como Cárlos, sobre lo pasado, y no se habló mas del particular.

Ni uno ni otro partido queria patentizar sus miras. Al tiempo en que el rey se decidia á tantas concesiones para ganar el ánimo de los escoceses, meditaba tambien en ambos reinos la ruina de sus enemigos. Persuadido de que los jueces deberian condenar como traicion las relaciones de los descontentos ingleses con los sublevados de Escocia en la última invasion, pasaba él mismo en busca de pruebas, juzgando que á su vuelta podria intentar contra los jefes de la cámara baja la acusacion que no habia podido anunciar Strafford. El conde de Montrose, osado jóven, anteriormente adicto al pacto pero despues partidario del rey, se habia obligado á procurarle estos documentos tan deseados. Sobre su palabra habia partido Cárlos; pero antes de su llegada habia escitado las sospechas de los escoceses una carta anónima interceptada por Argile, y el monarca al llegar á Escocia encontró á Montrose encarcelado. Enardecido este con el riesgo y anhelando vengarse le participó que si podia verle le haria conocer á sus verdaderos enemigos y sus pasadas conspiraciones.

Por medio de algunos sirvientes se logró que saliese secretamente de la cárcel y que pasase de noche al cuarto del rey, donde le espuso cuanto sabia, acusó á Hamilton y á Argile de haber tenido relaciones con los descontentos, aseguró al rey que sus papeles le darian de ello pruebas, y le empeñó por fin á que cuanto antes adoptara cualquiera medida para librarse de aquellos. Dispuesto Cárlos á dar cabida á las resoluciones mas temerarias y sin pensar en el efecto que un acto tan violento debia necesariamente producir entre el pueblo cuyo favor queria grangearse, consintió en ello; á la sombra de las concesiones se urdia la trama, y todo estaba ya pronto para la ejecucion, cuando los dos lores, avisados á tiempo, desbarataron todos los planes con su fuga.

Sábiamente aconsejado el parlamento escocés echó un velo sobre el asunto; ya no temia ningun riesgo, y por consiguiente no queria comprometer con demasías la posesion de los bienes que acababa de adquirir. El mismo rey para ocultar sus maquinaciones nombró á Hamilton duque, á Argile marques, y á Lesley conde de Leven; pero Hampden y la junta inglesa, bien instruidos de todo, se apresuraron á llamar á Lóndres el conocimiento del asunto, puesto que estaba próxima á espirar la prorogacion de las cámaras. El terror fue grande: á pesar de sus desconfianzas, no habian previsto tales riesgos los reformadores, pues se creia que sus antiguas relaciones con los rebeldes de Escocia estaban indultadas como la misma rebelion por medio de un tratado de paz. A estos síntomas de la mala voluntad del rey se creyeron comprometidos los hombres mas moderados. Hyde al encontrar á Essex y Holland que tristemente hablaban de la noticia, se burló de sus temores, recordándoles lo que un año atrás pensaban de Hamilton y Argile: «Todo á cambiado mucho de entonces acá, le respondieron, la córte y el país.» El dia de su reunion pidió la cámara baja al conde de Essex una guardia, indispensable segun ellos decian para la seguridad del parlamento. Obtúvola sin dilacion. En las conferencias tenidas en casa lord Holland en Kenosigton se comunicaban las notabilidades de ambas cámaras sus indagaciones y sus sospechas, y meditaban juntos lo que debian practicar, inquietos y osados á un mismo tiempo: «Si el rey, dijo lord Newport, urde alguna trama contra nosotros, aquí tenemos á mano á su mujer y sus hijos;» y eran tanto mas vivas sus alarmas, cuanto no osaban con ellas amotinar al pueblo, puesto que manteniéndose tranquilos en Escocia, no habia motivos de terror en Lóndres.

En medio de esta sorda agitacion llegó de improviso en 1.° noviem-

bre 1641 la noticia de que una insurreccion tan general como violenta habia estallado en Irlanda, amenazando con inminente riesgo la religion protestante y el parlamento. Los católicos irlandeses se habian sublevado unánimemente reclamando la libertad de su culto y de su patria, invocando el nombre de la reina y del mismo rey, patentizando una comision que decian haber recibido de él, y anunciando el proyecto de salvar de los puritanos ingleses, sus comunes opresores, al trono y á los pueblos. La conspiracion desde mucho tiempo tramada en todo el reino, no habia sido descubierta sino casualmente en Dublin la víspera del dia en que debia estallar, por manera que apenas se tuvo tiempo de preservar de ella la capital. Por lo demás en ningun otro punto habia encontrado obstáculo su esplosion; los protestantes de Irlanda atacados de improviso por todas partes, eran despojados de su bienes, perseguidos, asesinados y entregados á todos los suplicios que la saña religiosa y patriótica puede inventar contra los herejes, los estranjeros y los tiranos. Se hacian horrorosas descripciones de su situacion; se hablaba de innumerables asesinatos y de martirios inauditos; y tal era en efecto la triste realidad que podia exagerarse sin caer en lo inverosímil (1). Un pueblo casi salvaje y entusiasta de su barbarie, la que siempre le echaban en cara sus opresores sin facilitarle medios para librarse de ella habia aprovechado con exaltacion un asomo de esperanza que le ofrecian las disensiones de la Gran Bretaña. Queriendo vengar en un dia siglos enteros de ultrajes y desgracias, se entragaba con alegría y con orgullo á escesos tales que llenaban de horror y de espanto á sus antiguos dueños. No tenian las autoridades inglesas ningun medio de resistencia, porque embebido el parlamento en su odio á Strafford y á la corona y pensando solo en afianzar la libertad en Inglaterra, habia olvidado que queria mantener en Irlanda la tiranía; asi es que el tesoro estaba exhausto, la ley marcial abolida; el ejército reducido á un débil cuerpo, y el poder real inerme. Todavía mas: contra la voluntad del rey se habia prohibido á los irlandeses licenciados que pasasen al servicio estranjero, y resultó que se esparcieron por el país y dieron mas vigor á la insurreccion. En fin, aunque el conde de Leicester hubiese sido nombrado sucesor de Strafford, toda-

(1) May hace subir á 200,000 los protestantes asesinados en Irlanda; Clarendon reduce este número á 40 ó 50,000: aun este número es exagerado si atendemos á la correspondencia de los jueces mismos que administraban entonces el reino.



vía no residia ningun virey en Irlanda, y los negocios estaban confiados á dos jueces sin capacidad, sin crédito, y que solo debian su difícil empleo á su celo presbiteriano.

Elevóse en Inglaterra un grito de espanto y de furor : todos los protestantes se creyeron en peligro. El rey, que habia recibido en Escocia las mismas noticias, se apresuró á participarlo á las cámaras, anunciando algunas medidas que habia tomado con ayuda de los escoceses para reprimir la rebelion, y poniéndolo todo en manos del parlamento. Cárlos por nada entraba en la insurreccion, y era solo una impostura la pretendida comision que produjo sir Phelim O'neil; pero su odio á los puritanos, la confianza conque parecia mirar á los católicos, las intrigas que desde tres meses urdia en Irlanda para procurarse en caso de necesidad plazas fuertes y soldados, y por último las promesas de la reina habian persuadido á los irlandeses que podian servirse de su nombre sin temer una desaprobacion formal. Sublevado aquel país, juzgó Cárlos que tamaño peligro haria mas tratable al parlamento; y sin sostener á los rebeldes, sin meditar una alianza con ellos, no por esto le arrebató la cólera y el espanto como á su pueblo, no se apresuró á esterminarlos, antes por el contrario dejó á las cámaras obrar como quisieran en el negocio para hacerlas responsables en su caso, para alejar toda sospecha de complicidad, y tal vez para que no le echasen en cara los católicos los rigores de que iban á ser víctimas.

Pero toda astucia es inútil para oponerse á las pasiones de un pueblo; de manera que quien no quiere servirlas, tampoco es dueño de engañarlas. En mejor posicion y mas hábiles los jefes de la cámara baja, no cuidaron mas que de esplotarlas á su provecho. Sus inquietudes se desvanecieron en razon de que el pueblo ingles comprendió la comunidad del peligro. Apoderáronse con toda diligencia de las facultades que les concedia el rey, y á pesar de sus arrogantes declaraciones y de sus amenazas, se ocuparon muy poco de dominar la sublevacion; los socorros de tropas y dinero enviados á Irlanda fueron escasos, lentos y mal combinados : solo á la Inglaterra se dirigian sus discursos, todos sus actos, y por medio de un golpe tan decisivo como inesperado resolvieron empeñarla en la reforma de un modo sólido.

Poco despues de la apertura del parlamento, se habia encargado á una comision el cuidado de preparar un manifiesto general, en que se espusieran todas las injusticias y los medios de repararlas. Pero habia sido tan rápida la reforma, que no se juzgaba ya oportuno dar tanta so-

lemnidad á la queja; la mayor parte de los abusos políticos habia desaparecido; la comision no se ocupaba ya de su cometido, y nadie pensaba en ello.

De repente, á principios de noviembre, se le dió órden de activar sus trabajos: al cabo de pocos dias los presentó á la cámara. Ya no era segun su primer plan una esposicion de los abusos actuales y de los votos unánimes del país, y sí una sombría pintura de los males pasados, de los abusos antiguos, de las tiranías del monarca, de los méritos del parlamento, de los obstáculos que habia superado, de los peligros que habia corrido, y sobre todo de los que le amenazaban todavía y pedian el último esfuerzo: era en una palabra una especie de llamamiento al pueblo, y con especialidad á los presbiterianos fanáticos, un pábulo á las pasiones que habia reanimado la sublevacion de Irlanda, y un grito de reunion á los representantes del pueblo, que aun podian librarlos del papismo, de los obispos y del rey.

Eleváronse muchos murmullos á la primera lectura del proyecto; un acto tan hostil, sin motivo aparente, sin objeto directo ni ostensible, escitó la sorpresa y la sospecha en muchos miembros hasta entonces poco amigos de la córte, y estos se quejaron altamente del lenguaje fuerte, de ese inútil encono contra abusos ya reformados, del poco respeto á la majestad, y de las esperanzas que se daban á los sectarios: ¿qué planes ocultos, qué peligros desconocidos exigian tan violentos medios? Si el proyecto se dirigia solo al rey, ¿qué ventajas podian esperarse? si al pueblo ¿por qué se apelaba de esta suerte á otro poder? Poco contestaron los reformadores, porque no podian revelar sus planes; pero en las conversaciones procuraban ganarse sufragios, protestando que solo querian intimidar la córte, patentizar sus intrigas, afirmando que aunque el proyecto se adoptara, no por esto se publicaria. Este lenguaje no era infructuoso, porque la desconfianza era tan profunda, que hallaba cabida hasta en los hombres mas moderados en cuanto se les espresaba con prudencia y dulzura. Al cabo de algunos dias, cuando la cámara despues de una larga sesion iba ya á separarse, se pidió que el proyecto fuese puesto á votacion; creian ya los reformadores seguro el triunfo; pero lord Falkland, Hyde, Colepepper y Palmer se opusieron, insistiendo vivamente para que se dejase para el dia siguiente, en lo que consintió la cámara. «¿Por qué anhelais este retardo? preguntó Cromwell.—Porque es demasiado tarde, y habrá debate.—Muy corto, repuso Cromwell, con una confianza real ó afectada.

Abrióse al dia siguiente la discusion á las tres de la tarde, y al cerrar la noche parecia que empezaba todavía. Ya no era la pugna de la córte con el país; por la primera vez se encontraban de frente dos partidos, sino nacionales ambos, engendrados á lo menos en el seno del pueblo, uno y otro apoyados en intereses y sentimientos públicos, y en el voto de ciudadanos independientes. Los habian unido esperanzas comunes, y los dividian temores opuestos; cada uno preveia discretamente el porvenir reservado al triunfo de sus contrarios, y desconocia el que le reservaba su propia victoria. Combatiéronse con un encarnizamiento hasta entonces sin ejemplo, y tanto mas obstinado, cuanto no osaban todavía declararse mútuamente sus sospechas. Trascurrian las horas; el cansancio, la indiferencia y la edad, alejaron á algunos miembros; hasta un ministro, el secretario de Estado Nicolás, se salió de la cámara antes de concluirse el debate. «Esto, dijo Benjamin Rudyard, será la decision de un jurado famélico.» A media noche se decidió la votacion: por ciento cincuenta y nueve votos fue adoptado el proyecto, contra ciento cuarenta y ocho que lo desecharon. Acto continuo se levantó Hampden y pidió su impresion: «Sobrado lo temíamos, esclama una voz; quereis sublevar al pueblo y emanciparos de los lores.»—La cámara, dijo Hyde, no está en uso de publicar asi sus actos; esta resolucion, ilegal á mi parecer, será funesta: si se adopta, séame lícito al menos protestar.—Protesto, esclama Palmer.—Protesto, protesto, repitieron sus amigos.»

Otros diputados se admiran é irritan; este proceder, usado entre los lores, era desconocido de los comunes; Pym toma la palabra para demostrar lo ilegal y peligroso de tal medida, pero le interrumpen con invectivas; insiste, y le responden con amenazas. Todos los miembros están de pié, y poniendo mano á sus espadas parecian querer empezar la guerra civil en el seno del parlamento. Pasan dos horas, y crece el tumulto á cada tentativa que se pone en juego para hacer adoptar una resolucion. Hampden por último, lamentando cuerda y gravemente tan degradante desórden, propone que se levante la sesion, y se deje la decision para el dia siguiente. Se resuelve asi: «Y bien, dijo lord Falklan á Cromwell, ¿ha habido debate?—Otra vez os creeré, le respondió Cromwell; y le añadió al oido: Si hubiese sido desechado el proyecto, mañana vendia yo cuanto poseo, y dejaba para siempre la Inglaterra: á muchos conozco que hubieran hecho otro tanto.»

La sesion siguiente fue poco agitada; los realistas desesperaban de la victoria, y sus contrarios se habian visto tan á punto de perderla, que

se les daba muy poco de entrar en un nuevo combate. Habíanse anunciado persecuciones contra los autores de la protesta, pero Hyde tenia entre ellos amigos que rehusaron dañarle en nada. Palmer fue enviado á la torre, pero fue de allí á poco puesto en libertad, y despues de algunas esplicaciones no se habló mas del asunto. Por una mayoría de veinte y tres votos se resolvió la impresion del proyecto. Se retardó sin embargo la ejecucion, porque antes era preciso presentarlo al rey, que se esperaba de un dia á otro.

Llegó confiado y arrogante en 25 noviembre 1641, á pesar de haberse desbaratado sus planes de Escocia, y de cuanto sabia acerca de las disposiciones hostiles del parlamento. En su tránsito, por York sobre todo, habia sido recibido con brillantes testimonios de júbilo y aprecio: en distintos puntos habian encantado al pueblo sus concesiones á los escoceses, ignorándose sus ocultas maquinaciones. Por otra parte, en la nacion lo mismo que en las cámaras, se organizaba y empezaba á manifestar sus sentimientos el partido realista. Aun en Lóndres se notaban ya estos síntomas. Los amigos del rey habian triunfado en las elecciones del lord corregidor, nombrando á Ricardo Gourney, hombre activo, osado y muy adicto, que preparaba al monarca un brillante recibimiento. Muchos ciudadanos armados á caballo salieron á su encuentro, llevando desplegadas las banderas de las corporaciones, y le acompañaron con aclamaciones hasta el palacio de Whitehall. El rey á su vez les dió un magnífico banquete, honró al lord y á otros con el título de caballeros; y desde el dia siguiente de su llegada, ansioso por anunciar á la cámara que se creia fuerte, les retiró la guardia que en su ausencia les habia concedido el conde de Essex para su seguridad.

Los negocios mudaban de aspecto: al unánime clamor del reino se habia seguido la lucha de los partidos, y á la reforma la revolucion. Conociéronlo los jefes de esta, y pronto tomó un nuevo carácter su conducta. El proyecto fue presentado al rey, quien escuchó en silencio su lectura, y dirigiéndose en seguida á la comision, dijo: «Desea la cámara publicar esta declaracion?—No estamos autorizados para responder á las preguntas de V. M.—Supongo que no esperais instantáneamente mi respuesta, os la enviaré asi que la gravedad del asunto me lo permita.»

Poco les importaba esto á los agitadores de la cámara; de improviso habian ya desarrollado proyectos que el mismo manifiesto no dejaba entrever. Hasta entonces se habian empeñado contra los abusos, invocando

las antiguas leyes; pero ahora proclamaban ya principios y pedian imperiosamente innovaciones.

Discutíase un bill para el levantamiento de tropas destinadas á Irlanda, y en el preámbulo se decia que en ningun caso, salvo el de una invasion estranjera, no podia el rey *arrancar* los súbditos para el servicio militar, cosa incompatible con la libertad de los ciudadanos. Propúsose otro sobre que la organizacion de la milicia y el nombramiento de sus jefes solo podria en adelante llevarse á efecto con el concurso y el consentimiento del parlamento. Por influencia de los presbiterianos se habia reproducido y adoptado poco antes de la vuelta del rey el bill que escluia á los eclesiásticos de todo cargo civil; y como no le hubiesen aprobado los lores, se quejaron por ello amargamente los miembros de la otra cámara: «Somos, decian, los representantes de todo el reino, cuando los pares solo son individuos revestidos de un simple derecho personal. Si rehusais consentir en los actos necesarios para la salud del pueblo, entonces la cámara baja uniéndose á aquellos lores que conozcan la gravedad del peligro se dirigirán solos á S. M.; y los lores que gozaban de mas popularidad como el conde de Northumberland, el de Essex, y el de Warwick, consentian en este lenguaje.»

Fuera de las cámaras, el partido se unia á estos jefes con el mismo ardor; el proyecto fue publicado; la ciudad declaró que al recibir al rey con tanta pompa no habian creido los ciudadanos faltar á sus amigos, y que querian vivir y morir por el parlamento; pronto una peticion patentizó los menoscabos del comercio, imputándolos á los papistas, á los obispos y á los malos consejeros. Formábanse en los condados asociaciones adictas á la defensa de la libertad y de la fé. Todos querian prestar apoyo á la cámara baja; siniestros rumores provocaban á su favor nuevas pruebas de adhesion, ya amenazaban la vida de Pym, ya preparaban los rebeldes de Irlanda una invasion; se denunciaban sin fundamento conspiraciones, y se hacian solemnes juramentos de fraternidad; y en tanto que la cámara volvia diariamente á pedir su guardia, se la formaba el gentío que se agrupaba alrededor de Westminster, dando gritos y aclamaciones.

Contra tan atrevidas pretensiones, apoyadas en pasiones tan tumultuosas, se apresuraba Cárlos por su parte á reunir á todos sus partidarios, á los empleados del absolutismo, á los leales defensores del rey, y á los ciudadanos que en otro tiempo pugnaban contra la tiranía, pero que se declararon á favor de la corona por temor á tantas innovaciones

y escesos. Estos últimos eran casi los únicos que componian el partido realista de la cámara baja. A su cabeza se hallaban lord Falkland, Hyde, y sir John Colepepper: Cárlos resolvió captarse sus sufragios. Antes de su viaje á Escocia habia ya tenido secretas entrevistas con Hyde, que habia merecido su confianza por la sabiduría respetuosa de sus consejos, por su aversion á las innovaciones, y sobre todo por su adhesion á la iglesia. No le gustaba tanto lord Falkland, conocido por su desprecio á la córte, y poco apego al rey, y que solo por defender la justicia y el poder amenazado se manifestaba algo dispuesto á tomar su defensa en aquellos momentos: Cárlos le temia, pareciéndole insoportable su presencia.

Era sin embargo preciso resolverse, y Hyde, su mas íntimo amigo, se encargó de la negociacion. Falkland se negó por de pronto; su escrupulosa virtud le alejaba de los fautores de la revolucion, pero sus principios, sus deseos y el ardor de su imaginacion le traian sin cesar á la memoria á los amigos de la libertad. Alegó su antipatía por la córte, su torpeza como cortesano, y su resolucion de no valerse jamás de la falsedad, de la corrupcion ni de delatores: «medios útiles, necesarios tal vez, decia, pero conque nunca me mancharé.» Por mas que Cárlos se admiraba y le era molesto el tener que solicitar á un súbdito, insistió sin embargo. Hyde exageró el menoscabo que sufriria la majestad con tal negativa, y al cabo el lord se dió por vencido, pero desalentado de antemano y como una víctima sin voluntad ni esperanza. Fue nombrado secretario de Estado. Colepepper mucho menos influyente pero conocido por su osadía y por los recursos de su espíritu en las discusiones pasó á canciller de Hacienda. Solo rehusó contra la voluntad del rey todo empleo, no por temor sino por prudencia, juzgando que le serviria mejor guardando la independencia esterior de su situacion. Los tres amigos tomaron á su cargo el gobernar en la cámara los negocios del rey, y este prometió no hacer nada sin su consejo.

Al propio tiempo otros servidores menos útiles y mas ardorosos, acudian á él de todos los puntos del reino para defender, decian, su honor y su vida amenazados por el parlamento. A pesar de la decadencia del régimen feudal, todavía animaban á muchos gentil-hombres los sentimientos que habian heredado de sus padres. Ociosos en sus castillos, poco acostumbrados á reflexionar y á discutir, despreciaban á esos ciudadanos parlanchines, cuya rígida creencia proscribia el vino, las diversiones y los placeres de la antigua Inglaterra, y que pretendian do-

minar al rey á quien no habian tenido siquiera sus antecesores el honor de servir. Envanecidos con los recuerdos de su propia independencia, se les daba á esos nobles muy poco de las nuevas exigencias de la libertad pública. Como el pueblo, tambien habian murmurado contra la córte y la tiranía; pero despues de las concesiones del príncipe, se indignaba su imprevision y su lealtad de la obstinacion de los novadores. Llegaban armados á Lóndres, recorrian fieramente las tabernas y la calles y se dirigian con frecuencia á Whitehall á ofrecer al rey sus servicios, solicitando al mismo tiempo algun favor. Allí se les reunian otros hombres, cuya adhesion era mas ciega, aunque no tan pura; la mayor parte de estos últimos eran oficiales reformados, á quienes habia dejado sin sueldo ni empleo la disolucion del ejército, los soldados aventureros, instruidos en las guerras del continente, pervertidos, audaces, irritados contra el parlamento que los habia licenciado, y contra el pueblo que detestaba sus costumbres, y dispuestos á todo en obsequio del que los ocupara en algo. Algunos jóvenes legistas, protegidos de la córte, ó ansiosos de asociarse á sus placeres, ó creyendo tal vez darse con semejante conducta un tono de nobleza y de elegancia, aumentaban tambien el séquito presuntuoso que se reunia todos los dias alrededor de Whitehall, declamando contra la cámara baja, insultando á sus partidarios, prodigando bravatas y pullas, y anhelando que el rey ó la casualidad les ofreciesen coyuntura favorable para elevarse patentizando su fidelidad.

Con anhelo deseaba facilitarles esta coyuntura el partido popular, cuyas reuniones se hacian cada dia mas numerosas y agitadas. Una multitud de aprendices, jornaleros y mujeres pasaban al amanecer á Westminster; delante de Whitehall gritando: *Fuera obispos! fuera lores papistas!* Deteníanse de cuando en cuando y uno de ellos subiendo á algun pilar, leia en alta voz los nombres de los *miembros pervertidos de la cámara baja, ó de los lores traidores y corrompidos*. Llegó su audacia hasta pedir que no hubiese conserjes á las puertas de palacio, porque querian ver al rey á todas horas como les pluguiese. Pronto tuvieron lugar riñas violentas; los nombres de *caballeros* y de *cabezas redondas* distinguian á ambos partidos; los ciudadanos consideraron por de pronto este dictado como un insulto, pero despues lo tomaron á honra. Los caballeros á su vez iban á Westminster en busca de sus enemigos, ya para insultarlos, ya para proteger á los carlistas á su salida del parlamento. Contra la cámara alta sobre todo se dirigia el furor del populacho, porque aun no se adoptaba el bill de esclusion de los

obispos. Williams, arzobispo de York, al encaminarse á pié á la cámara, quiso detener á un jóven que le seguia injuriándole; pero la muchedumbre se echó sobre él, y les costó á sus amigos mucho trabajo el salvarle. Ambos partidos se hacian á un tiempo prisioneros, y se los arrancaban.



TOMAS FAIRFAX.

Derramábase sangre; se envanecian imprudentemente los caballeros de haber dispersado á sus contrarios, pero estos volvian al dia siguiente mas aguerridos y bien armados. Una tarde, cuando los lores estaban todavía en sesion, llegó á ser tan violento en la parte esterior el tumulto, que el marques de Hertford se acercó al banco de los obispos y les acon-

sejó que no saliesen: «porque, les dijo, estan gritando que os esperan, que abrirán los coches y no os dejarán escapar.—¿Será menester, pues, que pasemos aquí la noche? dijeron los obispos.—Bien podria ser, respondieron sonriéndose algunos de los partidarios de la esclusion.» Salieron no obstante, pero unos en el coche de algun lord popular, y otros por puertas escusadas y rodeados de sus amigos; muchos empezaron á creer que su presencia no valia los peligros que les hacia correr. Dos veces la cámara alta reclamó el concurso de los representantes del pueblo para la represion de tales ultrajes (del 20 al 30 diciembre 1641); pero estos guardaban silencio ó se quejaban de los desórdenes de los caballeros. «Necesitamos el concurso de todos nuestros amigos, decian los diputados de la cámara baja; no quiera el cielo que impidamos al pueblo obtener lo que desea justamente.» Los lores se dirigieron á los magistrados, pidiendo que se procediese segun ley contra los perturbadores, y se mandó que se situasen guardias cerca de Westminster para disipar los grupos sediciosos. La cámara baja tomó esta órden por atentado á sus privilegios, y envió uno de los magistrados á la torre. Al propio tiempo votó la cámara, que como persistiese el rey en negarles una guardia, cada miembro tendria derecho de llevar consigo á uno de sus criados armado, y de dejarlo á la puerta.

Estas asonadas, estos gritos, este tumulto incorregible, daba ira y temor á un tiempo al rey. Jamás en sus mas tétricos terrores se le habian ofrecido al pensamiento escenas semejantes; se espantaba y se indignaba de que la majestad real pudiese sufrir tamaños desacatos; ya no se alarmaba solo por su poder, sino que tambien por su seguridad, ó por el decoro al menos de su persona y de su vida. Mas turbada aun la reina, daba pábulo á sus sombríos pensamientos: el orgullo de monarca y la ternura de esposo no podia soportar la idea del menor riesgo, del menor insulto al objeto de su cariño y á la compañera de su rango. Buscando en todas partes algun apoyo contra la muchedumbre, algun medio de prevenir ó de castigar sus escesos, resolvió alejar al gobernador de la torre, sir William Balfour, adicto á la cámara baja, y remplazarlo por otro seguro y osado. Entregáronse á William 3,000 libras esterlinas, fruto de la venta de algunas alhajas de la reina, para sosegarle, y le sucedió en el empleo sir Tomás Lunsford, uno de los mas atrevidos jefes de los caballeros reunidos en Whitehall. Hyde habia redactado una respuesta hábil y enérgica al célebre proyecto: Cárlos la adoptó y la hizo publicar en su nombre. Todavía discutian las cámaras el bill sobre quintas;

antes que se le presentasen, anunció en una sesion solemne que solo lo aceptaria con una reserva conta el preámbulo, donde se le negaba el derecho de mandar una leva. Los asuntos de Irlanda estaban paralizados; por esto intimó á los representantes del pueblo que se ocupasen de este particular, y ofreció formar un cuerpo de 10,000 voluntarios si prometia el parlamento pagarlos. Reuniéronse por su parte los obispos para deliberar sobre su situacion; todo era violencia para ellos á las puertas de la cámara alta, y determinaron retirarse, consignando en una protesta las causas de su conducta, y declarando nulos é inválidos todos los bills que fuesen adoptados sin el concurso de todos los miembros lejítimos y necesarios del parlamento. Improvisada esta protesta y firmada por doce obispos, fue inmediatamente recibida por el rey, puesto que le daba esperanza de anular algun dia bajo este pretesto los actos de un parlamento fatal que no le era posible domar. Al instante, sin participarlo á sus nuevos consejeros, cuyos consejos temia mas de lo que apreciaba su influencia, mandó á su guarda-sellos que la presentase á la cámara alta, aplaudiéndose interiormente de su destreza en saber prepararse un feliz porvenir (30 diciembre 1641).

Suma fue la sorpresa de los lores, pues no podian creer que doce obispos cuya existencia en la cámara era un problema, pretendiesen disponer asi de la suerte del parlamento, anulándolo con su separacion. Comunicada sin demora la protesta á la cámara baja, fue recibida con aquella cólera aparente, que es alegría secreta inspirada por las faltas de un enemigo. Se propuso y resolvió al momento la acusacion de los obispos por haber atentado á las leyes fundamentales del reino y á la existencia de los parlamentos. Indignados de su imprudencia, ó aprovechando tal vez la coyuntura de poder abandonar sin mengua una causa perdida, sus mismos amigos guardaron silencio; solo una voz se oyó en su favor, diciendo que no se les debia hacer comparecer ante los jueces, sino enviarlos á Bedlam. La cámara alta admitió la acusacion, y los hizo meter en la torre. Los diputados de la otra cámara supieron aprovechar la sazon, y renovaron vivamente todos sus ataques. Se habian quejado ya de la declaracion del rey tocante al bill sobre quintas como contrario á los privilegios de la cámara, que no permitian que se entrometiese en ningun bill durante su debate, y se insistió en la necesidad de garantir sólidamente estos privilegios, única áncora de salvacion en medio de tales peligros. Indignáronse de que se hubiese encargado el gobierno de la torre á sir Tomás Lunsford, hombre sin bienes, sin pie-

dad y sin costumbres, conocido solo por sus violencias contra el pueblo, y capaz de los mas depravados fines. La alarma, decian, es tal en la ciudad que los negociantes y los estranjeros no se atreven á depositar en la torre sus barras : se pedia en consecuencia el nombramiento de un nuevo gobernador. Lor Digby, que ya figuraba como íntimo confidente del rey, fue denunciado por haber dicho que el parlamento no era libre. En fin, hasta llegaron á correr rumores de que la misma reina podia ser acusada de alta traicion.

El rey aparentó ceder; no dió ningun paso en favor de los obispos, retiró á Lunsford el gobierno de la torre para encargarle á sir John Byron, hombre grave y apreciado; no habló mas de asonadas, ni se quejó siquiera de los últimos debates. Sin embargo, algunas relaciones y noticias secretas traian agitada á la cámara. Silenciosa y reservada la reina, parecia animada de alguna esperanza. Visitábala frecuentemente lord Digby, lo mismo que al rey, cada dia con mas intimidad. Era cada vez mayor la afluencia de los caballeros á Whitehall, y los diputados, sin hablar de sus temores, pidieron de nuevo su guardia; mas como lo hiciesen por medio de un mensaje, no les contestó el rey, diciendo que queria su peticion por escrito. En vista de esto hicieron los representantes del pueblo traer armas á su salon, como si estuviesen ciertos de que les amenazaba algun peligro. Tres dias despues recibieron esta respuesta : « Me obligo solemnemente, bajo mi palabra de rey, á preservaros á todos y á cada uno de vosotros de toda violencia, con el mismo cuidado que tomaria por mi seguridad y la de mis hijos.» Pero la cámara, alarmada siempre, obligó al lord corregidor, á los jerifes y al consejo comun, á tener permanentes las milicias de Lóndres, y á situar fuertes guardias en distintos puntos de la ciudad.

El mismo dia (3 enero 1642), sir Eduardo Herbert, procurador general de la corona, pasó á la cámara alta, y acusó de traicion en nombre del rey al lord Kimbolton, á Hampden, Pym, Hollis, Strode y Haslerig : (estos cinco últimos eran miembros de la cámara baja), por haber intentado : 1.° Destruir las leyes fundamentales del reino y quitar al rey su poder legal. 2.° Por haber propalado entre el pueblo odiosas calumnias contra el rey. 3.° Por haber sublevado el ejército. 4.° Por haber empeñado una potencia estranjera, la Escocia, á que invadiese el reino. 5.° Por haber pretendido anular los derechos y la existencia misma de los parlamentos. 6.° Por haber escitado contra el rey y el parlamento reuniones sediciosas con la mira de lograr violentamente sus criminales

deseos. 7.º y último: por haber provocado la guerra contra el rey. Sir Eduardo pidió al mismo tiempo que se nombrase una comision para examinar los cargos, y que se procediese á asegurarse de los acusados.

Los lores permanecian inmóviles, porque nadie habia previsto este acto ni osaba tomar primero la palabra. Levantóse lord Kimbolton: «Estoy pronto, dijo, á obedecer todas las órdenes de la cámara; pero, ya que mi acusacion es pública, pido que lo sea asimismo mi defensa;» y volvió á sentarse en medio del mismo silencio. Lord Digby estaba á su lado: «Muy mal aconsejado está el rey, le dijo al oido; muy poco he de poder, ó sabré de donde os viene el tiro:» y salió en seguida, como para ir á informarse. Aseguran que él era quien habia aconsejado al rey este designio, obligándose á pedir inmediatamente el arresto de Kimbolton, en cuanto le hubiese acusado sir Eduardo.

Sin perder tiempo un mensaje de los lores pasó á informar de todo á los representantes del pueblo, quienes acababan de saber que los comisionados del rey se habian dirigido á las habitaciones de los cinco miembros acusados, y ponian en sus puertas el sello de embargo. Votaron al momento que este acto violaba todos sus privilegios; que los acusados podian resistirse; las autoridades municipales debian oponerse, y finalmente, que los comisionados del rey fuesen presos y llamados á la barra como delincuentes. John Hotham fue enviado á los lores para pedir instantáneamente una conferencia, con órden de manifestar que en el caso de que estos se opusieran á unirse á la cámara baja para obtener una guardia, estaban decididos á pasar á un lugar mas seguro. Esperábase la respuesta, cuando se presentó un heraldo: «En nombre del rey mi señor, dijo, vengo á intimar al señor presidente á que me entregue cinco gentil-hombres, miembros de esta cámara, que S. M. me manda arrestar como reos de alta traicion:» y los nombró. A la vista estaban estos, pero nadie se movia, y el orador mandó al heraldo que se retirase. Sin tumulto ni oposicion, la cámara encargó á una comision que pasase en el acto á decir al rey que á tan importante mensaje solo se podia responder despues de un maduro exámen. Entre los encargados de esta respuesta se notaban dos ministros, que ignoraban la causa de aquel procedimiento; lord Falkland y sir John Colepepper. Se abrió la conferencia con los lores, y en menos de una hora se mandó quitar los sellos de embargo, y en nombre de las dos cámaras se pidió al rey una guardia por medio del duque de Richmon, su mas digno favorito. «Mañana contestaré» respondió á su vez el monarca; mas las cámaras se

separaron al dia siguiente á la una, mandando á los acusados que compareciesen como sus colegas en Westminster.

Al dia siguiente, al abrirse la sesion (4 enero 1642) la agitacion habia subido de punto por el presentimiento de algun nuevo peligro hasta entonces desconocido. Tristes y silenciosos, permanecian en sus bancos los realistas, mientras entre sus contrarios circulaban mil rumores: los caballeros, se decia, estaban reunidos de órden del rey; se habian pasado á Whitehall dos barriles de pólvora; todos se reunian alrededor de los cinco acusados, todos se perdian en congeturas, y les daban consejos. Aun mas: se sabia que el ministro de Francia, relacionado con los cinco, y la condesa de Carlisle, que segun decian, estaba tiernamente relacionada con Pym, les habian dado noticia del golpe de Estado que se preparaba; pero ellos guardaban silencio. Llega de improviso el capitan Langrish, en otro tiempo al servicio de Francia, y á quien sus relaciones con los oficiales reformados ponian en estado de tener buenas noticias; anuncia que el rey se acerca, que le ha visto partir de Whitehall, escoltado de unos cuatro cientos hombres entre guardias, caballeros y estudiantes armados, y que en persona se dirigia á prender á los acusados. Suscítase desórden completo: es necesaria una pronta resolucion. La cámara obliga á los cinco miembros á retirarse, pues algunos habian echado mano á sus armas, y se preparaban á resistir. Cuatro salen al instante; Strode se niega á abandonar el puesto: iba ya entrando el rey en el edificio cuando consiguió Walter Earl amigo de Strode sacar á este bruscamente fuera del salon. En medio de una doble línea de sus adictos habia atravesado el rey la gran sala de Westminster; su guardia queria subir con él las graderias de la cámara; pero el rey manda que nadie le siga bajo pena de muerte, y entra con el sombrero en mano, seguido solamente de su sobrino el conde Palatino. Todos los diputados se descubren y se levantan. El rey de paso lanzó una mirada al sitio en que Pym acostumbraba sentarse, y al ver que no estaba en su puesto se dirigió hácia la tribuna, diciendo:—Con vuestro permiso, señor orador, ocuparé por algunos instantes este sitio. Subió en efecto y mirando en derredor de la cámara se espresó en estos términos:

«Señores me es muy sensible la causa de mi venida. Ayer os envié un heraldo con el encargo de prender algunas personas acusadas por órden mia de alta traicion. No esperaba de vosotros mensajes, sino actos de obediencia. Ningun rey de Inglaterra se ha mostrado mas solícito que yo en mantener vuestros privilegios, pero no debeis ignorar que á

nadie pueden servirle al tratarse de crímenes de alta traicion. Vengo á ver si se hallan aquí porque en tanto que permanezcan en la cámara, no es posible que esta entre en el recto sendero, como tan sinceramente deseo. Vengo pues á buscarlos. ¿Donde están, señor orador?—Póstrose, este y respondió: Dignese V. M. perdonarme de no poder contestar á lo que me pregunta.—Enhorabuena; veo que los pájaros han volado ya, pero espero que me los entregareis en cuanto vuelvan. Os aseguro bajo mi palabra de rey que nunca he pensado en emplear la fuerza, y que procederé contra ellos por los medios legales. Entre tanto, ya que no he logrado mi objeto, no os perturbaré mas; pero repito que estoy persuadido de que me los enviareís en cuanto vuelvan; de otro modo, creed que sabré encontrarlos.» Y salió siempre con el sombrero en la mano. La cámara permanecia todavía inmovil; sin embargo se oyeron algunos gritos de *privilegio! privilegio!*

En cuanto estuvo fuera se cerró la sesion citándose para el dia siguiente. Todos los miembros corrieron presurosos á saber hasta que punto llegaban los planes del rey, y como habian sido recibidos por parte del público: en todas partes fueron testigos de una emocion no menos viva que la suya. Solo se hablaba de los insultos y de las amenazas de los caballeros: «Que me señalen el blanco, habia dicho uno, enseñando una pistola, no le erraré.—Al diablo con los representantes del pueblo esclamaban otros; ¿qué haremos de esos hombres? que se les ahorque.» Algunos se habian adelantado hasta preguntar si se habia ya recibido la órden: rumores todos que escitaban la mayor indignacion. Los cinco miembros se habian retirado á la ciudad, cuyos habitantes habian acudido á las armas: en vano procuró calmarlos el lord corregidor: formábanse espontáneamente fuertes patrullas para la seguridad comun, y recorrian las calles bandas de aprendices, gritando de puerta en puerta que los caballeros iban á pegar fuego á la poblacion, y que (añadian algunos) el mismo rey venia á su frente.

No era menor la agitacion en Whitehall: el rey y la reina habian fundado sus mayores esperanzas en este golpe de Estado, que hacia ya mucho tiempo entraba en el secreto de las conferencias domésticas, y era objeto de todos los pensamientos. Cárlos al abrazar aquel dia á su esposa al tiempo de partir, le habia prometido que dentro de una hora volveria dueño y señor del reino: la reina esperaba su regreso con el reloj en la mano. Pero todo se habia desvanecido, y si bien el rey no pensaba desistir de su plan, ya no confiaba en él ni sabia como llevarlo

á efecto. Ofendidos sus mas discretos amigos, se iban alejando de su lado y ya nada le aconsejaban. Publicóse una proclama, mandando cerrar las puertas y no dar asilo á los acusados; pero á nadie alucinaban estas órdenes; no se ignoraba la morada de los cinco miembros, y sin embargo nadie osaba penetrar en ella. Solo lord Digby quiso espiar con su audacia la imprudencia de sus consejos, y su cobardía en la cámara alta en los momentos de la acusacion. Ofreció al rey dirigirse en persona, acompañado de Lunsford y algunos caballeros, á prender á los acusados y conducírselos muertos ó vivos. Pero Cárlos bien fuese por una sombra de respeto á las leyes, bien por timidez, no aceptó la proposicion y resolvió pasar al siguiente dia á pedir de un modo solemne al consejo municipal la entrega de los acusados, lisonjeándose que por medio de su presencia y suaves palabras haria entrar en su deber al pueblo cuyo encono no habia alcanzado á preverse.

En efecto salió á las diez de la mañana de Whitehall, sin escolta, como si tuviese entera confianza en sus súbditos. Agrupábase á su paso el gentío, pero frio y silencioso, y dirigiéndole solo la voz para conjurarle que no se indispusiera con el parlamento. En algunos puntos se oyeron gritos mas amenazadores; resonaron las palabras *privilegio! privilegio!* y hasta hubo quien hechó en su coche un folleto intitulado : *A tus tiendas Israel!* grito de rebelion de las diez tribus de Jerusalen al separarse de Roboam. Al llegar Cárlos á Guildhall reclamó los cinco miembros con afabilidad y dulzura, protestando su adhesion á la reforma, su buena fé en las concesiones, y prometiendo obrar en todo segun las leyes. No se oyó el menor aplauso : el consejo, á par que el pueblo, estaba triste y taciturno. Dirigióse el rey á uno de los jerifes, ardoroso presbiteriano, y le dijo que iria á comer á su casa. Inclinóse este, y concluida la sesion recibió al rey con pompa y respeto. Pero á su vuelta á Whitehall, Cárlos solo obtuvo del gentío la misma acogida y entró en su palacio airado y abatido. Acababa de reunirse la cámara; en el acto votó que despues de tamaña violacion de sus privilegios no podia deliberar libremente hasta tanto que se le hubiese dado una reparacion y una guardia para ponerla al abrigo de tales riesgos : se prorogó por seis dias; mas no por esto permaneció activa.

Una junta revestida de plenos poderes, recibió órden de establecerse en la ciudad, para dedicarse á una informacion sobre el último atentado; y examinar el estado general del reino, particularmente el de Irlanda, de concierto con los ciudadanos fieles amigos del parlamento. La instalacion

ABADIA DE WESTMINSTER.

de la junta se hizo pomposamente en Guildhall donde la esperaba una crecida guardia, y donde le salió al encuentro una diputacion del consejo municipal, que puso á su disposicion todas las fuerzas y el servicio de sus habitantes. Sus sesiones fueron tan activas como las de la cámara; todos sus miembros tenian derecho á asistir á ellas; allí inmediata estaba la casa que servía de asilo á los cinco acusados, y nada se hacia sin los consejos de estos. Muchas veces pasaron en persona á la junta, y el pueblo los aplaudia, envanecido de poseer y custodiar á sus representantes. En medio de su victoria hábiles manejos enardecian su celo y daban pábulo á sus terrores. Cada vez mas se iba estrechando la alianza de la cámara y del pueblo. Por último, aquella junta, por su sola autoridad y como si fuese la cámara misma, publicó una declaracion que contenia el resultado de sus investigaciones. Entonces el consejo municipal dirigió al rey una peticion quejándose de los malos consejeros, de los caballeros, de los papistas, del nuevo gobernador de la torre, abrazando la causa de los cinco miembros, y pidiendo todas las reformas que la cámara baja habia dejado entrever (7 de enero 1642).

El rey quedaba solo en Whitehall, perdida la confianza de sus mas fieles partidarios. Aun los mismos caballeros se dispersaban intimidados ó guardaban silencio. Provó á responder á los municipales, ordenando de nuevo el arresto de los acusados, pero sus contestaciones se habian desacreditado ya, y sus órdenes no tenian efecto. Supo que dentro de dos dias abriria la cámara sus sesiones y que los cinco miembros serian conducidos pomposamente á Westminster por las milicias, el pueblo, y aun por los marineros del Támesis, cuya confianza creia poseer: «¡Como pues! dijo con enfado, hasta esos ratones de agua me abandonan!» Estas palabras divulgadas entre los marineros fueron recibidas como un insulto que debia ser vengado. Cárlos no pudo resolverse á ver pasar por delante del palacio á sus enemigos en triunfo. La reina, tímida é iracunda á un mismo tiempo, le conjuraba á que se alejase; por otra parte, los realistas y los mensajeros enviados á distintos puntos del reino prometian seguridad y fuerza; los caballeros, vencidos en Lóndres, exageraban su valimiento en los condados: lejos del parlamento el rey seria libre, y sin él, ¿qué podria el parlamento? Adoptóse la resolucion; se convino en que se retirase á Hamptoncourt, y en seguida mas lejos si preciso fuere; se espidieron órdenes secretas á los gobernadores de algunas plazas con cuyo afecto parecia poder contarse; el conde de Newcastle partió para el Norte, donde era grande su influencia; y el 10 de

enero, víspera de la reunion de la cámara baja, Cárlos, seguido de su mujer, de sus hijos y de algunos criados, dejó la ciudad de Lóndres y el palacio de Whitehall, que ya no debia atravesar sino para dirigirse al cadalso.

Al dia siguiente á las dos de la tarde se vió el Támesis cubierto de chalupas que conducian á Westminster á los cinco miembros, seguidas de un sin número de góndolas brillantemente empavesadas y llenas de ciudadanos. A lo largo de ambas orillas marchaban paralelamente los milicianos de Lóndres, llevando en las puntas de sus picas las últimas declaraciones del parlamento; mandábalos el capitan Skippon, educado en los campamentos de Gustavo Adolfo: era este capitan hombre rudo, pero sencillo, osado, de austeras costumbres, y muy popular. Seguia á la comitiva un gentío inmenso, y al pasar por delante de Whitehall desierto, se detuvo esclamando: «¿Dónde están ahora el rey y sus caballeros? qué se han hecho?» No bien llegaron los cinco miembros á Westminster, cuando se apresuraron á celebrar la adhesion del pueblo á la causa pública; y los jerifes, introducidos en la sala, recibieron gracias del presidente. Al salir se les presentó otra comitiva: cuatro mil gentilhombres, terratenientes, etc. venidos á caballo del condado de Buckingham, patria de Hampden, querian entregar á la cámara una peticion contra los lores papistas, contra los malos consejeros, y á favor de su digno representante; llevaban tambien otras para la cámara alta, como tambien para el rey, y se dejaba ver inscrito en sus sombreros el juramento de vivir y de morir en defensa del parlamento contra toda clase de enemigos. Dominaba en todas partes ese entusiasmo fiero y animado que permite é instiga á los jefes populares á probar las mas osadas resoluciones: los representantes del pueblo se arrojaron á ellas, á la manera que aprovecha el piloto un viento fuerte, pero propicio. La cámara á las pocas horas de estar reunida votó que ninguno de sus miembros pudiera ser arrestado sin su consentimiento. Adoptóse un bill que daba á las cámaras derecho de reunirse donde les pluguiese, y se redactó un mensaje para pedir al rey que se sirviese quitar á sir John Byron el mando de la torre. Interin se aguardaba la respuesta, se encargó á Skippon que colocase guardias alrededor de este fuerte; se enviaron cartas á Goring, gobernador de Portsmouth, prohibiéndole recibir en la ciudad tropas ó municiones sin autorizacion del parlamento; á sir John Hotham, rico é influyente en el condado de York, se le ordenó partir sin demora para ir á tomar el mando de Hull, plaza importante, y llave del Norte de Ingla-

terra, donde se encontraban grandes arsenales. A los dos dias se habia ya votado que el reino estaba en peligro; y si bien rehusaron los lores adherir á esa votacion no por esto dejó de servir por todas partes de aviso al pueblo.

Con razon preveia la cámara una guerra, porque tambien el rey se preparaba á ella. Vivia en Lóndres impotente y humillado; pero apenas salió de la ciudad, y se vió rodeado de sus partidarios se entregó á la esperanza de vencer á mano armada al enemigo de quien huia sin combatir. Parecíales tambien á los caballeros que iba á declararse la guerra, y se apresuraban á darle principio. La cámara supo que doscientos de entre ellos al dia siguiente de su partida se dirigian hácia Kingston, depósito de almacenes del condado á seis leguas de Lóndres, sin duda para establecerse en aquel punto. Lord Digby habia salido á su encuentro para darles gracias por su celo en nombre del rey, y tramar con ellos algun designio fatal. El parlamento tomó prontas medidas que desbarataron estos planes, y lord Digby, vivamente denunciado, huyó al continente. El rey entre tanto pasó á Windsor para alejarse mas de Lóndres : allá le siguieron los caballeros, Lunsford con ellos, y en un consejo secreto se decidió que la reina pasaria á Holanda, llevándose consigo las joyas de la corona para comprar municiones y armas, y solicitar socorros de los reyes del continente. Se daria por pretesto de este viaje la necesidad de presentar al príncipe de Orange la princesa Enriqueta María, niña todavía, y ya desposada con él seis meses antes. El rey por su parte sin romper sus relaciones con las cámaras, debia retirarse gradualmente á los condados del Norte, donde eran numerosos sus partidarios, fijar en York su residencia, y esperar la ocasion y los medios de obrar. Para llevar á cabo este plan, hizo misteriosamente la reina los preparativos de su viaje, y el rey invitó á las cámaras á reunir sus pretensiones en un solo cuerpo y presentarlas juntas prometiendo hacer justicia, y poner de este modo término á sus debates.

La cámara alta recibió con júbilo este mensaje : en ella figuraban muchos amigos del rey, y otros que eran los mas, se hallaban cansados y solo aspiraban á hacer cesar la lucha de los partidos. Pero los representantes del pueblo, mas previsores y determinados, no podian creer que el rey se aviniese á hacer tales concesiones, ni que se atuviera á lo prometido. De consiguiente su proposicion fue considerada solo como un ardid para hacerles abandonar el campo. Se negaron por lo tanto á acceder á las espresivas gracias que daban los lores, á menos que se su-

plicase antes al rey dar el mando de la torre, de las plazas fuertes y de la milicia á hombres que poseyeran la confianza del parlamento. La cámara alta rehusó esta enmienda, pero treinta y dos lores protestaron, y la cámara baja, fuerte con el apoyo de esta minoría, dirigió sola al rey su peticion. Respondió este con negativa formal tocante á las plazas y á la torre, en términos vagos y evasivos en punto á la milicia, y al parecer únicamente decidido á ganar tiempo. Mas los representantes del pueblo no querian perderlo; así en Windsor como en Lóndres tenian confidentes y amigos; no ignoraban los proyectos del rey, ni el viaje de la reina, ni las intrigas de la córte en el Norte del reino y en el continente.

El peligro se hacia cada vez mas inminente: ¿no podia acontecer que el rey estuviese preparado para la guerra antes que se hubiese decidido la cuestion de la milicia para oponérsele? Temores mas ciegos agitaban al pueblo; hablábase de municiones sacadas de la torre, de tramas contra la vida de los jefes populares, y todos se indignaban de haber vencido tantas veces sin haber sacado ningun fruto de la victoria. Solo una nueva y viva esplosion de la opinion pública, decian, puede dar al traste con los nuevos obstáculos, armar á los ardorosos, llevarse tras sí á los tibios y desarmar á los malvados. Aumentáronse las peticiones, procedentes de todos los condados y de todas las clases de ciudadanos: los aprendices, los mercaderes, los jornaleros, y hasta las mujeres se reunian alrededor de Westminster para presentar las suyas. Al ver á estas por primera vez se admiró Skippon que mandaba la guardia: «Que nos escuchen, gritaban; donde hoy veis una mujer, mañana habrá quinientas.» Pasó el comandante á recibir órdenes de la cámara, y de vuelta las obligó con buen modo á que se retirasen. Pero volvieron á los dos dias, llevando á su frente á una tal Ana Stagg, mujer de un rico cervecero, encargada de presentar una peticion al pié de la cual se esplicaban sus motivos. «Semejante paso, decian, no desdice de nuestro sexo; Cristo nos salvó lo mismo que á los hombres; como ellos sufrimos las calamidades públicas, como ellos tenemos una vida que sostener, y una alma que salvar: no hacemos esto por vanidad ú orgullo de corazon, ni para compararnos á los hombres en autoridad ó en sabiduría, sino solo para cumplir con lo que debemos á Dios, á su iglesia y á nuestro país.»

La peticion fue recibida, y Pym salió para responder á ella: «Buenas mujeres, dijo á las peticionarias que le rodearon, vuestra peticion ha sido leida, la cámara os da gracias; os rogamos que volvais á vuestras familias, y que vuestras peticiones se conviertan en preces para el buen

éxito de nuestros trabajos : siempre hemos estado y estaremos prontos á defenderos, como tambien á vuestros esposos y á vuestros hijos.» Retiráronse sin tumulto : notable ejemplo de reserva en medio del entusiasmo, y de gravedad moral en las intrigas de los partidos

Las peticiones eran uniformes; todas clamaban por la reforma de la iglesia, el castigo de los papistas y la represion de los malvados. Algunas avanzaban hasta el punto de amenazar abiertamente á la cámara alta : «Que los nobles lores, se decia, que desean tomar parte en las escelentes resoluciones del parlamento, se unan á los representantes del pueblo, votando con ellos en un solo cuerpo : con esto se disiparán todos nuestros temores, y se prevendrán los golpes á que por desesperacion se arrojarian al cabo los hombres mas pacíficos.—Nunca hemos desconfiado de la cámara baja, esclamaba el pueblo á las puertas de Westminster; pero dicen que todo lo paralizan los lores; dénsenos los nombres de los que asi impiden la buena armonía entre las dos cámaras : pronto buscaremos un remedio.» Aun en el seno mismo de la cámara alta el lenguaje de los partidos era ya el de la discordia. «Cualquiera que rehuse unirse á los representantes del pueblo en la cuestion de la milicia, dijo el conde de Northumberland, es enemigo del Estado.» Se le intimó que se esplicase. «Sobrado lo entendemos todos,» esclamaron sus amigos que en esta cuestion pertenecian á la minoría. La muchedumbre estaba á las puertas; se apoderó de los lores el temor; muchos de ellos se salieron; otros mudaron de opinion; el mismo canciller Littleton, salvo inútiles reservas, dió su voto en favor de la cámara baja, y pocos dias despues fue adoptado al par que el bill de esclusion de obispos, de que hacia tres meses que no se hablaba.

No estando todavía redactado el decreto sobre milicia no se presentó al rey mas que ese bill : la perplejidad de Cárlos llegó al estremo. Acababa de anunciar á las cámaras el próximo viaje de la reina : habia renunciado para aplacarlas á todo procedimiento contra los cinco miembros; consentia tambien en nombrar gobernador de la torre á sir John Conyers, designado por los representantes del pueblo; pero entraba en sus miras eludir en adelante toda cuestion hasta tanto que estuviese dispuesto para sus fines peculiares. Las esclusion de los obispos era para él un cargo de conciencia; el abandono de la milicia entregaba á sus contrarios todas las fuerzas del pais. Instigábanle sin embargo; sus mismos consejeros no creian que pudiese negarlo todo; lord Falkland se inclinaba siempre á las concesiones; Colepepper insistia vivamente en la

adopcion del bill sobre los obispos, diciendo que la milicia era asunto de mayor importancia; que con la espada podria reconquistar el terreno, y que entonces seria fácil declarar nulo un consentimiento que la violencia hubiese arrancado. «Es de este parecer Hyde? preguntó el rey.—No, señor, os lo confieso; antes por el contrario, piensa que ni uno ni otro bill debe ser sancionado.—Tiene razon, y asi pienso yo.» Colepepper fué á hablar con la reina, le pintó los peligros del monarca y los suyos propios, sin olvidarse de los obstáculos que encontraria en su viaje, único medio de poner al rey en estado de vencer un dia á sus enemigos.

A sus gestos y á sus palabras, la reina tan propensa á dar entrada al miedo como á la esperanza, y no muy amiga por otra parte de los obispos anglicanos, se dejó persuadir fácilmente. Corrió en busca de su marido, rogó, lloró y se deshizo en esclamaciones por su seguridad, por su porvenir, y por el de sus hijos. Cárlos era incapaz de resistirla, y cedió con tristeza, como en la causa de Strafford, autorizando á los comisionados para que firmasen en su nombre el bill; pero no habló de la milicia, y partió á poco para Douvres, donde debia embarcarse la reina.

Apenas hubo llegado cuando se encontró con un mensaje de la cámara baja que daba mas importancia al decreto sobre la milicia que á la esclusion de los obispos, ya vencidos y encarcelados. Se habian apresurado los representantes del pueblo á redactar su decreto, y añadiendo además los nombres de los que debian mandar en cada condado, y demandando para todo una pronta sancion. «Necesito tiempo, dijo el rey, contestaré á mi vuelta.» Al volver del embarque de la reina (28 febrero de 1642) se encontró con un nuevo mensaje en Cantorbery, mas apremiante que el anterior. Supo al propio tiempo que la cámara baja se oponia á la partida de su hijo Cárlos, príncipe de Galles, al que queria llevarse consigo al Norte; que el procurador general Herbert era perseguido por haberle obedecido con acusar á los cinco miembros; y que en fin habian interceptado y abierto una carta de lord Digby á la reina. Tanta desconfianza despues de tantas concesiones le ofendió sobre manera, como si estas hubiesen sido sinceras. Trató á los mensajeros agriamente, sin decidirse por nada. Al llegar á Greenwich encontró al príncipe, al que su ayo el marques de Hertford habia conducido á aquel punto á pesar de la prohibicion de la cámara. Tranquilo entonces por su mujer y por sus hijos, envió á las cámaras su respuesta. Ofrecia confiar la milicia á los comandantes que se le designaban, pero conservando el derecho de revocarlos, y esceptuando de esta medida á las principales

ciudades del reino, cuya milicia debia permanecer bajo el imperio de sus Estatutos y antiguas leyes : despues partió para York, viajando lentamente. Alcanzáronle en Theobalds doce comisionados de las cámaras : al recibir su respuesta habian votado que era una negativa, que si persistia dispondrian de la milicia sin su consentimiento, y que solo su vuelta á Lóndres podia prevenir los males que amenazaban al reino.

El tono del mensaje era áspero, como si las cámaras hubiesen querido dar á entender que se sentian fuertes y no temian manifestarlo. «Estoy tan admirado, dijo el rey, que no se como responderos : hablais de temores y de desconfianzas; pues bien, consultad vuestra propia conciencia, y decidme sino debo yo tambien tener desconfianzas y temores. He meditado bien la cuestion de la milicia; mi respuesta es justa; á ella me atengo. Tocante á que resida cerca de vosotros, quisiera poderlo hacer segura y honrosamente y no tener motivos para dejar á Whitehall; ¿qué decis á esto? Por mi honor os aseguro que solo deseo paz y justicia para mi pueblo; espero que sabré mantener estos dones, y para defenderme á mí y á mis derechos cuento con la bondad de Dios;» y continuó su camino.

Ocho dias despues, (9 marzo 1642) se le presentaron nuevos comisionados en Newmarket, con una declaracion en que el parlamento recapitulaba todas sus pretensiones y temores, justificaba su conducta, y le conjuraba á que volviese á Lóndres, corriese en armonía con su pueblo, y disipase de este modo los funestos presentimientos que agitaban á todos los corazones. Una viva emocion se traslucia al través de un lenguaje enérgico, que asimismo se manifestó en la entrevista de los comisionados con el rey; su conversacion fue larga, familiar y agitada, como entre individuos que miran próximo un rompimiento, y procuran hallar algun medio de persuadirse. Era evidente que dos partidos que juzgaban inevitable la lucha y estaban decididos á sostenerla, solo deseaban hacer un último esfuerzo de conciliacion, aunque sin esperanzas de buen éxito.» ¿Qué quereis pues? dijo el rey : ¿he violado vuestras leyes? ¿he rehusado ningun bill para la seguridad de mis súbditos? No os preguntaré yo lo que habeis hecho por mí. ¿Hay alguien que tema todavía? Yo ofrezco un perdon tan general y tan completo como vosotros mismos podais idearlo.—¿Pero la milicia, señor? dijo lord Holland.—La milicia! yo no me he negado.—Vuelva pues V. M. por lo menos cerca del parlamento.—Ningun acto vuestro me invita ha hacerlo; ¿creeis que me decida vuestra declaracion? ciertamente que no habreis encontrado tales medios de

persuadir en la retórica de Aristóteles.—El parlamento se lo ha suplicado sumisamente á V. M., dijo lord Pembroke.—Vuestra declaracion me demuestra que las palabras nada significan.—Dígnese pues V. M. decirnos claramente lo que se debe practicar para que se resuelva.—Yo daria azotes á un niño de la escuela de Westminster que por mi respuesta no sacase en claro mi voluntad; os engañais creyendo que me niego á volver cerca del parlamento.—¿No seria posible conceder al parlamento la milicia, por un cierto tiempo á lo menos?—No, vive Dios, ni una hora; esto que me pedís es lo que jamás se ha pedido á un rey, y lo que yo no confiaria á mi mujer ni á mis hijos.» Volviéndose despues á los comisionados de la cámara baja añadió: «Los asuntos de Irlanda no se compondrán nunca por los medios de que echais mano; no logrará dominar aquel país una asamblea de cuatro cientos hombres: uno solo se necesita. Si me lo encargaban á mí aventuraria mi cabeza por conseguirlo, no soy en la actualidad mas que un mendigo, y sin embargo encontraria fondos para la empresa (1).»

Estas últimas palabras hicieron renacer todas las desconfianzas; en ellas se vió la confesion de recursos desconocidos, el anhelo de imputar al parlamento los males de la Irlanda, y en fin el deseo de encontrarse solo á la cabeza de un ejército para mandarlo á su placer. Hasta aquí llegó la conferencia; los comisionados partieron; el rey siguió su camino, y llegó sin otro incidente á York.

Entonces empezó entre el parlamento y el monarca una lucha hasta aquella época sin ejemplo en Europa: claro y glorioso síntoma de la revolucion que asomaba, y que posteriormente se ha completado en las sociedades. Continuaron las negociaciones, pero sin que ningun partido esperase de ellas nada, ni aun se propusiese tratar sobre el asunto. Ya no se dirigian mútuamente la palabra en sus declaraciones y mensajes; ambos hablaban á la nacion entera, á la opinion pública; ambos se prometian fuerzas y triunfos de este nuevo poder. El orígen y prerogativas de la monarquía, los privilegios de las cámaras, los límites del deber y fidelidad en los súbditos, la milicia, las peticiones, fueron objeto de una controversia oficial, en que eran alegados, esplicados y comentados los

(1) Esta conversacion está sacada de un folleto publicado en Lóndres á la vuelta de los comisionados. El impresor fue mandado llamar, y preguntado por la cámara alta; mas como respondiese que le habia prestado el manuscrito el secretario del canciller, se le declaró inculpable.

principios generales del órden social, las especies de gobierno, los derechos primitivos de la libertad, la historia, las leyes y las costumbres de Inglaterra. Entre los debates de ambos partidos en el seno del parlamento, y su choque á mano armada en los campos de batalla, se inter-



EL CONDE DE ESSEX.

puso por decirlo asi durante algunos meses el raciocinio y la ciencia, suspendiendo el curso de los acontecimientos, desarrollando sus mas hábiles esfuerzes para grangearse la libre adhesion de los pueblos, y queriendo dar á una y otra causa el carácter de la legítimidad.

Al abrirse el parlamento no habia creido ni deseado la Inglaterra

una revolucion : solo los disidentes meditaban una en la iglesia ; la vuelta del órden legal, el restablecimiento de las antiguas libertades, la reforma de los abusos dominantes, esto se creia ser el voto y la esperanza del país. Los mismos jefes, mas ilustrados y atrevidos, no formaban proyectos mas vastos ; la energía de su voluntad sobrepujaba á la ambicion de sus pensamientos : de dia en dia se habian ido empeñando sin miras remotas, sin sistema, y siguiendo solamente el desarrollo progresivo de su situacion y la urgencia de las necesidades. Llegada la hora de la lucha, todos se admiraron y se conmovieron, no porque su corazon fuese tímido, ni porque la guerra civil en general tuviese á los ojos del parlamento ni aun á los del pueblo algo de estraño y de criminal : leíala con orgullo en la historia de sus instituciones ; mas de una vez habia aquel pueblo desafiado el poder de sus dueños y quitado y dado una corona.

Este tiempo estaba tan distante que ya se habia perdido la memoria de sus penalidades y solo se traslucian sus gloriosos ejemplos de energía y de poder. Pero la resistencia se habia declarado siempre en nombre de las leyes y de derechos conocidos ; al conquistar la libertad, siempre habia creido la Inglaterra defender su herencia, de modo que solo en las palabras *ley* y *órden legal* se cifraba este respeto popular y espontáneo que desecha la discusion y sanciona los mas atrevidos planes. En el momento á que nos referimos ambos partidos se acusaban mútuamente de ilegalidad é innovacion, entrambos con justicia, puesto que el uno habia violado los antiguos fueros del país y no abjuraba las máximas de la tiranía, mientras el otro reclamaba en virtud de principios confusos todavía unas libertades y un poder hasta entonces desconocido. Ambos sintieron la necesidad de cubrir con el manto legal sus pretensiones y sus actos ; ambos quisieron justificarse, no solo segun razon, sino tambien segun ley. En pos de ellos se lanzó llena de entusiasmo la nacion á la arena, sintiéndose aun mas conmovida que sus jefes de sentimientos encontrados, y sin embargo sinceros.

No bien emancipados de una opresion que las leyes de sus abuelos habian condenado sin prevenirla, ansiaba garantías mas eficaces, pero nunca habia perdido de vista su esperanza aquellas leyes. Sentia la nacion inglesa fermentar en su seno nuevas creencias, nuevas ideas ; profesábales una fé viva y pura ; lanzábase hácia ellas con aquel ardoroso entusiasmo que trata de adquirir la verdad sin reparar en sacrificios ; pero al mismo tiempo, llena de modestia en sus pensamientos, tiernamente adicta á sus costumbres, y respetando sus antiguas instituciones, se

empeñaba en persuadirse á sí misma que lejos de alterarlas no hacia mas que tributarles homenaje, y reponerlas en su antiguo vigor.

De aquí provino aquella mezcla de osadía y timidez, de sinceridad é hipocresía, que se echa de ver en las publicaciones de toda especie que inundaron entonces la Inglaterra. Era desmedido el ardor: unversal, inaudito y descompuesto el movimiento. En Lóndres, en York y demás populosas ciudades del reino, se multiplicaban y propagaban folletos y periódicos en que á la vez se trataba de cuestiones políticas, religiosas, é históricas, de noticias, sermones, planes, consejos é invectivas: sobre cualquier asunto se escribia; circulaban estos impresos por las campiñas (1); en los mercados y en las puertas de los tribunales y de los templos se compraban y leian; y en esta esplosion de pensamientos, en medio de una apelacion tan nueva á la opinion del pueblo, mientras que en el fondo reinaba el principio de la soberanía nacional en pugna con el derecho divino de la monarquía, se invocaban sin cesar los Estatutos, la jurisprudencia, las tradiciones y las costumbres, como únicos jueces legítimos: en todas partes reinaba la revolucion sin que nadie osase decirlo, ni tal vez confesárselo á sí mismo.

Supuesta tal disposicion de los ánimos, era falsa la situacion moral del parlamento, puesto que solo por él y á su provecho se llevaba á cabo la revolucion; empeñado en hacerla y en desmentir al mismo tiempo su accion, andaba discorde entre sus actos y su lenguaje, y vacilaba entre la audacia y la sutileza, la violencia y la hipocresía. Sus principios considerados como máximas y medidas de escepcion aplicables á tiempos de crísis, y que darian fin aunque no tuvieran que ser considerados como necesarios, eran verdaderos al par que legítimas sus resoluciones; pero los partidos no se resignan tan facilmente á la posesion de una legitimidad efímera: los pueblos no miran con entusiasmo las doctrinas é intereses momentáneos y aun cuando solo los domina lo presente, sueñan en la duracion de sus actos y de sus obras, y pretenden arreglar el porvenir en nombre de la eterna verdad. El parlamento, no satisfecho con echar mano del poder soberano, votó por principio y como para definir el órden legal del país, que el mando de la milicia no pertenecia al rey, que no podia este rehusar la sancion de los bills deseados por el pueblo, que las cáma–

(1) He aquí el título de algunas de estas publicaciones: *Mercurio áutico*; *Mercurio británico*, *rústico*, *pragmático político*... etc. etc. *Hoja diaria*, *ocurrencias diarias*.

ras sin su concurso podian declarar lo prescrito por ley, y en fin que era lícito y justo solicitar por medio de peticiones el cambio de estatutos, si bien debia ser desoida, como falta de objeto, la que tendiese á su sostenimiento.

A pesar de la incertidumbre y de la diversidad de antiguos ejemplos, tales máximas, erigidas en derecho público y permanente eran contrarias á los fundamentos históricos, al estado regular, y á la misma existencia de la monarquía. Aprovechóse de ello el rey, hablando á su vez en nombre de la antigua Inglaterra, de sus leyes y de sus recuerdos. Se encargaron de su causa sabios defensores. Eduardo Hyde, residente todavía en Lóndres, redactaba por sí ó de concierto con Falkland respuestas á todas las publicaciones del parlamento. Llevábanlas al rey unos fieles mensajeros, y este las copiaba por la noche de su misma letra para que no fuese conocido el autor, y las publicaba despues en nombre de su consejo. Escritas con arte y claridad, y alguna vez con ironía, tendian á presentar al vivo las sutilezas, los artificios y la ilegalidad de las pretensiones del parlamento. Ya no gobernaba Cárlos ni podia defender ninguna tiranía actual : le era dable disimular sus principios ocultos, sus esperanzas despóticas, é invocar á la ley contra enemigos, constituidos á su vez en déspotas. Fue tal el efecto de las publicaciones reales, que el parlamento hizo cuanto pudo para acallarlas, mientras el rey hacia por el contrario imprimir junto á sus respuestas los mensajes de aquel. Aumentábase incesantemente el partido realista : no tardó en enardecerse y en volver contra sus enemigos las armas mismas de la libertad ; Jorge Benyon, rico comerciante de Lóndres dirigió á la cámara baja una peticion contra su decreto sobre la milicia, y muchos ciudadanos la firmaron.

Los gentil-hombres del condado de Kent se reunieron para redactar una en favor de la prerogativa y del episcopado ; y era de notar que algunos representantes del pueblo, entre otros sir Eduardo Dering, primer autor del bill contra los obispos, eran los que provocaban abiertamente tales pasos. Circulaban con gran favor los folletos realistas y eran notables por la elegancia y la sátira de su tono : hasta entre el pueblo encontraban acogida los sarcasmos contra los jefes de la cámara baja ; se hablaba con befa del *rey Pym*, del azúcar que en otro tiempo habia recibido de regalo, de las 10,000 libras esterlinas de *las arcas del rey*, que segun decian acababa de dar en dote á su hija, de la poltronería del conde de Warwick, *que tenia el corazon en las botas*, y de mil otros dicharachos que en otra coyuntura nadie hubiera querido escuchar. Por

último, en las mismas cámaras se presentaban ufanos los amigos del monarca; algunos, hasta entonces silenciosos, sir Hopton y lord Herbert, rechazaban vivamente las insinuaciones que ofendian su honor. Era evidente que en sentir de muchos su causa tenia visos de bondad, y que la sostendrian en caso necesario, pues no titubeaban en confesarla. Alarmóse el parlamento, y se irritó el amor propio de sus jefes; engendrados en la popularidad, no podian sufrir con paciencia las diatribas en que no les cabia la mejor parte.

A este peligro opusieron asi por cálculo como por odio la tiranía: cesó toda libre discusion; Hopton fue encerrado en la torre, y Herbert amenazado violentamente, Jorge Benyon y sir Eduardo Dering acusados, y la peticion del condado de Kent sofocada. Esparcióse la voz de que iba á presentarse de nuevo; Cromwell dió de ello parte á la cámara, y recibió la mision de prevenir este peligro. Todavía poco notable en la cámara, pero hábil y mas empeñado que ningun otro en las tramas revolucionarias, corria á su cargo enardecer al pueblo, espiar, denunciar, y hechar á rodar los proyectos de los realistas.

No era ya dudosa una lucha cercana; pues los partidos no podian acomodarse á vivir en una misma ciudad. Diariamente abandonaban la capital varios miembros del parlamento aterrados, unos para retirarse á sus tierras, y otros en busca de nuevas armas contra un enemigo á quien no habian podido vencer. La mayor parte se reunian alrededor del rey, á cuyo lado se hallaban ya todos sus consejeros. Un incidente inesperado vino á aumentar esta emigracion y á separar mas y mas ambos partidos. El 23 de abril se adelantó el rey á la cabeza de tres cientos caballos hácia Hull, y requirió á sir John Hotham, gobernador de la plaza, á que se la entregase. Débil este, irresoluto, y sin haber recibido instrucciones para este caso, hizo suplicar al rey que esperase la contestacion del parlamento. Pero Cárlos se acercaba, y á las once se presentó al pié de las murallas. Tenia relaciones de inteligencia en la ciudad, donde habian entrado el dia antes so pretesto de pasar en ella un dia, su hijo Jacobo, duque de York, el príncipe Palatino su sobrino, y lord Newport. El corregidor y algunos ciudadanos se dirigian ya á las puertas para abrírselas, pero Hotham les hizo retirar, y subió á la barbacana seguido de sus oficiales. Intimóle el rey que abriera las puertas; el gobernador se escusó de rodillas con las órdenes del parlamento. Eleváronse violentos murmullos entre los caballeros que rodeaban al rey, y amenazaron á sir John, llamándole rebelde y traidor. «Matadle, decian á los oficiales de

la guarnicion, echadle al foso;» pero estos eran los que habian decidido á Hotham á la resistencia. En vano probó el mismo Cárlos á intimidarlos ó seducirlos; despues de inútiles propuestas se retiró, bien que á corta distancia, pues volvió al cabo de una hora á pedir que se le admitiese solo con veinte y cinco caballos; á lo cual se negó tambien sir John: «Si hubiese entrado con solo diez hombres, escribió á las cámaras, se hacia dueño de la ciudad.» El rey volvió al pié del baluarte, hizo proclamar traidores á Hotham y sus cómplices, y dirigió el mismo dia un mensaje al parlamento pidiendo justicia de tal atentado.

El parlamento absolvió al gobernador, y respondió al rey que las plazas y los arsenales no eran propiedades personales que pudiese reclamar en virtud de una ley, al modo que un ciudadano su casa ó su campo; que se le habia confiado su custodia para la seguridad del reino, y que la misma causa podia impeler á los representantes del pueblo á tomar sobre sí tal cuidado. La respuesta era franca y legítima, pero equivalia á una declaracion de guerra y por tal la tomaron ambos partidos. Treinta y dos lores, y mas de sesenta miembros de la cámara baja, Hyde entre estos, partieron para York (1). Los condes de Essex y Holland, el uno gran chambelan ó el otro primer gentil-hombre de cámara, recibieron del rey la órden de reunírsele, pues queria asegurarse de su persona y privar de su apoyo al parlamento. Se negaron á ello y perdieron sus empleos. El canciller Littleton, despues de muchas dudas, hizo entregar al rey el gran sello, y se evadió al dia siguiente. Vivo fue el rumor en Lóndres, porque en la posesion del gran sello parecia que se afianzaba el gobierno legal. La cámara alta se consternó, pero la energía de los representantes del pueblo suplió á todo. Se intimó á los miembros ausentes que volviesen; nueve lores, fueron perseguidos en vista de su negativa formal; se prohibió á todo ciudadano tomar las armas á las órdenes del rey; varias instrucciones enviadas á los condados prescribieron la organizacion de la milicia que en muchos puntos se formaba y ejercitaba voluntaria y espontáneamente. Mandóse la traslacion de los arsenales de Hull á Lóndres, y se cumplió á pesar de los obstáculos. El rey habia mandado que se trasladara el tribunal de Westminster á York para atraer á su residencia el gobierno legal en peso: se opuso á ello el parla-

(1) Sesenta y cinco fueron los miembros de los comunes que faltaron sin causa conocida y legítima. Se propuso y se adoptó que no pudiesen volver á la cámara sin justificar los motivos de su asencia.

mento, y fue obedecido. Nombró en fin una junta encargada de negociar en Lóndres un empréstito sin indicar su empleo, é hizo partir para York comisionados, ricos y acreditados gentil-hombres de provincia, con órden de residir junto al rey y de dar cuenta á la cámara de cuanto pasase en derredor suyo.

La firmeza de los comisionados fue igual á los peligros de su situacion : «Señores, les dijo el rey, ¿qué venís á hacer aquí? Os mando que os volvais; si me desobedeceis, cuenta con lo que os espera; fuera socaliñas é intrigas, ó me obligareis á tomar severas medidas.» Respondieron los comisionados con mucho respeto, y se quedaron á pesar de verse insultados todos los dias, amenazados con frecuencia y rara vez libres de salir; pero observaban por bajo mano cuanto pasaba, y daban parte á la cámara. En York todo estaba en movimiento como en Lóndres; el rey empezaba á levantar un cuerpo, valiéndose del celo de los gentil-hombres de los alrededores. La reunion fue grande y bulliciosa; se recibieron con aclamaciones las palabras del rey, y fueron silbados los comisionados del parlamento. Pero el mismo dia llegaron en número de muchos miles los terratenientes y arrendatarios, que segun dijeron, venian á usar del mismo derecho de deliberar sobre los asuntos del condado, y se presentaron á las puertas de la sala donde estaban reunidos los realistas. Se les prohibió la entrada, pero se reunieron en otro punto, y protestaron contra las medidas de que oian hablar. La nobleza misma se dividió; á la proposicion de levantar un cuerpo, respondieron negativamente y firmaron su opinion cincuenta gentil-hombres : á su cabeza se leia el nombre de sir Tomás Fairfax, jóven todavía y desconocido, pero el mas animoso y sincero de los patriotas del país. Intimado Cárlos, anunció una nueva reunion á que serian convocados todos los terratenientes : se les prohibió asistir á ella á los comisionados del parlamento, pero todos iban á pedirles consejo. Mas de 40,000 hombres se reunieron en la llanura de Heyworth-Moor, unos á pié, otros á caballo, todos de las clases productivas de la sociedad.

No tardaron los caballeros en ver que circulaba una peticion, destinada á conjurar al rey á que depusiese toda idea de guerra y se entendiese con el parlamento. Prorumpieron en invectivas y amenazas, se dirigieron violentamente sobre los grupos, arrancaron las copias de la peticion á los que las leian, y declararon que el rey no la recibiria. Llega en aquel instante Cárlos lleno de inquietud y no sabe que decir á un gentío cuya presencia y tumulto eran suficientes para desconcertar la inhá-

bil gravedad del monarca. Despues de una lectura de una declaracion equívoca, se retiraba este apresuradamente para evitar toda reclamacion, cuando el jóven Fairfax logró acercársele, se postró delante de él, y puso la peticion sobre la silla de su caballo, desafiando de este modo y en tal actitud la ira del monarca, que en vano espoleó su caballo y lo lanzó bruscamente contra Fairfax para obligarle á marcharse.

Tanta osadía en presencia del rey y en el condado mas adicto á su causa, aterraba á los realistas, sobre todo á los que venian de Lóndres, y habian sido testigos del poder y del ardor del parlamento. Bastante es, decian entre sí, haber dado al monarca un peligroso testimonio de nuestro celo; no nos comprometamos mas; y asi lo hacian, permaneciendo en York arrinconados por el temor. Cárlos les pidió una declaracion de los motivos que los habian impulsado á salir de Lóndres: la necesitaba para sentar por principio que despues de tantas violencias, no siendo ya libre el parlamento, dejaba de ser legal. La firmaron; pero al otro dia se presentaron muchos al rey, diciéndole que si la publicaba no podrian menos de desmentirla. «¿Qué quereis pues que haga de ella?» les dijo Cárlos con acrimonia; mas ellos insistieron, y aquel documento no se publicó. A pesar de la afluencia y de las bravatas de los caballeros, nada se hacia; dinero, armas, municiones y aun víveres, todo faltaba en York: apenas el mismo rey tenia conque mantenerse con alguna decencia. La reina habia vendido en Holanda algunas joyas de la corona; pero era tal el poder de las amenazas del parlamento, que trascurrió largo tiempo antes que encontrase medio de hacer pasar al rey su precio. Prohibió este á todos sus súbditos obedecer el decreto sobre milicia, y dió comision á los jefes realistas de los condados para levantar y organizar gente en su nombre. De allí á poco, para disminuir el efecto de esta medida, protestó que no deseaba hacer la guerra; y los lores presentes en York declararon (15 junio 1642) por un acto oficial que se procuró circular, que ningun preparativo, ningun paso llegado á su noticia les anunciaba semejante intencion. Tanta incertidumbre y falsedad no era solamente debida á la falta de nervio; desde la llegada de los fugitivos del parlamento, Cárlos estaba bajo la sugestion de los mas opuestos consejos.

Los jurisconsultos, los magistrados, los hombres sabios, convencidos de que en el respeto al pueblo por el órden legal estaba toda su fuerza, querian que se limitara á observar estrictamente las leyes, y dejase al parlamento el cargo de su violacion; los caballeros estaban sin cesar di-

ciendo que la lentitud desbarataba sus planes, y que siempre era conveniente tomar la delantera al enemigo. No pudiendo Cárlos renunciar al apoyo de estas dos opiniones andaba vacilando entre ellas á fin de contentarlas.

Por el contrario, la situacion del parlamento se habia simplificado, puesto que al retirarse los miembros realistas dejaron dueños del campo á sus adversarios políticos; todavía resonaba alguna que otra voz, pero reducida al triste empeño de deplorar: nadie contestaba una palabra. Una mayoría resuelta juzgaba la guerra como inevitable, y la aceptaba osadamente, pero con miras y sentimientos distintos. Para salvar las apariencias, se dió á una comision el encargo de buscar los medios de prevenirla, y aun llegaron á redactarse y presentarse al rey distintas proposiciones en diez y nueve artículos. Pero interin se aguardaba la respuesta, se siguió sofocando toda peticion favorable al mantenimiento de la paz, y abierta y vigorosamente se hicieron aprestos militares. Cárlos habia ofrecido ir en persona á reprimir la rebelion de Irlanda, cada dia mas violenta: su oferta fue desechada. Rehusó nombrar á lord Warwick comandante de la armada, pero, á pesar de esto se le confirió el cargo. El lord corregidor Gourney no temió hacer pública en Lóndres la comision del rey que mandaba levantar milicias para su servicio y en su nombre; al momento fue acusado, conducido á la torre, depuesto y reemplazado por Pennington, decidido puritano.

Lóndres prestó 100,000 libras esterlinas; se tomaron otras 100,000 de los fondos destinados á socorrer la Irlanda; se abrió una suscricion en las cámaras, y se llamó sucesivamente á todos los miembros, obligándoseles á espresar sus intenciones. Algunos se negaron: «Si se presenta la ocasion, dijo sir Enrique Killigrewe, me procuraré un buen caballo, un buen par de pistolas, y pronto encontraré una buena causa.» A poco partió para su condado, porque ya no hubiera podido pasar por las calles de Lóndres sin insultos ni peligros. El ardor del pueblo habia llegado á su colmo: los realistas de Lóndres habian quedado sumamente abatidos con la partida de sus compañeros.

Dirigió la cámara un llamamiento al patriotismo de los ciudadanos: dinero, vajilla y alhajas, todo fue requerido para equipar algunos escuadrones de caballería, prometiendo el interés de ocho por ciento. Resonaban en los púlpitos las exhortaciones de los predicadores, y el resultado sobrepujó todas las esperanzas. Durante diez dias se llevaron á Gildhall un sin número de vajillas; faltaban brazos para recibirlas, y sitios para

colocarlas; algunas pobres mujeres llevaban su anillo nupcial, y hasta los alfileres de oro ó de plata que prendian sus cabellos: algunas tenian que esperar mucho tiempo antes que las descargasen de sus ofrendas. Informado Cárlos del buen éxito del llamamiento de la cámara baja trató de imitarlo; pero el entusiasmo no se imita, ni á nadie, sino al amor del pueblo, es dado satisfacer las necesidades de una causa. La universidad de Oxford envió al rey su vajilla; la de Cambridge iba á hacer lo mismo: ya habia enviado parte de ella; pero Cromwell, vigilante siempre, se echó sobre lo restante. A duras penas pudieron los comisionados del rey recoger de castillo en castillo algunas cortas sumas, y solo la sátira, vano y peligroso placer de los cortesanos, quedó por consuelo á los caballeros.

Habian llegado á York las propuestas de composicion; pero sus exigencias dejaban muy atras las predicciones de los mas fanáticos realistas, y quitaron toda esperanza á los mas moderados: las cámaras pedian la completa destruccion de la prerogativa real y la concesion de un poder omnímodo. Creacion de nuevos pares, nombramiento y revocacion de los grandes funcionarios de todo género, educacion y matrimonio de los hijos del rey, negocios militares, civiles y religiosos, todo por decirlo de una vez debia en adelante estar sometido al formal consentimiento del parlamento. Tal era en el fondo el verdadero objeto, y tal debia ser andando el tiempo el inestimable resultado de la revolucion; mas no era aun llegado el dia en que esta sustitucion del poder parlamentario al poder real pudiese llevarse á cabo por sola la influencia dominante de la cámara popular.

Imposibilitado el partido nacional de dar por consejeros á la corona sus primeras notabilidades, le era forzoso esclavizar la monarquía, medio engañador é imposible, propio solo para sumergir al Estado en la anarquía pero único que por entonces supo imaginar. Al leer aquellas proposiciones se indignó altamente el rey. «Si concediese lo que me pedís, contestó con el rostro encendido de cólera, aun podrian no presentarse delante de mí, sino con la cabeza descubierta; aun podrian besarme la mano y darme el nombre de majestad; aun podrian formularse vuestros mandatos con estas palabras: *la voluntad del rey significada por las dos cámaras*; aun podria hacerme preceder de la maza y la espada, y divertirme con mirar un cetro y una corona, ramos estériles que no darian flor porque el tronco estaria seco..... pero en cuanto al poder real y verdadero, yo no seria ya mas que una imágen, un signo, un vano fantasma de rey:» dijo, y rompió la negociacion.

No esperaba el parlamento otra respuesta, y en cuanto la hubo recibido desaparecieron las dudas. Discutióse sobre la guerra civil (9 de julio de 1642). Una voz solamente se hizo oir para desechar el debate, y era la misma que al abrirse la legislatura habia antes que nadie denunciado los abusos públicos : «Señor presidente, dijo sir Benjamin Rudyard, estoy penetrado hasta el fondo del alma de aquel sentimiento que constituye el honor de la cámara y el triunfo de este parlamento; pero para juzgar bien la situacion presente volvamos la vista á unos tres años atras. Si entonces nos hubiesen dicho que al cumplirse este plazo habria huido la reina bajo cualquier pretesto á los Paises Bajos; que el rey se habria alejado de nosotros para pasar á York, diciendo que no estaba seguro en Lóndres; que una rebelion general estallaria en Irlanda; que el Estado y la iglesia serian presa de discordias intestinas; ciertamente nos hubiera estremecido tal situacion : sepamos pues apreciarla en lo justo ahora que pesa sobre nuestras cabezas. Si de otra parte nos hubiesen dicho que á los tres años tendríamos un parlamento; que el subsidio sobre buques seria abolido; que los monopolios, el tribunal de alta comision, la cámara Estrellada, y el voto de los obispos se suprimirian; que la jurisdiccion del consejo privado seria restringida; que tendriamos parlamentos trienales, ¿qué digo? un parlamento perpétuo que nadie podria disolver sino nosotros mismos; seguramente que hubiéramos mirado todo esto como un sueño de felicidad. Ahora bien : todo lo poseemos, todo lo gozamos, ¡y aun pugnamos por nuevas garantías! La posesion actual de todos estos bienes es la mejor, pues los unos nos garantizan los otros. Cuenta conque buscando al través de osadas quimeras una imaginaria seguridad, no arriesguemos lo que ya es nuestro. Aunque obtuviesemos cuanto sea posible desear, nunca gozaríamos de una seguridad matemáticamente infalible : todas las garantías humanas pueden corromperse y fallar. La Providencia no sufre que se la encadene; quiere que el resultado esté en sus manos. Señor presidente, ahora es cuando nos conviene concentrar toda la sabiduría de que somos capaces, porque á pocos pasos de nosotros están ya la desolacion y el caos. Si la sangre llega á estrellarse contra la sangre, nuestra ruina es inevitable. A ese peligro nos aventuramos por la esperanza de un triunfo incierto, ¡sabe Dios que triunfo! Todos estamos obligados á hacer los últimos esfuerzos para impedir la efusion de sangre. Este es un delito que clama venganza, y que mancha todo un país. Salvemos nuestras libertades y nuestros bienes, pero de tal modo que salvemos asimismo nuestras almas. Mi conciencia me ha mandado hablar,

siga cada cual la suya.» ¡Vano llamamiento de un hombre de bien á quien solo le quedaba ya el recurso de abandonar una arena en otro tiempo agitada por su pura y prudente virtud! Otras previsiones y temores, igualmente legítimos, pero dominados por pasiones menos puras, arrastraban tras sí el partido nacional: habia llegado el dia en que el bien y el mal, la salvacion y el peligro se mezclan y confunden tan oscuramente, que los mas ilustrados espíritus no pueden discernirlos, y quedan reducidos á ser meros instrumentos de la Providencia que castiga á los reyes por mano de los pueblos, y á estos por la de aquellos. Solo cuarenta y cinco miembros participaron de los sentimientos de Rudyard, entre los representantes del pueblo, y en la cámara alta únicamente protestó el conde de Portland. Adoptáronse al momento las medidas para la guerra; las cámaras se apoderaron de todas las rentas públicas; y los condados recibieron órden de hacer acopios de armas y de pólvora, para reunirse á la primera señal. Se nombró una junta de seguridad compuesta de cinco pares y diez miembros de la cámara baja, encargada de velar por la defensa pública y de hacer ejecutar las órdenes del parlamento (1). Decretóse en fin la formacion de un ejército, compuesto de 20 regimientos de infantería de unos 1,000 hombres cada uno, y de 75 escuadrones de 60 caballos. Lord Kimbolton, Brook, sir Jhon Merrick, Hampden, Hollis y Cromwell, jefes del pueblo asi en los campos de batalla como en Westminster, recibieron mandos importantes. El conde de Essex fue nombrado general (2).

(1) 4 julio 1642: los cinco lores eran los condes de Northumberland, de Essex, de Pembroke, Holland y el vizconde Say: los diez miembros de los comunes, Hampdem, Pym, Hollis, Martyn, Tiennes, Pierpoint, Glynu, sir William Waller, sir Felipe Stapleton, y sir Jhon Merrick.

(2) No sin interés verán nuestros lectores la lista exacta y completa de este ejército verdaderamente nacional; se encontrará en las anotaciones y piezas históricas.

LIBRO CUARTO.

Principia la guerra civil.—Establece Cárlos sus reales en Nottingham.—Batalla de Edghill.—Terror de Lóndres.—Combate de Brentford.—Tentativas de negociacion.—Carácter de la guerra civil.—La reina vuelve del continente.—Negociaciones de Oxford.—Se empieza á desconfiar del conde de Essex.—Disensiones interiores del parlamento.—Conspiracion realista en Lóndres.—Muerte de Hampden.—Descalabros sucesivos del parlamento.—Su energía.—Esfuerzos de los partidarios de la paz en las cámaras.—Proyectos del rey para marchar sobre Lóndres.—Son vanos.—Sitio de Glocester.—Essex le hace levantar.—Batalla de Newbury.—Muerte de lord Falkland.—Alianza del parlamento con los Escoceses.—Essex vuelve triunfante á Lóndres.

(1642.-1643.)

Al saber estas disposiciones y viéndose libre el rey de toda incertidumbre pudo desarrollar sus fuerzas con mas energía. Habíale llegado de Holanda un pequeño convoy, y la reina prometia otros. Los comisionados para reclutar en su nombre, iban consiguiendo prósperos resultados en las comarcas del Oeste y del Norte. Goring, gobernador de Portsmouth, se habia declarado á su favor. Acudian de todas partes los caballeros, se esparcian por las campiñas, allanaban las casas de los amigos del parlamento, se llevaban dinero, armas y caballos, y llegaban á York envanecidos por sus victorias y por el botin tan fácilmente adquirido. Conoció Cárlos que tales desórdenes llegarian á ser fatales á su causa, y para reprimirlos y escitar al mismo tiempo el celo de los realistas, recorrió los condados de York, de Leicester, de Derby, Nottingham y Lincoln, convocando en todas partes la nobleza, agradeciendo su lealtad, y exhortando al órden y á la prudencia. Mostrábase mas activo y mas afa-

ble que nunca, queria siempre hablar al pueblo, y se envanecia de respetar en alto grado la religion y las leyes del pais. Estas reuniones y discursos, esos gentil-hombres que abandonaban ó fortificaban sus castillos, los paisanos que recomponian las murallas de las poblaciones, los caminos cubiertos de viajeros armados, los ejercicios de las milicias, todo ofrecia el aspecto de una guerra declarada, todo incitaba á seguir el belicoso ejemplo de las masas. Ya la sangre habia corrido en muchos encuentros, que mas bien podian llamarse riñas que combates.

Ya el rey por dos tentativas que se le frustraron de apoderarse de Hull y de Coventry, habia motivado que el parlamento le imputase la primera agresion; imputacion que ambos partidos temian, pues aunque próximos á arriesgarlo todo por sostener sus derechos, temian ser responsables de la sangre que se derramara. Por fin, el 25 de agosto resolvió Cárlos llamar públicamente sus súbditos á las armas, desplegando en Nottingham el estandarte real. A las seis de la tarde, sobre la colina que domina la ciudad, escoltado por ochocientos caballos y un reducido cuerpo de milicias, hizo leer su declaracion de guerra. Habia ya empezado á leerla el heraldo, cuando sintiéndose agitado el rey por algunos escrúpulos tomó el papel, corrigió penosa y lentamente algunos pasajes, y lo volvió en seguida al heraldo, quien pudo con trabajo leer las correcciones. Resonaron las trompetas y se desplegó el estandarte que llevaba su divisa: «*Dad al César lo que es del César*.» Pero no se sabia donde colocarlo ni el modo como se practicaba en otro tiempo esta antigua forma de la convocacion de vasallos por el soberano.

Era sombrío el tiempo y soplaba con violencia el viento. Colocóse por fin el estandarte en lo interior del castillo, en lo alto de una torre, imitando el ejemplo dado por Ricardo III. Al dia siguiente se vió que lo habia abatido el viento. «¿Por qué colocarlo aquí? dijo el rey; debia haberse puesto en un paraje abierto donde todos pudiesen acercársele, y no en una prision.» Lo mandó trasladar fuera del castillo, junto al parque. Cuando los heraldos quisieron clavarlo en la tierra, vieron que el suelo era un peñasco durísimo. Abrieron un agujero con sus puñales, pero no se sostuvo el asta; por manera que durante algunas horas les fue preciso sostenerla ellos mismos. Los concurrentes se retiraron llenos de siniestros presagios. Algunos dias permaneció el rey en Nottingham, esperando en vano que el país acudiese al llamamiento. En Northampton, distante algunas leguas, se formaba el ejército del parlamento, que constaba ya de muchos regimientos. «Si prueban un golpe de ma-

no, dijo sir Astley, mayor-general de las tropas reales, no respondo de que el rey deje de ser preso en cama.» Algunos miembros del consejo le instaron todavía á que probase una negociacion. «¡Cómo, pues, respondió; antes de empezar la guerra!» Insistióse, pintando sus cortas fuerzas. Cuatro comisionados partieron para Lóndres, pero volvieron sin fruto; uno de ellos, lord Southampton, no pudo obtener que le dejasen entregar en persona su mensaje á la cámara. El rey salió de Nottingham á mediados de setiembre, y trasladó su cuartel general á Shrewsbury por saber que en los condados del Este tenia mas partidarios.

A los ocho dias estaba ya el conde Essex á la cabeza del ejército: á su salida de Lóndres habia sido acompañado de un inmenso gentío que lo victoreaba agitando en el aire banderolas naranjadas, color de su blasones; cualquiera que llevase otra era tenido por sospechoso, é insultado. En Northampton encontró reunidos unos 20,000 hombres. Acompañábale una comision de ambas cámaras, pero él la presidia. Se le habia mandado entregar al rey una peticion en que se le conjuraba que volviese á Lóndres, añadiendo que si el monarca se negaba á volver, lo persiguiera vivamente, «arrancándolo juntamente con sus hijos el príncipe de Galles y el duque de York, de entre sus pérfidos consejeros, para restituirlos al parlamento.»

Esta peticion no se presentó siquiera, pues el rey declaró que no la recibiria de mano de los que habia declarado traidores. Iba recobrando fuerza y confianza en Shrewsbury. Llegábanle en fin numerosos reclutas del Este y del Norte; para armarlos habia desarmado no sin resistencia las milicias de muchos condados. Apoderóse de los convoyes que atravesaban el Oeste para embarcarse en Chester con destino á Irlanda. Los católicos de los condados de Shrop y Strafford le habian adelantado 5,000 libras esterlinas; un gentil-hombre habia pagado 6,000 por el título de baron y hasta de Lóndres le enviaron recursos sus partidarios. Constaba ya su ejército de unos doce mil hombres. El príncipe Roberto, su sobrino llegado de Alemania, iba á la cabeza de la caballería recorriendo la comarca, haciéndose tan odioso por sus pillajes y su brutalidad, como temible por su audacia. Essex se adelantaba lentamente, al parecer mas para seguir á su enemigo que para alcanzarlo. Llegó el 23 de setiembre á Worcester, á pocas leguas del cuartel general del rey, y permaneció en inaccion tres semanas. Envanecido Cárlos por algunas escaramuzas en que llevó ventaja, y por el nuevo aspecto de su fortuna, resolvió marchar sobre Lóndres, á fin de acabar de un solo golpe la

guerra : llevaba ya tres dias de marcha, cuando Essex acudió á su persecucion para defender al parlamento.

El espanto llegó á lo sumo en Lóndres, pues nadie temia tan repentino riesgo : los parlamentarios parecian atónitos, los realistas empezaban á agitarse, y el pueblo temblaba. Pero el temor popular se convierte fácilmente en indignacion : asi lo logró el parlamento. Firme y fogoso en sus actos como en su lenguaje, tomó medidas de defensa contra el rey, y de rigor contra los malévolos. Los que no habian entregado subsidios voluntarios fueron sobrecargados con contribuciones forzadas; se encarceló á los inquietos, y se desarmó á los sospechosos; tuvieron lugar requisiciones de toda suerte, y entre otras la de todos los caballos útiles para el servicio. Se elevaron fortificaciones en las que trabajaban con ardor hombres, niños y mujeres; se formaron barricadas, y la milicia se puso en disposicion de marchar.

De improviso, el 24 de octubre por la mañana, se esparce la voz de que se ha dado una gran batalla, y que el ejército del parlamento ha sido derrotado con pérdida de mucha gente. Esta noticicia llegaba de Oxbridge, distante algunas leguas de Lóndres, y la habia dado un coronel de caballería fugitivo. Casi al mismo tiempo llegaron otras noticias bien diferentes, y no menos ciertas sin embargo : la victoria del conde de Essex era completa y el rey habia sido derrotado; se sabia por paisanos que venian apresuradamente á Lóndres á dar la noticia.

Indeciso el parlamento lo mismo que el pueblo, hizo cerrar las tiendas puso las milicias sobre las armas, y exigió de todos sus miembros la promesa de adhesion al conde de Essex en todo y en cualquier evento. Solo al dia siguiente se recibió por Wharton y Strode el parte oficial de la batalla y de sus resultados.

Tuvo lugar el 23 junio á Keynton en el condado de Warwick, al pié de la colina llamada Edgehill, donde despues de una marcha de diez dias en que ambos ejércitos habian ignorado mútuamente sus movimientos, logró al cabo Essex caer sobre las tropas del rey. A pesar de haber dejado atrás parte de su artillería y muchos regimientos, entre otros el de de Hampden, resolvió atacar á tiempo que el rey tomaba el mismo partido. Uno y otro deseaban la batalla, Essex para salvar á Lóndres, y Cárlos para poner un término á los obstáculos que encontraba en un condado tan enemigo de su causa, que los herradores huian de los pueblos para no errar sus caballos. Empeñóse la accion á las dos de la tarde, y duró muy viva hasta el anochecer. La caballería del parlamen-

to, debilitada por la desercion de un regimiento que al momento de la carga se paso entero al enemigo, fue arrollada por el príncipe Roberto; pero en su imprevision y sed de pillaje la fue persiguiendo hasta dos millas sin pensar en lo que pasaba detrás de él. Detenido al cabo por el re-



EL CONDE DE WARWICK.

gimiento de Hampden que llegaba con la artillería, volvió grupa el príncipe al campo de batalla, y encontró á la infantería real rota y dispersa, al conde de Lindsey, general en gefe, muerto ó prisionero, y al estandarte del rey en manos de los parlamentarios: el mismo Cárlos se habia visto abandonado y casi en poder del enemigo. Solo la reserva de Essex

permanecia en buen órden en el campo. En vano Cárlos y su sobrino probaron reformar los escuadrones para dar una nueva carga; habian vuelto estos en tan completo desórden que en vano se buscaban mútuamente oficiales y soldados: además muchos caballos caian de cansancio: nada pudo obtenerse.

Ambos ejércitos pasaron la noche en el campo de batalla, ambos inquietos por el dia siguiente y atribuyéndose la victoria. El parlamento habia perdido mas soldados, y el rey mas oficiales y jefes distinguidos. Al amanecer Cárlos recorrió su campamento; faltaba un tercio de infantería y muchos caballeros, no porque hubiesen perecido todos, sino porque el frio, la falta de víveres y el terror del primer choque habian dispersado á muchos voluntarios. Para continuar libremente su camino sobre Lóndres, queria el rey trabar una nueva refriega; pero pronto conoció que era escusado intentarlo. Agitábase la misma cuestion en el campo enemigo; Hampden, Hollis, Stapleton, y la mayor parte de los oficiales, jefes de milicias y representantes del pueblo, conjuraban á Essex á que de nuevo atacase: «El rey, decian, no puede resistir; nos han llegado tres regimientos de refuerzo, y caerá en nuestras manos: solo la rápida conclusion de la guerra puede dar fin á los males que amenazan al país y al parlamento.» Pero los militares de profesion, educados en las guerras del continente, negaron su asentimiento; á su parecer era bastante este glorioso combate dado con reclutas; Lóndres se habia salvado; la accion habia sido sangrienta, y los soldados, novicios todavía estaban tristes: era pues preciso irlos acostunmbrado á la guerra. Hablaban con autoridad, y Essex adoptó su consejo, trasladando su cuartel general á Warwick, pero no dejando por eso de atender á los movimientos del ejército real. Algunos dias despues se adelantó el rey hasta Oxford, una de las populosas ciudades mas adicta á su causa.

En Lóndres como en Oxford se cantó un *Te-deum*, pues el parlamento, decian sus amigos, ha obtenido una gran ventaja con una pequeña victoria. Pero el ejército de Cárlos, mas cercano á la capital que el de Essex, se esparcia por el país, y volvian á reunirse con la esperanza del pillaje sus desertores. Abríanle las puertas sin disparar un tiro las plazas que se creian mas seguras; la guarnicion de Reading, mandada por Enrique Martyn, amigo de Cromwell, huyó vergonzosamente al acercarse algunos escuadrones, y allí estableció el rey su cuartel general. El príncipe Roberto llevaba sus correrías hasta las inmediaciones de Lóndres. Alarmábase esta ciudad, y en la cámara alta se oian ya mociones pací-

ficas. Essex recibió órden de acercarse con sus tropas, y entre tanto se pidió al rey un salvo conducto para seis diputados encargados de abrir negociaciones; mas como se negase á darlo á John Evelyn, á quien acababa de proclamar traidor, no quiso la cámara insistir : Essex habia llegado ya. El lord corregidor convocó en Guildhall una asamblea general de ciudadanos, á la que concurrieron dos miembros del parlamento para incitarlos á que peleasen á las órdenes del general. «Ha alcanzado, dijo lord Brook, la mas señalada victoria; el enemigo ha perdido 2,000 hombres, y nosotros solo ciento, si ya no contais los perros que se entretuvieron en matar los realistas. El general sale mañana, y quiere aun hacer mas de lo que ha hecho; por vosotros se dirige al combate, pues él podria ser libre é independiente si quisiese. Cuando oigais pues el redoble del tambor, os conjuro á que no digais : *Yo no soy de la milicia*, seguidle mas bien, combatid y venced.»

Resonaron mil aclamaciones; mas el terror no estaba aun disipado del todo; los realistas se habian adelantado hasta 15 millas de Lóndres. El parlamento se resignó á hacer partir cinco de sus miembros sin insistir en la admision de Evelyn. Cárlos los recibió bien, y dijo que en todo lugar aun en las puertas de Lóndres, entraria en negociaciones. Al leerse esta respuesta en la cámara alta, el 12 de noviembre de 1642, se levantó Essex, preguntando si debia continuar ó suspender las hostilidades. Se le mandó suspenderlas, y partió sir Peter Killigrew para tratar de un armisticio; pero al llegar á 7 millas de la capital vió que se habian vuelto á empeñar las hostilidades. A pesar de la negociacion cayó el rey sobre el regimiento de Hollis situado en Brentford, creyendo destruirle y abrirse paso á Lóndres. Pero el denuedo de aquel cuerpo dió tiempo á los regimientos de Hampdem y de Brook para que acudiesen á socorrerle, y los tres resistieron durante muchas horas el choque de los realistas. Oíase desde Lóndres el fuego sin saberse la causa. En cuanto tuvo aviso Essex, salió de la cámara, montó á caballo, y salió con las fuerzas que pudo reunir. Cuando llegó al lugar de la accion, se habian retirado en desórden los parlamentarios, y el rey ocupaba el punto de Brenfort aunque sin atreverse á internarse mas.

La indignacion fue tanto mas viva en Lóndres, cuanto que iba acompañada de un nuevo espanto; pues solo se hablaba de la perfidia y barbarie del rey que habia querido entrar por asalto en la ciudad, y entregarlo todo al furor de sus infames caballeros. Los mas ardorosos partidarios de la guerra se quejaban de que fuesen teatro de ella los alrededores de Lóndres.

Aprovechó el parlamento esta disposicion de los ánimos, invitando á los aprendices á que sentasen plaza, y declarando que el tiempo de servicio se les abonaria en su profesion ú oficio; la municipalidad ofreció 4,000 hombres de sus milicias y encargó su mando á Skippon. «Vamos, hijos mios, les dijo al ponerse á su frente, confianza y buen ánimo en el combate: yo correré los mismos riesgos que vosotros. Esta es la causa de Dios, la de vuestras esposas, la de vuestros hijos, y la de vosotros mismos. Animo, hijos mios, y Dios bendecirá nuestros esfuerzos.» Durante el dia y la noche salieron de Lóndres los nuevos reclutas, milicianos y voluntarios, para entrar en el ejército. Al dia siguiente, á una milla de las avanzadas del rey, pasó Essex revista, delante de un numeroso gentío á 24,000 hombres formados en batalla en Turnham-Green.

De nuevo se principió la cuestion sobre si se deberia ó no atacar. Hampden y sus amigos insistian vivamente en razon de las circunstancias. Siguiendo su consejo, se efectuaron algunos movimientos, contra el parecer de Essex y de los antiguos militares; pero un incidente lo cambió todo. Cierto dia que estaba el ejército en línea, dos ó tres cientos espectadores á caballo se alarmaron, tomando á galope el camino de Lóndres: fue tal con esto el terror de los parlamentarios, que muchos iban ya á emprender la fuga. Disipada la alarma se serenaron los semblantes, y renació la confianza á vista de los víveres que traian de la ciudad las mujeres. Con esto conoció Essex cuan efímero era el entusiasmo, y volvió á ponerse á su defensiva. El rey que por su parte temia mucho un ataque, pues le escaseaban las balas y la pólvora, se retiró sin obstáculo á Reading y en seguida á Oxford, donde estableció sus cuarteles de invierno.

Tanta lentitud, combatida en vano por los jefes del parlamento, tenia causas mas poderosas que la actitud vacilante del soldado, ó la prudencia del general. Lóndres estaba lleno de divisiones y de incertidumbres. Manifestábanse altamente los partidarios de la paz, que solo por temor y por necesidad habian aceptado la guerra. Por otra parte algunas peticiones bastante vivas, contra el papismo y el poder absoluto, clamaban por que se pusiese un término á ella. Eran desoidas y se amenazaba á sus autores; pero en pos de ellas venian otras, redactadas en los condados y dirigidas á los lores que se creian mas dispuestos á recibirlas. Tampoco faltaban peticiones contrarias á estas, procedentes de los magistrados, de las municipalidades y del pueblo, todos adictos á los miembros mas exaltados de la cámara baja. Un mercader, llamado Shute, acudia todos

los dias á la barra de la cámara, acompañado de numerosa comitiva, y reclamando en nombre del *partido piadoso y activo* que se prosiguiese con vigor la guerra. Sus palabras eran aplaudidas con frecuencia, y se le daban gracias por su celo; pero cuando su lenguaje era sobrado imperioso, cuando hablaba con sobrada insolencia de los lores y de los jefes del ejército se hacia necesario reprenderle, porque nadie osaba pensar siquiera, que sin los magnates y su apoyo les fuese posible vencer.

Para dar á los enemigos de la paz alguna satisfaccion aparente, se ideó hacerla pedir por la municipalidad, no al parlamento, sino al mismo rey, haciendo asi pesar sobre el rey el embarazo de una respuesta que debia por precision disgustar á los ciudadanos. Con consentimiento de las cámaras, pasó el 2 enero de 1643 una diputacion de la municipalidad á Oxford. Sonrióse el rey cuando le instaron para que pasase á Lóndres, prometiéndole reprimir las asonadas: «Vosotros mismos, les dijo, no sois ya dueños de mantener el órden», y con su respuesta dada por escrito despidió á los diputados, haciéndoles acompañar por un gentilhombre encargado de leerla á la municipalidad. Acudió allá gran gentío, entre ellos lord Manchester y Pym, dispuestos á rechazar en nombre del parlamento las acusaciones del rey. Al ver á esta agitada muchedumbre, medroso el comisionado del rey quiso dispensarse de leer el mensaje, alegando la debilidad de su voz; pero le fue forzoso obedecer, y aun empezar dos veces la lectura en distintas salas, para que todos pudiesen oirla. La segunda vez se atrevieron varios realistas á hacer algunas demostraciones; pero fueron sofocadas por violentos murmullos. La carta del rey era larga y abundaba en recriminaciones que no anunciaban deseos pacíficos. Contestaron á ella Pym y Manchester, y fueron aplaudidos por el grito de «Viviremos y moriremos con ellos»: durante algun tiempo no se habló ya de mas peticiones de paz. No conseguian mejores resultados las tentativas de los realistas, pero se renovaban continuamente y todo lo traian agitado. Nadie pensaba todavía en oponerles aquellos escesos de tiranía que procuran algunos momentos de poder y largos dias de sinsabores. Luchando el parlamento contra este mal interior, no podia desarrollar toda su energía contra sus enemigos esteriores.

No sucedia asi en los condados, donde las pasiones políticas se desarrollaban sin obstáculo. Asi era que mientras en los alrededores de Lóndres parecia amortiguarse la guerra entre el parlamento y el rey, estallaba por otra parte violenta en distintos puntos. No bien habian trascurrido algunos meses cuando el reino se vió ya lleno de confederaciones guerre-

ras y espontáneas entre pueblos y condados para defender la causa comun. Por primer paso pedian y recibian del parlamento ó del rey un despacho para sus jefes, y poderes para levantar tropas, imponer contribuciones, y tomar todas las medidas que juzgasen necesarias al intento. Operaban en seguida aisladamente y á su placer, salvo dar alguna vez cuenta de su situacion y de sus actos al poder que reconocian pidiendo socorros ó instrucciones. A falta de tales confederaciones locales, acontecia que algunos hombres acreditados se metian por su cuenta á guerrilleros. En otros puntos, si momentáneamente dominaban disposiciones pacíficas, se manifestaban estas con no menor independencia : en los condados de York y de Chester, ambos partidos se juzgaron casi iguales en fuerzas y mas capaces de dañarse que de vencerse, y concluyeron oficialmente un tratado de neutralidad.

Casi al propio tiempo, al estremo opuesto de la Inglaterra, los condados de Devon y de Cornouailles se juraban por medio de comisionados permanecer en paz, sin tomar parte en el combate del rey y del parlamento. Ambos poderes sintieron semejante determinacion, y aun los mismos que firmaban tales pactos confiaron demasiado en su indiferencia; pues no tardaron en recurrir á las armas para defender sus propias opiniones. En los condados del Este, del centro y del Sudeste, mas poblados y mas ricos, dominaban los parlamentarios; en los de Norte, del Oeste y del Sudeste, la ventaja era del rey, porque la propiedad territorial estaba menos dividida, la industria era menos activa, la nobleza mas influyente, y la religion católica mas dominante. Pero en ningun punto habia un vencedor reconocido; solo el parlamento tenia la ventaja de que los condados que le eran adictos formaban alrededor de Lóndres un fuerte antemural, mientras los realistas eran menos compactos y relacionados, pudiendo rara vez obrar de concierto, y ni aun defender á Oxford, cuartel general de Cárlos, plaza situada casi aisladamente en país enemigo.

Una guerra tal en medio del invierno, y permaneciendo inactivos los dos ejércitos principales, no podia producir resultados prontos y decisivos. Todo eran correrías, ocupaciones de puntos, escaramuzas y pequeñas ventajas que se compensaban mútuamente. Se aguerria el ciudadano, mas no por esto era mas soldado. Algunos jefes empezaban á distinguirse por su valor, su habilidad ó su fortuna; pero ninguno gozaba todavía de una reputacion nacional. Por otra parte, á pesar del ardor de las pasiones, seguian siendo generosas y dulces las costumbres. Aunque se contase por

poco con la aristocracia, y se tuviese en mucho la cámara popular, sin embargo el país se habia levantado solo contra la tiranía : las distintas clases de la sociedad no intentaban oprimirse mutuamente. Ambos partidos habian confiado los mandos á hombres de condicion casi igual, educados en las mismas costumbres, y capaces de comprenderse y respetarse combatiendo.

Licenciosos y arrojados los caballeros, no por esto podian ser tachados de feroces; el mismo pueblo presbiteriano, en medio de su intratable fanatismo, conservaba un respeto á las leyes y á la humanidad de que nos dan pocos ejemplos las discordias civiles. Los deudos, los vecinos ó los amigos, alistados en contrarias filas, no rompian á pesar de eso absolutamente sus relaciones y se ayudaban en caso necesario; si se encontraban con las armas en la mano, se trataban cortesmente, como quien espera volver á reanimar la amistad. Regularmente se soltaba á los prisioneros bajo la simple palabra de no contraer nuevo empeño : y si se les habia dejado en miserable situacion de desnudez, si el rey los veia desfilar delante de sí con aire de fria indiferencia, lo tomaban todos á grave cargo; la brutalidad, muchas veces cruel, del príncipe Roberto causaba tanta sorpresa y escándalo, que la misma muchedumbre hablaba de él con aversion y horror como de un torpe estranjero. De este modo la guerra, animada en todas partes, era sin embargo exenta de esos furores que la constituyen bárbara. Ambos partidos se entregaban á ella con franqueza, y como si temiesen darse golpes demasiado duros : diariamente se ensayaban en refriegas por todo el reino, y sin embargo la inaccion era la misma, y el rey y el parlamento perdian el tiempo en pequeños debates é inútiles negociaciones.

Sin embargo, la llegada de la reina á mediados de febrero dió impulso á los negocios. Durante su permanencia de mas de un año en Holanda, habia dado muestras de una actividad poco comun en procurarse socorros. El partido aristocrático dominaba entonces en aquel país, y su yerno el Estatúder, la secundaba con todo su poder. Confiada y osada cuando no turbaba su imaginacion un peligro inminente, graciosa y seductora cuando le convenia, supo grangearse el favor de ese pueblo republicano y reservado. En vano el parlamento envió á la Haya un embajador para mencionar los servicios que la nacion inglesa habia prestado á la libertad de las Provincias-Unidas, y para reclamar cuando menos una exacta neutralidad. El enviado esperó por mucho tiempo una audiencia, y solo obtuvo declaraciones equívocas; el pueblo le dió claras

pruebas de encono, y la reina continuó los preparativos para su partida. Dieron la vela en pos de ella cuatro buques cargados de municiones, armas, oficiales y soldados; el almirante Batten, á quien el parlamento habia mandado que interceptase el convoy, no lo alcanzó hasta que desembarcaba ya en Burlington. Batten disparó muchos cañonazos contra la plaza, algunas balas cayeron hasta en el aposento mismo donde dormia la reina. Levantóse y huyó apresuradamente al campo, y dicen que permaneció muchas horas oculta debajo de un banco. Pronto no se habló de otra cosa en la comarca que de su valor y sus peligros; lord Newcastle vino en su busca con un cuerpo de tropas para conducirla á York; la rodeaban los gentil-hombres con entusiasmo, indignándose contra el traidor Batten que dirigió á sabiendas los tiros contra la casa que ella habitaba; los católicos corrian á servir bajo sus órdenes, en vano esta infraccion de las leyes del reino fue vivamente denunciada al rey y al parlamento; en vano para intimidar á Newcastle dieron á las tropas el nombre de *ejército de papistas y de la reina*; autorizado formalmente el lord por el mismo rey, despreció estas quejas y guardó sus nuevos reclutas. No tardó en verse al frente de fuerzas considerables.

La reina continuaba residiendo en York, dándose menos priesa por ir en busca de su marido, que por ejercer sola el mando y presidir á todos los proyectos que ya se agitaban en su córte. Hamilton y Montrose vinieron de Escocia para tratar de los medios de empeñar á este reino en la causa real; el primero, siempre conciliador y prudente, sostenia que á pesar de la influencia contraria del marques de Argile era posible ganarse el parlamento escocés; el segundo, presuntuoso y osado queria que desembarcase en Escocia un cuerpo de irlandeses mandados por el conde de Antrimde, señor poderoso del Norte de Irlanda, que habia venido á York para ofrecer sus servicios. Además aconsejaba un levantamiento de los montañeses y la matanza de todos los jefes presbiterianos, ofreciéndose como ejecutor. La reina los escuchaba á todos simpatizando secretamente con los mas osados, pero no manifestando desagrado á ninguno. Al propio tiempo tramaba intrigas mas complicadas con los jefes parlamentarios que empezaban ya á declinar de su entusiasmo; sir Hugo Chomondley, gobernador de Scarborough, que un mes antes habia batido un cuerpo de realistas, prometia ahora entregarle la plaza; el mismo sir John Hotham casi estaba ya decidido á abrir las puertas de Hull, que se habia negado á abrir al rey antes que estallase la guerra. En todo el Norte por fin estaban los realistas llenos de ardor y

de esperanza, mientras los parlamentarios, inquietos y recelosos, escribian sin cesar á Lóndres pidiendo consejos y socorros.

Turbóse el mismo parlamento; al comenzar la guerra se habia prometido un pronto resultado, pero lo crecido de los nuevos tributos escitaba ya murmullos, y aun en la misma cámara, no obstante la ausencia de los miembros amigos de la paz, salian cada dia numerosos partidarios de ella. No estaban rotas enteramente las negociaciones, y se propuso emprenderlas de nuevo, y licenciar en prueba de buena fé ambos ejércitos al empezarlas : sir Benjamin Rudyard apoyó la mocion. «Por mucho tiempo, dijo, he temido que circulase entre vosotros la copa del terror que tan agitada ha traido á la Europa, vedla aquí ya en toda su amargura : ¡Dios nos preserve de beberla hasta las heces!... Una esperanza nos queda, y es que nuestras miserias no pueden ser muy duraderas, porque nuestro suelo no es como el de Alemania donde siempre quedan campos para sembrar aun en medio del horror de la guerra. Rodeados de mar tenemos una situacion de todo punto diferente. Se ha dicho en esta cámara que debíamos en conciencia castigar la efusion de sangre inocente : pero, ¿quién responderá de toda la sangre inocente que se derrama si no nos encaminamos á la paz por medio de un pronto tratado? Se ha hablado de confianza en Dios : ciertamente que tanta confianza podemos poner en él tocante á un tratado como á una guerra. De él procede la sabiduría para negociar, como el denuedo para combatir, y la ventaja en las negociaciones como en las batallas. La sangre es un delito que clama venganza y mancha todo un país : apresurémonos á dar fin á la efusion de sangre.» La mocion fue desechada, pero solo por una mayoría de tres votos : muchos eran los que repetian las palabras de Rudyart. Se estremecian los jefes de la cámara baja, viéndose asi instigados á solicitar una paz imposible ó en todo caso fatal. Sin embargo, cedieron, porque pocos estaban enardecidos hasta el punto de aceptar la responsabilidad de tantos males : asi fue que el 20 de marzo, despues de algunas negociaciones preliminares, partieron cinco comisionados para Oxford encargados de lograr una suspension de hostilidades, y despues un tratado.

Recibiólos atentamente el rey; el conde de Northumberland, presidente de la comision, dió muestras de la mayor magnificencia; llevó consigo su vajilla y sus domésticos; traíanle provisiones de Lóndres; pasaban á verle los realistas, y comian con él : hasta el rey se dignó aceptar de él para su mesa algunos presentes. Entre los compañeros del conde, simples

diputados de la cámara, no faltaban algunos á quienes agradaba este brillo. Pero, en cuanto se trató de negociar, fueron inútiles tan ostentosas demostraciones : ni el rey ni el parlamento podian aceptar sus mútuas condiciones, puesto que ya antes de la guerra habian sido desechadas, por dejar solo á un partido dueño del campo y dominante.

Cierta tarde, se lisongearon los parlamentarios de que al fin habian obtenido del rey alguna concesion tocante á la milicia : despues de una larga conferencia pareció que cedia y convinieron en que al dia siguiente se les daria por escrito la respuesta. Grande fue la sorpresa al ver que era diferente de lo que esperaban y finalmente supieron que Cárlos en ausencia de sus ministros habia mudado de parecer por influencia de los favoritos de la reina. «Si al menos el rey, dijo uno de los comisionados, quisiese mostrarse benévolo con algunos magnates parlamentarios, la influencia de estos le serviria.» Pero Cárlos, arrogante con sus cortesanos como con su pueblo, sufria apenas que le hablasen de restituir al conde de Northumberland el honor de gran almirante ; de modo que las intrigas sobre intereses personales fueron enteramente vanas. El rey, ni mas ni menos que los jefes de la cámara, no estaban por la paz, habia prometido á la reina que no la haria sin su consentimiento, y ella le escribia desde York indignada de que se hubiesen entablado negociaciones, y declarando que abandonaria la Inglaterra si no obtenia oficialmente una guardia para su seguridad. Una peticion de los oficiales que estaban de guarnicion en Oxford, provocada secretamente por el mismo Cárlos, se opuso á la suspension de hostilidades. En vano algunos de los comisionados se esforzaron en darle espanto con el porvenir ; en vano tambien propusieron su mediacion otros comisionados venidos de Escocia para solicitar la convocacion de un parlamento : lo desoyó como una injuria, les prohibió que se mezclasen en negocios de la Inglaterra, y dió en fin por respuesta á los negociadores la promesa de volver á residir cerca del parlamento si este queria trasportar su residencia á veinte millas cuando menos de Lóndres. Sabido este mensaje, llamaron las cámaras á sus comisionados, con órden tan perentoria, que se creyeron obligados á partir el mismo dia, aunque era ya tarde y no estaban dispuestos sus coches.

Su conducta en Oxford, y sobre todo sus relaciones familiares con el rey y con la córte, habian inspirado suma desconfianza á los partidarios de la guerra. Lord Northumberland al regresar supo que una de las cartas que escribia á su mujer habia sido abierta por Enrique Martyn, miembro de la junta de seguridad, conocido solo por sus violentas ideas,

y por su fuga de Reading al acercarse los realistas. Ningun magnate era mas idólatra de su dignidad que el conde, ni habia otro que mas acostumbrado estuviera á la deferencia de sus conciudadanos. Fué en busca de Martyn, y le pidió cuenta de tal ultraje, y como aquel con tono burlon sostuviese haber obrado bien, le sacudió el conde con su baston delante de muchos testigos. Llevada la querella á las cámaras, se ocuparon de ella con algunas dificultades la popular y con orgullo la de los lores: se habia llegado á un punto, que todo fomentaba las disensiones, y nadie sin embargo queria que estallasen. Adelantábase la primavera, y bien se desease ó se temiese la paz, se debia con todo atender á la guerra. El mismo dia que volvieron á Lóndres los comisionados, Essex abrió de nuevo la campaña. Aconsejábale Hampden que cayese repentinamente sobre Oxford para sitiar al rey y apoderarse de su persona. Este plan se temió en Oxford mismo, de modo que se trató de pasar al Norte á reunirse con la reina y lord Newcastle. Pero Essex, desconfiando todavía de sus fuerzas, ó inquieto por el resultado, siguió entre aquella ciudad y Londres, contentándose con sitiar á Reading, plaza indispensable á su parecer para la seguridad del parlamento.

Reading se rindió en diez dias; Hampden insistió en pedir el sitio de Oxford, pero se negó tambien Essex. No le impelia ciertamente la traicion ni el miedo, pero hacia disgustadamente la guerra, y no contaba ya con la popularidad suficiente para dejar sus previsiones á un lado. Aun antes que se abriese esta campaña se habia manifestado en la cámara baja algun encono contra él, sobre todo en la junta de seguridad, verdadero foco de partido. Los mas osados habian preguntado si seria posible reemplazarle, y hasta dicen que se habia pronunciado el nombre de Hampden. Este era demasiado prudente para dar cabida á la idea sola de un poder á que no se consideraba llamado: de todos modos, solo como simple coronel habia servido bajo las órdenes de Essex. Otros habia que desde el orígen de la guerra, durante el invierno sobre todo, habian adquirido una gloria mas independiente. En el Norte, Fairfax y su padre, á pesar de la superioridad de lord Newcastle, le disputaban todos los dias con la mayor osadía la dominacion del país. A la cabeza de las confederaciones de los condados del Este, no habia ciertamente lord Manchester tenido que combatir numerosas bandas realistas, pero habia procurado grandes socorros á los parlamentarios del Norte y del centro: estaban prontas á seguirle milicias bien organizadas, y le hacian apreciar de aquellos habitantes sus modales, su franqueza, su liberalidad y su dul-

zura. En los condados; famoso ya el coronel Cromvell por sus golpes de mano tan felices como bien concebidos, ejercia por otra parte sobre los hombres resueltos de exaltada piedad y de condicion acomodada á la vez y obscura, una influencia tras de la que asomaba un grande genio y poder. Al Sur y al Oeste en fin, muchos cuerpos realistas dispersados, y siete plazas ganadas en tres meses, habian valido á sir William Waller el renombre de Guillermo el conquistador. No le faltan pues, se decia, al parlamento generales insignes; y si lord Essex rehusaba vencer, fácilmente se le podria dar un sucesor.

Ninguna proposicion, ninguna insinuacion pública vino en apoyo de tan amargos discursos. No podia ser Essex considerado un simple oficial al servicio de un partido descontento; con él estaban íntimamente enlazados los magnates empeñados en la guerra, los hombres moderados que deseaban la paz, y los mas ilustrados presbiterianos que ya empezaban á temer de otros sectarios mas osados. El mismo Hampden y los jefes del partido político, si bien instaban al conde á que operase con mas vigor, no por esto intentaban separarse de él. Por lo tanto no estalló la discordia; pero sin embargo, aunque oculta, empezó á dominar, y Essex no tardó en sentir su influencia. Los que debian contemporizar con él, casi le hacian ya la guerra, y sus defensores creian haber hecho bastante con sostenerle, y no secundaban sus proyectos. Al cabo de un mes tuvo que quejarse del mal estado de su ejército; sueldo, víveres y vestuario, todo le faltaba: los padecimientos y las enfermedades diezmaban á los soldados, en otro tiempo tan bien cuidados por la capital. Daba cuenta de sus necesidades á las distintas juntas encargadas de remediarlas; pero todas las medidas ejecutivas habian sido encargadas á sus contrarios, de cuya eleccion eran tambien los empleados subalternos, y por lo mismo quedaban sin efecto todas las reclamaciones del general. Nada parecia mudado al empezar la segunda campaña, y sin embargo, el partido que habia quitado el poder al monarca, sentia ya que se le escapaba de entre sus manos: otro partido nuevo, que aun permanecia envuelto en el silencio, era bastante fuerte para reducir á la impotencia á todo el ejército del parlamento, y bastante exaltado para arriesgarlo todo, dando esta ventaja al comun enemigo.

Al propio tiempo nuevas pasiones engendraban por decirlo asi un nuevo ejército. En las escaramuzas, que á pesar de las lentas negociaciones de Oxford y Lóndres se renovaban diariamente, habian llevado siempre la peor parte los parlamentarios desde la accion de Brentford. La

caballería real sobre todo llenaba á la contraria de espanto, y esta arma era tenida en mucho, como en los tiempos feudales. Hampden y Cromwell, conversaban un dia sobre esta inferioridad de su partido: «Qué quereis que sea? dijo Cromwell, la mayor parte de vuestros ginetes son gente comun, cuando los suyos son cadetes é hijos de gente distinguida ¿Creeis que esos hombres de baja esfera sean capaces de hacer frente á aquellos nobles llenos de energía y honor? Sé que no tomareis á mal lo que os digo: es preciso buscar hombres animados de un espíritu capaz de seguir la senda de los nobles; de otro modo saldreis arrollados.—Teneis razon, dijo Hampden; pero esto no es posible.—Algo puedo adelantar en esto, y lo haré buscando hombres que tengan á la vista un temor de Dios y una conciencia; os respondo que no saldrán vencidos.»

Recorrió en efecto los condados del Este, reclutando jóvenes, la mayor parte conocidos suyos propietarios ó hijos de tales, que no necesitaban sueldo ni deseaban la ociosidad, todos entusiastas fanáticos, empeñados por conciencia en la guerra, y que servian á Cromwell por confianza: «No os quiero engañar, les dijo, ni daros á entender que vais á combatir por el rey y el parlamento como lo cacarea el despacho que se me ha conferido; si el rey se encontrase delante de mí, le dispararia como á cualquier otro: si vuestra conciencia no os permite hacer otro tanto, retiraos de mi servicio.» La mayor parte aceptaban sin vacilar; quedando desde aquel punto sometidos á la mas exacta disciplina, y teniendo que cuidar bien sus caballos, limpiar esmeradamente sus armas, y dormir muchas veces al sereno. Su jefe queria que de los ejercicios militares pasasen á los piadosos, para que la exaltacion del fanatismo se hermanase en su mente con la severidad del servicio militar. Al abrirse la campaña, marchaban bajo las órdenes de Cromwell catorce escuadrones de tales voluntarios, que formaban en masa un cuerpo de cerca mil hombres.

Transcurrió un mes casi sin ningun accidente. La toma de Reading, de tan poco efecto en Lóndres, lo causó grande en Oxford, donde deliberó el rey sobre su fuga. Turbado el parlamento con sus disensiones se ocupaba de ellas mas que de sus enemigos. Unas veces procuraba dar alguna satisfaccion á todos sus parciales, exaltados ó moderados, políticos ó religiosos; otras veces quedaban sin efecto y como abandonadas de comun acuerdo resoluciones decisivas y costosamente alcanzadas por algun partido. Desde mucho tiempo atrás venian reclamando los presbiterianos, y ya se les habia prometido una asamblea de teólogos para re-

formar la iglesia: se convocó en efecto; pero el parlamento nombró los ciento veinte y un miembros de que habia de componerse, y además les agregó con honores de presidencia treinta personas legas, á saber, diez lores y veinte miembros de la cámara baja. Entre los eclesiásticos habia muchos de opiniones encontradas; y el todo de la asamblea, tan desprovisto de autoridad como de independencia, solo tuvo por mision dar consejos acerca de las cuestiones que alguna de las cámaras ó las dos tuviesen á bien someter á su exámen. Intentóse una acusacion de alta traicion contra la reina, y nadie se opuso; pero en cuanto la hubo pasado Pym á la cámara alta, ya no se habló mas de ella. La falta del gran sello embarazaba todos los dias la administracion de la justicia, y muchos negocios públicos y privados. Para poner fin á tales inconvenientes, y sobre todo para apropiarse todos los atributos legales de la soberanía, mandó la cámara baja que se dispusiese un nuevo sello: pero los lores se opusieron temiendo mas sin duda usurpar las señales del poder soberano que ejercerlo sin este requisito: los de la cámara baja juzgaron prudente sofocar la instancia. Algunas veces los partidos, votando juntos con intenciones distintas constituian una falsa y estéril unanimidad; otras siendo iguales en fuerzas, se reducian recíprocamente á la impotencia, y parecian esperar que un acontecimiento esterior los obligara á unirse ó á separarse para siempre.

El 31 de mayo, dia de ayuno, ambas cámaras asistian al sermon en la iglesia de Santa Margarita en Westminster; entregan un billete á Pym, y este se levanta; empéñase en voz baja una conversacion animada en torno suyo, y sin aguardar á que concluya la plática, sale precipitadamente con sus principales cólegas, dejando á los circunstantes en una turbacion igual á su ignorancia y á su curiosidad.

Concluido el sermon se reunieron las cámaras, y el público supo que acababa de descubrirse una gran conspiracion en que se decia que habian tomado parte muchos lores, muchos ciudadanos y algunos miembros de la cámara baja: se proponian armar á los realistas, apoderarse de la torre, de los almacenes y principales puntos, arrestar á los jefes del parlamento, é introducir por fin en Lóndres las tropas de Cárlos. Aquel mismo dia 31 era el señalado para la ejecucion. Por lo demás, todo iba á descubrirse muy en breve pues acababa de nombrarse una junta para el efecto y se hablaba ya de la prision de muchas porsonas.

Fueron en efecto reducidos á prision muchos individuos durante la noche y el dia siguiente, Waller, miembro de la cámara baja y poeta

célebre, Tompkins, su cuñado, y en otro tiempo doméstico de la reina, Challoner, rico ciudadano, y otros, no pocos sufrieron la misma suerte. En los interrogatorios confesaron, mas ó menos detalladamente, una conspiracion muy real, si bien todos los conjurados no sabian enteramente los planes que se querian llevar á efecto. Unos anhelaban solo negarse al pago de las contribuciones para obligar al parlamento á que recurriese á la paz; otros querian presentar á las cámaras gran número de peticiones pacíficas; algunos habian asistido simplemente á varias reuniones ó concurrido á la formacion de listas en que se anotaban los nombres de todos los ciudadanos conocidos, distribuyéndolos en tres clases los *prudentes*, los *moderados* y los *enemigos*. Pero al través de tantos actos de desigual importancia y de distintos motivos, se habia ido agravando cada dia mas la conspiracion. Recordóse entonces que unos tres meses antes, en una de las negociaciones tantas veces emprendidas, Waller era uno de los comisionados enviados á Oxford, y que el dia de su presentacion al rey, viéndole este en último lugar, le recibió con gracia particular, diciéndole : «Waller, sin embargo de que sois el último, no por esto sois el peor ni el que menos aprecio.» Desde esta época habia manifestado contínua correspondencia con Oxford, por medio de varios comerciantes realistas que habian huido de Lóndres para sustraerse á las persecuciones de las cámaras. Uno de ellos, nombrado Hall, moraba secretamente en Beaconsfield, con encargo de trasmitir los mensajes; lady Aubigni, á quien el parlamento habia permitido que pasase á Oxford para sus negocios, habia traido en un pequeño cofre una comision del rey, en que se autorizaba á algunos de los conjurados para buscar soldados y fondos en su nombre. Recientemente se habia dado á Hall el aviso de que «el gran buque se iba á echar al agua» es decir, que todo estaba pronto : Hall se lo comunicó á lord Falkland, que contestó : «Dense pues prisa, porque la guerra se hace cada dia mas difícil de contener.»

Bastante era esto para conocimiento de los representantes del pueblo, pero pudieron adquirir todavía mas noticias. Sobrecogido Waller del temor de perder su vida, queria conservarla á toda costa : dinero, concesiones, denunciaciones, todo lo prodigaba, anhelando por adquirir protectores en todas las clases y suplicando á todos los fanáticos mas distinguidos que pasasen á escuchar su humilde arrepentimiento, dispuesto á exagerar la gravedad del complot, al modo que tal vez en Oxford habia tambien exagerado el número de conspiradores realistas. Los lores Portland y Conway habian recibido de él algunas confidencias; poco tardó

en denunciarlos, y aun comprometió con sus respuestas al mismo conde de Northumberland y á muchos otros. Si bien muy pocos se hubiesen adelantado á actos legalmente culpables, muchos sin embargo habian conocido y aprobado lo que se preparaba. Pero el parlamento, con valor muy cuerdo, no quiso abusar contra sus enemigos ni de su imprudencia ni de la bajeza de un cómplice, antes juzgó que para su seguridad le bastaba la justicia. Unicamente siete individuos fueron entregados á un consejo de guerra, y de cinco que salieron condenados, solo Challoner y Tompkins sufrieron la pena. Ambos murieron denonadamente, pero muy agenos de creerse mártires, antes al contrario dando á entender con la mas convincente franqueza que dudaban de la justicia de su causa. «He rogado á Dios, dijo el primero al subir al cadalso, que si nuestro plan no debia contribuir á su gloria nos lo diese á conocer; mis ruegos han sido oidos.—Me alegro, dijo el segundo, que se haya descubierto la trama, porque hubiera podido tener fatales resultados.» Tocante á Waller se le perdonó la vida en gracia de sus confesiones por el crédito de algunos de sus deudos, entre los que figuraba su primo Cromwell, y tal vez por aquella consideracion que siempre se merece el talento, aun cuando se halla deslustrado por la cobardía.

Durante algunos dias se lisonjearon los comunes de que el descubrimiento y el castigo de esta conspiracion llevaria el espanto á Oxford, intimidaria en Lóndres á los realistas, suspenderia las disensiones de las cámaras, y los libraria por último de la embarazosa situacion, en que se gastaba infructuosamente su energía. Mas pronto se desvanecieron estas esperanzas: no bien habian acabado de resonar en los templos las acciones de gracias, aun no habia acabado de recibirse el nuevo juramento de union decretado en los momentos de peligro, cuando el parlamento se vió hecho en lo esterior blanco de los descalabros, y en lo interior de los mas violentos debates.

No se habia apesadumbrado mucho el rey por el mal éxito de la conspiracion, pues al propio tiempo le habia llegado la noticia de que en el Sur, en el Oeste y en el Norte, habian alcanzado sus generales notables ventajas; y ciertamente apreciaba en mas triunfar por el denuedo de sus caballeros, que por medio de secretas composiciones con los ciudadanos. El 19 de junio, un inesperado acontecimiento pareció abrirle el camino de la capital y del parlamento. En la llanura de Chalgrave, á algunas leguas de Oxford, se esparció la voz de que con una carga de caballería habia el príncipe Roberto sorprendido y arrollado á los parlamentarios,

y que Hampden habia sido herido : «Acabo de verle, dijo un prisionero, retirarse del campo de batalla contra su costumbre antes de concluirse la refriega, con la cabeza caida sobre el pecho, y las manos apoyadas en el cuello del caballo : seguramente iba herido de gravedad.» La noticia es-



EL DUQUE DE HAMILTON.

citó en Oxford una viva emocion, pero mas de curiosidad que de júbilo; con dificultad se creia que pudiese sucumbir tan de improviso un hombre como él : por eso todos titubeaban en dar muestras de regocijo. El mismo rey no pensó en los primeros momentos mas que en aprovechar la co-

yuntura para probar una conciliacion con tan poderoso enemigo, que tanto le habia dañado, pero que en sentir comun podia repararlo todo.

Encontrábase en Oxford el doctor Giles, paisano de Hampden, con quien habia conservado relaciones familiares : «Indagad noticias del herido, le dijo el rey, si le faltan cirujanos, podrá servirse del mio.—Señor, respondió el doctor, no soy muy á propósito para esto ; cuantas veces he pedido algo á Hampden, le he parecido ave de mal agüero ; le rogué en cierta ocasion que hiciese perseguir á unos bandidos que me habian robado, y al entrar en su casa mi mensajero supo la muerte de su hijo mayor ; otra vez solicité asimismo su intervencion, y al propio tiempo supo que acababa de morir su amada hija, mistris Knightley. Nuestras relaciones nunca han sido para él de feliz auspicio.» Sin embargo, el doctor pasó á cumplir la comision real. Pero el 24 de junio, su mensajero encontró á Hampden moribundo : dos balas le habian atravesado la espalda, y hacia seis dias que estaba sufriendo los mas agudos dolores. Se le dijo sin embargo que deseaban verle, y le informaron con que objeto : al instante dió muestras de la mayor agitacion ; se creyó que hacia esfuerzos para hablar, pero no pudo y murió pocos momentos despues. En cuanto lo supo se alegró de ello Cárlos mucho mas que si hubiese sabido que estaba dispuesto á una transaccion : desde entonces no se volvió á hablar de Hampden en la córte de Oxford sino para recordar sus ofensas ó para notar con aire de triunfo que habia muerto en el mismo condado, cerca del paraje donde antes que en ningun otro punto se habia puesto en ejecucion el decreto del parlamento sobre la milicia y el levantamiento de tropas contra el rey.

En cambio se dieron en Lóndres y en casi todo el reino pruebas del mas profundo dolor. Ningun hombre habia jamás inspirado tanta confianza á un pueblo ; todos cuantos eran adictos mas ó menos al partido nacional contaban con Hampden, los moderados confiaban en su sabiduría, los exaltados en su celo patriótico, los justos en su rectitud, y los intrigantes en su habilidad. Prudente y reservado al tiempo que dispuesto á arrostrar los peligros, no habia aun dado lugar á ninguna desconfianza, poseia todos los afectos, y su muerte dejaba repentinamente un vacío en todas las esperanzas. Suerte milagrosa que fijó para siempre su nombre en la altura á que le habia subido el anhelo de sus contemporáneos, y salvó tal vez su virtud como su gloria de los escollos contra los que acostumbran á estrellarse los mas nobles favoritos de las revoluciones.

Su muerte fue como la señal de los desastres del parlamento, que se sucedieron sin interrupcion durante el trascurso de dos meses, agravando de dia en dia el mal todavia oculto que los motivaba. Los enemigos de Essex, haciendo que todo faltase á su ejército, habian sin razon contado con los triunfos de sus rivales. Interin el general en jefe y el consejo de guerra que residia junto á él enviaban en vano correos sobre correos para pedir dinero, vestidos, municiones y armas, se supo que en el Norte acababa de ser batido Fairfax, que sir John Hotham iba á entregar á la reina la plaza de Hull, que lord Willoughby no podia defender ya contra lord Newcastle el condado de Lincoln, y que de este modo la confederacion de los condados del Este, antemural del parlamento, quedaba abierta al enemigo. Era aun mas triste el aspecto que presentaban los negocios en el Sudoeste: en una semana perdió sir William Waller dos batallas; los paisanos de Cornouailles, descendientes de los antiguos bretones, dispersaban en todos los encuentros á los reclutas del parlamento; se les vió en Landsdown tomar despues de haber pedido modestamente permiso, una batería que se creia inaccesible, y quince dias despues, bajo las murallas de Bristol, subieron al asalto con la misma osadía.

En este condado no se habian traspasado las propiedades, de modo que desde muchos siglos vivian en ella los mismos gentil-hombres rodeados de las mismas familias de los colonos: piadoso y sencillo el pueblo, poco amigo de innovaciones y docil sin temor á la influencia de la nobleza, sentia por ella y por sus costumbres el mismo entusiasmo que los mas exaltados parlamentarios por sus opiniones y derechos. Por otra parte, entre ellos y los condados cercanos, contaba el rey algunos de sus mas sabios defensores; el marques de Hertford, cuñado de Essex, que por mucho tiempo habia vivido retirado en sus tierras por tedio á la córte; sir Bevil Greenville, el mas popular de sus gentil-hombres de Cornouailles, y sobre todo sir Ralph Hopton, hombre de bien al par que valiente oficial que no pedia favores á la córte, que reprimia severamente el pillaje, protegia á las poblaciones, y creia llenar sus deberes de fiel súbdito ofreciendo el corazon de un buen ciudadano. El mérito de tales jefes, y el denuedo de semejantes soldados, llenó de terror á Waller y á su gente: no cuidó de mantener la disciplina en sus tropas, y asi es que se desertaban á bandadas. Los mismos comisionados que enviaba el parlamento para escitar el celo del pueblo, se sentian poseidos de igual pavor y lo comunicaban á los demás. Cierto dia al enseñar los magistrados de Dorchester las fortificaciones de su poblacion á Strode, pidiéndole su parecer,

les dijo : « Todo esto no contendria por una hora á los caballeros : para ellos es un juego escalar murallas de veinte pies de alto.»

Dorchester se rindió á la primera intimacion; Weymouth, Portland, Barnstaple y Bediford siguieron su ejemplo : lo propio habian hecho ya Taunton, Bridgewater y Bath; Bristol, segunda poblacion del reino, cedió al primer asalto por la cobardia de su gobernador Nathaniel Fiennes, que no obstante era uno de los jefes del partido mas violento. Todos los dias llegaban á Lóndres noticias de algun descalabro; en Oxford por el contrario crecia la fuerza con la confianza; la reina se habia al cabo reunido al rey, llevándole artillería y un refuerzo de 3,000 hombres : su primera entrevista tuvo lugar en la llanura de Keynton, sobre el mismo terreno, donde el año anterior se habian combatido por primera vez ambos partidos. El mismo dia y á la misma hora, Wilmot y Hopton alcanzaban en Roundway-Down la mas brillante victoria contra los parlamentarios. Cárlos y su esposa entraron en Oxford triunfalmente; y Waller, que al partir para el ejército habia dado órden á todos los constables de que estuviesen preparados para recibir sus prisioneros, volvió á Lóndres sin soldados.

Essex, siempre inmóvil, y achacando su inaccion á los mismos que se la echaban en cara, era espectador de tales derrotas sin esperimentarlas ni prevenirlas. Escribió por fin á la cámara alta : «Pienso que será conveniente pedir al rey la paz, garantizando la religion, las leyes y las libertades de los súbditos, como tambien el castigo de los principales delincuentes que han acarreado al reino tantos males. Si este paso no nos procura un tratado, será, segun creo, preciso suplicar á S. M. que se aleje de esta escena de carnicería, y entonces en un dia, ambos ejércitos pondrán fin á la querella.» Algunos dias antes hubiera sido bien recibida esta carta; al rumor de los primeros reveses, habian los lores protestado solemnemente su fidelidad al rey, y redactado nuevas proposiciones de paz; los representantes del pueblo por el contrario, mas indignados que abatidos, habian intimado á la cámara alta que adoptase en fin su resolucion tocante al gran sello, y en vista de su negativa, por su propia autoridad mandaron grabar uno, que llevaba de una parte las armas de Inglaterra y de Irlanda, y de otra la representacion de la cámara celebrando sesion en Westminster, sin asomo de signo alguno que recordase á los lores.

En tal punto de discordia, seguramente habrian secundado estos las miras pacíficas del general; pero, por aquel tiempo envanecido el rey con sus ventajas, declaró oficialmente que los individuos reu-

nidos en Westminster no formaban ya dos verdaderas cámaras, que la ausencia de tantos miembros, y la falta de libertad en sus deliberaciones les habia hecho perder toda su existencia legal; que en adelante no les daria el nombre de parlamento, y en fin, que prohibia á sus súbditos obedecer á ese conjunto de traidores y sediciosos. Una reprobacion tan general y violenta restableció prontamente la union entre las dos cámaras: el 5 de julio decretaron de mancomun que se delegarian comisionados á sus hermanos los Escoceses para pedir que enviasen un ejército en auxilio de los protestantes de Inglaterra amenazados de caer bajo el yugo de los papistas. Así fue que cuando recibieron los lores la carta de Essex, votaron que no enviarian al rey peticiones ni proposiciones de paz hasta que hubiese revocado la proclama en que decia que las dos cámaras no formaban ya un parlamento libre y legal.

No insistió Essex: honrado y sincero, creyó cumplir con un deber aconsejando la paz; por lo demás, respetaba á las cámaras, y sin embargo de haberles dado un consejo, estaba sumiso á sus órdenes. Por unos dias pareció reinar en Lóndres la mayor armonía entre los partidos: todos se reunieron para colmar á Essex de pruebas de aprecio; pronto recibió municiones y refuerzos: al mismo tiempo Waller, á pesar de sus desgracias, recibió mercedes por su valor, como hombre que aun podia ser útil. Se ordenó la formacion de un nuevo ejército en los condados del Este, al mando de lord Manchester, y dándole por segundo á Cromwell. Hotham, á quien los comunes habian prevenido á tiempo arrestándolo en Hull antes que hubiese podido entregar la plaza, y esperaba en la torre su castigo, fue reemplazado en el mando por lord Fairfax. De los comisionados que debian partir para Escocia, los dos fueron nombrados por los lores y los cuatro por la cámara baja, y se les invitó á apresurar su marcha. La mayor parte de los miembros de la asamblea de teólogos dejaron asimismo la capital para ir cada uno á su parroquia á calmar las inquietudes del pueblo y escitarle á nuevos esfuerzos. Diariamente, en alguno de los templos de Lóndres, delante de un numeroso concurso de madres, hijos y hermanas, se celebraban ceremonias especiales para invocar la proteccion de Dios sobre todos cuantos se dedicaban á la defensa de su patria y de su fé: y al amanecer, al redoble del tambor, muchos ciudadanos de todas edades, sexos y condiciones, salian en bandas para trabajar en las fortificaciones. Jamás, ni en las cámaras ni entre el pueblo, se habia desarrollado tan prudente y concertada energía.

Pero el peligro era mayor cada dia, pues las ventajas del rey continuaban en todas partes. A pesar del entusiasmo público muchos rehusaban comprometerse mas por el parlamento. Lord Grey de Wark, uno de los comisionados, elegido por la cámara alta para pasar á Escocia, no aceptó el encargo; los lores le enviaron á la torre, mas no por esto dejó de escusarse tambien el conde de Rutland, que debia acompañarle: este último alegó al menos falta de salud. Forzoso les fue á los comisionados de la cámara baja partir solos, y aun por mar, pues los caminos del Norte no eran seguros, ni Fairfax bastante fuerte para hacerlos escoltar: veinte dias duró su travesía. Entre tanto, mejor aconsejado el rey, publicó una proclama mas templada, y con la esperanza volvió á renacer tambien el deseo de la paz. El 4 de agosto, á propuesta del conde de Northumberland, adoptaron los lores varias proposiciones dirigidas al rey las mas moderadas de que hasta entonces se habia hablado: se prescribia por ellas el pronto licenciamiento de los ejércitos, se llamaban á residir en las cámaras á los miembros que se habian alejado para servir al rey, y se dejaban además por decidir las cuestiones de la milicia y de la iglesia, la una á merced del sínodo, y la otra á voluntad del parlamento. Al dia siguiente las pasaron á la otra cámara, declarando con tono sobrado arrogante que era ya tiempo de poner término á las calamidades del país (1). Sorprendido el partido de la guerra por tan repentino ataque, insistió en vano sobre el peligro de perder con la precipitacion el fruto de tantos esfuerzos y males ya sufridos, y en vano pidió que se esperase al menos la respuesta de Escocia. «Se murmura, les respondieron, por haberse interrumpido las negociaciones de Oxford; bien es verdad que el pueblo bajo de Lóndres parece dispuesto á continuar la guerra, pero es evidente que los ciudadanos ricos y notables no la quieren, puesto que se niegan á nuevos empréstitos para sostenerla. ¿Qué mal hay por otra parte en dirigir al rey proposiciones razonables? Si las acepta, tendremos paz; si las rehusa, su negativa nos valdrá mas soldados y dinero que en vano os tratarais de proporcionar con decretos.» Por una mayoría de noventa y cuatro votos contra sesenta y cinco se tomaron en consideracion las proposiciones de los lores.

(1) 5 agosto 1543. «Señores, dijo el presidente, es evidente para todos que tras tantos horrores este reino, que tiene tantos elementos de prosperidad, va á verse desolado enteramente; y los mismos que debian velar por su prosperidad le ponen en peligro con sus disensiones.

Estalló en el partido una turbacion violenta; la paz pedida de este modo en medio de los reveses, no era una transaccion, sino una derrota; dejaba todos los intereses públicos y privados bajo el peso de los mas vivos temores, y desvanecia las esperanzas de los patriotas que deseaban mas ámplia reforma, y las de los ambiciosos que querian una revolucion: determinóse probarlo todo para desecharla.

El 6 de agosto por la tarde, sin atender á que fuese domingo, Pennington, lord corregidor, á quien habia escluido el rey de toda amnistía, convocó la municipalidad, y al dia siguiente una peticion fulminante intimó á la cámara baja que desechasen las proposiciones de los lores, y que adoptasen un decreto que el mismo mensajero presentaria por modelo. Una muchedumbre inmensa, avisada por medio de pequeños folletos esparcidos la víspera, apoyaba la peticion con sus clamores. Habiendo llegado los lores á Westminster al través del tropel, se quejaron inmediatamente á los de la otra cámara, declarando que suspenderian sus sesiones hasta tanto que se hubiese hecho justicia sobre tamaños atentados. Pero los diputados del pueblo habian puesto ya á discusion las proposiciones de paz, y despues de un largo debate todavía fueron aprobadas por 81 votos contra 79. El desórden fue estraordinario: de afuera esclamaba el pueblo que no se retiraria sin que se le diese una favorable respuesta y en lo interior los enemigos de la paz reclamaban violentamente por un nuevo escrutinio, sosteniendo que se habian engañado, y que no se les burlaria de este modo. Fue preciso ceder: 81 votos persistieron en la paz; pero los escrutadores que contaban los de la negativa declararon 89, y los partidarios de la paz salieron consternados.

A los dos dias, 9 de agosto, buscaron un desquite. Desde el amanecer se formó al rededor de Westminster una reunion de dos ó tres mil mujeres, que llevaban sobre su cabeza pañuelos blancos, símbolo de paz, y la pedian en efecto por medio de una peticion lastimosa. Sir John Hippisley pasó á decirles: «Que la cámara deseaba tambien la paz, que esperaba podérsela procurar pronto, y que entre tanto las invitaba á que se restituyesen á sus casas.» Las mujeres no hicieron caso, y á eso del medio dia subia ya su número á mas de 5,000; se mezclaron entre ellas algunos hombres vestidos de mujeres, y á su instigacion penetró una banda hasta la puerta del salon de la cámara, esclamando: «Paz! Paz!» La guardia las instó á que se retirasen; pero se redoblaron los gritos: «¡Qué se nos entreguen los traidores que están contra la paz! qué se nos deje hacerlos pedazos! qué nos entreguen a ese charlatan

Pym!» Fueron rechazadas hasta la puerta de la plaza, y aun se dispararon al aire algunos tiros para espantarlas. «Esto no es mas que pólvora,» gritaron ellas, apedreando á los milicianos de la guardia. Esta hizo entonces una descarga verdadera; llegó en esto un escuadron de caballería, y cargó sobre la muchedumbre con sable en mano; todavía se obstinaban las mujeres, y llenaban de imprecaciones y pedradas á los ginetes. Forzoso les fue huir por último; y despues de algunos minutos de un horroroso tumulto solo quedaron alrededor de Westminster siete ú ocho mujeres heridas que lloraban, y dos muertas. Una de estas era bien conocida del pueblo, pues desde su infancia iba cantando por las calles de Lóndres antiguas baladas del país.

La victoria era completa, pero cara, puesto que para lograrla se habia echado mano de la falsedad y de la violencia, medios no muy buenos cuando la reforma se hace en nombre de las leyes, y se aspira á ponerlas en vigor. Decíase ya públicamente que el parlamento ponia en accion los mismos medios que tanto se echaban en cara al rey. La cámara alta estaba indignada, se habia derramado sangre del pueblo: los odios intestinos empezaban ya á absorberlo todo. Pronto supieron los jefes de la cámara baja que muchos miembros impulsados por los principales lores, se proponian salir de Lóndres, refugiarse en el campamento de Essex, proclamar que se separaban de un parlamento esclavo de la muchedumbre, y abrir negociaciones con Oxford. La probidad de Essex desvaneció este plan, y bastante afortunados fueron los conspiradores con saber que no se les descubriria.

No obstante algunos abandonaron la capital para pasarse al rey; y el conde de Northumberland se retiró á su castillo de Petworh. Pasmados al encontrarse solos algunos de los jefes populares, parecieron intimidarse; el mismo Pym fue acusado de tener correspondencia con el enemigo. Por otra parte, los mas violentos y fogosos demagogos empezaban á manifestar sus secretos sentimientos: John Saltmarsh, que fue despues capellan en el ejército de Fairfax, defendió: «que á toda costa se debia impedir que el rey se acercase al pueblo, y que si se negaba á sus pretensiones se le debia estirpar á él y á su raza, y conferir á otro la corona.»

El folleto fue denunciado á la cámara baja, mas Enrique Martyn lo apoyó: «No veo, dijo, ninguna razon para condenar al autor; seguramente vale mas que se arruine una familia, que no muchas.—Pido, esclamó sir Mevil Poole, que nos digais de que familia quereis hablar.—

Del rey y de sus hijos» repuso Martyn sin vacilar : osadía inaudita, y que estaba lejos de poder sostener el partido que la profería. No llegaban noticias de Escocia, y hasta se ignoraba si habian podido desembarcar los comisionados. Temíase continuamente que el rey marchase sobre Lóndres, ó que hubiese sitiado á Glocester, única plaza que le quedaba al parlamento al Oeste del reino, y que impidiendo las comunicaciones de los realistas del Sudoeste y del Nordeste, no les dejaba obrar de concierto.

Las pasiones cedieron á los peligros, y los partidos comprendieron con claridad su situacion. Ni uno ni otro era bastante fuerte para dar un golpe de muerte á su contrario, y hacer despues con ventaja la guerra ó la paz. Asi fue que en vez de buscar su salud, los moderados en su debilidad y los exaltados en su frenesí, comprendieron los primeros que antes de tratar era necesario vencer, y los segundos que para vencer debian ellos someterse y sus contrarios mandar. Suspendióse pues toda desconfianza y ambicion. Pasó al lado de Essex una comision de la que algunos miembros eran ardorosos partidarios de la guerra, y le informó de las medidas que se acababan de tomar para el aumento y conservacion de su ejército ; se le preguntó despues si necesitaba mas todavía, y se puso en sus manos la suerte de la patria, con las mas brillantes muestras de confianza del parlamento.

Por su parte el conde y sus amigos se dedicaron á la guerra con el mayor ahinco ; Hollis, que habia pedido un pasaporte para retirarse al continente con su familia, desistió de este proyecto : en todas partes estaban al frente de los preparativos, de los esfuerzos y sacrificios los mas cuerdos, mientras sus fogosos contrarios los secundaban silenciosamente. Hasta tal punto llegó su firme resolucion de sacrificarse por la armonía, que permitieron el encarcelamiento y esclusion de Enrique Martyn. Tan sabia conducta tuvo sus resultados. Mientras que Waller y Manchester formaban cada uno por su parte un ejército de reserva, tuvo lugar rápidamente el aumento y abastecimiento del de Essex, único que podia entrar prontamente en campaña ; se le agregaron voluntariamente cuatro regimientos de la milicia de Lóndres, y el 24 de agosto, despues de una gran revista, partió el conde á la cabeza de 14,000 hombres, para acudir al socorro de Glocester, cuya plaza hacia quince dias que estaba estrechamente bloqueada por el rey.

Bien hubiera querido Cárlos probar un golpe sobre Lóndres, y para ello se habia formado ya un plan seguro. Mientras que él se hubiera ade-

lantado del Oeste al Este, lord Newcastle, vencedor en el condado de York, habria pasado del Norte al Sud, reuniéndose dos grandes ejércitos realistas junto á la capital. Despues de la toma de Bristol, se apresuró Cárlos á enviar un mensajero á lord Newcastle para la ejecucion de aquel plan. Pero los magnates realistas no eran muy dóciles, habian recibido del monarca una comision y no un poder, y contentos con sostener su causa allí donde tenian influencia, no estaban muy dispuestos á mudar de escena en sus correrías. Newcastle, altivo, magnífico, amigo de la pompa mas no de la fatiga y las contradicciones, y rodeado de una córte liviana y agradable, no quiso hacer un papel oscuro en Oxford, ni confundir su ejército con el del rey para estar á las órdenes de un príncipe tan grosero como era Roberto. Despues de haber escuchado las proposiciones del mensajero Warwik: «Me acuerdo, dijo, de la historia del rebelde irlandés Tyrone hecho prisionero por el virey Mountjoy y presentado á la reina Isabel. Al ver el irlandés en los salones de Whitehall el poco caso que hacian del virey, y que este tenia que esperar como los demás que se presentase la reina, se volvió á uno de sus compatriotas y le dijo:—Me humilla en estremo que me haya hecho prisionero un hombre que me parecia poderoso y al que veo ahora confundido con la muchedumbre aguardando á que pase una mujer.—Por mi parte, no puedo dejar el condado de York hasta que Hull no sea nuestro.»

Warwik trasmitió este mensaje al rey, que no se atrevió á quejarse. Algunos le aconsejaban todavía que se dirigiese sobre Lóndres, la reina entre ellos, pero á Cárlos le gustaban muy poco las empresas aventuradas, menos por temor del peligro que por no comprometer su dignidad. Muy presente tenia la campaña del año anterior, en que le fue preciso retroceder. Muchos oficiales opinaban por el sitio de Glocester, unos desinteresadamente, y otros con la esperanza de un rico botin; el coronel Legg se vanagloriaba de tener relaciones que les serian muy útiles con el gobernador de la plaza. El rey se decidió por fin, y el 10 de agosto, su ejército, mandado por él mismo, ocupó las colinas que dominan la poblacion, defendida solamente por 1,500 hombres y sus habitantes. Al punto intimó la rendicion, dando dos horas para responder. Antes de que hubiesen trascurrido se presentaron dos diputados de Glocester, flacos, pálidos, rasados los cabellos y vestidos de negro: «Llevamos, dijeron, una respuesta de la piadosa ciudad de Glocester.» Fueron conducidos delante de S. M. y la leyeron: «Nosotros, habitantes, magistrados, oficiales y soldados de Glocester, damos al mensaje de V. M. la respetuosa

y humilde respuesta de que con juramento guardamos la plaza para el servicio de V. M. y de su real posteridad, que nos creemos obligados á obedecer las órdenes de V. M. trasmitidas por medio de las dos cámaras, y que en consecuencia con la ayuda de Dios la defenderemos con todo nuestro poder.» A este mensaje tan breve y claro como leido con firme tono; al estraño aspecto y frio ademan de los dos diputados, que inmóviles delante del rey aguardaban su respuesta, por poco no estalla entre los presentes un movimiento de sorpresa, de indignacion y de desprecio; pero Cárlos, grave como sus enemigos, los reprimió, y despidió á los diputados con solo estas palabras: «en vano esperais socorro; Waller está destruido y Essex no puede venir.» Apenas hubieron entrado en la plaza, cuando incendiaron todos los arrabales, para que nada les quedase que defender fuera de las murallas.

Durante veinte y seis dias inutilizaron con su valor los esfuerzos de los sitiadores; fuera de unos 150 hombres de reserva, la guarnicion entera estaba sobre las armas; en los trabajos asi como en los peligros, los ciudadanos se unian á los soldados, las mujeres á los maridos, y los hijos á sus madres. Hicieron muchas salidas, y solo tres hombres desertaron. Cansado el ejército real de tanto esperar sin gloria, se vengaba devastando los alrededores: los oficiales empleaban muchas veces á sus soldados en robar á algun rico de los alrededores, que solo recobraba su libertad por medio de un rescate. La indisciplina era cada dia mayor á par que el odio de los pueblos cercanos. Se hubiera podido probar un asalto; pero era tan reciente y habia costado tan caro el de Bristol, que nadie osaba proponerlo. Ya el rey esperaba solo poder reducir á los sitiados por hambre cuando supo con admiracion que se acercaba Essex. En vano el príncipe Roberto quiso detenerlo con un cuerpo de caballería; el conde seguia avanzando siempre. Distaba ya solo algunas millas del campo, y la caballería del rey se habia replegado sobre las avanzadas de su infantería, cuando Cárlos, con la esperanza de detener al conde, siquiera un dia, le envió un mensaje de paz: «El parlamento, respondió Essex, no me envia para tratar, sino para salvar á Glocester; esto es lo que me propongo alcanzar ó perder la vida.—¡Fuera proposiciones!» esclamaron sus soldados al saber que habia llegado un mensajero enemigo. Essex continuó su marcha, y al dia siguiente, 5 de setiembre, al asomar sobre unas colinas distantes dos leguas de Glocester, al ver arder los reales de Cárlos conoció que habia levantado el sitio.

Apresuróse á entrar en la plaza llevando toda suerte de víveres; lle-

nó de alabanzas al gobernador y á sus soldados; felicitó á los ciudadanos por su valor, que habia salvado al parlamento dándole tiempo para acudir á su socorro; recibió en cambio mil aclamaciones, y al cabo de dos dias se volvió para Lóndres, gozoso por restituir intacto á las cámaras el único ejército que pudiese protegerlas.

Todo parecia prometerle una retirada tan feliz como su espedicion; Cirencester, con sus abundantes almacenes de víveres, habia caido en su poder; su caballería en fin habia sostenido en algunas refriegas el choque tan temido de los ginetes del príncipe Roberto. Pero, el 19 de setiembre, al acercarse á Newbury, vió que los enemigos se habian adelantado, que ocupaban la ciudad y las alturas de los alrededores, que le habia cerrado el camino de Lóndres, y que por lo tanto solo una batalla podia abrírselo de nuevo. El rey mismo estaba á la cabeza de su ejército, en una posicion ventajosa, desde donde podia recibir de las guarniciones de Oxford y Wallingford cuantos socorros necesitase. El pais, poco adicto á los parlamentarios, ocultaba con cuidado sus víveres. Era preciso dar una batalla, ya para abrirse paso, ya para no morirse de hambre.

No titubeó Essex, antes al amanecer del dia siguiente pasó él mismo á vanguardia, y desalojó á los regimientos enemigos que ocupaban la principal colina. Empeñada sucesivamente la batalla por todos los cuerpos y en todas las posiciones, duró hasta la noche, tan bizarramente sostenida, que ambos ejércitos ponian su gloria en alabar á sus enemigos. Pretendian con ello, los realistas reparar un reves que habia suspendido el curso de sus triunfos, y los parlamentarios sacar todo el fruto de un triunfo que ponia término á tantos reveses. Las milicias de Lóndres sobre todo hicieron prodigios. Dos veces, despues de haber roto á la caballería enemiga, cargó sobre ellos el príncipe Roberto sin que vacilasen sus filas erizadas de picas. Los oficiales generales Essex, Skippon, Stapleton y Merrick se aventuraban como simples soldados, mientras los criados y trabajadores que seguian el ejército combatian como valientes oficiales. Llegada la noche, permanecieron todos en sus posiciones. Essex habia ganado terreno; sin embargo, los realistas le cerraban todavía el paso, y era por lo tanto preciso renovar el combate: así lo creia Essex cuando al dia siguiente con admiracion vió á los primeros albores del dia en retirada al enemigo, dejándole libre el paso. Aprovechando la coyuntura, continuó su marcha sin otro obstáculo que algunas vanas cargas de la caballería del príncipe Roberto, y á los dos dias pasó con su ejército la noche en Reading, libre de todo peligro.

Lo vivo de la accion habia desanimado á los realistas no menos valientes, pero menos obstinados que sus adversarios, y mas dispuestos al envanecimiento y á la desesperacion. Su pérdida además habia sido grande y sensible : veinte oficiales de nota habian perecido, entre ellos hombres tan ilustres por su mérito como por su rango ; lord Sunderland, querido por sus opiniones de todos los buenos protestantes de su partido y de todos los hombres ilustrados; lord Caernarvon, escelente oficial, muy estimado del rey por su rigidez en punto á disciplina, amado de los soldados por su justicia, y observador tan escrupuloso de su palabra, que nada pudo detenerle en el ejército del Oeste cuando el príncipe Mauricio que le mandaba hubo violado las capitulaciones concluidas con las ciudades de Weimouth y de Dorchester ; lord Falkland, en fin, honor del partido realista, siempre patriota si bien que proscrito en Lóndres, siempre respetado del pueblo si bien que ministro en Oxford habian terminado gloriosamente su carrera. Nada le obligaba á Falkland á acudir al campo de batalla, y mas de una vez le echaron en cara sus amigos su inútil temeridad : «Mi empleo, respondia sonriéndose, no puede hacerme perder los privilegios de la edad ; á mas de que un secretario de Estado de la Guerra debe saber cuales son los mayores riesgos de esta.»

Hacia algunos meses que los buscaba con ardor; la vista de los padecimientos del pueblo, los males mayores que preveia, el desvanecimiento de sús esperanzas, y la constante lucha de su alma en medio de un partido cuyos triunfos y reveses temia á la vez, todo le habia abismado en la mas amarga tristeza ; se habia agriado su humor ; su imaginacion, naturalmente brillante y viva, se habia vuelto sombría y meditabunda ; le gustaba la elegancia en el trage, y ahora la descuidaba ; ninguna conversacion ni tarea le gustaba ; muchas veces, sentado entre sus amigos y sosteniéndose con ambas manos la cabeza, solo salia de un profundo silencio esclamando dolorosamente : *la paz! la paz!* y solo podia reanimarle la esperanza de alguna negociacion. El dia de la batalla, los que le rodeaban se admiraron de verle mas alegre : nunca habia empleado mas esmero en su trage : «Si me matan hoy, dijo, quiero que encuentren mi cuerpo elegante.» Al oir que sus amigos le pedian con ahinco que se quedase, volvió su rostro á cubrirse de tristeza : «No, dijo, hace tiempo que estas disensiones me traspasan el corazon : al anochecer habré probablemente mudado de situacion ;» y pasó como voluntario al regimiento de lord Byron. No bien se hubo empeñado la accion, cuando una bala le traspasó el bajo vientre ; cayó de caballo y murió sin que na-

die hubiese notado su caida y como víctima de una época sobrado pervertida para su virtud tierna y pura. Solo á la mañana siguiente se encontró su cuerpo; sus amigos, Hyde sobre todo, estuvieron inconsolables; los cortesanos supieron sin conmocion la muerte de un hombre con quien no congeniaban, y Cárlos dió vulgares muestras de pesar, y estuvo mas á su placer en el consejo.

Apenas hubo Essex llegado á Reading, cuando una diputacion de las dos cámaras vino á manifestarle su reconocimiento, á proveer á las necesidades del ejército, y á consultar su opinion. No solo estaba salvado el parlamento, sino que podia en adelante verse libre de tales riesgos, pues habia logrado ventajas por las armas y por medio de las negociaciones. Mientras Essex hacia levantar el sitio de Glocester, Vane, llegado por fin á Edimburgo, concluia con los escoceses una estrecha alianza. Bajo el nombre de *liga y pacto solemne*, votaron en un dia la convencion de los estados y la asamblea general de la iglesia de Escocia un tratado político y religioso, por el que se confederaban para la defensa de una misma causa las fuerzas unidas de los dos reinos. Al dia siguiente partieron dos comisionados escoceses para Lóndres, donde las dos cámaras lo sancionaron igualmente, despues de haber consultado á la asamblea de teólogos.

Ocho dias despues, en la iglesia de santa Margarita de Westminster, de pié todos los miembros del parlamento, con la cabeza descubierta y la mano levantada al cielo, juraron su adhesion, primero de viva voz y en seguida por escrito. El pacto fue recibido en la capital con el mayor entusiasmo: prometia la reforma de la Iglesia y el pronto socorro de 21,000 escoceses. Con esto el pueblo presbiteriano veia á la vez desvanecidos sus temores y logrado sus deseos. Al otro dia hizo Essex su entrada en Lóndres; la cámara baja, en pos de su presidente, pasó á cumplimentarle á Essex-House; el lord corregidor y otro magistrado, vestidos de púrpura, fueron á dar gracias al libertador y protector de su vida, de su fortuna, de sus mujeres y de sus hijos. Se espusieron al público los estandartes cogidos en Newbury al ejército real; se notaba uno sobre todo que representaba la fachada esterior de la cámara de los representantes del pueblo con las cabezas de dos criminales en su parte superior, y debajo esta inscripcion: *Ut extra, sic intra.*

Agolpábase el pueblo al rededor de estos trofeos; los milicianos que habian formado parte de la espedicion contaban sus detalles; en las conversaciones domésticas, en el púlpito, entre los grupos formados por las

calles, se proclamaba ó se obedecia á Essex. Este y sus amigos resolvieron aprovechar semejante triunfo. Pasó el general á la cámara alta, ofreció su dimision, y pidió que le fuese permitido retirarse al continente : añadió que ningun peligro público le impelia ya á quedarse; que el mando le habia acarreado amargos disgustos, que dentro de poco volverian porque sir William Waller, conservaba siempre una comision independiente de la suya, y mientras el título de general en jefe hacia pesar sobre él toda responsabilidad, otro podia desobedecerle ; y que en fin hacia tiempo que conocia el tormento de tal situacion, y ya no podia permanecer en ella. Al oir esta declaracion, sorprendidos los lores ó fingiendo estarlo, votaron que pedirian una conferencia á los diputados del pueblo; pero al propio tiempo llegó un mensaje de estos que hacia inútil la conferencia. Informados de todo, se apresuraban á participar á los lores que Waller ofrecia renunciar su comision y recibir en adelante instrucciones del general en jefe y no del parlamento mismo; solicitaba además la formacion de una junta que terminase instantáneamente y á satisfaccion del conde tan desagradable incidente. Acto continuo se nombró la junta, y esta arregló el negocio durante la sesion. Waller y sus amigos se sometieron sin murmurar; Essex y los suyos triunfaron sin ostentacion, y parecia que se reconciliaban dos partidos precisamente cuando se preparaban para nuevos combates.

LIBRO QUINTO.

Estado de los partidos y origen de los independientes.—Disposiciones de la córte de Oxford.—Concluye el rey una tregua con los Irlandeses.—Parlamento de Oxford.—Muerte de Pym.—Campaña de 1644.—Batalla de Marston Moor.—Contratiempos de Essex en el condado de Cornouailles.—Estalla la desunion entre los jefes presbiterianos y Cromwell.—Ensáyanse negociaciones.—Decreto de abnegacion de sí mismo.—Proceso y muerte de Laud.—Negociaciones de Uxbridge.—Reorganizacion del ejército parlamentario.—Nombramiento de Fairfax para general.—Essex hace dimision.

(**1643.-1645.**)

Estremada fue la alegría de los presbiterianos: el parlamento debia la salvacion á su jefe; sus enemigos guardaban silencio; el ejército escocés, cercano ya, prometia á su causa un infalible apoyo; era natural, pues, que solo ellos dispusiesen en adelante de las reformas como de la guerra á su placer y albedrío.

En las cámaras y fuera de ellas, en Lóndres y en los condados, no tardó en predominar un arranque de fervor y de tiranía religiosa. La asamblea de teólogos recibió órden de preparar un plan de gobierno eclesiástico (1), y llamó á cuatro teólogos escoceses para trabajar con ellos de mancomun tocante á la uniformidad de culto de ambas naciones. Las juntas encargadas de examinar en cada provincia la conducta y las doctrinas de los eclesiásticos trabajaron con mas actividad y rigor; cerca de

(1) 12 octubre de 1643.

dos mil (1) ministros fueron espulsados de sus curados; muchos otros perseguidos como anabaptistas, brownistas, independientes, etc., se vieron encarcelados por los mismos hombres que en otro tiempo maldecian con ellos á sus comunes perseguidores. Cuantos rehusaban suscribir al pacto eran declarados incapaces de asistir á la municipalidad, y aun de poder ser electores. Desde el principio de la guerra habia mandado simplemente el parlamento que se cerrasen los teatros, dando solo por razon que en tiempo de públicos quebrantos la oracion debia suceder á los placeres. Esta misma prohibicion se estendió á todas las diversiones y juegos populares de los domingos. Ninguna diversion obtuvo gracia por mas inocente ó antigua que fuese; mandáronse abatir todos los *árboles de mayo* que se plantaban bulliciosamente por la primavera: y cuando los niños contrariaban estas disposiciones, se imponia una multa á sus padres. Por último, el arzobispo Laud, hacia tres años olvidado en la cárcel, tuvo que comparecer de repente en la cámara alta, y se le mandó responder á la acusacion de los diputados del pueblo: el odio y la venganza eran los deberes del fanatismo.

El mismo ardor se desplegó en lo tocante á la guerra: envanecidos los parlamentarios por la parte que les habia cabido en sus últimas victorias, ya no hablaban de paz. Muchos ricos ciudadanos equipaban soldados y se ofrecían ellos mismos á servir; Rolando Wilson, que debia heredar de su padre un comercio inmenso y 2,000 libras esterlinas de renta, pasó al ejército de Essex á la cabeza de un regimiento levantado á sus costas. Aun mas: algunos jefes de la cámara baja que antes estaban por la paz, escitaban ahora á hacer los últimos esfuerzos. Nunca se habia presentado mas arrogante el partido ni mas seguro del poder.

Sin embargo iba ya tocando á su decadencia. Empeñado desde su orígen en una doble reforma, la de la iglesia y la del Estado, no las seguia entrambas movido de los mismos principios y designios. En punto á religion era ardiente su fé, y sus principios sencillos, enérgicos y consecuentes; el sistema presbiteriano no era para él una institucion humana y flexible, que pudiese modificarse segun los tiempos, sino un sistema único legítimo, de derecho divino, la ley del mismo Cristo. Queríase que triunfase sin reserva y á toda costa, como revolucion santa. En política por el contrario, á pesar de su lenguaje, eran vagas y moderadas sus miras; no le dominaba un espíritu revolucionario; amaba la monarquía

(1) Algunos hacen subir el número á 8,000, pero otros le reducen á 1,600.

y solo combatia al rey; confiaba solo en la cámara baja , y sin embargo no queria mal á los lores; obedecia á las costumbres arraigadas y á las nuevas exigencias, no meditaba, solo deseaba una reforma legal, y nada mas.

Agitado de este modo por disposiciones contrarias, arrogante é incierto, fanático y moderado á un tiempo, no contaba siquiera el partido presbiteriano con jefes salidos de su seno y que estuviesen conformes con sus principios; antes por el contrario marchaba en pos de los reformadores políticos, primeros intérpretes y verdaderos representantes del partido nacional. Su alianza le era natural y necesaria : natural, porque ambos querian reformar el gobierno y no abolirle; necesaria, porque estaba en posesion del poder, y lo conservaba por la superioridad de su rango, de sus riquezas y de sus luces : ventajas que no negaban los mas ardientes presbiterianos. Pero si buscaban los reformadores políticos y aun compraban el apoyo de los sectarios, no por esto pensaban como ellos en punto á la iglesia; un episcopado moderado les convenia mas, de modo que casi á despecho de su voluntad servian á aquellos. De este modo la union de ambos partidos no era completa ni sincera sino en política, donde ninguno de los dos se mostraba aferrado en principios.

Fuera de esto, en 1643, estaba consumada la reforma política, legal á lo menos; no subsistian ya los abusos; se habian sancionado todas las leyes que se juzgaban necesarias, y modificado, como se supo, las instituciones : nada faltaba á la obra que querian de mancomun elevar aquellos dos partidos. Pero la revolucion religiosa habia apenas principiado, y la política amenazaba correr los riesgos de la exaltacion : era por lo tanto llegada la hora en que se debian patentizar los vicios orgánicos de aquella alianza. Cada dia se veia precisado el partido dominante á contradecirse; lo que solicitaba en la iglesia lo negaba en política; contra los obispos invocaba las pasiones democráticas, y contra los nacientes republicanos las tendencias monárquicas ó aristocráticas. Era un espectáculo singular ver demoler con una mano y sostener con otra, predicar innovaciones y anatematizar innovadores, ser temerario y tímido, rebelde y déspota á la vez, perseguir con la libertad los episcopales, y con el poder á los independientes.

Abandonábanle ó le comprometian tambien muchos de sus jefes. Algunos, como Rudyard, se retiraban de la arena, ó solo se presentaban de tiempo en tiempo, mas para protestar que para obrar. Otros menos honrados, como Saint John, ó mas perseverantes y osados como Pym,

contemporizaban con un nuevo poder naciente. Muchos, desengañados ó corrompidos, pensaban solo en aumentar su patrimonio; y se distribuian mútuamente los empleos, y las confiscaciones. Entre los magnates reformistas muchos se habian escapado á Oxford, y para evitar el pillaje ó el secuestro, negociaban á la vez con la córte y con el parlamento. El 22 de setiembre solo habia seis lores en la cámara alta, y el 5 de octubre solo cinco. Un llamamiento nominal y el consiguiente temor atrajo algunos á Westminster; mas no por esto dejó la alta aristocracia, cada dia mas sospechosa al pueblo de ser un estorbo mas bien que un apoyo para los presbiterianos; de modo que su fanatismo religioso los alejaba de los mas hábiles defensores de la libertad, y su moderacion política impedia que nadie se hermanase con hombres de principios vacilantes.

Hubiese ó no satisfecho las esperanzas relativas á los asuntos de la iglesia ó del Estado, hacia no obstante tres años que este partido dominaba, y esta misma duracion empezaba á causar á muchos. Quejábanse de él por los males sufridos, y por las esperanzas burladas; acusábanle de ser tan tirano como los obispos, y tan arbitrario como el rey; reprochábanle sus contradicciones y su debilidad: y finalmente solo en vista de los acontecimientos progresivos se presentia una secreta necesidad de principios y poderes nuevos.

Unos y otros estaban á la mira, aguardando solo coyuntura. Largo tiempo antes de las turbulencias, cuando los presbiterianos empezaban solo á manifestar su intencion de dar á la iglesia nacional una constitucion republicana, sosteniendo á la vez la unidad de la fé como la del poder, y disputando el papismo al episcopado, y á los independientes, los brownistas y los anabaptistas preguntaban públicamente si debia subsistir una iglesia nacional, y con qué derecho el papismo, el episcopado, ó los presbiterianos, querian someter las conciencias cristianas al yugo de una mentida unidad. Toda congregacion de fieles, decian, habitantes ó vecinos de un mismo lugar, que se reunen libremente para adorar juntos al Señor, es una iglesia verdadera que ninguna otra puede avasallar, que tiene derecho de escoger sus ministros, arreglar su culto, y regirse por sus propias leyes.

El principio de libertad de conciencia, proclamado de este modo por sectarios obscuros en medio de los estravios de un ciego entusiasmo, fue en su aparicion considerado como criminal é insensato. Parecia que sus mismos partidarios lo defendian sin comprenderlo, inducidos menos por la razon que por la necesidad. Proscribiéronlo igualmente los episcopales

y los presbiterianos; continuó debatiéndose la cuestion sobre quien debia regir la iglesia de Cristo, creyendo que era forzoso elegir entre el poder absoluto del papa y la aristocracia del clero presbiteriano, y no se cuidaron de indagar si todos eran legítimos por su orígen, cualquiera que fuese su forma ó su nombre.

Entre tanto un estraordinario movimiento lo agitaba todo, suscitando cada dia pruebas á las que ningun sistema podia sustraerse, por mas que el partido dominante probaba en vano sofocar algunos debates. Llamado el espíritu humano á discutir nuevos negocios y opiniones, y á desechar pretensiones hasta entonces desconocidas, se iba emancipando, unas veces para elevarse libremente á ideas mas latas acerca de los destinos de la sociedad, y otras para descartarse osadamente de toda preocupacion y de todo freno. Al propio tiempo era casi absoluta la libertad práctica en materia de fé y de culto; ninguna jurisdiccion, ninguna autoridad represiva habia reemplazado la del episcopado; y el parlamento, ocupado con sus enemigos se cuidaba poco de las prácticas religiosas. Alguna vez el celo presbiteriano obtenia de las cámaras algunas terribles declamaciones contra los nuevos sectarios: otras, los temores y odios de los reformadores políticos coincidian con los de sus devotos aliados, y entonces se tomaban rigorosas medidas contra aquellos. Un decreto destinado (dice el preámbulo) «á reprimir las calumnias y el desenfreno de que la religion y el gobierno son hace algun tiempo blanco» abolió la libertad de imprenta hasta entonces tolerada, y sometió á la prévia censura todas las publicaciones. Pero al poder no le es dado contener á los que le adelantan en el movimiento de que él mismo es arrebatado: al cabo de algunas semanas los realistas y los episcopales eran los únicos sobre quienes pesaban tales restricciones; las nuevas sectas salian con bien de todo, retoñaban en todas partes, y ya no se hablaba mas que de independientes, brownistas, anabaptistas, cuáqueros, antimonianos, y hombres de la quinta monarquía. A la sombra misma de los presbiterianos les suscitaba el espíritu de reforma enemigos entusiastas, filósofos y libertinos.

Todas las cuestiones tomaron desde entonces un nuevo aspecto, y la fermentacion social mudó de carácter. Hechos poderosos y respetados habian hasta entonces contenido y dirigido la mente de los reformistas políticos y hasta de los religiosos: para unos, el estado legal de la antigua Inglaterra cual le concebian, y para otros la constitucion de la iglesia de Escocia, Holanda y Ginebra, eran cosas que les servian á un tiempo de modelo y freno; cualquiera que fuese la audacia de sus empresas,

ni unos ni otros se dejaban llevar de vanos deseos ó ilimitadas pretensiones; no todo era innovacion en sus deseos ó conjetura en sus esperanzas: comprendian bien su objeto, aunque no llegaban á columbrar los resultados. Sus rivales no tenian marcha fija, ni se habian propuesto por norma ningun hecho histórico ó legal; confiando en su fuerza y envanecidos con el poder, con su reputacion de santidad, ó con su audacia, á esta sola tomaban por guia, y dándole el derecho de juzgarlo y dominarlo todo, buscaban á toda costa, los filósofos la verdad, los religiosos al Señor, y los libertinos el resultado material. Instituciones, leyes, costumbres, acontecimientos, todo en su concepto debia recibir impulso del raciocinio ó del capricho del hombre, todo debia ser objeto de nuevas combinaciones y sabias creaciones, para el logro de este plan todo parecia legítimo con tal que fuese inspirado por la fé de un principio, por un éstasis de devocion, ó en nombre de la necesidad. Los presbiterianos no toleraban en la iglesia ni la monarquía ni la aristocracia: ¿por qué habian de conservarse estas gerarquías en el estado religioso?

Los reformadores políticos habian dejado entrever que si el rey ó los lores les negaban su adhesion, debia dominar la voluntad de la cámara baja: ¿por qué no se proclamaba esto altamente? ¿por qué solo se invocaba la soberanía del pueblo en caso desesperado y para legitimar la resistencia, siendo asi que debe servir de base al gobierno mismo y legitimar el poder? Despues de haber sacudido el yugo del clero romano y del episcopado, se iban á imponer el del presbiterianismo: ¿con qué motivo? ¿con qué derecho formaban los sacerdotes un cuerpo independiente? Quíteseles, decian, toda jurisdiccion, todo medio temporal, y cesará todo abuso espiritual: en los fieles, no en los ministros, reside el poder legítimo en materia de creencias; todos ellos son sacerdotes. Los libertinos aplaudian este lenguaje: como progresase la revolucion, poco les importaban los medios y los motivos que se alegasen.

Asi se iba formando el partido de los independientes, menos numeroso y arraigado que el de los presbiterianos, pero ya en posesion de aquel ascendiente que dan las ciencias que no niegan la razon de sus principios y aceptan todas sus consecuencias. Encontrábase entonces la Inglaterra en una de esas crísis gloriosas y temibles en que el hombre olvida su debilidad para no acordarse mas que de su dignidad, y sintiendo la sublime ambicion de no obedecer mas que á la verdad pura se abandona á la sublime locura de atribuir á su opinion todos los derechos de la verdad. Políticos y sectarios, presbiterianos é independientes, nadie se creia dispen-

sado de tener razon y de demostrarlo. Pero en esto se confundian los presbiterianos, porque su sabiduría se fundaba en la autoridad de hechos y de leyes, no en principios, y no sabian como desvanecer con solo la razon los argumentos de sus contrarios. Solo los independientes profesaban una doctrina sencilla y rígida en apariencia, que sancionaba todos sus actos, bastaba á todas las necesidades de su situacion, y ponia á cubierto de su inconsecuencia á las almas enérgicas, y de hipocresía á las sinceras. Solo ellos asimismo empezaban á pronunciar algunas de esas palabras mágicas que elevan el alma en nombre de las mas nobles esperanzas y vehementes pasiones de la humanidad : la igualdad de derechos, la justa reparticion de bienes sociales, y la destruccion de todos los abusos. Ninguna contradiccion se notaba entre sus sistemas políticos y religiosos, ninguna lucha interior entre jefes y soldados, ningun símbolo que arredrase á lo esterior : su máxima fundamental era la libertad de conciencia, y como sus designios lo abarcaban todo á la vez, tambien por esto se adquirian mas partidarios : afiliábanse en este partido los jurisconsultos para quitar toda jurisdiccion á los eclesiásticos sus rivales, y los publicistas para procurarse una legislacion mas sencilla que hiciese perder á los letrados su influencia y sus riquezas ; Harrington veia en ellos una sociedad de sabios, Sidney la libertad de Esparta ó de Roma, Lilburne la vuelta del derecho sajon, y Harrison la venida de Cristo ; republicanos ó niveladores, visionarios, fanáticos y ambiciosos, todos eran admitidos con sus enconos, sus teorías, sus éstasis y sus intrigas : bastaba que todos estuviesen animados de un odio igual contra los caballeros y los presbiterianos, y que marchasen hácia ese porvenir desconocido que debia satisfacer tantos anhelos.

Ninguna victoria de Essex y de sus amigos, en el campo de batalla ó en Westminster, podia sofocar ni contener ya por mas tiempo tales discordias, tan públicas ya en Oxford como en Lóndres. Parlamentarios y realistas, todos los hombres sensatos las tomaban por base de sus combinaciones. Participábanselo al rey, y le instaban á que aprovechase la coyuntura ; cortesanos y adictos sinceros, todos tenian sus miras, todos hacian sus proposiciones ; unos querian continuar vivamente la guerra, creyendo que las facciones rivales se destruirian ; otros deseaban que por medio de los lores refugiados á Oxford, particularmente los condes de Holland y de Bedford, se relacionasen con los parlamentarios amigos de la paz ; algunos aconsejaban que dichas relaciones se dirigiesen al jefe ya conocido de los independientes. Entre tanto lord Lovelace, previo consen-

timiento del rey, seguia con sir Enrique Vane una correspondencia continua, bien distante de prever que Vane la seguia asimismo con aprobacion de su partido para instruirse del estado de la córte. Pero ninguno de estos consejos era recibido ó eficaz.

A duras penas habian obtenido los lores fugitivos que les abriesen las puertas de Oxford; el consejo privado, solemnemente reunido, habia deliberado sobre la acogida que se les debia dar, y á pesar de las sabias representaciones de Hyde, recientemente nombrado canciller de Hacienda, Cárlos no consintió sino en que se les recibiese, pero con frialdad. En vano lord Holland, elegante y hábil cortesano, habia logrado hacerse bien quisto de la reina; en vano procuraba volver á su antigua familiaridad con el rey, ya afectando hablarle al oido, ó ya desarrollando todo su prestigio; en vano aun en la batalla de Newbury peleó bizarramente como voluntario ofreciendo su sangre como prenda de su nueva fidelidad, nada habia podido vencer el orgullo del rey, ni imponer silencio á los rumores de la córte; lejos de ver aceptados sus servicios, ya no pensaban los lores mas que en sustraerse á tantos sinsabores. Los partidarios de la guerra á muerte eran mas escuchados pero con el mismo efecto; la mala tentativa contra Glocester habia motivado que todos en Oxford se la imputasen mútuamente.

El consejo se quejaba de los desórdenes del ejército, y este se indignaba por ello altamente; el príncipe Roberto á pesar que ni aun en el campo de batalla recibia órdenes sino del rey envidiaba al general en jefe, y este á su vez murmuraba con los magnates de la independencia y torpeza del príncipe. El rey que respetaba en sus sobrinos la dignidad de su sangre, no se determinaba á dar la razon á los súbditos, y sacrificaba á tan ridículo orgullo los derechos y los servicios de sus mas útiles amigos. Solo Hyde se oponia francamente á tales faltas, y lograba alguna vez apartarle de ellas; pero este consejero necesitaba tambien que la voluntad del rey lo protejiese, ya contra los caprichos de la reina, ya contra las intrigas de celosos cortesanos: conservaba, es cierto, su reputacion de consejero influyente y hombre sabio, pero no ejercia un verdadero ascendiente, ni obtenia ningun importante resultado. La discordia en una palabra dominaba lo mismo en Lóndres que en Oxford; pero aquí era mas fatal, por cuanto en aquella capital precipitaba el movimiento, y aquí lo paralizaba.

Por este tiempo y en medio de situacion tan embarazosa supo Cárlos la nueva alianza de la Escocia con el parlamento. Al momento mandó al

duque de Hamilton, ya restituido á su confianza, y á su comisario de Edimburgo, que impidiesen tal union á toda costa. Dícese haberse ofrecido á los escoceses asegurarles para el porvenir la tercera parte de los empleos de la casa real, reunir de nuevo á la Escocia los condados de



CARLOS I.

Northumberland, Westmoreland y Cumberland; fijar en Newcastle la residencia del rey, y establecer en medio de ellos al príncipe de Galles y su córte. Si existieron tales promesas no podian ser sinceras ni llegar á realizarse, y aunque las hubiese querido aceptar el parlamento se lo hu-

biera impedido un hecho reciente. El conde de Antrim acababa de ser arrestado en Irlanda poco despues de su desembarco por las tropas escocesas acantonadas en Ulster, y se le habian encontrado las pruebas del plan formado en York entre él y Montrose para trasportar á Escocia un cuerpo numeroso de católicos irlandeses á fin de sublevar á los montañeses en favor del rey. Evidentemente iba á tener lugar la empresa, puesto que Montrose habia tenido conferencias con el rey durante el sitio de Glocester y Antrim llegaba ya de Oxford. Luego el rey, al tiempo que hacia las mas brillantes promesas á sus súbditos, maquinaba clandestinamente contra ellos. En vista de todo, se apresuró el parlamento de Edimburgo á concluir su tratado con el de Westminster, y le informó de cuanto habia llegado á su noticia.

Trasmitióle además otro descubrimiento de mas importancia: los papeles de Antrim dejaban entrever que Cárlos mantenia relaciones con los rebeldes irlandeses; que habia recibido demandas y ofrecimientos suyos; que iba á concluir con ellos una suspension de hostilidades, y se prometia de su adhesion los mejores resultados para la próxima campaña. No eran infundadas estas indicaciones: hacia ya mucho tiempo que Cárlos maldecia la Irlanda cuando hablaba con Inglaterra, y en secreto contemporizaba y mantenia relaciones con aquel desgraciado pais, donde seguia haciendo contínuos estragos la guerra civil. Diez ó doce mil soldados, mal pagados, eran fuerzas débiles para sostenerlo pero bastaban para impedir su emancipacion. Por febrero de 1642; antes de la esplosion de la guerra civil, habian intentado las cámaras un grande esfuerzo; se habia abierto un empréstito para hacer frente á los gastos de una espedicion decisiva. Las propiedades de los rebeldes que algun dia debian ser confiscadas se habian hipotecado de antemano para el reembolso de los que adelantasen alguna suma. Varias cantidades que asi se recogieron habian sido remitidas á Dublin; pero en esto estalló la guerra civil, y el parlamento ya no pensó en Irlanda mas que de tiempo en tiempo, y solo para contemporizar con los protestantes de aquel reino, y hacer responsable al rey de tamaños desastres.

Lo mismo practicaba Cárlos, y mientras echaba en cara al parlamento que se hubiese apropiado los socorros conseguidos para aquel objeto, interceptaba á su vez los convoyes, ó se apoderaba de los fusiles y pólvora destinados á Irlanda. Pero los influyentes protestantes de este pais, aristócratas por situacion, eran partidarios del episcopado y de la corona; el ejército contaba entre sus oficiales á muchos que el parla-

mento habia alejado como realistas; mandábalos el conde de Ormond, rico, valiente, generoso y popular, que ganó dos batallas á los rebeldes, y se congratuló por ello con el rey. Rápidamente declinó el partido parlamentario en Irlanda, pues los magistrados que le eran adictos fueron reemplazados por otros realistas; en vano el parlamento envió dos comisionados, miembros de la cámara baja, para grangearse alguna influencia, pues Ormond les prohibió la entrada en el consejo, y al cabo de cuatro meses se conoció bastante fuerte para obligarles á reembarcarse.

Desde entonces quedó todo el poder civil y militar en manos del rey, quien desembarazado de una vigilancia importuna si bien que impotente, no titubeó en seguir los planes que se proponia. La reina no habia cesado de mantener con los católicos de Irlanda una correspondencia que no ignoraba sin duda su marido. No era ya la insurreccion como en su principio el desencadenamiento de un populacho salvaje; obedecia á un consejo soberano de veinte y cuatro miembros, residente en Kilkenny, que la gobernaba con prudencia y regularidad, y que mas de una vez habia dirigido al rey afectuosos mensajes, suplicándole que no por complacer á sus enemigos quisiese perseguir á sus fieles súbditos. Todavía no se encontraba Cárlos en tal peligro ni en guerra tan abierta con sus pueblos para aceptar abiertamente semejante alianza; pero á lo menos podia á su parecer manifestarse mas benévolo con los irlandeses, llamar á Inglaterra al ejército que los combatia, y emplearlo en hacer frente á los rebeldes mas odiosos y temibles. Ormond recibió órden de abrir en este sentido negociaciones con el consejo de Kilkenny, y entre tanto se exageró la penuria que en efecto era grande y la situacion desesperada de los protestantes y sus defensores en Irlanda, para escusarse de tal proceder. En una larga y patética memoria dirigida al consejo de Dublin espuso el ejército todos sus quebrantos y su resolucion de abandonar un servicio que no le era posible continuar. Varias representaciones al rey y al parlamento declaraban lo propio con sentidas quejas. Entre tanto seguian las negociaciones, de manera que estaban á punto de concluirse cuando fue preso Antrim. A mediados de setiembre, pocos dias antes de que aceptasen solemnemente las cámaras el pacto con la Escocia, se supo que el rey habia firmado con los rebeldes irlandeses una tregua de un año, que las tropas que combatian la insurreccion habian sido llamadas á Inglaterra, y que cinco regimientos iban á desembarcar en Chester y otros cinco en Bristol.

Elevóse de todas partes un clamor violento, pues los irlandeses eran un objeto de desprecio, de aversion y de horror para la Inglaterra. Entre los mismos realistas, y aun en Oxford, llegó á manifestarse el descontento. Muchos oficiales abandonaron el ejército de Newcastle para presentarse al parlamento. Lord Holland volvió á Lóndres, diciendo que los papistas dominaban en Oxford y que su conciencia le impedia permanecer entre ellos. Lord Bedford, Clare, Paget, sir Eduardo Dering, y muchos otros, siguieron su ejemplo, encubriendo bajo el mismo pretesto su inconstancia y su cobardía. El parlamento no se mostró severo en punto á arrepentimiento. La conducta del rey era objeto de las invectivas y de los sarcasmos populares. Recordábanse sus recientes protestas y el arrogante tono de sus apologías cuando se habló de las relaciones de la córte con los revoltosos, y si bien era un motivo de satisfaccion haber presentido sus secretas tramas, causaba indignacion el ver con que mala fé habia pretendido burlarse de su pueblo. El encono subió de punto al saberse que con las nuevas tropas venian muchos papistas irlandeses, y muchas mujeres semi-salvajes, armadas de largos cuchillos. No contento Cárlos con dejar impune la matanza de los protestantes irlandeses, armaba á los mismos asesinos contra los ingleses. Desde entonces fue objeto de un odio profundo, para unos á causa de su doblez, y para otros en razon de su alianza con odiosos papistas : hasta esta época nunca se habia visto zaherido su nombre con tan insultantes dictados.

Instruido de ello, y del pábulo que daba el parlamento á tales voces, tomó á grave ofensa que se juzgase de sus intenciones por sus actos : «Es hacer, decia á Hyde, sobrado honor á esos rebeldes de Westminster tratarlos como si formasen todavía parte del parlamento, cuando no son mas que unos usurpadores de sus derechos. El acto por el que prometí no disolverlos sin su consentimiento me aseguran ser nulo de todo derecho, porque no está en mi mano abolir de este modo las prerrogativas de la corona : al fin quiero usar de ellas. Redáctese una proclama en que se declaren disueltas las cámaras, y se les prohiba á sus miembros reunirse y á los ciudadanos obedecerles.» Escuchábale Hyde con sorpresa porque tal proyecto le parecia insensato : «Veo, respondió, que V. M. ha examinado profundamente esta cuestion; tocante á mí me es absolutamente nueva, y por el pronto no comprendo como podrá llevarse á efecto una medida tan violenta. Puede que el acto de que habla V. M. sea en efecto nulo, como me inclino á creerlo; pero en tanto que el parlamento, vuelto en sí de sus errores ó reprimido en su rebelion, no lo haya declarado asi

él mismo, juzgo que no hay juez ni ciudadano que pueda opinar de ese modo. Además, mucho se ha hablado de que era tal la intencion de V. M., y que de esta manera se proponia anular todos los actos del parlamento. Tales rumores han sido muy perjudiciales á vuestra causa, y lo serán infinitamente mas si de este modo llegaran á confirmarse. Desearia que V. M. lo pensase mejor antes de decidirse.»

En cuanto se supo que Hyde habia hablado al rey con tanta franqueza, todos los miembros del consejo fueron de su dictámen. A pesar de su arrogancia era entre ellos tímido y vacilante el monarca, le embarazaban las objeciones, y cedia comunmente, no sabiendo que responder ó para abreviar una discusion que le disgustaba. Despues de algunos dias de aparentes dudas se abandonó al cabo el proyecto. Parecia sin embargo necesaria una gran medida, aunque no fuese mas que para mantener el espíritu realista, y no dejar que solo el parlamento tuviese en espectacion á todos. Puesto que tenia tal magia entre el pueblo el nombre del parlamento, se propuso convocar en Oxford á los miembros que se habian alejado de Westminster, oponiendo de este modo á una cámara rebelde otra legal y verdadera, en razon de que el rey formaria parte de la misma. No le plugo á Cárlos tal proyecto; hasta un parlamento realista le parecia sospechoso é importuno, porque tendria que escuchar sus consejos y tal vez condescender á una paz deshonrosa para el trono. Mayor fue todavía la resistencia de la reina, pues una asamblea inglesa no podia menos de contrariar á los católicos y á los favoritos. Pero, una vez conocida la proposicion, se hizo difícil desecharla; el partido realista la habia recibido con entusiasmo, y el mismo consejo insistia vivamente en sus ventajas por razon de los subsidios que votarian las nuevas cámaras, y por el descrédito que recaeria sobre las de Westminster al ver el número de miembros que las habia abandonado. Cárlos cedió á pesar de su repugnancia, de manera que la intencion de disolver un parlamento produjo la formacion de otro nuevo.

Alguna sensacion motivó en Lóndres tal medida. Se sabia que el partido realista renovaba en la capital sus tentativas; que se intentaba tratar secretamente de la paz sin la mediacion del parlamento; que se habia convenido ya en las bases de la negociacion, entre otras el reconocimiento de los empréstitos hechos en la Cité, cuyos intereses pagaban mal las cámaras, y que Cárlos garantiria. Otra trama se descubrió asimismo fuera de Lóndres, formada por los moderados y algunos dependientes oscuros para impedir la entrada de los escoceses en el reino y

descartarse á toda costa de los presbiterianos. En tanto la cámara baja acababa de perder el mas antiguo y útil de sus jefes: Pym habia sido arrebatado en pocos dias por una enfermedad; menos brillante que Hampden, no habia por esto prestado menos servicios.

Recto y enérgico, era habil á la vez para perseguir á un enemigo, y para dirigir una discusion ó una intriga; para fomentar el encono popular, y para empeñar en la defensa de su causa á los magnates vacilantes; era infatigable para las comisiones, escelente para dar cuenta de medidas decisivas: hallábase dispuesto siempre á encargarse de las funciones mas penosas y temibles: nunca se vió agitado por deseos de gloria ó de fortuna, y únicamente cedió á la ambicion de que triunfase su partido. Poco antes de la enfermedad habia publicado una apología de su conducta, dirigida sobre todo á los amigos del órden y de la paz, como impelido de inquietud por lo pasado y de espanto por las imputaciones del porvenir. Pero la muerte le libró como á Hampden del peligro de desmentir su vida; y lejos de abultar los posteriores revolucionarios tales como Cromwell, Vane y Haslerig unos leves indicios de zozobra de que dió muestras en sus últimos dias aquel veterano de la reforma nacional, todos preconizaron altamente su memoria. Su cuerpo quedó de manifiesto durante muchos dias, ya para satisfacer el anhelo del pueblo, ya para rechazar la voz esparcida por los realistas de que habia muerto de enfermedad pedicular. Una comision se ocupó de examinar el estado de su fortuna y de hacerle erigir un monumento en la abadía de Westminster; la cámara entera acompañó su féretro, y poco despues se encargó del pago de sus deudas contraidas todas al parecer en servicio de la patria, y que subian á 10,000 libras esterlinas.

Al tiempo que la cámara popular adoptaba estas disposiciones, una diputacion de la municipalidad se dirigia á los lores á dar gracias á ambas cámaras por su energía y al lord general por su valor, á renovar el juramento de vivir y de morir por su santa causa, y á invitarlas para un banquete solemne en prueba de la union.

El parlamento volvió á grangearse toda la confianza. El mismo dia en que debia reunirse la asamblea de Oxford tuvo lugar un llamamiento nominal en Westminster; solo acudieron veinte y dos lores á la cámara alta, pero en la otra se reunieron doscientos ochenta miembros: nótese que otros ciento estaban ausentes por órden ó por el servicio del parlamento. Resolvió este no sufrir de modo alguno que se pusiesen en duda sus derechos, y desechar toda relacion con los rivales que se les queria

dar. Poco tardó en ofrecérseles para ello coyuntura. No bien habian trascurrido ocho dias, cuando Essex envió sin abrirlo á la cámara alta un pliego que acababa de trasmitirle el conde de Forth, general en jefe del ejército del rey. Encargóse á una junta de inspeccion, y el informe que dió fue pronto y breve : el pliego no contenia nada que incumbiese á las dos cámaras, y el lord general debia volverlo á quien se lo enviaba. Essex obedeció al instante.

Solo á él con efecto se dirigia el pliego. Cuarenta y cinco lores y ciento diez y ocho miembros de la cámara baja reunidos en Oxford le participaban su instalacion, sus deseos pacíficos y las buenas disposiciones del rey, y le invitaban á que con todo su influjo procurase tambien que se determinasen por la paz *aquellos cuya confianza obtenia*. Solo con estas palabras se designaba á las cámaras de Westminster, en las cuales persistia Cárlos en no querer reconocer al parlamento.

El 18 de febrero recibió Essex otra carta en que el conde de Forth le pedia un salvo conducto para dos gentil-hombres que el rey queria enviar á Lóndres con instrucciones relativas á la paz. «Milord, le respondió Essex, cuando me pedireis un salvo conducto para que esos señores puedan dirigirse á las cámaras de parte del rey, haré cuanto esté de mi parte para contribuir á lo que desean todos los buenos ciudadanos, cual es que se restablezca una perfecta armonía entre S. M. y su único y fiel consejo, el parlamento.»

No tomó Cárlos á mal que fuesen tan intratables sus contrarios, y que la guerra fuese al fin su único partido. Pero la asamblea de Oxford no la echaba de arrogante; conocia su nulidad, dudaba de su derecho, no habia osado tomar el nombre de parlamento, y temia que el rey oponia un obstáculo á la paz negándolo al de Westminster. Por esto insistió todavía en que diese algun paso é hiciese alguna concesion capaz de suavizar los ánimos, y al cabo consintió Cárlos en escribir á las cámaras para proponerles una negociacion. El sobre decia asi : «A los lores y diputados del parlamento reunidos en Westminster;» pero hablaba de los *lores y diputados del parlamento reunidos en Westminster*. Pronto un enviado de Essex trajo la respuesta de las cámaras : «La carta de V. M., decian, nos da las mas tristes ideas tocante á la paz : en ella se da el mismo título que á nosotros á los que faltando á su deber han desertado del parlamento; y á este mismo parlamento, convocado segun las leyes conocidas y fundamentales del reino, autorizado para sus reuniones por una ley especial sancionada por V. M., se le niega hasta

su nombre. No podemos faltar al honor del país que se nos ha confiado, y es nuestro deber dar á conocer á V. M. que estamos decididos á defender con riesgo de nuestras vidas y haciendas los justos derechos y el pleno poder del parlamento (9 marzo 1644.)

Perdió la asamblea de Oxford toda esperanza de conciliacion, y consideró desde entonces por demás su existencia. Continuó sin embargo hasta el 16 de abril, publicando largas y tristes declaraciones, votando algunos impuestos y empréstitos, dirigiendo amargas quejas á las cámaras de Westminster, y dando al rey muchas pruebas de fidelidad; pero tímida, inactiva, impotente, y solo deseosa de grangearse alguna dignidad hablando constantemente al monarca del órden legal y de la paz. Este, que temia tales consejeros, tardó poco en encontrarlos tan importunos como inútiles: ellos mismos se cansaban del innoble papel que con tanta solemnidad hacian. Despues de pomposas protestas sobre que modelaria su conducta por sus consentimientos, Cárlos pronunció su disolucion, y á poco se felicitaba ya con la reina por verse libre «de ese parlamento raquítico, guarida de cobardes y foco de sediciosas mociones.»

Próxima á abrirse la campaña, se le anunciaba ya con pocos lisonjeros auspicios. A pesar de la inaccion de los dos ejércitos principales, la guerra habia continuado con ventaja para el parlamento en todo lo restante del reino. Al Nordeste, despues de seis semanas de triunfos, habian sido casi enteramente destruidos por Fairfax en el condado de Chester y junto á Natwich los regimientos llegados de Irlanda. Al Norte, habian empezado los escoceses su movimiento de invasion bajo las órdenes del conde de Leven. Salióles al encuentro lord Newcastle; pero durante su ausencia derrotó Fairfax en Selby á un numeroso cuerpo de realistas, y para librar la plaza de York de todo riesgo, se vió aquel precisado á encerrarse en ella. Al Este, se formaba un nuevo ejército de 14,000 hombres al mando de lord Manchester y de Cromwell, dispuesto á dirigirse donde fuese necesario un refuerzo. Al Mediodía, junto á Alresford, sir William Waller habia alcanzado una inesperada victoria sobre sir Ralph Hopton. Algunas ventajas del príncipe Roberto en los condados de Nottíngan y de Lancaster no compensaban ciertamente tantos descalabros. Aumentábase la indisciplina y el desórden entre los realistas, los hombres honrados se entristecian y disgustaban, mientras los demás exigian la licencia por precio de un arrojo sin virtud: de dia en dia ejercia menos influjo la autoridad del rey sobre los jefes y el de estos sobre los soldados. En Lóndres por el contrario eran cada vez mas enérgicas las medi-

das; quejábanse de que ninguna deliberacion de la cámara popular fuese secreta para el rey, al instante se dió un poder casi absoluto sobre la guerra y relaciones interiores y esteriores á un consejo compuesto de siete lores, de catorce representantes del pueblo y de cuatro comisionados escoceses. Llegó el entusiasmo á impeler varias familias á privarse de una comida por semana y dar su valor al parlamento, y no tardó esta abnegacion espontánea en ser, mediante un decreto de las cámaras, obligatoria á todos los habitantes de Lóndres y de sus alrededores. Estableciéronse derechos de consumo hasta entonces desconocidos sobre el vino, la cidra, la cerbeza, el tabaco y muchos otros géneros, y redobló su rigor la junta de secuestros. Al abrirse la campaña mantenia el parlamento cinco ejércitos, los de los escoceses, de Essex y de Fairfax, todos á cargo del tesoro público; y los de Manchester y de Waller por medio de contribuciones locales, percibidas semanalmente en ciertos condados que debian aprontarlas. Estas fuerzas subian á mas de 50,000 hombres, de los que disponia á su placer la junta nombrada de ambos reinos (1).

A pesar de la presuncion que reinaba en Oxford, no tardó en manifestarse una viva zozobra. Admirábanse de no recibir de Lóndres ninguna confidencia; solo se sabia que se hacian alli grandes preparativos, que el poder se concentraba en manos de los mas osados, que hablaban de medidas decisivas, y que todo tomaba en fin un siniestro aspecto. De repente cundió la voz de que Essex y Waller se han puesto en movimiento, y se adelantan para poner sitio á Oxford. La reina, embarazada de siete meses, manifestó querer partir al instante; en vano algunos miembros del consejo se aventuraron á deplorar el mal efecto de tal resolucion; en vano manifestó disgusto el mismo Cárlos: la sola idea de verse encerrada en la plaza sitiada le era segun decia, insoportable, y se moriria si no la permitian retirarse al Oeste, en algun punto donde pudiese parir lejos de la guerra, embarcándose en todo caso para Francia. Fuera de sí á la menor objecion se desesperaba, suplicaba y lloraba; nadie se atrevia á resistir á su voluntad; se le escogió por morada

(1) Los escoceses eran 21,000 hombres, y su manutencion mensual costaba 31,000 libras esterlinas: Waller mandaba 5,100; Essex 30,500, que costaban mensualmente 10,504 libras esterlinas; la manutencion del de Waller subia semanalmente á 2,638 libras esterlinas; Manchester mandaba 14,000 hombres, que costaban semanalmente 8,445 libras esterlinas; y Fairfax de 5 á 6,000; no se ha podido indagar á cuanto ascendia su manutencion y sueldo etc.

Exeter en el condado de Devon, y á últimos de abril se separó de su marido, que ya no debia verla mas.

Essex y Waller se dirigian en efecto á bloquear á Oxford, mientras Fairfax, Manchester y los escoceses iban á reunirse junto á York para sitiar la plaza. De este modo las dos grandes ciudades y los dos poderosos ejércitos realistas, el del rey y el de Newcastle, eran atacados á la vez por todas las fuerzas del parlamento. Tal era el plan sencillo y osado que acababa de adoptar la junta de ambos reinos.

A últimos de mayo casi estaba bloqueada Oxford : las tropas del rey sucesivamente desalojadas de las plazas que ocupaban en los alrededores, tuvieron que replegarse, unas en la ciudad y otras al Norte de ella ; ningun socorro podia llegar á tiempo ; el príncipe Roberto se habia internado en el condado de Lancaster ; el príncipe Mauricio sitiaba en Dorset el puerto de Lyme, y lord Hopton permanecia en Bristol para salvar la plaza de las conspiraciones que se tramaban para entregarla al enemigo. Un refuerzo de 8,000 milicianos de Lóndres ponia á Essex en estado de completar el bloqueo. Parecia tan inminente el riesgo, que uno de los mas fieles consejeros del rey le propuso entregarse personalmente al conde : «Puede, respondió indignado, que me encuentren en poder del conde, pero muerto.» Esparcióse por Lóndres la voz de que viéndose apretado el rey, intentaba dirigirse de repente sobre la capital ó ponerse bajo la proteccion del lord general. «Milord, escribieron al instante á Essex los diputados llenos de sobresalto, es general por aquí la voz de que el rey viene á Lóndres, y deseamos que procureis descubrir el fundamento de tales rumores ; si algun dia llega á vuestra noticia que S. M. se propone retirarse, bien sea por aquí ó en el ejército, creemos que dareis al instante aviso á las cámaras, y no emprendereis nada sin su consentimiento.» Comprendió Essex la desconfianza que encubrian estas palabras. «Ignoro absolutamente, respondió, de donde procede el rumor de que S. M. se dirige á Lóndres y procuraré descubrirlo ; pero juzgo que en la capital es donde mejor podrá saberse, pues el ejército lo ignora. Si llega á mi noticia que el rey quiere presentarse al ejército ó al parlamento, os informaré al instante ; mas no se que motivo haya para creerlo, y en todo caso seré yo el último que lo sepa.»

Otro rumor bien distinto y mas cierto sorprendió á poco al parlamento y al ejército : el rey estaba en salvo. El 3 de júnio á las 9 de la noche, seguido del príncipe de Galles y dejando en la plaza al duque de York con toda la córte, salió de Oxford, atravesó dos campamentos ene-

migos, se reunió á un cuerpo de tropas ligeras que le esperaba hácia el Norte, y en poco tiempo estuvo fuera de alcance.

Llegó á lo sumo la sorpresa, y se debió tomar una pronta resolucion. Carecia ya de objeto el sitio de Oxford; no tardaria en presentarse el rey con fuerzas formidables, y convenia sobre manera impedirle que se reuniera al príncipe Roberto. Essex convocó un gran consejo de guerra, y propuso que Waller, libre de bagages y gruesa artillería, siguiese en persecucion del rey, mientras él marchaba al Oeste para hacer levantar el sitio de Lyme, y reducir el pais á poder del parlamento. Waller desechó este plan, por no ser tal, dijo, el destino señalado por la junta de ambos reinos á los dos ejércitos caso que debiesen separarse: tocábale á él el mando del Oeste. El consejo de guerra fue del parecer del lord general; Essex reclamó con orgullo la sumision, y Waller obedeció, poniéndose sin retardo en movimiento, aunque habiendo antes dirigido amargas quejas á la junta sobre el desprecio que hacia el conde de sus instrucciones.

Vivamente ofendida esta, pasó la queja á la cámara, y al instante se dió órden á Essex para que persiguiese al rey, y dejase á Waller solo en el Oeste como hubiera debido practicarlo.

No muy alegre habia entrado el conde en campaña; durante el invierno, sus enemigos habian vuelto en sí de su estupor y le tendian mil lazos; poco antes de su partida una peticion popular habia clamado por la reforma de su ejército, y las cámaras la escucharon sin muestras de descontento; el ejército de Waller estaba mas provisto y era pagado con mas exactitud; evidentemente para reemplazarle en todo caso, formaba Manchester otro; en Lóndres y en su campamento se indignaban sus amigos viendo que desde una sala de Westminster unos hombres estraños á la guerra querian arreglar las operaciones y prescribir movimientos á los generales. El conde contestó á la junta: «Vuestras órdenes son contrarias á la razon y á la disciplina militar; si retrocediese, no seria poco el ánimo y fuerza moral que cobraria el enemigo. Vuestro inocente, si bien que sospechoso servidor, Essex.» Y continuó su marcha.

Sorprendida la junta, dejó para otra ocasion su queja y encono, pues aun los enemigos del conde no se sentian bastante fuertes para perderle ni aun para despreciar sus servicios. Contentáronse de consiguiente con dirigirle una reprension sobre el tono de su carta, y le mandaron seguir en la espedicion que por el anterior mensaje se le prescribia abandonar.

Las noticias del ejército de Waller confirmaron tan prudentes dispo-

siciones. Despues de haber perseguido en vano al rey, se encontraba á su vez en peligro aquel favorito de la junta. En cuanto supo Cárlos que se habian separado los dos generales del parlamento, y que solo debia hacer frente á uno, se detuvo, escribió al príncipe Roberto que acudiese prontamente al socorro de York, y tomando una resolucion atrevida volvió á entrar en York á los diez y siete dias de su salida, se puso á la cabeza de sus tropas, y tomó la ofensiva; mientras Waller le buscaba todavía en el condado de Worcester. Al rumor de los movimientos del rey, volvió apresuradamente el parlamentario, como que solo él quedaba para cubrir el camino de Lóndres; reunió algunos refuerzos, y se adelantó con su acostumbrada confianza para ofrecer ó aceptar al menos el combate. Cárlos y los suyos, animados del ardor que inspira una ventaja inesperada despues de un grave riesgo, lo deseaban aun mas vivamente. La accion se empeñó el 29 de junio en Copredybridge, condado de Buckingham, y á pesar de una honrosa resistencia, fue batido Waller, mas completamente aun de lo que creyeron al principio los vencedores.

La fortuna pareció inspirar á Cárlos una osadía y una táctica hasta entonces desconocida. Tranquilo tocante á Waller, resuelve marchar al Oeste, acosar á Essex, y destruir de esta manera en detall á dos ejércitos que poco antes casi le tenian prisionero. Por otra parte el conde se habia presentado junto á Exeter, residencia de la reina, que recien parida ignoraba los movimientos de la campaña, y volveria á sus terrores. Dos dias despues de su victoria se puso Cárlos en movimiento, y al propio tiempo para hacer agradable al pueblo su victoria mas que por un sincero deseo de la paz, dirigió desde Evesham un mensaje á las cámaras, en que sin darles el nombre de parlamento se deshacia en protestas pacíficas, y ofrecia volver á abrir las negociaciones.

Pero, antes que este mensaje llegase á Lóndres, se habia desvanecido todo motivo de recelo: la derrota de Waller era ya considerada como un accidente de poca importancia; el parlamento acababa de saber que sus generales habian alcanzado junto á York la mas brillante victoria; que la ciudad no podia tardar en rendirse, y que por fin estaba casi aniquilado el partido realista del Norte.

En efecto, el 2 de julio en Marston-Moor tuvo lugar desde las siete hasta las diez de la noche una batalla decisiva que debia producir resultados de la mayor consecuencia. Tres dias antes, al acercarse á York el príncipe Roberjo con 20,000 hombres, estaban decididos los parlamentarios á levantar el sitio, anhelando solo que no entrasen socorros en la

plaza; pero el príncipe burló sus planes, y entró en York sin combatir. Newcastle le instó vivamente á que se contentase con tan feliz resultado, pues la discordia, decia, fermentaba en el campamento enemigo; los escoceses estaban mal con los ingleses, los independientes con los presbiterianos; y el teniente general Cromwell con el mayor-general Crawford; por último le rogaba que si insistia en presentar la batalla aguardase á lo menos un refuerzo de 3,000 hombres que llegaria dentro de pocos dias. Roberto apenas se dignó escucharle; respondió que tenia órdenes del rey, y mandó á sus tropas que marchasen sobre el enemigo que se iba retirando. Pronto alcanzaron su retaguardia, y ambos ejércitos se prepararon para el combate. Casi á tiro de fusil y separados solo por algunas zanjas, permanecieron inmóviles y silenciosos los combatientes por espacio de dos horas, esperando mútuamente el ataque. «¿A qué punto me destina V. A.? preguntó Newcastle al príncipe.—No cuento empeñar la accion hasta mañana por la mañana, le dijo Roberto; podeis descansar hasta entonces.»

Newcastle se retiraba, cuando el tiroteo le dió á conocer que la batalla habia principiado, y acudió allá á la cabeza de algunos gentil-hombres ofendidos y voluntarios como él. En pocos instantes todo fue horroroso desórden en la llanura: los dos ejércitos se mezclaron casi al azar; parlamentarios y realistas, infantería y caballería, oficiales y soldados, todos andaban errantes ó por bandadas, pidiendo órdenes, buscando á sus cuerpos, batiéndose cuando encontraban al enemigo; pero tan sin resultado como sin plan. De repente se declaró en derrota el ala derecha de los parlamentarios; la caballería escocesa, rota y aterrada por una valiente carga de los realistas, se dispersó completamente: en vano quiso Fairfax contenerla; los escoceses huian esclamando: ¡Somos perdidos! Esparcióse rápidamente la noticia de su derrota hasta llegar á Oxford, donde hubo algunas horas de regocijo. Pero, al volver al campo de batalla los realistas lo encontraron en poder de un enemigo vencedor; el ala derecha, aunque mandada por el mismo Roberto, habia sido arrollada despues de encarnizada lucha por el tenaz arrojo de Cromwell y de sus escuadrones; la infantería de Manchester habia consumado la derrota; y contento Cromwel con la ventaja, habia vuelto al campo para asegurarse la victoria antes de lograr sus frutos. Titubearon un momento los dos cuerpos victoriosos, se cargaron con furor; pero á las diez no quedó un realista en toda la llanura, esceptos 3,000 muertos, y 1,600 prisioneros.

Roberto y Newcastle entraron aquella misma noche en York sin verse, y se dirigieron mútuamente un mensaje: «He resuelto, escribió el príncipe, partir con mi caballería y lo que me queda de infantería.— Parto al momento, escribió Newcastle, á embarcarme para el continente.» Ambos cumplieron su palabra: Newcastle se embarcó en Scarbourgh, y Roberto se puso en marcha para Chester con los restos de su ejército: York capituló á los quince dias.

El partido independiente se entregó al júbilo; tan brillante jornada se debia á sus jefes y á sus soldados; la pericia de Cromwell habia decidido la victoria. Por la vez primera los escuadrones parlamentarios habian arrollado á los realistas, y esto se debia á los ginetes de Cromwell: sobre el campo de batalla habian recibido el nombre de *troncos de hierro.* El mismo estandarte del príncipe Roberto atestiguaba su triunfo; y hubiera podido enviar otros ciento á las cámaras si en su entusiasmo no los hubiesen los parlamentarios destrozado para adornarse. Essex habia vencido dos veces, pero como á la fuerza y para salvar al parlamento próximo á sucumbir; mas los independientes buscaban el combate y los peligros. ¿Esos escoceses, que tan débiles se habian mostrado en aquella brillante jornada, pretenderian acaso someterlos á su tiranía presbiteriana? ¿Se hablaria aun de la paz como de una necesidad? Solo la victoria y la libertad eran necesarias; esto era lo que se debia conquistar á todo precio, consumando la feliz reforma tantas veces comprometida por hombres interesados ó tímidos, y otras tantas salvada por el brazo del Señor. En todas partes resonaba este lenguaje; do quier los independientes, libertinos ó fanáticos, paisanos, predicadores ó soldados, espresaban sus pasiones y sus sentimientos y en todo se mezclaba el nombre de Cromwell que empezaba á ser famoso en guerra y en política. «Milord, dijo un dia á Manchester, en quien confiaba todavía su partido, entregaos á nosotros; no digais ya que debe mirarse por la paz, contemporizarse con los lores, y temerse una negativa del parlamento; ¿para qué necesitamos la paz y la nobleza? Nada adelantaremos mientras vos no os llameis simplemente Montague; si favoreceis á los hombres honrados, pronto os encontrareis á la cabeza de un ejército que dará la ley á Cárlos y al parlamento.»

A pesar de tan aventuradas esperanzas ignoraba el mismo Cromwell cuan cercano estaba el triunfo de su partido, y la triste suerte que le esperaba al enemigo á quien mas temia.

Essex se habia ido internando en el Oeste tras fáciles ventajas, desconociendo los peligros que le acosaban. En tres semanas hizo levantar el

sitio de Lyme, ocupó á Weimouth, Barnstaple, Tiverton y Tauntou, y dispersó casi sin combatir los cuerpos realistas que intentaban detenerlo. Al acercarse á Exeter le envió á pedir la reina un salvo-conducto para pasar á Bath á rehacerse de su parto. «Si V. M., le respondió, quiere pasar á Lóndres, no solo la ofrezco un salvo conducto, sino que la acompañaré yo mismo; allí recibirá los mejores consejos y desvelos para el restablecimiento de su salud: si otra cosa se me pide no puedo acceder á ello sin participarlo al parlamento.» Llena de terror la reina huyó á Talmouth, donde se embarcó para Francia, y Essex siguió su marcha. Todavía estaba á la vista de Exeter, cuando supo que el rey, vencedor de Waller, se adelantaba rápidamente contra él, reuniendo cuantas fuerzas encontraba. Convocóse un consejo de guerra para decidir si se debia seguir adelante ó salir al encuentro de Cárlos. Essex se inclinaba á esto último; pero muchos oficiales que poseian bienes en Cornouailles, hácia cuyo punto marchaban, se habian propuesto cobrar su rentas atrasadas, y desecharon toda idea de retirada, diciendo que Cornouailles se sublevaria á su favor, perdiendo el rey uno de los condados que le eran mas adictos.

Essex se dejó persuadir, y se internó en formidables desfiladeros, escribiendo á Lóndres que le enviasen refuerzos. El pueblo de Cornouailles no se levantó á su favor, el ejército carecia de víveres, y el rey le acosaba de cerca. Escribió de nuevo á Lóndres que su situacion era peligrosa y se hacia forzoso que Waller ó algun otro picase la retaguardia del ejército del rey para sacar al suyo del aprieto. La junta de ambos reinos movió gran ruido con sus apuros, y pareció animada de sumo ardor para socorrerlo: se prescribieron públicas rogativas; se pasaron órdenes á Waller, Middleton y al mismo Manchester, que habia vuelto del Norte con parte de su ejército: todos á su vez manifestaron el mayor ardimiento: «Que me envien dinero y hombres, escribia Waller; testigo el cielo, que no es por culpa mia si tardo; ¡caiga el deshonor y la sangre sobre los que motiven mi retardo! Si no me llega dinero, iré sin él;» pero no se movió. Middleton usó el mismo lenguaje, se puso en movimiento, pero se detuvo al menor obstáculo. Manchester no destacó ningun cuerpo de su ejército. Asegurados con la victoria de Marston-Moor los jefes de los independientes, Vane, Saint-John, Ireton y Cromwell, nada les importaba comprar con un gran descalabro la ruina de su enemigo.

Sabian que aun en estos momentos de apuro tenia Essex su suerte en las manos. El 6 de agosto le dirigió el rey una carta muy cortés y llena

de promesas, en que le instaba á que volviese la paz á su país. Llevósela lord Beauchamp, sobrino del conde, y parecia que la recibian favorablemente muchos coroneles de su ejército. «No puedo contestar, dijo Essex; solo aconsejaré al rey que vuelva al parlamento.» Cárlos no insistió; quizás aun, á pesar del desastre de Marston-Moor, deseaba muy poco la intervencion de tal mediador; pero en torno suyo habia obstinados partidarios de la paz; el espíritu de independencia y de exámen dominaba entre los realistas; el nombre del rey no ejercia ya sobre ellos su antiguo imperio, y muchos oficiales discutian libremente en sus reuniones los negocios públicos y sus voluntades.

Persuadidos á que si habia Essex desechado toda negociacion era porque las promesas del rey se le presentaban sin garantía, determinaron ofrecérsela, y le invitaron á conferenciar con ellos. Lord Wilmot y lord Piercy, comandantes de caballería y de artillería, estaban al frente de esta trama; era el primero de estos, osado, animoso y estimado por su alegre afabilidad, y el otro se distinguia por su carácter frio, arrogante, por su audacia y por su aficion á dar banquetes á sus oficiales. Al saber Cárlos este proyecto se encolerizó; pero la intencion gustaba aun á los mismos que la criticaban y por lo tanto se tomó el partido de consentir: la carta que se envió al lord-general tenia un carácter oficial, é iba firmada por el príncipe Mauricio y el conde de Brentdford, general en jefe del ejército. «Milores, respondió Essex, al principio de vuestra carta hablais de la autorizacion que teneis para dirigírmela, tocante á mí, no me ha dado ninguna el parlamento, y no podria hacerlo sin ser traidor á mi juramento. Vuestro servidor Essex.» Tan seca negativa irritó á los realistas y ya no se habló mas de negociacion; Wilmot y Piercy perdieron sus mandos, y volvieron á empezar las hostilidades.

Pronto se encontró Essex en una situacion desesperada: combatia diariamente, y solo para caminar de peligro en peligro; se cansaban sus soldados y se empezaba á murmurar; los estrechaba cada vez mas el rey, levantando reductos; se veia ya la caballería imposibilitada de ir por forraje; apenas le quedaban libres algunas comunicaciones con la costa, que es por donde solo podia procurarse víveres; y á últimos de agosto estaba ya tan acosado, que los realistas podian ver lo que pasaba en su campamento. En tal estremidad, mandó á la caballería, á cuyo frente estaba sir Willian Balfour, que atravesase como pudiese entre los enemigos, y se puso en marcha con la infantería para llegar al puerto de Foy. A favor de la noche y de la niebla, logró pasar la caballería entre dos

cuerpos realistas; pero la infantería, internada por caminos estrechos y fangosos, perseguida por el ejército del rey, y obligada á abandonar á cada paso cañones y bagajes, perdió en fin toda esperanza, y se habló de capitular. Abatido Essex, turbado, y anhelando solo sustraerse á tanta humillacion, huyó sin consultar á nadie, seguido solo de dos oficiales, ganó la costa y se embarcó para Plymouth, dejando su ejército á las órdenes de Skippon, mayor-general.

En cuanto se supo su partida, convocó este un consejo de guerra: «Señores, dijo, nuestro general con algunos principales jefes ha juzgado conducente abandonarnos; nuestra caballería ha partido, y nos encontramos solos para defendernos: he aquí lo que os propongo: tenemos tanto valor como nuestra caballería y podemos confiar en que ha de ayudarnos el mismo Dios en quien aquella funda su esperanza; probemos pues fortuna; abrámonos paso al través del enemigo: vale mas morir con honor que salvarse con mengua.» Pero el heroismo de Skippon no encontró eco: muchos oficiales, valientes y leales, pero presbiterianos ó moderados como Essex, estaban tristes y desalentados. El rey les hizo proponer una capitulacion inesperada; solo exigia que se le entregase la artillería, las municiones y las armas; por lo demás, oficiales y soldados quedaban libres, y serian conducidos con seguridad hasta los cuarteles del parlamento. Aceptáronse estas condiciones, y escoltados los batallones parlamentarios por escuadrones realistas, atravesaron desarmados y sin general esos condados que en otro tiempo habian recorrido como vencedores.

Entre tanto desembarcó Essex en Plymouth, y dió cuenta al parlamento de su desastre: «Es el golpe mas terrible, decia, que haya recibido jamás nuestro partido; solo deseo ser juzgado: tales desgracias no deben ser sofocadas.» Ocho dias despues recibió en Lóndres esta respuesta:

«Milord: la junta de ambos reinos ha comunicado á las cámaras del parlamento vuestra carta fecha en Plymouth, y nos manda manifestaros que, comprenden la gravedad de esta desgracia, pero que se someten á la voluntad de Dios, y que en nada habeis desmerecido su confianza fundada en vuestros méritos y en vuestra lealtad. Han resuelto hechar mano de sus mas enérgicos esfuerzos para reparar esta pérdida, y confiaros un ejército que con la bendicion de Dios pueda poner en mejor estado nuestros negocios. El conde de Manchester y sir William Waller han recibido órden de marchar con todas sus tropas á Dorchester. El parlamento ha

mandado asimismo que se os envien 6,000 fusiles, 6,000 uniformes y 500 pares de pistolas, para equipar y reanimar á vuestros soldados. Creen todos que vuestra permanencia en este condado, para reorganizar y poner en movimiento los distintos cuerpos, tendrá los mas saludables efectos.»

Grande fue la sorpresa del conde : esperaba persecuciones, ó cuando menos amargas quejas; pero su fidelidad recientemente probada, la grandeza misma de su descalabro y la necesidad de hacer frente al enemigo, unia á sus partidarios los hombres vacilantes, y contenia á sus enemigos. Essex, afligido por su desgracia y por su falta, ya no les parecia temible : le conocian, y preveian que pronto para no esponerse á golpes tan terribles abandonaria el campo. Hasta entonces, tratándole con dignidad se daba muestras de energía; se evitaba una informacion desagradable tambien acerca de las causas del acontecimiento; y por último se empeñaba á hacer un nuevo esfuerzo á los partidarios mismos de la paz. Tan hábiles como ardorosos los jefes de los independientes, callaron, y el parlamento pareció sostener con unánime dignidad tamaño desastre.

La actividad y la firmeza de su ademan paralizaron un tanto los movimientos del rey, quien dirigió á las cámaras un mensaje pacífico, y se contentó despues con amenazar algunas plazas, como Plymouth, Lyme, y Porstmouth, que se rindieron. Mas á últimos de setiembre supo que Montrose habia por fin encendido la guerra civil en Escocia, y alcanzaba ventajas.

Despues de la batalla de Marston-Moor, disfrazado de criado, y seguido solo de sus amigos, habia aquel jefe pasado á pié la frontera de Escocia dirigiéndose a Strathern á casa de un primo suyo, para aguardar el desembarco de los auxiliares irlandeses que Antrim debia enviarle. Ocultábase de dia, y andaba de noche errante por los cercanos montes, oyendo en persona las relaciones de sus confidentes. Pronto supo que habian desembarcado ya los irlandeses, y que se adelantaban robando y saqueando, pero sin saber donde dirigirse, y buscando á su vez el general que se les habia prometido. Acercábanse al condado de Athol; se les presentó de repente Montrose en trage de montañés, y acompañado de un solo criado : al instante le reconocieron por jefe. Al rumor de su llegada acudieron muchas bandas, y sin perder momento las llevó al combate, exigiéndolo todo de su valor, y prometiéndolo todo á su rapacidad : quince dias despues habia ganado dos batallas, ocupado á Perth,

tomado por asalto á Aberdeen, sublevado las tribus del Norte y llevado el terror hasta las murallas de Edimburgo.

Al saber estas noticias, se lisonjeó Cárlos de que estaba reparado el desastre de Marston-Moor, que el parlamento encontraria pronto en el Norte un poderoso contrario, y que él podia sin temor continuar sus correrías por el Mediodía. Resolvió marchar sobre Lóndres, y para dar á su espedicion una apariencia popular y decisiva, publicó al partir una proclama invitando á todos sus súbditos del Mediodía y del Este á levantarse en masa, elegirse oficiales, y reunírsele, para ir á intimar con él á las cámaras que aceptasen por último la paz.

Pero estas habian tomado sus medidas : ya las tropas de Manchester, de Waller y de Essex reunidas cubrian á Lóndres hácia el Oeste; jamás el parlamento habia reunido tan grande ejército en un solo punto; y aun, al rumor de la proximidad del rey, le reforzaron cinco regimientos de la milicia de Lóndres bajo las órdenes de sir James Harrington. Estableciéronse al propio tiempo nuevos pechos; la cámara baja decretó que la vajilla del rey, hasta entonces depositada en la torre, se fundiese para el servicio público. Por último, cuando se supo que ambos ejércitos estaban á la vista, se cerraron las tiendas, el pueblo se precipitó á los templos, y se prescribió un ayuno solemne para invocar las bendiciones del Señor tocante á la próxima batalla.

En el campo y en la capital se esperaban con impaciencia los resultados : solo Essex, triste y enfermo, permanecia inmóvil en Lóndres, si bien que revestido del mando. Informadas las cámaras de que no partia, le enviaron una comision para darle pruebas de su afectuosa confianza. Essex les dió gracias, pero no salió para el ejército. La batalla se empeñó en su ausencia á Newbury, el 27 de octubre, casi en las mismas posiciones donde el año anterior al volver de Glocerter habia vencido tan gloriosamente. En su ausencia mandaba lord Manchester. La accion fue larga y encarnizada; los soldados de Essex sobre todo hicieron prodigios; al ver los cañones que habian perdido en el condado de Cornuailles se precipitaron sobre las baterías reales, recobraron las piezas, y se las llevaron abrazándolas con transporte. En cambio sufrieron un fuerte descalabro algunos regimientos de Manchester. Por algunas horas ambos partidos se atribuyeron la victoria; pero al dia siguiente renunció Cárlos á sus proyectos sobre Lóndres, y empezó su movimiento de retirada para ir á Oxford á tomar cuarteles de invierno.

El parlamento no exageró en nada su triunfo; no se celebró ninguna

ceremonia en accion de gracias, y al dia siguiente de aquel en que llegó á Lóndres la noticia de la batalla, tuvo lugar segun costumbre el ayuno mensual de las cámaras, como si ningun motivo hubiese de regocijo. El público se admiraba de tanta frialdad. Pronto circularon rumores alarmantes : la victoria, decian, hubiera podido ser mas decisiva, pero la discordia reinaba entre los generales, y habian permitido que se retirase el rey sin obstáculo al resplandor de una clara luna, cuando hubiera bastado el menor movimiento para impedírselo. La murmuracion llegó al estremo cuando se supo que el rey se habia vuelto á presentar en los alrededores de Newbury; que habia sacado libremente su artillería del castillo de Donington, y aun ofrecido de nuevo la batalla sin que el ejército saliese de su inmovilidad.

El clamor fue general; la cámara baja ordenó una informacion : solo esta coyuntura aguardaba Cromwell para romper el silencio : « Todo debe imputarse, dijo, al conde de Manchester; desde la victoria de Marston-Moor teme vencer por decirlo asi; cuando el enemigo reapareció junto á Newbury nada era mas fácil que destruir enteramente su ejército; fuí en busca del general, le manifesté como podia lograrse, pedí permiso para atacar con mi sola brigada, otros oficiales insistieron conmigo; pero se negó obstinadamente, y añadió, que el rey aunque destruyésemos su ejército siempre seria rey, y pronto encontraria otro, mientras que si nosotros eramos batidos, seriamos considerados como rebeldes y traidores y seriamos infaliblemente condenados en virtud de la ley.» Estas últimas palabras conmovieron vivamente á la cámara, pues no podia sufrir que se dudase de la legalidad de su resistencia. Al dia siguiente rechazó Manchester el ataque en la cámara alta, esplicó su conducta y sus palabras, y acusó á su vez á Cromwell de indisciplinado, de falso, y aun de traidor y pérfido, puesto que el dia de la batalla no ocupó el punto que se le habia señalado. Cromwell no respondió á estos cargos limitándose solo á renovar sus violentas acusaciones.

Grande fue la emocion entre los presbiterianos : hacia ya tiempo que Cromwell era objeto de sus alarmas. Se le habia visto sumiso y adulador con Manchester, exaltándole contra Essex, y adquiriendo despues sobre su ejército mas ascendiente que el mismo general. A él acudian los independientes, los sectarios de todos colores, tan enemigos del pacto con Escocia y los del rey; bajo su proteccion dominaba una licencia fanática; todos hablaban, oraban y predicaban á su placer. En vano para neutralizar su influencia se habia nombrado mayor-general al coronel

Skeldon Crawford, escocés y rígido presbiteriano, pues solo habia sabido acusar locamente á Cromwell de cobardía, mientras él mismo fue blanco de mil acusaciones y denunciaciones al parlamento y al pueblo.

Animado Cromwell con esta ventaja y los visibles progresos de su partido, se habia declarado abiertamente patrono de la libertad de conciencia, y habia obtenido de las cámaras la formacion de una junta encargada de indagar como se podria contentar á los disidentes ó dejarlos en paz. Ahora atacaba ya al mismo Manchester, hablaba con insulto de los escoceses, se envanecia de poder triunfar sin ellos, de sacarlos de Inglaterra si pretendian oprimirle, y llegaba su audacia hasta declararse contra el trono, contra los lores, y contra todo el órden antiguo y legal del país. Irritados é inquietos los jefes de los presbiterianos y políticos moderados, se reunieron en casa de Essex para discutir de que modo podrian librarse de tan peligroso enemigo. Despues de una larga conferencia resolvieron consultar á Withelocke y Maynard, ambos sabios jurisconsultos, acreditados en la cámara, y que no sin motivo creian ser favorables á su causa. Se les envió á buscar de parte del lord-general, casi á media noche, sin decirles de que se trataba. Llegaron algo agitados por lo estraordinario del llamamiento. «Señores, les dijo lord Lowden, canciller de Escocia, bien sabeis que el teniente general Cromweil no ha cesado de hacernos odiosos desde nuestra entrada en Inglaterra; tampoco ignorais que odia á todos nosotros y al lord-general, por tantos títulos respetable, y finalmente sabeis que segun nuestro pacto debe ser perseguido todo *incendiario*. Por tal reputan las leyes de Escocia al que escita la discordia. Deseamos saber de vuestra ilustracion si tiene esa palabra la misma acepcion segun las leyes inglesas, si puede aplicarse contra Cromwell, y si debe por tanto ser perseguido.»

Los dos jurisconsultos se miraron, y despues de algunos momentos de silencio: «Ya que nadie toma la palabra, dijo Whitelocke, diré mi parecer para probar mi sumision á S. E. La palabra *incendiario* tiene entre nosotros la misma acepcion que entre los escoceses; pero solo probando que Cromwell ha procurado escitar la discordia entre los dos reinos podrá decirse que merece esta calificacion. Seguramente que ni S. E. ni nadie entrará en tal cuestion sin fundamento sólido.

Fuera de que, Cromwell es osado, hábil, muy fecundo en recursos, y ha adquirido últimamente mucha influencia en la cámara: seguramente que tampoco le faltarán entre los lores amigos para sostenerlo. Por mi parte no he oido ni tengo la menor noticia de ningun hecho que

lo califique de incendiario. Dudo pues que sea prudente intentar esta acusacion sin reunir antes las pruebas suficientes; si en efecto llegan á reunirse datos, entonces podrá ser útil convocarnos de nuevo, y entonces daremos nuestro parecer.»

Maynard vino á decir lo mismo, y añadió que la palabra incendiario no estaba muy en boga en Inglaterra, y daria lugar á incertidumbres. Hollis, Stapleton y Merrick se aferraron en su plan, diciendo que Cromwell no tenia tanta influencia en la cámara; que se encargaban de acusarlo, y que recordaban muy bien hechos y palabras que le hacian culpable; pero los comisionados escoceses rehusaron empeñarse en esta lucha. A las dos de la madrugada se retiraron Maynard y Whitelocke, y la conferencia no tuvo otro resultado que escitar á Cromwell á que redoblase sus golpes, puesto que, «algun falso hermano» dijo Whitelocke (quizá fue él mismo) le informó de lo pasado.

Essex y sus amigos buscaron al mal otro remedio: todas sus ideas se volvieron hácia la paz. Nunca las cámaras la habian puesto en olvido; á veces se hacian solemnes mociones, en que la voz del presidente decidia de la suerte del pais; los embajadores de Francia y de Holanda pasaban sin cesar de Lóndres á Oxford, ofreciendo su mediacion, rara vez sincera, y siempre eludida aunque con embarazo. Eran tantos los que deseaban la paz, que nadie osaba contrariarla abiertamente, y hacia dos meses que una junta de miembros de ambas cámaras y de los comisionados escoceses trabajaba en redactar las proposiciones. De repente activó este trabajo el partido presbiteriano, y en pocos dias las proposiciones fueron presentadas á las cámaras, discutidas y adoptadas, de manera que el 20 de noviembre partieron nueve comisionados para llevarlas al rey. Creíanle en Wallingford, y se presentaron delante de la plaza; á las dos horas se les recibió por fin para decirles que el rey habia partido y que le encontrarian probablemente en Oxford. Deseaban hacer noche en Wallingford; pero en vista de las amenazas de la guarnicion, juzgaron prudente retirarse. Al dia siguiente, cercanos ya de Oxford, se detuvieron sobre una colina á quinientos pasos de la ciudad, y se hicieron anunciar al gobernador. Trascurrieron algunas horas, y no llegaba respuesta. El rey, paseándose en su jardin, percibió sobre la colina el grupo que formaban los comisionados y su séquito, preguntó quien eran, y dió al instante órden para que fuesen introducidos y alojados, espresándoles cuanto sentia haberles hecho esperar tanto. A su tránsito por las calles se agrupaba el gentio, los llenaba de insultos, y

aun les echaba piedras y lodo. No bien habian llegado á su alojamiento, cuando estalló un tumulto; Hollis y Whitelocke salieron al instante; algunos oficiales realistas llamaban ***miserables, traidores y rebeldes*** á los del séquito de los comisionados, y no querian permitir que se acercasen al hogar. Hollis cogió por el cuello á uno de los oficiales, y lo sacó á fuera, echándole en cara su conducta. Whitelocke hizo otro tanto; se cerraron las puertas de la posada, y el gobernador les dió una guardia. Al anochecer, muchos miembros del consejo, Hyde entre ellos, pasaron á ver á los comisionados, escusaron tales desórdenes, les dieron muestras de sus deseos pacíficos y les participaron que el rey los recibiria al dia siguiente.

La audiencia fue corta: lord Denbigh leyó en alta voz en presencia del consejo y de la córte las proposiciones del parlamento, tales que el rey no podia aceptarlas; se le pedia que entregase su poder á la desconfianza de las cámaras, y su partido á la venganza; mas de una vez se oyó entre los presentes un murmullo de cólera; sobre todo, cuando se leyó que quedaban escluidos de toda amnistía los príncipes Roberto y Mauricio, que estaban presentes, todos se echaron á reir; pero el rey les impuso silencio con mirar severo, y continuó escuchando con paciencia y gravedad. Concluida la lectura:

«¿Teneis poderes para tratar? dijo á lord Denbigh.

—No señor; nuestra mision consiste en presentar á V. M. las proposiciones, y á solicitar su respuesta por escrito.—Está bien, os la enviaré asi que pueda;» y los comisionados se retiraron.

Al anochecer, Hollis y Whitelocke con asentimiento de sus colegas hicieron una visita á lord Denbigh, gentil-hombre de cámara, en otro tiempo amigo suyo, y á quien sus heridas habian impedido pasar á verlos. No habia trascurrido un cuarto de hora cuando entró el rey y les dijo con muestras de afecto:

«Siento mucho que no me hayais hecho proposiciones mas razonables.

—Señor, dijo Hollis, son las que el parlamento ha creido deber adoptar, y espero que podrán tener buenos resultados.

El Rey: Lo sé; no podiais traer mas que lo que os entregaban, pero confieso que algunas de estas proposiciones me han admirado sobre manera; seguramente no podeis creer que la razon y el honor me permitan acceder á ellas.

Hollis: Bien es verdad que yo las hubiera deseado mejores; pero la mayoria...

El Rey : Harto presumo que vos y vuestros amigos habreis hecho esfuerzos para ello : me consta que deseais la paz.

Whitelocke : He tenido el honor de acercarme con este deseo á V. M., y siento no haberlo alcanzado.

El Rey : Desearia que todos pensasen como vosotros, pues entonces concluiria pronto la querella; quiero tambien la paz, y en prueba de ello y para probaros la confianza que pongo en los dos, os pido vuestros consejos tocante á la respuesta que debo dar á estas proposiciones para que produzcan la paz.

Hollis : Disimule V. M. si en la actualidad no podemos dar una respuesta.

Whitelocke : Solo casualmente nos encontramos aquí, y nuestras funciones no nos permiten aconsejarle, aunque fuésemos capaces de ello.

El rey : Tocante á la capacidad yo lo juzgo; por lo demás, solo á título de amistad y como leales súbditos os pido vuestra opinion.

Hollis : Señor, como simple particular creo que vuestra mejor respuesta seria venirse con nosotros.

El rey : ¿Como podria yo volver á Lóndres con seguridad?

Hollis : Creo que ningun peligro correria V. M.

El rey : Esto es intrincado, y supongo que los que os han enviado quieren una pronta respuesta á este mensaje.

Whitelocke : La mejor seguramente y la mas pronta seria que V. M. se presentase á su parlamento.

El rey : Dejemos esto; permitidme rogaros que entreis en la otra sala, que conferencieis juntos, y pongais por escrito lo que debo responder en bien de la paz.

Hollis : Obedeceremos la órden de V. M.»

Pasaron á la sala contigua, y despues de vacilar un momento escribió Whitelocke disimulando su forma de letra el consejo que el rey pedia; y dejando el papel sobre la mesa volvieron al otro aposento. El rey entró solo en el que dejaban, tomó el papel, saludó cortesmente á los dos comisionados y se retiró. Volvieron estos á su posada, y guardaron con sus amigos un profundo silencio sobre lo que les acababa de suceder.

Tres dias despues llamó el rey á la comision, y entregando á lord Denbigh un pliego cerrado y sin sobrescrito : «Esta es, les dijo, mi respuesta, llevádsela al que os ha enviado.» Admirados de este proceder y de la obstinacion del rey en no querer dar á las cámaras el nombre de parlamento, pidió el conde permiso para retirarse un momento con sus

colegas á fin de deliberar sobre lo que debian practicar. «¿A qué deliberar? dijo el rey; no teneis poder para tratar; asi me lo dijisteis al llegar, y sé que desde entonces no habeis recibido correo.» Lord Denbigh insistió alegando que la comision presentaria tal vez observaciones á S. M.



LORD BROOK.

«Señores, dijo vivamente el rey, recibiré cuanto me presenteis de Lóndres, pero nada de cuanto hayais forjado en Oxford : con vuestro permiso, no me cogereis.—Señor, respondió el conde, no somos gente capaz de tender lazos á nadie.—No lo digo por vosotros.—Permítanos V. M. al menos preguntar á quien se dirige este papel.—Es mi respuesta, y

debeis recibirla mas que fuese un romance de Robin-Hood.—El negocio que nos trajo aquí es algo mas grave que un romance.—Lo sé, pero os lo repito, dijisteis que no teniais poderes para tratar; mi memoria es tan buena como la vuestra: solo os encargaron que me entregaseis las proposiciones: un postillon hubiera podido hacer lo mismo.—Presumo que V. M. no nos toma por postillones.—No digo esto; pero aquí está mi respuesta que debeis tomar: á nada mas estoy obligado.»

A cada momento se agriaba la conversacion, en vano Hollis y Pierpoint probaron á hacer decir al rey que dirigia su mensaje á las dos cámaras. Los comisionados tuvieron al cabo que decidirse á recibir la respuesta, y salieron. Por la noche pasó á su domicilio Athburnham, criado de cámara del rey, y les dijo: «S. M. se acuerda de que en un momento de enfado soltó algunas palabras que tal vez podrian ofenderos, y me manda aseguraros que no fue tal su intencion en modo alguno.» Los comisionados protestaron su respetuosa deferencia á las palabras del rey, y partieron para Lóndres, seguidos de un trompeta encargado de recibir la respuesta del parlamento al pliego cerrado que traian.

Limitábase el contenido de este, á pedir un salvo-conducto para el duque de Richmond y el conde de Southampton, por medio de los cuales prometia el rey enviar dentro de pocos dias una respuesta mas esplícita. Concedióse al instante un salvo-conducto y se dió audiencia á los dos lores en cuanto se presentaron. No traian todavía ninguna respuesta; su mision oficial no tenia otro objeto que solicitar se abriesen conferencias y se nombrasen de una y otra parte negociadores para tratar de la paz. Pero, habiendo entregado este mensaje, siguieron los comisionados permaneciendo en Lóndres, dando lugar á que se dijera que se les reunian muchos sospechosos, lo cual no consistia sino en que varios miembros de la cámara baja pasaban á conferenciar con ellos. La municipalidad, en la que dominaban los independientes, manifestó la mas viva inquietud. Se invitó á los dos lores á que partiesen, pero permanecieron bajo frívolos pretestos. Subia de punto la agitacion; las pasiones del pueblo amenazaban estallar antes que surtiesen efecto las intrigas del partido. Instigados por los amigos mismos de la paz, los dos lores volvieron por último á Oxford, y á las tres semanas de su partida se determinó que cuarenta comisionados, los veinte y tres en nombre de los parlamentos de ambos reinos, y los diez y siete en nombre del rey se reunirian en Uxbridge para discutir con regularidad las condiciones de un tratado.

Sin embargo, mientras los presbiterianos preparaban la paz, los in-

dependientes se apoderaban de la guerra. El 9 de diciembre se habian reunido los diputados del pueblo para tomar en consideracion los padecimientos públicos y buscar algun remedio á ellos; nadie pedia la palabra: parecia que aguardaban todos alguna medida decisiva cuya responsabilidad se queria eludir. Despues de un largo silencio se levantó Cromwell: «Fuerza es hablar hoy dia, dijo, ó callar para siempre. No se trata nada menos que de salvar una nacion ensangrentada y casi moribunda del deplorable estado á que la ha reducido la prolongacion de la guerra. Si no la continuamos de una manera mas enérgica, mas rápida y mas eficaz, si solo peleamos como aventureros que únicamente medran con los combates, el reino se cansará de nosotros y llegará á serle odioso el nombre de parlamento. ¿Qué dicen nuestros enemigos? aun mas; ¿qué dicen muchos que eran amigos nuestros al abrirse este parlamento?... Que los miembros de ambas cámaras han alcanzado grandes empleos y mandos; que tienen la espada en la mano, porque con su influjo en el parlamento y su autoridad en el ejército quieren perpetuar su grandeza, y que estos tales no permitirán que la guerra se acabe por temor de que con ella no se acabe tambien su poder. Lo que digo aquí delante de todos es lo mismo que se dice secretamente en todas partes. No aplicaré mis palabras á nadie; conozco el mérito de los generales, miembros de las cámaras, á los que se ha confiado el mando: pero, para aliviar mi conciencia, digo que si no se da otra direccion al ejército, si no se sigue con mas vigor la guerra, el pueblo no podrá soportarla por mas tiempo y os obligará á aceptar una paz deshonrosa. Guardaos bien de dirigir acusaciones contra los comandantes en jefe; muchas faltas tendria que echarme en cara yo mismo y sé cuan difícil se hace evitarlas en la guerra. Desterremos toda idea de informacion sobre las causas del mal, y apliquémonos á buscar el remedio: creo que todos tenemos el corazon inglés para no titubear en hacer al bien público el sacrificio del interés personal, y no ofendernos de lo que decida el parlamento.—Esto es innegable, repuso al instante otro miembro; cualquiera que sea la causa, he aquí que se han terminado dos campañas y aun no estamos libres de riesgo. Parece que nuestras victorias, precio de una sangre inestimable, ganadas con tanto denuedo, y concedidas por el Señor, han sido guardadas en una arca sin fondo: lo que ganamos hoy se pierde mañana; las ventajas obtenidas en verano, sirven solo para las conversaciones del invierno; las correrías acaban con el otoño y vuelven á principiar con la primavera, como si la sangre derramada debiese solo fertilizar los campos de batalla para hacer retoñar nuevas

lides. Nada decidiré sobre este punto : pero si digo que la division de nuestras fuerzas al mando de distintos jefes y la falta de armonía entre ellos ha dañado mucho á nuestra causa.—Solo veo un medio para acabar con todo esto : » dijo Zouch Tate, fanático obscuro que nunca pudo medrar ; y es, que cada cual renuncie francamente á sí mismo. Propongo que ningun miembro de una ni otra cámara pueda durante esta guerra poseer ni ejercer ningun empleo ni mando civil ó militar, y que esto se consignará por medio de un decreto.»

La proposicion no era nueva : ya el año anterior por incidencia y sin efecto se habia manifestado una idea semejante en la cámara alta ; y por aquel tiempo tambien, atendido sin duda al clamor público, habian mandado hacer las dos cámaras una informacion acerca del número y del valor de toda suerte de empleos ocupados por miembros del parlamento. Ora fuese de intento ó por embarazo, titubearon los presbiterianos en rechazar la proposicion de Tate, y pasó casi sin objecion. Pero, á los dos dias, cuando volvió á presentarse bajo la forma de un decreto definitivo, la discusion fue larga y muy viva, y se renovó cuatro veces en ocho dias. Era evidente que se trataba de quitar el poder ejecutivo á los políticos moderados, á los presbiterianos, y á los primeros jefes de la revolucion ; que se les queria confinar en Westminster y levantar un ejército estraño al parlamento. En cada sesion se iba empeñando la resistencia cada vez con mas violencia, y se declararon contra la medida algunos de los miembros que acostumbraban contemporizar con el partido independiente : «Bien sabeis, dijo Whitelocke, que entre los griegos y romanes, se confiaban á los senadores los mayores cargos militares ó civiles, creyéndose que unidos mas íntimamente con el senado y siendo testigos de sus deliberaciones, comprenderian mejor los negocios públicos y faltarian menos á su deber. Asi lo han practicado nuestros mayores ; en todos tiempos han mirado á los miembros del parlamento como hombres los mas á propósito para cargos eminentes : seguid, os ruego, su ejemplo, y no os priveis voluntariamente de vuestros mas seguros y mas útiles servidores.» Otros se adelantaron hasta denunciar abiertamente la ambicion oculta de sus rivales. «Se habla, dijeron, de renunciar cada cual á sí mismo : este será el triunfo de la envidia y del interés personal.» Pero el público no hacia caso de estas predicciones ; el partido presbiteriano se iba desmoronando, y muchos veian su ruina sin pesar ; de manera que si bien los independientes estaban distantes de tener una mayoría en la cámara, sin embargo su proposicion salió victoriosa ; en vano por última

prueba pidieron los amigos de Essex que solo él fuese esceptuado de la medida; esta peticion fue desechada, y el 21 fue definitivamente adoptado el decreto y presentado á los lores.

Con estos confiaban los presbiterianos, pues era imperioso el interés de la cámara en desechar la medida, por cuanto heria á todos sus miembros, y les arrebataba el resto de poder que les quedaba. Pero, para hacer frente á aquella medida debian grangearse popularidad, y desterrar toda sospecha de connivencia con la córte de Oxford, contentando asi las pasiones del pueblo presbiteriano. Continuáronse con este fin cuatro causas hacia tiempo olvidadas; la de lord Macguire, como cómplice de la insurreccion de Irlanda; la de los Hotham padre é hijo, por haber intentado entregar al rey la plaza de Hull; la de sir Alejandro Carew, por una tentativa igual con la isla de san Nicolás de que era gobernador; y la de Laud en fin, tantas veces emprendida y otras tantas abandonada.

Los cuatro primeros eran culpables de delitos recientes, legalmente probados, y que podian encontrar imitadores; pero Laud, encarcelado durante cuatro años, anciano y enfermo, solo podia responder de la parte que habia tomado en una tiranía ya vencida. A la manera que con la causa de Strafford, fue imposible probar que se hallase culpado de alta traicion legal. Para condenarle como á aquel por medio de un bill estraordinario era preciso el consentimiento del rey: no obstante, los odios teológicos son tan sutiles como implacables. Entre los que entendian de la causa se encontraba aquel mismo Prynne á quien en otro tiempo hizo Laud mutilar bárbaramente, y que anhelaba solo venganza. Despues de largos debates en que dió muestra el arzobispo de suma habilidad y prudencia, un simple decreto de las dos cámaras, votado solo por siete lores é ilegal aun insiguiendo todas las tradiciones de la tiranía parlamentaria, pronunció su sentencia de muerte. Murió con valor, despreciando á sus enemigos, y temiendo solo por el porvenir del rey. Igual fin tuvieron las demás causas; de modo que en seis semanas se levantó cinco veces el cadalso en Tower-Hill, cosa inaudita desde el orígen de la revolucion. Encaminábanse al mismo fin las medidas de órden general.

Ocho dias antes de la ejecucion de Laud fue definitivamente abolido el rito de la iglesia anglicana, hasta entonces tolerado, y recibió la sancion del parlamento, á peticion de la asamblea de teólogos, un libro titulado *Direccion del culto público*. No ignoraban los jefes del partido que esta innovacion encontraria resistencia, y se les daba poco de ello, pensando solo que para retener un poder vacilante necesitaban de todo el

apoyo de los presbiterianos fanáticos, á quienes nada negaban por lo mismo. Los independientes por su parte no perdonaban medio para hacer adoptar en la cámara alta el decreto decisivo; volvian á la carga con peticiones, algunas de ellas amenazadoras, y pedian que los lores y los diputados formasen una sola asamblea. Prescribióse un ayuno solemne para pedir las luces al Señor en tan grave deliberacion; ambas cámaras asistieron solas á los sermones que se predicaron aquellos dias en Westminster, sin duda para dar mas libertad al orador, que Vane y Cromwell habian elegido. Por último, despues de mensajes y repetidas conferencias pasaron en cuerpo los diputados á la cámara alta para reclamar la adopcion del decreto; pero los lores habian tomado ya su resolucion, y fue desechada la medida el mismo dia en que se daba tan pomposo paso.

Grande parecia la victoria, y propicio el momento para aprovecharla puesto que se acercaban las negociaciones de Uxbridge. A instancia de los miembros fugitivos que acababan de abrir en Oxford su segunda legislatura, consintió Cárlos en dar á las cámaras de Westminster el nombre de parlamento. Pero al mismo tiempo escribia á la reina : «Si hubiese tenido en mi consejo, solo dos personas de mi parecer, jamás hubiera cedido.» Habia al propio tiempo nombrado sus comisionados, que casi todos deseaban la paz. Solo entre los del parlamento habia tres, Vane, Saint-Jhon y Prideaux, que estaban por la guerra. El 29 de enero llegaron los negociadores á Uxbridge, animados de rectas intenciones y llenos de esperanza.

Recibiéronse mútuamente con afabilidad y cortesía ; todos se conocian desde mucho tiempo, y muchos eran íntimos amigos antes de estas funestas disensiones. La tarde misma de su llegada se visitaron espontáneamente felicitándose por su mision de paz Hyde, Colepepper, Palmer, Whitelocke, Hollis y Pierpoint. Notábase sin embargo mas embarazo y reserva en los comisionados de Westminster, en razon de que su dueño era mas desconfiado. Las negociaciones debian durar veinte dias, y tenian especialmente por objeto la religion, la milicia y la Irlanda. Se decidió que cada una de estas cuestiones se ventilaria durante tres dias. Mientras se trató solamente de los preliminares, todo fue fácil, la confianza y la política eran francas; pero no bien empezó la discusion oficial, cuando todo fueron ya dificultades. Cada una de las fracciones parlamentarias tenia su interés fundamental del que nada queria ceder : los presbiterianos aspiraban al establecimiento privilegiado de su iglesia, los

políticos al mando de la milicia, y los independientes á la libertad de conciencia; y el rey obligado á ceder á todos, obtenia solo sacrificios de unos que negaban los otros. Uno y otro partido se preguntaba además si con la paz quedaria dueño del poder. El debate sobre religion se hizo teológico; todos querian tener razon, y la paz era lo de menos. Poco á á poco se agriaron las demás cuestiones. Entre los comisionados de Oxford, Hyde sobre todo era consultado por los de Westminster que conocian su crédito y sus conocimientos. Lord Lowden, canciller de Escocia, y los condes Pembroke y de Denbigh hablaron con él larga y amistosamente acerca de los peligros del porvenir, de los siniestros planes que fermentaban en el parlamento, y de la necesidad en que se encontraba el rey de ceder en mucho para salvarlo todo. Hyde los escuchaba, pero la susceptibilidad de su amor propio, su arrogancia y tono áspero, y su desdeñosa probidad, ofendian casi siempre á los que habian anhelado grangearse su voluntad. El menor incidente embrollaba la situacion.

Un dia de mercado, en la iglesia de Uxbridge y delante de un pueblo numeroso, Love, predicador fanático llegado de Lóndres, habló con la mayor violencia contra los realistas y el tratado: «De él, dijo, nada podemos esperar de bueno; esos hombres han venido de Oxford con el corazon ensangrentado; quieren solo divertir al pueblo esperando coyuntura para dañarle: entre este tratado y la paz hay tanta distancia como entre el cielo y el infierno.» Los comisionados del rey pidieron que se castigase á semejante energúmeno; pero los de Westminster solo se atrevieron á desterrarlo de Uxbridge. Corrian alarmantes rumores sobre las verdaderas intenciones del rey: cediendo, decian, á los deseos de su consejo por nada anhelaba menos que por la paz: promete á la reina no obrar nada sin su consentimiento, y procura fomentar las disensiones interiores de las cámaras. Sospechábase además que trataba clandestinamente con los papistas de Irlanda, y las mas solemnes propuestas de sus comisionados no podian disipar sobre este punto las desconfianzas.

Acercábase entre tanto el término prefijado á las negociaciones, y el parlamento no se mostraba dispuesto á prolongarlas. Desolados los amigos de la paz viendo que iban á separarse sin resultado, intentaron el último esfuerzo. Parecióles que seria eficaz alguna concesion del rey sobre la milicia, como por ejemplo si ofrecia confiar por algunos años su mando á jefes, la mitad nombrados por las cámaras. Lord Southampton partió inmediatamente para Oxford á obtener el consentimiento del rey. Negóse al pronto Cárlos, pero el conde insistió; y como

además se le unieron sus amigos, suplicando de rodillas al rey en nombre de su corona y de su pueblo que no desechase el único medio de negociar, al fin cedió. Era tan vivo entre sus consejeros el deseo de la paz, que lo creyeron allanado todo. Fairfax y Cromwell se encontraban en el número de los individuos á quienes el rey debia conceder el mando de la milicia. Por la noche reinó el regocijo en la mesa real, y quejándose Cárlos de que no era muy bueno el vino : « Espero, le dijo riendo uno de los convidados, que dentro de pocos dias le beberá mejor V. M. en Guildhall con el lord corregidor.» Al dia siguiente se disponia Southampton á partir para Uxbridge, y se presentó al rey pidiéndole por escrito las instrucciones convenidas; pero oyó con admiracion que Cárlos se negaba ya á todo.

Tan repentina mudanza era efecto de una carta de Montrose, llegada de Escocia con una rapidez sin igual. Quince dias antes habia en Inverlochy alcanzado una brillante victoria sobre las tropas escocesas mandadas por Argile : daba de ello parte al rey, y añadia : «Señor, permítame V. M. sagrada espresar mi humilde opinion tocante á lo que me escriben de las negociaciones con el parlamento rebelde. Triste ha sido para mí esta noticia tanto como alegre la de vuestras victorias. La última vez que tuve el honor de ver á V. M. le manifesté cuanto sabia sobre los planes de los rebeldes, y V. M. se convenció de que tenia razon. Estoy seguro que desde entonces nada ha sucedido que haya podido hacer mudar de dictámen á V. M. Cuanto mas concedais mas os pedirán, puesto que no estarán contentos sino cuando os hayan reducido á no ser mas que un maniquí. Perdonad si me atrevo á decir que es indigno de un rey tratar con súbditos rebeldes en tanto que se presentan con las armas en la mano. No quiera Dios que me declare contra la clemencia de V. M.; pero me estremezco de horror cuando pienso que se habla de un tratado mientras están á la vista ambos ejércitos. Permitidme asegurar humildemente á V. M. que con las bendiciones del cielo estoy en buen camino para hacer entrar á este reino en sus deberes; y si no se frustran las medidas que he concertado con otros de vuestros leales súbditos, antes que concluya este verano acudiré al socorro de V. M. con un valiente ejército, que sostenido por la justicia de vuestra causa domará enteramente á la rebelion. Séame dado solamente, despues de estos gloriosos sucesos, decir lo que el general de David á su señor.—Ven tú mismo, para que se haga todo en tu nombre.—En todas mis acciones solo deseo la gloria y el interés de V. M.»

Esta carta volvió al rey sus mas lisonjeras esperanzas; menos confiado Southampton no insistió, y regresó á Uxbridge con la negativa, sin esplicar su causa. Rompiéronse las conferencias, y los presbiterianos volvieron á Westminster con el corazon condolido de un desastre que los volvia á abismar en todos los peligros de su situacion.

Agraváronse estos durante su ausencia. Obligados, momentáneamente al menos, los independientes á renunciar al decreto de abnegacion de sí mismos, se habian aferrado en la reorganizacion del ejército. En pocos dias se habia preparado, concertado el plan, la forma y el medio de llevarlo á cabo. Debia formarse un solo ejército compuesto de 21,000 hombres, y mandado por un solo general, revestido del derecho de nombrar á todos los oficiales con la aprobacion del parlamento. Este general era Fairfax. Desde mucho tiempo habia llamado la atencion su valor, su franco carácter, la felicidad de sus espediciones, y el entusiasmo belicoso de sus soldados; secretamente entre los del partido, y públicamente en la cámara, habia Cromwell alabado esta eleccion. Essex conservaba su título; Waller y Manchester su comision, pero sin asomos de poder. Desde el 28 de enero se pasó á los lores el decreto que prescribia la ejecucion de esta medida; pero se procuraba retardar al menos su adopcion, ya con enmiendas ya con una lenta discusion. No obstante, en este punto era difícil la resistencia, porque en pro del decreto estaba la opinion pública, convencida de que la multitud de ejércitos y de jefes era la verdadera causa de la prolongacion de la guerra. Con este apoyo insistieron vivamente los diputados, hasta que cedieron al fin los lores y adoptaron el decreto. El 19 de febrero, dos dias antes de romperse las negociaciones de Uxbridge, Fairfax fue introducido en la cámara, y con aire sencillo y modesto recibió de pié, junto al asiento que se le habia preparado, las felicitaciones oficiales del presidente.

De vuelta á Lóndres, procuraron los jefes presbiterianos rehacerse de su derrota. La cámara alta se quejó amargamente de los injuriosos discursos proferidos contra ella y del rumor esparcido de que los diputados del pueblo meditaban la abolicion de los pares. Aquellos respondieron con una declaracion solemne de su profundo respeto por los derechos de los lores, y su firme resolucion de sostenerlos. Los comisionados escoceses dirigieron á la cámara en nombre del pacto una esposicion tímida á la vez y chocante. Llenos de prevision los diputados, pasaron á los lores un nuevo decreto que estendia mas aun los poderes de Fairfax, y quitaba de sus despachos la órden, hasta entonces repetida en actos

análogos, «de velar por la seguridad de la persona del rey.» Los lores votaron que se añadiesen estas palabras, mas se opuso á semejante adicion la cámara baja: «Esta frase, decian, solo es buena para embarazar á los soldados permitiendo que el rey se arriesgue sin peligro al frente de sus tropas.» Los lores insistieron, y en tres debates consecutivos, á pesar de cuantos pasos daban los independientes, siempre fueron unos mismos los votos sobre esta cuestion. Todo quedaba indeciso; los representantes del pueblo declararon que habian hecho cuanto estaba de su parte, y que si se seguia alguna desgracia del retardo solo los lores responderian al país. Estos empezaban á cansarse de una resistencia que preveian ser inútil.

En esto llegó de Escocia el marques de Argyle que si bien en lo tocante á religion era presbiteriano, tenia en política ideas algo mas osadas; pronto le trataron con intimidad los independientes, Vane y sobre todo Cromwell. Argyle por otra parte anhelaba vengar recientes ultrajes: indagador profundo y ardiente, pero mas enérgico en el consejo que en el campo de batalla, solo de lejos habia visto la derrota de sus soldados por Montrose, y habia huido al momento. Desde entonces, asi en Inglaterra como en Escocia, solo con insulto hablaban de él los realistas, y solo su completa humillacion podia lavar tal afrenta. Procuró hacer que los comisionados escoceses y algunos jefes presbiterianos dejasen de oponerse á la reorganizacion del ejército y al decreto de abnegacion de sí mismos, pues una necesidad imperiosa, dijo, lo exige asi. De dia en dia se mostraban mas vacilantes los amigos de Essex. Decidido este en vista del peligro, anunció que queria dar su dimision; y el 1.° de abril, levantándose en la cámara alta con un papel en la mano, pues era muy pobre orador, dijo: «Milores, acepté el mando para obedecer las órdenes de ambas cámaras; y me atrevo á decir que durante estos tres años os he servido fielmente sin menoscabo de mi honor ni daño para mi causa. Hoy dia veo por esos decretos que la cámara baja desea ver concluida mi comision en la que no estoy empeñado por ningun interés personal. No ignoran muchos que quise presentar mi dimision antes de salvar á Glocester y que solo pidiéndomelo por el bien público me hicieron renunciar á tal proyecto. Ya no es asi ahora, y presento mi comision al que me la dió, deseando que pueda ser útil este paso como lo creen algunos. Presumo que no se tomará á mal el que pida para mis oficiales que quedan sin destino una parte de sus atrasos, y que lo restante les sea garantido por los fondos del Tesoro: no puede

evitarse la desconfianza ; sin embargo, bueno será ponerle algunos límites, para que al menos no se origine de ahí nuestra ruina. Nadie tome á mal mi consejo, hijo solo de mi adhesion al parlamento, cuya prosperidad es lo único que deseo.»

Este discurso tan decoroso y tan triste se tomó á bien entre los lores que se apresuraron á manifestar á la cámara baja que adoptaban sin enmienda su nuevo decreto acerca de la reorganizacion del ejército. A imitacion de Essex, dieron á poco su dimision los condes de Denbigh y Manchester. La cámara alta votó en su favor, por su patriótico sacrificio, gracias y promesas que tambien merecieron la aprobacion de los representantes del pueblo. Al dia siguiente (1) se adoptó sin obstáculo en la cámara alta un decreto de abnegacion de sí mismo algo distinto del anterior, pero igual en el fondo (2) : muchos se felicitaron por ver al fin terminada una lucha que no sin espanto habian visto empeñada.

(1) 3 de abril de 1645.
(2) *Parl. Hist.* Véanse las *anotaciones y piezas históricas.*

LIBRO SESTO.

Formacion del ejército de independientes.—Cromwell conserva su mando —Campaña de 1645.—Alarmas del parlamento —Batalla de Naseby.—Coje el parlamento y publica la correspondencia secreta del rey. —Decadencia del partido realista en el Oeste.—Fuga y zozobras de Carlos —Victorias de Montrose en Escocia.—El rey pretende reunírsele, pero no puede conseguirlo.—Derrota de Montrose.—Permanencia del rey en Newark.—Entra en Oxford y procura renovar las negociaciones con el parlamento.—Este se niega. Nuevas elecciones.—Trata el rey con los rebeldes Irlandeses.—Descubrense estas negociaciones —Derrota de los últimos cuerpos realistas.—El rey huye de Oxford y se refugia al campamento Escocés.

(1645.-1646.)

No bien Essex y Manchester dieron su dimision, cuando Fairfax salió de Lóndres, y estableciendo en Windsor su cuartel general, se dedicó sin descanso á reorganizar el ejército que le estaba confiado. Se habian predicho vivas resistencias á esta organizacion; Cromwell, á quien abrazaba tambien el decreto de abnegacion, desechó todo temor, y dijo que «sus soldados habian aprendido bajo sus órdenes á combatir ó á deponer las armas, segun lo mandase el parlamento.» Sin embargo, estallaron algunas sediciones, particularmente en Reading donde se encontraban cinco regimientos de infanteria de Essex, y en el condado de Hertford, donde estaban acantonados ocho escuadrones de su caballería, al mando del coronel Dalbier. La presencia de Skippon, nombrado mayor-general del nuevo ejército y su ruda pero simpática elocuencia, bastaron para calmar los regimientos de Readigh. Los de Dalbier vacilaron mucho mas, y hasta llegó á correr en Lóndres la voz de que se dirigian á Oxford, de modo que Saint-John, estremado en to-

28

do, escribió á sus confidentes del condado de Hertford que era preciso caer á mano armada contra tales facciosos. Pero, pudo mas el influjo de algunos oficiales reformados; y aun el del mismo Essex, pues al cabo se sometió Dalbier y pasó al cuartel general.

A la verdad no era muy vivo el descontento entre los soldados, ni les era muy penoso el pasar á obedecer á su nuevos jefes. El parlamento les hizo distribuir quince dias de sueldo, y ordenó la venta de los bienes secuestrados á algunos delincuentes para hacer con ello frente á imperiosas reclamaciones. Amotináronse asimismo los soldados de Cromwell, á pesar de sus promesas, declarando que solo querian servir bajo sus órdenes; pero tuvo aquel bastante imperio sobre ellos para hacerlos entrar en su deber. Al saber su insurreccion, partió al momento para prestar, segun dijo, á las cámaras este último servicio antes de dejar el mando. Por el 20 de abril casi se habia llevado ya enteramente á cabo la operacion general; todos los nuevos cuerpos se organizaban sin obstáculo: solo en Lóndres se prolongaba la agitacion por el concurso de oficiales reformados que acudian á la capital, ya para solicitar sus deseos, ya esperar el concurso de los acontecimientos.

En Oxford rebozaban esperanza el rey y su córte. No dejó con todo Cárlos de sentir alguna inquietud despues de haberse roto las negociaciones de Uxbridge, á pesar de las brillantes noticias de Escocia. Aunque poco dispuesto á la paz, necesitaba que dominase en Westminster un partido pacífico, por lo cual no pudo menos de sentir que este hubiese sido derrotado. Resolvió entonces separarse de su hijo Cárlos, príncipe de Galles, que rayaba en los quince años, y enviarle con el título de generalísimo á los condados del Oeste, ya para darles un jefe capaz de mantener su lealtad, y ya para dividir los peligros que podian amenazar á la majestad. Hyde y los lores Capel y Colepepper recibieron órden de acompañar al príncipe y de dirigirlo todo en su nombre. Tal era en este momento la tristeza del rey, que llegó á hablar con Hyde acerca de lo que sucederia si cayese en manos de los rebeldes, y le hizo consultar por bajo mano si convendria hacer embarcar al príncipe para el continente. «Tales cuestiones, respondió Hyde, solo se ventilan el dia de la desgracia;» y el 4 de marzo el príncipe y sus consejeros se despidieron del rey, á quien no debian volver á ver. De allí á un mes, cuando se tuvo noticia en Oxford de los obstáculos que encontraba la reorganizacion del ejército parlamentario, cuando se vieron regimientos insurreccionados, y se supo que cesaban en el mando oficiales ilustres, todo fue confianza y júbilo

entre los realistas. Pronto hablaron solo con irrision de ese conjunto de paisanos y artesanos predicadores, insensatos hasta el punto de arrinconar á los mas hábiles generales y sustituirlos por oficiales oscuros, novicios como los soldados. Renovábanse diariamente las sátiras contra el parlamento y sus defensores; y el rey se sonreia á pesar de su gravedad. Animábanle por otra parte secretas esperanzas, nacidas de intrigas que ignoraban aun sus mismos confidentes.

A mediados de abril anunció Fairfax que dentro de pocos dias abriria la campaña. Cromwell llegó á Windsor para besar, decia, la mano de su general, y presentarle su dimision. Al verle entrar en su cuarto le dijo Fairfax. «Acabo de recibir de la junta de ambos reinos una órden para vos; se os manda que paseis con algunos escuadrones á ocupar el camino de Oxford á Worcester con el objeto de interceptar toda comunicacion entre el rey y el príncipe Roberto.» Aquella tarde partió Cromwell, y en cinco dias, antes que se hubiese puesto en movimiento el nuevo ejército, habia ya batido en tres encuentros á los realistas, tomado la plaza de Blechington y dado cuenta á las cámaras de estos triunfos. «¿Quién me traerá ó muerto ó vivo á ese Cromwell?» esclamó el rey, mientras en Lóndres se regocijaban de que no hubiese dado todavía su dimision.

No habia trascurrido una semana cuando ya el parlamento decidió que permaneciese en el mando. Se habia abierto la campaña. El rey acababa de salir de Oxford, se habia reunido al príncipe Roberto y se adelantaba rápidamente hácia el Norte, ya para hacer levantar el sitio de Chester, como para combatir al ejército escocés y volver á recobrar sus antiguas ventajas. Si le salian bien estas operaciones amenazaba á su placer el Este ó el Mediodía, sin que pudiese oponérsele Fairfax, que estaba en marcha hácia el Oeste para salvar la importante plaza de Taunton, bloqueada estrechamente por el príncipe de Galles. Llamóse al general en jefe pero entre tanto quedaba solo Cromwell para acechar los movimentos del rey, y á pesar del decreto de abnegacion recibió órden de continuar sirviendo durante cuarenta dias. Iguales órdenes se pasaron á otros tres distinguidos oficiales miembros de la cámara, ora fuese por motivos análogos, ora porque no apareciese solo Cromwell esceptuado.

Apresuróse Fairfax á volver; continuaba el rey adelantándose hácia el Norte; pero, sin saberse porque, todo estaba mas tranquilo en Lóndres; ningun cuerpo realista cubria á Oxford, foco constante de la guerra en

el centro del reino : creyó el parlamento tener confidencias seguras en la plaza, y recibió Fairfax órden de atacarla. Apoderarse de ella era una ventaja inmensa, y si se prolongaba el sitio, la posicion era escelente para acudir á todos los puntos que amenazase el rey. Delante de la plaza se reunió Cromwell al cuartel general.

A poco empezaron á ser muy vivas en Lóndres las alarmas. Diariamente llegaban malas noticias del Norte; el ejército escocés en vez de salir al encuentro al rey, se habia replegado hacia las fronteras de Escocia, por necesidad, segun unos, de oponerse á los progresos de Montrose, y por mala fé segun otros á causa de que el parlamento se descartaba del yugo de los presbiterianos y de los estranjeros. Como quiera, merced á esta retirada, ni siquiera tuvo Cárlos que acercarse á Chester para hacer levantar el sitio; tranquilo por esta plaza, medio para él de comunicacion con la Irlanda, se encaminaba á los condados confederados del Este, baluarte del parlamento. Era fuerza salvarlos de esta invasion, y nadie mas á propósito para ello que Cromwell, pues allí ejercia su influencia, allí habian dado principio sus hazañas : por tanto recibió órden de dirigirse á Cambridge en defensa de la confederacion.

Otro peligro reclamó prontamente su presencia : á los ocho dias de su partida se supo que el rey habia entrado por asalto en Leicester, y que en el Oeste estaba de nuevo estrechamente bloqueada Taunton. Profunda fue la consternacion : los presbiterianos triunfaban : « Ved ahí, decian, el fruto de esta decantada reorganizacion : los descalabros. En un dia se apodera el rey de nuestras mejores plazas, y vuestro general permanece inmóvil delante de Oxford, esperando sin duda que las mujeres de la córte le tengan miedo y le abran las puertas.» Por toda respuesta se presentó á la cámara alta una peticion de la municipalidad, que imputaba todo el mal á la inaccion de los escoceses, á los retardos en las levas para el ejército, y al prurito de las cámaras en querer gobernarlo todo de lejos : acababa pidiendo que se diese mas libertad al general, mejores consejos á los escoceses, y el antiguo mando á Cromwell. Al propio tiempo se dió órden á Fairfax de abandonar el sitio de Oxford, ir en busca del rey, y combatirlo á toda costa. Al practicarlo escribió á las cámaras pidiendo á Cromwell, que en su concepto era indispensable, para el mando de la caballería. Diez y siete coroneles firmaron esta carta. Los lores retardaron su respuesta, pero la de la cámara baja fue pronta y eficaz. Fairfax lo participó á Cromwell; todos los cuerpos apresuraron su marcha, y el 12 de junio, al Oeste de Northampton, algunos caballos

enviados á un reconocimiento, dieron de repente con un destacamento del ejército del rey.

No esperaba este tal encuentro; sabedor del sitio de Oxford y del espanto de su córte, renunciaba á su espedicion á los condados del Norte



MILTON.

y del Este, y volvia á salvar su cuartel general. Pero su confianza era suma; acababa de saber una nueva victoria de Montrose, y escribia á la reina : «Nunca habian ido tan bien mis asuntos.» Asi fue que seguia lentamente su rumbo, se detenia en los puntos que le gustaban, se divertia en cazar, y daba á sus caballeros rienda suelta. En cuanto supo la aproxi-

macion de los parlamentarios, se replegó sobre Leicester para reunir sus tropas y esperar las que debian llegarle dentro de pocos dias asi del país de Galles como de los condados del Oeste. Al dia siguiente, á la hora de cenar, era la misma su confianza y no pensaba en presentar batalla, cuando le participaron que los escuadrones parlamentarios picaban su retaguardia. Cromwell acababa de llegar. Convocóse al punto un consejo de guerra, y á la media noche, á pesar de la resistencia de muchos oficiales, que opinaban porque se esperasen refuerzos, logró el príncipe Roberto que se marchase contra el enemigo.

El encuentro tuvo lugar á la mañana siguiente, sobre la colina de Nascby, al Nordeste de Northampton. Al rayar el alba se encontraba el ejército del rey, alineado en batalla sobre una pequeña altura, en una posicion ventajosa. Algunos ginetes enviados á practicar un reconocimiento volvieron diciendo que no veian á los parlamentarios. Impaciente Roberto, avanzó con algunos escuadrones, y resolvió que hasta su vuelta permaneceria inmóvil el ejército. No bien habria andado media legua, cuando se presentó la vanguardia enemiga. Creyó en su exaltacion el príncipe que se retiraba el enemigo, y se adelantó mas, enviando á decir al rey que se le reuniese al instante para que no se les escapase la coyuntura. A las diez llegaron algo cansados los realistas; y Roberto á la cabeza de la caballería del ala derecha se arrojó sobre la izquierda de los parlamentarios, mandada por Ireton, que fue posteriormente yerno de Cromwell.

Casi al propio tiempo este general con los escuadrones de su ala derecha atacó la izquierda del rey, formada por los caballeros del condado del Norte, al mando de sir Marmaduke Langdale; poco despues, ambas infanterías colocadas en el centro, una bajo las órdenes de Fairfax y Skippon, y otra bajo las del mismo rey, vinieron á las manos. Ninguna accion habia hasta entonces sido tan general y tan encarnizada. Ambos ejércitos eran casi iguales en fuerza numérica: ebrios de confianza los caballeros, tenian por santo la palabra: *reina Maria*; constantes en su fé los parlamentarios, avanzaban cantando: *Dios nos asiste*. La primera carga del príncipe Roberto fue feliz como siempre; despues de una viva refriega quedaron rotos los escuadrones de Ireton; este mismo jefe, acribillado de heridas cayó por unos momentos en poder de los caballeros. Pero mientras Roberto, víctima siempre de una misma falta, perseguia al enemigo hasta los bagajes del campamento y perdia el tiempo en atacarlos con la esperanza del botin, Cromwell, dueño de sí mismo y de los suyos como

en Marston-Moor, desbarató por su parte los escuadrones de Langdale, y dejando á dos de sus oficiales para impedir que se rehiciesen, se apresuró á volver al campo de batalla, que se disputaban ambas infanterías con mayor encarnizamiento que en ningun otro punto.

Los parlamentarios, atacados por el mismo rey, fueron al principio desordenados y Skippon gravemente herido; Fairfax le instó á que se retirase. «No, dijo, mientras haya un soldado en el campo, permaneceré aquí:» y dió á su reserva órden de adelantarse. Un sablazo quitó el casco á Fairfax; Cárlos Doyley, coronel de su guardia, al verle correr por el campo de batalla con la cabeza desnuda, le rogó que aceptase el suyo: «estoy bien, no le necesito, respondió Fairfax;» y añadió enseñándole un cuerpo de infantería real que se mantenia firme en el campo: «¡Como pues! ¿serán una muralla esos hombres? ¿los habeis cargado?— Dos veces, general, pero sin fruto.—Pues bien! atacadlos de frente, mientras lo hago yo por retaguardia, y nos encontraremos en el centro:» y en efecto se encontraron atravesando las líneas enemigas. Fairfax mató por su mano al abanderado, y entregó el estandarte á uno de los suyos: envanecíase por ello este como de una hazaña propia, lo que incomodó á Doyley; mas Fairfax le calmó: «Bastante honor me ha cabido, le dijo, dejad que él tome una parte.»

Replegábanse ya los realistas, cuando apareció Cromwell con sus escuadrones victoriosos. Al verlo se puso Cárlos á la cabeza de su regimiento de guardias, única reserva que le quedaba para cargar á este nuevo enemigo; ya se habia dado la órden y puesto la tropa en movimiento, cuando el conde de Carnewarth, escocés, que iba al lado del rey, cogió la brida de su caballo, y esclamó echando un voto: «¿Queréis que os maten?» y le hizo volver riendas. Los caballeros que estaban al lado del rey hicieron lo mismo sin saber porque; los demás siguieron el ejemplo, y en un abrir de ojos habia todo el regimiento dado la espalda al enemigo. La sorpresa degeneró en terror; todos se dispersaron por la llanura, unos para huir, y otros para retener á los fugitivos. En vano esclamaba Cárlos en medio del grupo de sus oficiales: ¡Deteneos! ¡deteneos! Solo se desvaneció un tanto el terror á vista del príncipe Roberto que volvia al fin al campo de batalla con sus escuadrones. Rehízose entonces alrededor del rey un cuerpo bastante numeroso, pero compuesto de caballeros en desórden, fatigados, turbados y abatidos.

Cárlos, con la espada en la mano, los ojos inflamados, y la desesperacion en el semblante, se abalanzó dos veces, esclamando con todas sus

fuerzas: «Señores, una carga mas, y la victoria es nuestra.» Nadie le siguió; la infantería, arrollada en todas partes, estaba dispersada ó prisionera: fue preciso huir y asi lo hizo el rey dirigiéndose con unos 2,000 caballos hácia Leicester, dejando su artillería, sus municiones, sus bagajes, unos cien estandartes, el suyo propio, todos sus papeles y 5,000 hombres en manos de los parlamentarios.

La victoria sobrepujaba las mas quiméricas esperanzas: Fairfax se apresuró á dar parte á las cámaras sencillamente, sin alusiones ni consejos políticos. Cromwell escribió asimismo, pero solo á la cámara baja, como si ella le hubiese conferido el mando: su carta acababa asi: «Marcada está aquí la mano de Dios; solo á él pertenece la gloria, y á ninguno mas. El general os ha servido con honor y lealtad, y el mayor elogio que puedo darle es que de todo se confiesa deudor á Dios y á ningun mérito aspira; por su valor sin embargo se ha hecho acreedor á todo. La gente honrada (hacia alusion á los independientes entusiastas) se ha portado fielmente; está llena de confianza, y en nombre de Dios os ruego que no la desalenteis. Deseo que esta accion haga nacer en todos humildad y gratitud. Espero asimismo que los que esponen de esta manera su vida en bien del país puedan confiar en Dios por la libertad de conciencia, y en vosotros por lo tocante á la política.»

Algunos se ofendieron viendo que un teniente general al servicio del parlamento daba con tal tono consejos y alabanzas; pero su voz se perdió en medio del entusiasmo público, de modo que el dia en que llegó á Lóndres la carta de Cromwell, los mismos lores votaron que se le prorogaba el mando por tres meses.

Opinaron al mismo tiempo que debia aprovecharse la victoria para dirigir al rey proposiciones razonables, dictámen que fue aprobado de los comisionados escoceses. Pero los vencedores estaban lejos de pensar lo mismo. Los diputados del pueblo en lugar de responder pidieron que todos los ciudadanos fuesen convocados en Guildhall para oir la lectura de los papeles encontrados al rey, sobre todo sus cartas á la reina, y para juzgar por sí mismos de la confianza que en lo sucesivo se podia poner en las negociaciones. Fairfax habia vacilado en abrir la correspondencia del rey, pero Cromwell é Ireton combatieron sus escrúpulos, y los diputados del pueblo no se pararon en consideraciones. La lectura se hizo en medio de un numeroso concurso, y causó un efecto prodigioso. Era evidente que el rey no habia nunca deseado la paz; que ninguna concesion era para él constante ni ninguna promesa obligatoria; que solo contaba

con la fuerza, y que nunca habia dejado de aspirar al poder absoluto; finalmente se echaba de ver, que á pesar de sus protestas tantas veces repetidas, se dirigia al rey de Francia, al duque de Lorena y á todos los príncipes del continente para introducir en su reino soldados estranjeros. El nombre mismo de parlamento que habia dado á las cámaras para obtener las conferencias de Uxbridge, era en su boca una mentira, porque secretamente habia protestado contra este paso oficial en los registros de la municipalidad de Oxford. Todos los ciudadanos fueron invitados á que se convencieran por sus propios ojos que las cartas eran verdaderamente de mano del rey: despues de la asamblea de Guildhall el parlamento las hizo publicar.

El encono fue general en todas partes, y los amigos de la paz tuvieron que enmudecer. En vano probaron algunos á declararse contra esta publicacion, violacion brutal, decian, de los secretos domésticos. Preguntaban si era posible dar fé á su autenticidad, ó si era probable que el contenido de unas cartas se hubiese mutilado y otras suprimido; insinuaban que algunos miembros de las cámaras habian negociado con menos franqueza y deseo de paz: pero el pueblo no admite escusa ni esplicacion alguna desde que sabe que se le ha querido engañar. A mas de que era evidente en todo caso la mala fé del rey, y para hacer la paz se necesitaba confianza. Por lo tanto nó se habló ya de guerra; se activó el alistamiento, la recaudacion de tributos, y la venta de bienes de los delincuentes. Los escoceses consintieron por último en internarse en el reino, y Fairfax, no encontrando mas fugitivos que perseguir se puso en movimiento hácia los condados del Oeste para terminar la espedicion que el sitio de Oxford le habia hecho abandonar.

Todo habia mudado en estos condados, baluarte hasta entonces de la causa real, no porque la opinion del pueblo se hubiese decidido en favor del parlamento, sino porque era indiferente para el rey. Este tenia en aquellos condados todavía algunos cuerpos de tropas y conservaba todas las plazas; pero no hacian ya la guerra hombres graves, de reputacion, populares y amigos desinteresados de la corona, como el marques de Hertford, sir Bevil Greenville, lord Hopton, Trevannion y Slanning; algunos de estos habian perecido, otros estaban disgustados, ó habian sido sacrificados, por la debilidad del rey al impulso de intrigas cortesanas. En lugar de ellos, mandaban dos libertinos y codiciosos caballeros: lord Goring y sir Ricardo Greenville, á quienes ningun principio ni entusiasmo unia á la causa real, pues solo veian en la guerra un

pábulo á sus pasiones; y la ventaja de poder oprimir á sus enemigos, de vengarse, de aprovecharse de las glorias agenas y de enriquecerse. Goring era valiente, bien visto de los suyos, hábil y enérgico en el campo de batalla, pero insolente en sus palabras y modales; ni aun su lealtad era segura, pues habia sido traidor al rey y al parlamento, y parecia dispuesto á serlo nuevamente. Greenville, menos desarreglado y mas influyente con la nobleza del país, era duro, insaciable, pero de un valor sino dudoso al menos poco ardiente. Pasaba el tiempo recogiendo contribuciones para mantener tropas que no reunia, ó para dedicarse á empresas que no soñaba siquiera en acometer. Al par de los jefes habia tambien mudado el ejército: no era ya un partido levantado á impulso de su adhesion é intereses, frívolo pero sincero, licencioso pero adicto, era mas bien una amalgama de súbditos depravados, indiferentes á su misma causa, entregados dia y noche á la licencia, y cuyo desenfreno indignaba al país. Reducido el príncipe de Galles, ó mas bien su consejo, á servirse de tales hombres, en vano se esforzaba á satisfacerlos y reprimirlos á la vez, ya para proteger contra ellos al pueblo, ya para retenerlos en las filas, y atraer nuevos soldados.

Pero el pueblo no respondia á ningun llamamiento; pronto hizo mas: reuniéronse millares de paisanos, que bajo el nombre de asociados (clubmen) recorrian armados las campiñas. No se declaraban por el rey ni por el parlamento; solo querian alejar de sus hogares los horrores de la guerra y defenderse contra cualquiera que los molestase. Ya por el año anterior se habian formado algunas bandas en los condados de Worcester y de Dorset, suscitadas por las violencias del príncipe Roberto. Por marzo de 1645, eran una confederacion permanente, regular, mandada por gentil-hombres la mayor parte ex-realistas, defensores de las propiedades, del órden y de la paz. Trataban con ambos partidos, les entregaban víveres á condicion de que no se los quitarian á mano armada, algunas veces les impedian llegar á las manos, y llevaban escritas en sus banderas estas palabras:

Si pretendeis robar nuestros rebaños,
Estad seguros que tendreis batalla.

Mientras los realistas dominaron en el Oeste, se sublevaron los asociados contra ellos y á favor de los parlamentarios, en quienes encontraron disposiciones pacíficas. Ora amenazaban con el incendio á cuantos

rehusaban unirse á ellos para esterminar á los caballeros, ora invitaban al jefe de los parlamentarios á que en union con ellos sitiase á Hereford, de donde salian los caballeros para infestar el país. El 2 de junio dirigieron al príncipe de Galles una peticion quejándose de las rapiñas de Goring, y persistieron en ella. A principios de julio, vencedor Fairfax, llegó al Oeste; intimidados los caballeros, cesaron de devastar libremente las campiñas, y al momento se dirigieron los asociados contra Fairfax y sus soldados. Pero este general mandaba un ejército bien pagado, bien provisto, entusiasta y disciplinado; trató con suavidad á los asociados, negoció con ellos, asistió en persona á alguna de sus reuniones, les prometió la paz; y pudo con esto activar la guerra sin crueldades. En pocos dias se decidió la campaña. Goring, sorprendido y batido en Langport, condado de Somerset, dejó dispersas sus tropas; Greenville envió al príncipe de Galles su dimision de feld-mariscal, quejándose altamente de que le hubiesen obligado á hacer la guerra á sus espensas : á las tres semanas de la llegada de Fairfax, los caballeros que recorrian poco antes el Oeste estaban encerrados en las plazas que pronto iban á ser sitiadas.

Entre tanto por todas partes se deseaba saber lo que hacia el rey y el punto que ocupaba, porque muchos lo ignoraban. Despues del desastre de Naseby habia huido de ciudad en ciudad, descansando poquísimas horas, y tomando ya el camino del Norte, ya el del Oeste para reunirse á Montrose ó á Goring, segun la variedad de sus planes y de sus temores. Al llegar á Hereford se decidió por último á ir al pais de Galles, donde esperaba reclutar alguna infantería ; envió al príncipe Roberto á Bristol, y se dirigió personalmente al castillo de Ragland, propio del marques de Worcester, jefe del partido católico, y riquísimo magnate de Inglaterra. Era originada esta preferencia de secretos designios, en que solo los católicos podian tomar parte. Hacia tres años además que el marques daba al rey pruebas de la mayor adhesion : le habia prestado 100,000 libras esterlinas, habia levantado á sus costas dos cuerpos de tropas á las órdenes de su hijo Herbert, y á pesar de sus achaques mandaba en su castillo una fuerte guarnicion. Recibió al rey con una pompa respetuosa, convocó á la nobleza de los alrededores, y todo eran cacerías, homenajes y diversiones. El fugitivo monarca respiró por unos dias, durante los cuales olvidó todas sus desgracias.

Al cabo le sacaron tambien de su letargo los descalabros del Oeste. Al propio tiempo supo que en el Norte habia caido Carlisle en poder de

los escoceses, y que se adelantaban hácia el Mediodía para poner sitio á Hereford. Salió de Ragland para acudir al socorro de Goring; pero apenas hubo llegado á orillas del Saverna, cuando la falta de reclutas, las disensiones de los oficiales, y mil embarazos imprevistos le desalentaron é hicieron volver al país de Galles. Encontrábase en Cardiff indeciso, cuando le presentan una carta del príncipe Roberto al duque de Richmond, en que decia que estaba todo perdido y que convenia de todos modos la paz, y encargaba que la leyesen al rey. Cuando le parecia que peligraba su honor entonces recobraba Cárlos toda su energía.

Escribió al instante á su sobrino: «Razon tendriais si no hiciese la guerra en defensa de mi religion, de mi corona y de mis amigos. Hablando como soldado ó como hombre de estado, convengo que es probable mi ruina; pero como cristiano debo deciros que Dios no permitirá el triunfo de los rebeldes. Cualquiera que sea el castigo que Dios tenga á bien imponerme, nada me obligará á arrepentirme ni á abandonar mi causa. Sépanlo mis amigos: todos deben estar decididos á morir, ó lo que es peor, á vivir en el colmo de la miseria á que pueden reducirnos los infames. Por Dios no nos entreguemos á vanas quimeras; creedme, la sola idea de que anhelais por un tratado precipitará mi pérdida.» Y para animar sus partidarios, dejó el país de Galles, atravesó sin ser visto el ejército escocés y los condados de Shrop, Stafford, Derby y Nottingham, y habiendo llegado al de York convocó en Doncaster todos sus leales caballeros del Norte para reunirse con ellos al fiel y nunca vencido Montrose.

Acudieron los caballeros entusiastas á la presencia del rey; se trató de formar un cuerpo de infantería; faltaban víveres en las plazas, y valia mas desguarnecerlas; en tres dias cerca de 3,000 hombres ofrecieron al rey sus servicios, prontos á marchar. Solo se esperaba una carta de Montrose para saber si se le encontraria en Escocia, ó se señalaria un punto de reunion para Inglaterra. De repente se supo que Lesley, á la cabeza de la caballería escocesa habia dejado el sitio de Hereford, y se encontraba ya en Rotherham, á cuatro leguas de Doncaster, en busca del rey. El descalabro de Naseby habia desalentado enteramente á los realistas, y su confianza se desvanecia á vista del peligro. Muchos abandonaron el campamento; los mas valientes juzgaban imposible reunirse con Montrose y por lo tanto solo pensaban en la seguridad del rey. Huyó este, seguido de unos 1,500 caballos, atravesó sin obstáculo el centro del reino, batió aun casualmente algunos destacamentos parlamentarios, y

entró el 29 de agosto en Oxford, no sabiendo que practicar con estas cortas fuerzas que le quedaban.

A los dos dias llegaron á su noticia recientes y prodigiosas ventajas de Montrose en Escocia; no solo en el Norte de este reino y entre los montañeses triunfaba la causa real, sino que tambien sucedia otro tanto en el Mediodía y en las tierras bajas: el 15 de agosto habia obtenido en Kilsyth la séptima y brillantísima victoria contra los parlamentarios. El ejército de estos quedaba destruido; Bothwell, Glasgow, y aun Edimburgo, habian abierto sus puertas al vencedor; se habia dado libertad á todos los realistas prisioneros; la grandeza del país se habia en fin declarado por Cárlos: de todas partes huian los jefes parlamentarios, unos á Inglaterra y otros á Irlanda. En fin, la caballería de Lesley era llamada á Escocia para defender la patria, y aun se añadió que ya se dirigia á aquel reino cuando huyó espantado de Duncaster.

Al oir estas gloriosas hazañas, salió Cárlos para marchar contra el ejército escocés con el objeto de obligarle al menos á levantar el sitio de Hereford. A su tránsito por Ragland supo que Fairfax acababa de atacar á Bristol, importante plaza de sus posesiones en el Oeste, defendida por el príncipe Roberto, y capaz de resistir cuatro meses. Encontrábase á una jornada de Hereford, cuando supo que los escoceses habian levantado el sitio, y se retiraban precipitadamente hácia el Norte. Se le instó para que persiguiese á los fugitivos, que turbados y en desórden atravesaban un país enemigo, pues hubiera sido fácil destruirlos. Pero Cárlos se encontraba tambien fatigado de una actividad superior á sus fuerzas; dijo ser forzoso socorrer á Bristol, y aguardando la llegada de algunas tropas llamadas del Oeste al intento, volvió al castillo de Ragland, ya para disfrutar de esta morada deliciosa, ó ya para hablar con el marques de Worcester acerca del misterioso negocio que los reunia.

No bien hubo llegado, cuando recibió la inesperada noticia de que Roberto habia rendido la plaza de Bristol al primer asalto, casi sin resistencia, sin que nada le faltase aun para la defensa. Grande fue la consternacion de Cárlos, y amarga para su alma la idea de su ruina en el Oeste. Escribió al príncipe: «Sobrino mio, si bien la pérdida de Bristol ha sido para mí un golpe terrible, sin embargo el modo como habeis rendido la plaza me hace olvidarlo todo. ¿Qué puedo hacer cuando procede tan cobardemente un hombre por cuyas venas corre mi sangre?... Tanto es lo que sobre el particular podria decir que prefiero callar. Acordaos que el 12 de agosto me escribisteis que os defenderiais cuatro meses si no

habia sedicion en Bristol. ¿Os habeis defendido siquiera cuatro dias? ¿qué sedicion ha habido? Concluyo, deseando que os busqueis en Ultramar la subsistencia hasta que Dios sea servido disponer de mí. Ahi os envio un pasaporte; plegue al cielo que podais un dia grangearos lo que habeis perdido. Una victoria no me seria mas grata que el poderme llamar sin mengua vuestro tio y fiel amigo. *Cárlos rey.*»

Escribió el mismo dia á Oxford, donde se habia retirado el príncipe mandando á los lores del consejo que recogiesen sus despachos, acechasen sus pasos, destituyesen al coronel Legg, gobernador de Oxford y amigo suyo, y los arrestasen á entrambos si habia algun tumulto en la plaza. Su carta acababa con esta posdata: «Decid á mi hijo que sentiria menos su muerte que verle imitar una accion tan cobarde como la rendicion de Bristol.»

Un recurso quedaba al rey, y era su reunion con Montrose, probada otra vez en vano. Era ante todo preciso marchar hácia Chester para hacer levantar su sitio, puesto que era el único puesto que le quedaba para desembarcar tropas de Irlanda, como meditaba. Al cabo de ocho dias perdidos en Hereford, se puso en marcha al través de las montañas de Galles, único camino á favor del cual podia escapar á un cuerpo parlamentario que observaba sus movimientos. Le siguieron unos 5,000 hombres, entre infantería y caballería. Encontrábase ya delante de Chester, cuando picaron su retaguardia los parlamentarios que habian venido por un camino mas fácil. Pero fueron cargados vigorosamente, y tuvieron que replegarse; en esto, el coronel Jones, que dirigia el sitio, destacó un cuerpo que cogió entre dos fuegos á los realistas. El rey vió caer al lado suyo á sus mejores oficiales, y pronto tuvo que huir desesperado hácia el país de Galles, viendo que le era imposible reunirse á Montrose; única esperanza suya.

Tampoco podia ya confiar en esta esperanza, pues hacia diez dias que Montrose huia como él buscando soldados y asilo. El 13 de setiembre, en la selva de Ettrick, junto á la frontera de ambos reinos, le habia Lesley sorprendido confiado y sin fuerzas. A pesar de todos sus esfuerzos, le habian abandonado los montañeses para ir á esconder en sus asilos el fruto de sus rapiñas. Algunos magnates envidiosos de su gloria, Aboyne entre ellos, se habian alejado con sus vasallos; otros desconfiaron de su fortuna y no se le reunieron como habian prometido. Montrose con su carácter brillante y temerario, escitaba la envidia en los corazones viles, y no inspiraba seguridad á los tímidos. Algo de envanecimiento se mezclaba

tambien con aquellas cualidades, y menguaba á su influencia: sus amigos le servian con pasion, y sus soldados con entusiasmo, pero no imponia á sus iguales. Su poder por otra parte se fundaba solo en la victoria, y los hombres prudentes, mas numerosos cada dia, le miraban con sorpresa, como un metéoro á quien nada detiene, pero que pasa rápidamente. Un descalabro disipó la ilusion, y al dia siguiente de su derrota, el conquistador de Escocia solo era ya un proscrito aventurero.

Al recibir este golpe miró Cárlos en derredor sin saber donde buscar un punto de apoyo. Hasta le faltaban consejeros, pues al lado de su hijo los mas sabios estaban. Quedábale solo lord Digby, siempre confiado, siempre dispuesto á oponer nuevos planes á los reveses, y ocupado sobre todo de su crédito, á pesar de su celo. Opinó el rey que le convendria pasar el invierno en la isla de Anglesey, fácil de defender, y cercana á Irlanda; pero le hicieron fácilmente desistir de un proyecto segun el cual abandonaba su reino, cuando aun tenia en él plazas como Worcester, Hereford, Chester, Oxford y Newark. Todos se inclinaban á encerrarse en la primera, pero nada convenia menos á lord Digby. Enemigo declarado del príncipe Roberto, habia motivado los rigores del rey contra su persona despues de la pérdida de Bristol: el príncipe nada mas deseaba que ver á su tio, justificarse y vengarse, y esto le hubiera sido fácil conseguirlo en Worcester; de cuyo punto era gobernador su hermano Mauricio. Solo en Newark le era mas difícil comparecer: asi fue que con sorpresa se decidió el rey á pasar á Newark.

Súpolo al instante el príncipe, y se puso en camino para allá á pesar de la prohibicion que tenia. Repitió el rey que no lo recibiria, mas no por esto dejó de estar inquieto Digby. Bien fuese efecto de casualidad ó de mala fé, corrió de repente la voz de que Montrose habia reparado su pérdida y batido á Lesley, y que se adelantaba á la frontera de ambos reinos. Sin mas informes partió el rey con 2,000 caballos para probar por tercera vez á reunírsele. No tardó en disiparse el error; á los dos dias de marcha supieron á no dudarlo que Montrose vagaba todavía sin soldados por las montañas del Norte. Ya no le quedaba al rey otro recurso que volver á Newark, en lo que convino el mismo Digby. Pero hallándose por su parte decidido á no presentarse al príncipe Roberto, persuadió á Cárlos que era preciso enviar socorros á Montrose, y se encargó de conducirlos. Separáronse con esto; Digby con 1,500 caballos, casi lo único que quedaba de realistas, para el Norte; y Cárlos para Newark con 300

ó 400 caballos por ejército, y con John Ashburnham su ayuda de cámara por consejero.

Al llegar á la plaza, supo que Roberto se encontraba en el castillo de Belvoir, á tres leguas de la ciudad, con su hermano Mauricio y una escolta de 120 oficiales. Mandóle á decir que permaneciese allí hasta nueva órden manifestándose muy ofendido de su llegada. Pero el príncipe siguió adelantándose, y muchos oficiales de la guarnicion, y á mas su gobernador sir Ricardo Willis, le salieron á recibir. Llegó, y sin hacerse anunciar se presentó al rey con todo su séquito. «Señor, le dijo, vengo á daros cuenta de la pérdida de Bristol, y á patentizar las calumnias de que he sido blanco.» Turbado Cárlos al par que irritado, apenas le contestó; era hora de cenar y se pusieron á la mesa retirándose la escolta; el rey habló con Mauricio sin dirigir la palabra á Roberto, y concluida la cena se retiró á su cámara. Roberto se alojó en casa del gobernador.

Sin embargo, al dia siguiente consintió el rey en la convocacion de un consejo de guerra, y despues de algunas horas de sesion se declaró que el príncipe no habia faltado á su valor ni á su fidelidad. Nada mas fue posible obtener del rey. Harto poco era en sentir del príncipe y de sus partidarios, que permanecieron en Newark exhalando sin rebozo su mal humor. El rey por su parte trató de poner término á los desórdenes cada dia mayores de las guarniciones. Para 2,000 hombres de la clase de tropa habia veinte y cuatro oficiales generales ó coroneles, cuyo sueldo absorbia casi todas las contribuciones del condado. Los mas adictos gentil-hombres de los alrededores se quejaban amargamente del gobernador, y en vista de ello determinó relevarle pero guardándole consideraciones, pues le confirió el mando de sus guardias á caballo. Sir Ricardo se oponia, diciendo que esta elevacion se tomaria á desgracia, en razon de que era muy pobre para cortesano. «Daré providencia» respondió el rey volviéndole la espalda.

El mismo dia, á hora de comer, entraron á ver al rey los dos príncipes, sir Ricardo, lord Gerard y veinte oficiales de la guarnicion: «Señor, dijo Ricardo, lo que V. M. me ha dicho esta mañana en secreto se ha hecho público en la ciudad, y me deshonra.—No es por ninguna falta, añadió Roberto, por lo que pierde sir Ricardo su destino; es por ser amigo mio.—Todo esto, repuso lord Gerard, es una trama de lord Digby, quien es un traidor, como lo probaré.» Cárlos atónito al par que admirado se levantó de la mesa, y dando algunos pasos hácia su cáma-

ra, mandó á Ricardo Willis que le siguiese: «No, señor, dijo este; he recibido una injuria pública, y espero una reparacion tambien pública.» A esta negativa, fuera de sí Cárlos se precipitó hácia ellos, y trémulo de cólera, con voz terrible y gesto amenazador les dijo: «Salid, salid, y no parezcais nunca mas á mi presencia.» Turbados á su vez los caballeros, salieron precipitadamente, volvieron á casa del gobernador y abandonaron la ciudad en número de doscientos.

Toda la guarnicion y los habitantes acudieron para ofrecer al rey la espresion de su respeto y constante adhesion. Por la noche, los descontentos le hicieron pedir pasaportes, rogándole que tuviese á bien no considerarlos como rebeldes: «No los bautizaré hoy dia, dijo el rey; tocante á los pasaportes, dénseles cuantos pidan.» Estaba aun conmovido, cuando le llegó la noticia de que lord Digby habia sido batido en Sherburne, que sus caballeros se habian dispersado y que hasta se ignoraba el paradero de aquel jefe. En consecuencia, hácia el Norte no quedaban ya soldados ni esperanzas. La misma plaza de Newark dejaba de ser un punto seguro, pues las tropas enemigas de Poyntz se acercaban, ocupaban sucesivamente las plazas cercanas, estrechaban cada dia mas el círculo, y empezaba á ser problemático que el rey pudiera escaparse. El 3 de noviembre, á las once de la noche, se reunieron en la plaza del mercado unos 500 caballos, resto de muchos regimientos: presentóse el rey, tomó el mando de un escuadron, y salió con direccion á Oxford. Estaban prevenidas dos pequeñas guarniciones á su tránsito; caminó de dia y de noche, huyendo ya de un cuerpo ó bien alejándose de una plaza enemiga; y se creyó salvado al entrar en Oxford por encontrar allí su consejo, su córte, sus hábitos favoritos, y algun descanso.

No tardó en alcanzarle la desgracia. Mientras anduvo errante de condado en condado y de ciudad en ciudad, Fairfax y Cromwell continuaron sus gloriosas espediciones en el Oeste. En menos de cinco meses cayeron en su poder quince plazas importantes. Concedian honoríficas condiciones á toda guarnicion que se les mostraba sumisa, y daban inmediamente el asalto cuando respondia alguna con altivez. No dejaron de causarles bastante inquietud los asociados, puesto que despues de haber probado con ellos la dulzura, tuvo al cabo Cromwell que valerse de las armas. Atacóles con actividad y destreza, ora con rigor ó con clemencia. A instancia suya el parlamento calificó de traicion toda reunion de este género; fueron arrestados algunos jefes, y la exacta disciplina del ejército tranquilizó al pueblo. Poco tardaron en desaparecer los asocia-

dos, y cuando el rey entró en Oxford, era tan desesperada en el Oeste la situacion de su partido, que al dia siguiente escribió al príncipe de Galles mandándole que estuviese pronto para pasar al continente.

Tocante á su persona en nada pensaba, y le parecia que abismándose en la inaccion olvidaria su impotencia. Invitó sin embargo al consejo á que le indicase algun medio capaz de sarcarle del atolladero. Poco habia que escoger, y asi se propuso enviar un mensaje á las cámaras, pidiendo un salvo conducto para cuatro negociadores, en lo que consintió el monarca.

Nunca el parlamento estuvo menos dispuesto para la paz. Acababan de entrar en la cámara baja ciento treinta miembros nuevos en lugar de los que se habian salido para seguir al rey. Largo tiempo retardada esta medida, adoptóse al cabo á peticion de los independientes, hábiles en sacar partido en Westminster de las victorias ganadas en el campo de batalla. De todo echaron mano para dominar en las elecciones, prescribiéndolas aisladamente y una tras otra, ora retardándolas, ora acelerándolas segun el aspecto que presentaban y empleando sucesivamente la sutileza ó la violencia propia de una minoría vencedora.

Muchos hombres célebres del partido entraron por este medio en la cámara, Fairfax entre ellos, Ludlow, Ireton, Blake, Sidney, Hutchinson y Fleetwood. No por esto en otros puntos dejaron de tener distinto resultado las elecciones; muchos condados enviaron á Westminster hombres estraños á toda faccion, si bien que opuestos á la córte, amigos del órden legal y de la paz. Pero á su llegada se encontraban inespertos, sin vínculos, sin jefes, y poco dispuestos á simpatizar con presbiterianos abatidos, que habian perdido en su mayor parte la antigua reputacion.

Muy débil fue su valía, y casi nula su influencia; y por tanto, el primer efecto de la nueva reunion fue dar á los independientes nueva audacia y poder. Desde entonces tomaron un carácter mas violento los actos del parlamento. Se supo que durante su permanencia en Lóndres habian intrigado los comisionados del rey urdiendo tramas para sublevar al pueblo: se decidió al instante que no se recibirian mas comisionados, que no tendrian lugar ulteriores negociaciones, que las cámaras redactarian sus proposiciones de paz bajo la forma de bills, y que se intimaria sencillamente al rey que las adoptase ó desechase meramente como si residiese en Whitehall, y segun costumbre.

El príncipe de Galles ofreció su mediacion entre el rey y el pueblo, y Fairfax trasmitió su carta á las cámaras, «haciéndose, dijo, un deber de

no sofocar en su orígen la benigna esperanza del jóven pacificador.» Ni se le contestó siquiera. Iba á espirar el término fijado al mando de Cromwell, y se prorogó de nuevo por cuatro meses sin señalar la razon. Recrudeciéronse los rigores contra los realistas, y fue revocado el decreto que concedia el quinto de los bienes secuestrados á favor de las mujeres é hijos de los delincuentes. Por otro decreto, desechado anteriormente por los lores, se mandó proceder á la venta de gran parte de los bienes de los obispos y de los delincuentes. No seguia menos violento curso la revolucion en los condados y en la direccion de la guerra. Prohibióse dar cuartel á ningun irlandés cogido en Inglaterra con las armas en la mano; eran fusilados á centenares, y se les echaba al mar atados por la espalda. Aun entre los mismos ingleses no se notaba ya aquella dulzura y modales caballerescos, que daban vislumbres de igualdad á ambos partidos tocante á la educacion, á las costumbres, y á la necesidad misma de la paz.

Entre los parlamentarios, casi solo Fairfax conservaba estos rasgos de humanidad; alrededor de él eran hábiles y valientes á la par oficiales y soldados; pero los de costumbres salvajes, los fanáticos, pensaban solo en vencer, y en los realistas nada veian mas que enemigos. Estos á su vez, irritados por tener que sucumbir contra tales contrarios, procuraban desatarse en sátiras, en epígramas y en canciones cada dia mas insultantes. De este modo se iba encrudeciendo la guerra, como entre gentes que solo se conocen para despreciarse ú odiarse. Al propio tiempo estalló el mal encubierto encono entre los escoceses y las cámaras; se quejaban aquellos de que no se pagase su ejército, y estas de que un ejército aliado pillase y devastase á fuer de enemigos los condados que ocupaba. Do quier en fin, la ardiente fermentacion, los odios profundos, y las medidas mas fuertes y decisivas, daban poca esperanza de paz y ni aun de tregua.

Las proposiciones del rey fueron desechadas, y se negó todo salvoconducto. Insistió con nuevos mensajes, pero inútilmente, pues se le contestó que las intrigas de sus cortesanos no permitian que se les dejase entrar en la capital. Ofreció pasar en persona á Westminster para tratar con el parlamento, pero, á pesar del celo de los escoceses fue tambien desechada esta proposicion. Renovó con todo sus instancias, no tanto para lograr su demanda, como para malquistar las cámaras con el pueblo que deseaba la paz. Pero sus enemigos tenian un medio mas seguro para acabar de desacreditarle, y anunciaron solemnemente que eran fal-

sos sus deseos; que acaba de concluir con los irlandeses, no una tregua sino un tratado de alianza; que 10,000 rebeldes, al mando de Glamorgan iban á desembarcar en Chester; que el precio de este odioso socorro era la completa abolicion de las leyes penales contra los católicos, la libertad de su culto, el reconocimiento de su derecho á las iglesias y á las tierras de que se habian apoderado, en una palabra, el triunfo del papismo y la ruina de los protestantes en Irlanda. Una copia del tratado y muchas cartas que hacian relacion á él se habian encontrado en el coche del arzobispo de Tuam, uno de los jefes de los sublevados, muerto casualmente en una refriega, junto á las murallas de Sligo. La junta de ambos reinos, que hacia tres meses que guardaba estos documentos para una ocasion importante, los presentó á las cámaras, y estas mandaron que se publicaran.

Llegó á lo sumo la turbacion del rey, porque los hechos eran innegables, y aun no habian llegado á noticia de todo el parlamento. Hacia dos años que el mismo Cárlos dirigia esta negociacion con el mayor secreto, ignorándolo su mismo consejo, y aun en gran parte el mismo marques de Ormond, su teniente en Irlanda, y cuyo celo le era tan necesario. Solo lord Herbert, católico, hijo mayor del marques de Worcester, y titulado conde de Glamorgan, obtenia acerca del particular toda la confianza del rey. Valiente, generoso, arrojado y adicto á su señor en peligro y á su religion oprimida, Glamorgan iba y venia de Inglaterra á Irlanda, encargándose de dar los pasos á que se negaba Ormond, sabiendo solo hasta donde se estendian las concesiones del rey. Por su medio tenia lugar la correspondencia de Cárlos con Rinuccini, nuncio del papa recientemente llegado á Irlanda, y con el papa mismo.

En fin, el rey les habia autorizado formalmente por un acto secreto, firmado de su mano, para conceder á los irlandeses cuanto juzgasen necesario á fin de obtener un socorro eficaz, y se obligaba á ratificarlo todo, por ilegales que pudiesen ser las concesiones, deseando únicamente el mas impenetrable secreto hasta tanto que pudiese revelarse todo simultáneamente. Concluyóse el tratado el 20 de agosto del año anterior, y Glamorgan seguia en Irlanda instando vivamente su ejecucion. No era otro el secreto de las largas visitas, de la permanencia del rey en el castillo de Ragland, morada de Worcester, y de aquellas esperanzas misteriosas que algunas veces dejaba entrever en medio de sus reveses.

Casi á un tiempo se supo en Oxford y en Dublin que el tratado estaba descubierto. Harto comprendió Ormond el golpe que con tal descubri-

miento recibiria la causa real, y bien fuese que ignorara realmente, segun dijo, que Cárlos habia autorizado tales concesiones, ó mas bien que quisiese darle márgen para negarlo, mandó prender al instante á Glamorgan, como por haber comprometido gravemente al monarca conce-



LILBURNE.

diendo sin facultad á los rebeldes lo que todas las leyes les negaban. Leal á toda prueba Glamorgan, enmudeció, no produjo ningun acto secreto que tenia á mano con la firma de Cárlos, y dijo que el rey era libre de ratificar ó no lo que él habia prometido en su nombre. Cárlos por su parte se apresuró á desmentir en un manifiesto dirigido á las cámaras y en sus

cartas oficiales al consejo de Dublin, diciendo que no le era dado otra mision que reclutar soldados y secundar los esfuerzos de Ormond; pero, para uno y otro partido era la mentira una rueda gastada que para nada servia. Al cabo de algunos dias soltaron á Glamorgan, quien continuó activando con ardor y sobre las mismas bases la ejecucion del tratado. El parlamento votó no darse por satisfecho con la justificacion del rey; Cromwell fue de nuevo prorogado en el mando, y Cárlos no encontró otro medio de salvacion que una guerra que ya no podia sostener.

Solo le quedaban dos cuerpos de tropas, uno en el condado de Cornouailles al mando de Hopton, y otro sobre la frontera del país de Galles, mandado por Astley. A mediados de enero habia el príncipe de Galles, abandonado de Goring y Greenville, escrito á lord Hopton que durante mucho tiempo habia sido jefe de aquel condado, instándole á que tomase el mando del resto de su ejército reunido alrededor suyo: «Señor, contestó Hopton, los que no quieren obedecer se escudan comunmente con el honor, por mi parte no puedo obedecer hoy dia á V. A. sin el sacrificio del mio; porque, ¿cómo hacer frente con tropas tan escasas, temidas solo de sus mismos amigos, y objeto de burla de los contrarios? Solo son temibles el dia del pillaje, y solo tienen resolucion para huir. Sin embargo, puesto que V. A. juzga necesaria mi presencia, le seguiré con peligro de mi honor:» y tomó el mando de unos 7 ú 8,000 hombres. Pronto fue tan odioso su mando para el ejército como los escesos de este lo eran para el general: los mismos valientes no podian sufrir su disciplina y su vigilancia por haberse acostumbrado á las órdenes de Goring á una guerra menos incómoda y mas provechosa. Fairfax, decidido á someter el Oeste tardó poco en marchar contra ellos, y el 16 de febrero sufrió Hopton en Torrington una derrota mas desastrosa que ensangrentada.

En vano intentó retirándose de ciudad en ciudad rehacer su ejército; le faltaban á la vez oficiales y soldados. «No dí jamás durante esta época, decia, un punto de reunion á un regimiento sin verlo llegar reducido por lo menos á la mitad de su fuerza ó dos horas demasiado tarde.» Fairfax le acosaba cada dia mas, de manera que con una poca gente se vió estrechado hasta la estremidad de Cornouailles. Supo en Truro que cansados los paisanos de la guerra, querian apoderarse del príncipe de Galles y entregarlo al parlamento. Era llegada la hora del peligro, y seguido de su consejo se embarcó el príncipe, aunque solo para retirarse á la isla de Scilly, y en suelo ingles. Viéndose mas desembarazado Hopton probó de nuevo á combatir, pero sus tropas pedian á gritos capitulacion. Hízole

ofrecer Fairfax condiciones honrosas, que eludió constantemente: por último sus oficiales le declararon que si no consentia tratarian sin su mediacion: «Tratad, pues, les dijo; pero no por mí:» y ni él ni lord Capel quisieron ser comprendidos en la capitulacion. Firmados los artículos y disuelto el ejército, se embarcaron para Scilly en busca del príncipe, y el rey no conservó ya en el Sudoeste mas que insignificantes guarniciones.

No cupo mejor suerte á lord Astley. Encontrábase en Worcester con 3,000 hombres, cuando le mandó el rey que pasase á Oxford; y aun salió á su encuentro con 1,500 caballos. Deseaba tener á su lado un cuerpo suficiente para esperar los socorros de Irlanda; pero antes que pudiese efectuarse su reunion, Brereton y Morgan á la cabeza de los parlamentarios alcanzaron á Astley cuyos movimientos hacia tiempo observaban. Completa fue la derrota de los realistas; 1,800 cayeron muertos ó prisioneros, y los demás se dispersaron. El mismo Astley, despues de una resistencia desesperada, cayó en poder del enemigo; era anciano, estaba fatigado del combate, y apenas podia andar; conmovidos los soldados á vista de su valor y de sus canas le trajeron un tambor. Sentóse, y dijo á los oficiales de Brereton: «Señores, habeis concluido ya, y podeis entregaros al placer, si ya no preferís armaros unos contra otros.»

Esta discordia era la única esperanza que le quedaba á Cárlos, y se apresuró á ver si podia ponerla en juego. Ya de antemano se puso en relacion con algunos independientes, con Vane sobre todo, intrigante hasta lo sumo, á quien en otro tiempo habia escrito el secretario de Estado Nicolás, para que por su mediacion pudiese el rey pasar en persona á las cámaras, prometiéndole que si exigian estas el triunfo de la disciplina presbiteriana se les reunirian los realistas «para estirpar del reino esa dominacion tiránica, y garantizarse mútuamente la libertad.» Se ignora lo que Vane contestó á esta carta, pero si se sabe que despues de la derrota de Astley le escribió el mismo Cárlos lo siguiente: «Estad seguro del puntual cumplimiento de mis promesas; os conjuro por todo lo mas sagrado á que me presteis sin retardo vuestros buenos servicios; de otro modo será ya demasiado tarde, y moriré sin recoger el fruto. No puedo esplicaros todas mis necesidades, pero estoy seguro que si lo hiciese pondriais á un lado toda consideracion para servirme. Está dicho todo; fiaos de mí, y os recompensaré plenamente. Si dentro de cuatro dias no he recibido respuesta me veré en la precision de buscar otro recurso. ¡Dios os asista!.. habré cumplido al menos mi deber.» Dirigió al propio tiempo

un mensaje á las cámaras, ofreciendo licenciar sus tropas, entregar todas sus plazas, y volver á Whitehall.

A esta proposicion y al rumor de que tal vez iba á llegar el rey, se esparció la mayor alarma en Westminster; políticos y fanáticos, presbiterianos é independientes, todos sabian que una vez llegado el rey á Whitehall, ya no se dirigian contra él las asonadas de la Cité; todos estaban decididos á hacer la mayor resistencia; todos tomaron las mas violentas medidas contra tal peligro. Prohibióse recibir al rey, ni salirle al encuentro si venia á Lóndres, ni proporcionarle de cualquier modo medios para acercarse. La comision de la milicia recibió poderes para impedir toda reunion, prender á cualquiera que viniese con el rey, prevenir toda afluencia alrededor suyo, y aun poner su persona al abrigo de todo riesgo en caso de necesidad. Los papistas, los delincuentes, los oficiales reformados, los soldados aventureros, y demás que se habian manifestado contra el parlamento, recibieron órden de salir de Lóndres dentro de tres dias. Creóse por último un tribunal marcial, y se decretó pena de muerte contra cuantos tuviesen directa ó indirectamente relaciones con el rey, ó viniesen sin pasaporte de un punto ocupado por tropas realistas, ú ocultasen á cualquiera que hubiese hecho armas contra el parlamento, ó voluntariamente dejasen escapar á un prisionero de guerra, etc. etc. Ningun acto de las cámaras fue nunca mas terrible.

Vane por su parte dejó sin respuesta, ó al menos sin efecto, la carta del rey.

Entre tanto las tropas de Fairfax se adelantaban á marchas dobles para bloquear á Oxford: ya el coronel Rainsborough y otros dos regimientos estaban acampados á vista de la plaza. El rey ofreció á aquel jefe que se entregaria á él como le diese palabra de conducirle al instante al parlamento; pero el coronel no quiso comprometerse á tanto. Dentro de pocos dias iba á ser completo el bloqueo, y por mucha que fuese su duracion, el resultado era infalible: Cárlos iba á caer como prisionero de guerra en poder del enemigo.

Solo un asilo le quedaba tal vez, y era este el campamento de los escoceses. Hacia dos meses que M. de Montreuil, ministro frances, trabajaba para procurárselo, movido mas de sus desgracias que de las instrucciones de Mazarino. Desengañado al pronto por los comisionados escoceses residentes en Lóndres, y convencido por un viaje á Edimburgo de que nada podia esperar del parlamento de Escocia, se habia dirigido por último á algunos de los jefes que sitiaban á Newark, y sus disposiciones le parecieron

tan favorables, que creyó poder prometer al rey en su nombre y bajo la garantía del rey de Francia que los escoceses le recibirian como á su legítimo soberano, librarian de todo riesgo á sus partidarios y á él mismo y procurarian consolidar con todo su poder el restablecimiento de la paz. Las dudas y retractaciones de los oficiales escoceses que deseaban salvar al rey sin agriarse con el parlamento, dieron pronto á conocer que Montreuil se habia adelantado sobradamente, y por tanto le envió á llamar á Oxford. Sin embargo, la necesidad cada dia mas urgente daba con todos estos planes al traste. La reina desde París escribia á Cárlos que confiase en el ministro frances. Hubo nuevas conferencias, y aquellos oficiales hicieron algunas promesas. Trasfiriólas Montreuil al rey pero diciéndole ser aventurada la empresa, y preferible todo otro refugio, pues entre aquellos solo su persona estaria enteramente segura.

De todos modos la situacion de Cárlos no toleraba mas dilaciones: Fairfax estaba ya en Newbury y dentro de tres dias debia completarse el bloqueo. El 27 de abril, á la media noche, seguido solo de Ashburnham y de un eclesiástico muy práctico en los caminos, salió de Oxford á caballo, disfrazado de criado, y al propio tiempo para alejar toda sospecha, salian otros tres hombres de cada una de las puertas de la ciudad. Tomó el camino de Lóndres. Al llegar á las alturas de Harrow, frente de su capital; se detuvo lleno de zozobra: podia bajar, volver á Whitehall y aparecer de repente en la Cité que se declaraba por él. Nada no obstante le convenia menos que una resolucion singular y atrevida, porque en aquellos momentos se hallaba falto de decision, y temia sobre manera cuanto pudiese comprometer en lo mas mínimo su dignidad. Vaciló algunas horas; mas luego se alejó de Lóndres, y marchó hácia el Norte, pero lentamente, casi al azar y dominado de la misma incertidumbre.

Montreuil habia prometido salirle al encuentro en Harbourgh, condado de Leicester; mas no compareció. Cárlos envió á su eclesiástico, el doctor Hudson á la descubierta, y se internó en los condados del Este, errante de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, á lo largo de las costas, mudando continuamente de disfraz, pidiendo en todas partes noticias de Montrose, y anhelando solo reunírsele: larga y dificilísima empresa.

Volvió Hudson; todo seguia como anteriormente: Montreuil prometia siempre un asilo, sino agradable seguro al menos, en el campamento de los escoceses. Cárlos se decidió por fin mas bien por cansancio que por eleccion, y el 5 de mayo, nueve dias despues de su salida de Oxford,

el ministro frances le introdujo de madrugada en Kelham, cuartel general de los escoceses.

El conde de Leven y sus oficiales afectaron al verle gran sorpresa; se dió al instante aviso á los comisionados del parlamento, y partieron correos para anunciarlo á Edimburgo y á Lóndres. Tanto los oficiales como los soldados le trataban con sumo respeto; pero por la noche se le dió una crecida guardia á pretesto de hacerle los honores debidos, y cuando el rey para conocer su situacion quiso dar el santo, le dijo Leven: «Permita V. M. que lo haga yo mismo que soy aquí el soldado mas antiguo (1).»

(1) Véanse á Malcolm Laing, á Clarendon, y á los demás autores, cuyo nombre fuera inútil repetir, y de que hemos dado ya noticia en una nota.

LIBRO SEPTIMO.

Inquietudes y maquinaciones de los independientes.—Permanencia del rey en Newcastle.—No admite las proposiciones del parlamento.—Este se pone de acuerdo con los Escoceses para que le entreguen al rey y se retiren del reino.—Verifícanlo.—El rey es conducido á Holmby.—Estalla la discordia entre el parlamento y el ejército.—Conducta de Cromwell.—Saca de Holmby al rey.—Marcha el ejército sobre Lóndres y acusa á once gefes presbiterianos.—Se apartan estos del parlamento.—Permanencia de Cárlos en Hamptoncourt.—Negocia con el ejército.—Asonada en la capital en favor de la paz.—Muchos miembros de ambas cámaras se retiran al ejército.—Este los vuelve á traer á Lóndres.—Derrota de los presbiterianos.—Aparecen los republicanos y los niveladores.—Cromwell se hace sospechoso á los soldados.—Insurreccion de estos contra los oficiales.—Política de Cromwell.—Terrores del rey.—Huye á la isla de Wight.

(1646.-1647.)

No tardó en llegar á Lóndres la noticia de que el rey habia salido de Oxford, pero sin que en nada pudiera traslucirse donde estaba ni el punto á donde se encaminaba. Corrió la voz que se habria ocultado en la capital, y se amenazó nuevamente de muerte á cualquiera que lo ocultara. Fairfax escribió que se habia dirigido á los condados del Oeste, y al instante se enviaron allá los coroneles Russel y Wharton, oficiales de confianza, con órden de no omitir medio de buscarlo. Inciertos á la vez los parlamentarios y los realistas, estaban impacientes los unos en sus esperanzas y los otros en sus terrores.

El 6 de mayo por la noche llegó en fin la noticia de que se encontraba el rey en el campamento de los escoceses. Al dia siguiente votaron los diputados del pueblo que solo á las dos cámaras incumbia disponer de su persona, y que fuese conducido sin retardo al castillo de Warwick. Los lores no quisieron adherirse á esta proposicion, pero aprobaron que

Poyntz, acantonado junto á Newark, recibiese órden de observar todos los movimientos del ejército escocés, y que Fairfax acudiese allá en caso de necesidad.

Los escoceses por su parte, deseosos de alejarse, obtuvieron del rey que les entregase la plaza de Newark, que fue confiada á las tropas de Poyntz, y colocando al rey á vanguardia, se dirigieron á Newcastle, frontera de su país.

El partido independiente estaba sumamente inquieto. Hacia un año que todo prosperaba para él: dueño del ejército, habia vencido en todas partes, afectando vivamente con sus victorias la imaginacion del pueblo. A sus banderas acudian los hombres osados, los ambiciosos enérgicos, los exaltados en sus esperanzas, cuantos aspiraban á hacer fortuna, cuantos hacian castillos en el aire, ó meditaban planes gigantescos. El talento mismo no hallaba comodidad ni anchura sino entre ellos. Milton, jóven todavía, pero célebre ya por su elegancia y sus conocimientos, acababa de reclamar con una nobleza de lenguaje hasta entonces desconocida la libertad de conciencia, la de imprenta y la facultad del divorcio; indignado de tanta audacia el clero presbiteriano le habia en vano acusado á las cámaras, tomando por un crímen la tolerancia de tales escritos. John Lilburne, conocido ya por su ardiente resistencia á la tiranía, empezaba su infatigable guerra contra los lores, los jueces y los jurisconsultos, y se habia hecho popular.

La confianza y el número de congregaciones disidentes, que subian ya á cincuenta y cuatro, unidas todas á los independientes, era mayor cada dia. En vano los presbiterianos habian al cabo obtenido de las cámaras el establecimiento esclusivo y oficial de su iglesia, pues los independientes favorecidos de los jurisconsultos y de los libertinos, habian logrado mantener la supremacia del parlamento en materia religiosa, y de este modo habian enervado aquella medida, en cuya ejecucion se iba empleando la mayor lentitud. Al propio tiempo se aumentaba considerablemente con los donativos de las cámaras la fortuna personal de los jefes del partido, en especial de Cromwell. En cuanto llegaban del ejército eran recibidos del parlamento con solemnes homenajes; y en cuanto partian para él, demostraban su influjo las gratificaciones y los empleos prodigados á sus amigos. Asi en Lóndres en fin, como en los condados, ya se tratase de religion ó de política, de intereses ó de principios, todo el movimiento social se pronunciaba altamente por este partido. Pero en medio de tantas prosperidades, estando á punto de alcanzar el poder, se

veia amenazado de perderlo todo, si en efecto llegaban á alzarse contra él, el rey y los presbiterianos.

De todo echó mano para librarse de tamaño riesgo. A impulso de su primer arrebato hubiera querido atacar á los escoceses y apoderarse del rey á viva fuerza; pero, á pesar de sus ventajas en las nuevas elecciones, estaba obligado á gobernarse con mas prudencia. Era evidente su minoría en la cámara alta, y no poseia en la baja mas que un ascendiente precario, debido á la inesperiencia de los miembros nuevamente elegidos, mas bien que á sus sentimientos. Puso en juego otros medios osados, artificiosos y secretos, trató de injuriar á los escoceses, é irritar contra ellos al pueblo, con la esperanza de un rompimiento: unas veces eran detenidos é interceptados sus partes á las mismas puertas de Lóndres por subalternos, contra los que pedian en vano justicia; otras llegaban contra ellos peticiones de los condados del Norte, contando sus exacciones, sus desórdenes, y lo que por su causa tenia que sufrir el país. El Alderman Foot fue el único que por el contrario presentó una en favor de aquellos en nombre de la capital, y pidió al mismo tiempo la represion de los nuevos sectarios, móviles de los desórdenes en la iglesia y en el Estado: los lores dieron por ello las gracias á la municipalidad; pero la otra cámara se dignó apenas contestar concisa y secamente.

Existian todavía algunos regimientos, últimos restos del ejército de Essex, en que dominaban los sentimientos presbiterianos, entre ellos una brigada acantonada en Wiltshire, al mando del mayor general Massey, valiente defensor de Glocester: poco se tardó en dar contra ella todo género de quejas, y en obtener su licenciamiento. En las cámaras y en los periódicos, en los lugares públicos y en el ejército, los independientes hablaban de los escoceses con insulto, quejándose de su codicia, burlándose de su economía, minando con éxito las prevenciones nacionales y las desconfianzas populares, y aprovechando toda coyuntura para escitar contra ellos el desprecio y el odio. Por último la cámara baja votó que ya no tenian necesidad del ejército escocés, y que entregándole 100,000 libras esterlinas y pidiéndole cuenta por lo restante, se le rogase que volviera á su país.

Este paso no produjo el efecto que se deseaba. Los escoceses lo escucharon todo con la mayor indiferencia; pero su conducta fue trivial y vacilante, y esto es lo que convenia á sus enemigos. Grandemente embarazosa era la situacion de los jefes dispuestos á servir al rey. Incurable este de su doblez, porque á nada se creia obligado respeto de unos súb-

ditos rebeldes, meditaba su ruina al tiempo que imploraba su apoyo : pocos dias antes de salir de Oxford escribió á Digby : «No desespero de empeñar á los presbiterianos ó á los independientes á que se me unan para esterminarse los unos á los otros, y entonces seré rey.» El pueblo presbiteriano por su parte, bien fuese ingles ó escocés, gobernado siempre por sus ministros, siempre lleno de interés por el pacto y por el triunfo de su iglesia, no queria oir hablar de composiciones con el rey sino á trueque de que cumplieran sus esperanzas : de manera que ni los moderados se hallaban en el caso de poder negociar con él. En tal zozobra, acusados por sus rivales é instigados por sus mismos exigentes secuaces, sus palabras quedaban desmentidas por los actos, y estos se destruian mútuamente.

Querian la paz, la prometian al rey, hablaban sin cesar á sus enemigos del temor que les causaban los independientes; y sin embargo jamás habian sido tantas sus declaraciones de celo por el pacto de adhesion á las cámaras, y de inviolable union, ni en ningun tiempo se habian mostrado tan duros é intratables con el rey y los caballeros. Fueron condenados y muertos seis de los mas ilustres compañeros de Montrose cogidos en la batalla de Philip-Haugh, rigor sin ejemplar en la guerra civil de Inglaterra, y que solo tenia por motivo la venganza. Cárlos, antes de salir de Oxford, habia escrito al marques de Ormond que solo se dirigia al campamento de los escoceses en virtud de la promesa de que si necesario fuese defenderian sus justos derechos; y si bien el lenguaje de aquello hubiese sido menos esplícito, es indudable con todo que habian dado lugar á tales esperanzas. Ormond publicó la carta del rey; mas los escoceses se apresuraron á desmentirla, tachándola de embuste dañoso. Diariamente subia de punto el rigor en torno del monarca; se prohibió acercársele á cuantos habian peleado á sus órdenes, y se interceptaron constantemente sus cartas. Para dar por último una brillante prueba de su lealtad al pacto, le intimaron que se instruyese en la verdadera doctrina de Cristo, de manera que Henderson, el mas famoso predicador del partido, pasó á Newcastle para emprender oficialmente la conversion del monarca cautivo.

Hábil y dignamente sostuvo Cárlos esta prueba, aferrado en su adhesion á la iglesia anglicana, pero raciocinando moderadamente contra un contrario tambien moderado. Durante la discusion escribió el rey á todos los gobernadores realistas que entregasen sus plazas, á las cámaras que le enviasen sus proposiciones, á Ormond que continuase negociando con

los irlandeses hasta tanto que recibiese contra órden, y á Glamorgan por fin, su mas íntimo confidente, en estos términos : «Si podeis procurarme una crecida cantidad de dinero, empeñando para su cobro mi reino, en cuanto vuelva á poseerlo pagaré con usura. Decid al nuncio del papa que si encuentro medio de pasar entre vosotros, lo haré seguramente, pues veo con claridad que todos los demás me desprecian.»

Le llegaron al fin las proposiciones de las cámaras, que estaban encargados de presentarle los condes de Pembroke y de Suffolk, y cuatro miembros de la cámara baja. Goodwin, uno de estos, empezó á leérselas. «Una pregunta, señores, dijo el rey interrumpiéndole : ¿teneis poderes para tratar?—No, señor.—En este caso salvo el honor del mensaje, hubiera podido hacer lo que vosotros un trompeta.» Goodwin acabó su lectura. «Pienso, dijo el rey que no deseareis una respuesta instantánea, porque el negocio es grave.—Señor, respondió Pembroke, solo podemos permanecer aquí diez dias.—Está bien, repuso Cárlos, os daré la respuesta á tiempo : podeis retiraros.»

Trascurrieron muchos dias sin que se hablase de nada á los comisionados. El rey leia y releia tristemente las proposiciones, mas humillantes y duras por cierto que cuantas habia hasta entonces desechado. Se le pedia la adopcion del pacto, la abolicion completa de la iglesia episcopal, y la concesion por veinte años del mando del ejército, de la marina y de la milicia á favor del parlamento. Además se escluia de todo indulto á sesenta y uno de sus mas fieles amigos, y de los cargos públicos, hasta tanto que otra cosa dispusiesen las cámaras á cuantos habian abrazado su partido. Instábanle sin embargo que lo aceptase todo; M. de Bellievre, embajador de Francia, llegado á Newcastle el dia mismo que el mensaje de las cámaras, se lo aconsejaba en nombre de su córte; Montreuil le trajo cartas de la reina que se lo rogaban, y aun ella misma, por consejo de Bellievre, le envió uno de sus domésticos para decirle que todos sus amigos desaprobaban su resistencia. ¿Qué amigos? dijo Cárlos con enfado.—Lord Jermin, señor.—Jermin nada entiende en punto á iglesia.—Lord Colepepper no tiene religion; pero Hyde qué opina?—Lo ignoramos; el canciller de hacienda no está en París; ha abandonado al príncipe, y permanecido en Jersey, de lo que está muy resentida la reina.—Y sin razon; el canciller es un hombre honrado que no abandonará jamás á su rey, á su príncipe, ni á su iglesia : mucho siento que no esté al lado de mi hijo.» El enviado de la reina, William Davenant, insistia con la vivacidad de un poeta y la ligereza de un

libertino, hasta que incomodado el rey le mandó retirarse. No eran menos vivas las instancias de parte de los presbiterianos; muchas ciudades de Escocia, entre otras Edimburgo, dirigieron al rey amistosas peticiones: hasta la capital hubiera hecho otro tanto sino se lo hubiese impedido una prohibicion formal de la cámara baja. Unióse en fin la amenaza á la súplica; la asamblea general de la iglesia escocesa pidió que en ningun caso pudiese el rey entrar en Escocia sin su consentimiento al pacto, y en una audiencia solemne, el canciller lord Lowden le declaró en presencia de los comisionados escoceses que si insistia en su negativa se le negaria en efecto la entrada en Escocia, y tal vez seria depuesto en Inglaterra para instituir otro gobierno.

Nada pudo vencer el orgullo del rey, ni sus escrúpulos religiosos, ni las secretas esperanzas á que daban pábulo algunos amigos crédulos é intrigantes. Despues de haber retardado de dia en dia su respuesta, por último, el 1.º de agosto llamó ante sí á los comisionados, y les entregó un mensaje escrito, en el que sin desechar absolutamente sus proposiciones, pedia de nuevo que se le admitiese en Lóndres para tratar en persona con el parlamento.

Los independientes no pudieron contener su alegría. A la vuelta de los comisionados se propuso segun costumbre votarles las gracias. «Al rey se deben dar, esclamó un miembro.—¿Qué va á ser de nosotros ahora que ha desechado nuestras proposiciones? preguntaba lleno de zozobra un presbiteriano.—¿Qué hubiera sido de nosotros si las hubiese aceptado?» respondió un independiente. Llegó á poco un mensaje de los comisionados escoceses, ofreciendo entregar todas las plazas que ocupaban, y retirar de Inglaterra su ejército. Los lores votaron que sus hermanos de Escocia habian merecido bien del reino; no asi los diputados del pueblo pero decretaron que prohibian hablar mal ni imprimir nada contra los escoceses. Momentáneamente pareció que los dos partidos, exasperado uno y animado otro con la negativa del rey, solo trataban de arreglar de mancomun sus intereses.

Pero las treguas de la prudencia ó del despecho son efímeras entre pasiones encontradas. La retirada de los escoceses daba márgen á dos cuestiones: 1.ª ¿cómo se les pagarian los atrasos que les eran debidos, y que hacia tanto tiempo reclamaban? y 2.ª ¿quién dispondria de la persona del rey? no bien se habló de esto cuando los partidos volvieron á encresparse nuevamente.

Tocante á la primera, obtuvieron fácilmente ventaja los presbite-

rianos. Bien es verdad que eran exorbitantes las demandas de los escoceses, pues sin contar lo que tenian recibido, reclamaban aun unas 700,000 libras esterlinas: «sin enumerar, decian, las pérdidas enormes que ha esperimentado la Escocia á causa de su alianza con la Inglaterra, y cuya evaluacion dejaban á la equidad de las cámaras.» Clamaron los independientes con amarga ironía contra una fraternidad tan onerosa, y á su vez opusieron á los escoceses una cuenta detallada de las sumas que habian percibido y de sus exacciones en el Norte del reino, cuenta segun la cual la Escocia deberia aun á la Inglaterra sobre una 400,000 libras esterlinas. Pero tales recriminaciones no podian ser admitidas, ni aun seriamente discutidas por hombres sensatos. La retirada de los escoceses era evidentemente necesaria; la solicitaban vivamente los condados del Norte, y para obtenerla era preciso pagar, porque una guerra hubiera costado mucho mas cara, y habia comprometido gravemente al parlamento. La obstinacion rastrera de los independientes se tomó á ceguedad ó á intriga; los presbiterianos por el contrario prometian hacer mas razonables á los escoceses; todos los hombres indecisos, fluctuantes, ó reservados, que no pertenecian á ningun partido, y que cansados del despotismo presbiteriano habian dado frecuentemente la mayoría á los independientes, los abandonaron en esta ocasion. Votáronse 400,000 libras esterlinas como el máximum de las concesiones á que podian aspirar los escoceses, pagaderas la mitad á la época de su partida, y la otra mitad dentro del plazo de dos años. Aceptaron la propuesta, y al momento se abrió en la capital un empréstito para el cumplimiento de aquellas condiciones, dando por hipoteca el producto de la venta de los bienes de la iglesia.

Pero en cuanto se trató de la persona del rey fue embarazosa la posicion del partido presbiteriano. Hubiera deseado este que permaneciese entre los escoceses, y sin embargo el orgullo nacional se lo impedia, porque estaba en el honor del pueblo ingles disponer absolutamente de su soberano: ¿qué jurisdiccion tenian los escoceses sobre el suelo de Inglaterra? Eran solo auxiliares que clamaban por su sueldo: no se les necesitaba ni se les temia. Ellos sin embargo no podian aceptar sin resistencia tales desprecios; decian que Cárlos era su rey asi como de los ingleses, y que por lo tanto tenian como estos el derecho de velar por su persona y su destino, puesto que el pacto les obligaba á ello. Enconáronse con la cuestion los ánimos; se multiplicaron las conferencias, los folletos, las declaraciones y las acusaciones mútuas; el pueblo, sin distincion de parti-

dos, se pronunciaba mas vivamente contra las pretensiones de los escoceses, que ya le eran odiosos; reaparecian las preocupaciones y las antipatías nacionales; la codicia y pendantería teológica de unos se oponia cada dia mas al fanatismo y á la mayor ilustracion de sus aliados. Hollis, Stapleton y Glynn, jefes del partido presbiteriano, fatigados de una lucha vana trataban de darle un término. Persuadiéronse que si los escoceses entregaban el rey, habria motivo para licenciar el ejército de independientes, verdadero enemigo del parlamento y del monarca. Aconsejaron por tanto á los escoceses que cediesen por interés de ellos mismos: y por este tiempo animados sin duda los lores de iguales sentimientos, adhirieron á esta proposicion de la cámara baja de que hacia cinco meses que no se hablaba: «A las dos cámaras solas incumbe disponer de la persona del rey.»

La mayor parte de los presbiterianos escoceses no deseaban interiormente otra cosa para salir de la posicion embarazosa en que se encontraban. Pero los amigos del rey eran mas odiosos é influyentes, y se hallaba á su frente el duque de Hamilton. Arrestado hacia tres años en un castillo de Cornouailles por sospechoso á la córte, salió libre al cabo cuando cayó en poder del parlamento, pasó algunos dias en Lóndres visitando á Newcastle, donde volvió á favor del rey, y de vuelta á Edimburgo hacia los mas sinceros esfuerzos por servirle. El vino á ser centro de toda la alta nobleza de los presbiterianos moderados, de los sabios que abominaban el ciego fanatismo de la muchedumbre y la insolente dominacion de los ministros, y de los hombres honrados y tímidos, dispuestos á sacrificarlo todo para encontrar algun reposo. Obtuvieron todos de mancomun que se enviase una nueva diputacion á Newcastle para conjurar de rodillas al rey á que aceptase al fin las proposiciones del parlamento.

Las apasionadas instancias de los compatriotas de Cárlos, casi todos compañeros de su juventud, hubieron de conmoverle: «Sobre mi palabra, les dijo, os aseguro que los peligros que me habeis pintado me turban menos que el pesar de no poder satisfacer plenamente los votos de mi país natal, que acabais de espresarme. No quiero que se engañe nadie sobre mis intenciones; protesto que no me niego á nada; únicamente deseo ser oido en Lóndres: si un rey negase esta facultad á cualquiera de sus súbditos, pasaria justamente por tirano.» Al dia siguiente, sin duda despues de vanas instancias, ofreció reducir la iglesia episcopal á cinco diócesis, dejando en vigor el régimen presbiteriano en lo restante del reino, y reclamando únicamente para él y los suyos la libertad de su conciencia y de su culto, hasta tanto que de concierto con las cámaras hu-

biese terminado todas las diferencias. Pero, ninguna concesion parcial podia ser suficiente para el pueblo presbiteriano, y cuanto mas ofrecia el rey, mas se dudaba de su buena fé. Su proposicion apenas fue escuchada.

Desalentado Hamilton habló de retirarse al continente, y se esparció al propio tiempo la voz de que el ejército escocés se volvia á su país. En el acto Cárlos escribió al duque lo siguiente : « Hamilton, tengo tanto que escribir, y tan poco tiempo para hacerlo, que esta carta será confusa como la época en que vivimos. Lisonjéase la gente de Lóndres de echarme la mano diciendo á mis compatriotas, que no me quieren para tenerme como prisionero, sino para darme una guardia de honor que me acompañe á todas partes para seguridad mia. Dígoos pues, y deseara que todos lo supiesen, que no quiero que este ejército me deje solo en Inglaterra, á menos que clara y legalmente pueda yo aparecer en plena libertad y sin que me vea rodeado de súbditos que no sean de mi gusto. Os pido que no os marcheis : » y la carta acababa con estas palabras. « Vuestro mas seguro, mas verdadero, mas fiel y constante amigo » Hamilton se quedó.

Reunióse el parlamento escocés ; sus primeras sesiones parecian anunciar un vivo y enérgico interés en favor del rey. Declaró que sostendria el régimen monárquico en la persona y en los descendientes de S. M. asi como sus justos derechos á la corona de Inglaterra, y que se enviarian instrucciones á los comisionados escoceses en Lóndres, á fin de obtener que el rey pasase allá con honor, seguridad y libertad. Pero al otro dia la comision permanente de la asamblea general de la iglesia presbiteriana dirigió al parlamento una esposicion pública, en que lo acusaba de haberse prestado á oir pérfidos consejos, y se quejaba de que con semejante debilidad pusiese en peligro la union de entrambos reinos, esperanza de los verdaderos fieles, para servir á un príncipe que se obstinaba en desechar el pacto de Cristo. Nada podian contra tal intervencion Hamilton y sus amigos. El parlamento manifestó su docilidad anulando su votacion del dia anterior, y los moderados solo obtuvieron que se diese un paso acerca del rey para que aceptase las proposiciones. Cárlos á su vez solo respondió con otro mensaje, pidiendo que se le permitiese tratar personalmente con el parlamento.

En tanto que por quinta vez espresaba este deseo, firmaban las cámaras el tratado tocante al pago y á la retirada del ejército escocés. Se habia verificado el empréstito de la capital : el 16 de noviembre salieron

de Lóndres las 200,000 libras esterlinas que debian recibir los escoceses antes de su partida; Skippon mandaba la escolta, y dió por órden del dia á sus soldados que seria severamente castigado el que diese el menor motivo de queja á algun oficial ó soldado escocés. El convoy entró en York el 1.° de enero de 1647 al estampido del cañon de la plaza que celebraba su llegada, y tres semanas despues los escoceses recibieron en North-Allerton su primer pago.

No se pronunció el nombre del rey en los actos de esta negociacion; pero ocho dias despues de haberse firmado el tratado, las dos cámaras votaron que seria conducido al castillo de Holmby en el condado de Northampton. Tratóse en la cámara baja sobre si se enviarian comisionados á Newcastle para recibir solemnemente al rey, ó si le recibiria Skippon sin ceremonia al tiempo que le entregasen las llaves de la ciudad y el recibo de las 200,000 libras esterlinas. Los independientes insistian vivamente en lo último, alegres con la idea de humillar á un mismo tiempo al rey y á sus rivales; pero los presbiterianos triunfaron, y el 12 de enero, nueve comisionados, los tres lores y los seis diputados del pueblo, partieron de Lóndres con séquito numeroso para ir á tomar respetuosa posesion de su soberano.

Jugaba Cárlos al ajedrez cuando supo lo determinado por las cámaras y su próxima traslacion al castillo de Holmby: acabó sosegadamente la partida, y se contentó con responder que á la llegada de los comisionados les haria conocer su voluntad. Sin embargo, cada vez era mayor la inquietud que dominaba en torno suyo; sus amigos y servidores le buscaban por todas partes socorros y refugio, ora meditando la fuga, ora incitando en distintos puntos nuevas sublevaciones. El pueblo mismo empezaba á condolerse de su situacion. Un ministro escocés, predicando delante de él en Newcastle, señaló á sus oyentes para que lo repitiesen á coro el salmo 51 que empieza asi: «¿Tirano, como te glorificas en tu maldad, y te envaneces de tus iniquidades?» Pero el rey, levantándose de repente, entonó en vez de este versículo el del salmo 56 que dice: «Dios mio, tened piedad de mí, porque mis enemigos me atormentan, y son muchos los que me hacen la guerra;» todos los concurrentes recitaron con entusiasmo ese salmo: pero, ah! ¡cuán tardía é impotente es la piedad del pueblo!

Los comisionados llegaron á Newcastle: el parlamento de Escocia habia consentido oficialmente en entregar al rey. «Me venden y me compran,» dijo al saberlo. Sin embargo recibió bien á los comisionados,

habló alegremente con ellos, felicitó á lord Pembroke por haber podido á su edad y en estacion tan cruel hacer tan largo viaje, se informó del estado de los caminos, é hizo traslucir en fin que no sentia acercarse al parlamento. Los comisionados escoceses hicieron la víspera de su partida



LUDLOW.

otra tentativa en favor del pacto: «Si el rey lo adopta, decian, en vez de entregarle á los ingleses lo llevaremos á Berwick, y obtendremos para él condiciones razonables.» Aun mas: ofrecieron á Montreuil, que les servia siempre de intermediario, una fuerte suma como pudiese obtener solamente del rey una simple promesa. Cárlos insistió en su negativa,

pero sin quejarse de la conducta de la Escocia relativamente á su persona y tratando igualmente bien á los comisionados de ambas naciones sin la menor desconfianza. Alejáronse al fin los escoceses cansados de su impotencia; Newcastle se entregó á las tropas inglesas, y el rey partió el 9 de febrero bajo la escolta de un regimiento de caballería.

Viajaba lentamente, siendo por todas partes objeto de la curiosidad de un numeroso gentío; alineábanse en el camino los atacados de lamparones para que los tocase al paso. En vano los comisionados quisieron alejar este concurso; nadie estaba acostumbrado á oprimir ni á temer, y los mismos soldados no se atrevian á apartar con aspereza á los ciudadanos. Junto á Nottingham, Fairfax que tenia allí su cuartel general, salió al encuentro del rey, se apeó, le besó la mano, y montando otra vez á caballo, atravesó la ciudad á su lado conversando respetuosamente. «El general es un hombre de honor, dijo el rey al dejarle, ha cumplido su palabra;» y á los dos dias, al entrar en Holmby donde se hallaban reunidos para felicitarle los gentil-hombres y los paisanos de los alrededores, se mostró satisfecho del recibimiento.

No dejaron de concebir por ello alguna zozobra los presbiterianos en Westminster; pero fue prontamente sofocada por la alegría de verse dueños del rey, y por considerarse en fin libres para atacar osadamente á sus enemigos. Tuvo lugar la entrada de Cárlos en Holmby el 16 de febrero, y el 19 habia ya votado la cámara baja que se licenciaria el ejército, salvo el necesario para Irlanda, para las guarniciones y la seguridad del reino. Poco le faltó para que se quitase á Fairfax el mando de las tropas que debian quedar en pié; al conservárselo se mandó que ningun miembro de la cámara pudiese servir en él; que no pudiera tener á sus órdenes ningun oficial superior al grado de coronel, y que todos estuviesen obligados á conformarse con la iglesia presbiteriana, y á adoptar el pacto. Los lores por su parte, para aliviar, decian, á los condados de los alrededores de Lóndres, los mas entusiastas por la causa pública, pidieron que se alejase el ejército, ínterin se determinaba su disolucion. Abrióse en la capital un empréstito de 200,000 libras esterlinas, con el objeto de pagar á las tropas licenciadas una parte de sus atrasos. En fin, se encomendó una junta especial compuesta de casi todos los jefes presbiterianos, como Hollis, Stapleton, Glynn, Maynard y Waller, el activar la ejecucion de estas medidas, y sobre todo el enviar á los desgraciados protestantes irlandeses los socorros que hacia tanto tiempo esperaban.

El ataque no era ciertamente imprevisto: hacia dos meses que los

independientes se veian en minoría, porque la mayor parte de los nuevamente elegidos que antes temian el despotismo presbiteriano empezaban ya á volverse de su lado. «¡Qué miseria es servir á semejante parlamento! dijo cierto dia Cromwell á Ludlow; por mas que uno sea fiel, no puede salvar su reputacion del furor del primer leguleyo que se atreva á calumniarla, en vez de que sirviendo á un general uno es útil y no tiene que temer los ultrajes ni la envidia: si tu padre viviese, es seguro que haria entrar por el buen camino á esa gente.» Ludlow, sincero republicano que no se metia en intrigas de los partidos, nada comprendió; pero Cromwell sabia encontrar otros mas fáciles de seducir.

Contaba en el ejército con hábiles cómplices y obcecados instrumentos: Ireton, que posteriormente fue su yerno, en otro tiempo letrado y entonces comisario general de caballería, enérgico, tenaz, profundo y osado con visos de moderacion; Lamberto, brillantísimo oficial del ejército y muy ambicioso, que habia tambien estudiado leyes, y habia adquirido el arte de insinuarse entre los soldados y otros valientes coroneles, que todo lo esperaban del talento de Cromwell, le prestaban ciega obediencia como soldados. Por mediacion de estos aun despues de acabada la guerra, conservaba Cromwell desde Westminster toda su influencia en el ejército. En cuanto se supo que se trataba de licenciamiento, empezaron aquellos á murmurar; les llegaban de Lóndres noticias, consejos é insinuaciones; las hacian circular, exhortando por bajo mano á los soldados á que se aferrasen en pedir todos sus atrasos, á que desechasen el servicio de Irlanda, y no diesen lugar sobre todo á la menor desunion. Cromwell entre tanto, inmóvil en Lóndres para alejar sospechas, se lamentaba en la cámara del descontento del ejército, y se deshacia en protestas de adhesion.

Al pronto llegó una peticion sumisa firmada solo por catorce oficiales. Prometian pasar á Irlanda á la primera órden, é insinuaban solo modestos consejos sobre el pago de los atrasos y las garantías que acerca de ello tenian derecho á esperar las tropas. Las cámaras les dieron las gracias, pero con cierta acrimonia, diciendo que no convenia que nadie diese instrucciones al parlamento. No bien hubo llegado esta contestacion al ejército, cuando se preparó otra nueva peticion aun mas enérgica y esplícita. Pedíase que los atrasos se arreglasen exactamente; que á nadie se le obligara por fuerza á pasar á Irlanda; que se concedieran pensiones á los soldados mutilados, á las viudas y los hijos de los soldados muertos, y que se les enviasen recursos á cuenta para no ser gravosos á

los pueblos. Ya no venia esta esposicion firmada por algunos oficiales, sino en nombre de los oficiales y soldados; y ya no se dirigia á las cámaras, sino á Fairfax, intérprete natural del ejército y defensor de sus derechos. Leíase el proyecto al frente de los regimientos, y se amenazaba á los oficiales que rehusaban firmarlo.

Al primer rumor de tales intenciones, mandaron las cámaras á Fairfax que procurase enfrenarlas, declarando que cualquiera que persistiese seria considerado como enemigo del Estado y perturbador del reposo público, y exigiendo además que algunos oficiales viniesen á dar esplicaciones.

Fairfax respondió que obedeceria: Hammond, Pride, Lilburne y Grimes pasaron á Westminster, y negaron altamente los hechos de que eran acusados: «Es falso, dijo Pride, que el proyecto de peticion se haya leido á la cabeza del regimiento.» Solo en efecto se habia leido á la cabeza de cada compañía; pero no se insistió mas, contentándose con que fuese abandonado y aun negado el proyecto.

Volvióse á los preparativos del licenciamiento; era cosa larga á par que insuficiente el empréstito abierto en la Cité, y para suplir á él se estableció un subsidio de 60,000 libras esterlinas mensuales. Se activó la formacion de los cuerpos destinados á Irlanda; se prometieron grandes ventajas á los que entrasen en ellos; se nombró para mandarlos á Skippon y á Massey; y pasaron al ejército para anunciar estas resoluciones cinco comisionados pertenecientes todos al partido presbiteriano.

El mismo dia de su llegada tuvieron con ellos una conferencia doscientos oficiales reunidos en casa de Fairfax: «¿Quién nos mandará en Irlanda? preguntó Lamberto.—Están nombrados los mayores generales Skippon y Massey.—El ejército, observó Hammond, seguirá gustoso al mayor general Skippon, pues conoce el mérito de este gran soldado; pero junto á él necesitamos ver tambien á otros oficiales generales que tenemos probados.—Si, esclamaron todos; vengan Fairfax y Cromwell, y nadie dejará de seguirlos.» Atónitos los comisionados, salieron de la sala, invitando á los oficiales de recta intencion que pasasen á su domicilio. Unos doce ó quince correspondieron apenas á esta invitacion.

Algunos dias despues, ciento cuarenta y uno oficiales, dirigieron á las cámaras una justificacion solemne de su conducta: «Por ser soldados, decian, no hemos dejado de ser ciudadanos; aun mas, defendiendo las libertades de nuestro país, no es posible que solo nosotros seamos los esclavos; á pesar de eso, son desechadas y prohibidas nuestras peticiones,

mientras se reciben y se provocan las que de diferentes condados están llegando contra nosotros. Se nos trata de enemigos del Estado: pero nosotros esperamos que será desmentida esta acusacion, y que antes de licenciarnos se nos concederán para nuestra seguridad personal y para nuestros atrasos las garantías que necesitamos.»

No bien habia concluido la lectura de esta carta cuando se levantó Skippon y presentó otra que el dia antes le habian entregado tres simples soldados: ocho regimientos de caballería se negaban espresamente á servir en Irlanda: «Lazo infame, decian, y puro pretesto para separar á los soldados de los oficiales á quienes aman, y para encubrir la ambicion de algunos hombres que no reparan en constituirse tiranos.» A este ataque personal sorprendidos á la vez é irritados los jefes presbiterianos, pidieron que la cámara hiciese comparecer é interrogase á los tres soldados. Presentáronse con entereza: «¿Dónde se ha deliberado esta esposicion? les preguntó el presidente.—En reunion de regimientos.—¿Quién la ha redactado?—Un consejo de agentes nombrados por cada regimiento.—¿La han aprobado vuestros oficiales?—Muy pocos están enterados de ello.—¿Sabéis que solo los realistas pueden haber provocado tal paso? ¿Vosotros mismos, habeis pertenecido tal vez á ese partido?—Entramos á servir al parlamento antes de la batalla de Edge-Hill, y desde entonces nunca lo hemos abandonado.» Uno de los tres se adelantó diciendo: «Recibí cierto dia cinco heridas y caí; lo vió el mayor general Skippon, se acercó y me dió cinco chelines para procurarme algunos socorros: el mayor general podrá decir si miento.—Es verdad, dijo Skippon mirando con interés al soldado; pero ¿qué significa esta frase en que hablais de la tiranía?—No somos mas que los agentes de nuestros regimientos; si la cámara nos da sus preguntas por escrito, las presentaremos, y volveremos despues con la respuesta.»

Estalló en la cámara un violento tumulto, y los presbiterianos se deshacian en amenazas. Cromwell se inclinó hácia Ludlow que estaba sentado á su lado: «Esos hombres, le dijo, no tendrán sosiego hasta que el ejército les dé el portante.»

En breve degeneró la cólera en viva inquietud: se acababan de hacer descubrimientos bien tristes: ya no se trataba de reprimir tropas descontentas; el ejército en masa se mancomunaba, y se erigia en poder independiente y rival tal vez de su propio gobierno. Dos consejos, compuesto uno de oficiales, y otro de agentes nombrados por los soldados, lo coordinaban todo y se apresuraban á negociar en su nombre. Todo esta-

ba previsto para sostener esta organizacion naciente; cada escuadron, cada compañía nombraba sus representantes; en cuanto era necesaria su reunion cada soldado daba ocho sueldos para ocurrir á los gastos, y ambos consejos debian obrar de concierto. Al propio tiempo corrió no sin fundamento la voz de que el rey habia recibido proposiciones del ejército en que al parecer se le ofrecia restituirle á sus derechos si se entregaba á él (1). En el seno mismo de las cámaras, á vista de este nuevo poder, y temiendo su pujanza aun mas que su triunfo, se presentaban tímidos los prudentes; estos se alejaban de Lóndres, y otros, como Whitelocke, se acercaban á Cromwell, que se apresuraba á recibirlos. Se resolvió hacer uso de la benignidad, y emplear en el ejército á los jefes populares. Se prometieron dos meses de sueldo, en vez de seis semanas como se habia decretado á las tropas que debian licenciarse; se redactó un decreto de amnistía general para todos los desórdenes y actos ilegales cometidos durante la guerra y se señaló finalmente un fondo para socorro de las viudas y de los huérfanos de los soldados. Cromwell, Ireton, Skippon, Fleetwood y demás generales miembros del parlamento que eran bien quistos del ejército, recibieron encargo de restablecer entre él y las cámaras la necesaria armonía.

Trascurrieron quince dias sin que pareciese producir ningun efecto su presencia en el cuartel general. Escribian frecuentemente, pero nada decian sus cartas : ora el consejo de oficiales habia rehusado responder sin el concurso de los agentes, ora estos pedian tiempo para consultar con los soldados. Diariamente, á vista de los comisionados del parlamento, tomaba mas consistencia y poder ese gobierno enemigo. Cromwell entre tanto no cesaba de escribir que en vano hacia esfuerzos para apaciguar el ejército, que su crédito padecia mucho, y que no tardaria en hacerse sospechoso y tal vez aborrecible á los soldados. Algunos comisionados volvieron por último á Lóndres con la misma respuesta.

Asi lo esperaban los jefes presbiterianos, y aprovechando la irritacion de la cámara, que hasta entonces habia querido contemporizar, obtuvieron en pocas horas unas resoluciones enérgicas. Sobre una mocion de Hollis se votó que fuesen inmediatamente licenciadas las tropas que no quisiesen pasar á Irlanda; y hasta se señaló dia y lugar para la ejecucion de esta medida. Los cuerpos debian ser disueltos aisladamente, cada uno en sus cuarteles, y casi simultáneamente, para que no tuviesen lugar de man-

(1) Se le hicieron efectivamente proposiciones, mas no contestó.

comunarse y reunirse. Se facilitó el dinero necesario para los primeros actos de esta operacion, y partieron comisionados presbiterianos para activarla.

Encontraron estos el ejército en el mas violento desórden: muchos eran los regimientos que al tener noticia del golpe que les amenazaba se habian sublevado: unos se habian separado de sus oficiales y á banderas desplegadas salian al encuentro de sus camaradas; otros se fortificaban en los templos, declarando que no los abandonarian; algunos se habian apoderado del dinero destinado al licenciamiento y todos pedian á gritos una reunion general en que pudiese hacerse oir todo el ejército. Al instante se dirigió á Fairfax un manifiesto en nombre de los soldados, declarando que si sus oficiales se negaban á conducirlos, sabrian bien reunirse sin ellos y defender sus derechos. Turbado el general exhortaba á los jefes, escuchaba á los soldados, y escribia al parlamento, sincero é impotente con todos los partidos, tan incapaz de renunciar á la popularidad como de ejercer el poder. Reunió en fin un consejo de guerra, y todos los oficiales, á escepcion de seis, votaron que las resoluciones de las cámaras no eran satisfactorias, que el ejército no podia disolverse sin obtener mas seguras garantías y que era necesario reunir todas las tropas para calmar los ánimos, é informar de todo al parlamento mediante una representacion sumisa.

Nadie podia ya hacerse ilusion: las cámaras no se bastaban á sí mismas despues de tal desprecio de su autoridad; necesitaban contra semejante enemigo otra fuerza que su nombre, otro apoyo que la ley, y este solo podian darle el rey de una parte, y de otra la capital, siempre presbiteriana y dispuesta á ser realista. Habíanse tomado ya algunas medidas bajo este aspecto; quitóse el mando de la milicia al partido independiente y se confirió á una junta presbiteriana; colocóse una guardia mas numerosa á la puerta de las cámaras; se señalaron 12,000 libras esterlinas mas para sus gastos; y recorrian por la capital los restos leales del ejército de Essex. Este general habia muerto casi repentinamente al volver de una cacería, y cuando se preparaba á intervenir en favor de la paz: su pérdida se consideró como golpe tan funesto entre los presbiterianos que promovieron cargos de envenenamiento contra sus enemigos. A pesar de esto, Waller, Poyntz y Massey estaban prontos á declararse.

Tocante al rey eran de temer sus disposiciones menos favorables; dos veces se le habia rehusado con encono teológico el servicio de sus

capellanes; dos ministros presbiterianos celebraban solemnemente su culto en Holmby, á pesar de que Cárlos rehusaba asistir á sus ceremonias; habian alejado de su persona á sus mas íntimos domésticos con objeto de reprimir toda tentativa de correspondencia con su mujer, sus hijos ó sus amigos; apenas pudo obtener permiso de conversar con él uno de los comisionados del parlamento de Escocia: en fin, á pesar de que habia dirigido hacia quince dias á las cámaras una respuesta detallada á las proposiciones que habia recibido en Newcastle, aun no se habia tomado en consideracion. Difícil pues parecia una alianza despues de tan importunos rigores. Era sin embargo urgente la necesidad, y si bien el rey podia quejarse de los presbiterianos, sabia sin embargo que estos no deseaban su ruina. En Holmby se le rendian los honores acostumbrados á la majestad: su morada era magnífica, y el ceremonial de la córte se guardaba estrictamente; los comisionados presbiterianos no le faltaban en nada al respeto, y vivian con él en armonía; ora les invitaba el rey á acompañarle á paseo, ora jugaba con ellos al ajedrez, y nunca desdeñaba su conversacion.

Seguramente no podia desconocer que los enemigos de las cámaras lo eran tambien suyos, ni le era por lo tanto posible desechar el único medio de salvacion que le quedaba. Los lores votaron que se invitase á S. M. á venir á residir mas cerca de Lóndres en su castillo de Oatlands; los diputados del pueblo no se mezclaron en ese asunto, pero dejaron entrever los mismos deseos; se activó secretamente la correspondencia con los comisionados que guardaban al rey, sobre todo con Greaves, comandante de la guarnicion. Hablábase ya en Westminster y en la ciudad de que el rey se uniria pronto al parlamento, cuando de repente llegó el 14 de junio la noticia de que la víspera habia sido arrebatado de Holmby por un destacamento de 700 hombres, y que el ejército lo tenia en su poder.

En efecto el 2 de junio habia salido con los comisionados hasta dos millas de Holmby, cuando repararon estos á un desconocido que llevaba el uniforme del regimiento de guardias de Fairfax. El coronel Greaves le preguntó quien era, de donde venia, y que se hacia en el ejército, á lo que contestó con cierta arrogancia el desconocido. Pronto se oyó la voz de que se dirigia sobre Holmby un cuerpo numeroso de caballería: «¿Habeis oido hablar de esto? dijo Greaves al desconocido.—Algo mas; los vi ayer junto á este sitio.»

Alarmada la comitiva se volvió á Holmby; se tomaron disposicio-

nes para resistir un ataque, y la guarnicion prometió ser fiel al parlamento. A media noche llegó un cuerpo de caballería y pidió que se le franquease la entrada. «¿Quién es el comandante? preguntaron los comisionados.—Todos mandan, fue la respuesta.» Sin embargo se adelantó un hombre, el desconocido que habian encontrado, y dijo: «Me llamo Joyce, soy corneta de los guias del general, y tengo que hablar al rey. —¿De parte de quién?—De la mia. (Los comisionados se echaron á reir.) No hay que reir, señores; no he venido para que me digais lo que tengo que hacer: quiero ver al instante al rey.» Greaves y el mayor-general Brown mandaron á la guarnicion que se preparase para hacer fuego; pero los soldados habian hablado ya con los recien-venidos; se abrian las puertas; los invasores se hallaban en el patio del castillo, dando la mano á sus camaradas y diciéndoles que querian poner en seguridad al rey; que habia una conspiracion para conducirlo á Lóndres, levantar nuevas tropas, y promover otra guerra civil: el comandante del castillo, añadian, estaba dispuesto á llevar á cabo la traicion. A estas palabras esclamaron los soldados que no se separarian del ejército; Greaves se fugó. Al cabo de algunas horas conocieron los comisionados que no habia esperanza de poder resistir. En esto llegó el medio dia: Joyce tomó posesion del castillo, colocó centinelas, y se retiró hasta la noche para dar algun descanso á sus tropas.

Volvió á las diez, pidiendo que le permitiesen ver al rey. «Está acostado, le respondieron.—No importa, es ya demasiado esperar, y quiero verle;» y con una pistola en la mano se hizo conducir al aposento del monarca. «Siento mucho, dijo á los gentil-hombres de servicio, tener que turbar el sueño de S. M.; pero es preciso de todos modos que yo le hable al instante.» Se le preguntó si tenia autorizacion de los comisionados «No tal; he colocado centinelas á sus puertas, y los que me han dado órdenes no los temen.» Se le dijo que dejase sus armas, y se negó. Vacilaban en abrirle, y se enfureció. Al ruido dispertó Cárlos, llamó, y mandó que se lo introdujesen. Joyce entró con sombrero en mano, y la pistola baja, con aire de resolucion, pero sin descaro. En presencia de los comisionados á quienes hizo llamar, tuvo Cárlos con él una larga conferencia, y al fin le despidió diciéndole: «Hasta mañana Joyce; gustoso os seguiré mañana si vuestros soldados confirman cuanto me habeis asegurado.»

Al dia siguiente á las seis de la mañana estaba ya alineada la tropa de Joyce en el patio del castillo. El rey se presentó en lo alto de la esca-

lera, seguido de los comisionados y domésticos, y Joyce se adelantó hácia él. «Joyce, dijo el rey, os pregunto en virtud de que autoridad pretendeis apoderaros de mí, y sacarme de este castillo.—Señor, en virtud de la del ejército y para prevenir los planes de sus enemigos que quieren por segunda vez sumergir en sangre el reino.—Esta no es una autoridad legal; solo conozco en Inglaterra la mia y la del parlamento: ¿teneis alguna comision escrita de Fairfax?—La tengo del ejército, y en él viene comprendido el general.—No vale esta respuesta; el general es la cabeza del ejército: ¿teneis comision por escrito?—Señor, ruegoos que no me hagais mas preguntas: he respondido bastante.—Vamos, Joyce, sed franco conmigo; decidme ¿qué comision teneis?—Vedla, señor.—¿Dónde?—Allí.—¿Dónde?—Detrás de mí;» y señalaba sus soldados. «Jamás, dijo sonriéndose el rey, he visto una comision semejante; convengo que está escrita en brillantes caracteres: esos señores son de buena talla, y vienen bien equipados. Pero tened entendido que para sacarme de aquí os será necesaria la violencia, si no me prometeis que seré tratado con respeto y que no se exigirá de mí nada que turbe mi conciencia ni manche mi honor.—Nada, nada, esclamaron los soldados.—No es nuestra máxima, repuso Joyce, forzar la ciencia de nadie, y mucho menos la del rey.—¿Dónde me vais á conducir?—A Oxford, señor, si os place.—No, aquel aire no es sano.—A Cambridge pues.—No, mas me gusta Newmarket, son mejores los aires.—Como os plazca, señor.» El rey se retiraba, y los comisionados dieron algunos pasos hácia la tropa: «Señores, dijo lord Montague, nos hallamos aquí en virtud de la confianza del parlamento, y desearíamos saber si aprobais cuanto acaba de decir Joyce.—Sí, sí.—Díganlo en alta voz los que quieran que el rey permanezca aquí con nosotros.—Nadie, nadie.» Manifestada de esta manera su impotencia, se sometieron los comisionados. Tres de ellos subieron al coche del rey, los otros montaron á caballo, y Joyce dió órden de partir.

Al propio tiempo salió para Lóndres un mensajero, portador de una carta en que este anunciaba á Cromwell que todo habia salido perfectamente. Si no se encontrase Cromwell en la capital debia ser entregada la carta á sir Arturo Haslerig, y en falta de él al coronel Fleetwood. Este fue quien la recibió, pues Cromwell se hallaba en el cuartel general al lado de Fairfax, sumamente inquieto con lo que acababa de suceder. «No me gusta esto, dijo á Ireton, ¿quién ha dado tales órdenes?—He mandado, respondió Ireton, que se asegurasen del rey en Holmby; pero no que lo sacasen de allí.—Ha sido forzoso, dijo Cromwell, que acababa de lle-

gar de Lóndres; de lo contrario el rey iba á ser conducido al parlamento.»

Sin embargo, Fairfax envió al encuentro de Cárlos al coronel Whalley con dos regimientos de caballería, y con órden de conducirlo á Holmby. Negóse el monarca, protestando siempre contra la violencia que habia esperimentado, pero gustoso de mudar de prision y particularmente de que estallase la discordia entre sus enemigos. A los dos dias se le presentaron en Childersley, cerca de Cambridge, el mismo Fairfax con todo su estado mayor, Cromwell, Ireton, Skippon, Hammond, Lamberto y Rich. La mayor parte, Fairfax el primero, le besaron la mano; solo Cromwell é Ireton se mantuvieron pasivos: el general en jefe protestó al rey que nada sabia en punto á la violencia que se le habia hecho. «No lo creeré, dijo Cárlos, si al instante no mandais ahorcar á Joyce; este compareció:—He dicho al rey que mi comision no procedia del general, y solo del ejército: reúnase este, y que me ahorquen si sus tres cuartas partes no prueban mi hecho.» Fairfax habló de sujetarlo á un consejo de guerra: pero no llegó á verificarse. «Caballero, le dijo el rey al despedirse, puedo tanto como vos en el ejército;» y pidió de nuevo que se le condujese á Newmarket. Instalóse á su lado el coronel Whalley encargándose de su custodia; Fairfax volvió al cuartel general, y Cromwell á Westminster, donde hacia cuatro dias que se admiraban de no verle.

Encontró á las cámaras luchando con la cólera y el temor, con la energía y la debilidad. El espanto fue general á la primera noticia del rapto del rey. Skippon, á quien los presbiterianos se obstinaban en mirar como uno de los suyos, pidió con tono lamentable un ayuno solemne para obtener del Señor que se restableciese la armonía entre el parlamento y el ejército: en el ínterin se decretó pagar una fuerte suma sobre los atrasos, y que se borrara de los registros la declaracion de sedicioso contra el primer proyecto de peticion de los oficiales. Cuando llegaron nuevos detalles de lo acaecido, enviados por los comisionados, se enardecieron é indignaron las cámaras, mayormente cuando llegó á su noticia la carta de Joyce á Cromwell, y cuando creyeron haber traslucido el dia en que á instigacion de este jefe se proyectó tan osado golpe de mano. Reprodujéronse las sospechas al presentarse aquel en Westminster; pero las rechazó, tomando á Dios, á los ángeles y á los hombres por testigos de que Joyce le era tan desconocido hasta el presente, como la luz del sol á un niño en el seno de su madre.

Sin embargo, firmemente convencidos Hollis, Glynn y Grimstone andaban buscando pruebas por todas partes, y estaban decididos á aprovechar la primera coyuntura para pedir su arresto. Cierto dia, poco antes de abrirse la sesion, se presentaron tres oficiales á Grimstone: «Hace poco, le dijeron, se trató en una reunion de oficiales de espurgar el ejército para saber con quien se podia contar. Estoy seguro del ejército, nos dijo el teniente general; pero hay otro cuerpo que debe espurgarse con toda premura y es la cámara baja: esto solo puede hacerlo el ejército.— ¿Repetireis estas palabras en la cámara? les dijo Grimstone.—Respondieron afirmativamente los oficiales, y le siguieron á Westminster. Se habia abierto la sesion, y empeñado un debate: «Señor presidente, dijo entrando Grimstone, suplico á la cámara que se digne suspender la discusion, pues voy á tratar de otro asunto mucho mas grave, por cuanto se refiere á su libertad y á su existencia;» y acusó á Cromwell, entonces presente, de haber meditado emplear contra la cámara la fuerza armada: «Ahí están mis testigos, dijo, y pido que sean introducidos.» Presentáronse en efecto los dos oficiales, y renovaron su declaracion.

No bien se habian retirado, cuando se levantó Cromwell, y cayendo de rodillas, é inundado en llanto, de modo que conmovió ó sorprendió al auditorio, se deshizo en piadosas invocaciones, en fervientes súplicas, y en llamar sobre su cabeza todas las maldiciones del Señor si algun hombre en todo el reino le aventajaba en fidelidad á la cámara. Levantándose despues habló mas de dos horas sobre el parlamento, el rey, el ejército, sus enemigos, sus amigos, y sobre sí mismo, amalgamándolo todo, sumiso y audaz, difuso y apasionado, repitiendo á la cámara que la llenaban de zozobra y la comprometian sin motivo, y que, esceptuando solo algunos hombres que miraban aun hácia la tierra de Egipto, los demás, oficiales y soldados, todos la eran adictos. Tanto conmovió con su perorata, que al sentarse sus amigos habian recobrado todo el ascendiente, y «si hubiesen querido, dijo treinta años despues el mismo Grismtone, la cámara nos hubiera enviado á la torre á mí y á mis oficiales como calumniadores.»

Pero Cromwell era demasiado sensato para querer vengarse en aquel momento, y harto previsor para que le alucinase la ventaja adquirida. Comprendió al instante que no podian reproducirse tales escenas, y aquella misma tarde salió secretamente de Lóndres, pasó al ejército reunido cerca de Cambridge, y dejándose de contemporizaciones imposibles aun

con toda su hipocresía, se puso abiertamente á la cabeza de los independientes y de los soldados.

Pocos dias despues de su partida, marchaba ya el ejército sobre Lóndres; todos los regimientos juraron sostener hasta el último trance su causa, y bajo el nombre de *sumisa representacion* dirijieron á las cámaras, no solo el cuadro de sus quejas sino la espresion arrogante de sus deseos sobre los negocios públicos, la Constitucion del Estado, las elecciones, el derecho de peticion, y la reforma general. En fin, á estas peticiones hasta entonces inauditas se unia un proyecto de acusacion contra once miembros de la cámara baja, Hollis, Stapleton, Maynard etc., enemigos del ejército, segun ellos decian, y únicos autores de los fatales desprecios que por su causa sufria el parlamento.

Los presbiterianos habian previsto el golpe, y escudádose para la defensa. Hacia quince dias que de todo echaban mano para animar á su favor al pueblo de la capital. Quejábase este de los derechos percibidos sobre la sal y la carne, y se abolieron; los aprendices habian reclamado contra la supresion de las fiestas religiosas, la de Navidad sobre todo que era en otro tiempo dia de júbilo para la Inglaterra, y al instante se instituyeron dias de recreo público para reemplazarlas.

Continuaba elevándose un clamor general contra la codicia de los empleados, la acumulacion de empleos, los privilegios, y las ganancias sobre secuestros; con toda premura votó la cámara baja que ninguno de sus miembros recibiria cargos lucrativos, donativos ni asignaciones sobre los bienes de los delincuentes; que entregarian todos al tesoro público las sumas que hubiesen percibido, y que sus propiedades estarian sujetas como las de los demás al pago de sus deudas. Por último, no se hacia ya mencion de la junta encargada de recibir las quejas de los ciudadanos contra los miembros de la cámara, y se restableció.

No obstante, habia llegado el dia en que de nada sirven las concesiones, y en que los partidos solo conocen sus faltas para espiarlas. La capital detestaba á los independientes, pero con temor, y era adicta á los presbiterianos sin confianza ni respeto, como á unos patronos vencidos.

Por algunos momentos parecieron eficaces sus medidas; la municipalidad proclamó solemnemente su firme deseo de sostener al parlamento; se formaron algunos escuadrones de caballería; se reclutó entre la milicia; los oficiales reformados acudieron á alistarse; se hicieron preparativos de defensa; las cámaras en fin decretaron que se intimaria al ejército que

se alejase entregando al rey, y que á este se le invitaria á residir en Richmond, bajo la guardia del parlamento.

Mas el ejército seguia adelantándose, y Fairfax escribió á la municipalidad quejándose de que permitiese reclutar contra él. Esta se defendió escusándose con las alarmas, y protestando que si el ejército se retiraba y consentia en permanecer acantonado á cuarenta millas de Lóndres, cesaria toda desavenencia. Fairfax respondió que esta carta llegaba tarde, que su cuartel general se encontraba ya en Saint-Albans, y que le era absolutamente necesario cobrar un mes de sueldo. Concediéronlo las cámaras, pero insistieron en que retrocediese. El ejército se aferró en que se escluyesen del parlamento los once miembros enemigos suyos.

No podian resolverse los diputados á darse con sus propias manos un golpe tan fatal; distintas veces se habia puesto ya á discusion tal dictámen, pero siempre habia contestado la mayoría que una acusacion vaga, sin hechos que la apoyasen y sin pruebas, no podia despojar á nadie de su derecho de miembro del parlamento. «La primera acusacion contra Strafford, decia el ejército, fue asimismo vaga y puramente general; se darán mas adelante las pruebas, del mismo modo que se hizo entonces;» y continuaba adelantándose, de manera que el 26 de junio se hallaba ya su cuartel general en Uxbridge.

Envió allá la municipalidad sus comisionados, pero sin fruto. El terror crecia por momentos; se cerraban las tiendas, y todo eran quejas contra los once miembros cuya obstinacion comprometia tan altamente al parlamento y á la capital. Comprendiéronlo asi aquellos, y ofrecieron retirarse. Se aceptó con reconocimiento su propuesta, y el mismo dia votaron los diputados que el ejército era inculpable, que se procuraria por su sueldo, y se nombrarian comisionados para arreglar los negocios del reino, poniéndose de acuerdo con los suyos. Entre tanto debia pedirse al rey que no pasase á Richmond como le habian ofrecido, y que en ningun caso permaneciese mas cerca de Lóndres que el cuartel general. Con estas condiciones retrocedió Fairfax algunas millas, y nombró diez comisionados para tratar con los del parlamento.

Cuando recibió el rey la noticia de estas resoluciones, se disponia á partir para Richmond, ó á probarlo cuando menos, pues se le guardaba con suma vigilancia. Incomodábase por ello: «Ya que mis cámaras, decia, me piden que pase á Richmond, si alguno ha de impedírmelo será á viva fuerza, y tal vez le cueste la vida.» Mas al saber que las mismas cámaras se oponian á su partida, y negociaban con el ejército como con un

vencedor, se sonrió desdeñosamente á esta humillacion de sus primeros enemigos, y procuró dar otro rumbo á sus intrigas. Salvo las medidas tomadas para su seguridad, no tenia de que quejarse del ejército, pues los oficiales se mostraban con él tan respetuosos y mucho mas condescendientes que los comisionados del parlamento. Se habian admitido á su lado dos de sus capellanes, Sheldon y Hammond, y se les dejaba celebrar segun los ritos de la iglesia episcopal.

Ya no se impedia sin distincion acercársele á sus antiguos domésticos y aun á los mismos realistas, pues obtuvieron este permiso el duque de Richmond, el conde de Southampton y el marques de Hertford, á los que trataban generosamente los jefes del ejército, y aun los mismos subalternos, muy al contrario de lo que acontecia en Newcastle y en Holmby. Despues de la rendicion de Oxford, los pequeños hijos del monarca, el duque de York, la princesa Isabel y el duque de Glocester, habitaban ora en Saint-James, ora en Sion-House, cerca de Lóndres, bajo la guardia del conde de Northumberland, á quien los habia confiado el parlamento. Cárlos manifestó deseo de verlos y Fairfax apoyó su demanda en las cámaras: «¿Quién no sentirá, dijo, que se le dé á un padre una negativa por tan poca cosa?

La entrevista tuvo lugar en Maidenhead, entre numeroso concurso, sin que los oficiales y soldados concibiesen la menor desconfianza, antes por el contrario permitieron al monarca que permaneciese dos dias con sus hijos en Caversham. Algunos por otra parte, como Ireton y Cromwell, no viendo todavía terminada gloriosamente su lucha con los presbiterianos, fijaban su vista en el porvenir, calculando que tal vez podria serles necesario una alianza con el rey.

Pronto se esparció por el reino la voz de tales disposiciones, de los miramientos que guardaban con su persona, y las negociaciones que se entablaban á su lado. Dábase detallada noticia de las condiciones que se le habian presentado, y circulaban folletos, alabando unos al partido, y clamando otros contra él; de manera que este se creyó obligado á desmentirlo todo oficialmente, pidiendo el castigo de los autores de tales calumnias. Mas no por esto cesaron las negociaciones con el rey; servíanle con ahinco los oficiales, y entraban en relaciones amistosas con los realistas, como quien se ha combatido lealmente y desea la paz. El mismo rey escribia muy confiado á la reina, de suerte que ya no se hablaba de otra cosa entre los emigrados que la habian seguido á París ó permanecian refugiados en Normandía, en Ruan, en Caen ó en Dieppe. Dos individuos

sobre todo procuraban levantar la voz, dando á entender que sabian mas de lo que decian, y que ningun otro estaba en el caso de prestar en este punto mas importantes servicios al rey.

Uno de ellos, sir John Berkley, se habia defendido bizarramente en Exeter, y no habia rendido esta plaza sino tres semanas antes de la fuga del rey al campo de los escoceses; el otro, Ashburnham, solo en Newcastle se habia separado de Cárlos por necesidad, para escapar al encono del parlamento: ambos intrigantes soltaban todo freno á su locuacidad estando engreidos, el primero de su valor, y el segundo del favor que gozaba cerca del rey. Hay que advertir que el uno de ellos por casualidad y el otro por órden de Cárlos, habian tenido relaciones con algunos de los principales oficiales, y se creian ya con derecho de gloriarse y sacar partido de ello. La reina dió sin vacilar cabida á sus esperanzas, y asi fue que á principios de julio ambos, con algunos dias de intervalo, partieron con órden suya para ofrecerse al rey y al ejército en calidad de negociadores.

No bien hubo desembarcado Berkley cuando le salió al encuentro un caballero amigo suyo enviado por Cromwell, Lamberto y algunos otros, para asegurarle que no habian olvidado sus conversaciones despues de la toma de Exeter, que estaban prontos á aprovechar sus escelentes consejos y que por tanto apresurase su venida. A este mensaje, envanecido Berkley, juzgándose mas importante de lo que habia creido, se detuvo muy poco tiempo en Lóndres, y pasó al cuartel general, sito en Reading. No hacia aun tres horas que acababa de llegar, cuando Cromwell le habia enviado sus escusas por no poder visitarlo en el acto; pero á las diez de la noche lo vió entrar con Rainsborough y sir Hardress Waller.

Los tres protestaron sus buenas intenciones para el servicio del rey; Rainsborough secamente, pero Cromwell con efusion: « Acabo, dijo, de presenciar el mas tierno espectáculo, la entrevista del rey con sus hijos: nadie, nadie se habia engañado mas que yo al juzgar al rey; seguramente es el hombre mejor de los tres reinos, y á quien todos debemos infinitas obligaciones; es indudable que estariamos arruinados del todo si hubiese aceptado en Newcastle las proposiciones de los escoceses. ¡Envíeme Dios sus bendiciones tan seguras como son sinceros mis deseos para con S. M.!» Al oirle por otra parte, nadie en Inglaterra estaba seguro en sus bienes ni en su vida si no entraba el rey en posesion de sus justos derechos.

Alucinado Berkley se presentó al dia siguiente al rey, y le dió cuenta de esta entrevista. Cárlos le escuchó con frialdad y como hombre acos-

tumbrado á ver frustradas mayores esperanzas, ó dispuesto á hacer comprar á mayor precio su satisfaccion. Retiróse confuso Berkley, pensando que tal vez estaria el monarca prevenido contra él, y que Ashburnham conseguiria con mas facilidad persuadirle. En el ínterin que este llegaba



CROMWELL.

siguió investigando en el ejército; le rodeaban los oficiales, amigos unos de Cromwell, y otros descontentos del mismo y que le instaban á que desconfiase de todo: «Porque, decian, es hombre con quien nadie puede contar, porque cada dia muda de conducta y de lenguaje; y únicamente desea ser jefe de los vencedores.»

Parecióle sin embargo mas franco el lenguaje de Ireton, que le comunicó las proposiciones que preparaba el consejo general de oficiales. Ningunas tan moderadas se habian presentado hasta entonces al rey; solo se le exigia que por diez años abandonase el mando de la milicia y el nombramiento para cargos superiores; que quedasen desterrados del reino siete de sus principales consejeros; que se retirase al clero presbiteriano todo poder civil ó coercitivo; que no fuese admitido en la cámara alta ningun par creado despues de la esplosion de la guerra, y que ningun realista pudiese ser elegido para el próximo parlamento: «Forzoso es, le dijo Ireton, que se note alguna diferencia entre los vencedores y vencidos.» Pero á estas condiciones menos rigorosas que las de las cámaras, no se añadia la obligacion de abolir la iglesia episcopal, ni la de arruinar con enormes multas á los realistas, ni la interdiccion legal, por decirlo así, del rey y de su partido en tanto que le pluguiese al parlamento. Bien es verdad que en cambio pedia el ejército nuevas reformas mas graves en su naturaleza; una distribucion mas igual de los derechos electorales y de los subsidios públicos, la novacion de los procedimientos civiles y la destruccion de una multitud de privilegios políticos, judiciales y comerciales, y finalmente la instalacion de las leyes y principios de igualdad en el órden social hasta entonces desconocidos.

No obstante aun en sentir de sus autores, no se dirigian tales peticiones contra el rey, ni contra su dignidad, ni contra su poder; y nadie creia que la prerogativa régia, estuviese interesada en mantener rancios privilegios, escandalosas ganancias de los jurisconsultos, y fraudes de los deudores. Asi fue que Berkley juzgó muy suaves tales condiciones, de modo que á su parecer se habia recobrado á poco coste una corona casi perdida. Solicitó y obtuvo permiso de presentarlas secretamente al rey, antes que lo hiciese oficialmente el ejército; pero su sorpresa fue mayor si cabe que la vez primera que le vió: Cárlos encontró muy duras las condiciones, y se incomodó: «Si quisiesen, dijo, tratar conmigo, me propondrian cosas que pudiese aceptar.» Berkley se atrevió á hacer algunas observaciones y aun insistió sobre los peligros de una negativa. «No, dijo el rey cortando bruscamente la conversacion: esos hombres no pueden nada sin mí; pronto vereis que toman á gran merced aceptar proposiciones mas equitativas.»

En vano andaba buscando Berkley un fundamento para tanta confianza, cuando supo que habia llegado al cuartel general la noticia de que reinaba la mas violenta conmocion en la capital; que numero-

sas bandas se reunian alrededor de Westminster, y que tal vez de un momento á otro se veria precisado el parlamento á votar la vuelta del rey, el llamamiento de los once miembros, y las resoluciones mas fatales al ejército y á su partido. Hacia quince dias, particularmente desde que se habia despedido para seis meses á los once miembros, desvaneciendo de este modo las próximas esperanzas de sus partidarios, que anunciaban aquella esplosion unos síntomas amenazadores, tales como reuniones, peticiones y gritos tumultuosos; por fin estalló á impulsos de una medida que de una y otra parte se consideraba como decisiva. La junta presbiteriana, que hacia dos meses poseia el mando de la milicia de Lóndres, fue disuelta, y los independientes volvieron á tomar posesion de tan importante poder. La capital no pudo resignarse á ser de este modo mandada por sus enemigos; en pocas horas la fermentacion fue general; centenares de individuos firmaron un papel en que se decia que de todo debia echarse mano para que el rey volviese con honor y libertad á Lóndres; se espidieron copias de él para todo el reino; se redactó una peticion para lograr la aprobacion de las cámaras; de todas partes se unieron al pueblo los oficiales reformados y todo anunciaba un movimiento tan vasto como ardoroso.

El ejército se puso al momento en marcha hácia Lóndres; Fairfax escribió en su nombre cartas amenazadoras; en las cámaras el partido independiente, fuerte con este apoyo, hizo declarar traidor á cualquiera que suscribiese el dicho manifiesto de la capital. Pero esta amenaza llegaba tarde ya para comprimir el entusiasmo: á los dos dias se presento un numeroso gentío á las puertas de Westminster, revelando algun plan audaz. Alarmados los diputados hicieron cerrar las puertas al abrirse la sesion, y prohibieron que ningun miembro saliese sin permiso. Llegó de parte de la municipalidad una peticion moderada y respetuosa, á fin de que se volviese á entregar el mando de la milicia á los que hace poco le tenian, é informando al propio tiempo y con miramiento á las cámaras de la impaciencia del pueblo. Al discutirse esta peticion se dió parte al presidente de que la muchedumbre queria presentar otra; salieron dos miembros para recibirla, y se leyó al instante: espresaba lo mismo que la anterior y no muy vulgarmente. Prolongábase el debate; se esperaba la respuesta, y anochecia ya; en vez de cansarse se indignaba el gentío; invadió todas las avenidas; resonaba ya el tumulto en la sala, y se oia gritar: «Entremos! entremos!» la puerta era conmovida por violentos golpes.

Muchos miembros pusieron mano á sus espadas, y rechazaron por un momento el ataque. No se veia menos amenazada la cámara alta; algunos aprendices habian escalado las ventanas y echaban piedras, dispuestos á adelantarse mas si no se les escuchaba. Resistíase todavía; al fin fue derribada la puerta de la cámara baja; entraron los mas furiosos en número de cuarenta ó cincuenta, y con el sombrero calado y con gestos amenazadores gritaban: «Votad! votad!» Las cámaras cedieron: se renovó la declaracion de la ante-víspera, y se restituyó el mando de la milicia á la junta presbiteriana. El desórden llegó á su colmo; ya se levantaban los miembros para salir; el presidente habia dejado su puesto, pero un grupo de furiosos le volvió á él: «¿Qué quereis pues?» les preguntó: «Que vuelva el rey.» Se puso á votacion y se adoptó. Solo Ludlow la rechazó con un *no* en alta voz pronunciado.

A estas noticias estalló en el ejército una viva fermentacion, sobre todo entre los agentes y soldados: todos acusaban al rey de complicidad y de perfidia. Lord Lauderdale, venido de Lóndres para hablar con él de parte de los comisionados escoceses, escitó tal desconfianza, que los soldados entraron muy de mañana en su aposento, y le obligaron á volverse sin ver al rey. Ashburnham, llegado hacia tres dias, daba mas pábulo á las sospechas con su desdeñosa insolencia, pues se negaba á toda relacion con los agentes: «Siempre me he tratado con gente de pro, decia á Berkley; nada tengo de comun con esos ganapanes: oficiales solamente necesitamos, pues por su medio será nuestro todo el ejército;» y casi solo se dignaba hablar con generales. Pero aun entre los oficiales que se habian acercado al rey se empezaban á alejar algunos: «Señor, le dijo Ireton, pretendeis constituiros árbitro entre el parlamento y nosotros, cuando somos nosotros quien queremos ser árbitros entre vos y el parlamento.»

Agitados sin embargo con las noticias de Lóndres resolvieron presentarle oficialmente sus proposiciones, estando presentes Ashburnham y Berkley. Cárlos se mostró arrogante, sonriéndose á la lectura, y desechándolo todo con ceguedad, como si aun se mantuviese en el poder y le pluguiese dar muestra de disgusto. Ireton dijo que el ejército no cederia un punto mas; pero le interrumpió bruscamente el monarca diciendo: «No podeis nada sin mí, ni sin mi apoyo.» Atónitos los oficiales miraban á Ashburnham y Berkley, como pidiéndoles cuenta de esas palabras; en vano procuraba el segundo avisar al rey de su imprudencia por medio de penetrantes miradas. Acercósele al fin y le dijo al oido:

«V. M. habla como si tuviese medios de resistencia desconocidos para mí; pero ya que se me han ocultado á mí, podria haberse hecho otro tanto con esos señores.» Cárlos conoció que se habia propasado, y procuró suavizar su lenguaje; pero la mayor parte de los oficiales habian tomado ya su resolucion; Rainsborough, mas opuesto que nadie á toda composicion, habia salido sin ser visto para esparcir entre las tropas la voz de que no podian fiarse del rey; la conferencia terminó secamente, como entre individuos que no pueden avenirse ni engañarse.

No bien los oficiales habian regresado al cuartel general, cuando vieron llegar de Lóndres muchos coches, conduciendo con admiracion de la muchedumbre á mas de sesenta miembros de las dos cámaras con sus presidentes, que huian del furor del populacho, y venian á buscar seguridad y libertad en el ejército. La alegría fue igual á la sorpresa: pues se temia romper violentamente con el parlamento, y por el contrario debian defenderlo. Oficiales y soldados rodeaban á los fugitivos, se oian con indignacion las relaciones de sus peligros é injurias recibidas; se les llenaba de homenajes, y se alababa al Señor por su patriótica resolucion. Solo para Cromwell y sus amigos era ficcion la sorpresa, pues hacia algunos dias que incitaban esta escision de la cámara por medio de Saint-John, Vane, Haslerig y Lodlow.

Berkley se apresuró á dar al rey tan triste noticia, conjurándole á que escribiese á los jefes del ejército dando esperanzas de que serian mas bien recibidas las proposiciones, desvaneciendo todo motivo de desconfianza, ó debilitando al menos el efecto de la última entrevista. Segun consejo, dijo, de Ireton y de Cromwell todavía se podria responder obrando de este modo de las disposiciones del ejército. Pero Cárlos tenia tambien noticias de Lóndres; solo con su consentimiento habia estallado la asonada, y le escribian que al haber partido los miembros fugitivos, los restantes en suficiente número habian nombrado nuevos presidentes; que los once miembros fugitivos habian sido nuevamente admitidos; que las cámaras habian mandado al ejército que se detuviese, á la capital que se preparase para la defensa y á Massey, Brown, Waller y Poyntz que organizasen prontamente batallones.

El ardor, segun ellos decian, era estraordinario, se habian presentado millares de trabajadores á una sesion de la municipalidad, jurando no omitir cosa alguna por su causa, cualquiera que fuese el riesgo ó el enemigo. Solo los habitantes del arrabal de Southwark habian manifestado sentimientos contrarios; pero al tiempo que iban á Guildhall á pre-

sentar su peticion, Poyntz seguido de algunos oficiales los habia rechazado con tal vigor, que no tuvieron gana de seguir con su intento. Habia podido agenciarse dinero, y se colocaron cañones en los baluartes. En fin se invitaba formalmente al rey á que volviese á Lóndres, y este voto general proclamado por las calles al son de trompetas no debia tardar muchas horas en comunicarse oficialmente al ejército: asi lo opinaba el rey.

«Esperaré, dijo el rey á Berkley; siempre será tiempo de escribir esta carta.» Entre tanto llegó un mensajero del cuartel general: acababan de presentarse nuevos fugitivos de Westminster, y otros escribian que se retiraban á sus condados por no reconocer al supuesto parlamento. En Lóndres mismo el partido independiente, poco numeroso pero tenaz, no perdia tiempo ni energia, enervaba todas las medidas que no podia prevenir; solo se empleaba lentitud en hacer uso del dinero percibido; faltaban armas á los reclutas de Massey; algunos predicadores presbiterianos, comprados por el ejército, procuraban inspirar temores y hablaban de transaccion, lo que ciertamente no disgustaba á muchos honrados miembros de ambas cámaras y de la municipalidad. Cromwell en fin participaba á Ashburnham que dentro de dos dias estaria la capital en poder suyo.

Cárlos vacilaba todavía, pero reunió sus mas adictos, y al fin se redactó una carta y la firmó. Ashburnham y Berkley partieron para llevarla al cuartel general, y encontraron por el camino á un segundo mensajero con noticias mas alarmantes. La noticia de la sumision de la capital llegó antes que ellos. Los miembros fugitivos acababan de pasar revista del ejército entre aclamaciones, y este marchaba sobre Lóndres, seguro de entrar sin obstáculo en su recinto. Ningun valor tenia ya para unos vencedores la carta y la alianza del rey.

A los dos dias (6 de agosto) partió de Kensington para Westminster una brillante é imponente comitiva: tres regimientos formaban la vanguardia, y otro la retaguardia; entre ellos marchaba Fairfax con su estado mayor á caballo, los miembros fugitivos en coches, y un sin número de partidarios. Estaban alineados los soldados por el camino, con un ramo de laurel en el sombrero, y gritaban: «Viva el parlamento! el libre parlamento!» En Hyde-Park les salieron al encuentro el lord-corregidor y el alderman, para cumplimentar al general por la paz restablecida al fin entre el ejército y la capital: Fairfax les contestó apenas. Mas adelante se presentó la misma municipalidad en cuerpo sin haber recibido mejor acogida. Llegaron á Westminster; los jefes presbiterianos se ha-

bian fugado ó permanecian ocultos; Fairfax restableció en sus empleos á los amigos del ejército, escuchó con aire modesto sus pomposas gracias, oyó votar un mes de sueldo para sus tropas, y pasó á tomar posesion de la torre, de la que se le nombró gobernador.

Dos dias despues, Skippon en el centro y Cromwell á retaguardia, el ejército entero, grave y silencioso atravesó toda la capital; no se cometió ningun esceso; ningun paisano recibió la menor afrenta. Se queria tranquilizar la ciudad é inspirar respeto al mismo tiempo. Asi lo lograron: en vista de los soldados tan dóciles y amenazadores, los presbiterianos se encerraron en sus casas, los independientes tomaron posesion del poder en todas partes, y los cobardes rodearon á los vencedores. La municipalidad rogó á Fairfax y á sus oficiales que aceptasen un banquete público; aquel se negó, pero se hizo cincelar un aguamanil de oro para ofrecérselo. Aun mas: algunos aprendices vinieron á felicitarle, cosa que le plugo en estremo, por poder decir que el ejército tenia tambien partidarios entre esta juventud temible. Las cámaras por su parte, sobre todo los lores, daban muestras de su servil agradecimiento, y decretaron que era nulo de todo derecho sin necesidad de revocacion cuanto se habia practicado en ausencia de los miembros fugitivos. Grandes obstáculos encontró este decreto, pues muchos se habian quedado, y por tres veces lo desecharon. Al dia siguiente pasó á Hyde-Park un destacamento de caballería; se colocaron retenes alrededor de la cámara; Cromwell é Ireton sostuvieron con amenazas la resolucion de los lores, que al fin fue adoptada. El ejército triunfó completamente.

Con tan fácil ventaja, tomó vuelo atrevido el movimiento revolucionario hasta entonces contenido aun entre los independientes: esperanzas, pasiones, todo se desarrolló. Entre los diputados y los oficiales el republicanismo era patente: Vane, Ludlow, Haslerig, Martyn, Scott, Hutchinson y otros contestaban apenas si se les acusaba de atacar la monarquía, de la que hablaban con desprecio; solo se afianzaban en la soberanía del pueblo y en una asamblea única, y tachaban de traicion toda idea de transaccion con el rey. Entre los soldados y el pueblo todo eran aun murmullos, todo reformas inauditas; ninguna ley imponia respeto, nada podia servir de obstáculo; mas confiados cuanto mas ignorantes los partidarios no hablaban en sus peticiones y folletos sino de amenazas. Ante los magistrados, ponian en duda su derecho; en los templos, quitaban de los púlpitos á los presbiterianos y se ponian á perorar con fervor y con maestría.

No tenian un fin ni una doctrina conocida; aquellos campeones populares del republicanismo avanzaban con empuje terrible; aspiraban á cambiar la sociedad, las relaciones, las costumbres, los mútuos sentimientos de los ciudadanos: en este particular eran confusas sus miras. Bastábales á unos la destruccion de los privilegios de los lores ó de los jurisconsultos, y á otros algun piadoso ensueño, como la esperanza del próximo reinado del Señor. Algunos bajo el nombre de *racionalistas* reclamaban absoluta independencia para la mente de cada individuo; otros preconizaban la igualdad de bienes y de derechos, y fueron llamados *niveladores*. Pero no les convenia este nombre, que desecharon, ni otro ninguno, por cuanto no formaban ni una secta sistemática, ni una faccion consagrada ardientemente á un solo objeto. Entre paisanos y soldados, visionarios ó demagogos, un deseo vago de innovacion, de igualdad y de independencia constituia todo el fondo; ambiciosos sin codicia, enemigos de todo interés ó cobardía, eran el resorte general y el terror de todos los partidos, que sucesivamente debian servirse de ellos y engañarlos.

Solo Cromwell logró plenamente uno y otro designio: nadie como él obtuvo tanta intimidad y confianza. Todo en él les plugo; los arranques de su imaginacion; su prurito de constituirse igual y compañero de los mas groseros, su lenguaje místico y familiar, y sus modales, ora triviales y exaltados que le daban visos de inspiracion, ora sinceros, ora sutiles, hijos del genio, que parecia favorecer á una causa santa. De este modo habia encontrado entre ellos decididos partidarios, miembros del consejo de los agentes, dispuestos siempre á sublevar el ejército, bien fuese contra el rey ó contra el parlamento.

El mismo Lilburne, el mas indomable y menos crédulo de los hombres, que habia salido de su regimiento por inobediente, le era adicto: «Os considero, le escribia, como el corazon mas desinteresado y puro entre todos los hombres poderosos de Inglaterra;» y muchas veces su valor habia servido á Cromwell contra los presbiterianos. Pero cuando triunfó el partido, cuando nada tenia que temer del rey, de las cámaras ni de la municipalidad, entonces empezó á resentirse el poder de aquel jefe, pues la desconfianza y el temor debia tomar otro rumbo. Las negociaciones con el rey habian dado que murmurar, y solo contenia á los descontentos el temor de caer en manos de los presbiterianos. Este temor habia desaparecido con los enemigos; y sin embargo, en vez de consumar el triunfo de la causa, se continuaba viviendo en amistad con aquellos, y manteniendo relaciones con los delincuentes.

El primero de estos, el mas culpable de todos, aquel sobre cuya cabeza hacia tiempo que pedian los fieles la venganza pública, que hace poco habia desechado con loco orgullo proposiciones que tal vez no se debian haberle hecho, el rey, lejos de haber perdido nada con los últimos acontecimientos, se presentaba mas arrogante. Con consentimiento de los generales habia pasado á su castillo de Hamptoncourt, donde residia pomposamente. Se le reunieron sus antiguos consejeros Richmoud, Hertford, Capel y Southampton, como si debiese entrar en el ejercicio de su poder soberano.

El mismo Ormond, peligrosísimo jefe de los realistas de Irlanda que hace poco luchaba todavía con los parlamentarios, aquel Ormond que á duras penas habia consentido entregar la plaza de Dublin, acababa de ser recibido por todas las notabilidades del ejército con suma complacencia, veia libremente al rey, y meditaba sin duda con él alguna nueva insurreccion en Irlanda. Al propio tiempo los mas activos confidentes de Cárlos, Berkley, Ashburnham, Ford y Apsley, iban y venian sin cesar de la córte al cuartel general, y encontraban abiertas las casas de Cromwell y de Ireton, cuando otros muchos honrados partidarios no podian hablar con ellos. Estos á su vez, ora en persona, ora por medio de mensajeros, tenian continuas relaciones con el rey, y se les habia visto pasearse solos con él por el parque y encerrarse en su gabinete : hasta sus esposas habian sido recibidas honoríficamente por el monarca.

Tanta familiaridad era escandalosa ; tantas conferencias preparaban sin duda una traicion. Murmurábase ya entre los republicanos y los entusiastas y sobre todo entre los soldados. Lilburne, encerrado de órden de la cámara alta en la torre á causa de sus folletos, dirigió desde sus calabozos violentas quejas á Cromwell, terminando su carta de este modo : «Si despreciais mis consejos, como habeis hecho hasta ahora, tened entendido que emplearé contra vos todo mi influjo, de manera que produciré en vuestra fortuna una variacion que seguramente no os gustará.»

Muy poco caso hacia Cromwell de los consejos de Lilburne, y mucho menos de sus amenazas ; mas no asi cuando el descontento encontraba eco entre tantos hombres hasta entonces amigos suyos. Dispuesto á entregarse, hasta con temeridad si era preciso, á la intriga ó á la esperanza, sabia conocer los peligros y los obstáculos, atender á todas partes y obrar segun las circunstancias. Rogó á Berkley y á Ashburnham que pasasen á verle con menos frecuencia, y al rey que no tomase á mal verle proceder con mas reserva : «Si soy hombre honrado, dijo, bastante he hecho

para convencer de ello á V. M.; sino no lo soy, nada podrá bastar en adelante para acreditarme de tal.» Y al propio tiempo pasó á la torre, hizo una larga visita á Lilburne, habló con efusion de su celo por la causa comun; insistió apasionadamente sobre el peligro de la menor desunion, le preguntó qué contaba hacer cuando se le pusiese en libertad, y al despedirse le prometió emplearse en la junta encargada de su causa para activarla.

No por esto se le puso en libertad; aun mas: la junta, presidida por Henrique Martyn, no activó la sumaria, y las relaciones de Cromwell con S. M. prosiguieron pero mas reservadamente. Muy lejos estaba Cromwell de participar de la fanática presuncion de su partido, mas sin embargo sentiase devorado de ambicion y de incertidumbre: las combinaciones mas raras, las esperanzas mas opuestas torturaban su mente, y si bien á ninguna de ellas en particular queria entregarse decididamente, tampoco queria romper de un modo absoluto con ninguna. Pareciale dudosa la victoria de los republicanos, y quiméricos sus deseos entusiastas; amenazaba su poder la indisciplina suspicaz y apasionada de los soldados; su genio se indignaba del desórden al tiempo que lo fermentaba; el nombre de rey era todavía un poder, su alianza un medio, y su restablecimiento una probabilidad: era esta la idea que seguia como otros muchos; pero estando siempe dispuesto á abandonarla por otra mejor, es decir, tentando los caminos de la fortuna con ánimo de reservarse la eleccion del mejor. El rey por su parte, bien instruido del estado de los ánimos en las cámaras y en el ejército, daba nuevo aspecto á sus negociaciones. Dirigíanse estas menos al partido que á sus jefes, y dejaban columbrar mas favores individuales que concesiones públicas. Ofreció á Ireton el mando de Irlanda; á Cromwell el mando general de los ejércitos, el de la guardia real, y el título de conde de Essex: otras mercedes se habian indicado para sus principales amigos. Entre tanto dos prisioneros realistas en la torre informaban de todo á Lilburne, y le incitaban á aspirar á algun empleo, aprovechando la coyuntura. Si se aceptaba este partido se aseguraba el rey el apoyo de los jefes; pero si llegaba á sospecharse seria grande el trastorno.

Seguramente que los dos generales no podian ignorar tales ideas, por cuanto el rey estaba rodeado de sus espías; el coronel Whalley, que lo custodiaba con su regimiento, era primo y hechura de Cromwell, y sabia los menores incidentes de la vida del rey, sus paseos, sus conversaciones, las visitas y los manejos de sus consejeros, y las discreciones de

sus adictos : mas de una vez se quejó de que algunos rumores procedentes de Hamptoncourt lo desacreditaban. Ireton sobre todo se incomodó tanto al tener noticia de ello, que queria romper las negociaciones pues su carácter odiaba el disimulo. Pero á pesar de eso continuaron, y asi fue que la conducta de los generales pareció confirmar las sospechas de los soldados. A instancia de los escoceses, y para dar alguna satisfaccion al pueblo pacífico, habian decidido las cámaras que de nuevo se presentasen al rey las proposiciones de Newcastle : los condes de Lauderdale y de Lanerk, llegados poco antes de Hamptoncourt, le conjuraron de nuevo á que las aceptase y se uniese en fin á los presbiterianos, sinceros en el deseo de salvarle.

Inquietos por ello Ireton y Cromwell, modificaron protestas y promesas, aconsejándole que desechase las proposiciones, y que pidiera solo las del ejército como base mas benigna de negociacion, empeñándose ellos en sostener por todos medios su demanda. «Estamos resueltos, dijo Ireton, á espurgar una y mas veces la cámara hasta que se muestre propicia á V. M. ; por mi parte, antes de faltar á lo prometido al rey, me aliaria con los franceses, con los españoles, con los realistas, con cualquiera que me prestase auxilio.» Cárlos siguió el consejo de los generales, y su respuesta escitó el mas violento debate en la cámara baja ; indignados los presbiterianos no querian mudar un ápice de sus proposiciones, y los entusiastas clamaban porque no se recibiesen ni presentasen otras. Cromwell é Ireton insistieron como habian prometido para que se atuviesen á la voluntad del rey y formasen un tratado sobre las condiciones ofrecidas por el ejército ; paso estraordinario, pero inútil, en razon de que se unieron contra tal parecer los presbiterianos y los entusiastas.

Este paso contribuyó á dar un aspecto amenazador á la desconfianza y al encono de los soldados ; en todos los campamentos se formaban reuniones tumultuosas ó secretas ; do quier resonaban las palabras de *ambicion, traicion é hipocresía*, unidas al nombre de Cromwell ; el odio comentaba los dichos que se escapaban á la ligereza de su lenguaje ; al hablar de la necesidad de poner un término á la persecucion de los caballeros habia dicho : «Ahora que está el rey en mi poder, tengo el parlamento en el bolsillo ;» y otro dia : «Puesto que Hollis y Stapleton han ejercido tanta autoridad, no sé porque no he de poder gobernar tambien como ellos el reino.» A él finalmente y á sus intrigas se debia el que Lilburne permaneciera todavía preso. Este le denunció formalmente á los promovedores, enumerando todos los empleos de que él y los suyos se habian apo-

derado. Aquellos á su vez pidieron á las cámaras que se diera libertad al preso, y á Fairfax que hiciera lo mismo con cuatro soldados, arrestados solamente, segun ellos decian, por haber proferido algunas palabras contra el rey. Hasta se llegó á tratar de un asesinato contra Cromwell entre Lilburne, Wildman y algunos otros.

No tuvo lugar ninguna tentativa; pero ni el mismo consejo de los agentes ó promovedores pudo librarse de ser sospechoso á los soldados, por decirse que entre ellos tenia el teniente general soplones. Para ponerse á cubierto de ellos, muchos regimientos nombraron, bajo el título de *nuevos agentes*, otros mas seguros y se les dió el encargo de observar á los traidores y de servir á toda costa á la buena causa. Algunos oficiales superiores, y miembros de la cámara baja, Rainsborough, Ewers, Harrison, Roberto Lilburne, hermano del preso, y Scott, se declararon jefes de la insurreccion; y de este modo, una faccion violenta, separada igualmente de las cámaras que del consejo general de oficiales, empezó á proclamar sin rebozo sus máximas y sus planes.

No pudo Cromwell librarse de inquietudes: veia que estaba el ejército desunido; que los realistas y los presbiterianos atisbaban el momento para aprovechar sus discordias, y que él mismo era violentamente atacado por hombres que hasta entonces habian sido instrumentos suyos. De dia en dia se le hacian mas sospechosas las intenciones del rey: «Yo sigo mi juego, habia contestado Cárlos á Ireton cuando instaba este para que se entregase á ellos sin recelo: lord Lauderdale y lord Lanerk continuaban siempre á su lado, prometiéndole el apoyo de un ejército escocés si aceptaba al fin su alianza. Decíase que las bases del tratado estaban convenidas, y que algunas tropas escocesas marchaban hácia la frontera. Por su parte los caballeros ingleses Capel, Langdale y Musgrave, preparaban por bajo mano una insurreccion. «Estad seguro, dijo el rey á Capel, que pronto estarán en guerra las dos naciones; los escoceses confian en el favor de todos los presbiterianos ingleses; apréstense pues todos nuestros amigos; de otro modo sea cual fuere el que ganare, siempre habremos perdido.»

Haciase al propio tiempo crítica la situacion del ejército acantonado alrededor de Lóndres; la municipalidad no aprontaba las sumas necesarias, y los oficiales no sabian como gobernar unas tropas á las que podian no pagar. Por do quier circulaban los mas atrevidos folletos, revelando ya los designios de los soldados contra el rey, ya las negociaciones de este con los generales. En vano Fairfax habia reclamado y obtenido que se estableciese

una censura rigorosa; en vano Cromwell era en la municipalidad el intérprete de las necesidades del ejército; en vano habia desarrollado todos los recursos de la razon y de la astucia para persuadir á los fanáticos que les era forzoso contenerse si querian que los pagasen los moderados; en vano tambien habia logrado que entre los nuevos agentes de los soldados saliesen nombrados algunos de sus adictos: inútiles eran su esfuerzos, convertiase contra él mismo su propia prudencia, pues si bien se habia procurado confidentes en todos los partidos, sin embargo, una fermentacion estraordinaria amenazaba burlar todos sus cálculos, y desconcertar todas sus maquinaciones: su habilidad no le habia servido solo para crearle nuevas dificultades y peligros.

En tal zozobra, uno de los confidentes que Cromwell tenia asalariados hasta en la cámara del mismo rey, le avisó que aquel dia salia del castillo una carta dirigida á la reina, y que contenia los verdaderos planes de Cárlos relativos al ejército y sus jefes. Esta carta la debia llevar sin saberlo un hombre cosida en una silla, y á las diez la esperaba en Holborn otro hombre á caballo preparado para conducirla á Douvres, de donde pasaria á Francia. Cromwell é Ireton tomaron al instante su resolucion, y disfrazados de caballeros, y seguidos de un solo soldado, partieron de Windsor para el lugar señalado. A su llegada colocaron un soldado en emboscada y en el ínterin se sentaron en un gabinete bebiendo cerveza. A eso de las diez compareció el mensajero, salieron con espada en mano y se apoderaron de la silla, diciendo que tenian órden de registrarlo todo; la llevaron á su aposento, la descosieron encontrando la carta, volvieron á ponerla corriente, y la entregaron de nuevo al mensajero, diciéndole que era un buen muchacho y que podia continuar su camino.

El aviso era verdadero: Cárlos escribia en efecto á la reina que dos facciones querian su alianza, que preferia al que mejores condiciones le ofreciese, y que este seria seguramente el partido de los presbiterianos: «Por lo demás, añadia, conozco bien mi situacion, permaneced tranquila acerca de las concesiones que puedo hacer; sé muy bien aprovechar la coyuntura, y sabré arreglar y dar la ley á esos pícaros: en vez de una banda de seda, he de darles una cuerda de cáñamo.» Miráronse atónitos los dos generales, y viendo de este modo plenamente confirmadas sus desconfianzas, partieron para Windsor, sin que vacilasen ya tocante á la conducta que debian seguir con el rey.

Era ya inútil tomarse la molestia de andar en vacilaciones: la cólera de los entusiastas estaba á punto de estallar, y el ejército iba á dar un sa-

cudimiento. El 9 de octubre, los nuevos agitadores en número de cinco regimientos de caballería, entre los que figuraba el mismo Cromwell, redactaron una difusa declaracion de sus desconfianzas, principios y deseos bajo el título de : *Estado del ejército.* El 18 la presentaron oficialmente al general, y el 1.° de noviembre se dirigió á la nacion entera en nombre de diez y seis regimientos un segundo folleto titulado : *Voto unánime del pueblo para establecer una pronta y sólida paz bajo las bases del derecho comun.*

Tanto en uno como en otro documento, los soldados acusaban á los oficiales de traicion, y á la cámara de cohecho; exhortaban á sus camaradas á que se reuniesen á ellos, y pedian que el actual parlamento fuese inmediatamente disuelto; que en lo sucesivo ningun sujeto, ninguna corporacion participase con la cámara del poder soberano; que esta fuese elegida cada dos años; que el derecho de sufragio fuese en iguales partes repartido en el territorio á razon de la poblacion y contribuciones; que ningun miembro pudiese ser inmediatamente reelegido; ningun ciudadano preso por deudas, obligado al servicio militar, ó escluido de los empleos por su sola religion; que el pueblo nombrase sus magistrados en los condados; que las leyes civiles fuesen iguales para todos, reformadas y refundidas en un solo código; en fin, que ciertos derechos, sobre todo la libertad de conciencia, fuesen declarados inviolables y superiores á todo poder humano.

Suma fue la turbacion de los jefes con esta esplosion de ideas y esperanzas populares : muchos de ellos y los mas sensatos, si bien que enemigos de la córte y los presbiterianos, miraban la dignidad real y la cámara alta, como tan poderosas, tan arraigadas en los hechos, leyes y costumbres, que comparada con ellas la república no les parecia sino una peligrosa quimera. Entre los mismos republicanos la mayor parte, aunque sinceros y atrevidos, estaban muy lejos de participar de los deseos de los soldados; los unos poderosos en las elecciones de su ciudad ó condado, temian que por un nuevo sistema perdiesen su preponderancia; los otros que habian comprado bienes eclesiásticos, veian con recelo indignarse el pueblo por haber sido adquiridos sus bienes á vil precio, y reclamar la nulidad de la venta; los jurisconsultos querian conservar su predominio y sus utilidades y todos rehusaban con apasionado interés la inmediata disolucion de la cámara, y ver entregada su causa á la casualidad de una reeleccion. Chocaba por otra parte con su buen sentido la poca importancia social, la demencia mística y la altanera indisciplina

de los soldados reformadores. ¿Cómo se habia de formar un gobierno contrario á realistas y presbiterianos, con una faccion desorganizada, insensata, preparada para poner cada dia en peligro la union del ejército en que estrivaba su único apoyo? ¿Cómo atacar en nombre de imaginarios principios y obscuras sectas derechos tan antiguos y respetables? A pesar de esas contradicciones hallaron esos imaginarios principios cabida en casi todo el reino, y el bajo pueblo se lanzaba hácia ellos con singular ansiedad. Aquellas hermosas y confusas nociones de absoluta justicia, aquellos ardientes deseos de una dicha sin igual, frecuentemente removidos, y jamás estinguidos del corazon humano, estallaban por todas partes con ciega y furiosa confianza, y los mismos jefes que no los hubieran querido escuchar, no sabian que responder, porque en su interior participaban de los mismos deseos en nombre de los cuales se proclamaban aquellos principios.

Por esta razon fueron vacilantes sus primeros pasos. Las cámaras votaron que entrambos folletos eran un atentado contra el gobierno del reino, y que perseguirian á sus autores; pero al mismo tiempo, para complacer á los republicanos, declararon que el rey estaria obligado á adoptar cuanto quisiese el parlamento (6 noviembre.) El consejo general de oficiales, reunido en Putney, convocó á los principales agitadores, y un comisionado escogido de entre ellos tuvo órden de espresar sucintamente sus deseos. Efectivamente, sin dilacion alguna llevó el comisionado un proyecto de proposiciones al parlamento, cuya mayor parte habian sido acogidas; pero hay que advertir que el nombre y prerogativas del rey tenian aun lugar entre ellas. Los agitadores gritaron; se les prometió que en el próximo consejo se trataria libremente si el poder real debia ó no subsistir. Llegó el dia, salióse bruscamente Ireton del consejo, protestando que no volveria á entrar si aquellas eran las solas cuestiones que habian de agitarse. El debate se difirió hasta el lunes siguiente, 6 de noviembre; y ya sea para eludirlo todavía, ó ya porque se esperase mas complacencia de los soldados reunidos, convinieron en que seria convocado el ejército á una reunion general, en la que podrian todos manifestar sus opiniones.

Cromwell, que lo habia propuesto, conoció al momento el peligro del remedio. Cada nueva discusion aumentaba la desunion en el ejército; cuanto mas se le consultaba, mas desobedecia á sus jefes y mas propendia á la anarquía. Para servirse de él y al mismo tiempo salvarle, era preciso y sin retardo restablecer la disciplina y realizar el poder. Un acontecimiento semejante exigía imperiosas circunstancias: era claro

que la mayor parte de los soldados, los mas activos á lo menos, los fanáticos, no querrian mas rey; que abandonarian y atacarian al mismo tiempo á cualquiera que se pusiese á su favor, y que quien dispondria por último de su fuerza y obediencia seria el que aceptara su deseo comun y se arrojara á ponerlo en ejecucion. Resolvióse Cromwell. Llegó el dia del consejo, todo debate quedó paralizado; los oficiales superiores declararon que para guiar en buena inteligencia el ejército era preciso que todos los oficiales y agitadores volviesen á sus regimientos; que en vez de la reunion general, habria tres reuniones particulares en los campamentos de los principales cuerpos; que entre tanto suspenderia el consejo sus sesiones y dejaria tratar al general con el parlamento. Con todo, la situacion del rey en Hamptoncourt cambió repentinamente: sus consejeros, Richmond, Soutampton, Ormond, recibieron órden de alejarse; sus mas fieles servidores, Berkley y Ashburnham entre otros, le fueron retirados; doblarónsele las guardias y ya no tuvo en sus paseos la misma libertad. De todas partes le venian siniestras noticias; decíase particularmente que los soldados tenian intencion de arrebatarlo á los oficiales; como estos lo habian arrebatado al parlamento. El mismo Cromwell escribió asustado al coronel Walley, sea que efectivamente temiese alguna tentativa de esta clase ó que se propusiese solamente asustar al rey, ó mas bien que hábil como siempre en armar asechanzas, quisiese engañarle aun sobre sus intenciones y darse aire de amigo.

Estos cambios, estas noticias, nuevas mortificaciones, mil rumores de traicion y de planes inauditos hasta de asesinato, tenian al infeliz Cárlos en una ansiedad mas penosa cada dia; su imaginacion susceptible y viva, aunque grave, estaba turbada; una malísima alcoba alumbrada por una lámpara cuya luz se estinguia á las pocas horas, apenas le permitia tomar algun descanso: todo le servia de siniestro presagio, todo le parecia posible de tales enemigos, por mas que su orgullo rehusaba creer que á tanto se atreviesen. Se le habló de huir; esas eran tambien sus intenciones, pero ¿á dónde? ¿cómo? ¿con qué socorros? Los comisionados escoceses le ofrecian secundar su evasion: en una cazeria, Lauderdale le envió á decir que tenia dispuestos cincuenta caballos; y que si queria reunirse á ellos, marcharian con precipitacion hácia el Norte.

Las repentinas resoluciones admiraban al rey: ¿qué asilo, por otra parte le presentaba la Escocia que ya lo habia entregado una vez á sus enemigos y donde no tendria ningun medio de rehusar el yugo presbiteriano y el pacto? Se negó á ello. Por otra parte, se le dió el consejo de

embarcarse y retirarse á la isla de Jersey, en donde la facilidad de pasar al continente obligaria á sus enemigos á ser mas tratables. El contaba aun, despues de sus secretas promesas, con la buena voluntad de los oficiales; se lisonjeaba que su frialdad solo era forzosa y aparente; que en la próxima reunion impondrian silencio á los agitadores, restablecerian la disciplina, y volverian á abrir con él las negociaciones. No queria por consiguiente salir de Inglaterra hasta esta última prueba. Entre tanto la idea de la fuga se le hacia mas familiar y necesaria; se le dijo que un visionario aleman se habia presentado al consejo de los agitadores anunciándose como encargado de profetizar la voluntad del cielo; pero que á la sola palabra de reconciliarse con el rey no le quisieron escuchar.

De mil maneras y por todos estilos, Cromwell le insinuaba que era necesario huir. Alguno, no se sabe quien, habló al rey de la isla de Wight como de un conveniente y seguro asilo: tocaba con la tierra firme; la poblacion era realista y muy poco hacia que el coronel Hammond, sobrino de uno de los mas fieles capellanes del rey, habia sido nombrado gobernador de ella. Cárlos prestó mas oidos á esta idea que á ninguna otra y tomó algunas señas, haciendo al propio tiempo algunos preparativos (1). Con todo aun dudaba, y buscaba por todas partes algun pretesto para decidirse. Un astrólogo, William Lilli, se habia hecho entonces famoso en Lóndres; era inclinado al partido popular, pero á nadie negaba sus predicciones y avisos. El rey encargó á una mujer mistris Whorewood que le consultara en su nombre á donde le convenia fugarse; y de mil libras esterlinas que le acababa de enviar el alderman Adams, perfecto realista, entregó quinientas por su mision á mistris Whorewood. Solemnemente interrogados los astros, Lilli respondió que el rey debia retirarse hácia el Este, en el condado de Essex, á veinte millas de Lóndres, y mistris Whorewood se apresuró á llevar á Hamtoncourt esta respuesta.

Cárlos sin embargo no la habia esperado: el 9 de noviembre, una carta anónima escrita al parecer por un íntimo amigo, le acababa de advertir que el peligro se aceleraba; que la víspera en una nocturna reunion los agitadores habian resuelto deshacerse de él y que todo era de temer si no se ponia inmediatamente á seguro de un atentado. Otro avi-

(1) Esto resulta evidentemente de una relacion encontrada en la habitacion del rey en la isla de Wight, dirigida despues de la restauracion á Cárlos II por John Bowring, quien era empleado entonces en los secretos manejos de Cárlos I, aunque de linaje oscuro.

so le obligaba á desconfiar de la guardia que al otro dia relevaria la del castillo. Herida su imaginacion, decidióse Cárlos al momento: el 11 de noviembre á las 9 de la noche, dejando sobre su mesa muchas cartas y seguido solo de un ayuda de cámara, William Legg, salió por una escalera escusada, ganó una puerta falsa que daba del parque al bosque, en donde Ashburnaham y Berkley, que sabian su designio, se habian apostado con buenos caballos. Tomaron su camino hácia el Sudoeste; la noche era oscura y tempestuosa; solo el rey conocia los senderos del bosque, y guiaba á sus compañeros; se estraviaron, y al nacer el dia percibieron la pequeña ciudad de Sutton, en el Hampshire, en donde por los cuidados de Ashburnham, les estaba preparado un relevo. En el albergue donde les esperaban habia una reunion de parlamentarios deliberando sobre negocios del condado. Volvieron á marchar inmediatamente por el camino de Southamton, por la parte situada frente la isla de Wight; pero sin que el rey declarase espresamente á donde intentaba dirigirse. Al llegar á una pendiente de la montaña vecina á la ciudad, dijo el rey: «Echemos pié á tierra, y consultaremos lo que se ha de resolver.»

Se habló, segun se dice, de un bajel que Ashburnham habia preparado, y del que no sabian nada; despues trataron de internarse en los condados del Oeste, donde Berkley le prometia la fidelidad de muchos amigos, y en fin de ir á la isla de Wight, el mas conveniente partido que podia ofrecerse en tan crítica situacion, y el que por otra parte segun el camino que siguieron era el que se habia propuesto el rey al partir. Pero el gobernador de este punto no sabia nada; y por consiguiente ¿se podia fiar en él sin garantía alguna? Convinieron en que Ashburnham y Berkley irian á la isla, sondearian las disposiciones de Hammond, le harian alguna confianza si le encontraban en buena disposicion; y que el rey les iria á esperar á algunas leguas de allí, cerca de Tichfield, en un castillo que habitaba la madre de lord Southamton. Se separaron, y al otro dia por la mañana los dos caballeros desembarcados en la isla se dirigieron inmediatamente al castillo de Carisbrooke, residencia del gobernador. Hammond no estaba en él, habia ido á Newport, que es la principal ciudad de la isla, pero debia volver el mismo dia.

Ashburnham y Berkley se pusieron en camino para encontrarle; pronto lo encontraron, y le informaron sin preámbulos del motivo de su venida. Empalideció Hammond al oirlos; dejó caer de la mano las riendas del caballo y todo estremecido les dijo: «Señores, señores, me habeis perdido, conduciendo al rey á esta isla; si todavía no está os ruego

que no le permitais venir; ¿qué haria yo, entre mis deberes hácia S. M. despues de tanta confianza, y los que debo al ejército á quien sirvo?» Procuraron sosegarle, ya manifestando el inmenso favor que haria al rey, y las obligaciones que el mismo ejército habia contraido con S. M.; ya asegurándole que si no pensaba como ellos, el rey estaba muy lejos de obligarle á que lo recibiese. Hammond se desconsolaba. Con todo, cuando los caballeros parecieron desconfiar á su vez, y estaban prontos á retirar su proposicion, se demostró menos vacilante; les preguntó donde estaba el rey, si corria algun riesgo, y supo manifestar tanto interés, que los comisionados se confiaron á él enteramente.

La conversacion duró de esta suerte mucho tiempo, llena por entrambas partes de turbacion y astucia, temiendo igualmente unos y otros romper ú obligarse. Hammond pareció ceder por fin: «El rey, dijo, no tendrá que quejarse de mí; no se dirá que yo he burlado sus esperanzas; me portaré como hombre de honor; vamos juntos á su encuentro.» Asustado Berkley hubiera querido rehusar esta proposicion; pero Ashburnham la aceptó, y marcharon inmediatamente, Hammond acompañado solo de un capitan llamado Basket. Una lancha los condujo en pocas horas á Tichfield, y á su llegada Ashburnham subió solo á ver al rey, dejando á Berkley, Hammond y Basket en el patio del castillo. Mientras se iba esplicando: «Ah! John, John, gritó Cárlos, tú me has perdido conduciendo aquí á este gobernador; ¿no ves que ya no puedo adelantar mas?» En vano Ashburnham pretendió hacer valer las promesas de Hammond, los buenos sentimientos que habia dado á conocer, su propia existencia, prueba de su sinceridad.

El rey desconsolado daba largos pasos por la sala, tan pronto con los brazos cruzados, ya con los brazos y ojos levantados al cielo con la espresion de la mas dolorosa agonía. «Señor, le dijo en fin Ashburnham, tambien muy turbado á su vez: el coronel Hammond está aquí solo con otro hombre; nada hay mas fácil que asegurarse de él.—¿Cómo pues, replicó el rey, intentas matarle? Quiéres que se diga que ha aventurado su vida por mí, y que yo le he privado de ella indignamente? No, no, es demasiado tarde para tomar ningun otro partido; es preciso someterse á la voluntad de Dios.» En el ínterin Hammond y Basket se impacientaban de tanto aguardar; Berkley hizo avisar de ello al rey: subieron. Cárlos los recibió con un aire franco y resuelto; Hammond renovó sus promesas, mas estensas y difusas, aunque siempre vagas y embarazadas.

El dia empezaba á declinar cuando se embarcaron para la isla. Ya

se habia difundido la voz de que llegaba el rey, muchos habitantes volaron á su encuentro : al atravesar las calles de Newport, una mujer jóven se adelantó á él, y le entregó una rosa colorada, abierta á pesar del rigor de la estacion, orando en alta voz por su libertad. Se le aseguró que la poblacion entera era de su partido, que en el mismo castillo de Carisbrooke solo habia de guarnicion doce soldados viejos en buena disposicion, y que siempre que quisiese podria facilmente evadirse de él. Los temores de Cárlos se mitigaron poco á poco y, al amanecer cuando desde las ventanas del castillo contempló el risueño espectáculo que le ofrecian mar y tierra, cuando respiró el aire de la mañana, cuando vió á Hammond manifestarle su respeto, y le prometió la entera libertad de pasearse á caballo por toda la isla, de guardar sus criados y recibir á quien le acomodase, se tranquilizó su alma : «Sobre todo, dijo á Ashburnham, este gobernador es muy cortés, aquí estoy al abrigo de los agitadores; y segun creo solo tendré que aplaudirme de mi resolucion.»

LIBRO OCTAVO.

Reunion de Ware.—Cromwell reprime á los agitadores y se reconcilia con ellos.—El parlamento dirige al rey cuatro bills, condiciones preliminares de la paz.—El rey los rehusa y negocia secretamente con los escoceses.—El parlamento decreta no volver á tener relaciones con el rey.—Descontento general y reaccion en favor de Cárlos.—Embarazosa situacion de los independientes y de Cromwell.—Esplosion de la segunda guerra civil.—Campaña de Fairfax en el Este y en los alrededores de Londres, de Cromwell en el Oeste y de Lamberto en el Norte.—Sitio de Colchester.—Los escoceses entran en Inglaterra.—Cromwell les sale al encuentro.—Batallas de Preston, Wigan y Warrington.—Cromwell en Escocia.—Los presbiterianos recobran su ascendiente en Lóndres.—El parlamento renueva sus negociaciones con el rey.—Tratados de Newport.—Vicisitudes en el estado.—El ejército hace arrebatar al rey de la isla de Wight.—Es conducido al castillo de Hurst, y despues á Windsor.—Ultimo esfuerzo de los presbiterianos en su favor.—El ejército marcha sobre Lóndres.—Espurgo de la cámara de los diputados del pueblo.—Proceso y muerte del rey.—Queda abolida la dignidad real.

(**1647.-1649.**)

Los comisarios del parlamento y los oficiales de la guarnicion de Hamptoncourt esperaban que fuese el rey á cenar á la hora acostumbrada: admirados de no verle, entraron en su aposento, y solo encontraron tres cartas de su mano, dirigidas una á lord Montague, presidente de la comision, la otra al coronel Whalley, y la tercera al presidente de la cámara de los lores. En esta el rey daba por motivo de su fuga las maquinaciones de los agitadores, y su derecho de vivir libre y con seguridad como otro cualquier ciudadano. El solo objeto de las otras dos era manifestar á Montague y Whalley lo satisfecho que se hallaba de su comportamiento, y decirles lo que debian hacer de sus caballos, perros, cuadros y pequeños muebles que habia dejado en su aposento. Nada hablaba en ellas del camino que pensaba seguir, ni lugar de su retiro.

Grande turbacion causó en Westminster esta noticia, y tanto mas, cuanto al momento de recibirla de Hamptoncourt, llegó tambien una carta de Windsor, escrita á media noche por Cromwell, que se apresuraba igualmente á anunciarlo. El fue quien lo supo primero que las cámaras,

y quizás aun antes de marchar el rey; en confirmacion de esto corrió la voz de que en efecto el dia 11 se habia relajado la vigilancia de la guarnicion de Hamptoncourt, y que se habian retirado centinelas de los puestos que se acostumbraban cubrir. No tardaron en llegar cartas de Hammond, informando á las cámaras de la llegada del rey, protestando su obediencia en el servicio y pidiendo instrucciones. Con todo no se disiparon todos los temores: Cromwell tenia tambien cartas de Hammond, pues todos los adictos al parlamento creian deber instruirle y consultarle en toda ocasion: y dió cuenta de su contenido á todas las cámaras con una alegría, que causó admiracion á los menos confiados juzgándola como síntoma alarmante de algun acontecimiento ó esperanza que en vano intentaban penetrar.

Apenas habian trascurrido dos dias, cuando inspiró mas graves recelos á sus enemigos. El 15 de noviembre era el dia señalado en el condado de Hertfort para la primera reunion del ejército que se habia de tener en Ware con el objeto de poner fin á sus disensiones. Cromwell fué allá con Fairfax, acompañados de los oficiales mas adictos. Siete regimientos solamente estaban convocados y estos eran precisamente los que habia menos exaltados y cuya disciplina era mas fácil restablecer. Contábase con la sumision para intimidar á los demás, ó con su ejemplo para sosegar á los mas furiosos. Pero al llegar al llano de Ware, los generales se encontraron con nueve regimientos en vez de los siete convocados; los de la caballería de Harrison é infantería de Robert Lilburne, habian venido sin órden y en tropel impelidos por la mas violenta fermentacion. El último habia separado á todos sus oficiales de subteniente arriba á escepcion del capitan Bray que los mandaba; los soldados llevaban todos en el sombrero un ejemplar del folleto titulado: *Voto unánime* con esta inscripcion: «Libertad de Inglaterra; derechos de los soldados.»

A cada instante, y como si una voz comun los guiase, resonaban sus gritos por la llanura: Rainsborough, Ewers, Scott, el mismo John Lilburne, autorizado hacia pocos dias por la cámara con motivo de su salud para salir de la torre cada mañana, las recorria á caballo pasando de batallon en batallon, escitando á los mas animosos, tratando de débiles á los moderados, repitiendo indistintamente que ya que tenian la espada en las manos, estaban obligados en conciencia á servirse de ella para asegurar del todo y para siempre la libertad de su patria. En medio de aquel tumulto, Fairfax, Cromwell, y su estado mayor se adelantaron hácia los regimientos mas pacíficos: y les fue leida en nombre del consejo general

de oficiales una proclama enérgica, que reprendia á los nuevos agitadores, sus sediciosas maquinaciones, y los peligros que iba á correr el ejército; recordábanseles las pruebas de afecto y fidelidad que les habian dado sus jefes, los triunfos que habian obtenido bajo su mando; y por último se les prometia sostener en el parlamento la voluntad de los soldados, ya fuese en pro de ellos mismos, ya en bien de la patria, con tal que á su vez firmasen la obligacion de volver á entrar en las leyes de la disciplina, y de respetar las órdenes de sus oficiales.

Siete regimientos oyeron esta lectura con aclamaciones de gozo. Fairfax se adelantó hácia el de Harrison. Apenas la caballería escuchó su voz y promesas, cuando los individuos se arrancaron de sus sombreros el folleto y gritaron que habian sido engañados y que querian vivir y morir con su general. El regimiento de Lilburne quedaba solo, pero siempre rebelde y violentamente agitado; ya empezaban á contestar á Fairfax con gritos sediciosos cuando Cromwell se adelantó hácia ellos: «Quitaos al momento de vuestros sombreros ese papel, dijo á los soldados;» y viendo que no lo hacian entró bruscamente por entre las filas, señalando y mandando prender á catorce de los mas sediciosos. Formóse en el mismo campo un consejo de guerra y tres soldados fueron condenados á muerte. Dispuso en seguida el consejo que entre los sentenciados se sorteara uno para ser ejecutado en el acto, y la suerte tocó á un tal Ricardo Arnell, fogoso agitador; la ejecucion se hizo al instante, al frente del regimiento: y se condujo presos á los otros dos condenados y á sus once compañeros. El mayor Scott y el capitan Bray fueron igualmente arrestados; profundo silencio reinaba en la llanura; todos los batallones marcharon á su antiguo acantonamiento; las otras reuniones se verificaron sin murmullo, y el ejército entero volvió á entrar bajo el mando de sus jefes.

No dudaba con todo Cromwell del peligro de este triunfo: cuando lo vino á anunciar á la cámara, entre las gracias que le dieron la mayor parte de los que temian á los agitadores, los jefes presbiterianos no disimularon su frialdad, ni los republicanos su ira: los primeros sospechaban de todas las acciones de Cromwell fuese cual fuese su resultado, y los segundos miraban su conducta en la reunion de Ware como una nueva prueba de su traicion. Ludlow se opuso en la cámara á la votacion de las gracias; Saltmarsh acudió desde lo mas remoto de su condado, y por órden espresa de Dios, segun dijo, para anunciar á los generales que el Señor les abandonaba ya que habian aprisionado á sus santos; en fin pa-

sados algunos instantes de estupor, una muchedumbre de oficiales, sargentos y soldados, conocidos casi todos como agitadores revolucionarios de los regimientos, vinieron á declarar á Cromwell y á Ireton, que ningun ataque los apartaria de sus designios; que estaban resueltos á deshacerse del rey; á establecer una república; que á riesgo de perderlo todo dividirian el ejército, que arrastrarian á lo menos las dos terceras partes, y continuarian solos la empresa, antes que dejarse engañar. Cromwell no habia intentado reducirlos á tal estremo: lo que únicamente se habia propuesto era cortar de una vez en el ejército los progresos de la anarquía; pero eso no obstante conocia el poder de los fanáticos, y solo deseaba reconciliarse con ellos.

Sin pronunciarse por la república, dijo á cuantos le venian á ver mucho mal del rey, reconoció que tenian motivo en no esperar nada bueno, convino en que la gloria mundana le habia hecho olvidarse de sí mismo por un momento, que no habia sabido distinguir bastantemente la obra del Señor, ni confiado únicamente en sus santos; se humilló delante de ellos, y reclamó ei socorro de sus oraciones para alcanzar del cielo su perdon. Los populares oradores, entre otros Hugh Peters, entusiasta, intrigante y charlatan, se encargaron de esparcir por todas partes los deseos y la confesion del general. Hizo al mismo tiempo risueñas promesas á los soldados presos. Solamente insistió con tono firme en mantener el ejército en la mas severa disciplina, único medio de alcanzar victoria y salvacion. Mucho crédito se dió á sus palabras siempre apasionadas y poderosas; algunos otros menos crédulos conocian cuan necesario les era el talento de Cromwell, y dudaban al mismo tiempo sin poderse resolver á creer que se hubiese arrepentido.

La mayor parte confesaban que los agitadores se habian precipitado y escedido confesando que los soldados debian á los oficiales mas sumision y respecto; Rainsborough, Scott, Ewers, convinieron ellos mismos en que habian hecho mal y prometieron mas prudencia en lo sucesivo. Numerosa reunion tuvo en fin lugar en el cuartel general (diciembre 1647): oficiales agitadores y predicadores estuvieron juntos diez horas conversando y orando; los intereses generales dejaron sin disipar los odios y las desconfianzas, se decidió que los prisioneros serian puestos en libertad, que el capitan Bray volveria á su regimiento, que se suplicaria á las cámaras volviesen á Rainsborough el empleo de vice-almirante que le acababan de quitar; y con una solemne comida se celebró esta reconciliacion cuyo precio era la ruina del rey.

Durante estos acontecimientos llegó al cuartel general sir John Berkley, á quien Cárlos, instruido del resultado de la reunion de Ware, se apresuraba á enviar á felicitar á los generales por su victoria y recordarles lo que le habian prometido. Llevando cartas no solamente del rey, sino



BERKLEY.

que tambien de Hammond para Fairfax, Ireton y Cromwell : Berkley con todo no se juzgaba enteramente en seguridad; habia encontrado en el camino al corneta Joyce, que se admiró de su confianza; y le dijo que los agitadores lejos de temer nada habian atraido á los generales y se preparaban á formar causa al rey. Cuando llegó Berkley á Windsor estaba ya

reunido el consejo de oficiales; se presentó y entregó sus cartas al general. Mandaronle retirarse inmediatamente, y habiéndole vuelto á llamar de allí á media hora: «Somos el ejército del parlamento, le dijo Fairfax con tono severo, nada tenemos que responder á las proposiciones de S. M. á él solo le toca juzgarlas.» Berkley miró á Cromwell, luego á Ireton; y apenas le saludaron con desdeñosa sonrisa.

Se retiró altamente admirado, pasó el dia sin poder conseguir ninguna esplicacion; por la tarde en fin el comandante Watson, oficial que tenia con él las mas íntimas relaciones, le mandó á decir que se encontrase con él á media noche en cierto cercado, detrás del meson de la Jarretiere, donde estaria él. Berkley supo entonces lo que habia sucedido y comprendió el espíritu que dominaba al ejército: «Es tal, le dijo Watson, que aventuro mi vida viniendo aquí porque este mismo medio dia Ireton acaba de hacer dos proposiciones, la una de enviaros preso á Lóndres, y la otra de prohibir so pena de muerte que nadie hable con vos. El rey pues si aprecia la vida que huya sin retardo, si acaso puede. —¿Me aconsejais á lo menos, preguntó Berkley, que haga pasar á Cromwell y á Ireton las cartas que para ello me ha dado el rey?—Y sin falta, porque de otro modo sospecharian que os he descubierto sus intenciones.»

Como lo habia previsto Watson, Berkley no obuvo de los dos generales ni entrevista ni contestacion: «Haré cuanto pueda, le mandó solamente á decir Cromwell, para servir al rey; pero no espere que yo vaya á perderme por su amor.» Sir John se apresuró á comunicar estas noticias al rey, instándole á que no perdiese momento en huir. Cárlos quizá lo hubiera podido verificar; un buque enviado por la reina, cruzaba, segun decian, hacia algunos dias por las aguas de la isla. Con todo una nueva intriga reanimó sus esperanzas: despues de una viva discusion en la cámara baja, acababa el parlamento de votar que se presentasen al rey cuatro proposiciones en forma de bills, y que si las aceptaba seria admitido, como mil veces él lo habia pedido, á tratar en persona con el parlamento. La primera de las cuatro proposiciones era que el mando de las fuerzas de mar y tierra por el espacio de veinte años perteneceria á las cámaras, con el poder de conservarlo mas tiempo si lo exigia la seguridad del reino; segunda, que el rey revocaria todas sus declaraciones, proclamas, y otros actos publicados contra las cámaras, tachándolas de ilegales y revoltosas; tercero, que anularia todas las cartas de pago firmadas desde su salida de Lóndres; cuarto, finalmente, que las cámaras tendrian derecho de reunirse siempre que les pareciese conveniente.

Cárlos, á pesar de su angustiosa situacion, no tenia ningun deseo de sancionar estos bills ni de reconocer de esa manera la legitimidad de la guerra que él habia ocasionado; pero sabia que los comisionados escoceses las habian combatido con energía, que manifestaban al mismo tiempo un amargo resentimiento por el desprecio que hacian las cámaras de sus representaciones; acababa de recibir de ellos al tiempo mismo que las cartas de Berkley una secreta invitacion de rehusar tan ofensivas proposiciones, prometiéndole dirigirse ellos mismos á la isla de Wight para tratar con él en nombre de la Escocia, bajo mejores condiciones. «Es preciso esperar, dijo á Berkley cuando estuvo de vuelta; quiero probar fortuna con los escoceses antes de dejar el reino; si me veian fuera de las manos del ejército, exigirian mas.»

Los lores Lauderdale, Lowden y Lanerk, llegaron en efecto al castillo de Carisbrooke casi al mismo tiempo que lord Denbigh y sus cinco cólegas comisionados de Westminster. Las negociaciones entabladas antes en Hamptoncourt se renovaron inmediatamente entre ellos y el rey, con gran secreto, porque solo habian venido, segun decian, para protestar en sus manos de las intenciones del parlamento. En dos dias quedó el tratado concluido, redactado, firmado y escondido en un jardin de la isla, esperando el momento de poder manifestarlo sin peligro. En él se prometia al rey la intervencion de un ejército escocés para restablecerle en sus justos derechos bajo la condicion de que confirmaria por tres años el régimen presbiteriano en Inglaterra, aunque dispensado de conformarse él y los suyos, y que en aquel término la asamblea de los teólogos consultada, arreglaria definitivamente de concierto con las dos cámaras la constitucion de la iglesia. Muchas estipulaciones en provecho de la Escocia, y de las que debia ofenderse altamente el honor ingles acompañaban esta general concesion. Se convino, entre otras cosas, que con el apoyo del ejército escocés se sublevarian los realistas en todo el reino; que Ormond volveria á tomar en Irlanda el mando del partido leal al trono; que el rey en fin luego de rehusadas las cuatro proposiciones, se evadiria de la isla para la frontera de Escocia, pasando á Berwick ú otra cualquiera plaza, para esperar en libertad el momento de obrar.

Arregladas asi las cosas, Cárlos hizo decir á los comisionados del parlamento, que estaba pronto á darles su respuesta. Habia resuelto, como tres años antes de las negociaciones de Oxford, remitirla sellada, temiendo que instruidos de su negativa y quizá de sus proyectos, no tomasen contra él medidas que todo lo desbaratarian. Pero lord Denbigh rehusó

obstinadamente llevar de aquel modo el mensaje real. «El parlamento nos ha encargado, dijo él, llevarle no todo lo que nos quiera dar S. M. sino la aprobacion ó no admision de los cuatro bills.» Fue preciso ceder, y leer la contestacion en alta voz. Cárlos rehusaba absolutamente las proposiciones, y pedia poder tratar en persona con el parlamento sin quedar obligado á nada. Los comisionados se retiraron, tuvieron una corta conferencia con Hammond, y volvieron á marchar para Westminster; algunas horas despues de su marcha, mientras hablaba el rey con Berkley y Ashburnham de los medios de evasion preparados para aquella noche, las puertas del castillo se cerraron, negóse la entrada á todos los estranjeros, dobláronse las guardias, y casi todos los servidores del rey, Berkley y Ashburnham los primeros, tuvieron órden de abandonar inmediatamente la isla.

Encolerizóse sensiblemente Cárlos; hizo llamar á Hammond: «¿Por qué me tratais de este modo? ¿Dónde están vuestras órdenes? ¿Es tu corazon quien te hace obrar así?» Hammond, que no tenia órdenes formales, calló y se sobrecogió: habló en fin de la contestacion de S. M. á las proposiciones del parlamento. «¿No me habeis prometido bajo vuestro honor, le dijo el rey, que en ningun caso abusariais de mi situacion?

Hammond: Yo, nada he prometido.

El rey: Venís lleno de reticencias y subterfugios; ¿me concederéis hablar con uno de mis capellanes? Vos sois de los de la libertad de conciencia, segun decís, ¿no la puedo tener yo?

Hammond: No os lo puedo conceder.

El rey: Vuestra comportacion no es propia de un noble ni de un cristiano.

Hammond: Os hablaré cuando os encontreis mejor dispuesto.

El rey: Muy bien he dormido la última noche.

Hammond: Me he portado muy políticamente con vos.

El rey: ¿Por qué no haceis lo mismo ahora?

Hammond: Señor, sois demasiado alto.

El rey: Será culpa de mi zapatero, pero no advierto que haya levantado los talones de mis zapatos.» Repitió dos ó tres veces esta misma frase paseándose por el aposento; despues volviéndose hácia Hammond prosiguió diciendo: «¿Tendré libertad de salir á tomar el aire?

Hammond: No os lo puedo conceder.

El rey: ¿Vos no me lo podeis conceder? ¿con qué estoy preso? ¿Esta es la fé que me debeis? ¿Estos son vuestros juramentos? Responded.»

Hammond salió sumamente turbado, y con las lágrimas en los ojos pero no cambió nada de sus disposiciones.

En esto los comisionados del parlamento llegaron á Westminster; apenas habian dado cuenta de su viaje y resultados, cuando un miembro hasta entonces desconocido, sir Tomas Wroth, se levantó en la cámara de los diputados (3 enero 1648). «Señor presidente, dijo, Bedlam está preparado para los locos, y el Topheth para los reyes (1); el nuestro obra de modo que Bedlam es el lugar único que le conviene; pido humildemente que las cámaras no se dirijan jamás á él, y arreglen sin su consentimiento los negocios públicos. Poco importa la forma de gobierno que ellas establezcan, mientras no tengamos ni diablos ni reyes.» Ireton apoyó al momento al preopinante. «El rey, dijo él, al rehusar los cuatro bills, ha rehusado á su pueblo seguridad y proteccion; á nosotros toca dejar de obedecerle y arreglar sin él el Estado.»

Admirados de tan imprevisto ataque, irritados ellos mismos de la negativa del rey, los presbiterianos aparecieron un instante embarazados y tímidos; muchos con todo protestaron contra tal medida: «Adoptarla, dijo Maynard, es disolver mientras subsista en nosotros el parlamento: cuando los reyes han rehusado recibir sus peticiones y escuchar sus súplicas, se han considerado siempre tales actos como la mayor violacion de sus privilegios porque era disolverlo de hecho sin pronunciar su disolucion: y nosotros pues si decidimos no recibir ningun otro mensaje del rey, y no le dirijimos ninguno, ¿qué vamos á hacer sino declarar que no pertenecemos ya al parlamento?» La discusion se alargó y acaloró; los presbiterianos recobraron su confianza; la cámara bastante indispuesta con ellos, de antemano, se mostraba turbada; Cromwell se levanta: «Señor presidente, dijo, el rey es hombre de mucho talento, pero tan disimulado y falso, que no hay que fiar en él. Mientras que protesta su amor hácia la paz, trata á escondidas con los comisionados de Escocia, á fin de abismar á la nacion en una nueva guerra. Llegó la hora en que el parlamento debe solo gobernar y salvar el reino; los hombres que derramando su sangre os han defendido de tantos peligros, os defenderán aun con el mismo valor y fidelidad. No les induzcais á pensar, despreciando el velar por vuestra seguridad y la del reino (que es la suya), que se les hace traicion y entrega al poder de los enemigos que han vencido por vosotros;

(1) Lo mismo que infierno, Topheth es una palabra hebrea que señala por lo comun una cosa abominable.

temed que la desesperacion no les obligue á procurar salvarse abandonándoos á vosotros mismos. Cuan fatal os seria una tal resolucion, tiemblo de pronunciarlo, y os lo dejo juzgar á vosotros mismos.» Dijo, y volvió á sentarse acariciando la espada.

Ninguno habló mas; la mocion adoptada sobre la marcha, fue trasmitida al otro dia á la cámara alta. Un momento los lores parecieron titubear; el debate duraba mucho: dos declaraciones llegaron del ejército; una dirigida á la cámara baja, llena de felicitaciones al par que de amenazas contra sus enemigos; la otra á los lores suave y moderada, pidiendo que cesasen los rumores que corrian sobre el peligro de la patria, y prometiendo sostenerla en todos sus derechos. Los débiles, ó parecieron asustados ó tranquilos segun sus intenciones; la discusion dejó de estar indecisa, y al momento del voto definitivo, los lores Warwick y Manchester protestaron únicamente contra la adopcion.

Viva y temible protesta estalló como en venganza por todo el reino: «Quedan ya justificadas, gritaban los realistas, aquellas acusaciones, aquellas predicciones, tratadas tantas veces de quimeras ó calumnias», y por todas partes un sin número de gentes maldecian con ellos tan detestable traicion. Antes que el rey hubiese podido contestar á la declaracion de las cámaras aparecieron muchas contestaciones, hijas del espontáneo celo de simples ciudadanos. Jamás tantas conspiraciones realistas, jamás tantas y tan violentas sátiras habian circulado por Westminster. En la misma isla de Wight, el capitan Burley, oficial retirado de marina, hizo de repente redoblar el tambor en las calles de Newport, y acaudillando una porcion de trabajadores, niños y mujeres, se puso en marcha á su frente para sacar al rey de prision. La tentativa quedó burlada al momento, y Burley ahorcado como por haber querido hacer la guerra al rey y al parlamento. Sin embargo, las mismas disposiciones, los mismos deseos agitaban los condados, aun los mas enemigos de la causa real; y hasta en las puertas de Westminster, los soldados reformados del ejercito de Essex, se paseaban tumultuosamente gritando: *¡ Viva el rey !* deteniendo los coches para obligar á los que transitaban á beber á su salud.

Indignábanse los republicanos al ver de esta suerte turbada su victoria: en vano recibian felicitaciones de algunos condados; en vano las cámaras proclamaban sus deseos de reformar las leyes civiles, y hacer menos difícil la justicia; en vano suspendian los diputados sus privilegios en materia de deudas y persecuciones: estas importantes mejoras solo eran

vivamente deseadas y apreciadas de su mismo partido, y de algunos espíritus superiores; las unas chocaban con las preocupaciones del pueblo, y las otras con su ignorancia. Fue preciso suplir la popularidad con la tiranía. Continuáronse las persecuciones ya principiadas contra los miembros de las dos cámaras y magistrados de la municipalidad, presuntos autores ó conmovedores de los movimientos presbiterianos y realistas : todo aquel que habia hecho armas contra el parlamento fue desterrado de Lóndres, prohibiéndole acercarse á la distancia de menos de veinte millas; se ordenó una revista general de los jueces de paz del reino, á fin de desemplear á aquellos cuyos sentimientos fuesen sospechosos; se decretó que ningun delincuente, ninguno que hubiese tomado parte, ó meramente hubiese acusado de alguna conspiracion contra el parlamento, no podria ser elegido lord corregidor, ó fiel de fechos, ó miembro del consejo municipal de la capital, ni concurrir á la eleccion de sus oficiales; esta misma prohibicion fue dada al momento, tocante á las funciones de jurados y eleccion de miembros de la cámara. Se mandó á la comision encargada de reprimir la libertad de imprenta, reunirse diariamente, y se puso á su disposicion una cantidad, para recompensar al que descubriese un escrito subversivo. Finalmente el ejército pasó otra vez por Lóndres con gran tren de guerra, y se destacaron tres mil hombres para acuartelarlos en lo interior de la ciudad, cerca de Whitehall y la torre.

Los fanáticos, los hombres de alma mezquina y dura y la mayor parte del partido, aplaudian estas medidas, manifiesta prueba de su fuerza y redoblaban su ardor. Solo Cromwell se prestaba con inquietud á estas medidas, no por escrúpulo, ni porque dudase en hacerlo todo para salir airoso; sino porque á pesar de sus resoluciones contra el rey, le parecian insensatas las esperanzas y las pretensiones de los republicanos : creia que en todos los condados, los principales terra-tenientes, los ricos labradores, casi todos los hombres notables, se retirarian de los negocios públicos, abandonarian las comisiones administrativas, las magistraturas locales, y pasarian el poder á manos de gente de inferior condicion, que procurando enriquecerse, serian capaces de ejercerlo con vigor, pero carecerian de aptitud para conservarlo. No podia creer que la Inglaterra consintiese ser de esta suerte gobernada por mucho tiempo, ni que nada durable pudiese cimentarse con la legal persecucion de tan considerable número de ciudadanos, y finalmente recelaba que la discordia y la anarquía creciendo aun mas cada vez en el parlamento, y bajo su imperio, llegarian ser fatales á los mismos vencedores. Su infatigable imaginacion busca-

ba algun medio para poner términos, y señalar á lo menos en aquel oscuro caos el mas seguro y pronto camino para llegar á la grandeza.

Convidó un dia á comer á los principales independientes, y presbiterianos, tanto eclesiásticos como seculares, y les manifestó la necesidad de conciliarse, ó bien desistir de sus quejas haciendo causa comun para oponerse á los nuevos peligros que era fácil prever. El carácter de los presbiterianos era demasiado altanero y sus pretensiones teológicas sobradamente esclusivas para prestarse á tales combinaciones. La conferencia no tuvo resultado. Cromwell reunió otra, de algunos políticos, la la mayor parte generales como él y republicanos. Era preciso, dijo, que buscasen de concierto cual era el gobierno que convenia mejor á la Inglaterra; pues eran ellos á quienes tocaba arreglarlo; pero en su interior solo pretendia indagar con quienes se podia tratar y lo que podria esperar ó temer. Ludlow, Vane, Hutchinson, Sidney, Hąslerig, se declararon abiertamente contra toda especie de monarquía, como reprobada por la Biblia, por la razon y por la esperiencia.

Los generales fueron mas reservados; segun ellos, era buena la república, pero dudoso su éxito; lo mas prudente era no obligarse, consultar el estado de los negocios, para lo que se necesitaba tiempo, y obedecer siempre las impulsiones de la Providencia. Los republicanos insistieron en que se esplicasen sin rodeos. La discusion se acaloraba; Ludlow, entre otros, precisaba á Cromwell á pronunciarse, porque, en su concepto todos querian conocer á sus amigos. Cromwell eludia la contestacion dando otro giro á las ideas y riéndose á carcajadas, hasta que al fin viéndose sumamente acosado salió del compromiso valiéndose de una verdadera bufonada: se fué arrimando con disimulo á la puerta del aposento, tiró un almohadon á la cabeza de Ludlow, y se escapó saltando y riendo. Ludlow se contentó con devolverle la chanza.

Entre tanto amenazaba el peligro; el número y atrevimiento de los mal contentos se aumentaba cada dia, no solo en el Oeste y el Norte, sino hasta en los alrededores de Lóndres; en los condados de Mitdlesex, Essex, Sarrey Kent, ya en la mesa de algun gentil-hombre, ya en los paseos, en todas partes donde los caballeros se podian concertar y tratar, se manifestaban abiertamente las peticiones, conspiraciones é insurrecciones realistas. En Cantorbery, el dia de Navidad, cuando el corregidor quiso hacer observar la ordenanza que prohibia la fiesta, un violento tumulto se levantó á los gritos de *¡Dios, el rey Cárlos y país de Kent!*; el arsenal de la ciudad fue derribado, las casas de muchos parlamenta-

rios atacadas, las autoridades municipales bastante maltratadas, y si prontamente no hubiesen llegado algunas tropas, los paisanos del alrededor ya se disponian á sostener la sedicion.

En Lóndres, un domingo, á la hora del sermon, unos aprendices jugaban á bolos en Moorfitields; una patrulla de milicias los quiso sacar de allí; ellos se resistieron, y dispersaron á los milicianos: pronto fueron ellos mismos dispersados tambien por una partida de caballería, y se esparcieron por la ciudad llamando en su ayuda á sus compañeros y á los marineros del Támesis: numerosas bandadas acudieron de todos los barrios; se reunieron por la noche, sorprendieron dos puertas de la ciudad, tendieron escombros por las calles, y tambor batiente atacaron la habitacion del lord corregidor, á los gritos de *¡Dios y el rey Cárlos!* se apoderaron de un cañon, despues de un almacen de armas, y al nacer la aurora eran al parecer dueños de la ciudad.

Un consejo de guerra estuvo reunido toda la noche: deseaban atacarles; pero se dudaba si serian bastantes los dos batallones que estaban de guarnicion en Lóndres, ó si era menester aguardar refuerzos. Fairfax y Cromwell fueron de parecer que se les atacase inmediatamente; el suceso no quedó incierto; cerca del mediodía, no resonaba ya por las calles sino el paso regular de los soldados que volvian á sus cuarteles. Con todo no por haber huido el pueblo estaba vencido, cada dia algun inesperado acontecimiento redoblaba su cólera y le infundia aliento: habiendo los miembros presbiterianos, y el alderman de la capital, sido llamados por los diputados á comparecer ante la cámara alta, se negaron obstinadamente á reconocer su jurisdiccion, y no quisieron arrodillarse, ni quitarse el sombrero, ni escuchar la lectura de sus cargos: cada vez que habian comparecido en Westminster, la multitud, cuando salian, los recibia con aclamaciones. Se prohibieron las juntas; se dió á los comisionados administrativos de cada condado el derecho de arrestar y encarcelar á todo malévolo, aunque solo fuese por sospechas; la fermentacion á pesar de eso crecia con mas rapidez que la tirania.

En Norwich, Bury-Saint-Edmunds, Thetford, Stowmarket y en muchos otros lugares, por el menor motivo se tocaba llamada, los habitantes se armaban, y no siempre se libraban las tropas con solo dar amenazadores paseos. No tardaron en manifestarse otras causas mas terribles que las asonadas de los paisanos. Al mediodía del país de Galles, en el condado de Pembroke, los coroneles Poyer y Powel, y el mayor general Langhorn, distinguidos oficiales que habian hecho su fortuna en el ejér-



cito del parlamento, se separaron de él, enarbolaron el estandarte real, y sostenidos con la insurreccion de los caballeros del alrededor, vieron toda la provincia en pocos dias declarada á su favor. Casi al mismo tiempo se habia reunido el parlamento de Escocia; Hamilton y los realistas, bajo el nombre y apariencias de moderados presbiterianos, habian prevalecido en las elecciones; en vano Argyle y la mas ardorosa porcion del clero se esforzaban en acechar sus pasos; en vano comisionados de Inglaterra repartian en Edimburgo dinero y amenazas: circunspecto, humilde en su lenguaje con los fanáticos, pero decidido en su interior á favor del rey, el parlamento votó inmediatamente que se formase una comision revestida del poder ejecutivo, y el levantamiento de un ejército de 40,000 hombres, encargado de defender contra los republicanos y sectarios al pacto y á la dignidad real.

Los realistas del Norte de Inglaterra solo esperaban esta señal para decidirse; habia mas de un mes que sus principales jefes, Langdale Glenham, Musgrave, tanto en público como en secreto, concertaban con Hamilton su plan de insurreccion. En Irlanda, lord Inchiquin, gobernador de la provincia de Munster, y hasta entonces el mas firme apoyo del parlamento contra los insurgentes, siguió tambien por esta vez las banderas del rey. Finalmente, al saberse en Lóndres estas noticias, en las cámaras y la municipalidad, levantaron los presbiterianos la cabeza y para encubrir sus esperanzas, hablaban mucho de sus temores. Un tal John Everard vino á asegurar bajo juramento al consejo municipal que la noche anterior estando él en su cama en la posada de la Jarretiere en Windsor habia oido en el aposento vecino al suyo á muchos oficiales, entre ellos al cuartel-maestre general Grosvenor y al coronel Ewers, prometerse mútuamente que asi que los escoceses pondrian un pie en el reino, el ejército entraria en Lóndres, desarmaria á todos los ciudadanos, exigiria un millon de libras esterlinas, so pena de saqueo, y obligaria además á todos los hombres de buenos sentimientos á alistarse en sus regimientos. Segun decia Everard, sabia ya Ireton estos designios.

Inmediatamente se dirigió y envió una peticion á las cámaras; el consejo municipal pedia que la capital fuese repuesta en posesion de algunas atribuciones que le habian sido quitadas á consecuencia de la última sedicion; que el ejército alejase su cuartel general y que todas las fuerzas de Lóndres y los arrabales fuesen puestas al mando de Skippon. Estas demandas fueron otorgadas al instante; y al otro dia, 28 abril, despues de una discusion de la que no tenemos ningun fragmento, la cá-

mara decretó : 1.° Que no alterarian nada de la ley fundamental del reino por lo tocante á un rey, lores, y diputados del pueblo. 2.° Que las proposiciones ofrecidas al rey en Hamptoncourt serian la base de las medidas que era menester adoptar para restablecer la tranquilidad pública. 3.° Que á pesar de la votacion del 3 de enero precedente, que prohibia toda direccion al rey, todo miembro seria libre de proponer lo que le pareceria exigir la tranquilidad del país.

Tres semanas antes Cromwell habia previsto y procurado atajar aquel desastre : en nombre de los jefes del ejército y del partido, habia hecho ofrecer al consejo municipal volver á esta corporacion el mando de su milicia, de la torre, y poner en libertad á los aldermanes presos, mientras ella se obligase á no hacer nada en favor de los escoceses en su próxima invasion; pero fueron rehusadas sus ofertas. Obligado á renunciar á toda especie de conciliacion, cuando vió tomar ánimo á los presbiterianos en la municipalidad, y adquirir crédito en el parlamento, le vinieron deseos de arriesgar un golpe decisivo.

Dirigióse al cuartel general, hizo convocar un consejo de oficiales, y haciendo correr la voz de que el ejército marchaba sobre Lóndres, espulsó á todos sus adversarios de la cámara; y finalmente en nombre de la pública salvacion y de los hombres de bien tomó posesion del poder. Por un momento fue adoptada esta proposicion : con todo, un ataque descubierto contra los derechos del parlamento, tanto tiempo ídolo y dueño del país, admiró á los mas atrevidos, y los llenó de temor. Fairfax que empezaba á inquietarse vivamente desechó las instancias del teniente general, que queria dar órdenes inmediatamente; el proyecto fue abandonado. Tras de este doble descontento, sospechoso á unos por sus tentativas de conveniencia, á otros por la violacion de sus deseos, incapaz Cromwell de suportar la inaccion y la duda, resolvió dejar inmediatamente á Lóndres, combatir á los insurgentes del Oeste, y recobrar con la guerra el ascendiente que se le iba escapando.

Poco le costó obtener de las cámaras esta mision; mientras hacian sus preparativos las tropas que le debian acompañar, se quejaba un dia con Ludlow de su situacion, esplicando lo que habia hecho por la causa comun, los peligros y odios que habia despreciado, tachando de ingratos á los de su partido. Ludlow acogió sus quejas, le manifestó á su vez cuantos motivos y pretestos habia dado para desconfiar de él; le precisó á poner coto á sus intrigas y miras ambiciosas, y bajo esta condicion le prometió el sincero apoyo de los republicanos : Ludlow quedó encantado

de la dócil atencion con que habia oido sus consejos. Pocos dias despues al frente de cinco regimientos se puso en marcha Cromwell hácia el país de Galles; y casi á las puertas de Lóndres tuvo una entrevista con los ministros presbiterianos, de la que se retiraron satisfechos.

Apenas hubo marchado, cuando la guerra que iba á buscar estalló por todas partes alrededor del parlamento: los caballeros se habian propuesto no intentar nada, antes de entrar en el reino los escoceses, pero cada dia, en cualquier lugar, los deseos del pueblo, una favorable ocasion, una inesperada circunstancia, necesaria al parecer, precipitaba la insurreccion. Los habitantes del condado de Essex pidieron abrir una negociacion con el rey y con el ejército licenciado, despues de haberles pagado el prest. A su ejemplo, siete ú ochocientos hombres propietarios y arrendadores, del condado de Surrey, se dirigieron á Lóndres, llevando igual peticion; pero su estilo era mas altanero: querian que el rey fuese conducido á Whitehall, subiendo de nuevo al trono con la esplendidez de sus pasados; llegados á Westminster, al atravesar los corredores y salas, algunos de ellos dirigiéndose á los soldados: «¿Podeis permanecer, les dijeron, guardando esta manada de villanos?» Los soldados respondieron con calor á estos agravios; la disputa se fue haciendo mas grave; la guardia fue desarmada y un soldado herido. Sobrevino un refuerzo de tropas, y atacados á su vez los peticionarios, perseguidos de corredor en corredor, de sala en sala, de calle en calle, solo huyeron despues de obstinada resistencia y dejando á las puertas del parlamento cinco ó seis muertos.

Con estas noticias los realistas del condado de Kent, que preparaban tambien una peticion, se organizaron en diferentes cuerpos de á pie y á caballo, eligieron oficiales en lugares distintos, tomaron por general á lord Goring, conde de Norwich, ocuparon Sandwich, Douvres, y otros muchos fuertes, y reunidos en Rochester en número de mas de 7,000, se prometieron ir juntos y armados á presentar su peticion al parlamento. Desde que bajo este pretesto se enarboló el estandarte de la rebelion, otros tambien lo enarbolaron sin tomarse el trabajo de manifestar su parecer ni deseos. Sir Cárlos Lucas en el condado de Essex, lord Capel en el de Hertford, sir Gilbert Biron en los alrededores de Nottingham, reclutaban abiertamente para el ejército del rey. Se supo que en el Norte para abrir paso á los escoceses al reino, Langdale y Musgrave, sorprendieron y se apoderaron el uno de Berwick, y el otro de Carlisle.

Alguna fermentacion apareció tambien en la armada estacionada en

las Dunas; Rainsborough, vice-almirante, partió inmediatamente para contener á los marineros, pero estos no quisieron reconocer su autoridad, embarcaron á todos los oficiales en una chalupa, los dejaron en tierra, y se declararon por el rey sin ningun jefe de mayor categoría que contramaestre: hicieron vela para Holanda, donde el duque de York, que habia logrado fugarse de Saint-James, y muy luego el príncipe de Galles, tomaron el mando. En Lóndres mismo tenian lugar muchas conspiraciones, circulaban proclamas realistas, grupos armados traspasaban la ciudad para reunirse á algun cuerpo de insurgentes; la casa del conde de Holland, la del jóven duque de Buckingham, estaban á todas horas llenas de descontentos que iban á saber el dia, hora y punto en que debian estallar las sediciones. Por todas partes la insurreccion, en fin, hervia como indomable incendio, se propagaba, abrumaba mas y mas á Westminster; y todos los esfuerzos del comisionado de Derby-House, donde dominaban los independientes, toda la habilidad de Vane y Saint-John en provocar denuncias y descubrir tramas, no impedian que el grito de *Dios y el rey Cárlos* resonase sin cesar en los mismos oidos del parlamento.

Los mismos presbiterianos se asustaron: los escoceses, su mas firme apoyo, no acababan de llegar; veian cercano el momento de caer en poder de los realistas, unos dominadores del movimiento, y que despreciaban sus instituciones y dogmas como cualquier otro; maldecian indistintamente las cámaras; pedian las leyes y la monarquía de la vieja Inglaterra; despreciaban con insulto los austeros rigores del nuevo culto, se entregaban á juegos prohibidos; celebraban fiestas suprimidas, y volvian á levantar los caidos árboles de mayo. Se recibió por Hammond la noticia de que no pudo el rey escaparse, y los mas moderados temblaban al pensar, que podia presentarse á las puertas de Lóndres, á la cabeza de muchos millares de insurgentes: odios de partido, deseos de paz, temores de lo venidero, todo cedió á tan inminente peligro. Para quitar á la rebelion su mas especioso pretesto se votó que empezarian nuevos tratados, y la municipalidad obtuvo el entero desquite de su alderman. Skippon tomó el mando de la milicia, el coronel West el de la torre, del que le habia separado Fairfax; un bando contra la heregía y la blasfemia, que en ciertos casos llegaba hasta conminar con la pena de muerte, fue la señal de haber vuelto los presbiterianos al poder.

Al propio tiempo fue rehúsada toda concesion hácia los realistas; se desterró de nuevo de Lóndres bajo las mas severas penas á los papistas

y mal hechores; los bienes de los delincuentes fueron destinados al pago de las deudas contraidas con los amigos de la buena causa; se activó la venta de los bienes de la iglesia; partieron refuerzos para la guarnicion de Carisbrooke; el consejo municipal, despues de haber recibido comunicaciones que para él fueron «como un rayo de luz que hiere al través de las nubes», protestó solemnemente que estaba resuelto á vivir y morir con el parlamento. Finalmente Fairfax tuvo órden de dirigirse inmediatamente contra las hordas que infestaban los alrededores de Lóndres; Lamberto de dirigirse á los condados del Norte para contener por lo menos la insurreccion que habian hecho estallar Langdale y Musgrave, esperando á los escoceses; y por una inaudita violencia, sin duda para probar la sinceridad de sus rigores, los diputados votaron que no pudiéndose escusar los rebeldes con la presencia del rey, no les seria dado cuartel.

Tres dias despues de su salida de Windsor, Fairfax alcanzó y batió en Maidstone, el principal cuerpo de los insurgentes; en vano se esforzaron en evitar el encuentro, obligados á llegar á las manos, sostuvieron en las calles de la ciudad un largo y sangriento combate. Siempre poseidos del mas ardiente fanatismo, aguerridos ya, aborreciendo á los realistas y despreciando á unos soldados visoños, los de Fairfax arrostraban encolerizados una guerra cuyo peligro les parecia una afrenta. Recorrieron á marchas forzadas el condado de Kent, dispersando cada dia alguna partida ú ocupando alguna plaza, fieros para con el país, pero exactos en la disciplina y no dando á los realistas tregua ni descanso. Goring llegó á pesar de eso á reunir 3 ó 4,000 hombres, y apareció á su frente en Blackheath, casi á las puertas de Lóndres, con la esperanza que estallaria una revolucion al acercarse él, ó que á lo menos recibiria bajo mano algunos refuerzos. Escribió al mismo tiempo al consejo municipal, pidiendo permiso de traspasar la ciudad para reunirse con los suyos en el condado de Essex. El consejo, en vez de responderle, envió su carta sin abrirla á la cámara baja, dispuesto, segun decia, á arreglar su conducta con la voluntad de aquella.

A esta noticia el desórden y el desaliento se apoderó de los realistas, desertaron á bandadas, y Goring tuvo bastante que hacer para reunir 7 ú 800 hombres y pasar por el Támesis en Greenwich, marchando con ellos hácia el condado de Essex. Allí encontró todavía fuerte y animada la insurreccion al cargo de sir Cárlos Lucas. Lord Capel se les reunió con algunos caballeros del condado de Hertford; se dirigieron juntos á Colchester, un poco alentados, proyectando descansar tres ó cuatro dias y

recorrer en seguida los condados de Suffolk y Norffolk levantando á los realistas á su paso, y volver á Lóndres por el condado de Cambridge, á la cabeza de numeroso ejército. Pero apenas habian entrado en la ciudad, cuando apareció Fairfax bajo sus muros, y la puso en grande aprieto. Quince dias de campaña habian sido suficientes para acorralar en una ciudad casi indefensa los restos de una insurreccion que circuia á Lóndres por todas partes. Probó de reanimarse en algunos puntos de los condados de Rutland, Northampton, Lincoln y Sussex. En el mismo centro de la capital, á la vista del parlamento, los lores Holland, Peterborough y Buckingham tomaron las armas, y seguidos de cerca de 1,000 caballeros salieron de la ciudad, proclamando que no tenian ningun deseo de sacrificar al rey las libertades públicas, y que solo querian restituirle sus legales derechos.

Como permaneciesen aun alrededor de Lóndres, sir Michel Livesey, destacado contra ellos del cuartel general, los atacó bruscamente, hirió muchos oficiales, entre ellos al jóven sir Francisco Villiers, hermano del duque de Buckingham, y reforzado al otro dia con el regimiento del coronel Scroop, los persiguió sin descanso hasta el condado de Huntington, donde cansados de huir se dispersaron por todas partes, dejando á lord Holland herido en poder de los enemigos. En el Este y en el Sur tampoco tuvieron mejor éxito las tentativas. Se recibieron cartas de Cromwell, que prometia apoderarse dentro de quince dias del castillo de Pembroke, baluarte de los insurgentes del Oeste. En el Norte, Lamberto, si bien que con inferiores fuerzas, sostenia con valor contra los realistas de Langdale el honor y autoridad del parlamento. Colchester finalmente, á pesar de la indomable resistencia de los sitiados, que no temian ningun peligro ni asalto, apretado por el hambre, no se pudo sostener mucho tiempo contra Fairfax dejándole libre de todo otro cuidado.

Recobrados de su primera turbacion, seguros de no caer ya en manos de los realistas, los presbiterianos comenzaron á inquietarse por los republicanos, por el ejército y la paz. Las peticiones con que esta se solicitaba siempre numerosas aunque menos altaneras, tuvieron mejor acogida. Quedó revocada la proscripcion de los once miembros, y se les brindó á ocupar de nuevo sus asientos. Se habló de presentar nuevas proposiciones al rey, menos duras que las antecedentes; se mostraron dispuestos á entrar en negociaciones con él, si de antemano consentia: 1.° En revocar todas sus proclamas contra las cámaras. 2.° En abandonar por diez años las fuerzas de mar y tierra. 3.° En establecer por tres años en la

iglesia el régimen presbiteriano. Una comision especial fue encargada de examinar lo que era preciso hacer para este fin, y en que tiempo, que lugar, y en que forma convendria tratar. No faltó quien preguntara si incontinenti deberia dirigirse el rey á Windsor; y á propuesta de la municipalidad, los lores votaron que las conferencias se debian abrir en Lóndres. El 30 de junio finalmente, la votacion que habia prohibido todo trato con el rey fue oficialmente revocada, y tres dias despues una razonada mocion se presentó á la cámara baja á fin de que se le ofreciese sin dilacion un nuevo tratado.

Los independientes habian de tal suerte recobrado su confianza, que orgullosos por los triunfos de sus soldados, desecharon violentamente la mocion. «En ningun tiempo, en ningun lugar, dijo Scott, no conviene tratar con un príncipe tan pérfido y tan vengativo; siempre será ó demasiado pronto, ó demasiado tarde. Todos los que han sacado la espada contra el rey deben quemar la vaina; toda paz con él seria ruinosa para la gente de bien.» Los presbiterianos no tomaron la defensa del rey, pero se levantaron contra aquella pretendida gente de bien, á quien en efecto debia arruinar la paz, puesto que la guerra hacia su fortuna. «El pueblo, dijeron ellos, á quien la guerra ha arruinado, no quiere servir mas de pasto á ese fuego en el que solo se alimentan estas salamandras; no quiere alimentar con la médula de sus huesos y con su sangre esa monstruosa sanguijuela que se llama ejército, y que solo podia tolerarse cuando estaba dispuesta á servirle.» Se preguntó en qué lugar se abririan las negociaciones: los presbiterianos querian que se verificara en Lóndres, ó algun castillo inmediato: los independientes en la isla de Wight, donde Cárlos estaba en su poder. «Si tratais en medio de Lóndres, decia Scott, ¿quién os garantiza que la poblacion no haga ella misma la paz con este sañudo rey, entregando vuestras cabezas en sacrificio, como los Samaritanos entregaron los setenta hijos de Achab? Si el rey se establece en algun castillo inmediato ¿qué seguridad os puede dar su palabra de permanecer en él todo el tiempo de las negociaciones? El rey ha sido veinte veces perjuro; no debeis confiar en él.»

Muchos se levantaron, entre otros Vane, en apoyo de esta asercion. «Yo soy, dijo, despues Simon de Ewes, de muy contrario parecer; creo no solamente que la cámara debe confiar en el rey, sino que hasta debe hacerlo. Por si acaso el señor presidente ignora cual sea el verdadero estado de vuestra situacion, se me permitirá que la describa en breves palabras: vuestros recursos pecuniarios tocan á su término; el oro ha

desaparecido por completo ; vuestra marina está insurreccionada, vuestra autoridad ha caido en desprecio ; vuestros amigos los escoceses están á punto de revolverse furiosamente contra vosotros y por último ya no podeis contar con las simpatías de la capital, ni del reino ; os doy tiempo



MIDDLETON.

para pensar si estais seguros, y si debeis probarlo todo para salir con honor.» Los independientes volvieron á gritar ; pero muchos miembros, agenos de pasiones personales y acostumbrados á dirigirse segun el tiempo y las circunstancias hácia uno ú otro lado, aprobaron en silencio las palabras de Simon ; se votó que era necesario tratar : solamente la

cámara persistió, contra la voluntad de los lores en exigir del rey la adopcion de los tres bills, y nada se convino acerca del lugar en que se abririan las negociaciones.

Se discutia con el consejo municipal como se podrian verificar en Lóndres, sin peligrar el rey ni el parlamento, cuando llegó la noticia de que los escoceses acababan de entrar en el reino (8 julio) y que Lamberto iba retirándose de ellos. A pesar de las amenazas de Argyle y de las fogosas peroratas de una parte del clero, Hamilton llegó por fin á poner en marcha un ejército. Lejos se hallaba de corresponder á las primeras proposiciones del parlamento; pues en vez de 40,000 hombres, apenas contaba 14,000; la córte de Francia habia prometido municiones y armas y nada se habia recibido; el príncipe de Galles debia pasar á Escocia para tomar el mando, y se quedó en Holanda; los caballeros Langdale y Musgrave no se habian reunido á sus aliados, porque rehusaron jurar el pacto, y Hamilton no habria podido sin perderse con su propio partido mezclar sus soldados con semejantes infieles; formaban pues un cuerpo separado, que parecia obrar solo por su cuenta, y que siempre se mantenia alejado de los escoceses. Finalmente los preparativos de Hamilton, contrariados por tantos obstáculos, no estaban terminados, ni estaban completos sus regimientos, ni en buen estado su artillería, cuando la prematura esplosion de la insurreccion realista en Inglaterra vino á obligarle á apresurar su marcha: salió de Escocia mal provisto, inquieto, perseguido por las invectivas de una infinidad de fanáticos que profetizaban la ruina de un ejército, empleado, decian ellos, en poner en posesion de sus derechos al rey antes que á Cristo.

No menos conmovió á la Inglaterra la noticia de la invasion: nada parecia poderse oponer: Fairfax estaba aun detenido delante Colchester y Cromwell en Pembroke; de manera que apenas comprimida la insurreccion podia estallar de nuevo. Sumamente embarazados estaban los presbiterianos; el mismo pueblo, aunque bien dispuesto para con ellos, habia recobrado su antigua aversion á los escoceses, hablaba de ellos con insulto, se acordaba de que habian de antemano vendido el rey que querian ahora librar y por lo tanto queria que antes de todo se arrojase del reino á aquellos ambiciosos y falsos contrarios. La cámara baja los declaró enemigos públicos, y traidor al que los habia llamado; noventa diputados se opusieron á semejante determinacion pero sin calor ni ánimo: se llevó á la cámara alta. Los lores votaron que era necesario apresurar las negociaciones con el rey, y esta vez obtuvieron los presbiteria-

nos de la cámara baja que no insistiria en los tres bills que habia querido presentar como preliminar de todo tratado. Sin inquietarse por estas vicisitudes de la fortuna mudable entre los partidos, la junta de Derby-house, siempre en poder de los independientes, enviaba á Lamberto dinero y refuerzos, mandaba á Cromwell que dirigiese al Norte todas las tropas de que podia disponer, y se pusiera al frente asi que pudiera hacerlo; los mismos jefes republicanos humillaban su desconfianza ante su talento, le escribian bajo mano que nada temiese, que obrase con vigor, y contase con ellos, cualquiera que fuese su opinion.

Cromwell no habia esperado para obrar ni órdenes, ni promesas: un mes hacia que, informado quizá por Argyle del estado y movimientos del ejército escocés, habia mandado á Lamberto irse retirando asi que apareciesen, evitando toda accion, pues pronto estaria él allí para sostenerle. El castillo de Pembroke capituló efectivamente tres dias despues de la invasion; y al otro dia partió Cromwell á la cabeza de 5 ó 6,000 hombres, mal calzados, mal vestidos, pero orgullosos por sus triunfos, irritados por los peligros, confiados en su jefe, desdeñando á sus enemigos, deseosos de pelear y seguros de la victoria: «Enviadme zapatos para mis pobres fatigados soldados, escribia á la junta de Derby-house; pues han de hacer una larga marcha.»

Pasó en efecto al instante del Oeste al Este, y desde luego del Sur al Norte; cruzando con inaudita rapidez toda la Inglaterra, sembrando protestas por todo el camino, aplicándose únicamente á disipar dudas y sospechas y ganarse el corazon de los mas fanáticos, y la simpatía de los soldados. A los trece dias de marcha, su caballería, que habia enviado adelante se habia ya reunido á la de Lamberto, y por último ambos cuerpos de ejército se incorporaron el 7 de agosto, en Knaresborough, en el condado de York, componiendo una totalidad de 9 á 10,000 hombres. Ya se habian adelantado los escoceses por el camino del Oeste, atravesando los condados de Cumberland, Westmoreland y Lancaster; pero vacilando, haciendo largas paradas, diseminados en una línea de siete ú ocho leguas, turbados por disensiones religiosas, políticas y militares, y en completa ignorancia de los deseos y movimientos enemigos. De repente Langdale, que marchaba con los insurgentes ingleses en la izquierda de la vanguardia, hizo decir á Hamilton que Cromwell se acercaba y que sabia de cierto que su intencion era empeñar el combate: «Imposible, respondió el duque, no tiene tiempo de haber llegado; si Cromwell está tan cerca será con muy poca fuerza, no hay temor de que nos ataque.»

Llevó su cuartel general á Preston. No tardó en recibir nuevas confidencias: la caballería de Langdale habia tenido ya un encuentro con la de Cromwell; Langdale prometia mantenerse firme, su posicion era buena, su gente estaba muy animada: solo le faltaba algun refuerzo, mil hombres á lo menos, y prometia dar á todo el ejército tiempo de reunirse para derrotar al enemigo. Hamilton prometió el refuerzo: Langdale se batió cuatro horas; segun el mismo decia, jamás Cromwell habia sufrido tan obstinada resistencia. Pero no llegó ningun socorro: fue preciso ceder; dejando huir en libertad á los ingleses vencidos, Cromwell marchó en derechura á los escoceses que pasaban apresuradamente el río Ribble, para poner entre ellos aquel obstáculo: ya la mayor parte de los regimientos estaban en la ribera izquierda; dos brigadas de infantería y el mismo Hamilton con algunos escuadrones quedaron en la derecha para cubrir la retirada; Cromwell los arrolló al momento, pasó el río con ellos, y dando apenas á sus tropas un momento de descanso, emprendió al otro dia al amanecer la persecucion de aquel ejército, que siempre marchando hácia el Sur, continuaba retirándose de su movimiento de invasion. Le alcanzó el mismo dia en Wigan y dispersó completamente la retaguardia.

El orgullo por las dos victorias, la esperanza de un triunfo decisivo, la misma impaciencia del cansancio, redoblaban á cada hora el ardor de sus soldados; la persecucion empezó al otro dia mas activa y mas ardorosa aun que el anterior. Irritados á su vez de verse de aquella suerte perseguidos por un enemigo inferior, y hallando cerca Warrington un ventajoso desfiladero, dieron frente los escoceses y allí se trabó una tercera batalla, mas reñida y mortífera que las dos precedentes, pero con el mismo éxito. Los ingleses ocuparon el desfiladero, y despues, en Warrington mismo se apoderaron de un puente sobre el Mersey que querian los escoceses cortar para poder respirar un momento. Tumultuoso desaliento se introdujo en el ejército escocés: un consejo de guerra reconoció que sin municiones la infantería no podia resistir, y se rindió toda. Hamilton al frente de la caballería, procuró llegar al país de Galles para reanimar la insurreccion realista; pero luego cambiando repentinamente de plan, se dirigió hácia el Norte con la esperanza de poder entrar de nuevo en Escocia.

Por do quier donde pasaba se levantaban contra él los paisanos, y los magistrados le pedian que capitulase; en Utoxeter, condado de Strafford, al rumor de que meditaba escapar con algunos oficiales, su misma

caballería se amotinó, ya Lamberto y lord Grey de Grooby, destacados en su persecucion, estaban cerca de alcanzarle : demasiado débil su corazon para sufrir tal revés de fortuna, dejó á sus soldados huir por donde quisieron y él mismo aceptó las condiciones que quiso Lamberto ofrecerle ; fue enviado prisionero al castillo de Nottingham ; y con quince dias de campaña, no viendo Cromwell en toda la Inglaterra ni restos siquiera del ejército escocés, se puso en marcha para la Escocia, para invadirla á su vez, y quitar de este modo á los presbiterianos todo medio de obrar y de salvacion.

Con todo, cuanto mayor es el peligro, los partidos lejos de abatirse, se exaltan y obran con mayor energía. Antes que estas grandes novedades llegasen á Westminster, desde que vieron á Cromwell en movimiento contra los escoceses, los presbiterianos comprendieron que del resultado próspero ó adverso de esta campaña dependia su ruina ó su salvacion : dirigieron por lo tanto hácia uno y otro fin sus mayores esfuerzos. Hollis que á pesar del llamamiento de los once miembros, seguia viviendo en Francia, por la parte de Normandía, vino á ocupar otra vez su asiento en la cámara. Huntington, simple mayor en el regimiento de Cromwell, denunció públicamente en una memoria dirigida á la cámara alta las intrigas del teniente general, sus promesas al rey, sus perfidias, la audacia de su ambicion, el desprecio con que miraba á las cámaras, leyes, deberes y derechos comunes de los hombres, y sus perniciosos principios y amenazadores designios, que unas veces se descubrian al traves de su hipocresía, y otras se manifestaban abiertamente en sus conversaciones familiares.

Los lores mandaron leer aquella memoria, y Huntington lo afirmó con juramento. Se propuso presentarla tambien á la otra cámara, pero tal terror infundia el nombre de Cromwell que nadie quiso presentarla. La envió envuelta y cerrada al presidente, pero este no dió cuenta á la cámara ; probó de remitirla al ugier, y rehusó recibirla. Los lores en vista de esto la trasmitieron oficialmente ; lord Wharton el mas íntimo confidente de Cromwell, siguió á los enviados, hizo advertir al presidente del motivo de su mensaje, y no fueron introducidos. Los independientes gritaban con indignacion : era, decian ellos, una criminal felonía atacar de esta manera á un ausente que quizás en aquella hora estaba librando á su país de invasion estranjera ; muchos presbiterianos se acallaron con este argumento. Era preciso pues renunciar á la esperanza de arruinar de este modo al teniente general, y Huntington tuvo que contentarse con mandar imprimir sus asertos.

Los pasos dirigidos á obtener la paz tuvieron mejor éxito; en vano los jefes independientes, sobre todo Vane y Saint-John, se valian de todos sus artificios para diferir los debates; en vano otros mas groseros, Scott, Venn, Harvey y Weaner, se entregaban en contra de sus adversarios á los mas fogosos actos; sus mismas violencias, los progresos de la anarquía, la arrogancia de los soldados, el imperioso tono de las proclamas y las peticiones aunque pacíficas, demostraban á la cámara su propia decadencia: todo hacia desear la paz escepto entre los que estaban del todo entregados al encono de las facciones. «Señor presidente, dijo un dia Rudyard, á fuerza de estar sentados aquí, hemos llegado á una hermosa situacion; el reino entero se ha constituido en parlamento; el ejército nos ha enseñado por mucho tiempo lo que debiamos hacer, y todavía pretende seguir enseñándonos; la capital, la provincia, los oficiales reformados, nos vienen á revelar cada dia la conducta que deberiamos seguir: ¿y por qué? Porque nosotros mismos no lo sabemos.» La mayor parte de los diputados se adhirieron á la opinion de que solo la paz los podia librar de tan vergonzoso estado. Resolvióse en fin la cámara, se votó que se abririan inmediatamente nuevas negociaciones con el rey; se aprobó para hacer callar á los independientes que tendria lugar en la misma isla de Wight, y se nombraron tres comisionados para proponérselo formalmente al rey, preguntándole en que lugar de la isla queria permanecer durante el tratado, y que consejeros deseaba tener á su lado.

Los independientes no se engañaron; esto era un irrevocable desastre. Sintiendo cercana la crisis, y mas asustados por el triunfo que por sus amenazas, la mayoría se pasaba decididamente á sus enemigos. Ludlow se dirigió inmediatamente al cuartel general siempre situado delante de Colchester: «Se trata, dijo á Fairfax, de hacer traicion á la causa por la que tanta sangre se ha derramado; se quiere hacer la paz á todo precio; el rey en su estado de prisionero no se juzgará obligado por lo que prometa; los mismos que mas acceden á la proposicion serán los que menos se cuidarán de su cumplimiento; emplear su nombre y autoridad en destruir el ejército, este es solo su objeto: el ejército ha conquistado el poder, es preciso que se sirva de él para impedir su propia ruina y la del reino.» Fairfax convino en que decia verdad, protestó que en caso de necesidad estaria pronto á desplegar por la salvacion de la causa pública la fuerza que tenia á mano: «Pero es preciso, dijo, que á mí se me invite positiva y claramente; y en cuanto al presente yo no me puedo dispensar de activar sin descanso este desgraciado sitio que dura

todavia á pesar de nuestros esfuerzos.» Ludlow fué al encuentro de Ireton, á quien Cromwell al marchar habia tenido cuidado de dejar cerca del general y del que se prometia mas ardor : «El instante no ha llegado aun, le dijo Ireton, es preciso dejar pasar adelante el negocio, y que se haga evidente el peligro.»

En falta del ejército los republicanos hicieron llegar á Westminster amenazadoras peticiones, una entre otras redactada por Henry Martyn, que proclamando todos los principios del partido, instigaba á la cámara baja á instituirse en poder soberano, y corresponder en fin á las esperanzas del pueblo dándole todas las reformas que se le habian prometido cuando tomó las armas por el parlamento. La cámara nada respondió : dos dias despues llegó una segunda peticion, quejándose amargamente de aquel desden : esta vez los peticionarios reunidos, esperaban á la puerta gritando con cólera : «¿Para qué queremos rey y lores? Todo esto no es mas que invenciones humanas; Dios nos ha hecho á todos iguales; millares de valientes derramarán su sangre por estos principios ; somos ya 40,000 que hemos firmado esta peticion, pero 5,000 caballos valdrian mucho mas.» Al mismo tiempo algunos miembros, Scott, Blackiston, Weaver, salieron de la sala, y se mezclaron familiarmente con la multitud animándola en su griteria. La cámara persistió en su silencio; cuanto mas firme se mostraba ella, con mas pasion se precipitaba el partido hácia sus últimos deseos, y cinco dias despues de este suceso Henry Martyn partió inmediatamente para Escocia, donde acababa de entrar Cromwell.

Al mismo tiempo marcharon para la isla de Vight quince comisionados cinco lores y diez miembros de la cámara baja, todos, escepto Vane y quizá lord Say, amigos de la paz. Jamás ninguna negociacion habia citado tanto interés; debia durar cuarenta dias; el rey la debia aceptar dando su palabra de que durante este tiempo y veinte dias despues no haria ninguna tentativa para escaparse. Veinte de sus mas antiguos servidores, grandes señores, teólogos y jurisconsultos, habian sido admitidos para ayudarle con sus consejos; habia tambien pedido y obtuvo que una parte de su familia y servicio, pajes, secretarios, chambelanes, escuderos y criados de á pié y á caballo, se le reuniesen en esta ocasion. De esta suerte á la llegada de los comisionados á la pequeña ciudad de Newport, fue tal el número de los forasteros, que trascurrieron tres dias, antes que todos encontrasen habitacion. Mientras esperaban, los comisionados pasaban cada mañana á la morada del rey mostrándose respetuosos, al par

que reservados y sin atreverse ninguno á sostener una conversacion particular. La mayor parte se desquitaban hablando con sus consejeros haciéndole de este modo saber sus deseos, exhortándole sobre todo á aceptar prontamente y sin debate las proposiciones del parlamento; porque, decian ellos, todo se ha perdido si la negociacion no está concluida y el rey de vuelta en Lóndres, antes que el ejército y Cromwell tengan tiempo de volver.

Cárlos creia sinceros al parecer sus consejos y se demostraba inclinado á decidirse; pero en el fondo de su corazon alimentaba muy diferente esperanza : Ormond, seis meses hacia refugiado en París, estaba preparado para volver á parecer en Irlanda, provisto de dinero y municiones, que la córte de Francia le habia prometido; debia á su llegada y de concierto con lord Inchiquin, concluir la paz con los católicos, declarar al parlamento una guerra vigorosa, y el rey fugándose entonces encontraría un reino y un ejército: «Estas nuevas negociaciones; escribia él á sir William Hopkins, encargado de preparar su fuga, serán un objeto de risa como las otras; nada ha mudado con respecto á mis designios.

Las conferencias se abrieron oficialmente el 18 de setiembre, situado el rey bajo de un dosel al último de la sala; delante de él á poca distancia los comisionados de Westminster, sentados alrededor de una mesa; detrás de su sillon, sus consejeros, muy cerca y silenciosos; porque era el rey en persona con quien queria tratar el parlamento; todo intermedianero le parecia poco para su dignidad; y en su puntual sumision, los comisionados á duras penas permitieron la presencia de algunos testigos. Cárlos únicamente era quien sostenia la discusion; si lo necesitaba, solo podia ir al aposento vecino, é informarse con sus consejeros. Al ver de aquella suerte á su rey abandonado á sí mismo, una secreta compasion ocupó los corazones de los circunstantes. Los cabellos de Cárlos se habian ya encanecido, la tristeza habitual de sus facciones se unia á la altivez de sus miradas; su ademan, su voz, todo su ser demostraba un corazon altanero pero vencido, tan capaz de luchar contra su suerte, como de humillarse, manifestando una singular mezcla de grandeza sin energía, y de presuncion sin esperanza.

Las proposiciones del parlamento siempre las mismas, escepto algunas poco importantes modificaciones, fueron leidas y examinadas sucesivamente. Cárlos se prestó voluntariamente á su discusion; manifestándose sosegado respondiendo á todo, no enfadándose por ninguna resistencia, hábil en manejar todos los ardides de su causa, llegó á causar admiracion

con la firmeza de su ánimo, su dulzura, y su inteligencia en negocios y leyes del reino, á sus mas firmes contrarios: «El rey, dijo un dia el conde de Salisbury á sir Felipe Warwik, ha hecho maravillosos progresos. —No, milord, respondió Warwik; el rey ha sido siempre lo que es en el dia, pero vuestra señoría lo ha observado muy tarde.» Bulkley, uno de los comisionados de la cámara baja, le instaba á aceptarlo todo asegurándole que «una vez concluido el tratado no seria capaz el diablo de romperlo.—¿Caballero, le dijo Cárlos, á esto llamais un tratado? Tened presente, y perdonad que os la cite, aquella disputa de teatro en la que uno de los campeones al salir dice: Ha habido y no ha habido combate, porque se han dado tres golpes y yo los he recibido. Esto es precisamente lo que me sucede, porque admito la mayor parte de las proposiciones; son muy pocas las que desecho, y sin embargo, vosotros nada me concedeis.»

Efectivamente se habia resignado á consentir sobre el mando del ejército de mar y tierra, y el nombramiento de los mayores empleos, sobre la Irlanda, la legitimidad de la resistencia que habia ocasionado la guerra civil, y las demandas del parlamento; pero en vez de ceder de un solo golpe disputaba palmo á palmo el terreno que no podia defender, ya haciendo á la cámara proposiciones diferentes, ya procurando eludir sus propias concesiones, obstinado en sostener su derecho al mismo tiempo que renunciaba á él: inagotable en sutilezas y reticencias daba cada dia á sus adversarios algun nuevo motivo de pensar que la sola necesidad era su única garantía. Obstinábase por otra parte, tanto por su conciencia como por su poder, en rehusar la abolicion de los obispos, y los rigores con que se queria tratar á sus principales partidarios. Finalmente, despues de haber prometido hacer cesar toda hostilidad en Irlanda, escribió por bajo mano á Ormond: «Obedeced en todo á mi mujer y en nada á mí, hasta que os haga saber que estoy libre de toda obligacion; no os inquieteis por mis concesiones sobre la Irlanda; no llegarán á efecto;» y el dia en que concedia por veinte años á las cámaras el mando de la fuerza armada, escribió á sir William Hopkins: «A decir la verdad, mi grande concesion de esta mañana solo ha sido hecha para facilitar mi evasion; sin esta esperanza jamás hubiera cedido; habria podido, despues de haberlo rehusado, volver á mi cautiverio sin mucha pena; pero confieso que al presente se me helaria el corazon; porque he hecho lo que solo mi evasion puede justificar.»

El parlamento, sospechaba sus perfidias sin acabar de comprenderlas

bien : á los mismos amigos de la paz, á los mas conmovidos por la suerte del rey y que deseaban salvarlo, les era difícil refutar las acusaciones de los independientes. Los devotos presbiterianos al mismo tiempo, si bien que moderados en sus opiniones políticas, eran invencibles en su odio para con el episcopado, y no querian admitir en cuanto al triunfo del pacto, ni medio término ni dilacion. Se habia además inculcado en los ánimos, que despues de tantos males atraidos al país por la guerra, era preciso que en el partido vencido, siguiendo la legal responsabilidad y para satisfacer á la justicia divina manifestada en los santos libros por admirables ejemplos, el crímen de los verdaderos culpados fuese espiado con su castigo. Se disputaba sobre el número : los entusiastas populares querian una multitud de escepciones en la amnistía que debia proclamar la paz; los presbiterianos solo pedian siete, pero con inaudita obstinacion, porque creian que renunciando aceptaban su propia condenacion. Mezquinas preocupaciones, odiosos sentimientos, se oponian de esta suerte en el mismo partido pacífico al éxito de los tratados. Cinco veces durante su curso, se votó que los ofrecimientos ó concesiones del rey eran insuficientes.

En estas incertidumbres el tiempo señalado para la duracion de las conferencias acababa de espirar; se prorogó tres veces; se decidió que los domingos y dias de fiesta no serian contados, pero sin ceder en nada ni dar á los negociadores nuevas instrucciones ni la menor libertad. El rey por su parte en nombre de su honor y su fé, declaraba que no concederia mas : «Soy, decia, como aquel capitan que por no recibir de sus jefes ningun socorro, tiene permiso de rendir la plaza.—Ellos no pueden, decia, socorrerme cuando yo lo pido, que me socorran pues cuando puedan; entre tanto yo sostendré mi plaza hasta que una de sus piedras me sirva de tumba.—Y haré lo mismo, reponia, por la iglesia de Inglaterra.» El negocio continuaba en el mismo estado, vano, y propio solamente á hacer estallar la ansiedad de los partidos, obstinados uno y otro en despreciar y rehusar la ley de la necesidad.

Todo no obstante se precipitaba en su alrededor, tomando de hora en hora un carácter mas amenazante. Despues de dos meses de la mas obstinada resistencia á favor del hambre y sedicion, rindióse al fin Colchester, y al otro dia un consejo de guerra condenó á muerte á tres de sus mas valientes defensores, sir Cárlos Lucas, sir George Lisle y sir Bernardo Gascoign, para ejemplo, segun dijeron, de los rebeldes que en lo sucesivo intentasen imitarles. En vano los demás prisioneros, lord Capel á su frente, pidieron á Fairfax que suspendiera la ejecucion, ó mandase matarlos á

todos, ya que eran tan culpados como sus compañeros. Escitado ó mas bien intimidado por Ireton, Fairfax nada respondió, y dió la órden de fusilar inmediatamente á los tres oficiales.

Sir Cárlos Lucas fue el primero en morir; al caer, Lisle corrió á él y le abrazó, y levantándose al instante: «Soldados, gritó, acercaos; estais demasiado lejos.—No temais, respondieron los soldados; no erraremos, no.—Compañeros, dijo Lisle sonriéndose, mas cerca he estado ya de vosotros y no me habeis acertado:» dicho esto cayó junto á su amigo. Gascoign se estaba desnudando para la ejecucion cuando llegó una órden del general mandando suspenderla. Rendida Colchester, no quedó en todo el Oeste ningun foco de insurreccion. Vencedor Cromwell en el Norte de Hamilton, entró sin obstáculo en Escocia; los paisanos de los condados del Oeste se levantaron en masa al primer grito de victoria; y cada parroquia, guiada por su ministro, marchó á Edimburgo para arrojar de allí á los realistas.

Habiendo salido Argyle al encuentro del general parlamentario, tuvo con él una larga conferencia en el castillo de lord Mordington á dos leguas de Berwick: dotados ambos de igual suspicacia no se hacian ilusion acerca del peligro: los realistas escoceses, poderosos á pesar de su derrota, estaban aun armados en muchos puntos y se mostraban decididos á no sufrir sin resistencia una reaccion sangrienta. Un tratado prontamente concluido les aseguró el descanso y sus bienes, bajo la condicion de licenciar sus tropas, de abjurar toda obligacion en favor del rey y de prestar de nuevo juramento á la santa alianza, que jamás debió cesar entre ambos reinos.

Vueltos á posesionarse del gobierno, Argyle y los suyos recibieron á Cromwell en Edimburgo con gran pompa: el comisionado de los estados, el cuerpo municipal, el clero y los fanáticos le fastidiaban cada dia con visitas, arengas, sermones y convites: pero él, estimulado por las noticias que le trajo Henry Martyn, y por haber dejado á Lamberto con solos dos regimientos para proteger el reino, emprendió á toda prisa el camino de Inglaterra.

Apenas hubo entrado en el condado de York y mientras que al parecer solo estaba ocupado en apaciguar la sedicion, se espidieron numerosas peticiones todas dirigidas en particular á la cámara baja, reclamando pronta justicia de los delincuentes, fuese la que quisiese su clase y calidad. Al propio tiempo los mismos votos vinieron de otros condados siempre presentados ó sostenidos por los amigos de Cromwell. Los presbite-

rianos lo rehusaron en nombre de la carta y de las leyes del reino: « Señor presidente, dijo Denis Bond, oscuro republicano, estos señores pretenden que la cámara no tiene derecho de juzgar á milord Norwich ni á ningun otro lord, porque es contra la gran carta, y no deben ser juzgados sino por los pares; pronto vendrá el dia, asi lo espero, en que prenderemos al mayor de estos lores, si lo merece, sin que nada tengan que ver estos pares; y encontraremos, como no lo dudo, honrados y firmes jueces, para juzgarlo á pesar de la gran carta.»

La cámara desechó las peticiones; pero otras le sucedieron de repente mas esplícitas y temibles, porque venian de los regimientos de Ireton, Ingoldsby, Fleetwood, Walley, Overton, y pedian formalmente á los diputados justicia del rey, devolviendo á Fairfax al consejo general del ejército; « solamente capaz, decian ellos, de detener el desastre que nos amenaza, ya sea con sus representaciones á las cámaras, ya por otro cualquier medio.» El consejo abrió en efecto sus sesiones y el 20 noviembre el presidente hizo saber á la cámara que unos oficiales estaban á la puerta, con el coronel Ewers á su frente, y que venian en nombre del general y el ejército para presentar una peticion. Consistia esta en una larga série de cargos parecida á la que siete años antes en igual día, los diputados habian dirigido al rey, para romper decididamente con él, á su ejemplo el ejército enumeraba en este todos los males, todos los temores de la Inglaterra, los imputaba á la molicie de las cámaras, á su olvido de los públicos intereses, y á sus negociaciones con el rey; les intimaba á que solemnemente le formaran causa; á que proclamaran la soberanía del pueblo, á que decretaran que en lo sucesivo el rey seria elegido por sus representantes, á que pusieran un término á su propia legislatura decretando al separarse la igual reparticion del derecho de sufragio, la regularidad de los futuros parlamentos, y todas las reformas deseadas de los hombres de bien; y por último amenazaba, aunque con palabras cubiertas, con que el ejército trataria de salvar él mismo la patria si permanecia por mas tiempo comprometida por la negligencia ó debilidad de hombres, que atendido todo, solo eran como los soldados unos meros delegados y servidores de sus conciudadanos.

A esta lectura se levantó de todas partes una discusion ó griteria tempestuosa: los independientes Scott, Holland, Wentwort pedian á voces que en el acto se diese gracias al ejército por sus francos y animosos consejos; los presbiterianos, algunos con indignacion, otros adulando á los oficiales, querian que la cámara manifestase su parecer: pero esta

para demostrar su descontento se abstuvo de responder. El espediente convenia á cobardes y valientes, y asi se decidió por una gran mayoría despues de dos debates. Pero el dia llegó en que las victorias no sirvieron sino para precipitar la catástrofe : tanto fuera como dentro de Westminster la efervescencia y confusion llegaba á lo sumo : ya se hablaba del cercano regreso de Cromwell, y el ejército anunciaba sus deseos de marchar hácia Lóndres.

Los realistas perdieron toda esperanza, solo deseaban ó deshacerse ó vengarse por cualquier modo de sus enemigos : muchos miembros republicanos fueron insultados y asaltados por las calles; muchos avisos llegaron á Fairfax, hasta de Francia, que dos caballeros habian resuelto asesinarle en Saint-Albans : en Duncaster, entre una pandilla de veinte hombres levantada y capitaneada por Rainsboroug, hubo tres que lo mataron á puñaladas cuando se les queria escapar : al mismo tiempo corrió la voz de que se formaba una conspiracion para asesinar al salir de Westminster á ochenta miembros de los mas influyentes. Finalmente en este desencadenamiento anárquico, se supo para mas conflicto que dentro de dos dias estaria Cromwell en el cuartel general; que en la isla de Wight el gobernador Hammond, sospechoso de demasiado miramiento hácia el rey y parlamento, recibió órden de Fairfax de dejar su destino, volver al ejército y entregar al coronel Ewers la custodia del rey; y que con esta novedad, sobrecogido Cárlos de temor, dió fin á las conferencias de Newport, y el mismo dia los comisionados portadores de sus ofrecimientos definitivos se pusieron en camino para dar cuenta al parlamento.

Llegaron en efecto al otro dia, conmovidos todos por el peligro en que habian dejado al rey, y de sus últimas palabras : «Milores, les habia dicho, venís á despediros de mí, y creo que no nos veremos mas; pero hágase la voluntad de Dios! yo le doy gracias; estoy en paz con él; sufriré sin temor cuanto disponga que hagan de mí los hombres. Milores, no podeis dejar de conocer que en mi ruina debeis ver acercarse la vuestra. Ruego á Dios que os dé mejores amigos que á mí. Nada ignoro de la conspiracion tramada contra mí y los mios; nada me aflige tanto como los pesares de mi pueblo y el presentimiento de los males que le preparan estos hombres que siempre hablando del bien público no se inquietan sino para dar oidos á su propia ambicion.» Apenas concluida la relacion de los comisionados, aunque las nuevas concesiones del rey difiriesen un poco de aquellas que tantas veces habia rehusado, los

presbiterianos propusieron á la cámara declararlas suficientes y propias para establecer la paz.

La mocion fue al mismo tiempo apoyada por Nathaniel Fiennes, hijo de lord Say, y que antes era uno de los independientes mas exaltados. El debate hacia muchas horas que duraba cuando llegó á la cámara aviso con una carta de Fairfax al consejo municipal, anunciando que el ejército se ponia en marcha para Lóndres : *Al órden del dia! Al órden del dia!* gritaron de improviso los independientes, deseosos de aprovechar el primer susto. Pero contra su voluntad y á pesar de sus esfuerzos, el debate se aplazó para el dia siguiente. Empezó mas encarnizado en medio del movimiento de las tropas que entraban de todas partes, tomando sus alojamientos en Saint-James, en Yorkhouse, en todos los alrededores de Westminster y en el centro de la ciudad. Los independientes esperaban aun los resultados del primer impulso de temor. «En el dia de hoy finalmente, dijo Vane, vamos á saber cuales somos amigos y cuales enemigos; ó para hablar mas claro, veremos quien en esta cámara es del partido del rey y quien del pueblo.

—Señor presidente, replicó con energía un miembro de quien se ignora el nombre, ya que el preopinante se ha dignado dividir en dos partidos esta cámara; tendré segun espero derecho de hacer otro tanto. Si señor : hay personas que quieren la paz, y son los que han perdido con la guerra; otros que rehusan la paz y son los que han ganado con la guerra. Propongo pues humildemente que los gananciosos indemnicen á los que perdieron, para ponernos á todos en la misma esfera, sin la cual nunca acabaremos.»

Los independientes se agitaron porque entre uno y otro partido los intereses personales ejercian un imperio, que ellos mismos no se atrevian á negar. Rudyard, Stephens, Grimstone, Walker, Prideaux, Wroth, Scott, Corbet, y muchos otros sostuvieron y combatieron á su turno la mocion sin que el debate llegara á terminarse. El dia declinaba; muchos miembros se habian ya retirado, un independiente propuso encender luces y continuar la sesion : «Señor presidente, dijo un presbiteriano, no solamente estos señores se lisonjean de helarnos de temor por tener cerca el ejército, pero quieren prolongar toda la noche la sesion, con la esperanza que los miembros de mas edad, que se consideran como los mas inclinados á la paz, se retirarán cansados antes de la votacion. Espero que la cámara se hará cargo de este artificio.» Y á pesar de los gritos de los independientes, se aplazó de nuevo el debate.

Al otro dia, al principiar la sesion, un sombrío rumor agitaba la cámara; el rey, decian por todas partes, ha sido robado de la isla de Wight, durante la noche á pesar de su resistencia, y llevado al castillo de Hurst, especie de prision, situada en una costa al frente de la isla, á la estremidad de un árido promontorio, desierto y mal sano. Vivamente interpelados los independientes guardaban silencio. Empezó la sesion; el presidente leyó cartas venidas de Newport y dirigidas á la cámara por el mayor Ralph que mandaba en ausencia de Hammond; el rumor era fundado, y toda relacion se hacia además imposible sin el consentimiento del ejército entre el rey y el parlamento.

El 29 noviembre, algunas horas despues de haberse cerrado las conferencias de Newport y de la marcha de los comisionados, un hombre mal vestido dijo á uno de los criados del rey: «Acaban de desembarcar tropas en la isla; advertid al rey de que esta noche será arrebatado de aquí.» Cárlos hizó llamar inmediatamente al duque de Richmond, al conde Lindsey y al coronel Eduardo Cook, oficial que poseia su confianza; les preguntó que era menester hacer para si era verdadera aquella noticia. En vano trató de sacar una palabra al mayor Ralph; y no pudo obtener de él mas que cortas y oscuras contestaciones. «El rey puede dormir seguro esta noche; lo juro por mi vida, esta noche nadie le incomodará.» Cook se ofreció á montar á caballo, recorrer la costa, pasar principalmente á Carisbrooke, á donde las tropas se decia que habian llegado, y ver por sí mismo lo que pasaba. La lluvia caia á torrentes: la noche era sombría y el servicio peligroso; el rey temblaba de aceptarlo, Cook insistió y marchó.

Encontró efectivamente reforzada la guarnicion de Carisbrooke: diez ó doce oficiales recien venidos acompañaban como centinelas de vista al capitan Bowerman, que mandaba en aquel punto: y todo presentaba por do quier el sello de misteriosa agitacion. Regresaba Cook á toda prisa para decir al rey lo que habia visto, cuando al llegar á Newport cerca de la media noche, vió la casa que ocupaba el monarca rodeada de centinelas estacionados no solo debajo de todas las ventanas, sino en lo interior, y hasta en la puerta del aposento del rey donde el humo de sus pipas penetraba por todas partes. Ya no cabia duda alguna: los dos lores conjuraron al rey, á que probase al instante y á toda costa su evasion. El consejo disgustaba á la tímida gravedad de Cárlos: asi es que alegó lo difícil del éxito, y cuanto se irritaria el ejército: «Si ellos me prenden, decia, será preciso que me traten bien; ningun partido puede nada sin

mi alianza, ni le es posible asegurar su triunfo.—Guardaos, señor, dijo Lindsey; estas gentes no se mueven á impulso de tales máximas; acuérdese V. M. de Hamptoncourt.—Coronel, preguntó Richmond á Cook, ¿cómo habeis pasado?

Cook : Sé el santo y seña.

Richmond : ¿Lograreis hacerme pasar?

Cook : No lo dudo.

Richmond tomó un capote de soldado; salieron, pasaron por todas las guardias, y volvieron sin obstáculo. De regreso con el rey, cerca de una ventana, los dos lores renovaron con ardor sus instancias; el coronel, todo inundado de agua, estaba solo delante del hogar. «Ned Cook, le dijo bruscamente el rey dirigiéndose á él, ¿qué me aconsejais?» Cook despues de algunas vacilaciones contestó : «El rey tiene aquí sus consejeros.—No, no, querido Ned, os mando que me deis vuestro parecer.

Cook : Muy bien! señor, permítame V. M. hacerle una pregunta.

El rey : Hablad.

Cook : Si no solamente digo y pruebo tambien á V. M. que el ejército quiere asegurarse de su persona; si añado que sé la contraseña, que hay caballos cerca de aquí, y un barco á mi servicio que está esperando; que estoy pronto á acompañar el rey; que esta noche tan negra parece á propósito; que no veo ningun obstáculo : ¿qué hará V. M.?

Cárlos guardó un momento de silencio; despues sacudiendo la cabeza contestó : «No puedo determinarme : ellos me han dado su palabra, yo les he dado la mia, y no quiere faltar.

Cook : Pero, señor, presumo que esta palabra iba dirigida al parlamento; ahora todo ha cambiado; es el ejército quien quiere apoderarse de V. M.

El rey : No importa; yo no faltaré á mi palabra : buenas noches, Ned; buenas noches, Lindsey, me voy á dormir cuanto pueda.

Cook : Señor, sospecho que no podreis dormir mucho.

El rey : Tanto como quiera Dios.

Era la una; separáronse, y Cárlos se acostó; Richmond quedó solo cerca de él.

Al amanecer llamaron á la puerta : ¿Quién sois? qué quereis? preguntó Richmond.—Oficiales del ejército que vienen para hablar al rey.» Richmond no abrió esperando á que estuviese vestido el rey; volvieron á llamar de nuevo, y con violencia : «Abrid, dijo Cárlos al duque; y antes que estuviese fuera de su cama muchos oficiales, con el teniente coronel

Cobbet á su frente, se precipitaron al aposento: «Señor, dijo Cobbet, tenemos órden de llevaros con nosotros.

El rey: Orden, de quien?

Cobbet: Del ejército.



NEWCASTLE.

El rey: ¿Dónde me quereis llevar?

Cobbet: Al castillo.

El rey: ¿A qué castillo?

Cobbet: Al castillo.

El rey: Decir un castillo no es lo mismo que el castillo: estoy pron-

to para ir á cualquier castillo que sea : nombradlo.» Cobbet consultó con sus compañeros ; al fin se decidió : «Al castillo de Hurst.»

El rey á Richmont : No pudieron elegir uno peor : y dirigiéndose otra vez á Cobbet : ¿No puedo llevar conmigo á mis servidores?

Cobbet : Solamente los mas necesarios. Cárlos indicó sus dos ayudas de cámara, Harrington y Hebert, y Mildmay su trinchante. Richmond salió para preparar el almuerzo ; pero llegaron los caballos antes que estuviese pronto : «Señor, dijo Cobbet, es preciso partir.»

El rey subió á un coche sin decir palabra ; Harrington, Herbert y Mildmay con él. Cobbet se presentó para entrar, pero Cárlos se lo impidió con el pié, é hizo cerrar al momento la puerta. Marcharon escoltados por una partida de caballería : un pequeño buque los esperaba en Yarmouth : el rey se embarcó, y tres horas despues estaba ya encerrado en Hurstcastle, sin ninguna comunicacion con los de afuera, en un sombrío aposento, y bajo el poder del coronel Ewers, carcelero mas duro y temible que Cobbet.

Al saber tales noticias dieron los presbiterianos libre curso á su indignacion : «La cámara, decian, ha salido garante con el rey mientras permaneciese en Newport, de su respeto, seguridad y libertad ; ha quedado pues deshonrada y perdida á un mismo tiempo si no resiste abiertamente á esta rebelion.» Se votó en efecto que el rapto del rey habia sido sin consentimiento ni noticia de la cámara ; se volvió á renovar con mas ardor la cuestion relativa á la paz. Habia ya durado mas de doce horas ; la noche estaba muy adelantada ; y aunque la asamblea fuese numerosa, el cansancio empezaba á sobrepujar el celo de los débiles y de los ancianos ; un hombre se levanta, famoso entre los mártires de las libertades públicas, pero que solo estaba sentado en la cámara hacia tres semanas ; aquel mismo Prynne que doce años antes sostuvo contra la tiranía de Laud y de la córte el mas furioso combate :

«Señor presidente, dijo, se sabe que voy á hablar por la paz, y ya se me tiene por apóstata ; ya por alusion á un título de mis obras se me llama el favorito del rey. Ved aquí todos los favores que he recibido de S. M. y de su partido. Me hicieron cortar las orejas y del modo mas bárbaro ; me han puesto tres veces á tormento dos horas cada vez ; han hecho quemar mis obras, aunque autorizadas, ante mis ojos por mano del verdugo ; me han impuesto dos multas de 5,000 libras esterlinas ; me han retenido ocho años en prision, sin plumas, sin oblea, papel ni libros, salvo la Biblia, y sin amigos : me daban apenas el necesario alimento

para poder vivir... Si algun miembro de esta cámara me envidia estas señales de favor real, consiento en que se me trate como á apóstata ó favorito del rey.»

Habló en seguida muchas horas discutiendo minuciosamente todas las proposiciones del rey, las pretensiones del ejército, considerando bajo sus diferentes estados al parlamento y al país, grave sin pedantería, patético sin afectacion, sumamente elevado por la energía y desinterés de su conciencia, fuera del alcance de las pasiones de su secta, de los defectos de su propio carácter y de su propio talento: «Señor presidente, dijo antes de acabar, se dice que si descontentamos al ejército estamos perdidos, uno de sus jefes acaba de decirnos que depondrá las armas, y no nos servirá mas; y entonces dice, ¿qué será de nosotros y nuestros fieles amigos? Si debiese ser asi, poco caso haria yo, lo confieso, de unos tales servidores, inconstantes y revoltosos hasta tal punto; yo no dudo que si el ejército nos abandona, Dios y el rey estarán por nosotros; y si el rey y nosotros nos llegásemos á entender mediante este tratado, no tendríamos mucha necesidad, segun creo, de los futuros servicios del ejército. De todos modos sea lo que sea, *fiat justitia, ruat cœlum*; hagamos nuestro deber, y dejemos á Dios que haga su voluntad.» La cámara escuchó este discurso, con la mas profunda atencion; eran las nueve de la mañana; la sesion duró mas de veinte y cuatro horas; 244 miembros estaban aun sentados; se llegó por fin á la votacion y se decidió por 140 votos contra 104 que la contestacion del rey era propia para servir de fundamento á la paz.

Todo poder se escapaba de manos de los independientes; lo habian llegado á temer; todos los miembros con cuyo voto contaban se habian retirado ó alejado. En vano Ludlow, Hutchinson, y algunos otros para poner algun embarazo á la cámara, protestaron contra esta decision; se rechazaron sus deseos como contrarios á los usos de la cámara, sin inquietarse por lo que querian manifestar. Al salir de la sesion los del partido vencido se reunieron; un sin número de oficiales que habian llegado por la mañana del cuartel general se juntaron á ellos: el peligro era inminente; como dueños del ejército, tenian en la mano la resistencia; fanáticos sinceros, ó libertinos ambiciosos, ninguna institucion, ninguna ley ni costumbre les imponia: para los unos era un deber salvar la buena causa y para los otros una necesidad. Convinieron en que seis de sus miembros, tres diputados y tres oficiales se encargarian de los preparativos. Pasaron juntos muchas horas consultando la lista de los diputados, examinando

uno por uno su conducta y sentimientos, recogiendo señas y enviando órdenes á sus confidentes.

Al otro dia, 6 diciembre, á las siete de la mañana por mandado de Ireton, y antes que de nada fuese informado Fairfax, estaban ya las tropas en movimiento. Por órden de Skippon las guardias de milicia encargadas de las cámaras habian sido relevadas; dos regimientos, el del coronel Pryde de infantería, y caballería del coronel Rich ocupaban el patio, la grande sala de Westminster, la escalera, el vestíbulo y todas las avenidas de la cámara : en la misma puerta del salon estaba Pryde con la lista de los miembros proscriptos en la mano, y cerca de él lord Grey de Grooby y un ujier que tenia cuidado de señalarlos á medida que iban entrando : «Vos no entrareis», decia Pryde á cada uno de ellos y mandaba arrestar y llevar presos á los mas sospechosos. Un violento tumulto se levantó de repente alrededor de la cámara; los miembros escluidos probaban á abrirse paso por todos los corredores, invocaban su derecho, injuriaban á los soldados; estos se reian y burlaban. Algunos de ellos, Prynne entre otros, resistieron obstinadamente : «Yo no daré, dijo, un solo paso voluntariamente.»

Algunos oficiales le colocaron como por insulto bajo la escalera, hechizados por poder unir al triunfo de la violencia, el placer de la brutalidad. Cuarenta y un miembros fueron de aquel modo arrestados, y encerrados momentáneamente en un cercano aposento. Dos solamente de los que componian la lista de Pryde, Hephens y el coronel Birch, habian logrado entrar en la cámara; pero bajo falsos pretestos les condujeron hasta la puerta, y los soldados se apoderaron de ellos al instante. «Señor presidente, gritó Birch procurando volver á la sala, ¿sufrirá la cámara que sus miembros sean asi arrebatados á sus ojos, y continuareis permaneciendo inmóviles?» Envió la cámara un ujier á llevar á los miembros que estaban fuera la órden de dirigirse á su puesto; Pryde le detuvo : enviado segunda vez, no pudo llegar á ellos.

La cámara decidió que no se trataria de nada, mientras no les fuesen devueltos, y nombró una comision para ir inmediatamente á pedirlos al general. Apenas hubo salido la comision, llegó un pliego del ejército, presentado por el teniente coronel Axtell y algunos oficiales reclamando la esclusion oficial de los miembros arrestados, y de todos aquellos que habian votado en favor de la paz. La cámara nada respondió esperando el resultado de su comision. La comision dijo que el general á su vez rehusaba responder hasta que la cámara hubiese tomado alguna resolucion

sobre el mensaje del ejército. Entre tanto los miembros escluidos habian sido sacados de Westminster y paseados por Lóndres de cuartel en cuartel, de bodegon en bodegon, ya metidos en algunos coches, ó marchando á pié entre dos filas de soldados que les pedian cuenta de sus ganancias. El predicador Hugo Peters, capellan de Fairfax, vino con toda solemnidad y la espada al lado, á informarse de sus nombres de parte del general; preguntándole muchos de ellos el derecho con que los arrestaban: «Con el derecho de las armas», respondió. Hicieron suplicar al coronel Pryde que los escuchase: «No tengo tiempo, respondió Pryde, tengo otra cosa que hacer,» Fairfax y su consejo, que permanecian en sesion en Whitehall, les prometieron en fin audiencia: se dirigieron allí; pero despues de muchas horas de esperar, tres oficiales vinieron á decirles que el general estaba muy ocupado y no los podia recibir. Alguna dificultad se ocultaba bajo tanto desprecio: se evitaba su encuentro y se temia que su invencible entereza provocase demasiado rigor.

A pesar de la audacia de sus deseos y acciones, los vencedores mismos conservaban en su interior, y sin dudarlo, un secreto respeto al antiguo y legal órden: al dirigir la lista de proscripcion, se habian contenido en los límites de rigurosa necesidad, esperando que un solo acto bastaria para asegurar su triunfo. Ellos veian con inquietud que la cámara se obstinaba en reclamar sus miembros, y que sus contrarios seguian siendo un poderoso partido, quizá la mayoría. Con todo, era imposible vacilar. Al otro dia, las tropas cerraron segunda vez las avenidas de la cámara; se renovó la misma escena; cuarenta miembros fueron aun separados; y hasta se arrestó á algunos en sus propias casas. Escribieron á la cámara pidiendo se les pusiese en libertad; pero esta vez la derrota de los presbiterianos se habia consumado; en vez de responder la cámara resolvió por cincuenta votos contra veinte y ocho tomar en consideracion las proposiciones del ejército. Esta última minoría se retiró por sí misma protestando que no volveria á entrar en la cámara hasta que se hiciese justicia á sus cólegas; y despues de la espulsion de 143 miembros, que la mayor parte fueron tambien arrrestados, si bien que despues se les sacó poco á poco de la cárcel y sin ruido, los republicanos y el ejército se vieron en fin, tanto fuera como dentro de Westminster, en plena posesion del poder.

Todo cedió, todo enmudeció desde aquel dia; ninguna resistencia, ninguna voz vino á turbar el partido embriagado en su victoria, solo él podia ya hablar en todo el reino, y solo él podia contar con la sumision

42

ó el consentimiento universal. De esta suerte llegaba á lo sumo el entusiasmo de los fanáticos. «Como Moisés, decia Hugo Peters predicando á los generales delante los restos de las dos cámaras, como Moisés estais destinados á sacar al pueblo de la esclavitud de Egipto: ¿Cómo se cumplirá esto? todavía no se me ha revelado.» Puso la cabeza entre sus manos, se inclinó hasta una almohada que tenia cerca de él, y levantándose de repente dijo: «Ved aquí, aquí se me ha hecho la revelacion, os lo voy á esplicar. Este ejército dará fin con la monarquía no tan solo aquí, pero en Francia y los otros reinos vecinos: este os sacará de Egipto. Dicen que vamos á entrar en un camino hasta aquí sin ejemplo: ¿qué pensais de la vírgen María? ¿habia habido anteriormente algun ejemplo de que pudiese una mujer concebir sin obra de hombre? este es un tiempo que servirá de ejemplo en lo venidero.» La mayor parte del partido se entregaba con regocijo á este místico orgullo. En medio de tanta exaltacion, el mismo dia en que los últimos restos presbiterianos se retiraron de la cámara, Cromwell fué á ocupar su lugar: «Dios me es testigo, decia por todas partes, que nada he sabido de cuanto se ha hecho en esta cámara, pero ya que está consumada la obra, me place, y por de pronto es menester sostenerla.»

La cámara le acogió con ruidosas aclamaciones de reconocimiento. El presidente le dió gracias por la campaña de Escocia; y al salir de la sesion fué á alojarse en Whitehall, en los mismos aposentos del rey. Al otro dia el ejército se apoderó de las cajas de diferentes juntas, precisado, segun decia, á proveer sus necesidades para no ser por mas tiempo gravoso al país. Tres dias despues envió á Fairfax, bajo el título de *Nuevo voto unánime del pueblo*, un plan de gobierno republicano, redactado, segun se dice, por Ireton, y le invitó á discutirlo en un consejo general de oficiales, para presentarlo inmediatamente al parlamento. En el ínterin, y sin tomarse el trabajo de esplotar la voluntad de los lores, los diputados revocaron todos los actos, y decretos dados antes en favor de la paz y que habrian servido de obstáculo á la revolucion. Finalmente, versaron las peticiones sobre que se hiciese justicia del rey, único culpado de tanto derramamiento de sangre; y un destacamento salió del cuartel general con órden de llevarlo de Hurst-castle á Windsor.

El 17 diciembre á media noche, fue dispertado Cárlos por el ruido del puente levadizo que se bajaba, y un grupo de hombres á caballo que entraban en el patio del castillo. En un instante quedó restablecido el si-

EL REY ES ARREBATADO DE LA ISLA DE WIGHT.



lencio : pero Cárlos estaba inquieto ; antes que fuese dia, llamó á Herbert que dormia en el aposento vecino ; «¿Habeis oido algo esta noche? le preguntó.—He oido bajár el puente levadizo, dijo Herbert, pero no me he atrevido sin órden de V. M. á salir de mi aposento á una hora tan desusada.—Id á saber lo que ha sucedido.» Herbert salió, y pronto estuvo de vuelta : «Es el coronel Harrison, señor.» Secreta turbacion se pintó en las facciones del rey. «¿Estais seguro de que es el coronel Harrison?

Herbert : El capitan Reynolds me lo ha dicho.

Rey : En este caso ya lo creo ; ¿pero habeis visto al coronel?

Herbert : No, señor.

Rey : ¿Os ha dicho Reynolds por qué ha venido?

Herbert : He hecho todo lo posible para saberlo ; pero la única respuesta que he podido obtener ha sido que el motivo de la llegada del coronel se sabria muy pronto.» El rey despidió á Herbert ; al cabo de una hora le volvió á llamar, siempre sumamente turbado, las lágrimas en los ojos y abatido : «Perdonad señor, le dijo Herbert, pero estoy consternado de ver á V. M. tan atormentado por esta novedad.—Yo no estoy asustado, respondió Cárlos, pero lo que no podeis pensar, es que este hombre es el mismo que habia formado el proyecto de asesinarme en los últimos tratados. Una carta me lo hizo saber. No me acuerdo de haberle visto jamás, ni haberle hecho ningun mal. No quisiera que me sorprendiesen. Este lugar es propio para cualquier delito. Volveos y procurad saber porque ha venido Harrison.» Mas feliz esta vez Herbert supo que el coronel habia venido para hacer conducir al rey á Windsor, dentro tres dias lo mas tarde, y se apresuró á noticiárselo ; la alegría brilló en los ojos de Cárlos : «Sea en buen hora, dijo, por fin se vuelven mas tratables : Windsor es un lugar que siempre me ha gustado ; allí me indemnizaré de lo que padezco aquí.»

Efectivamente dos dias despues, el teniente coronel Cobbet vino á decir al rey que tenia órden de enviarle inmediatamente á Windsor, donde estaba ya de regreso Harrison. Cárlos lejos de quejarse, apresuró él mismo su marcha. Encontró á una legua de Hurst un cuerpo de caballería encargado de escoltarle hasta Winchester. Por do quier que pasaba se veia numerosa multitud de gentil-hombres, labradores y paisanos, los unos simplemente curiosos que se retiraban despues de haberlo visto pasar, los otros vivamente conmovidos, haciendo en alta voz plegarias por su libertad. Al llegar á Winchester, el corregidor y los aldermanes vinieron á

recibirle, presentándole segun costumbre las llaves de la ciudad y dirigiéndole un discurso afectuoso. Pero Cobbet anteponiéndose bruscamente, les preguntó si habian olvidado que la cámara habia declarado traidor á cualquiera que se dirigiese al rey; y ellos aterrorizados se deshicieron en humildes escusas, protestando ignorar la voluntad de la cámara, y suplicando á Cobbet que obtuviese su perdon.

Al otro dia volvió á emprender el rey su camino. Entre Alresford y Farnham compareció formado en batalla otro cuerpo de caballeria, encargado de relevar al que le habia custodiado hasta allá: el oficial que mandaba la nueva escolta se distinguia no menos por el elegante traje que por su gallarda figura. Cubria su cabeza un gracioso sombrerillo de terciopelo; y sobre el coleto de piel de búfalo ostentaba una rica banda de seda camersí adornada de franjas de oro. Admirado Cárlos de su gentil presencia pasó poco á poco cerca de él, recibió un cortés saludo, y se juntó con Herbert: «¿Quién es, preguntó Cárlos, aquel oficial?—El coronel Harrison, señor.» El rey se volvió al instante, consideró por mucho tiempo al coronel, y tan atentamente, que este como sofocado se retiró á retaguardia para evitar sus miradas: «Este hombre, dijo Cárlos á Herbert, tiene el aire de un verdadero soldado; entiendo algo en fisonomías, la suya me gusta: no es la de un asesino.»

Pasó la tarde en Farnham, donde se detuvo la escolta para hacer noche. Cárlos vió al coronel en un rincon de la sala, le hizo señal de que se acercase; obedeció Harrison con deferencia y embarazo, con ademan rudo y tímido al mismo tiempo: tomóle el rey por el brazo, lo condujo á una ventana, conversó mas de una hora con él, y le habló de lo que le habian dicho: «Nada es mas falso, señor, contestó Harrison; lo que he dicho y lo que repito es que la justicia no hace escepcion de personas, y que la ley es igualmente obligatoria para los grandes y los pequeños;» y estas ultimas palabras fueron pronunciadas con manifiesta afeccion. El rey rompió la conversacion, se puso á la mesa y no volvió á dirigir la palabra á Harrison, sin dar á entender por eso que en aquella respuesta encontraba ningun sentido que le pudiese inquietar.

Debia llegar al otro dia á Windsor: al salir de Farnham declaró que queria comer en medio del bosque quedándose en Bagshot en casa lord Newburgh, uno de sus mas fieles partidarios. Harrison no se atrevió á negarlo, aunque la instancia le dió lugar á algunas sospechas. No carecian en realidad de fundamento; lord Newburgh, muy aficionado á caballos, tenia uno que pasaba por el mas ligero de Inglaterra: asi se lo habia

anunciado á Cárlos en la secreta correspondencia, que desde mucho tiempo atrás mantenia con él, diciéndole que le seria fácil escapar cuando quisiese de su escolta, burlando al través del bosque, cuyos senderos conocia muy bien el rey, la mas encarnizada persecucion.

Cárlos en efecto desde Farnham á Bagshot se quejaba sin cesar de su caballo anunciando que lo querria cambiar. Pero apenas llégó á Bagshot, supo que la víspera, el caballo con que contaba habia en el establo, recibido un golpe tan fuerte en el pié que no estaba en estado de servir. Lord Newburgh, desconsolado, le ofreció otros caballos, «muy buenos, segun decia, y que bastaban para sacarle del paso.» Pero aun cuando hubiese sido con él mas veloz, la empresa era peligrosa, porque los soldados de la escolta estaban siempre muy cerca del rey y con pistola en mano. Cárlos renunció sin trabajo á arrostrar tal peligro; y por la tarde al llegar á Windsor, contento de entrar en uno de sus palacios, de ocupar su acostumbrado aposento, y encontrarlo todo preparado para recibirle, poco mas ó menos como cuando iba con su córte á pasar en aquel hermoso lugar los dias de fiesta, lejos de sentirse atormentado por siniestros presagios, casi habia olvidado que estaba prisionero.

En el mismo dia y casi al mismo instante la cámara baja votaba que seria procesado, y se nombraba una comision para preparar la acusacion. A pesar de los pocos miembros presentes, muchas voces se levantaron contra aquella medida: los unos pedian que se concretasen á deponerle como ya se habia hecho con algunos de sus predecesores; otros sin decirlo manifestaban desear su muerte de modo que no fuesen responsables.

Pero los libertinos atrevidos, los sinceros entusiastas, y los rígidos republicanos querian un juicio público, que demostrase su fuerza y proclamara su derecho. Solo Cromwell, mas fogoso que ninguno otro en provocar, se dirigia hipócritamente á su fin: «Si alguno, decia, hiciese esta mocion con designio premeditado le miraria como al mas insigne traidor del mundo; pero ya que la Providencia y la necesidad han puesto á la cámara en esta deliberacion, suplico á Dios bendiga sus consejos, aunque no esté yo dispuesto á dar inmediatamente mi parecer.» Por uno de aquellos estraños pero invencibles escrúpulos que ponen de manifiesto la iniquidad cuando mas procura ocultarse, á fin de poner al rey en juicio sin el pretesto de una ley en nombre de la cual pudiera ser condenado, se votó desde luego que habia cometido traicion en hacer la guerra al parlamento; y sobre la mocion de Scott, se adoptó al momento una ordenanza, instituyendo un supremo tribunal encargado de juzgarle. Debia

este tribunal componerse de ciento cincuenta comisionados, seis pares, tres grandes jueces, once baronet, diez caballeros, seis aldermanes de Lóndres, todos los hombres mas importantes de partido en el ejército, el parlamento y la municipalidad, menos Saint-John y Vane, que declararon formalmente desaprobar el acto, y no querer tomar parte.

Cuando la ordenanza fue presentada á la sancion de la cámara alta, reanimóse un poco el antiguo orgullo de aquella asamblea, hasta entonces tan abatida, que al parecer habia ella misma aceptado su nulidad: « No hay parlamento sin el rey, sustuvo lord Manchester; el rey no puede pues ser traidor para con el parlamento.—Ha querido la cámara baja dijo lord Denbigh, insertar mi nombre en su ordenanza pero yo me dejaré hacer pedazos antes que asociarme á una tal infamia.—Yo no quiero, dijo el viejo conde de Pembroke, mezclarme en negocios de vida y muerte; no hablaré contra esta ordenanza, pero tampoco consentiré.» Los doce lores únicos que se hallaban presentes rechazaron la proposicion de la cámara baja unánimemente. Al otro dia no recibiendo ningun mensaje de los lores los diputados encargaron á dos de sus miembros que fuesen á la cámara alta, se hiciesen manifestar los registros, y diesen cuenta de su resolucion.

Con lo que estos dijeron, votaron al instante que la oposicion de los lores nada detendria; que el pueblo habia recibido de Dios la fuente de todo poder legítimo, y que los diputados de Inglaterra elegidos y representando al pueblo, poseian el soberano poder; y por una nueva ordenanza, el supremo tribunal de justicia, instituido solo en nombre de la cámara baja, fue reducido á 135 miembros, y tuvo órden de juntarse sin retardo para arreglar los preparativos del proceso.

Reunióse en efecto en sesion secreta, los 8, 10, 12, 13, 15, 17, 18 y 19 enero, bajo la presidencia de Jonh Bradshaw primo de Milton, jurisconsulto apreciado en el bufete, grave en sus costumbres, pero de un espíritu altanero, fanático, sincero, y como tal ambicioso, inclinado á probarlo todo para ser rico, y pronto á dar su vida por su opinion. Tal era la ansiedad pública que estalló insuperable division en el centro mismo del tribunal: ningun llamamiento, ningun esfuerzo pudo lograr que se reuniesen en las sesiones preparatorias mas de cincuenta y ocho miembros: Fairfax fue allá la primera vez, pero no volvió mas. Entre los mismos miembros presentes muchos vinieron solo para declarar su oposicion: tal fue entre otros la conducta de Algernon Sidney, jóven aun, pero ya de mucho influjo en el partido republicano. Retirado desde algun

tiempo en el castillo de Penshurst, en casa lord Leicester su padre; cuando supo que le habian nombrado del supremo tribunal, partió inmediatamente para Lóndres; y en las sesiones de los 13, 15 y 19 enero, aunque la cuestion pareció decidida, se opuso con energía al proceso.

Temia sobre todo que la aversion con que miraria el pueblo á la república, quizá seria causa de una fuerte revolucion que salvaria al rey y la perderia para siempre. «Nadie se moverá,» gritó Cromwell importunado con tales presagios; «os digo, que le sabremos cortar la cabeza con la corona encima.—Haced lo que os acomode, replicó Sidney, no os lo puedo impedir; pero á buen seguro que no intermediaré yo en este negocio.» Y salió para no volver. Reducido en fin á los miembros que aceptaban su mision, el tribunal solo se ocupó del modo de arreglar el proceso. John Coke, abogado de mucha fama, é íntimo amigo de Milton, fue nombrado procurador general, y como á tal encargado de llevar la palabra, ya sea en el acto de la acusacion, ya en el curso de las sesiones. Elsing, secretario de cámara hasta aquella época, acababa de retirarse con pretesto de enfermedad; Henry Scobell fue elegido para reemplazarle.

Se determinó cuidadosamente que regimientos y como prestarian el servicio durante el curso del proceso, donde estarian colocadas las centinelas, advirtiendo que no omitieron ponerlas hasta en el lecho y en las ventanas que daban luz á la sala; que barreras se levantarian para separar al pueblo, no solamente del tribunal sino que tambien de los soldados. El 20 de enero fue en fin señalado para comparecer el rey ante el tribunal en Westminster-hall; y desde el 17, como si ya estuviese condenado, la cámara habia nombrado un comisionado para recorrer todos los palacios, castillos y moradas del príncipe, haciendo un exacto inventario de sus muebles, propios ya del parlamento.

Cuando el coronel Whitchcott, gobernador de Windsor, anunció al rey que dentro de pocos dias seria conducido á Lóndres: «Dios está en todas partes, respondió Cárlos, y en todas es tan poderoso como bueno.» La noticia le causó sin embargo una viva inquietud; habia tres semanas que vivia en la mas estraña seguridad, sin tener mas que alguna rara noticia y esa no exacta de las decisiones de las cámaras, y consolándose con algunas noticias de Irlanda, que le prometian prontos socorros; jamás sus servidores le habian visto mas confiado ni mas alegre al mismo tiempo: «Dentro seis meses, decia, quedará restablecida la paz en Inglaterra, y si no, recibiré de Irlanda, de Dinamarca y otros reinos, los

medios para volver á entrar en mis derechos;» y en otra ocasion se le oyó decir: «Tengo aun tres cartas que jugar de las que una sola me bastará para ganarlo todo.»

Eso no obstante una circunstancia llegó á turbar su bien estar: casi hasta lo último de su permanencia en Windsor habia sido tratado y servido con toda la etiqueta de la córte: comia en público, en el salon de gala, bajo dosel; el chambelan, el trinchante, el repostero todos cumplian su deber en la forma acostumbrada; le presentaban la copa de rodillas, le llevaban los platos cubiertos, se los probaban y él disfrutaba con gravedad de esta solemne sumision. De repente, por una comunicacion recibida del cuartel general cambió el ceremonial del servicio: soldados eran en lo sucesivo los que le presentaban los platos descubiertos sin probarlos anteriormente, ni servirlos de rodillas, hasta la etiqueta del dosel cesó del todo; Cárlos sintió amargo tormento: «Los miramientos que se me rehusan no han faltado jamás á ningun soberano, ni á ninguna persona de elevada gerarquía, decia el abatido monarca. ¿Habrá nada mas despreciable en el mundo que un príncipe que han reducido al envilecimiento?» Y para no presenciar este insulto, únicamente quiso comer en su aposento, casi solo y escogiendo él mismo dos ó tres platos de los de la lista que le presentaban.

El viernes, 19 enero, un cuerpo de caballería apareció en Windsor, Harrison á su frente, encargado de llevarse al rey: una carroza con seis caballos esperaba en el patio del castillo. Cárlos subió en ella, y algunas horas despues habia entrado en Lóndres en el palacio de Saint-James, rodeado todo de guardias; dos centinelas en la puerta de su mismo aposento; Herbert quedó solo para servirle, y dormia al lado de su cama.

Al otro dia (20), á cosa del medio dia, el supremo tribunal, reunido de antemano en sesion secreta con la cámara, se aprestaba á arreglar los últimos detalles de su mision; la oracion acostumbrada se habia concluido apenas cuando vinieron á anunciar que el rey en un coche cerrado y entre dos hileras de soldados iba á llegar; Cromwell corrió á la ventana, y volviendo al instante pálido, y por tanto muy animado: «Aquí está, aquí está; señores, está cercana la hora de la grande obra; decidid con prontitud, os suplico, lo que tendreis que responderle; porque él os preguntará seguramente al instante en nombre de que autoridad pretendeis juzgarle.» Nadie habló. «En nombre de las municipalidades asociadas al parlamento y de todo el buen pueblo de Inglaterra:» dijo Henry Martyn. Ninguno se opuso: el tribunal se puso en marcha para diri-

girse á la gran sala de Westminster: al frente iba el presidente lord Bradshaw; llevaban delante de él la espada y maza; diez y seis oficiales armados de partesanas precedian al tribunal.

El presidente se sentó en un sillon de terciopelo carmesí; á sus piés se veia el secretario sentado en frente de una mesa cubierta de rica alfombra de Turquía, y sobre la que se habia colocado la espada y la maza; á derecha é izquierda, sobre asientos de escarlata, los miembros del tribunal; á los dos estremos los maceros un poco mas adelante del tribunal. Instalado este, se abrieron todas las puertas; la muchedumbre se precipitó á la sala: restablecido el silencio, y despues de la lectura del acta de la cámara que instituia el tribunal, se hizo nominal llamamiento; sesenta y nueve miembros estaban presentes. «Ujier, dijo Bradshaw, mandad comparecer el preso.

Apareció el rey, bajo la guarda del coronel Hacker y treinta y dos oficiales; un sillon de terciopelo carmesí le estaba preparado en la barra: se adelantó hácia él, mirando severa y fijamente al tribunal; ocupó el sillon sin quitarse el sombréro; se levantó frecuentemente, miró detrás de sí la guardia situada á la izquierda, y la multitud de los espectadores á la derecha de la isla, dirigió una mirada á los jueces, y despues volvió á ocupar su asiento en medio del silencio universal.

Bradshaw se levanta al instante: «Cárlos Estuardo, rey de Inglaterra, le dijo, los Diputados de Inglaterra reunidos en parlamento, profundamente penetrados de los males que han caido sobre esta nacion, y de los que sois considerado como el principal autor, han resuelto perseguir el crímen de sangre; con esta intencion han instituido este supremo tribunal de justicia, delante del cual compareceis hoy. Vais á saber los cargos que se os hacen.»

El procurador general Coke se levantó para tomar la palabra: «Silencio!» dijo el rey tocándole con su baston en la espalda; Coke se volvió á mirarlo lleno de irritacion y de sorpresa; el puño del baston del rey habia caido al suelo: momentánea aunque profunda turbacion apareció en sus facciones; ninguno de sus servidores estaba allí para cogerle el puño; se bajó, lo cogió él mismo, se volvió á sentar, y Coke leyó el acta de la acusacion, que imputaba al rey todos los males nacidos de su tiranía, y luego de la guerra, y pedia que estuviese obligado á responder á los cargos y que se le condenase como á tirano, traidor y asesino.

Durante esta lectura, el rey siempre sentado dirigia ya sobre los jueces, ya sobre el pueblo, tranquilas miradas: cierto momento se levantó

de nuevo, dió la espalda al tribunal para mirar detrás de sí, y se volvió á sentar al parecer curioso é indiferente. A las solas palabras de «Carlos Estuardo, tirano traidor y asesino,» se rió aunque siempre en silencio.

Acabóse la lectura : «Señor, dijo Bradshaw al rey, habeis oido vuestra acusacion : el tribunal espera la respuesta.»

El rey : Querria saber por qué poder soy llamado aquí. Yo estaba, aun no ha mucho tiempo, en la isla de Wight, tratando con las dos cámaras del parlamento, bajo las garantías de la fé pública. Estábamos cercanos á concluir el tratado : quiero saber por qué autoridad, se entiende legitima, pues hay en el mundo muchas ilegítimas, por ejemplo, las de ladrones y asesinos, querria, digo, saber por qué autoridad se me ha sacado de allí, llevándome de acá á acullá, no se con que intencion. Cuando sepa cual es esta legítima autoridad contestaré.

Bradshaw : Si hubieseis puesto atencion á lo que os ha dicho el tribunal en el momento de vuestra llegada, sabriais cual es esta autoridad. Se os requiere en nombre del pueblo de Inglaterra del que fuisteis elegido rey : debeis responderle.

El rey : No, señor, niego ese precedente.

Bradshaw : Si no reconoceis la autoridad del tribunal, procederá contra vos.

El rey : Yo os digo que la Inglaterra nunca ha sido jamás un reino electivo, pues hace mas de mil años que es reino hereditario. Hacedme pues conocer por qué autoridad soy llamado aquí. Allí está el señor teniente coronel Cobbet, preguntadle si solo con la fuerza logró sacarme de la isla de Wight. Yo sostendré aquí como cualquier otro los privilegios de la cámara de los diputados. ¿Dónde están los lores? Yo no veo ningun lord aquí para poder constituir el parlamento, para lo cual seria preciso tambien un rey : ¿es de este modo como se llama á un rey á su parlamento?

Bradshaw : Señor, el tribunal espera de vos una respuesta definitiva. Si lo que os decimos de nuestra propia autoridad no os basta, á nosotros nos satisface porque sabemos que se funda en la autoridad de Dios y del reino.

El rey : No es mi opinion ni la vuestra quien lo debe decidir.

Bradshaw : Se os ha oido : se dispondrá de vos segun las órdenes del tribunal. Que se lleven al preso. El tribunal se reunirá el lúnes próximo.

Retiróse el tribunal ; salió el rey con la misma escolta que le habia

conducido. Al levantarse vió la espada que estaba en la mesa : « Yo no tengo miedo de esta,» dijo señalándola con su palo. Al bajar la escalera se oyeron algunas voces que clamaban : «Justicia! Justicia!» Pero mucho mayor número gritaba : « Dios guarde al rey! Dios salve á V. M.!»

Al otro dia al abrirse la sesion habia sesenta y dos miembros presentes; se mandó bajo pena de encarcelamiento que se guardase el mas profundo silencio : el rey á su llegada, no dejó de ser acogido con viva aclamacion. Empezó la misma discusion igualmente obstinada por ambas partes : «Señor, dijo finalmente Bradshaw, ni vos ni nadie será admitido á rehusar tribunal que está aquí sentado por autoridad de los diputados de Inglaterra, ante los cuales vos y vuestros antecesores habeis sido responsables.

El rey : Lo niego; mostradme un antecedente.

Bradshaw se levantó encolerizado.

Bradshaw : Señor, no estamos aquí para responder á vuestras preguntas; responded á la acusacion si sois *culpado* ó no *culpado.*

El rey : Aun no habeis oido mis razones.

Bradshaw : Ninguna razon podeis alegar contra la mas suprema de todas las jurisdicciones.

El rey : Mostradme pues esta jurisdiccion, que no se entiende de razones.

Bradshaw : Ya os la mostramos aquí : estos son los diputados de Inglaterra : que se lleven al preso.

El rey se dirigió al pueblo : «tened presente, dijo, que el rey de Inglaterra es condenado sin que le sea permitido dar sus razones en favor de la libertad del pueblo!» y un grito casi general esclamó : « Dios salve al rey!»

La sesion del otro dia, 23 enero, produjo las mismas escenas : la simpatía del pueblo hácia el rey crecia cada dia mas y mas; en vano los oficiales y soldados irritados clamaban á su vez : « Justicia! ejecucion!» La multitud aterrada callaba un instante, pero luego por cualquier accidente, olvidaba su temor y el grito de « Dios salve al rey!» resonaba por todas partes. En las mismas filas del ejército tuvo lugar : el 23, pasando Cárlos por ellas al salir de la sesion, un soldado de la guardia dijo bastante alto : « Señor, Dios os bendiga!» un oficial le sacudió con su baston : «Caballero, dijo el rey alejándose, el castigo sobrepuja la falta.» Al mismo tiempo llegaban de afuera representaciones, pasos poco temi-

bles en verdad, pero que sostenian la indignacion pública. El ministro de francia remitió á la cámara baja una carta de Enriqueta María que pedia el permiso de reunirse á su marido, ya para obligarle á rendirse á su voluntad, ya para consolarle con su amor.

El príncipe de Galles escribió á Fairfax y al consejo de oficiales, con esperanza de dispertar en su corazon algun sentimiento de lealtad. Los comisionados de Escocia protestaron oficialmente en nombre de aquel reino contra todo lo que pasaba. Se anunció la próxima llegada de una embajada de los estados generales enviada para intervenir en favor del rey.

Ya el mismo John Cromwell, oficial al servicio de Holanda, y primo de Oliverio, estaba en Lóndres, quejándose al teniente general y casi amenazándole. Se descubrió y detuvo la impresion de un manuscrito titulado : *Suspiros Reales*, obra del mismo rey, decian, y capaz de escitar su sola lectura un levantamiento. Por todas partes en fin se levantaban, si no grandes obstáculos, á lo menos nuevas causas de fermentacion, que desaparecerian seguramente, segun creian los republicanos, al estar resuelta la cuestion, pero que mientras estuviese indecisa la harian cada dia mas embarazosa y temible.

Resolvieron salir luego de este estado, suprimir todo debate y que solo compareciese el rey para saber su sentencia. Sea por un resto de respeto á las formas legales, ó ya para producir nuevas pruebas de la mala fé de Cárlos en las negociaciones, el tribunal empleó los dias 24 y 25, en recoger las declaraciones de treinta y dos testigos. El 25, al fin de la sesion, y casi sin discutirlo se votó la condena del rey como á tirano, traidor, asesino y enemigo del país. Scott, Martyn, Harrison, Lysle, Say, Ireton y Love fueron encargados de redactar la sentencia. Solo cuarenta y seis miembros habia aquel dia. El 26, sesenta y dos miembros presentes, sin leer casi la sentencia fue discutida y adoptada. El tribunal se reunió al otro dia para pronunciarla.

El 27, á medio dia, despues de dos horas de conferencia dentro la cámara, se abrió la sesion segun costumbre por el llamamiento nominal: al oir el nombre de Fairfax, «vale demasiado para estar ahí» respondió una voz de mujer del fondo de una galería. Despues de un momento de sorpresa y duda, continuó la lista ; sesenta y siete miembros estaban presentes. Cuando el rey entró en la sala, levantóse horrible gritería. «Ejecucion! justicia! ejecucion!» Los soldados estaban muy animados ; algunos oficiales, Axtell mas que todos, que mandaba la guardia, los escitaban á

gritar; algunos grupos situados en diversos puntos de la sala secundaban sus clamores, la multitud callaba consternada.

«Señor, dijo el rey á Bradshaw antes de sentarse, pido decir una palabra; espero que no os daré motivo de interrumpirme.»



ENRIQUETA MARIA.

Bradshaw: Respondereis cuando os toque, antes escuchad.

El rey: Caballero, si os place, deseo que se me oiga, solo una palabra. Un inmediato juicio...»

Bradshaw: Sereis escuchado cuando será tiempo; ahora debeis escuchar.

El rey : Caballero, yo deseo... Lo que tengo de decir es relativo á lo que segun creo va á pronunciar el tribunal; y no se debe ir precipitado en una sentencia.

Bradshaw : Se os escuchará, señor, antes de dar la sentencia. Hasta entonces, debeis absteneros de hablar.

Asegurado de esta suerte, aparecieron algo serenas las facciones del rey; se sentó; Bradshaw volvió á tomar la palabra.

«Señores, dijo, es bien sabido de todos que el preso de la barra ha comparecido muchas veces ante el tribunal para responder á una acusacion de traicion y otros grandes delitos presentada contra él en nombre del pueblo de Inglaterra.

»Ni siquiera la mitad del pueblo, gritó la misma voz que habia resonado cuando se pronunció el nombre de Fairfax ; dónde está el pueblo? dónde su consentimiento? Oliverio Cromwell es un traidor.»

La asamblea toda tembló; todas las miradas se dirigieron hácia la galería : «¡Fuera p... gritó Axtell; soldados, fuego á ellas!» Entonces se vió que la que habia gritado era lady Fairfax.

Una turbacion general estalló; los soldados esparcidos por todas partes y amenazando tenian mucho trabajo en contenerla; un poco restablecido en fin el órden, Bradshaw hizo presente la obstinacion con que rehusó el rey responder á la acusacion, la notoriedad de los crímenes que le eran imputados, y declaró que se habia acordado en la sentencia escuchar la defensa del preso, si desistia de no querer reconocer su jurisdiccion.

«Pido, dijo el rey, ser oido en la cámara de los lores y diputados, sobre una proposicion, que importa mucho mas á la paz del reino y á la libertad de mis súbditos que á mi propia conservacion.»

Una viva agitacion cundió entre los presentes; amigos ó enemigos todos procuraban adivinar á que fin pedia esta conferencia el rey con las dos cámaras, y que era lo que queria proponer : circulaban distintos rumores; la mayor parte creian que queria abdicar su corona en favor de su hijo. Pero de todos modos era sumo el embarazo; el partido, á pesar de su triunfo, no se sentia con medios de perder tiempo, ni con ánimo de correr nuevos peligros; aun entre los mismos jueces se dejaba entrever alguna duda.

Para eludir el peligro sostuvo Bradshaw que la demanda del rey solo era un efugio, á fin de recusar de hecho la jurisdiccion de la audiencia; una larga y sutil discusion se movió entre ellos por este motivo. Cárlos

INSULTOS PRODIGADOS A CÁRLOS I.



insistia siempre con mas calor para ser oido, pero cada vez los soldados movian mas ruido á su alrededor injuriándole abiertamente : los unos fumaban tabaco y le echaban el humo; otros murmuraban en términos groseros de la lentitud del proceso; Axtel se reia y mofaba de todo. En vano se dirigió á ellos el rey, y ya con gestos ya con palabras, probó de obtener algunos instantes de silencio y atencion : se le respondia con los gritos de : « Justicia! ejecucion! » Turbado en fin, casi fuera de sí : « Escuchadme! escuchadme! » gritó con apasionado acento : volvieron á empezar los mismos gritos; inesperado movimiento se manifestó en las gradas del tribunal. Uno de los miembros, el coronel Downs, se agitaba en su asiento; en vano sus dos vecinos, Cawley y el coronel Wanton se esforzaban en contenerle : « Tenemos pues corazon de piedra? decia, somos hombres? »—Nos perdeis y vos mismo con nosotros, le dijo Cawley.—No importa, replicó Downs; aunque deba yo morir es preciso que lo haga. »

A esta palabra Cromwell que ocupaba otro asiento mas alto, le dijo bruscamente : « Coronel, estais en vuestro juicio? En qué pensais? No podeis permanecer tranquilo?—No, replicó Downs, yo no puedo permanecer tranquilo, » y se levantó al instante. « Milord, dijo al presidente, mi conciencia no está harto ofuscada para rehusar lo que pide el preso; pido que el tribunal se retire para deliberar.—Ya que uno de los miembros lo desea, respondió con gravedad Bradshaw, debe retirarse el tribunal; » y pasaron todos al instante á una sala vecina.

Apenas hubieron entrado, Cromwell acusó bruscamente al coronel pidiéndole cuenta del desórden y embarazo que habia causado. Downs se defendió con turbacion, alegando que quizá las proposiciones del rey serian satisfactorias; que todo lo que se habia buscado y buscaba aun eran sólidas garantías; que no era menester rehusar sin conocimiento las que el rey queria ofrecer; que con él se debian á lo menos seguir las mas sencillas reglas del derecho comun. Cromwell le escuchaba con brutal impaciencia y se agitaba alrededor de él, interrumpiéndole ya á propósito.

« Vednos ya instruidos, dijo, de las grandes razones del coronel, para echarlo todo á perder de esta suerte; él no sabe lo que se ha de hacer con el mas inflexible mortal que haya existido; ¿conviene que el tribunal se deje distraer y entretener por la voluntad de un solo hombre? Muy bien vemos el fin de todo esto; él querrá salvar á su antiguo dueño; acabemos, volvamos á entrar, y hagamos nuestro deber. » En vano el

coronel Herwey y algunos otros apoyaron el voto de Downs, la discusion dió fin á la media hora, el tribunal volvió á entrar en sesion, y Bradshaw declaró al rey que no se accedia á su peticion.

Cárlos apareció vencido y solo insistió débilmente : «Si no teneis nada que añadir, le dijo Bradshaw, se procederá á la sentencia.—Nada añadiré, caballero, respondió el rey; desearia solamente que se escribiese lo que yo he dicho.» Bradshaw, sin contestarle, le anunció que iba á saber su sentencia; pero antes que se procediera á la lectura, dirigió al rey un largo discurso, solemne apología de la conducta del parlamento, en donde todos los daños causados por el rey fueron recopilados y le acusó de todos los males de la guerra civil, ya que su tiranía habia hecho de la resistencia no solo un deber sino que tambien una necesidad.

El lenguaje del orador era duro, amargo, pero grave, compasivo, sin insulto y su conviccion evidentemente profunda, aunque mezclada de alguna emocion de venganza. El rey le escuchó sin interrumpirle y con igual gravedad. A medida que iba adelantando el discurso hácia su fin, una visible turbacion se apoderó de él; en el momento en que calló Bradshaw, probó de tomar la palabra : Bradshaw se opuso, y dió órden al secretario que hacia las veces de escribano de leerle la sentencia. Acabada la lectura : «Este es, dijo, el acto, el voto y la unánime sentencia del tribunal.» Todos los miembros se levantaron en señal de aprobacion. «Caballero, dijo el rey, ¿quereis escuchar una palabra?

Bradshaw : Señor, no podeis ser oido despues de la sentencia.

El rey : ¿No?

Bradshaw : No señor, con vuestro permiso. Guardias llevaos el preso.

El rey : Yo puedo hablar despues de la sentencia... con vuestro permiso, caballero, yo siempre tengo derecho de hablar despues de la sentencia... Con vuestro permiso... Aguardad... La sentencia caballero... Yo digo que... ¡Si á mí no se me permite hablar, pensad que justicia pueden esperar los demás!

En este instante los soldados le rodearon, le sacaron de la barra, y le llevaron por fuerza hasta donde le aguardaba el coche : tuvo que sufrir al bajar la escalera los mas groseros insultos; los unos arrojaban á sus piés su pipa encendida; los otros le soplaban el humo del tabaco á la cara, todos gritaban á sus oidos : «Justicia! ejecucion! A estos gritos sin embargo, el pueblo mezclaba alguna vez los suyos : «Dios salve á V. M.! Dios libre á V. M. de las manos de sus enemigos!» y hasta que

estuvo encerrado en el coche, los que le llevaban se mantuvieron con la cabeza descubierta á pesar de las órdenes de Axtell que llego hasta sacudirles.

Se pusieron en marcha para Whitehall; los soldados ocupaban ambas aceras de todo el camino; delante las tiendas, las puertas y ventanas, habia un inmenso gentío, la mayor parte en silencio, otros llorando, algunos rogando en alta voz por el rey. A cada paso los soldados para celebrar su triunfo renovaban sus gritos: «Justicia! justicia! ejecucion! ejecucion!» Pero Cárlos habia recobrado su serenidad acostumbrada, y demasiado altanero para hacer caso de su odio: «Pobres gentes, dijo al salir de su coche, por un chelin gritarian lo mismo contra sus oficiales.»

Apenas hubo entrado en Whitehall: «Herbert, dijo, escucha; mi sobrino el príncipe elector y algunos lores amigos mios, harán todos los esfuerzos para poderme ver; yo se lo agradezco; pero mi tiempo es corto y se debe aprovechar; deseo emplearlo en cuidar de mi alma; espero pues que no se incomodarán de que quiera solo ver á mis hijos. El mayor favor que en el dia me pueden hacer y deseo de los que me aman, es que rueguen por mí.»

Hizo en efecto llamar á sus dos jóvenes hijos, la princesa Isabel y el duque de Glocerter, que quedaban bajo la custodia de las cámaras, y el obispo de Lóndres Juxon, del que ya habia recibido de antemano, por la intervencion de Hugo Peters, los auxilios espirituales. Una y otra peticion le fue concedida. Al otro dia, 28, el obispo se dirigió á Saint-James, donde acababa de ser trasportado el rey; al verle se entregaba á su dolor: «Dejemos esto, milord, le dijo Cárlos; no tenemos tiempo de ocuparnos en ello, pensemos en nuestro gran negocio, es preciso prepararme para comparecer ante Dios, á quien dentro poco tendré que dar cuenta. Espero prepararme con sosiego, y que vos me ayudareis. Hablemos de estos miserables en cuyas manos estoy; tienen sed de mi sangre, la saciarán; cúmplase la voluntad de Dios.»

Pasó lo restante del dia en devota conversacion con él obispo: solo con mucha dificultad habia logrado que los dejasen solos en su aposento en el que el coronel Hacker habia puesto dos soldados; y durante la visita de Juxon el centinela de la puerta la abria á cada momento para asegurarse de que el rey estaba allí. Como lo habia presumido, su sobrino el príncipe elector, el duque de Richemond, el marques de Herteford, los condes Southampton, Linsey, y algunos otros de sus mas antiguos servidores, se presentaron para verle, pero no los recibió. M. Seymour, gentil-hom-

44

bre al servicio del príncipe de Galles llegó en aquel mismo dia de la Haya, portador de una carta del príncipe; el rey dió órden de que se le hiciese entrar, leyó la carta, la arrojó al fuego; encargó de su contestacion al mensajero, al que la habia llevado su respuesta, y le despidió inmediatamente. Al otro dia, 29, casi al amanecer, el obispo volvió á Saint-James. Acabado el rezo matutinal, el rey mandó le llevasen un cofrecillo que contenia la cruz de San Jorge y de la Jarretiere todas destrozadas: «Ved aquí, dijo á Herbert y Juxon las únicas riquezas de que puedo disponer en favor de mis hijos.»

Se los presentaron: al ver á su padre la princesa Isabel, de doce años de edad, se puso á llorar; el duque de Glocester, que aun no tenia ocho, lloraba al mirar á su hermana: Cárlos los sentó sobre sus rodillas, les repartió sus joyas, consoló á su hija, le aconsejó los libros que debia leer para asegurarse contra el papismo y le encargó dijese á sus hermanos que él perdonaba á sus enemigos, á su madre que jamás se habia borrado de su memoria y que hasta el último momento la amaba como el primer dia. Despues dirigiéndose al jóven duque: «Mi querido hijo, le dijo, van á cortar la cabeza á tu padre.» El niño le miró fijamente y con un aire serio: «Está atento, hijo mio, á lo que te voy á decir: tú no debes ser rey mientras vivan tus hermanos Cárlos y Jacobo, porque ellos cortarán la cabeza á tus hermanos si los pueden atrapar, y acabarán con cortártela á tí igualmente; te mando, no consientas jamás en ser rey nombrado por ellos.—Mas pronto me dejaré hacer pedazos, respondió el niño conmovido.» El rey lo abrazó con alegría, lo puso en tierra, abrazó á su hija, bendijo á los dos y rogó á Dios los bendijese; despues levantándose de repente: «Mandadlos sacar de aquí, dijo á Juxon» los niños sollozaban; el rey conmovido, apoyaba la cabeza contra una ventana, ahogando su llanto; abrióse la puerta, iban á salir sus hijos; Cárlos dejó precipitadamente la ventana, los volvió á tomar en sus brazos, los bendijo de nuevo, y huyendo en fin de sus caricias, cayó de rodillas y se puso á rezar con el obispo y Herbert, únicos testigos de aquella deplorable despedida.

Durante la misma mañana se habia reunido el tribunal superior y habia señalado, el martes 30 enero, de las diez á las cinco para la ejecucion. Cuando fue preciso firmar la órden fatal, costó infinito congregar los miembros comisionados; en vano dos ó tres de los mas apasionados se habian situado en la puerta de la sala, prendiendo á sus cólegas que salian para dirigirse á la cámara baja, obligándoles á venir á poner su nom-

CARLOS SE DESPIDE DE SUS HIJOS.

bre; muchos de aquellos mismos que habian votado la sentencia, procuraron ocultarse, ó lo rehusaron abiertamente. Cromwell casi solo, alegre, mordaz, atrevido, se entregaba como de costumbre, á la mas grosera truanería; despues de haber firmado el tercero, llenó de tinta la cara de Henry Martin que estaba á su lado y que en el acto le devolvió la accion. El coronel Ingoldsby, su primo, inscrito en el número de los jueces, pero que aun no habia comparecido, entró por casualidad en la sala: «Ahora si gritó Cromwell que no nos escaparás;» y apoderándose inmediatamente de Ingoldsby, con muchas carcajadas, ayudado de algunos miembros que estaban allí, le puso la pluma entre los dedos y guiándole la mano, le obligó á firmar.

Se recogieron en fin cincuenta y nueve firmas muchas de ellas antecedidas de nombres tan mal escritos, ya sea por turbacion ya por voluntad, que era casi imposible leerlos. Dióse órden al coronel Hacker, al coronel Huncks y al teniente coronel Phayre, de llevar á cabo la ejecucion. Hasta entonces los embajadores de los Estados-Uunidos, Alberto Joaquin y Adriano de Pauw, llegados á Lóndres cinco dias antes, habian en vano solicitado una audiencia de la cámara; ni su demanda oficial, ni sus visitas á Fairfax, Cromwell y algunos otros oficiales, lo habian podido conseguir.

Se les advirtió de repente que á las dos serian recibidos por los lores, y á las tres por los diputados. Se presentaron apresuradamente y cumplieron su comision; se les prometió una contestacion, y al volver á sus alojamientos, vieron empezar en Whitehall los preparativos de la ejecucion. Habian recibido visita de los ministros de Francia y España, pero ni uno ni otro habian querido tomar parte en sus diligencias: el primero se contentó con protestar que ya habia previsto aquel golpe desgraciado desde mucho tiempo y que habia hecho no pocos esfuerzos para impedirlo; el segundo, segun dijo, aun no habia recibido de su gabinete ninguna órden de intervenir, pero la esperaba de un instante á otro.

Al otro dia, 30, á cosa del medio dia, una segunda visita á Fairfax en la misma casa de su secretario, habia dado á los holandeses alguna esperanza; se habia conmovido á sus representaciones, y parecia al fin decidido á salir de su inercia: habia prometido dirigirse inmediatamente á Westminster para solicitar á lo menos un sobreseimiento. Pero asi que le dejaron delante de la casa misma en que le acababan de hablar, los dos embajadores encontraron un cuerpo de caballería que hacia desocupar la plaza; todas las avenidas de Whitehall, todas las calles vecinas

estaban igualmente desocupadas; por todas partes oian decir que el rey estaba pronto, y que no se haria aguardar mucho tiempo.

Muy de mañana en efecto, en un aposento de Whitehall, al lado de la cama en que Ireton y Harrison estaban aun acostados juntos, Cromwell, Hacker, Huncks, Axtell y Phayre, se habian reunido para estender el último acto de este horrible proceso, la órden que debia dirigirse al ejecutor «Coronel, dijo Cromwell ó Huncks, á vos toca escribir y firmar.» Huncks lo rehusó obstinadamente: «¡Qué obstinado regañon! dijo Cromwell.—A la verdad coronel Huncks, le dijo Axtell, me dais vergüenza; ved aquí el bajel que entra en el puerto y quereis replegar las velas antes que echar el áncora!» Huncks persistió en su negativa: Cromwell se sentó murmurando; escribió él mismo la órden, y la presentó al coronel Hacker, que la firmó sin objecion.

Casi al mismo instante, despues de cuatro horas de un profundo sueño, dejó Cárlos la cama: «Tengo un gran negocio que hacer, dijo á Herbert, es preciso que me levante al instante,» y se puso al tocador. Herbert turbado, le peinaba con menos cuidado: «Tomad, os ruego, le dijo el rey, el mismo trabajo que las otras veces, aunque no deba estar mucho tiempo mi cabeza sobre mis espaldas; hoy quiero ir preparado como para unas bodas.» Mientras se vestia pidió una camisa mas: «La estacion es fria, dijo, podria temblar, y presumiria la gente que es de miedo, y no quiero que sea posible semejante suposicion.» Apenas asomaba el dia, llegó el obispo y empezó los ejercicios religiosos; al leer el capítulo XXVII del Evangelio segun san Mateo, en que se refiere la pasion de nuestro Señor Jesucristo: «¿Milord, preguntó el rey, habeis elegido este capítulo, como el mas apropósito á mi situacion?—Suplico á V. M. repare, respondió el obispo, que es el Evangelio del dia, como lo prueba el calendario.»

El rey apareció profundamente conmovido, y prosiguió leyendo con mucho mas fervor. Cerca las diez llamaron ligeramente á la puerta; Herbert se mantuvo inmóvil: el segundo golpe se dejó oir un poco mas fuerte aunque con cuidado: «Id á ver quien llama, dijo el rey.—Era el coronel Hacker.—Hacedle entrar, añadió.—Señor, dijo el coronel con voz baja y temblorosa, ha llegado el momento de ir á Whitehall; V. M. tendrá aun mas de una hora para descansar.—Voy al instante, respondió Cárlos, dejadme.» Hacker salió: el rey se recogió aun por algunos minutos, despues tomando al obispo de la mano: «Venid, dijo, marchemos: Herbert, abrid la puerta: Hacker me ha llamado segunda vez.» Bajó al parque que debia atravesar para dirigirse á Whitehall.

Muchas compañías de infantería le esperaban; formando una doble hilera por su paso; un destacamento de alabarderos marchaba delante con banderas desplegadas; los tambores con sus redobles sofocaban todos los gritos. A la derecha del rey iba el obispo, á su izquierda, con la



BRADSHAW.

cabeza descubierta, el coronel Tomlinson, comandante de la guardia, y á quien Cárlos, al que habian gustado sus atenciones, habia pedido no le dejase hasta el último instante. Conversó con él durante el camino, le habló de su entierro, de las personas á quienes queria que se hiciera ese encargo, marchando á pesar de eso con aire sereno, tranquilas miradas,

firme paso, y mas aprisa que la tropa, de cuya lentitud manifestaba admirarse de cuando en cuando. Uno de los oficiales de servicio, lisonjeándose sin duda de aflijirle, le preguntó «si habia concurrido con el ya fallecido duque de Buckingham á la muerte del rey su padre.» «Amigo mio, le respondió Cárlos con desprecio y dulzura, si otro pecado que este no tuviese, tomo á Dios por testigo y te aseguro que no le pediria perdon.»

Llegados á Whitehall subió con desembarazo la escalera, pasó la grande galería, y entró en su alcoba, donde le dejaron solo con el obispo, que se preparó para darle la comunion. Algunos ministros independientes, Nye y Goodwin entre otros, llamaron á la puerta diciendo que venian á ofrecer sus servicios al rey: «El rey está rezando, respondió Juxon;» ellos insistieron. «Muy bien, dijo Cárlos, dadles en mi nombre gracias por sus ofertas; pero decidles francamente que despues de haber rezado tanto tiempo contra mí y sin culpa alguna, ellos no rezarán jamás conmigo durante mi agonía: mas pueden si quieren rogar por mi, yo se lo agradeceré.» Se retiraron; el rey se arrodilló, recibió la comunion de manos del obispo, y levantándose con viveza: «Mientras, dijo, que estos pícaros vienen, protesto que los perdono con todo corazon; y estoy dispuesto á cuanto me pueda ocurrir.» Se le habia preparado la comida pero no quiso tomar nada: «Señor, le dijo Juxon, habeis estado mucho tiempo en ayunas; hace frio, quizás en el cadalso, alguna debilidad...—Teneis razon, dijo el rey.» Comió un pedazo de pan y bebió un vaso de vino. Era la una: Hacker llamó á la puerta; Juxon y Herbert se arrodillaron: «Levantaos mi viejo amigo, dijo el rey al obispo tendiéndole la mano.» Hacker llamó de nuevo: Cárlos hizo abrir la puerta: «Marchad, dijo al coronel, ya os sigo.» Se adelantó á lo largo de la sala siempre entre dos hileras de soldados; una multitud de hombres y mujeres se habian agrupado con peligro de su vida, inmóviles detrás de la guardia, y rogando por el rey á medida que pasaba; los soldados igualmente silenciosos no les inquietaban. Al estremo de la sala una abertura practicada la víspera en la pared, conducia de llano al cadalso entapizado de negro; se veian dos hombres consternados cerca de la hacha, entrambos vestidos de marineros y con máscara. El rey apareció sobre el cadalso con la cabeza erguida, paseando por todas partes sus miradas y buscando en vano al pueblo para hablarle. Viendo que solo las tropas cubrian la plaza y que á nadie se habia permitido acercarse, se dirigió á Juxon y Tomlinson diciéndoles: «Casi solo de vosotros puedo ser oido;

CROMWELL MIRANDO ATENTAMENTE EL CADÁVER DE CÁRLOS I.



será pues á vosotros á quienes dirigiré mis palabras.» Les hizo en efecto un pequeño discurso que habia ya preparado, grave y sosegado hasta rayar en lo frio, y aplicado únicamente á sostener que el tenia razon, que el desprecio de los derechos del soberano era la verdadera causa de las desgracias del pueblo; que este no debia tener ninguna parte en el gobierno y con esta sola condicion recobraria el reino la paz y la libertad. Mientras estaba hablando, alguno tocó el hacha por lo cual se volvió precipitadamente diciendo: «No la estropeeis que me lastimaria mas.» Acabado su discurso y viendo que iban á volver á tocar el fatal instrumento: «cuidado con el hacha, esclamó consternado, cuidado con el hacha.» El mayor silencio reinaba: puso sobre su cabeza un gorro de seda, y dirigiéndose al ejecutor le preguntó: «Mis cabellos, te estorban? —Suplico á V. M. los coloque bajo su gorro, respondió el hombre con respeto.» El rey los arregló ayudándole el obispo: «¿Tendré yo, le dijo, tomándome este cuidado, una buena causa y un Dios clemente?

Juxon : Si señor, solo hay un paso que dar; está lleno de turbacion y agonía, pero es breve y pensad que ganais mucho con él; os hace pasar de la tierra al cielo.

El rey : Yo paso de una corona corruptible á otra incorruptible, con la que no tendré que temer ninguna zozobra, ninguna turbacion.» Y dirigiéndose al ejecutor: «¿Están bien mis cabellos?» Se quitó su capa y su collar de san Jorge, dándoselo al obispo y diciéndole: «Acordaos.» Desabrochó su vestido, apartó su capa, y mirando el tajo: «Ponedlo de modo que esté muy seguro, dijo al ejecutor.—Ya lo está señor.

El rey : Yo haré una corta oracion y cuando levante las manos al cielo entonces...» Se recogió, dijo algunas palabras en voz baja, levantó los ojos al cielo, se arrodilló y puso su cabeza bajo la cuchilla; el verdugo arregló aun un poco sus cabellos debajo del gorro; el rey pensó que le iba á herír: «Esperad la señal, le dijo.—Ya la espero, señor, con vuestro beneplácito.» Pasado un instante, tendió el rey las manos; el ejecutor descargó el brazo: la cabeza rodó al primer golpe: «¡Ved aquí la cabeza de Cárlos I rey de la Gran-Bretaña, dijo, enseñándola al pueblo.» Prolongado y sordo rumor se levantó alrededor de Whitehall; mucha gente se precipitó al pié del cadalso para mojar sus pañuelos con la sangre del rey; dos cuerpos de caballería se adelantaron por dos diferentes direcciones, y dispersaron con lentitud á la muchedumbre. El cadalso quedó solitario; se llevaron el cuerpo y lo dejaron encerrado en el ataud; Crom-

well lo quiso ver; lo miró atentamente, y moviendo la cabeza con sus manos como para asegurarse que estaba del todo separada del tronco: «Era un cuerpo bien formado, dijo, y que prometia muy larga vida (1).»

El féretro quedó siete dias patente en Whitehall; un inmenso concurso llegaba á la puerta, pero pocos obtenian permiso para verlo. El 6 de febrero por órden de los diputados, fue enviado á Herbert y Lilmay, con autorizacion de hacerlo sepultar en el castillo de Windsor en la capilla de san Jorge, donde estaba depositado el de Enrique VIII. La traslacion se hizo sin pompa, pero con decencia; seis caballos enjaezados de negro arrastraban el féretro: seguian cuatro igualmente negros montados por los cuatro últimos servidores del rey, que le habian acompañado á la isla de Wight. Al otro dia, 7, por voluntad de la cámara, el duque de Richemond, el marques de Hertford, los condes Southampton y Lindsey y el obispo Juxon pasaron á Windsor para asistir á los funerales, é hicieron grabar sobre la tumba estas solas palabras:

CARLOS—REY.

1648.

Cuando se trasladó el cuerpo del castillo á la capilla, el tiempo hasta entonces apacible y sereno, cambió de repente; la nieve cayó en abundancia; el terciopelo negro que cubria el féretro quedó enteramente cubierto, y los adictos al rey se complacieron en ver en la repentina blancura del féretro de su desgraciado dueño, un símbolo de su inocencia. La comitiva llegó al lugar escogido para la sepultura; el obispo Juxon se preparaba á hacerle los oficios fúnebres segun los ritos de la iglesia anglicana, pero Whitchcott se opuso: «La liturgia decretada por las cámaras, dijo, obliga al rey como á otro cualquiera.» Se sometieron; no hubo lugar á ninguna ceremonia religiosa; metido el féretro en la tumba, salieron todos de la capilla y el gobernador cerró la puerta. La cámara se hizo dar cuenta del gasto de las exequias, y asignó quinientas libras esterlinas para su pago.

(1) En el *Diccionario histórico ó Biografía universal de hombres célebres* se hallan mas estensos pormenores relativos á la vida y hechos de Oliverio Cromwell, personaje digno de ser meditado. *(Nota del traductor.)*

El mismo dia de la muerte del rey no se permitió la salida de ningun correo de Londres; hasta que la cámara dió una órden declarando traidor á todo el que proclamase por sucesor suyo á Cárlos Estuardo, su hijo, comunmente llamado el príncipe de Galles, ú otro cualquiera. El 6 febrero, despues de una larga discusion, por mayoría de cuarenta y cuatro votos contra veinte y nueve quedó formalmente abolida la cámara de los lores. Al otro dia (7) se adoptó en fin un acta concebida en estos términos, y que podia llamarse complemento de la revolucion: «La esperiencia demuestra, y esta cámara declara, que la dignidad real es inútil en este país, onerosa y peligrosa para la libertad, la seguridad y el bien público; en consecuencia queda desde este instante abolida.» Se grabó un gran sello: veíase en una cara la Carta de Inglaterra é Irlanda con las armas de las dos naciones, y al reverso una vista de la cámara de los diputados en sesion; debajo se leia esta inscripcion propuesta por Enrique Martyn. «Año primero de la restauracion de la libertad por la bendicion de Dios. 1648.»

DISCURSO PRELIMINAR

SOBRE LA HISTORIA

DE LA

REVOLUCION

DE

INGLATERRA.

La Revolucion de Inglaterra ha conseguido su objeto y puede considerarse como duplicada su victoria. Los que la promovieron fundaron en Inglaterra la monarquía constitucional : los descendientes de aquellos han establecido en América la República de los Estados-Unidos. Esos grandes acontecimientos no presentan ya actualmente oscuridad de ningun género; el tiempo al sancionarlos los ha bañado de luz. La Francia entró hace sesenta años en las sendas que la Inglaterra ha franqueado : la Europa entera se precipitaba aun ayer sobre ese mismo camino.

Quisiera decir que causas han dado á la monarquía constitucional en Inglaterra y á la República en la América inglesa el sólido resultado á que la Francia y la Europa aspiran en vano hasta el presente al través de las misteriosas pruebas de las revoluciones, pruebas que segun son sufridas hacen avanzar ó retroceder siglos enteros á los pueblos.

En nombre de la fé y de la libertad religiosa principió en el siglo XVI el movimiento que unas veces suspendido, pero siempre renaciendo agita y arrebata el mundo entero. La tempestad se desarrolló por de pronto en

el espíritu humano : sus consecuencias se sintieron en la iglesia antes que en el Estado.

Se ha dicho que en el fondo el protestantismo habia sido una revolucion mas bien política que religiosa ; una insurreccion en nombre de los intereses mundanos contra el órden establecido en la Iglesia, mas bien que el rapto de una creencia en nombre de los intereses eternos de la humanidad. Semejante juicio es poco profundo y no estriba sino en apariencias. Este error ha hecho adoptar á los poderes espirituales y temporales que se han dejado alucinar una marcha que les ha sido fatal. Preocupados esclusivamente en reprimir el elemento revolucionario del protestantismo han desconocido el elemento religioso que trae consigo. El espíritu de revolucion es ciertamente muy poderoso ; pero no lo bastante para producir por sí mismo tales resultados. No estalló y no prosigue únicamente para sacudir un yugo la reforma del siglo XVI, sino para profesar y practicar una fé. Asi lo demuestra espléndidamente desde hace tres siglos un hecho supremo é incontestable. Dos paises protestantes, los mas protestantes de Europa, la Inglaterra y la Holanda son actualmente los pueblos donde la fé cristiana conserva mas vigor y autoridad. Preciso es tener una crasa ignorancia acerca de la naturaleza del hombre para creer que una vez triunfante la insurreccion se hubiese sostenido y perpetuado de ese modo si el movimiento no hubiese sido desde su principio esencialmente religioso.

En Alemania durante el siglo XVI la revolucion fue religiosa y no política. En Francia por el contrario en el siglo XVIII fue política y no religiosa. La Inglaterra tuvo en el siglo XVII la fortuna de ver reinar juntamente el espíritu de fé religiosa y de libertad política, y por esa razon pudo simultáneamente considerar las dos revoluciones. Asi pudieron desplegarse sin romper todas sus trabas todas las grandes pasiones de la naturaleza humana, y asi aquellos hombres pudieron conservar sus esperanzas y sus ambiciones de lo eterno, cuando sus esperanzas y sus ambiciones terrenales quedaron desvanecidas.

Los reformadores ingleses, especialmente los políticos, no creian hallarse en el caso de necesitar una revolucion. Las leyes, las tradiciones, los ejemplos y todas las memorias de su país les eran caras y como sagradas : en ellas encontraban el punto de apoyo de sus pretensiones y la sancion de sus ideas. Si reclamaban sus libertades solo era en nombre de la gran Carta y de las numerosas disposiciones gubernativas que desde cuatro siglos atras la venian confirmando. Hacia cuatro siglos que ni una

sola generacion habia pisado el suelo de la Inglaterra sin pronunciar el nombre y ver la imágen del parlamento. La alta nobleza y el pueblo, los hidalgos campesinos y los propietarios de las grandes poblaciones, todos habian venido de consuno en 1640 no á disputar nuevas conquistas, sino á entrar en posesion de su antigua herencia; no á ensayar combinaciones y esperimentos tan infinitos como vagos del pensamiento humano, sino á entrar en el goze de derechos tan antiguos como llenos de realidad.

No habian entrado los reformadores religiosos en el Parlamento llamado el Largo en tiempo de Cárlos I con pretensiones tan legales. La iglesia episcopal de Inglaterra, tal cual habia sido instituida por el despotismo caprichoso y cruel de Enrique VIII y luego por el despotismo hábil y tenaz de Isabel no les convenia, pues segun su modo de ver no era mas que una reforma incompleta, inconsecuente y comprometida sin cesar por el peligro de retroceder hácia la iglesia católica con la cual conservaba demasiadas afinidades; por lo tanto meditaban para la iglesia cristiana de su país una nueva constitucion, una reforma radical. El espíritu revolucionario es en tales casos mas ardiente, mas franco que cuando la cuestion se reduce única ó principalmente á reformas políticas. Sin embargo los innovadores religiosos no se dejaban enteramente llevar del capricho de su fantasía: habíanse aferrado á una áncora, regíanse por una brújula, cuyas indicaciones les inspiraban completa seguridad. El Evangelio era su gran carta; el Evangelio entregado, preciso es confesarlo á sus interpretaciones y comentarios, pero anterior y superior á su voluntad y por eso se humillaban sinceramente á pesar de su orgullo ante ese código que no era obra suya.

A estas dos garantías de moderacion, que las dos revoluciones nacientes encontraron en sus respectivos partidarios, la Providencia añadió otro favor, y fue el de no verse desde sus primeros pasos condenadas á cometer el error, que no tarda en convertirse en peligro formal, de atacar espontáneamente y sin una necesidad evidente y perentoria á un poder blando é inofensivo. Lejos de eso en Inglaterra fue el poder real el agresor en la época á que nos referimos. Cárlos I lleno de altivas pretensiones, pero sin grande ambicion, y mas bien para no desmerecer á los ojos de los reyes, sus contemporáneos que para dominar rudamente á su pueblo, tentó por dos veces establecer el predominio de las máximas y prácticas del absolutismo. Primero siendo dominado á su vez por un favorito frívolo y vano, cuya presuntuosa incapacidad repugnaba al buen

sentido y zaheria el honor de los mas oscuros ciudadanos (1) chocó de frente con el parlamento y luego rechazando toda idea de parlamento trató de dirigir solo las riendas del gobierno poniéndose en manos de un ministro enérgico, hábil, ambicioso, aficionado en alto grado al mando, afecto al soberano, pero sin llegar á ser bien comprendido ni apoyado por su autoridad, de manera que al fin tuvo que conocer que para salvar á los reyes no basta el saberse sacrificar noblemente en su servicio (2).

Para atacar á ese despotismo agresivo, mas emprendedor que enérgico, y que lo mismo en la Iglesia que en el Estado sofocaba los derechos antiguos asi como las nuevas libertades, no pensaba el país escederse de los límites de la resistencia legal, y por lo tanto depositó su confianza en el parlamento. La resistencia fue tan unánime como legítima. Los hombres de mas diverso orígen y carácter, los mas estraños á la vida de la córte y los mas habituados á ella, los amigos de la iglesia establecida y los que le profesaban enemistad, todos sin distincion se pronunciaron espontáneamente contra tamaños abusos, y estos se desvanecieron á su impulso cual los muros de antigua fortaleza se desmoronan á los primeros disparos del enemigo.

En semejante esplosion de iras y de esperanzas nacionales hubo espíritus previsores, no faltaron conciencias escrupulosas que presentian alguna inquietud para el porvenir. La venganza no solo desfigura, sino que en el fondo altera el carácter de la justicia, y la pasion, envanecida con sus derechos salva el límite que le está asignado, y tal vez va mas allá del término de sus propios deseos. Strafford fue justamente acusado, é injustamente sentenciado. Los políticos que no deseaban la ruina de la iglesia episcopal dejaban que los obispos fuesen ultrajados y humillados como vencidos que ya nunca mas han de volver á levantarse. Los mal calculados golpes que quitaban á la corona la fuerza para acometer nuevas usurpaciones ó para sostener infundadas pretensiones, la afectaban tambien en sus justas prerrogativas. Graves incidentes revelaban de cuando en cuando el espíritu revolucionario que se ocultaba bajo el velo de la reforma : varoniles acentos lo ponian tal vez de manifiesto á la vista de la nacion. Nunca han faltado durante los primeros pasos de las revoluciones advertencias y rasgos de luz que han hecho presentir el porvenir, pero la necesidad ó el prestigio de la victoria deslumbra á los pueblos y los lanza hácia las probabilidades del porvenir.

(1) Jorge Williers, duque de Buckingham.
(2) Tomás Wentworth, conde de Strafford.

Cuando se consumó la obra de la reforma, cuando los abusos que habian exitado la reprobacion unánime quedaron remediados, cuando los poderes, autores de aquellos abusos, y los hombres instrumentos de aquellos poderes quedaron abatidos, cambió la escena y se suscitó una nueva cuestion. ¿Cómo han de conservarse esas nuevas conquistas? ¿Cómo habrá seguridad de que la Inglaterra sea en lo sucesivo gobernada segun los principios y leyes que acaba de restablecer?

Entonces los reformadores políticos principiaron á sentirse asaltados de dudas. Sobre ellos existia el rey, que aun cediendo conspiraba contra ellos. Si en la nueva forma de gobierno el rey empuñaba las riendas en el estrecho límite que le dejaban las reformas verificadas era probable que atropellara igualmente á los reformados y á los reformadores. En torno de estos últimos figuraban como aliados los innovadores religiosos, presbiterianos y sectarios diversos que no se contentaban con las reformas políticas, y que en su odio á la iglesia establecida aspiraban no solo á sacudir su yugo, sino á destruirla y á imponerle el suyo. Para seguridad de su obra tanto como para su seguridad individual los jefes de faccion querian permanecer sobre las armas, y aunque hubiesen intentado lo contrario no lo habrian sus afiliados consentido.

Un solo medio se ofrecia á su modo de ver como garantía de salvacion : consistia en que el parlamento conservara el poder soberano que acababa de adquirir, y el rey siguiera en constante imposibilidad de gobernar á despecho del parlamento y de la cámara de los diputados en el parlamento.

Este es el resultado á que por último ha llegado en Inglaterra la monarquía constitucional : este es el objeto á que se encaminaban hace dos siglos sus partidarios ; pero en el siglo XVII no tenian ni las virtudes, ni las luces indispensables á esa clase de gobierno.

Tal cúmulo de arrogancia y de debilidad hay en el corazon del hombre que al paso que se precipita ardorosamente contra las dificultades quisiera estar disfrutando el reposo que puede prometerse de la victoria. Poco es superar los obstáculos ; quisiera destruirlos para que nunca volvieran á inquietarle ; no le contenta el triunfo si no puede gozarlo aisladamente y en una completa seguridad. La monarquía constitucional no satisface esas malas inclinaciones de la naturaleza humana. A ninguno de los poderes que pone de frente concede un dominio esclusivo y exento de peligro. A todos, aun al que mas alto figura impone el continuo trabajo de alianzas forzosas, de consideraciones recíprocas, de transacciones fre-

cuentes, de influencias indirectas, y de una lucha incesantemente acompañada de probabilidades tan pronto ventajosas como desfavorables. Solo á este precio asegura en último resultado la monarquía constitucional el triunfo de los intereses y las opiniones de un país, con tal que á su vez este sepa moderar sus deseos, y ser tan vigilante como sufrido en sus esfuerzos.

Ni la monarquía, ni el parlamento de Inglaterra llegaban en el siglo XVII á comprender esas condiciones de su comun gobierno, y por lo tanto no se resignaban á él. La monarquía se empeñaba en subsistir y la cámara baja queria ser directa é infaliblemente soberana. Su orgullo exigia esa satisfaccion y su temor reclamaba esa garantía.

Para conseguir ese objeto, para retener y seguir ejerciendo el poder soberano de que se habia apoderado no podia la cámara baja darse por satisfecha con la reforma de los abusos y el restablecimiento de los derechos legales: forzoso era alterar profundamente las leyes antiguas y atraer á su mano todos los poderes.

Cuando llegaron las cosas á este estremo dieron lugar á una desavenencia entre los reformadores. Los mas previsores ó tímidos abrazaron la defensa del órden legal y de la monarquía amenazada, y los otros menos escrupulosos ó mas atrevidos marcharon por la via de la revolucion.

A esta circunstancia deben su orígen los dos grandes partidos que con denominacion y aspecto diversos vienen desde entonces presidiendo los destinos de la Inglaterra, consagrándose el uno, el de los *Torys*, ó conservadores á mantener el órden establecido, y el otro, el de los *Whigs* ó innovadores á favorecer el desarrollo de las influencias populares.

La lucha que entonces se suscitó en el parlamento fue viva pero de corta duracion. El partido monárquico intentó organizarse alrededor del rey y gobernar en su nombre. Apenas se trató de poner en accion esos primeros ensayos del sistema constitucional, fracasaron por las faltas de un rey inconsecuente, frívolamente obstinado y tan poco sincero con sus consejeros como con sus enemigos; por la inesperiencia de esos mismos consejeros, demasiado esclusivos al par que demasiado débiles y constantemente engañados y vendidos en palacio y en el parlamento; y finalmente por las desconfianzas y exigencias del partido revolucionario dispuesto á no darse por satisfecho mientras el poder absoluto que se habia propuesto destruir no pasara á sus manos.

Cierto dia, con motivo de una nueva peticion que se trataba de pre-

sentar al rey contra antiguos abusos, como si ya no hubiesen sido remediados se estableció rotundamente la cuestion de mayoría entre los dos partidos. El debate llegó á adquirir tal violencia que faltó poco para que en el mismo salon del congreso los diputados vinieran á las manos. Once votos dieron la victoria al partido de la revolucion. A los cincuenta dias despues el rey salió como fugitivo de su palacio de Whitehall en cuyo recinto no debia ya volver á entrar sino para subir al cadalso. La cámara baja decretó perentoriamente que se atendiera sin retardo á la salvacion del reino amenazado poniéndolo en estado de defensa. Aquí concluyó la lucha parlamentaria y principió la guerra civil.

En aquel solemne momento manifestáronse indistintamente tristes y siniestros presentimientos en uno y otro partido, particularmente en el del rey, que confiaba menos en sus fuerzas, y tal vez hasta en su propia causa.

Mas no puede sin embargo decirse que todos veian las cosas bajo un mismo aspecto. La pasion y la esperanza del triunfo dominaban generalmente en los ánimos. El espíritu de resistencia á la ilegalidad y á la opresion ha sido una de las disposiciones mas nobles y tal vez mas saludables del pueblo ingles en todo el curso de su historia. Dócil y hasta favorable á la autoridad cuando esta no se estralimita de la ley, sabe aquel pueblo mantener varonilmente, y á despecho de ella, sus propios derechos y lo que está en su concepto acorde con la ley del país. Uno y otro partido se hallaban dominados de este sentimiento aun en medio de sus discordias. El partido revolucionario luchaba contra las desigualdades y las opresiones que la nacion habia sufrido en los tiempos pasados por parte del rey, cuyo poder temia para lo sucesivo. El partido monárquico luchaba contra las desigualdades y las opresiones de que en aquella actualidad el parlamento era responsable ante el país. El respeto del derecho y de la ley, si bien desconocido y violado á cada paso, existia constantemente en el fondo de los corazones y no dejaba fijar la vista en las calamidades que la guerra civil les preparaba.

Tampoco discrepaban mucho en ninguno de los partidos las costumbres de las que exige el carácter de la guerra civil. Los denominados *caballeros* eran impetuosos é inflexibles, y de ellos casi podia decirse que todavía conservaban las costumbres de los combates, y aquella aficion de recurrir en todo caso á la fuerza, como solia hacerse en tiempos del feudalismo. Los *puritanos* se distinguian por su tenacidad y rudeza, y al parecer estaban animados de las pasiones y recuerdos del pueblo

hebreo que defendia y vengaba á su Dios descargando golpes sobre sus enemigos. Á unos y á otros les era familiar el sacrificio de la vida y no se horrorizaban de derramar sangre.

Otra causa, aun mas secreta, provocaba y agravaba la esplosion. No eran solo los partidos políticos y religiosos los qne se habian lanzado al combate : tras de ellos se ocultaba otra cuestion social, la lucha de las clases diversas por alcanzar influencias y poder. No por eso se entienda que esas clases en Inglaterra estuviesen profundamente separadas y poseidas de mucho aborrecimiento como en otros paises. El pueblo ingles no habia echado en olvido que la alta nobleza habia defendido las libertades populares al defender las suyas propias. Los propietarios rurales y los de las grandes poblaciones ocupaban hacia tres siglos los escaños del parlamento en nombre de las municipalidades de Inglaterra. Pero durante el último siglo habian ocurrido grandes cambios en la fuerza relativa á las diversas clases en el seno de la sociedad sin que por eso se hubiesen verificado cambios análogos en el gobierno. La actividad mercantil y el ardor religioso habian comunicado un prodigioso impulso á las riquezas y á las ideas en las clases medias. En uno de los primeros parlamentos del reinado de Cárlos I se echó de ver, con admiracian, que la cámara de los diputados era tres veces mas rica que la de los lores. La alta aristocracia ya no poseia ni daba por consiguiente á la monarquía la misma preponderancia en la nacion. Los hidalgos de provincia, los arrendadores y pequeños propietarios rurales, que entonces eran muy numerosos, tampoco ejercian en los asuntos públicos una influencia proporcionada á su importancia en el país : habian crecido ; pero no se habian elevado. De aquí resultaba que entre ellos y hasta en sus inferiores fermentaba un poderoso espíritu de ambicion, siempre dispuesto á aprovecharse de toda ocasion de elevarse. La guerra civil abria un vasto campo á la energia y esperanzas de estos hombres, y como no por eso ofrecia desde su principio el aspecto de una clasificacion repugnante y esclusiva no faltaron tampoco individuos de todas las gerarquías de la nobleza que se pusieron al frente del partido popular. Sin embargo la nobleza por una parte y la clase media y el pueblo por la otra, se fueron agrupando, unos en rededor del trono, otros en rededor del parlamento : síntomas inequívocos revelaban ya un gran movimiento social en el seno de una gran lucha política, y dejaban adivinar la efervecencia de una democracia ascendente que se abria paso al través de una aristocracia debilitada y desunida.

Ambos partidos encontraban en el estado de la sociedad, y hasta en las mismas leyes del país medios naturales de sostener por medio de las armas sus derechos y sus pretensiones. La cámara de los diputados venia desde el reinado de Isabel, aplicándose con ardor á destruir las últimas y vacilantes instituciones del feudalismo. Mas aun quedaban profundas huellas de ese régimen : las costumbres, ideas y algunas veces hasta las reglas de ese sistema figuraban todavía de un modo importante en las relaciones de los poseedores de feudos con el rey, con el señor feudal ó con una parte de la poblacion agrupada en torno suyo en sus posesiones señoriales. Esta poblacion se levantaba todavía á la voz de su señor, sea para asistir á una diversion pública, sea para lanzarse á un combate, del mismo modo que el señor á su vez acudia al llamamiento del rey que necesitaba de sus servicios. Puede decirse que semejante período era una de aquellas épocas de trasformacion en que las antiguas leyes, honradas pero faltas de vigor, subsisten por su influencia mas bien que por su fuerza obligatoria. El afecto hacia las veces de la antigua servidumbre ; la lealtad del vasallo habia sido sustituida por la adhesion del súbdito y los nobles de todas gerarquías se apresuraban á unirse al soberano dispuestos á morir por su causa y llevando en pos un puñado de servidores animados de igual afecto por lo relativo á sus señores.

Por su parte la clase media, los artesanos y el pueblo no carecian tampoco aunque bajo otra forma de medios de accion independiente y hasta apropósito para la guerra. Organizados en corporaciones municipales ó mercantiles podian reunirse libremente para tratar de sus asuntos : imponian contribuciones, levantaban milicias, administraban justicia, cuidaban de la policía, y por decirlo de una vez, deliberaban y obraban en el recinto de sus muros, y segun el espíritu de sus respectivas constituciones como unos pequeños soberanos. La estension del comercio y de la industria, sus riquezas, sus relaciones y su crédito daban á estas corporaciones un poder que cuando lo usaban en beneficio de su causa solian manejarlo con toda la audacia propia del orgullo falto de esperiencia.

No se conocia entonces el imperio de una administracion central y única. Los asuntos rentísticos, militares y hasta los judiciales estaban mas ó menos completamente en manos de autoridades locales y casi independientes. En un condado estaba la administracion pública á cargo de los propietarios ; mas allá residia la autoridad en alguna corporacion municipal ó de otro carácter que empleaba todo su poder administrativo

en servicio de su causa política por el rey ó por el parlamento segun le convenia.

Cuando estos medios no eran suficientes, es decir, cuando la accion debia salir de la esfera de poderes legales y reconocidos, el espíritu de asociacion tradicional y poderoso en el país establecia prontamente entre los condados, ciudades, partes diversas del territorio ó clases diversas de la sociedad, relaciones directas y eficaces en virtud de las cuales se organizaban otras nuevas asociaciones libres y momentáneas que imponian contribuciones, reclutaban soldados, formaban juntas, y por medio de ellas atendian á todas las necesidades materiales del partido político que habian abrazado.

En el seno de una asociacion de este género, la que los cinco condados unidos del Este formaron para defender el parlamento, fue donde Cromwell manifestó los primeros síntomas de su fuerza, y estableció los primeros cimientos de su poder.

En una sociedad dispuesta y organizada de tal modo, la guerra civil no ofrecia nada de estraño, ni impracticable. No tardó por lo tanto en estenderse á todo el país, unas veces sostenida por los agentes del rey ó del parlamento y otras por espontánea voluntad de todos los ciudadanos, que sin vacilacion de ningun género se lanzaban á la lucha como á ejercer un derecho y cumplir con un deber. Ambos partidos estaban profundamente convencidos de la justicia y de la grandeza de su causa, y hacian en obsequio suyo esos esfuerzos y sacrificios que dan sublimidad al ánimo aun en el mismo instante de estraviarlo y comunican á la pasion las apariencias y alguna vez hasta los méritos de la virtud. No por eso se entienda que faltase virtud á ninguno de los dos partidos. Los caballeros, si bien no sin falta de razon eran tachados de violentos y licenciosos, presentaban en sus filas algunos de los mas perfectos modelos de aquellas costumbres grandes y generosas que campearon en antiguas familias ilustres por su patriotismo sin exigencias y por su dignidad en la sumision. Los puritanos con su orgullo y dureza hacian un inapreciable servicio á su patria estableciendo en ella la austeridad de la vida privada y la santidad de las costumbres domésticas. Combatian ambos partidos con encarnizamiento, mas no por eso echaban en completo olvido, ni aun en el mismo seno de la lucha, los sentimientos propios de otras épocas pacíficas y normales. Sus combates constituian una guerra civil ardiente, obstinada, llena de violencias y calamidades pero exenta de sangrientos motines, de matanzas judiciales y otros cínicos y

bárbaros escesos. Las costumbres generales de la poblacion contribuyeron á que la guerra estuviera sin cesar contenida en ciertos límites del derecho y de la humanidad.

Conviene hacer cuanto antes esta justicia á los partidos, pues las virtudes de estos son frágiles y de corta duracion cuando se hallan espuestas á tener que luchar con el huracan de las revoluciones. Desgraciadamente á medida que la guerra civil se prolongaba se fueron debilitando el respeto de los derechos y los sentimientes justos y generosos. Fuéronse desenvolviendo las consecuencias naturales en el estado de revolucion, y con ellas las ideas y los hábitos legales y de moralidad se fueron al par desvirtuando en uno y otro partido. El rey carecia de recursos pecuniarios : sus secuaces se entregaron á un desenfrenado pillage. Las contribuciones que el parlamento imponia no alcanzaban á cubrir las necesidades de la guerra : por eso en todos los condados estableció un sintema de confiscacion mas ó menos embozada que con el nombre de bienes de los *delincuentes* ponia á su disposicion las rentas y hasta las fincas de sus enemigos y venia á ser inagotable fuente de riqueza para sus partidarios. En medio de tan general y no interrumpido desórden, en medio de los abusos de la fuerza, y de los escesos de la desgracia no podia faltar de continuo estímulo á las malas pasiones, ni quedar ningun deprabado deseo sin esperanzas. El odio y el afan de vengarse dominaba en las almas enérgicas, asi como las débiles eran presa del temor y la bajeza. El parlamento que pretendia obrar en nombre de las leyes y servir al rey al mismo tiempo que lo combatia, estaba reducido á espresarse aun en medio de sus actos mas violentos en un lenguaje lleno de falsedad y de hipocresía. No faltaban realistas que desconfiando de las ulteriores miras del monarca, viéndose obligados á sacrificios superiores á sus fuerzas, y siendo cada vez mas problemática la victoria de su partido, sentian que gradualmente iba estinguiéndose su adhesion y se sometian por desaliento ó se indemnizaban con la impunidad de sus escesos. La mentira, la violencia, la codicia, la pusilanimidad y el individualismo bajo todas sus formas hacian rápidos progresos entre los que habian tomado una parte activa en la lucha, en tanto que la poblacion, que solo asistia al combate desde lejos, tampoco podia librarse de la detestable influencia del espectáculo revolucionario y poco á poco iba perdiendo sus nociones de derecho, deber, justicia y virtud, ó no las tenia ya sino de un modo vago y oscuro.

Esa parte de la poblacion padecia al mismo tiempo horribles pérdi-

das en sus intereses materiales. La guerra desarrollada ya en todas partes, y en todas igualmente desordenada, producia estragos sin cuento asi en las ciudades, como en las campiñas, y destruia la subsistencia, ó la esperanza y la industria del pueblo. Las providencias del parlamento, en especial las del ramo de Hacienda, eran esplotadas por las enemistades é intrigas locales de manera que acababan de producir el desórden y el desprecio en la propiedad territorial. Ninguna seguridad habia para los negocios del momento, ni para las especulaciones del porvenir. La vida civil se veia dolorosamente afectada hasta en el seno de aquellas familias que mas distantes se hallaban de la lucha política. Y como por lo regular el temor va mas allá de los límites del sufrimiento, el país gemia dominado de una ansiedad mas general y mas penosa todavía que la triste realidad.

No se hizo esperar mucho tiempo la esplosion de sus temores y sus deseos. La guerra estaba aun en el período de mas efervescencia, cuando el grito de ***Paz! Paz!*** resonaba en las mismas puertas del parlamento, y en su recinto se recibian frecuentes peticiones demandándola. Para presentar estas peticiones solian reunirse grupos tan numerosos y animados que mas de una vez tuvo que intervenir la fuerza para disolverlos.

En el mismo seno de la cámara baja donde casi no existia ya ningun realista antiguo, se iba en nombre de la paz formando otro nuevo partido monárquico, que tenia buen cuidado de no desperdiciar ninguna ocasion de ponderar la necesidad de entablar negociaciones con el rey. No produjeron estas buen resultado por las intrigas de los realistas ó parlamentarios que no deseando la paz no querian hacer las concesiones necesarias para establecerla y por la impericia ó debilidad de los que deseando la paz no se atrevian á querer sus condiciones. La guerra civil proseguia á pesar de haberse desorganizado ya el partido que la encendió : en el parlamento renacia la lucha en pro y en contra de la revolucion.

El pueblo, particularmente el agrícola no contentándose con pedir la paz al parlamento trató de imponerla, á lo menos localmente, por sus propias manos á los dos partidos. Formáronse asociaciones y se pusieron en movimiento cuerpos armados manifestando que ni á los realistas ni á los parlamentarios dejarian impunemente asolar sus campiñas, y que igualmente se batirian con los unos que con los otros. Fue este movimiento una especie de neutralidad armada en medio de la guerra : fue una tentativa vana ; mas por ella pudo inferirse con toda claridad cuanto

daño causaba á los intereses del país el encarnizamiento de los dos partidos que estaban en lucha.

En tanto que la guerra fue violenta y de éxito dudoso, esos padecimientos é impresiones del pueblo, si bien le hacian vivamente suspirar por una reaccion pacífica, no le impelian sin embargo hácia el rey sino de un modo tibio y vacilante. Acusábanlo de obstinacion y falsedad. Lamentábanse amargamente de sus maquinaciones secretas con la reina y con los católicos, que por lo general eran apasionadamente odiados y temidos, y á él le achacaban por lo menos tanto como al parlamento los males y la prolongacion de la guerra. Cuando esta llegó á su término, es decir, cuando el rey cayó en manos de los parlamentarios la reaccion pacífica tomó mas decidida y generalmente un carácter realista. El monarca no podia ya hacer nada, y sabia soportar con dignidad la desgracia; el parlamento por el contrario podia hacer cuanto quisiera y sin embargo no trataba de dar un término á los males del país: sobre el parlamento debia pues caer la responsabilidad. A él se dirigian los descontentos, las esperanzas burladas, las sospechas, las iras, las maldiciones del momento, y los terrores del porvenir.

Impelidos por ese sentimiento nacional, ilustrados por la gravedad del peligro los reformadores políticos, los mas notables sostenedores de la revolucion en el parlamento, y en pos de ellos una parte de los innovadores religiosos, los presbiterianos, enemigos de la iglesia episcopal, pero no de la monarquía, hicieron un esfuerzo supremo para establecer definitivamente la paz con el rey y terminar al mismo tiempo la guerra y la revolucion.

Al dar este paso obraban con sinceridad, no cabe duda que sus deseos eran vehementes; mas aun conservaban las preocupaciones y las exigencias revolucionarias que tantas veces se habian opuesto á la realizacion de la paz. Mediante las condiciones que imponian al soberano venian á pedirle que sancionase sus planes de destruccion de la monarquía y de la iglesia, es decir que con sus régias manos consumara la ruina del edificio que constituia su seguridad y era depositario de su fé.

Habian proclamado y puesto en práctica el principio de la soberanía directa de la cámara de los diputados, y ahora cuando á su vez se veian obligados á resistir las oleadas del pueblo se admiraban de no encontrar el apoyo y la fuerza de otro tiempo, sino desconfianza y hostilidad en aquella alta aristocracia y en aquella iglesia que tanto habian desacreditado y combatido!

Mas aun cuando hubieran conseguido establecer la paz con el rey, la paz habria sido vana. Era ya demasiado tarde para contener la revolucion y demasiado pronto para traerla á su objeto verdadero y nacional. Aquel período era el triste momento en que principiaba la accion de la justicia divina; solo era bueno para recoger saludable enseñanza. Asi que los principales sostenedores del movimiento trataron de volver á construir el edificio que habian derribado, se levantó de entre las ruinas el partido verdaderamente revolucionario que mirando con soberano desprecio la nueva prudencia de aquellos los arrojó del parlamento, condenó el rey á muerte y proclamó la república.

Dos siglos han pasado desde que la república de Inglaterra derribó la cabeza de Cárlos I para caer tambien ella á su vez casi súbitamente en el suelo regado de aquella sangre. Aun hace poco que la república francesa dió al mundo el mismo ejemplo. ¿Cómo dicen pues que aquellos grandes crímenes fueron actos de gran política, exigidos por la necesidad de establecer las repúblicas, siendo asi que estas apenas les sobrevivieron algunos dias?

Pretension es de la locura y de la perversidad humana el cubrirse con el velo de la grandeza. Ni la verdad histórica, ni el interés de los pueblos pueden tolerar semejante mentira. El espíritu de fé y de libertad religiosa se habia en algunas sectas convertido en un fanatismo arrogante, pendenciero, intratable á toda autoridad y que no se hallaba bien avenido sino con los desbordamientos de independencia y con los arrebatos del orgullo. Por efecto de la guerra civil esos sectarios se habian convertido en soldados murmuradores y leales á un mismo tiempo, entusiastas y disciplinados. Como la mayor parte de ellos habian salido de las clases y profesiones populares gozaban ávidamente del placer de mandar, dominar y de creerse y llamarse á sí mismos instrumentos especiales y poderosos de la voluntad y justicia de Dios. Unas veces valiéndose del entusiasmo religioso, otras de la disciplina militar y otras del espíritu democrático Cromwell llegó á merecer la confianza de aquellos hombres, y se hizo jefe suyo.

Despues de haber este hombre memorable gastado su juventud entre aberraciones de un temperamento fogoso, entre arrebatos de una piedad ardiente é inquieta, y en servicio de los intereses y deseos del pueblo que le rodeaba, asi que la alta política y la guerra le ofrecieron ocasion, se lanzó apasionadamente hácia ellas, como hácia el único campo donde podia desarrollarse y satisfacerse completamente. Manifestóse desde en-

tonces como el mas fogoso de los sectarios, el mas activo de los revolucionarios, y el mas hábil de los soldados. Igualmente dispuesto y enérgico para hablar, para rogar, para conspirar y para combatir; espansivo, pero con un abandono lleno de prestigio; mentiroso en caso necesario con una procacidad capaz de llenar de admiracion y desconcertar á sus enemigos; apasionado y grosero; temerario y sensato; místico y materialista; sin límites en las perspectivas de la imaginacion; sin escrúpulo en las necesidades de la práctica; no reparando en medios para triunfar; discerniendo antes que nadie y aprovechando todas las conjeturas é inspirando á todos, amigos ó enemigos, el convencimiento de que ninguno conseguiria, mas ni avanzaria tanto como él, Cromwell supo grangearse la confianza de un partido, cuyo carácter en general tenia algunos puntos de contacto con el suyo.

A tal partido, guiado por tal hombre, solo la república podia convenir. Este era el sistema capaz de dar satisfaccion á sus pasiones, abrir campo á sus esperanzas, y asegurarles los intereses que por medio de la guerra civil se habian creado. Ese era el gobierno que entregaba el país en manos del ejército por el talento de su general, y daba á este el imperio por la complicidad disciplinada de sus soldados.

El respeto debido á la sinceridad, al talento, y á las desgracias no me permiten manifestar todo lo que pienso de ciertos hombres notables en aquella época, y que tambien fueron partidarios de la república mas bien por sistema político y segun los modelos de la antigüedad, que por fanatismo religioso. Sidney, Vane, Ludlow, Harrington, Hutchinson y Milton... fueron ciertamente espíritus elevados, corazones de temple y henchidos de noble ambicion en obsequio de su patria y de la humanidad; mas al propio tiempo fueron tan poco juiciosos, ó mejor dicho tan locamente orgullosos que nada aprendieron en el poder, ni durante el período de la desgracia. Crédulos como niños, obstinados como ancianos y dejándose deslumbrar por sus esperanzas hasta el punto de no conocer ni sus faltas, ni sus peligros, en el mismo momento en que por su propia y anárquica tiranía echaban los cimientos de otra tiranía mas bien organizada y enérgica, se imaginaron que estaban estableciendo las bases del mas libre y glorioso de los gobiernos.

Fuera de esas sectas regimentadas y de esas pandillas elevadas á parlamento, nadie en Inglaterra queria la república. Semejante sistema estaba en oposicion con las tradiciones, costumbres, leyes, afectos, intereses normales, con el buen órden y con el buen sentido moral del país.

Irritados y recelosos los partidarios de Cromwell de esa manifiesta aversion del público hácia sus planes, se imaginaron que para establecer un sistema de gobierno que tanto repugnaba á la generalidad era preciso probar desde el momento por medio de un golpe terrible é inevitable su fuerza, y consolidar de este modo su derecho. Prometiéronse consagrar la república sobre el cadalso de Cárlos I.

Pero la vista de los revolucionarios (aun trantándose de los mas diestros) es corta. Embriagados por la pasion ó dominados por la necesidad del momento no alcanzan á ver que lo que hoy constituye su triunfo constituirá mañana su sentencia. Mediante el suplicio de Cárlos I cayó en manos de los republicanos y de Cromwell la Inglaterra como afectada de estupor. Pero la república y Cromwell quedando heridos de muerte de resultas del mismo golpe no fueron desde aquel momento mas que un régimen violento y efímero estigmatizados con aquel sello de iniquidad suprema que condena á inevitable ruina los poderes mas fuertes y mas ostentosos.

Nada omitieron los jueces de Cárlos I para quitar á su acto ese fatal carácter y presentarlo como una justicia divina de cuya ejecucion estaban encargados. Cárlos habia intentado establecer el gobierno absoluto, y sostenido la guerra civil. Muchos eran los derechos que se habian violado y mucha la sangre derramada con arreglo á sus órdenes y á su voluntad. Sobre él descargaron todo el peso de la tiranía y de la guerra; pidiéronle cuenta de todas las libertades oprimidas y de toda la sangre derramada, crímen sin nombre que solo podia espiarse con su muerte. Mas no es posible alucinar hasta ese punto la conciencia de un pueblo aun cuando se halle afectada de turbacion y de espanto. Otros además del rey habian oprimido y ensangrentado el país. Si el rey habia violado los derechos de sus súbditos, tambien á su vez habian sido atacados, invadidos y violados los derechos de la monarquía, antiguos, escritos en las leyes, y necesarios para el sostenimiento de las libertades públicas. Cierto es que habia hecho la guerra, pero en defensa suya. ¿Quién ignoraba que en el acto de decidirse el monarca á hacer la guerra, la estaban preparando contra él para obligarle á entregar despues de tantas concesiones lo poco que aun le quedaba de sus derechos y de su poder, últimos restos del gobierno legal del país? Y ahora que el monarca habia sido vencido lo juzgaban, y condenaban sin ley, contra toda ley, por actos que ninguna ley habia nunca previsto ni calificado de crímen, actos que nunca la conciencia del rey ni del pueblo se habian imaginado que entraban en la ju-

risdiccion de los hombres ni debieran ser castigados por sus manos. ¡Qué indignacion, que repugnancia se habria generalmente manifestado si el mas oscuro de los ciudadanos hubiese sido tratado de ese modo, y se le hubiera sentenciado á muerte por crímenes calificados despues de cometidos, y por supuestos jueces que ayer eran sus enemigos, hoy sus rivales y mañana sus herederos! ¡Y ese atentado que ninguno se habria atrevido cometer contra el mas insignificante de los ingleses, cometiéronlo contra el rey de Inglaterra, contra el jefe supremo de la Iglesia y del Estado, contra el representante y símbolo de la autoridad, del órden, de la ley, de la justicia y de todo lo que en la sociedad humana toca en el límite y reproduce la idea de los atributos de la divinidad!

No hay fanatismo tan ciego, ni política tan perversa que en el momento mismo de su triunfo no haya visto brillar en sus inmediaciones alguna luminosa ráfaga, alguna protesta solemne é inesperada por parte de la conciencia humana. Dos republicanos, de los cuales uno estaba inscrito entre los jueces del rey, y ambos eran un título de gloria para el partido, Vane y Sidney, no quisieron sea por escrúpulo, sea por prudencia, actuar en el proceso y se marcharon de Lóndres para no figurar ni siquiera como testigos. Cuando la cámara de los diputados como soberana absoluta nombró el consejo de Estado republicano veinte y dos de los cuarenta y un miembros nombrados para formarlo se negaron rotundamente á prestar el juramento que contenia una aprobacion de la sentencia del rey y Cromwell al frente de los republicanos regicidas tuvo que resignarse á aceptar como colegas á los que por ningun precio querian ser considerados como cómplices suyos.

El nuevo sistema de gobierno no encontró por de pronto mas que una resistencia pasiva, pero general.

Seis de los doce grandes jueces se negaron absolutamente á seguir desempeñando sus funciones y los restantes aceptaron su encargo con la precisa condicion de administrar justicia con arreglo á las antiguas leyes del país. El parlamento republicano tuvo que avenirse á esta condicion.

Se habia mandado que la república fuera proclamada en la municipalidad de Lóndres: el lord alcalde se negó á hacerlo. Fue relevado y puesto en prision; sin embargo, hacia ya tres meses que un nuevo lord desempeñaba aquel destino cuando se verificó la proclamacion, debiendo notarse que muchos aldermanes se negaron á presenciar el acto. Se procuró autorizar la ceremonia con la asistencia de la tropa y á pesar de eso

poder perdieron su elasticidad. No hubo ya regla ni seguridad en la magistratura, ni en la Hacienda, ni en los intereses de la vida privada, ni en ninguno de los ramos de la administracion. Aparecieron en las carreteras y alrededor de las grandes ciudades numerosas bandadas de malhechores, disfrazando sus crímenes con la máscara de la política, preguntando á los que tenian la desgracia de caer en sus manos si habian ó no prestado juramento de fidelidad á la república y acomodando á su vil interés la contestacion.

Para reprimir los escesos de tales bandidos fue preciso establecer guarniciones y tener varios cuerpos de caballería en contínuo movimiento y ni aun asi pudo conseguirse la represion por completo, pues la desorganizacion de la sociedad abortaba diariamente mas desórdenes que los que el gobierno republicano podia sofocar no obstante la severa aplicacion de sus providencias.

No por eso desmayaron, á pesar de verse apremiados por tan graves peligros los jefes del parlamento republicano. Hallábanse dotados de la energía y obstinacion que en unos es inspirada por la fé y en otros por el egoismo : sus mas nobles esperanzas y sus mas vulgares intereses, su honor y su vida estaban comprometidos en aquella empresa. Consagráronse por lo tanto á su desempeño con denuedo, pero prodigando ciegamente en su obsequio medios de naturaleza viciosa que solo sirven para retardar por algunos momentos la ruina de una causa.

Desde sus primeros pasos establecieron la tiranía política casi en sus últimos términos, pues decretaron que ninguna persona que durante la guerra civil se hubiese adherido á la causa del rey, ó se hubiese manifestado contraria al parlamento pudiera ser elegido diputado, ni ejercer empleo de ninguna importancia en el Estado. Esa misma inhabilitacion se estendió de allí á poco á todo cargo municipal, y hasta al simple derecho de votar en las elecciones : de esta manera quedaron de una vez todos los enemigos de la república reducidos á la condicion de ilotas, privados de todo derecho y de toda vida política en su misma patria.

Por de pronto no se exigió el juramento de fidelidad mas que á los funcionarios civiles y eclesiásticos y la negativa no traia mas consecuencia que la pérdida de sus empleos. El gran número de los que se negaban á prestarlo alarmó á los vencedores. Para dar satisfaccion á sus iras y para librarse al mismo tiempo de toda inquietud impusieron el juramento á todo ingles que pasara de diez y ocho años y el que no se aviniera á prestarlo quedaba privado de poder comparecer ante ningun tribunal á

defender sus derechos : de manera que la disidencia política producia la incapacidad civil.

Del modo mas arbitrario y repugnante se aplicaba tambien contra los vencidos el secuestro y la confiscacion de bienes, sin atender á principios fijos, consultando tan solo intereses del momento, la codicia de un enemigo poderoso, una circunstancia imprevista, ó listas nominales caprichosamente formadas, de manera que ninguno de los que podian creerse amenazados no podia saber con anticipacion ni con certeza cual era su situacion ni la suerte que le esperaba.

La prensa, la publicidad era la única arma que servia despues de acabada la guerra civil á los vencidos, realistas ó niveladores. De esta arma se valian con igual audacia que la que los vencedores habian empleado durante la lucha con el rey. Podian ciertamente creerse autorizados á usar de este derecho, puesto que el último censor de la monarquía, M. Mabbott, habia hecho dimision de su empleo por no servir de instrumento á semejante abuso, y el primer sectario del consejo del Estado republicano, Milton habia reclamado con toda elocuencia la libertad de imprenta como derecho esencial de un pueblo libre. El gobierno republicano no volvió á nombrar censor pero publicó una ley de imprenta capaz de satisfacer la mas suspicaz vigilancia. Solo á cuatro ciudades en toda Inglaterra, Lóndres, York, Oxford y Cambridge se concedió el privilegio de poder imprimir. Ningun diario ó escrito periódico pudo publicarse sin autorizacion del gobierno y finalmente los impresores quedaron sujetos á fianzas. No solo fue perseguido y castigado todo el que habia tomado parte en alguna publicacion sediciosa, sino que hasta el mismo comprador incurria en una multa si no presentaba en el término de veinte y cuatro horas el escrito sedicioso al magistrado mas inmediato y le indicaba el peligro.

Una libertad por lo menos, la religiosa, podia al parecer prometerse mejorar de condicion bajo el sistema de la república. Los sectarios republicanos la habian, desde el principio, inscrito en sus banderas. No solo habian tenido necesidad de reclamarla para ellos mismos, sino que además la demandaban imperiosamente sus propios principios que rechazaban todo gobierno general y obligatorio de la iglesia y reconocian en cada congregacion aislada el derecho de gobernarse por sí misma. Mas ¿dónde no llegan nuestras tristes aberraciones? La inconsecuencia humana se desarrolla del todo en materias de conciencia y de fé precisamente allí donde es mas inicua y chocante. El mismo partido, los mismos

hombres que desde medio siglo atrás venian defendiendo con admirable constancia la causa de la libertad religiosa y que en esa libertad fundaban la base de la sociedad cristiana, cuando llegaron al poder negaron absolutamente toda libertad á tres numerosas clases de personas, á saber, á los católicos, á los episcopales y á los libres pensadores. La persecucion contra los católicos no tuvo límites : proscripcion absoluta de su fé y de su culto, para sus sacerdotes prision, destierros en masa y hasta pena de la vida y para los simples fieles incapacidades civiles y confiscaciones especiales. La iglesia protestante episcopal, arruinada y dispersada por el parlamento presbiteriano tuvo que lamentarse todavía de peor suerte bajo el parlamento republicano. Los sectarios tenian que satisfacer en ella sus venganzas y sus recelos : llegaron al estremo de prohibirles la practica de su liturgia y la asistencia de sus ministros hasta en lo interior de sus casas. Por lo tocante á los libres pensadores, no tan raros que lo que vulgarmente se cree en aquella época, procedió el parlamento republicano de manera que si encontraba alguna persona que por imprudencia, ó por aversion á toda hipocresía manifestaba francamente su opinion, en el acto era objeto de persecuciones que paraban en prision, pérdida de derechos civiles y destitucion de cualquier empleo. Los presbiterianos eran los únicos que como enemigos de los episcopales disfrutaban de cierta tolerancia, pero siempre limitada, precaria y con frecuencia turbada por las suspicacias y arrebatos de los sectarios á quienes por su organizacion eclesiástica y por sus ideas monárquicas disgustaban igualmente. En vano algunos hombres de espíritu generoso en el parlamento repúblicano trataron de poner límites á semejantes rigores : no tardaba su buena intencion en recibir dasengaños. No existió pues la libertad religiosa durante la república mas que para las sectas victoriosas que uniéndose estrechamente por sus afinidades políticas se olvidaban ó veian con tolerancia sus disensiones religiosas.

Semejante tiranía política tan estensa y tan dura no podia defenderse ni procurar su sostenimiento sin la tiranía judicial. El parlamento republicano la ejerció sin escrúpulo alguno. El proceso del rey, aquella monstruosa derogacion de todos los principios y de todos los elementos de la justicia sirvió de modelo para todos los procesos políticos.

Contra las sediciones de los soldados niveladores bastaba la ley marcial; mas cuando llegaba á estallar alguna insurreccion ó conspiracion realista se instituia en el acto un supremo tribunal de justicia, cuyos vocales eran nombrados por el mismo parlamento, y venia á ser como una

comision especial que se daba á sí misma reglas, y á los acusados garantías de la ley. Si se temia que las sesiones de semejante tribunal exitaran la cólera ó la compasion del pueblo, se prohibia absolutamente su publicacion. En casos dados servia no solo para fiscalizar la conducta de los hombres notables que se sometian á su jurisdiccion, sino hasta contra la multitud oscura que no hubiera sido posible hacer comparecer. Antes de proclamarse la república habian los marineros del Támesis presentado una peticion para que se hiciera la paz con el rey.

Despues de haber sido este ejecutado el parlamento remitió aquella peticion firmada al supremo tribunal que nuevamente acababa de instituirse para juzgar á cinco de los principales jefes realistas, con cuya conducta se conseguia llenar de terror á los pequeños al propio tiempo que se hacia caer la cabeza de los grandes. Algunas veces no se consideró como posible la institucion de esos supremos tribunales porque se temia que causaran demasiada emocion en el público ó por el demasiado aparato y lentitud de sus procedimientos.

En tales casos el parlamento republicano ejercia por sí mismo la justicia imponiendo por medio de una simple votacion enormes multas, la argolla, el destierro, ú otras penas capaces de abatir á un enemigo obstinado, ó alhagar las pasiones y encubrir las faltas de alguno de sus corifeos. Si no habia ningun medio de perseguir y condenar judicialmente á los hombres que inspiraban temor, á los reformadores políticos que los republicanos no habian podido vencer sino espulsándolos del parlamento, se empleaba contra ellos la detencion arbitraria, y se procuraba dispersarlos confinándolos en prisiones distantes.

Desde Lóndres se hacian proscripciones en masa de realistas, de católicos, de aventureros, y de todos los que inspiraban sospechas. Mas si algun escritor no afecto á la república en vez de conspirar en secreto denunciaba estrepitosamente al país por medio de la prensa las tropelías reales ó supuestas de los republicanos, no tardaba en ser conducido y encerrado en la torre, donde permanecia y tal vez llegaba á morir antes de que se concluyera su causa.

Tanta opresion en el seno de tamaña anarquía era al parecer tanto mas odiosa é intolerable por dimanar de unos hombres que tanto habian exigido del rey en materia de libertad y tanto habian prometido ellos mismos, hombres, cuya mayor parte acababan de salir de aquellas condiciones ignoradas y oscuras en que el pueblo no está acostumbrado á reconocer y respetar el poder supremo, y que para el mando que ejer-

cian tan violentamente no tenian mas títulos que su mérito personal, título dudoso cuando no es superior á toda comparacion, y la fuerza material de que disponian, título que ofende y enagena á los mismos que se someten á él, si anteriormente el vencedor no los ha envilecido y postrado por completo.

A pesar de la duplicada embriaguez del mando y del peligro muchos de los jefes republicanos comprendian su situacion y no ignoraban la opinion del público. Sentíanse aislados y con frecuencia despreciados en medio de su poder y sabido es que no hay poder que consuele del aislamiento ni que haga mirar con indiferencia el desprecio. Deseaban con ansia autorizar su denominacion con otros títulos que los de la gurra civil y el regicidio y elevarse, por medio de algun acto grade y nacional, al nivel de su fortuna. Con este objeto meditaban y preparaban en lo interior muchas reformas en la parte judicial y administrativa; pero sus planes mas importantes, aunque de un mérito bastante dudoso en si mismo, eran enérgicamente rechazados por muchos de los hombres notables del partido, porque tal vez comprendian que lejos de despejar aquellos proyectos la situacion de la república, no habrian hecho mas que crear nuevos obstáculos facilitando el acceso á los sectarios y á los niveladores.

Desengañados los jefes republicanos de què ninguna medida en el régimen interior podia darles el prestigio que les hacia falta fijaron su pensamiento en lo esterior. No era mucho el esfuerzo que tenian que hacer ni el peligro á que se aventuraban para sostener en sus relaciones con los demás gabinetes europeos la dignidad é intereses de su patria. El tiempo de las guerras religiosas habia ya pasado, el de las guerras políticas aun no habia venido. Ninguno de los grandes gobiernos europeos, por muy odiosa que le fuera la nueva república pensaba atacarla, antes por el contrario todos solicitaban su amistad para privar de ella á sus rivales, ó para convertirla en provecho propio. La simple neutralidad aseguraba á Inglaterra paz, completa independencia por lo tocante á sus negocios interiores y grande influencia en los del continente; pero eso no contentaba á los jefes del partido republicano.

Hallábanse en presencia de tres poderosos estados, de Francia, de España y de Holanda; los dos primeros, como católicos y monárquicos eran enemigos naturales mas ó menos retenidos ó disfrazados de la nueva república; pero el último, como protestante y republicano, debia sentirse inclinado á Inglaterra por todas las simpatías de la religion y la

libertad. Esta circunstancia dió lugar á que súbitamente naciera y fermentara una idea en la mente emprendedora y tumultuosa de aquellos hombres. ¿Por qué Inglaterra y Holanda no habian de unirse formando una sola y poderosa república cuya política y religion no tardarian en establecer su dominio en Europa?

Semejante proyecto no podia menos de ser muy satisfactorio para los espíritus piadosos, y proporcionar grande entretenimiento á los dominados de ambicion. Cuanta gratitud no dispensaria el pueblo ingles á los que tal aumento habrian sabido dar á su grandeza, y tal satisfaccion á su conciencia y á su orgullo. Sus resultados no podian menos de ser el olvido de la monarquía, la consolidacion de la república y la conversion del parlamento en un senado de reyes.

Dióse principio á la obra. Los jefes republicanos la acometieron desplegando todo su vigor: unos, poniendo en juego influencias indirectas y propagando en todos sentido su idea, y otros por medio de embajadas solemnes, y probando establecer las bases de la union futura de ambas naciones. Pero los sueños de las revoluciones son todavía mas vanos en lo concerniente á las relaciones esteriores que en el gobierno interior del Estado. Complacíanse los republicanos ingleses en no pensar que mediante aquella fusion la república de Holanda seria completamente absorbida por la inglesa, y que por lo tanto podria muy bien suceder que aquella no consintiera en la union.

Asi fue en efecto, pues ni aun se dignó admitir una insinuacion. Los republicanos holandeses, cuya constancia estaba ya probada por un siglo de penosos esfuerzos tenian demasiada altivez para no sacrificar su patria y sobrada cordura para no unir sus destinos á la utopia de una república naciente é insegura. La causa de los realistas ingleses tenia además simpatías en Holanda no solo por parte de la casa de Orange, sino entre el pueblo cuya equidad y buen sentido miraba con indignacion el asesinato de Cárlos I y las estravagancias de los sectarios. El racional orgullo de Holanda desvaneció en un instante la fantasma que la orgullosa insensatez del parlamento anglicano habia intentado animar. Pero semejantes tentativas ni se hacen ni abortan impunemente.

Desde entonces urgieron entre ambos pueblos, naturalmente rivales, desconfianzas y recelos profundos que enconaron el amor propio de los jefes, y produjeron ardientes enemistades. De aquí se originó brevemente la guerra: de manera que los grandes proyectos diplomáticos del parlamento protestante y republicano de Inglaterrá no produjeron mas resul-

tado que un rompimiento y una lucha apasionada con el único Estado republicano y protestante que habia entre sus vecinos del continente.

Asi es como los republicanos ingleses en lo interior y en lo esterior recibieron de los sucesos ó se dieron á sí mismos, á sus ideas y á sus esperanzas un triste y solemne mentis. Habian prometido libertad; ejercieron la tiranía; habian prometido la union y el triunfo del protestantismo en Europa; hicieron nacer la guerra en su mismo seno.

Vanamente aquel gobierno se prolongaba, ganaba batallas y abrumaba á sus enemigos: el instante de su consolidacion estaba muy remoto. La república y sus caudillos se desacreditaban y decian continuamente en medio de sus triunfos y de la sumision general de sus enemigos.

Un hombre, el principal autor del suplicio de Cárlos I y del establecimiento de la república, Cromwell habia presentido su resultado y se preparaba á convertirlo en provecho suyo. Despues de la muerte del rey y de la proclamacion de la república se habia verificado una metamorfosis prodigiosa, pero natural en el carácter de aquel hombre. Impelido hasta entonces por sus pasiones de sectario y ambicioso contra los enemigos de su fé y los obstáculos de su fortuna se habia dedicado enteramente á destruirlos. Mas asi que la obra de destruccion fue consumada se sintió estimulado de una nueva necesidad. La revolucion estaba ya hecha; preciso era rehacer el gobierno. La Providencia que rara vez concede á un solo hombre el duplicado poder de destruir y edificar habia dado á Cromwell disposiciones para ambas cosas: terminado su papel de revolucionario apareció en la escena con el carácter de Dictador.

Al mismo tiempo que su espíritu grande y perspicaz comprendia aquella necesidad dominante de la nueva situacion, Cromwell echó de ver que el gobierno que intentaban establecer no llegaria á conseguir su objeto. Fijó una penetrante mirada en las instituciones y en los hombres y al no ver unidad, ni elementos de consolidacion, ni porvenir en las primeras, dedujo que el seno del poder tendria que verse desgarrado por la guerra intestina y por continuas incertidumbres. Al observar las mezquinas y quiméricas aspiraciones de aquellos hombres, y sus pasiones miserables y ciegas comprendió tambien la incesante lucha revolucionaria entre el poder y la nacion: el buen sentido de Cromwell midió rápidamente y se sonrió del parlamento y de sus jefes que se erguian á manera de soberanos. Un gobierno poderoso y normal no podia nacer de tales antecedentes.

Desde entonces Cromwell no se preocupó sino de una sola idea que

fue la de no asociarse ni á la política ni al destino de tales hombres, ni de tales instituciones; mantenerse lejos de sus errores y contratiempos; separarse en una palabra del parlamento, mas sin dejar por eso de servirle.

Separarse era poco; Cromwell necesitaba ir creciendo en tanto que los demás se gastaban; previendo la ruina del parlamento y de sus jefes, determinado á no volver á caer con ellos, queria elevarse sobre su ruina.

Los grandes hombres de accion no organizan anticipadamente ni con todos sus detalles el plan que se proponen seguir. Su talento depende, si asi puede decirse, de su instinto y de su ambicion. Cada dia, cada nueva circunstancia les traen á su vista los sucesos tales como son en realidad y les dejan vislumbrar el camino que les indican, y las probabilidades que por aquel camino pueden prometerse. Con estos antecedentes se lanzan por la nueva senda marchando siempre bajo una misma luz y llegando á la distancia que les permite el nuevo horizonte que se abre delante de ellos. Cromwell se encaminaba á la dictadura sin saber á que precio podria llegar á ella, ni en donde se detendria; pero seguia marchando constantemente.

El parlamento mismo vino á ofrecerle la situacion aislada, y agena del poder reinante quo Cromwell deseaba. La presencia de Cromwell en Lóndres incomodaba á los intrigantes: pidiéronle que fuese á tomar el mando del ejército que debia pacificar la Irlanda, insurreccionada en todos sus puntos en favor de Cárlos Estuardo, ó hablando con mas propiedad contra el parlamento. Cromwell se hizo rogar. Fue preciso concederle cuanto pidió, primero para sus muchos amigos por los cuales se tomaba grande interés y luego para él mismo. Exigia considerables y seguros medios para conseguir buen resultado, tropas bien equipadas, brillantes honores y un poder indisputable. A fin de que partiera cuanto antes, el parlamento le concedió cuanto quiso pedir. Su partida fue solemne y magnífica. Predicáronse muchos sermones profetizando y pidiendo á Dios el triunfo de sus armas. El mismo Cromwell usó de la palabra y oró en público tomando de la Biblia alusiones llenas de entusiasmo respecto de la guerra que iba á emprender. Finalmente salió de Lóndres rodeado de una numerosa guardia compuesta de oficiales espléndidamente equipados. En Bristol, donde se detuvo antes de embarcarse fue objeto de la curiosidad de toda la gente de las poblaciones inmediatas que corrió presurosa á verlo. Por su parte nada omitió, nada le faltó para exitar entusiasmo y dejar grata impresion al alejarse de la vista del público.

Cromwell deseaba someter la Irlanda pero contaba con que esta sumision habia de hacerle dueño de Inglaterra. Allí al encontrarse en presencia de una raza y una religion enemigas, despreciadas y aborrecidas del pueblo ingles hizo la guerra á todo trance degollando, despojando y espulsando á los irlandeses, no arredrándose ni por crueldades en el campo, ni por mentiras en el parlamento, encubriendo todos sus actos con la palabra necesidad, y hallándose dispuesto á creerlo para conseguir mas pronto la victoria.

No tardaron los ventajosos resultados de sus armas y la celebridad de su nombre en inspirar recelos al parlamento. Cromwell se hizo el objeto de todas las conversaciones : el pueblo hablaba de él para admirarlo, y los que se preciaban de políticos para penetrar su conducta y hacer conjeturas sobre el porvenir. En Escocia creyeron que Cromwell no era á Dublin sino á Edimburgo á donde iba á conducir su ejército, y toda la poblacion se conmovió con semejante noticia. Otros decian que á su regreso de Irlanda meditaba ir á Francia con un objeto ignorado de todo el mundo. Hubo folletos recogidos cuyo título era : *Carácter del rey Cromwell*. Llegaba por último su celebridad al punto aquel en que las mas frívolas circunstancias, los pasos mas insignificantes del hombre que se engrandece escitan la curiosidad del pueblo y los recelos de sus rivales. Creyeron los intrigantes del parlamento poder aprovecharse de la circunstancia de haber tomado Cromwell cuarteles de invierno en Dublin para volverlo á traer á Lóndres. El general ni obedeció, ni siquiera se dignó contestar : púsose bruscamente en campaña, prosiguió su obra de destruccion en Irlanda, y no quiso volver á Inglaterra sino despues que los nuevos y graves peligros de la república le abrieron nuevas perspectivas de independencia y de grandeza.

La Escocia habia vuelto á llamar á Cárlos Estuardo. La república y la monarquía iban á encontrarse otra vez de frente. La república necesitaba el brazo de un caudillo que ya se hubiera medido con el de los realistas. El parlamento trató de conferir aquel poder salvador á dos hombres á un mismo tiempo : nombró á Fairfax y á Cromwell ; mas habiendo el primero rehusado tuvo que conferírselo por completo á Cromwell sintiendo darle á conquistar un reino para salvar la república.

Cromwell se comportó en Escocia de un modo muy diverso que en Irlanda. Cuanto mas violento, duro é inexorable habia sido con los católicos irlandeses, tanto mas moderado, tolerante y benigno fue con los protestantes de Escocia. Aquí encontró alrededor y hasta en el seno

del partido realista disensiones profundas: presbiterianos mas fanáticos que realistas, y que no servian la causa del trono sino con desconfianzas y restricciones infinitas; sectarios tan ardientes y democráticos como los mismos ingleses, llenos de simpatías hácia Cromwell y sus soldados, y mas dispuestos á servirle que á luchar contra él. Cromwell supo dirigir bien y esplotar esas disposiciones, y al paso que hacia la guerra al ejército del rey, dispensaba mil consideraciones al país, trataba separadamente con los jefes de quienes sabia que le profesaban alguna simpatía, se ponia en relaciones y disputaba sobre religion con los teólogos escoceses y con su habilidad en complacer dejaba honda y favorable impresion cuando no conseguia convencer ó seducir. De esta manera hacia marchar los asuntos de Escocia ganando cada dia terreno por las armas, y captándose mañosamente voluntades, cuyo resultado era la adquisicion de fortalezas, plazas y jefes que desertaban del partido del rey. Cárlos se veia constantemente observado, estrechado y no tardó en verse completamente circuido. En esa situacion tomó con el arrebato propio de la juventud una resolucion tan estrepitosa, como desesperada: púsose rápidamente en marcha con todo su ejército hácia Inglaterra dejando la Escocia en manos de Cromwell y determinado á tentar en el corazon de la república la suerte de la monarquía. Aun no habia pasado un mes desde que Cárlos y su ejército escocés habian puesto el pié en Inglaterra cuando Cromwell los habia alcanzado, vencido y dispersado en Worcester donde Cárlos acababa de hacerse proclamar rey. De allí á poco Cárlos andaba errante de asilo en asilo, cambiando de disfraz á cada punto y buscando una nave que le trasportara fuera de Inglaterra y Cromwell entraba triunfante en Lóndres, rodeado de los miembros del parlamento, del consejo de Estado, de la municipalidad de Lóndres y de un inmenso gentío, que le aclamaba su libertador.

La alegría que viene en pos de un temor grande sofoca por un momento toda rivalidad y todo odio. El parlamento colmó á Cromwell de favores: señalósele una cuantiosa dotacion en bienes territoriales, se le dió el palacio de Hamptoncourt para que fijára en él su residencia y los mas desconfiados se esforzaron en prodigarle señales de su gratitud y deferencia. El entusiasmo del pueblo republicano era mas sincero y valia mas. Las revoluciones que han derribado antiguas grandezas se manifiestan solícitas y orgullosas en erigir otras nuevas: créense seguras y con títulos que justifican su orgullo al verse consagradas en aquellas nuevas imágenes de gloria con las cuales les parece satisfacer los daños que en la

sociedad anterior habian tenido que causar. De aquí nace aquel instinto que á despecho de las pasiones democráticas impele los partidos populares á espresarse con aquellas pomposas manifestaciones, con aquellas desmesuradas lisonjas y aquella idolatría de lenguaje con que se placen en adular á los grandes hombres que se elevan sobre las ruinas que los mismos partidos han hecho. Sectarios y filósofos ciudadanos y soldados, parlamento y pueblo, todos concurrieron forzosa ó voluntariamente á engrandecer á Cromwell como si trataran de engrandecerse á sí mismos, y los republicanos de Lóndres al arengarle por su feliz regreso se lisonjeaban á sí propios al decirle: «Estábais predestinado á cargar de cadenas á los reyes y poner grillos á la nobleza.» ¡No veian los que de esta manera hablaban que no pasaria mucho tiempo sin que aquellas pesadas cadenas vinieran á caer sobre sus mismas manos!

Cromwell recibia esas ovaciones con humildad calculada y en cierto modo sincera. «Solo á Dios, contestaba incesantemente, solo á Dios pertenece la gloria: no soy mas que un débil é indigno instrumento suyo.» Al hablar de ese modo comprendia perfectamente cuanto convenia á su patria y á su partido esa clase de lenguaje. Exagerábalo Cromwell y sin cesar lo estaba repitiendo para complacer á los hombres cuya confianza y afecto exaltaba hablando de ese modo; mas tambien era esa, como ya se ha dicho anteriormente, la espresion de su propio é íntimo pensamiento. Dios, su poder, su providencia, su accion contínua en los asuntos de este mundo no era para el alma de Cromwell una abstraccion metafísica, ó una tradicion gastada: era verdaderamente su fé. Fé no muy consecuente y de pocas exigencias, puesto que ni gobernaba, ni embarazaba sus actos en las tentaciones de la vida, ni en las necesidades de su ambicion, pero que subsistia indeleble en el fondo de su alma é inspiraba sus palabras cuando la grandeza de las circunstancias ó de su situacion personal venia á conmoverla profundamente. Por otra parte cuesta poco el hablar humildemente y llamarse instrumento de Dios, cuando Dios convierte su instrumento en soberano de las naciones. Nada pues tenian que resentirse ni el poder ni el orgullo de Cromwell por espresarse con aquella humildad.

Asi es que cuanto mas elevada se hacia su situacion, tanto mas lo engrandecia y lo hacia superior á ella el instinto de su ambicion. Algunas veces al través de aquel lenguaje tan humilde se vislumbraban en sus actos algunas aspiraciones á la soberanía. Sobre el campo de batalla de Worcester tuvo deseos de armar por su propia mano caballeros dos de sus mas bizarros generales, Lambert y Fleetwood, y si á despecho suyo

renunció á ese proyecto solo fue porque le hicieron presente que aquel acto era una prerrogativa de la corona. Al entrar triufante en Lóndres se manifestó tan retenido en medio de las aclamaciones del pueblo que un hombre que le conocia perfectamente, el predicador sectario Hugh Peters dijo al verle pasar : «Cromwell será nuestro rey.» Acababa de salvar la república y de someterle dos reinos. Ya nada grande que pudiera consumarse por medio de las armas se presentaba cerca de él. Permanecia en Lóndres, poderoso y en la ociosidad, visitado incesantemente por sus oficiales y soldados, centro de todos los descontentos y de todas las esperanzas; de la vista de un parlamento republicano, congreso mutilado, al cual apenas asistian diariamente sesenta ú ochenta miembros, algunos de los cuales seg̈uian formal y honradamente ocupándose de los asuntos públicos, de marina, de la guerra con Holanda y de reformas administrativas, que tal vez nunca llegaban á realizarse por la influencia que en el congreso ejercia el mayor número de otros miembros solamente entregados á la mezquindad de sus pasiones, á vergonzosos intereses, al tráfico de empleos y el servicio de ruindades agenas; faccion egoista, aislada y desacreditada que no daba á la nacion ni tranquilidad, ni bien estar, ni porvenir, y que sin embargo se mantenia obstinadamente aferrada al poder como si la salvacion del país dependiera esclusivamente de su miserable gobierno.

Cromwell anduvo vacilando largo tiempo antes de resolverse. Al volver á ocupar su puesto en el parlamento despues de su triunfo provocó la lucha. Sus armas puede decirse que eran dos cuestiones grandes y populares, una amnistía general que anunciara la terminacion de la guerra civil y una ley electoral que arreglara el modo y la época de la convocacion de un nuevo parlamento.

Estas dos medidas hacia ya mucho tiempo que estaban propuestas; pero nunca acababan de salir de la mesa de las respectivas comisiones sino en algunos dias críticos, y siendo reproducidas por el interés del momento volvian luego á caer en la inercía. Cromwell las hizo formalmente discutir y aprobar. Quedó al cabo de cinco meses decretada penosamente la amnistía despues de haber intentado muchas veces hacer en ella restricciones, especialmente pecunarias, que siempre fueron victoriosamente rechazadas por el mismo Cromwell, demasiado sensato para entregarse nunca á inútiles animosidades y demasiado atento á procurarse clientela y amigos personales en todos los partidos.

No puso Cromwell en juego tanta energía para conseguir la aproba-

cion de la ley electoral sin duda para conseguir que con su lentitud resaltára el egoismo de los intrigantes del parlamento, ó tal vez por no haber aun llegado á resolverse sobre el particular. ¿Por qué medios plausibles podia impeler al parlamento á disolverse? ¿Cuál seria el resultado de las nuevas elecciones? ¿Podria confiarse en que con ellas se consolidara el nuevo gobierno? ¿Habia dado buenos resultados el primer ensayo que acababa de hacerse de la república? No podria decirse que la monarquía era mas conforme á las leyes, á las costumbres, á las opiniones y á los intereses constantes del país? Si este seguia deseando el sistema monárquico, mejor dicho, si lo necesitaba, ¿qué habia que hacer para volvérselo á dar? ¿En qué forma? ¿Qué clase de monarquía? Cromwell trataba de resolver esas cuestiones hablando de ellas no solo en sus conversaciones privadas con algunos hombres importantes, sino en conferencias donde solia reunir varios oficiales del ejército, y algunos miembros del parlamento.

Nunca se daba por satisfecho del resultado de esas conferencias: los oficiales insistian en ser republicanos, y los políticos se manifestaban propensos á la monarquía en su antigua forma y aconsejaban á Cromwell tratase de hallar medios para restablecerla. Entonces Cromwell interrumpía la discusion sin perjuicio de volver á renovarla á los pocos momentos, manifestándose flexible, pero siendo en realidad inexorable en su ambicion, franco hasta la audacia para envolver á los demás en sus proyectos y solapado otras veces hasta un estremo ridículo á fin de ocultarlos. El provecho que de estas maniobras sacaba Cromwell era el comprometer mas y mas al ejército en su lucha con el parlamento. El espíritu sectario era aun poderoso en el ejército y el espíritu militar se habia enérgicamente desarrollado.

Las pasiones del fanático y los intereses del soldado se habian combinado y se sostenian mútuamente: Cromwell sabia esplotar esa combinacion y se proponia emplearla contra el parlamento. ¡Qué injusticia que los vencedores no percibieran con puntualidad su mezquina paga, en tanto que otros hombres que nada habian hecho ni nada habian sufrido fueran los únicos que recogían el fruto de la victoria! ¡Qué impiedad el no prestar la debida atencion á los consejos de los santos! Peticiones presentadas por el consejo general de oficiales en nombre de todo el ejército reclamaban con altivez el pago de los atrasos, la reforma de los abusos del gobierno y la realizacion de las esperanzas del pueblo de Dios.

El parlamento á su vez se irritaba, se defendia y devolvia el ataque,

pidiendo con instancia el licenciamiento de una parte del ejército, y poniendo en venta el palacio de Hamptoncourt, concedido poco antes á Cromwell para fijar en él su residencia. Diez y ocho meses hacia que duraba ya esta apremiante situacion, cuya crisis no podia hacerse mucho tiempo esperar. ¿Quién seria dueño de la nueva situacion? El parlamento adoptó repentinamente el partido de apresurar por sí mismo la disolucion que le pedian: entró vivamente en la discusion de la ley electoral y la votó; pero procuró que mediante su votacion volviera á caer el poder en las mismas manos que entonces lo tenian. Los miembros actuales del parlamento republicano eran de hecho y sin necesidad de reeleccion miembros del nuevo parlamento: no debian verificarse elecciones sino para llenar los huecos de la asamblea segun el número total fijado por la ley.

Y para que nada faltase á la seguridad de la combinacion solo los antiguos miembros eran los que habian de componer la comision de exámen y aprobacion de las nuevas elecciones.

Bien se echa de ver que su sistema estaba muy lejos de ser una disolucion del parlamento. Cromwell no anduvo ya en vacilaciones: rompiendo bruscamente una asamblea de oficiales que se hallaban reunidos en su casa, se trasladó á la cámara baja, ocupó silenciosamente su puesto en medio de la discusion, y cuando se fué á proceder á la votacion de la ley electoral se levantó súbitamente y aprovechándose del descrédito en que los intrigantes del parlamento habian caido, los insultó groseramente para acabarlos de envilecer, les indicó con profunda brutalidad que su mision habia terminado, los mandó espulsar del salon como intrusos por una compañía de soldados, y de esta manera puso súbitamente fin al parlamento.

Nadie resistió, nadie levantó la voz; no porque el parlamento espulsado careciese de amigos ardientes y leales, aunque poco numerosos; sino porque no pudo menos de comprenderse que estaban en contra suya la fuerza y la opinion. Todos los demás partidos sin perjuicio de aprobar ó no aprobar en su interior el acto de Cromwell se alegraron considerándolo como un rasgo de justicia que les restituia la libertad. Los vencidos se sometieron intimidados ó conociendo su impotencia y aquellos agitadores revolucionarios que durante nueve años habian sostenido la guerra civil, espulsando del parlamento las tres cuartas partes de sus cólegas, condenado á muerte un rey, cambiado tiránicamente la constitucion de su país, tuvieron ocasion de comprender que el gobierno de los pueblos es

una obra infinitamente mas grande y mas difícil que lo que ellos mismos se imaginaban antes de haber sucumbido.

La república se habia establecido en nombre de la libertad, y bajo la dominacion del parlamento republicano no habia sido la libertad mas que una vana palabra bajo la cual se ocultaba la tiranía de una faccion. Despues de la espulsion del parlamento la república á su vez se vino á convertir tambien en una vana palabra, conservada como una de esas mentiras que sirven, pero no fascinan y el gobierno de Inglaterra quedó por espacio de cinco años convertido en el despotismo de un solo hombre.

El despotismo, tratándose de una nacion fuerte que lo haya abrazado por falta de resolucion ó por cansancio, no puede subsistir sino mediante estas dos condiciones, órden y grandeza. No se descuidó Cromwell en desplegar todos los recursos de su talento para imprimir á su gobierno estos caracteres. Desentendiéndose absolutamente de aquellas animosidades, de aquellas mezquindades é intolerancias que las facciones establecen con su imperio, quiso que todos sin distincion de orígen y partido, realistas, presbiterianos ó republicanos hallasen, con tal que se abstuvieran de tomar parte en las maquinaciones políticas, proteccion y seguridad en todos los intereses de la vida civil. Quedó abrogado el acto que imponia juramento de fidelidad á todo ingles bajo pena de inhabilitacion ante los tribunales. La administracion de justicia volvió á ejercerse formal é imparcialmente. Ya se ha dicho que Cromwell, como general de la revolucion habia procurado adquirir amigos y relaciones en todos los partidos. Cromwell, como protector de la república se esforzó en atraer á su gobierno las altas fuerzas de la sociedad.

Demasiado prudente para privarse de sus propias raíces y ponerse en manos de sus enemigos obraba con arreglo á un superior instinto que le advertia de que en tanto que el poder no sea aceptado y sostenido por la alianza natural de posiciones sociales, intereses y costumbres no puede decirse que haya nada de estable ni bien coordinado. Aquel impetuoso caudillo de los innovadores populares se mostraba lleno de respeto hácia las instituciones consagradas por el tiempo. Los sectarios en su aversion á las ciencias humanas y á las fundaciones aristocráticas ó reales querian destruir las universidades de Oxford y de Cambridge. Cromwell las salvó.

Grande por naturaleza y colocado en eminente posicion se interesaba espontáneamente por todo lo que presentaba carácter de elevacion por sus recuerdos, por su ingenio, por su ciencia ó por los alhagos de la fama. Sentíase impulsado á rodearse de esa clase de objetos y á protejerlos de

las animosidades villanas y rastreras. Para sostener esa política, es decir para sostener en beneficio de todos el órden y las leyes, y establecer en todas partes el poder y el respeto se valió del mismo ejército con que habia derribado tantas antiguas grandezas, y cuyas mal apagadas pasiones no se enfrenaban sino en fuerza de la severidad, de la disciplina y del afecto que profesaba á su general.

Cromwell, mas libre que el anterior gobierno del yugo de los partidos, se condujo en lo relativo á los negocios esteriores con un pleno conocimiento de su situacion é intereses y puede decirse que consiguió completos resultados.

La paz fue la base de su política y á conseguirla ó consolidarla, con Holanda, Portugal y Dinamarca se dirigieron todos sus conatos desde su elevacion al poder; para eso se desentendió por completo de aquellos sueños de fusion republicana y protestante que en otros tiempos habia fomentado ó concebido cediendo á los odios y á las sujestiones de los partidos. Viósele por ese deseo de paz apresurado en arreglar diferencias y terminar cuestiones, y si bien alguna vez se mostró susceptible y altivo para establecer bien la dignidad del nuevo gobierno, nunca faltó á la sensatez, ni se entregó á desmedidas exigencias, ni á quiméricas ambiciones, ni se afanó en lo esterior mas que por lo conveniente á su interés esencial y en lo interior por la seguridad y la fuerza de su poder.

Una vez asegurada la paz, sentó como segunda base de su política la neutralidad. Entonces se hallaba agitada la Europa con la lucha entre la casa de Austria y la familia de Borbon: la España que empezaba á decaer, y la Francia que se elevaba rápidamente. Una y otra nacion hacian violentos y no siempre decorosos esfuerzos por captarse la alianza de la Inglaterra. Cromwell prestaba oidos á la solicitud de ambas, y no les daba esperanzas sino para conseguir lo que era beneficioso para Inglaterra sin tener que aventurarse á tomar una parte decisiva en la contienda.

Considerada atentamente la cuestion comprendió que por parte de la España podia esperar poco, temer menos, pero coger mucho. Meditaba dar ancha base en el nuevo mundo al poder y al comercio de Inglaterra. Por eso se resolvió á romper su neutralidad, pero lo hizo tan á tiempo y con tanto tino que mientras que su estado de guerra con España le facilitaba la conquista de Jamáica al otro lado de los mares, su alianza con Francia le valia en las puertas del continente europeo la posesion de Dunkerque sin haberse por eso tenido que comprometer en la lucha de aque-

llas potencias de un modo capaz de interrumpir la independencia esterior de su país.

El constante carácter de la política de Cromwell durante su gobierno fue el no presentar nada de sistemático, ni arrebatado, ni mezclarse en asuntos agenos sino cuando lo exigió realmente la conveniencia de los propios. Los Estuardos estaban refugiados en Francia y la córte los trataba con distincion pero tambien con timidez. Las tentativas de guerra civil que hacia el partido llamado *de la Fronde* turbaban la paz de aquel reino y los protestantes se veian sino perseguidos por lo menos molestados y llenos de inquietud. No podia presentarse una ocasion mas favorable á Cromwell para intervenir allí contra sus enemigos y en favor de la causa religiosa y política á que debia su elevacion. El príncipe de Condé, jefe de los insurrectos y la ciudad de Burdeos que venia á ser su antemural le habian enviado comisionados y multiplicaban instancias y ofrecimientos para conseguir su apoyo. Cromwell los escuchaba, les dejaba columbrar alguna esperanza, y secretamente enviaba personas de su confianza á Francia que esploráran la situacion y que al paso que midieran las fuerzas de los protestantes y de los demás sublevados, causasen graves recelos al ministro Mazarino. De estas cautelosas indagaciones resultó que no hallando por parte de los descontentos franceses fuerzas efectivas, ni buenas disposiciones, ni probabilidades de buen éxito, acalló todas las inspiraciones de la ambicion ó de sus propios deseos, se olvidó de las ofertas que al parecer habia admitido, y de las esperanzas que habia dejado concebir y negoció con Mazarino utilizando las inquietudes que con su conducta anterior le habia causado.

Otra ocasion de sostener el protestantismo menos tentadora pero menos comprometida se presentó en otro punto y Cromwell la aceptó ávidamente. Para protejer contra el duque de Saboya á unos pobres aldeanos espulsados de sus valles hizo repetidas declaraciones, reiteró embajadas, socorros en dinero y amenazas, llegando hasta el punto de significar al gabinete frances que en el caso de no interponer su mediacion, intervendria él personalmente en el asunto. Con semejante política Cromwell conseguia comprometer los cantones Suizos, y los Estados-Unidos, alcanzaba su objeto por el impulso que imprimia, y daba á las opiniones religiosas de Inglaterra una brillante satisfaccion sin tener que aventurarse á una lucha grave é incierta.

Cuando algunos intereses nacionales importantes aunque de segundo órden exigian proteccion ó satisfaccion, Cromwell sabia sostenerlos enér-

gicamente, pero sin involucrarlos con las cuestiones generales y apasionadas. Por órden suya cruzaba el almirante Blake el Mediterráneo con una poderosa escuadra á fin de acudir á todos los puntos donde la Inglaterra tuviera que hacer alguna reclamacion. Esta escuadra se presentó sucesivamente en Liorna, Argel, Tunez y Tripoli, arregló de un modo brillante, pero sin añadir nuevos motivos de encono, y no se retiró sin haber alcanzado completa satisfaccion por los daños causados.

No se hacian en vano tantos esfuerzos ni se conseguian tantas victorias; mas no puede decirse que por ellas alcanzaba el vencedor su verdadero y último objeto. Aquel gobierno tan activo sin temeridad; tan diestro en alhagar las pasiones nacionales sin esclavizarlas; aquel gobierno que en lo esterior sabia engrandecer la nacion sin comprometerla, y en lo interior mantenia el órden con los soldados de la revolucion; aquel Cromwell tan temido, obedecido y admirado no llegaban á echar profundas raices. La Inglaterra se sometia á su talento y á su fuerza; pero no aceptaba su dominacion. Consumado en el arte de crearse partidarios, apenas dejaba pasar un dia sin atraer á su lado algun personaje de los antiguos partidos, obligándole á servir activamente, ó por lo menos á que dejase de figurar entre sus enemigos. Mas á pesar de eso los partidos, realistas, republicanos, presbiterianos, seguian siempre subsistiendo, estaban comprimidos pero respiraban y no acababan de renunciar á sus esperanzas, ni á sus medios de accion.

Durante los cinco años del imperio de Cromwell ocurrieron quince conspiraciones é insurrecciones realistas, republicanas ó coaligadas, sin contar una multitud de tentativas oscuras que causaron grave alarma al gobierno y pusieron en peligro la vida del protector. Riprimíalas este enérgicamente sin crueldad y sin compasion, aproximándose segun lo exigian las circunstancias al uno ó al otro de estos dos estremos, empleando simultáneamente las leyes y la arbitrariedad, el Jurado y los tribunales escepcionalos, una policía incansable y un ejército lleno de adhesion, las prisiones secretas y las ejecuciones ruidosas, el destierro, el encarcelamiento, la venta de los insurreccionados en las colonias como esclavos, y finalmente todo cuanto puede inventarse para inutilizar ó aterrar á los enemigos.

Ninguna conspiracion tuvo buen resultado: Cromwell supo desbaratar todas las maquinaciones y sofocar todos los movimientos armados. El país no tomaba parte en esas sublevaciones y permanecia en reposo; mas no creia ni en la legitimidad ni en la duracion de aquel poder siem-

pre vencedor. Cromwell no reinaba en los ánimos como un soberano reconocido y legítimo : en la cumbre de su grandeza no venia á ser mas en concepto del público que un poder irresistible pero provisional sin rivales y sin porvenir.

Asi lo conocia tambien el mismo Cromwell mejor que nadie. Una de las condiciones de su carácter era el presentarle bajo su verdadero punto de vista todos los objetos hasta los que se referian á su propia personalidad : nadie ha sido mas ardiente para desear, ni se ha prestado menos al poder de las ilusiones.

Al derribar la monarquía constitucional habia comprendido perfectamente que ese era el único gobierno que convenia á la nacion, y el único que ofrecia condiciones de estabilidad. Dirigió por lo tanto todo su ardor y todo su afan incansable en conseguir un parlamento con el cual pudiese vivir y gobernar. Cuatro fueron los que convocó en cinco años : una vez elegió él mismo de concierto con sus oficiales los miembros que habian de componer la asamblea, decorada hipócritamente por el mismo Cromwell con esa denominacion ; otra vez hizo que las elecciones se verificaran segun la nueva forma que el parlamento republicano estuvo á punto de adoptar cuando fue disuelto ; siempre trató esas asambleas en el momento de su inauguracion con mucha solemnidad y deferencia ; nunca dejó de poner en juego artificios y violencias inauditas á fin de crearse en ellas una mayoría y aun en el mismo instante de disolverlas procuró manifestar que no renunciaba á sus consejos ni á su influencia.

Mas semejante empresa por parte de Cromwell era quimérica. Los realistas no entraban en la composicion de su parlamento ; los presbiterianos asistian á él pero en muy pequeño número y solo las diversas fracciones del partido republicano profundamente divididas y llenas de encono eran las que lo componian en su totalidad. Los partidarios de Cromwell eran poco á propósito para triunfar por medio de la táctica parlamentaria y la discusion, y por el contrario sus enemigos eran muy diestros en ese género de combate, y no se olvidaban de poner en juego todos los recursos.

Veníase pues á encontrar en presencia de unos hombres sinceramente apasionados contra la tiranía del que los habia derribado, tenaces en sus opiniones y en sus instintos anárquicos, y tan incapaces de ser gobernados como de gobernar. El mismo protector les daba á cada paso armas y nuevos motivos de encono, pues al hacerse soberano absoluto no habia aprendido á respetar el derecho, ni á sufrir resistencia ni contradiccion.

Advertido por su perspicaz instinto de que en su aislamiento despótico nada, ni siquiera su propio poder conseguiria establecer, convocaba un parlamento para que le ayudara á crear un gobierno estable; mas cuando el parlamento estaba reunido, cuando lo veia desprovisto de las fuerzas naturales de un partido conservador, y dominado por miembros que nada sabian mas que destruir, Cromwell no pudiendo tolerar la libertad, ni el ciego arrebato de aquellos hombres, lo disolvia á pesar de comprender su necesidad, y quedaba pesaroso de haberse valido de un instrumento que constantemente le habia sido fatal.

Llegó por fin un dia en que Cromwell creyó haber conseguido reunir un parlamento que comprendia y apoyaba sus planes. Dióse prisa á dejar traslucir la idea que lo dominaba, esto es el restablecimiento completo de la monarquía inglesa, un rey y dos cámaras. Presentóse esta proposicion y se discutió por mas de dos meses en el parlamento, dando lugar á casi públicas negociaciones entre este y el protector. Cromwell desplegó con este motivo toda aquella rara combinacion de ardor y prudencia, de habilidad profunda y de grosera hipocresía que componian á la vez su carácter y su táctica.

Tan prudente casi como ambicioso no queria que su elevacion al trono fuese á costa de un rompimiento con su partido, base tan mezquina y tan vacilante de su gobierno. Deseaba ser llamado rey sin aventurar el título de protector de la república. Para eso se necesitaba no solo que espontáneamente se le ofreciera la corona, sino que todos los hombres importantes que estaban á su lado, sectarios ó políticos, militares ó magistrados se la presentaran con sus propias manos. Para este objeto los venia sondeando y preparando desde mucho tiempo atras, antes de la institucion del Protectorado y antes de la disolucion del Parlamento Largo.

Llegado el caso de hacer el último esfuerzo empleó directa ó indirectamente un trabajo casi infinito en captarse la voluntad de sus parciales: dirigióse simultáneamente á su interés, á su amistad y á su razon: intentó hacerles comprender que la revolucion que habian llevado á cabo y la situacion que se habian creado no podia tener consistencia mientras no se adunaran por medio de la institucion que servia de base á todas las leyes, y con la cual estaban íntimamente relacionados todos los hábitos de obediencia y de respeto de la nacion.

De esta manera logró convencer, arrastrar ó seducir tantas personas, hasta en las mismas filas del ejército, que pudo creerse y que realmente

se creyó seguro de la victoria. Votóse la proposicion en el parlamento: ofreciéronle formalmente la corona, y Cromwell á pesar de eso aplazó sus deseos con intencion de vencer las últimas resistencias. Manifestábanse estas mas obstinadamente entre los generales mas allegados á su persona, y fueron de todo punto insuperables por su sincero amor á la república, por vergüenza de no dar un mentis á sus antecedentes políticos, ó por venganzas de rivalidades ofendidas.

Cromwell se lisongeó de que esta oposicion no era mas que un capricho: estaba ya decidido á marchar de frente y coronarse con su propia mano cuando supo que acababa de presentarse solemnemente al parlamento una peticion redactada por uno de sus capellanes, y firmada en nombre del ejército por gran número de oficiales reclamando lealtad á la buena antigua causa y rechazando el restablecimiento de la monarquía. El protector convocó en el acto el parlamento en Whitehall y admirándose de que nadie protestara contra la contestacion que aun no habia dado, rehusó formalmente el título de rey.

En vano fue que revelándole el talento los defectos de su grandeza, se esforzó en cimentarla sobre bases consagradas por el derecho y el tiempo. Dios no quiso que el mismo hombre que habia hecho caer la cabeza de un rey y profanado las libertades de la nacion recogiera el honor y el fruto del restablecimiento de la monarquía y el parlamento. Cromwell tan poderoso contra la anarquía, tropezaba al luchar contra las dificultades de su situacion, en el despotismo. Habia hecho renacer la imparcialidad en el órden civil; mas cuando se vió acosado por la necesidad de cubrir los gastos de su gobierno, sometió todos los realistas á las exacciones mas injustas, y todo el país al régimen de la tiranía militar, único medio de consumar aquellas exacciones. Gloríabase de haber devuelto á la administracion de justicia su esplendor y regularidad; mas cuando hubo abogados ilustres que defendieron á los que habia mandado perseguir injustamente, cuando hubo magistrados íntegros que se negaron á condenar á sus víctimas, maltrató, destituyó y redujo á prision abogados y magistrados con una arbitrariedad sin ejemplo en los tiempos de infausta memoria. Era demasiada arrogancia el pretender establecer la monarquía legal sin renunciar las violencias revolucionarias. Cromwell gozaba de un privilegio rara vez concedido: habia pasado de la revolucion á la dictadura; pero no le fue dado trasformar la dictadura en un régimen de derecho y de libertad.

Mas no le abandonó su prudencia durante esa peligrosa prueba: solo

en el momento postrero supo su ambicion contenerse; mas al fin se contuvo. La nacion que habia visto su retraimiento, y los republicanos que lo habian motivado, seguian teniendo siempre necesidad y miedo del protector. Asi es que no por haber fracasado la tentativa de coger la corona perdió el brillo de su situacion, ni se menoscabó su poder. Mas adviértase que no por eso desistió de su propósito. Andábase ocupando en reunir un nuevo parlamento con la esperanza de que le ayudara á vencer al ejército, como este le habia anteriormente ayudado á vencer al otro. En estos planes empezó á sentirse oprimido de la mano á cuyo peso debia á su vez irremisiblemente humillarse. Hacia ya tiempo que su salud estaba quebrantada, cuando acabó de alterarse por disgustos domésticos y particularmente por la pérdida de una hija á quien profesaba singular afecto. Desde entonces se le vió caminar rápidamente hácia su fin, oponiendo constantemente la energía de su voluntad. Cromwell no creia morir, tantos obstáculos felizmente vencidos; tantas y tan grandes obras llevadas á cabo, el convencimiento de lo que aun podia hacerse y la tenacidad de su ánimo le daban, si asi puede decirse, el convencimiento de que todavía se hallaba distante el término de la vida. En el seno de la amistad se le oia decir. «Estoy seguro de que no moriré hoy; se que Dios no quiere que yo muera todavía.» La Providencia habia destinado á Cromwell para dar irrefragable testimonio de lo que un grande hombre puede ó no puede hacer. Su mision estaba ya cumplida. Con solo su talento habia llegado á ser dueño de su país, y de la revolucion que le habia ayudado á elevarse: permaneció hasta el último instante en posesion de toda su grandeza y exhaló el espíritu gastando en vano su poder y su talento para construir lo que habia derribado, un parlamento y un rey.

La nacion durante la anarquía en que por muerte del protector quedó sumergida tuvo una de esas raras fortunas de las cuales no es posible decir con seguridad si vienen de Dios únicamente, ó si la sabiduría humana puede reclamar tambien alguna parte de ellas. La anarquía no tuvo un desenlace facticio, ni incompleto, ni precipitado: todas las ambiciones, todas las pretensiones, todos los elementos del caos y de la lucha política que Cromwell habia comprimido volvieron á presentarse y á ocupar tumultuosamente el teatro que aquel llenaba con sola su personalidad. Su hijo Ricardo fue proclamado protector sin oposicion de ningun género, ni aun por parte de los gabinetes estrangeros. Mas apenas cojió en sus manos las riendas del gobierno se vió súbitamente rodeado de una multitud de conse-

jeros que no tardaron en declarase enemigos y rivales suyos. El consejo general de los oficiales, un nuevo consejo del ejército en sentido mas popular, un nuevo parlamento que Ricardo se apresuró á convocar, el antiguo parlamento Largo, ó mas bien dicho segun espresion del pueblo, la Cola del parlamento Largo mutilado, sosteniendo que solo á él pertenecia el poder legítimo por haberle conferido el rey que condenó á muerte el derecho de no disolverse sino por su propia voluntad, y por último ese mismo parlamento Largo compuesto de los miembros que antes de la muerte del rey habian sido violentamente espulsados de su seno, y que ahora á su vez usaban tambien de violencia para volver á ocupar sus puestos aparecieron como fantasmas asi que desapareció de la escena política el que habia sabido tener á raya sus exigencias. La nacion tuvo por espacio de mas de veinte meses el disgusto de ver esos rivales del poder chocar, hundirse, volver á la lucha, coligarse y sustentar particularmente su ambicion sin poder adquirir ni por un solo dia la consistencia, ni la forma de gobierno.

En aquel interregno de veinte meses, en medio de aquella esplosion ridícula de tantos pretendientes imaginarios solo dejó de presentarse en la escena aquel que en concepto de todo el país sea por temor, ó sea por esperanza tenia derecho á presentarse como verdadero pretendiente. Apenas uno ó dos movimientos insignificantes que se limitaban á pedir la convocacion de un parlamento libre, y en los cuales ni siquiera llegó á pronunciarse el nombre de Cárlos Estuardo, fueron intentados en su favor y reprimidos casi sin esfuerzo.

El recuerdo de Cromwell mantenia aun en el temor y en la inaccion al partido realista. Tantas veces habia visto desvanecidas sus esperanzas, tan rudamente habia sido castigado al querer levantar la cabeza, que ya ni á esperar se atrevia. Por otra parte en sus largos infortunios habia sabido adquirir saludable esperiencia. Ya no confundian los realistas sus propios deseos con la medida de sus fuerzas; ya habian comprendido que si Cárlos Estuardo habia de conseguir la corona, solo el interés y el movimiento general del país podria dársela, pero no una insurreccion de algunos realistas.

Ricardo Cromwell tuvo la idea y el deseo de poner término por si mismo á la agonía general y á la suya propia entrando en negociaciones con el rey.

No carecia el hijo del protector de penetracion ni de honradez; mas no tenia ambicion ni grandeza. Habia presenciado con una sensacion de

cansancio mas bien que de confianza el destino de su padre. No creia por lo tocante á su persona posible la repeticion de tan brillantes sucesos ni se sentia capaz de sobrellevar tan grave peso. Mas tampoco tenia resolucion para adoptar por lo tocante á tan grandes intereses una resolucion definitiva. Débil, indeciso, abrumado de deudas, y buscando afanosamente el porvenir no fue mas que juguete de una fortuna, cuya vanidad comprendia, é instrumento de unos hombres que no tuvieron tanta cordura como él.

Preciso era llegar al desenlace. Todos los poderes, todas las celebridades que habian hecho la revolucion, ó habian sido creados por ella estaban ya en caso de haber esperimentado repetidas veces sus fuerzas. Ningun obstáculo esterior, ninguna resistencia nacional habia puesto trabas á sus esfuerzos gubernativos. Sin embargo ninguno habia salido airoso de la empresa: todos se habian casi destruido mútuamente, apurando en estériles combates el poco crédito y fuerza que habian podido conservar. Su nulidad aparecía en toda su desnudez y sin embargo seguían conservando en sus manos el destino de la nacion. En esas largas y tristes alternativas de anarquía y despotismo la Inglaterra habia perdido la costumbre y el valor de arreglar por sí misma sus destinos. Aun existia el ejército de Cromwell que si era incapaz de crear un gobierno, era muy apropósito para derribar todos los que no le gustaban.

Un hombre procedente del ejército, que habia sabido captarse en alto grado el aprecio y la confianza de los soldados, que sin afiliarse en ningun partido político habia servido bien al parlamento, al protector y al mismo Ricardo en los primeros instantes de su advenimiento al poder, Monk que así se llamaba aquel hombre, presintió cual sería necesariamente el término de aquella anarquía y se propuso conducir hácia él la cansada nave del Estado sin hacerla sufrir nuevos sacudimientos, ni correr nuevos riesgos. Nada de grande habia en el carácter de aquel hombre, no siendo el buen sentido y el valor. Ni la ambicion, ni la necesidad de la gloria turbaban su ánimo sereno, que estaba lejos de remontarse á principios sublimes ni de concebir elevados planes por lo tocante al país, ni á su propia persona. Distinguíase únicamente por su aversion profunda al desórden y á las iniquidades, que los partidos populares saben cubrir bajo magníficas promesas.

Cumplir modesta, pero enérgicamente con sus deberes de militar y de ciudadano era toda su ambicion y la satisfacia sin ostentacion, absteniéndose de declamaciones llegando hasta el punto de ser taciturno para

ser discreto, é indiferente por no pagar tributo á la mentira. De semejantes prendas realzadas por una audacia y una paciencia imperturbable se valió Monk para producir el desenlace único que en su concepto convenia á la situacion política de su país, el restablecimiento pacífico del único gobierno que podia ser duradero y normal. Todos los demás sistemas no eran en su concepto mas que cuestiones dudosas y polémicas de partidos. Monke consiguió su objeto. Todas las fracciones del gran partido monárquico suspendieron sus antiguas rencillas, sus tumultuosas impaciencias y sus contrarias aspiraciones para secundar el esfuerzo del nuevo campeon.

La restauracion llegó á consumarse como un acontecimiento natural, único posible y sin costar una gota de sangre á los vencidos ni á los vencedores. Bien pudo Cárlos II al entrar en Lóndres rodeado de inmensas aclamaciones decir con toda verdad: «culpa mia es el no haber »vuelto antes, pues no veo una sola persona que no manifieste deseos de »haberme visto volver anteriormente.»

Jamás ningun gobierno, nuevo ó antiguo, ó restaurado despues de destruido se ha visto en mejores condiciones de fuerza regular y de estabilidad.

Cárlos II subió al trono sin apoyo de fuerzas estranjeras, sin lucha interior, y hasta sin esfuerzos de su partido: subió por unánime impulso de la nacion inglesa libre de la opresion, de la anarquía, y de las oscilaciones revolucionarias y que solo en él fundaba ya las esperanzas del órden legal y del porvenir.

Reorganizábase la monarquía despues del aniquilamiento absoluto, y la ruina definitiva de sus enemigos y de sus rivales. La república y el protectorado habian aparecido y reaparecido bajo todas las formas, y en todas las combinaciones que les habia sido posible ostentar. Todos los poderes, todas las notabilidades, hijas de la revolucion habian caido en descrédito y estaban ya gastadas. La arena del palenque estaba desierta; hasta las fantasmas de los combatientes revolucionarios habian desaparecido.

Al resucitar la monarquía tornaban tambien á nueva vida los derechos de los grandes propietarios, de los hidalgos de provincia, de todos aquellos ciudadanos notables que habian sostenido la causa realista, y que ahora volvian á tomar su puesto en el gobierno del país. La república y Cromwell los habian separado de los negocios públicos porque no podian soportar su presencia, y al volver á ellos colmaban el gran vacío que exis-

tia en la organizacion social. Engáñanse generalmente los revolucionarios cuando presumen reemplazar lo que destruyen y poder satisfacer todas las necesidades del Estado. Bien pudieron los republicanos ingleses abolir la cámara de los Lores y espulsar el partido realista de la escena política; pero no les fue posible llenar el hueco ni para sostener al poder contra el espíritu anárquico ni para defender contra el despotismo las libertades de la nacion.

Al propio tiempo que la restauracion inspiró nueva vida á la monarquía hereditaria, devolvió á la propiedad territorial, á las tradiciones de familia, y á la parte mas antigua y elevada de la aristocrácia del país, su rango y su influencia. De esta manera volvió el poder á encontrarse con su principio de estabilidad y con sus aliados naturales, y la sociedad política al cabo de once años de pérdidas y fluctuaciones volvió á recobrar todas sus fuerzas colocándose sobre todas sus bases.

El gobierno de la sociedad religiosa, la iglesia episcopal se reorganizó tambien juntamente con la monarquía. No cabe duda de que el orígen de la iglesia anglicana, desarrollada por decirlo así á la sombra del poder temporal, ha sido para este una gran enfermedad comparándolo con el orígen puramente espiritual y la sólida independencia de la iglesia católica. Mas tambien ha producido la ventaja de haber cortado todo motivo de disension entre el gobierno de la iglesia y el del Estado. La iglesia anglicana íntimamente unida al trono como que de él ha recibido su fuerza primera le ha profesado una constante y leal adhesion, y á pesar de las manchas de su orígen y las debilidades de su conducta jamás ha carecido ni de fervor en su fé, ni de virtud en su vida, ni de valor y brillo en el cumplimiento de su mision. Esa iglesia ha tenido tambien sus héroes y sus mártires, invencibles en el patíbulo y en la hoguera, aunque débiles tal vez y complacientes para con los reyes.

Al ser restablecida en 1660 esa iglesia juntamente con la monarquía acababa de sufrir durante quince años todas las persecuciones revolucionarias, la espoliacion, la opresion de su culto, los insultos, las prisiones y la pobreza. Todo lo habia sobrellevado con dignidad y constancia y por último volvia á levantarse rodeada de la entusiasta adhesion del partido realista y del respeto general de la poblacion. La iglesia por su parte consagró al servicio de la monarquía su lealtad á toda prueba y su autoridad engrandecida por la desgracia.

Las disposiciones del pueblo ingles correspondian á las de su iglesia. Mas no se entienda por esto que las sectas que durante mucho tiempo se

habian visto oprimidas por ella, y que la oprimian á su vez en el periodo á que nos referimos hubiesen desistido de su ardiente enemistad, ni que los escesos odiosos y ridículos del fanatismo y la hipocresía cediesen por todas partes el puesto al impulso de una piedad ilustrada y sincera. No tardó en dejarse sentir una reaccion de impiedad, de frívola licencia y cinismo, pero no pudo penetrar mas allá de las altas y superficiales regiones de la sociedad: en medio de los escándalos de la córte y de las clases que por su inmediacion á ella se hallaban mas propensas al contagio, la Inglaterra pudo contar muchos cristianos sinceros y fervorosos, unos que habian vuelto al seno de la iglesia anglicana por el recuerdo de los males y de los desórdenes que nacieron de su ruina, y otros que se hallaban comprometidos en medio de las sectas desidentes que la iglesia empezó á perseguir con bastante rigor para exaltar su celo, pero no suficiente para herirlas de muerte. La iglesia y las sectas en medio de sus luchas y sus mútuas animosidades ejercian entre sí una saludable influencia, manteníanse, recordándoselo recíprocamente, en el respeto de Dios y de sus leyes, en el constante pensamiento de los intereses eternos del hombre y en el fervor y actividad de la fé.

No faltaron por lo tanto en la masa de la poblacion bases morales para la monarquía restablecida y esta pudo hallar alrededor del trono, en las clases mas inmediatas al poder por su género de vida, el apoyo político que necesitaba.

Dos enemigos temibles, el espíritu de revolucion y el espíritu de reaccion podian únicamente desvirtuar circunstancias tan favorables y comprometer nuevamente el trono.

El espíritu de revolucion sobrevivió largo tiempo á su derrota aun despues de la época en que fue puesta en relieve su impotencia. De los dos partidos revolucionarios que habian dominado la Inglaterra, esto es, la república y Cromwell, solo este último desapareció tan absolutamente que los hijos del protector pudieron morir en paz y hasta olvidados de su patria. El partido republicano siguió subsistiendo, sin hacer ninguna tentativa, sin conservar esperanzas, pero mezclándose acaloradamente en todas las disensiones, en todas las intrigas contra el gobierno establecido, buscando y encontrando incesantemente en las sectas perseguidas, particularmente en Escocia, ardientes partidarios y mártires.

Hasta en los partidos de oposicion legal, estraños á todo recuerdo y á todo deseo republicano, conservaron por largo tiempo influencia las ideas y las costumbres revolucionarias: los mas ilustrados tenian el espíri-



tu lleno de teorías y el corazon dispuesto á dejarse llevar de pasiones incompatibles con las luchas morijeradas y las transacciones naturales en la monarquía constitucional; los mas moderados apreciaban las probabilidades y se deslizaban por la pendiente de las nuevas revoluciones con una facilidad repugnante á todo órden estable y legal. El veneno revolucionario modificado, pero no espelido, circulaba todavía en las venas de una gran parte de la nacion inglesa, haciéndola vivir en un estado de intemperancia política llena de obstáculos y de peligros para el poder.

El espíritu de reaccion, esa enfermedad de los partidos vencedores daba incesante pábulo al espíritu de revolucion. No se entienda por eso que tratamos de prohijar todos los cargos que la historia hace sobre este particular á los realistas y á la iglesia anglicana: las revoluciones que han dominado mucho tiempo, y que al fin han sido detenidas en su curso tienen la arrogancia de pretender que permanezcan intactas las injusticias que han cometido: es necesario contentarse con reprimir en lo sucesivo su poder maléfico, y calificar de reaccion todo lo que conduzca á remediar los males que han causado. Entre las medidas tomadas bajo el reinado de Cárlos II para indemnizar á los realistas legos ó eclesiásticos de las pérdidas sufridas durante la revolucion hubo muchas que no fueron mas que un retroceso natural y necesario hácia el derecho violado. Mas semejantes retrocesos tienen límites que el buen sentido indica á la política de los gobiernos y al interés de los mismos partidos. No es posible remediar la injusticia por medio de la injusticia, ni se ataja una revolucion poniendo en juego provocaciones y venganzas. Toda reparacion que se reviste de semejantes carácteres pierde su derecho, y se convierte en grave peligro hasta para la misma causa á cuyo servicio está consagrada.

La reaccion religiosa fue particularmente la que incurrió en tiempo de Cárlos II en esos deplorables abusos, y no fue ciertamente por reparacion de los perjuicios que la iglesia anglicana habia sufrido sino por una vengativa persecucion de las sectas disidentes, y faltando á la palabra dada á los mas moderados de esas sectas á quienes el rey en el momento de su restauracion habia prometido solemnemente libertad. Cárlos intentó repetidas veces cumplir su palabra y asegurar á los disidentes alguna tolerancia; la persecucion repugnaba á su buen sentido, á la dulzura de sus costumbres, á su indiferencia religiosa y á su secreta inclinacion en favor de los católicos. Pero sus frios y débiles deseos de justicia cedian prontamente á la obstinacion de las rencillas esclesiásticas y al arrebato de las pasiones populares, á las cuales el partido realista ciego ó arras-



trado se asociaba casi en su totalidad en el parlamento y fuera del parlamento.

Despues del 1660 la reaccion civil fue limitada y corta, la reaccion religiosa contenida por un momento estalló con violencia, se perpetuó enconándose y dió margen á la mayor parte de los peligros y faltas, (mejor diriamos crímenes) en que cayeron Cárlos II y su gobierno.

Mas todas esas faltas y peligros, aunque de carácter grave y sombrío nada de mortal ni de amenazador tenian en el fondo por lo tocante á la monarquía y á la sociedad inglesa. Considerados en globo aquellos sucesos puede decirse que el espíritu de revolucion habia perdido su poder y que el espíritu de reaccion no dominó en Inglaterra. Despues de su gran crisis revolucionaria desde el 1640 al 1660 el pueblo ingles tuvo la dicha y el mérito de ser dócil á las lecciones de la esperiencia y de no haberse dejado llevar de los partidos estremos.

En medio de las mas ardientes luchas políticas y hasta en medio de las violencias á que fue arrastrado, ó á que tal vez impulsó á sus jefes, en medio de circunstancias supremas y decisivas constantemente se mostró contenido ó replegado en aquel profundo buen séntido que consiste en respetar los bienes elementales que se quieren conservar, y en adherirse invariablemente á ellos sufriendo los inconvenientes que traen consigo, y sofocando los deseos que podrian comprometerlos. Desde el reinado de Cárlos II ese buen sentido, que es la inteligencia política de los pueblos libres ha campeado constantemente en los destinos de aquella nacion. Tres grandes resultados entonces todavía confusos é incompletos, pero irrevocables, y absolutamente necesarios á los deseos y á los intereses generales de Inglaterra sobrevivian á la revolucion que acababa de atravesar.

La monarquía no podia ya separarse del parlamento : el trono habia ganado su causa; pero el absolutismo habia perdido la suya. Podian los teólogos y los filósofos, Filmer y Hobbes, erigir en dogma, ó sostener como principio el poder absoluto : podian sus ideas en las conversaciones ó en los escritos escitar la indignacion ó despertar las simpatías de los hombres de ciencia ó de los afiliados en algun partido; pero en el pensamiento práctico de la nacion, la cuestion estaba ya ventilada : realistas ó revolucionarios, todos consideraban la íntima union y el contra-peso mútuo de la corona y el parlamento como derecho y necesidad del país.

En realidad la cámara de los diputados preponderaba en el parlamento. No se trataba ya de su soberanía directa : ese principio revolu-

cionario habia caido totalmente en descrédito; la corona y la cámara de los lores estaban ya en posesion de sus derechos y gerarquía; pero eran demasiado rudos los golpes que la revolucion les habia dado para que aun despues de postrados sus enemigos se atrevieran á ostentar toda su antigua superioridad y ni las faltas ni las desgracias de la cámara baja consiguieron borrar enteramente el recuerdo de sus terribles victorias.

Una vez dueño el partido realista en sus relaciones con la corona y la administracion del Estado se adjudicó las conquistas esenciales del Parlamento Largo. Mucha, y algunas veces violenta debia ser la confusion antes que los diversos partidos *Torys* ó *Whigs*, conservadores ó de la oposicion hubiesen aprendido á no abusar de aquellas conquistas, comprendiendo bien su fuerza y sentido, y á mantener entre los grandes poderes públicos aquella complicada armonía que constituye el mérito y las dificultades del gobierno constitucional. Mas al traves de los ensayos de ese aprendizaje y á pesar de apariencias y formas no pocas veces contradictorias la influencia preponderante de la cámara baja en la cosa pública fue desde el reinado de Cárlos II un hecho cada vez mas evidente y positivo.

Al lado, ó mas bien sobre esos dos hechos políticos se colocaba el hecho religioso igualmente consumado por la revolucion, esto es, el dominio completo y definitivo del protestantismo en Inglaterra. Cierto es que nunca los protestantes ingleses habian estado mas tenazmente desunidos, y que con justa razon podia Bossuet tomarse el magnífico placer de contemplar y describir sus divisiones y sus altercados. Mas la unidad de una fé y de una comun inclinacion subsistian en aquellas sectas que divergian en todos sentidos: en medio de sus propios combates todas profesaban el Evangelio y combatian todas con igual ardor contra el catolicismo. La libertad de conciencia sin cesar desconocida y oprimida por ellas y entre ellas les era á todas igualmente grata contra la iglesia romana, y todas la habian irrevocablemente adquirido.

Eso es todo lo que en su pensamiento general é íntimo pedia el pueblo ingles de aquella monarquía, cuya restauracion saludaba con entusiasmo, hallándose decidido á soportar por mucho tiempo las faltas de un gobierno que le asegurase esos tres resultados de la revolucion que acababa de sufrir.

Pero eso fue precisamente lo que ni Cárlos II ni Jacobo II no supieron ó no quisieron conceder.

Cárlos II fue en lo tocante á política demasiado sensato ó demasiado

indiferente para hacer alarde del poder absoluto ó para practicarlo. No se cuidaba mas que de sus placeres, no tenia afecto al poder sino para gozar de la vida, y no tenia reparo en aprobar planes y transacciones á trueque de alejar los peligros de la lucha, y ahorrarse disgustos. Mas en el fondo de su alma solo la monarquía absoluta merecia la aprobacion. Habia presenciado los estravíos y desmanes de las instituciones de su país, sufriendo las consecuencias y por otra parte habia contemplado muy de cerca el esplendor de la córte de Luis XIV, y la fuerza de su gobierno. Hácia esos objetos se sentia naturalmente inclinado por la admiracion que le habian causado. De aquí nació su propension á caer en un venal servilismo respecto de Luis XIV, considerándolo como jefe del partido de los reyes, y no sintiendo cual debia las humillaciones á precio de las cuales le vendia aquel soberano la política y las libertades de su país.

En materias de religion Cárlos era á un mismo tiempo esceptico y católico, sin creencias y tan corrompido de espíritu como de corazon. Mas en último resultado pensaba que si algo cierto habia en la religion, no podia ser sino en el catolicismo, baluarte mas seguro para los reyes contra los peligros del poder y para los hombres contra los de la eternidad.

Así es que si bien en los actos públicos de su vida Cárlos no se condujo como soberano absoluto y católico, en el fondo de su alma fue católico y absolutista, simpatizando con los demás soberanos del continente, pero no con la fé y la política de su nacion.

Jacobo II era católico y absolutista celoso: sus actos estuvieron en consonancia con estos principios. Además de esto era ciegamente emprendedor y tenia la obstinacion de un espíritu mezquino y estéril y la dureza de un corazon frio y seco.

Tales eran los dos príncipes que la restauracion puso al frente de la nacion inglesa, cuando esta maldiciendo la revolucion volvió á ponerse bajo el trono con placer, pero resuelta instintivamente á conservar las adquisiciones que habia hecho.

La historia de Inglaterra, en todo el curso de la restauracion no es mas que la descripcion del profundo desacuerdo, lentamente manifestado, pero al fin estallando con violencia entre dos monarcas y su pueblo, la historia de los constantes esfuerzos de este por evitar las consecuencias de aquel desacuerdo, esto es, una nueva revolucion.

El pueblo ingles durante aquella época fue esencialmente conservador. Facciones ardientes y ambiciones egoistas lo agitaron con intrigas, sedi-

ciones y conspiraciones. Mas de una vez se vió arrastrado por sus esfuerzos ó por sus propias pasiones á movimientos revolucionarios en apariencia; pero lejos de conceder su apoyo á los hombres que procuraban derribar la monarquía de los Estuardos el pueblo ingles se paraba y retrocedia en el momento que comprendia su intencion. Los conspiradores y los sediciosos no fueron durante el reinado de Cárlos II mas que una minoría reprobada por el país, aun cuando este parecia dispensarles alguna simpatía.

A proporcion que la monarquía restaurada cometia mas faltas y dejaba ver mas claramente sus tendencias, el descontento público se iba agravando, las probabilidades de rompimiento entre el pueblo y el soberano eran mas numerosas; pero el pueblo luchaba contra esas probabilidades en vez de solicitarlas.

La nacion inglesa durante veinte y seis años hizo por mantener los Estuardos en el trono, pero sin entregarles sus leyes y sus creencias, todos los sacrificios y todos los esfuerzos que el espíritu conservador mas sufrido y constante puede exigir.

Todas las fases del gobierno ingles durante aquella época, la conducta y destino de todos los partidos y de todos los gabinetes que ejercieron el poder no son mas que formas diversas y pruebas irrefragables de ese grande hecho.

El antiguo partido realista, los consejeros leales de Cárlos I en la desgracia, y de Cárlos II en el destierro fueron naturalmente los primeros que estuvieron en posesion del poder. Clarendon era su jefe. Este hombre con su espíritu varonil, recto y penetrante amaba sinceramente el órden moral y legal. Adicto resueltamente á la Constitucion y apasionadamente á la religion de su país respetaba profundamente todos los derechos tradicionales ó escritos asi del pueblo como del soberano, y detestaba la revolucion hasta el punto de serle indistintamente toda innovacion sospechosa y antipática. Como primer ministro se manifestó mas altanero que confiado, careció de amplitud en sus planes y de generosidad simpática en el carácter, gozó de su elevacion fastuosamente y ejerció el poder con rigidez.

Su conducta cerca del rey que le profesaba un aprecio lleno de afectuosa confianza, era simultáneamente severa y humilde, pasando de francas manifestaciones á las complacencias, diciendo la verdad como hombre honrado y sintiendo haberla dicho, buscando apoyo en las camarillas cortesanas y desdeñando la fuerza que el parlamento podia haberle da-

do. Su empeño era mantener á un mismo tiempo la corona en el respeto de las antiguas leyes del país, y la cámara baja en la modestia de su antigua situacion, y se lisonjeaba de poder ceñir la prerogativa régia á la legalidad sin imponerle ninguna responsabilidad necesaria respecto del parlamento.

Estrelláronse sus proyectos ante la quimérica tentativa de establecer, al salir de una revolucion popular, un gobierno que no fuese ni arbitrario, ni limitado. Sucumbió finalmente ese ministro despues de siete años de preponderancia, siendo odioso á los pueblos por su arrogancia monárquica, á las sectas disidentes por su intolerancia episcopal y á la córte por su severidad desdeñosa. Vióse finalmente perseguido de la ciega cólera del pueblo que le achacabá todos los males públicos y todos los desmanes del poder, y hasta tuvo que lamentar el verse indignamente abandonado del monarca para quien no habia sido en último resultado mas que censor incómodo y ministro comprometedor.

Atribuyóse la caida de Clarendon á defectos de su carácter y á varias faltas ó contratiempos de su política en lo interior y en lo esterior. Asi se desconoce la grandeza de las causas que deciden de la suerte de los grandes hombres. La Providencia que les impone una tan ruda tarea no los trata con tal rigor que no les disimule algunas faltas y los derribe ligeramente por algunos errores ó desgracias particulares. Otros grandes ministros Richelieu, Mazarino, Walpole tuvieron tambien defectos, cometieron faltas, é incurrieron en desaciertos tan graves como los de Clarendon. Pero tuvieron el tacto de comprender su época : las miras y los esfuerzos de su política, estuvieron en consonancia con sus necesidades, con el estado y movimiento general de los ánimos.

Clarendon se engañó por lo tocante á su época ; no comprendió el significado de los grandes sucesos á que habia asistido ; consideró todos los acontecimientos que mediaron desde el 1640 al 1660 como una revolucion despues de la cual nada debia hacerse mas que asegurar el órden y las leyes y no vió que al precipitar la sociedad inglesa en funestos estravíos, la habia aquella revolucion encarrilado por nuevas sendas donde la antigua monarquía restaurada debia adoptar necesariamente otra marcha.

Entre los grandes resultados que aquella revolucion habia producido en Inglaterra, Clarendon àceptó sinceramente el concurso necesario del parlamento, y aplaudió el triunfo del Protestantismo. Rechazó y combatió con obstinàcion la reciente influencia de la cámara baja en el gobier-

no de la nacion y no supo comprender, ni practicar los medios en virtud de los cuales ese nuevo hecho podria convertirse en elemento de seguridad y de fuerzas para la monarquía. Este fue uno de los errores que en el inexorable destino de los hombres públicos no se oscurecen por el talento ni por raras virtudes y que dan un carácter mortal á desaciertos y desgracias que por otra parte son leves y casi de ninguna consecuencia.

Despues de los honrados consejeros de la antigua monarquía subieron al poder los frívolos favoritos de la nueva córte, llevando á Buckingham y á Shaftesbury á su frente : uno de estos era licencioso, arrebatado, superficial y presuntuoso : el otro estaba lleno de ambicion y era profundo y atrevido. Ambos estaban igualmente corrompidos y versados en el arte de corromper, y ambos con igual ligereza desertaban segun las necesidades de su ambicion ó el placer de su vanidad, de los intereses del trono á los del pueblo, ó del gobierno á la faccion. Estos ministros formaron el proyecto de dar satisfaccion al parlamento, á los disidentes, y á todas las opiniones que la política severa y aislada de Clarendon habia irritado.

Mas no basta la voluntad de complacer ni de abstenerse de choques para gobernar. No sospechaban los temerarios é inmorales sucesores de Clarendon la clase de dificultades y de peligros que iban á atraer sobre el poder y sobre sus mismas personas al tomar su punto de apoyo en la cámara baja. Para que una asamblea popular pueda ser un medio habitual de gobierno fuerte y normal, es preciso que ella misma á su vez se halle sólidamente constituida y gobernada, lo cual no puede conseguirse sino en cuanto se componga de grandes partidos unidos por principios comunes, y en cuanto marche constante y disciplinadamente hácia un objeto determinado bajo la direccion de jefes acreditados. Entiéndase que tales partidos no pueden formarse ni subsistir sino estando reunidos sus miembros por el vínculo de intereses poderosos, y de sólidas convicciones.

Una cierta medida de fé en las ideas y de lealtad en las personas es condicion vital de los grandes partidos políticos asi como estos son tambien condicion de un gobierno libre. Nada de esto existia ni aun remotamente en tiempo de Cárlos II cuando el ministerio, llamado de la Intriga, intentó gobernar de concierto con la cámara de los diputados y segun sus propias aspiraciones. Despues de tantos sacudimientos y equivocaciones, particularmente en las regiones inmediatas al poder, los hombres estaban poseidos de dudas, de desconfianzas, de una mobilidad continua y de un espíritu de personalidad que unas veces se impacientaba hasta

incurrir en faltas de pudor, y otras por ostentar prudencia rayaba en pusilanimidad.

La cámara de los diputados estaba llena de restos de los partidos revolucionarios, y no habia ninguna fraccion política capaz de sostener con dignidad al gobierno. No era posible que hombres tales como Shaftesbury y Buckingham organizase semejantes partidos y solo para adquirirse prosélitos andaban recorriendo todas las filas, y tanteando toda clase de recursos. Su política era impúdicamente contradictoria é inconsecuente : unas veces hacian estrechas alianzas con la Holanda ; otras las vendian á los intereses de Luis XIV sin mas norma que la momentánea necesidad que tenian de utilizar el celo de los protestantes ingleses, ó el favor del gran rey estranjero.

Eran tolerantes con los sectarios por respeto aparente á los derechos de la conciencia, pero en realidad solo por complacer al rey que deseaba protejer los católicos. Tampoco eran consecuentes en este particular, pues asi que veian síntomas de irritacion en la cámara corrian presurosos á pedir al rey la sancion de rigurosas medidas contra los católicos. Su política interior y esterior no presentó, por decirlo de una vez, mas que una contínua série de ensayos y contradicciones: sus mas equitativas medidas no fueron mas que medios de corrupcion y de soborno aisladamente adoptadas ó suspendidas arbitrariamente y siempre desprovistas de solidez y de sinceridad.

Alguna vez tanto en lo interior como en lo esterior del parlamento solia el público dejarse prender en esas redes, porque nada puede compararse con la precipitacion que las pasiones populares manifiestan en creer lo que les agrada, ó en escusar todos los defectos de sus ídolos. En tales casos obtenian los miembros del ministerio de la Intriga algun favor por parte del público; pero no era mas que una llamarada tan fácil en brillar como en apagarse. Su vida licenciosa, la notoria perversidad de sus costumbres, la veleidosidad de su conducta y la vanidad de sus promesas chocaban con el sentido moral del país que á pesar de tantos escándalos y aberraciones conservaba un sólido fondo de virtud y de fé. Algo mas habria hecho el pueblo que indignarse si hubiera sabido que su rey de acuerdo con sus principales consejeros concluia un tratado secreto con Luis XIV mediante el cual se comprometia á declararse católico asi que le fuera posible hacerlo con alguna seguridad, y entre tanto vendia por algunos millones la independencia de la política y de las instituciones de su reino.

La Inglaterra ignoró por mucho tiempo esos vergonzosos actos; mas cuando la desconfianza es profunda, la ignorancia pública tiene presentimientos que á veces estravian y á veces ilustran maravillosamente la conciencia de los pueblos. Sin saber hasta que punto el ministerio de la Intriga rebajaba y vendia el decoro del pais no solo no le dispensó nunca su confianza la cámara de los diputados, sino que por último lo atacó violentamente. Cayó el ministerio á los golpes de un poder que los mismos ministros habian engrandecido prometiéndose convertirlo en provecho suyo, pero sin fomentar el progreso de la organizacion de los partidos en el parlamento, ni su accion normal en el gobierno.

Sir Tomás Osborne, conde de Danby subió al poder y manifestó mucho mas buen sentido político, y mas influencia en el desarrollo del régimen parlamentario. Aunque habia principiado á tomar parte en los asuntos públicos bajo los auspicios de los ministros de la Intriga y aunque desde bastante tiempo atrás estaba familiarizado con algunos de los perniciosos sistemas de aquel ministerio tenia en su favor la circunstancia de ser procedente del pais y no de una camarilla palaciega. Simple propietario del condado de York podia decir que su partido se componia de todos los hidalgos de su provincia y que la cámara baja era su patria política. Defendió con ardor la causa de la corona y el poder real; pero asociándolo al parlamento, en vez de aislarlo. Procuró por toda clase de medios, buenos ó malos, persuadiendo ó comprando las votaciones, formar en la cámara un partido compacto y permanente y establecer entre la administracion y su partido aquella íntima responsabilidad única que puede dar robustez al poder concentrado en un mismo pensamiento y en una misma accion política sus diversos elementos.

Danby comprendia la opinion nacional en materias de religion y de relaciones esteriores, porque era tambien la suya propia: queria la seguridad del protestantismo y la buena inteligencia del gobierno ingles con los demás estados que defendian esa misma causa. Por eso influyó en el ánimo de Cárlos II hasta el punto de hacerle concluir la paz y luego contraer alianza con Holanda, dando la mano de su sobrina María al príncipe Guillermo de Orange. De esta manera preparaba Danby en lo esterior seguridades para las creencias y libertades de su país, al paso que en lo interior principiaba á formar sólidamente ese gran partido de la prerrogativa real y de la iglesia, que desde aquella época ha comunicado tanta fuerza á la monarquía inglesa y ha contribuido tan poderosamente á su estabilidad.

Por una feliz combinacion de opuestas circunstancias en tanto que el buen juicio y habilidad de Danby organizaban el partido *Tory*, sus mismos defectos hacian tomar al partido *Whig* un enérgico y saludable desarrollo. Bien pueden gloriarse los *Whigs* de traer su orígen, y de haber recibido los primeros impulsos de su grandeza defendiendo las libertades y la moralidad política de su país. Nació su partido bajo la invocacion de principios y de sentimientos generosos, y en las luchas contra Danby y su ejército de *caballeros* trasformados en *Torys* fue donde empezó á tomar su carácter propio y su fuerza. Luchas fueron aquellas todavía muy desordenadas y confusas; mas ya aparecieron en ellas distintamente dos grandes partidos parlamentarios aspirando ambos al gobierno del país para practicar sistemas políticos realmente diversos en virtud de principios no esencialmente contrarios, pero profundamente distintos.

Al cabo de cuatro años terminaron aquellas luchas con la caida de Danby, y la disolucion de aquel parlamento realista llamado tambien el Largo y que con una estraña mezcla de adhesion, de servilismo y de independencia contribuyó durante diez y ocho años á dar fuerza á la monarquía y á la formacion de un gran ministerio *Whig*, en el cual los jefes de partido Temple, Roussell, Essex, Hollis, Cavendish y Powle ayudados del jefe de los moderados fluctuantes, Halifax, y del audaz renegado de la camarilla cortesana Shaftesbury, convertido en favorito del pueblo, acometieron la empresa de reformar y dar direccion al gobierno.

El asunto era de la mayor importancia. Por primera vez, y á pesar de la prolongada resistencia de la corona, la oposicion parlamentaria llegaba á conquistar el poder en nombre de la opinion pública y de la mayoría. ¿Acertaría á ejercerlo y á mantenerse en el puesto? ¿Podría satisfacer los deseos reales del país sin conmover las bases de la monarquía que se manifestaba alarmada de su advenimiento al poder?

No consiguieron los *Whigs* resolver ese problema. Su falta de esperiencia, ó tal vez el influjo de las falsas teorías políticas que aprendieron en los actos del parlamento Largo revolucionario, contribuyeron á que sus ideas sobre la organizacion y condiciones del gobierno constitucional fueran confusas, poco practicables y llenas de contradicciones y dudas. A un mismo tiempo se dejaban dominar de preocupaciones monárquicas y de preocupaciones republicanas. Intentaron constituir el gabinete sobre amplias bases, como para convertirlo en una especie de cuerpo intermediario, capaz de contener á la corona por el parlamento y á este por aquella; pero no habiendo concebido bien semejante proyecto, lo vieron abortar

en el momento de nacer. Conservaban el espíritu de oposicion hasta en el ejercicio del poder, y se apoyaban en la monarquía mas bien para defenderse que para sostenerla.

Vivian mezclados con los restos de las facciones anárquicas que habian sobrevivido á la revolucion y que no cesaban de atacar sordamente á la monarquía. El partido republicano casi nulo en las clases elevadas era débil é impotente hasta entre la multitud; pero habia agitadores y revolucionarios encarnizados que vendian sus servicios á cualquiera que les ofrecia esperanza de satisfacer su turbulencia y sus animosidades. Los *Whigs* se hallaban constantemente en contacto, ya que no en connivencia con esos agitadores de profesion, esperando convertirlos en prosélitos, al paso que estos esperaban tambien convertir á los jefes de aquellos en instrumento de sus maquinaciones, y por eso los estaban comprometiendo sin cesar cerca del rey, ó cerca del pueblo monárquico aunque descontento, y decididamente contrario á toda nueva revolucion.

Contra esas faltas de su conducta, ó vicios de su situacion tenian los *Whigs* un recurso de que hicieron ámplio y triste uso; consistia en complacer las pasiones populares. El terror y el odio al papismo era en aquella época la pasion que generalmente dominaba al pueblo ingles. Conociendo este por simple inspiracion de su instinto la conducta que el rey seguia por lo tocante á sus creencias religiosas escedió los límites de toda razon, de toda justicia y de toda humanidad. La persecucion política y judicial contra los católicos durante tres años, puede considerarse como el crímen de un pueblo furioso en su fé, y de un rey cobarde en su incredulidad. Los *Whigs* se unieron ó cedieron como los *Torys*, á esos arrebatos. Tuvieron además la mala suerte de subir al poder cuando empezaron á ceder los primeros accesos del furor nacional y cuando por consiguiente daban lugar á un movimiento de reaccion en favor del buen sentido y la equidad. Esta circunstancia les puso en el caso de sufrir mas duramente que sus rivales el peso de la secreta indignacion del monarca que se alegró de poder vengar en ellos las iniquidades á que no habia tenido el valor de oponerse.

Su situacion en lo relativo á los negocios estranjeros no fue menos complicada ni segura. En tanto que los *Whigs* en general se indignaban de la servil intimidad de Cárlos con el gabinete frances, muchos de los gefes del mismo partido recibian de Luis XIV favores y pensiones: unos por corrupcion, porque tampoco faltan en el partido del pueblo libertinos como en las pandillas cortesanas, y otros cediendo por sentimientos

de honor y patriotismo á la quimérica esperanza de emplear en servicio de la libertad de su patria los medios de influencia que adquirian por parte de un monarca estrangero. Mucho peligro se corre en ir á buscar en lo esterior fuerzas secretas para emplearlas en los asuntos interiores del país: el ministro mas hábil se aventura al obrar de ese modo á servir mas bien los intereses agenos, que los de su gabinete; esto sucedió precisamente en la época á que nos referimos y en la cual Luis XIV sacó mucho mas fruto para su política de las relaciones que tuvo con algunos jefes *Whigs* que el que estos consiguieron del apoyo secreto que les dió para derribar á Danby y hacer disolver el parlamento Largo de los realistas.

En medio de semejante situacion tan llena de dificultades y peligros los *Whigs* se propusieron cambiar el órden de sucesion al trono escluyendo por medio de un acto del parlamento al sucesor legítimo. Esto era lo mismo que hacer una revolucion anticipadamente, solo por conjeturas fundadas, pero remotas, y sin que existiera ningun hecho actual y evidente que justificara la absoluta necesidad de trastornar el órden. Los whigs llegaron sin duda á pensar que en semejantes casos era mas conveniente preveer que esperar y que valia mas resolver en el acto por via de deliberacion legal, que esperar andando el tiempo una resolucion debida á la fuerza y tal vez á costa de una guerra civil.

Fuerza es decir que muy superficiales fueron sus miras y que muy poco conocimiento tuvieron de los hombres y de las grandes condiciones del órden social, si llegaron á discurrir de ese modo. Es aun mas grave el discutir una revolucion que el hacerla: mas se conmueve un estado cuando en nombre de la razon humana se atacan sus leyes fundamentales, que cuando tienen que ser infringidas por el rigor de la necesidad. Lo que los whigs pedian al parlamento era que aboliese por su sola voluntad, y antes que Jacobo II subiera al trono, el derecho hereditario de este príncipe; en una palabra, querian establecer como principio la subordinacion de la monarquía á la deliberacion del parlamento. El instinto público advirtió á la nacion que esto era lo mismo que dar un golpe de muerte a la monarquía: dispertóse rápidamente el espíritu monárquico y dió márgen á que en el seno mismo del gabinete estalláran disidencias. Perdieron los whigs toda alianza aun entre los torys mas moderados, y se vieron reducidos á las únicas fuerzas de su partido.

De esta manera llegaron tambien á ponerse en presencia de un obstáculo en el que no habian fijado bien la atencion, en la conciencia de Cár-

los II. Este monarca egoista no se creyó autorizado á disponer de los derechos de su hermano, y los defendió á todo trance. En obsequio de la nacion inglesa es preciso decir que las pasiones populares se contuvieron ante el respeto de los poderes legales: el *bill* de esclusion adoptado por la cámara baja fue rechazado por la de los lores y no se hicieron mas tentativas para pasar adelante y triunfar por otros medios

Pero la cuestion permaneció en pie. La cámara de los diputados que habia votado la esclusion de Jacobo II fue disuelta; mas el *bill* fue nuevamente propuesto y votado en la siguiente. Los dos grandes partidos que se habian progresivamente formado en el curso de aquel reinado estaban resueltos, los whigs á escluir del trono al monarca futuro, y los torys á conservar intacta la monarquía. Cárlos II tomó tambien por su parte una determinacion: decretó la disolucion de la cámara baja, separó absolutamente del poder á los whigs, formó su consejo de miembros del otro partido y gobernó cuatro años sin parlamento.

Años lúgubres fueron aquellos en que la Inglaterra no dejó de oir un momento el rugido de las próximas tempestades. Los whigs por su parte habiendo vuelto á entrar en las filas de la oposicion conspiraron gradualmente y con diversas intenciones: unos para apoderarse legalmente del poder; otros para obligar al rey, aunque fuese por medio de la insurreccion y la guerra civil, á aceptar lo que ellos consideraban como derecho y deseo unánime del país, y otros finalmente, que componian la clase inferior ó mas desesperada del partido querian deshacerse á toda costa aunque fuera por medio del asesinato, del rey y de su hermano, únicos obstáculos que se oponian al triunfo de la causa. Estas maquinaciones, unas veces exageradas, y otras confundidas por una publicidad incompleta y por medio de procesos seguidos con refinada inquietud sumergian el país en inquietudes de diverso carácter: el partido conservador se indignaba y llenaba de alarma por la seguridad del trono y del órden establecido, en tanto que el partido popular se iba irritando á proporcion que veia la inutilidad de sus tentativas y el suplicio de sus jefes mas distinguidos.

La reaccion monárquica, y la hostilidad destructiva crecian paralelamente. Las ordenanzas municipales y de las primeras corporaciones, último baluarte del partido popular, eran judicialmente atacadas y abolidas. Los conspiradores en medio de su impotencia y su peligro emigraban á Holanda á conjurar al príncipe de Orange que acudiera á salvar la religion protestante y las libertades de Inglaterra. Es indudable en efecto

que de los tres grandes resultados de la revolucion que el país tenia mas empeño de conservar, dos de ellos la influencia del parlamento en el gobierno y la preponderancia de la cámara baja en el parlamento se hallaban suspendidos y en grave compromiso. El resultado religioso, es decir, la dominacion del protestantismo, seguia aun ileso: la iglesia anglicana era la que sostenia invariablemente la corona y la que reprobaba toda tentativa de resistencia.

Robustecidos con este apoyo los torys mas ardientes, dirigidos por Rochester se agrupaban cada vez mas estrechamente en torno de Jacobo, olvidándose del afecto que este profesaba á la iglesia católica y no viendo en su persona mas que el representante y heredero de la monarquía. En tanto se iba formando en derredor de Halifax otro tercer partido, que desaprobaba las medidas violentas, pedia la convocacion de un parlamento y anunciaba estremados peligros en el caso de no adoptarse su marcha. Cárlos prolongaba la situacion prometiendo á los torys una infatigable perseverancia en sostener el derecho de su hermano, á los moderados respeto á la constitucion y á la iglesia la conservacion del protestantismo.

Perplejo y vacilante ponia en juego toda su astucia y toda su prudencia por eludir la necesidad de tener que adoptar alguna resolucion, y al fin llegó su última hora sin que las circunstancias le obligaran á variar de conducta. Mas cuando llegó al término de su vida mundana y se vió en el dintel de la eterna, las inquietudes de la agonía pusieron de manifiesto lo que su precaucion como soberano habia sabido tener oculto. Entonces rehusó toda asistencia por parte de los obispos anglicanos, mandó llamar á un monje benedictino que estaba oculto en su palacio y murió en el seno de la ilgesia católica, haciendo evidentes las sospechas que tanto habia procurado evitar, y confirmando á su hermano en el propósito de vivir adicto á la iglesia católica fuera de la cual el mismo Cárlos, á pesar de su escéptica indiferencia, no se habia atrevido á morir.

Tal fue en efecto el único pensamiento que dominó en Jacobo II durante su reinado de cuatro años. Aspiró constantemente este monarca al poder absoluto no por el arrebato de una naturaleza fuerte y dominante, ni por satisfacer una ambicion desmedida, sino, únicamente por un fanatismo ciego é incorregible. El principio fundamental de la constitucion de la iglesia romana, la infalibilidad é independencia del poder supremo fue para Jacobo II una máxima de gobierno y un artículo de fé. En su espíritu limitado é inflecsible el órden espiritual y el órden temporal se

hallaban miserablemente confundidos, y como rey se creia con derecho de exigir por parte de sus súbditos en el Estado la misma sumision absoluta que como católico estaba obligado á profesar á la iglesia romana.

Desde su infancia estaba acostumbrado á padecer por sus creencias religiosas, cruel persecucion que habia visto estenderse á cuantos las profesaban, y por eso cuando se vió en el trono se consideró obligado á dar libertad á la iglesia católica en su reino, y creyó que el único modo de dársela era devolverle su antigua dominacion.

¡Triste encadenamiento de los errores é iniquidades humanas que se atraen y engendran recíprocamente! En vez de reconocer y respetar á un mismo tiempo su mútuo derecho los protestantes y los católicos nada mas sabian hacer que perseguirse y dominarse recíprocamente.

Sea por esperanza de realizar mas fácilmente sus designios, sea á fin de asegurarse garantías para el porvenir, Jacobo II inauguró su reinado conteniéndose en los límites de la legalidad. Al sentarse en el trono prometió formalmente sostener las leyes establecidas asi en la iglesia, como en el Estado. De allí á poco tiempo convocó un parlamento y renovó del modo mas solemne sus promesas que no tardaron en ser desmentidas por algunos actos importantes, aunque aislados. Continuó haciendo recaudar contribuciones no impuestas por el parlamento, y al paso que para complacer á la iglesia anglicana desplegaba todo rigor contra los disidentes, principió á suspender la ejecucion de las leyes contra los católicos, y á producir ó tolerar graves infracciones contra el régimen político y religioso del Estado.

Su lenguaje era todavía mas á propósito para causar recelos que sus mismos actos: sin dejar de protestar continuamente acerca de la legalidad de sus intenciones, dejaba vislumbrar su derecho al poder absoluto y su resolucion de ponerlo en práctica, si la nacion no se daba por entendida y satisfecha de su moderacion.

Asi acostumbran espresarse unas veces los pueblos en nombre de la soberanía popular, y otras los reyes en nombre del derecho divino á fin de intimidarse mútuamente haciendo anticipado alarde de la terrible fuerza que en un caso dado podrán desplegar. ¡Pretension tan insensata como insolente que enerva y destruye las bases de un gobierno, ó las libertades de una nacion! Lo único que los reyes y los pueblos en sus relaciones deberian poner en evidencia para contenerse con sus derechos legales, dejando en eterno silencio los misterios y las amenazas de los golpes de Estado y de las revoluciones.

Las promesas de Jacobo II, y sus ensayos de gobierno legal fueron acogidas por el país favorablemente, ó mejor dicho con entusiasmo. Cuanto mas vivos son los temores, mas solícitas se manifiestan las esperanzas. Los torys dominaban en el parlamento; la iglesia anglicana se esforzaba en hacer que el rey quedara comprometido á realizar sus promesas, manifestándose cada vez mas monárquica y mas adicta á su persona. Los disidentes columbraban probabilidades de tolerancia y de libertad. Las buenas y las malas inclinaciones, los motivos honrosos y los vituperables se adunaban para asegurar al monarca la sumision pacífica y casi servil del país. En la córte y en el parlamento la mayor parte de los hombres de importancia, escépticos y corrompidos se hallaban dispuestos á medrar por un medio desconocido, esto es, por el sacrificio de sus opiniones y de su honor.

En el pueblo estaba retenida la esplosion de los disgustos y de los temores por un profundo cansancio que se amalgamaba con el espíritu monárquico, y con la subordinacion religiosa. Jacobo habia pasado ya la edad de la juventud : sus hijas, únicas herederas del trono, pertenecian á la comunion protestante y por este motivo la nacion creia que el sufrir un periódo de males, cuyo término debia irremisiblemente ser de corta duracion, era mas oportuno que aventurarse á correr los riesgos de una nueva revolucion.

Las facciones ardientes, los conspiradores de profesion, los ambiciosos desesperados y los proscritos que habian emigrado á Holanda, no estaban ciertamente tan resignados, ni tenian tanto sufrimiento. A pesar de los consejos del príncipe de Orange que los protegia y contenia á un mismo tiempo, intentaron por dos veces en Escocia y en Inglaterra promover simultáneas revoluciones bajo la direccion del conde de Argyle y del duque de Monmouth. El pueblo manifestó en ambos casos simpatías en favor de los revolucionarios, pero no tomó una parte activa en sus maquinaciones. El partido whig permaneció indiferente, y los torys por el contrario prestaron todo su apoyo al monarca. Las dos tentativas fracasaron y sus dos jefes dejaron la cabeza en el patíbulo sin escitar profundamente la compasion del público que en realidad no se hallaba muy conforme ni con ellos, ni con sus planes políticos.

Pero hasta la apariencia del triunfo es fatal á los monarcas que á pesar de su debilidad se hallan comprometidos en una lucha contra sus pueblos. Jacobo vencedor de sus enemigos y obedecido por parte de sus súbditos se abandonó á los vicios de su propia naturaleza : com-

placíase en ejercer el poder de un modo duro, y si se quiere cruel, y para esto encontró en Jeffreys, un cínico y atrevido ministro de sus venganzas. Los rigores judiciales ejercidos contra los partidarios de Argyle y de Monmouth con soberano desprecio de las garantías legales y de los sentimientos de humanidad escitaron en todas las clases de la sociedad, hasta en aquellas personas que habian desaprobado la revolucion, profundos sentimientos de indignacion y disgusto. Jacobo dió al mismo tiempo libre rienda á sus designios favoritos: atacó á la iglesia anglicana en sus derechos vitales y á los mas fieles de entre sus mismos partidarios en los últimos repliegues de su conciencia.

Diose órden á las universidades de Oxford y Cambridge de nombrar profesores católicos para sus establecimientos protestantes. El rey manifestó personalmente á Rochester que si no abrazaba el catolicismo seria destituido de todos sus empleos. Medidas tan manifiestamente ilegales y violentas eran desaprobadas hasta en el mismo seno del partido católico: dos camarillas, moderada y prudente la una, y arrebatada é intrigante la otra, se disputaban la influencia cerca del monarca, presentándole continuamente la primera el peligro á que se esponia y la segunda alhagándole con la esperanza de la victoria.

Nada faltó de lo que deberia haber contribuido á inspirar prudencia al soberano, ni la lealtad y larga paciencia de los protestantes, ni la moderacion y sabios consejos de los mismos católicos: la ciega obstinacion de Jacobo se hizo superior á todas las consideraciones. Llamó oficialmente al jesuita, P. Petre á su consejo, y mandó al clero anglicano leer en todos los templos del reino una declaracion mediante la cual quedaban definitivamente abolidos por solo su poder los decretos dados por el parlamento contra los disidentes y los católicos. El arzobispo de Cantorbery y seis obispos se negaron á obedecer, y presentaron una peticion, por lo cual fueron encerrados en la torre de Londres y perseguidos judicialmente como autores de un folleto sedicioso.

Mientras esto sucedia tuvo el rey Jacobo un hijo que dió al traste con las esperanzas de los moderados y nació entre las sospechas infundadas, pero naturales de toda la nacion: la pandilla dominante manifestó sin rebozo alguno su alegría, prometiéndose sin duda educar al príncipe en el mismo sentido, que habia educado al padre: de manera que aquel régimen de gobierno, que hasta entonces habia sido tolerado solo en atencion á lo poco que podia durar, se presentó como indefinida perspectiva para el porvenir.

El país permaneció inmóvil, pero los jefes de partido comprendieron que era llegado el momento de variar de conducta. La iglesia anglicana habia abrazado ya el sistema de resistencia pasiva, los partidos políticos whigs y torys dieron un paso mas. La esperiencia habia hecho comprender á los primeros de estos dos últimos que no era dable á sus solas fuerzas reunir la nacion, ni fundar un gobierno. Tuvieron la rara prudencia de comprender por sus conspiraciones frustradas, y por la caida de sus hombres de gobierno que no teniendo en su propio partido elementos para realizar sus planes, debian unirse con sus antiguos adversarios.

Los torys por su parte sabian muy bien que todo principio tiene sus límites, todo compromiso sus condiciones, y todo deber su reciprocidad. Habian por espacio de cuarenta años sentido la máxima de no oponer resistencia á la corona y conservado escrupulosa lealtad á los soberanos; pero al ser llamados á dar nuevas pruebas conocieron que tambien la patria tenia derechos á su lealtad, y que por solo manifestarse consecuentes á lo que en otras épocas distintas habian dicho no estaban obligados á entregar servilmente sus libertades y sus creencias religiosas á un monarca insensato. Nombres gloriosos, personajes los mas ilustres de ambos partidos, Russell, Sidney y Cavendish, Danby, Shrewsbury y Lumley, se pusieron de acuerdo y quedaron unidos. Al ser solicitado por ellos Halifax, jefe de un tercer partido, se manifestó resuelto á no tomar ninguna parte activa en su plan, pero no los disuadió de su propósito.

El mismo dia (30 de junio de 1688) en el acto de ser victoreados apasionadamente por todo el pueblo de Lóndres los siete obispos que acababan de ser solemnemente puestos en libertad, salió el almirante Herbert disfrazado de marinero para Holanda á presentar al príncipe de Orange una invitacion firmada por los jefes de los dos partidos y por Copton, obispo de Lóndres, rogándole tomara por su cuenta el defender la religion y las leyes de Inglaterra, y comprometiéndose á servirle por su parte en semejante empresa á todo trance y con todas sus fuerzas.

Este era el paso que Guillermo esperaba. «Ahora ó nunca» habia dicho á su favorito Dykevelt al saber la resistencia de los siete obispos ingleses, y la causa que se les habia mandado formar. Asi que recibió el mensaje de Herbert anunció y preparó públicamente su plan; pero valiéndose de una combinacion tan discreta como atrevida de franqueza y de reticencia, no dijo que iba á conquistar una corona, sino que se preparaba á peticion de los mismos ingleses á promediar entre ellos y su rey para protejer las leyes de Inglaterra y la religion protestante que se veian en peligro.

Discutió con los Estados generales de Holanda la conveniencia de semejante empresa, y les pidió su aprobacion y su apoyo. Dió cuenta no solo á los príncipes protestantes, sino hasta al mismo emperador de Alemania y al rey de España que cerca de algunos gabinetes se demostraba como defensor del protestantismo y cerca de otros como sostenedor del equilibrio europeo. Jamás empresa alguna fue tan anticipadamente ni con tanta claridad confesada, discutida, ni justificada: ningun gabinete europeo pudo dejar de comprenderla. Bajo la magnitud de la causa y de sus resultados desaparecia por completo toda idea de conspiracion ó de ambicion personal. Finalmente antes que se cumplieran cuatro meses de la llegada del mensage de Herbert, Guillermo partió para Inglaterra al frente de una escuadra y un ejército, mereciendo la aprobacion tácita de la mayor parte de los reyes, protestantes ó católicos y hasta la del mismo papa Inocencio XI á quien los arrogantes actos de Luis XIV inspiraban tanto resentimiento, como profundo desprecio la loca temeridad de Jacobo II.

Solo este monarca es el que nada comprendió ni nada creyó. En vano seguia recibiendo de Luis XIV informes exactos, y eficaces promesas de apoyo; en vano sus mismos agentes en París y en la capital de Holanda le avisaban de todos los preparativos y progresos de la espedicion. Jacobo desechó las proposiciones que se le hicieron, y cerró el oido á toda advertencia. Por un resto de orgullo ingles y de su régia dignidad no quiso verse defendido públicamente por soldados de un rey estranjero, cuyos socorros habia aceptado secretamente sin ruborizarse: en el fondo de su alma se ocultaba un temor, un presentimiento de su impotencia que borraba la idea del próximo peligro.

No le engañaba en realidad ese presentimiento. Mas de seis semanas trascurrieron desde el desembarque de Guillermo en Inglaterra y su entrada triunfal en Lóndres. Venia atravesando lentamente el país tan dispuesto á encontrar resistencia como á recibir felicitaciones. Asi llegó por último á la capital sin haber tenido que vencer la menor oposicion; pues ni una gota de sangre se derramó en defensa de Jacobo II. Este por su parte mostrándose tan abatido en medio del peligro, como obstinado habia sido en no querer preveerlo, intentó recuperar á fuerza de bajezas lo que habia perdido por sus temeridades: se retractó de cuanto habia hecho, devolvió á los pueblos sus ordenanzas municipales, á las universidades sus privilegios, á los obispos su favor, despidió de su consejo al jesuita Petre, y trató de negociar con Guillermo.

Todo fue inútil, permaneciendo encerrado en su palacio á cada ins-

tante recibia noticia de nuevas deserciones y hasta su hija, la princesa Ana, le abandonó, pasando á los reales del de Orange. Whitehall se iba convirtiendo en una soledad, y corria mucho riesgo de convertirse en prision. Jacobo tuvo por conveniente abandonarlo: huyó, pero habiendo tenido la desgracia de ser conocido en su fuga fue otra vez conducido á Lóndres por una turba de hombres oscuros, y despues de haber pasado algunos dias de inútiles ansiedades huyó por segunda vez y para siempre. Tres horas hacia apenas que habia abandonado la capital (18 de diciembre de 1688) cuando seis regimientos ingleses y escoceses entraron con banderas desplegadas en nombre del príncipe de Orange, que por evitar toda apariencia de triunfo llegó por la noche al palacio de San James. De allí á cinco semanas (22 de enero de 1689) un parlamento estraordinariamente convocado bajo el nombre de Convencion se reunió en Westminster para consagrar y dirigir la revolucion.

Allí estallaron entre los partidos y en el seno de todos los partidos disidencias que hasta entonces habian permanecido enfrenadas por el comun peligro. Volvieron á dispertarse todos los escrúpulos monárquicos entre los torys, y renacieron todas las tentaciones revolucionarias entre los whigs. Los mas tímidos de los primeros opinaban que debia volverse á llamar á Jacobo, haciéndole prestar anticipadamente algunas garantías. Los mas exaltados del partido contrario hablaban de establecer una república gobernada por un consejo de Estado, cuyo presidente seria el príncipe de Orange.

Entre esas dos opuestas opiniones andaban fluctuando las moderadas segun el impulso que aquellas les imprimieran. Muchos whigs monárquicos de corazon pero poseidos aun de las máximas del parlamento Largo republicano querian que se destituyera solemnemente del trono á Jacobo II y no se ofreciera la corona á Guillermo sino despues de haber organizado por medio de leyes fundamentales la república en la monarquía. Por su parte los torys adictos á la iglesia pedian que al declarar á Jacobo incapaz de la corona, se respetaran las bases de la monarquía y no se hiciera mas que instituir una regencia. Otros mas audaces y mas sútilmente escrupulosos en sus principios monárquicos, al paso que estaban conformes con los whigs en que el rey habia abdicado el gobierno tanto por su conducta, como por su fuga, pretendian que el trono, que no debia estar vacante ni un solo dia, pertenecia de derecho á la hija mayor de Jacobo, la princesa María, y que por lo tanto no habiá nada mas que hacer que proclamarla reina.

A proporcion que se presentaban y discutian esos diversos planes con tanto ardor por parte del público como en las cámaras, los ánimos se iban exaltando, los partidos tomaban consistencia, los ambiciosos tremolaban la bandera que mas se acomodaba á sus deseos y la discordia iba renaciendo entre ambas cámaras. Apenas consumada una revolucion se veia brotar la ensagrentada cabeza de otra.

Pero el buen sentido político, que habia adunado los jefes de los partidos durante la resistencia, los dirigió tambien en los primeros momentos de aquel nuevo período. Desentendiéronse de teorías, y de cuestiones meramente especulativas, redujeron los actos y las formas mediante las cuales el nuevo poder debia ser establecido, á lo estrictamente necesario para cimentarlo sólidamente y no se cuidaron mas que de terminar su mision prontamente y de un modo favorable á los intereses del país. Guillermo contribuyó á esa obra, primero con su prudencia y luego con su firmeza. Por de pronto dejó á todos los sistemas y á todos los proyectos presentarse libremente, sin manifestar por su parte interés por ninguno y absteniéndose de mezclarse en las discusiones.

Mas cuando conoció que la crisis estaba ya inmediata convocó los miembros mas distinguidos de las dos cámaras y en términos sencillos, breves y terminantes les manifestó que si bien se hallaba lleno de respeto hácia el derecho y libertad del parlamento, tambien tenia personalmente su libertad y su derecho y que jamás aceptaria un poder mutilado, ni un trono en el que su mujer ocupara un asiento mas elevado. Esta negociacion fue decisiva : las dos cámaras se pusieron de acuerdo : y adoptaron un manifiesto que al paso que declaraba vacante el trono, proclamaba los derechos esenciales del pueblo ingles y la elevacion de Guillermo y de María, príncipes de Orange, al trono de Inglaterra. Hízose la proclamacion oficial de este acto del parlamento en 13 de febrero de 1689, y el público de los principales barrios de la capital lo recibió con inequívocas señales de entusiasmo.

Mucho importa á los pueblos durante los dias críticos de su destino el comprender y practicar simultáneamente por la sumision y por las obras los consejos que Dios les ha dado por medio de los anteriores sucesos de su vida. La Inglaterra amaestrada por la esperiencia sabia que toda revolucion en sí misma no es mas que un desórden inmenso y desconocido que trae á la sociedad grandes males, grandes peligros y grandes crímenes. Sabia que un pueblo puede tal vez verse algun dia en la dura necesidad de aceptarlos, pero que hasta llegar esa terrible preci-

sion debe constantemente rechazarlos, y temerlos. No fue infructuoso para la nacion inglesa el recuerdo de esa saludable máxima de su propia esperiencia. Supo sufrir mucho, supo resistir largo tiempo por evitar una nueva revolucion, y solo cuando no vió otro medio de salvar su religion, sus derechos y su honor, se sometió á la necesidad, y aceptó las consecuencias de un trastorno social. Altamente gloriorioso es para la revolucion de 1688 el no haber sido mas que un acto de pura defensa producido por la necesidad. En eso estriba el principal fundamento de su victoria.

En las grandes convulsiones sociales suele tal vez desarrollarse una fiebre universal, soberana é impía de ambicion. No hay quien deje de creerse autorizado para sentar la mano sobre todas las cosas y reformar á su placer el mundo. Nada mas insensato ni vano que esos miserables arrebatos de la criatura humana que calificando de caos la admirable armonía del gran sistema en el que tiene su puesto asignado por la Providencia, trata de erigirse en creador y no hace mas que trasformar y dejar hondamente impreso el sello de su locura donde quiera que pone su temeraria mano.

No puede en verdad decirse que la nacion inglesa se abandonó á ese frenesí durante su revolucion de 1688 : lejos estuvo de aspirar á cambiar las bases sociales, ni los destinos de la humanidad : no se lanzó á la arena sino para conservar una religion, unas leyes y unos derechos positivos, en los cuales se encerraban sus pretensiones y sus pensamientos. Partiendo de este principio llevó á cabo una revolucion grandiosa al par que modesta, que dió al país nuevos gobernantes y nuevas garantías, y una vez conseguido este objeto, se dió por satisfecha, y se detuvo en su curso no contentándose con nada menos, ni aspirando á nada mas.

Consumóse esta revolucion no por medio de levantamientos populares, sino por partidos políticos organizados mucho antes de la revolucion con el objeto de dar al país un gobierno normal, pero no con la idea de promover desórdenes. Ni el partido tory, ni el partido whig á pesar de sus elementos revolucionarios se habian propuesto otro objeto en el momento de su union. Eran partidos de política legal, no de conspiraciones, ni de levantamientos. Sintiéronse impulsados á cambiar el gobierno del país, y como que no habian nacido para ese objeto, volvieron á entrar sin esfuerzo alguno en la via del órden despues de haberse separado de ella un momento no por costumbre, ni por inclinacion, sino por necesidad.

Tampoco puede atribuirse esclusivamente ninguno de esos dos grandes partidos rivales hasta entonces, el mérito ni el peso de la revolucion; pues ambos se unieron y trabajaron de consuno para realizarla. Entre

ellos aquel movimiento fue, si asi puede decirse, una obra de transaccion, un impulso de comun necesidad, pero no una victoria, ni una derrota. Unos y otros vieron venir el momento crítico y lo aceptaron con sentimientos distintos: ambos aceptaron las consecuencias y tomaron parte en ellas.

Con frecuencia se ha dicho en Francia y hasta en Inglaterra que la revolucion de 1688 habia sido una obra esencialmente aristocrática, nada popular, verificada por combinaciones y en provecho de las clases elevadas, pero no por impulso, ni para bien del pueblo. Semejante juició es un notable ejemplo de la confunsion de ideas y del olvido de los hechos que con tanta frecuencia suelen presidir en la apreciacion de los grandes acontecimientos.

Aquella revolucion produjo en el órden político los dos mas grandes resultados en favor del pueblo que se mencionan en los fastos del mundo. Por una parte proclamó y aseguró los derechos personales y universales de los simples ciudadanos, y por la otra la participacion activa y terminante del país en su gobierno. Toda democracia que ignore que eso es cuanto tiene necesidad y derecho de reclamar, desconoce sus mas altos intereses y no podrá fundar un gobierno, ni conservar sus propias libertades.

En el órden moral presentó la revolucion de 1688 un carácter todavía mas popular. Fué llevada á cabo en nombre y por la fuerza de las creencias religiosas del pueblo y para seguridad y dominacion de las mismas. En ningun país, en ninguna época ha ejercido la fé de las masas tanta influencia en la suerte de su gobierno.

Popular en sus principios y en sus resultados solo puede decirse que fue aristocrática en cuanto á la ejecucion, por haber sido concebida, preparada y conducida á término por hombres distinguidos, fieles representantes de los intereses y opiniones de la nacion. La Inglaterra ha tenido la rara fortuna de haber visto nacer y conservarse vínculos poderosos é íntimos entre las diversas clases de la sociedad. La aristocracia y la democracia han sabido vivir y prosperar, sosteniéndose y reprimiéndose mútuamente.

Los gobernantes no se han aislado del pueblo y este á su vez no ha carecido de gobernantes. En 1688 fue particularmente cuando la nacion inglesa recogió el fruto de esa feliz combinacion de gerarquía y armonía en el órden social. Vióse para salvar su creencia, sus leyes y sus libertades reducida á la espantosa necesidad de una revolucion, y esta como ya

se ha dicho fue llevada á cabo por hombres de órden y de gobierno, pero no por revolucionarios.

Las mismas influencias que acometieron la empresa fueron las que la contuvieron en sus justos límites y se encargaron de consolidarla. La causa del pueblo ingles triunfando por mano de la aristocracia es lo que da caracter de grandiosidad á la revolucion de 1688 y lo que le aseguró desde sus primeros pasos garantías para el porvenir.

Aun no era suficiente tanta intimidad entre las diversas clases sociales, ni tanto poder: toda revolucion lleva consigo vicios tan capitales, que aun siendo la mas necesaria, la mas legítima y la mas fuerte produce grandes trastornos en la sociedad que salva y la deja por mucho tiempo amenazada y reducida á una situacion precaria. Apenas habian pasado tres años cuando ya el salvador de Inglaterra, el rey Guillermo se habia hecho profundamente impopular. Sus modales sencillos al par que altivos, su fria reserva, la poca aficion, que por su parte no se tomaba la molestia de ocultar, á las costumbres de la aristocracia inglesa, la intimidad y favores que prodigaba á varios de sus antiguos amigos de Holanda, todo en una palabra contribuia á que en medio de su nuevo pueblo apareciese como estranjero y poco favorecido de las simpatías del público.

Guillermo era en materias de libertad civil y religiosa mucho mas ilustrado que los ingleses, y estaba mucho menos dispuesto á dejarse convertir en instrumento de los rigores de la intolerancia episcopal, y de las animosidades del espíritu de partido aristocrático. Guardaba pocas consideraciones á las exigencias del régimen constitucional, comprendia mal el juego de los partidos parlamentarios, todavía confusos y recien organizados: mostrábase indignado de su egoismo, envidioso de su influencia y defendia contra ellos su régio poder generalmente con mas vigor que discernimiento. En su gobierno y en sus planes se traslucia que la política general de Europa era el asunto á que concedia particularmente su preferencia. Para luchar contra la dominacion europea de Luis XIV con todas las fuerzas de Inglaterra habia aspirado al trono de esa nacion, cuyas tendencias religiosas se avenian perfectamente con sus planes.

Sin embargo, es indudable que Guillermo con sus combinaciones y guerras del continente comprometia el país mas de lo que convenia á las inclinaciones é intereses de sus habitantes. Cansábase cada dia mas la Inglaterra de verse cada vez mas comprometida en esfuerzos y en peligros lejanos por aquel mismo monarca que habia sido llamado para librarla de

los peligros interiores, y Guillermo á su vez se indignaba de hallar en aquel mismo pueblo y en aquellos mismos partidos que le debian su libertad tan poco afecto y ardor respecto de la gran causa, con la cual segun su opinion estaban vinculadas su felicidad política y sus derechos. De aquí provenian entre el rey y el parlamento desacuerdos, amarguras y conflictos que turbaban y causaban agitaciones en el nuevo gobierno. Guillermo conocia sus propias fuerzas y las empleaba con demasiada ostentacion: llegó hasta el estremo de decir que si sus intenciones no eran mejor comprendidas y apoyadas podria muy bien suceder que abdicára la corona de Inglaterra y se volviera á Holanda.

Al amenazar algun peligro, el parlamento, los partidos, la iglesia y el pueblo conocian lo muy necesario que les era el rey Guillermo, y entonces se apresuraban á colmarlo de solícitas atenciones; mas no tardaban en renacer las mútuas antipatías: los partidos volvian á sus rivalidades; el pueblo á sus preocupaciones é ignorancia y el rey á sus planes de política europea, á sus exigencias de guerra, y á sus alardes de poder.

Los partidarios de Jacobo volvieron á concebir esperanzas y no por haber sido derrotados en Irlanda y Escocia, ni descubiertos y condenados en Inglaterra desistian en sus tentativas de guerra civil y de sedicion. Hasta entre los mismos consejeros de Guillermo tenia el destronado monarca corresponsales que le aseguraban algunas probabilidades para el porvenir. Durante todo el curso de este reinado, las instituciones de 1688 se vieron continuamente atacadas é inseguras á pesar del fácil desenlace de la revolucion, del carácter enérgico del rey y de la sincera adhesion del país.

El mismo mal siguió reproduciéndose mientras la reina Ana ocupó el trono. Los whigs y los torys se disputaron con encarnizamiento el poder. En la lucha europea que produjo la guerra de sucesion de España, esos dos partidos abrazaron por de pronto el sistema de intervencion y de guerra continental del rey Guillermo. Arrastrados por la costumbre y por algunas victorias los whigs quisieron hacer la guerra de un modo desconocido é innecesario. Los torys por el contrario se decidieron por la paz; esta era tambien la opinion general de Inglaterra, y hasta la reina Ana se manifestaba dispuesta á favorecerla.

Lograron por fin mediante el tratado de Utrech poner término á la situacion violenta y precaria en que se hallaba la Europa; mas no por eso pudieron los torys hacer que se olvidaran las afinidades que naturalmente tenian con los partidarios de Jacobo. Dispertaron á pesar de su fidelidad

protestante susceptibilidades de familia en el corazon de la reina; mezcláronse intrigas domésticas con las complicaciones esteriores: los Estuardos en su destierro sintieron renacer alguna esperanza y otra vez fueron puestas en tela de juicio las instituciones de 1688 hasta que la muerte de aquella reina y el advenimiento pacífico de la casa de Hannover al trono de Inglaterra pudieron darles sólida consistencia.

Bajo los reinados de los Jorges I y II la opinion pública siguió otro rumbo: dejó de ser el principal asunto la política estranjera, y el gobierno y la nacion no se preocuparon mas que de la administracion interior, del afianzamiento de la paz, de cuestiones de hacienda, de colonias y del comercio. No estaban sin embargo enteramente estinguidas la cuestion dinástica, y las esperanzas revolucionarias. La nacion inglesa se sentia poco inclinada hácia unos príncipes alemanes que no hablaban su idioma, que se disgustaban de las costumbres inglesas, se aprovechaban del mas leve pretesto para irse á vivir á su antiguo y pequeño estado y comprometian sin cesar la Inglaterra en asuntos continentales que nada le importaban. Las disputas domésticas de la familia real, y por otra parte las costumbres groseramente licenciosas de los palaciegos, incomodaban tambien al pueblo ingles.

Con la honradez y buen sentido de este chocaban la dominacion mobil, las rivalidades egoistas, las pasiones facticias y las exageraciones é intrigas de aquella época. Seguian reproduciéndose constantemente conspiraciones y levantamientos en favor de Jacobo en Escocia, en Irlanda y hasta en el mismo recinto de Inglaterra: cierto es que á todas alcanzaba la represion, mas no por eso dejaban de encontrar siempre nuevos partidarios apasionados que manejaban á su placer los temores, el celo y las simpatias del pueblo. En medio de esos continuos ataques contra el órden establecido se iban apoderando de todos los ánimos la indiferencia, la inercia, el espíritu de crítica y el desafecto. El pueblo se iba al parecer olvidando de un poder que ya no le interesaba.

A los cincuenta y siete años despues del movimiento nacional que habia elevado á Guillermo III al trono pudo un nieto de Jacobo II al frente de unos montañeses de Escocia penetrar hasta el corazon de Inglaterra y dar lugar á que se creyera que de allí á pocos dias entraria en la capital con la misma facilidad que en otro tiempo entró el príncipe de Orange espulsando á su abuelo.

Pero la Inglaterra y su gobierno no dependian de un acceso de mal humor popular, ni de la derrota de algunos regimientos, ni de un golpe

de mano de unos cuantos facciosos. Las mismas fuerzas sociales que en 1688 hicieron la revolucion, defendieron y salvaron en 1745 el gobierno que aquella habia creado. Cuando el peligro llegó á ser evidente, los enemigos de ese gobierno se estrellaron en la sólida organizacion de los partidos aristocráticos, en el buen sentido de una democracia disciplinada y en la fé de un pueblo cristiano. Los jefes whigs y muchos de los torys consideraban su honor y su fortuna política como enlazados con aquella causa. Los partidos en general sirvieron con lealtad á sus jefes y la clase media se olvidó de sus descontentos y de la poca simpatía personal que le inspiraba el gobierno para no preocuparse mas que de los intereses elementales del país y de los suyos propios.

La iglesia y los disidentes se manifestaron animados del mismo afecto. Las esperanzas de los Jacobistas se desvanecieron rápidamente ante esos incontrastables elementos de fuerza, pudiendo decirse que el peligro mas grave que ha corrido la nueva monarquía inglesa ha sido tambien el último. Desde aquella época solo algunas maquinaciones secretas, solo algunas tentativas tan facilmente abortadas como concebidas han revelado alguna vez la existencia de sus enemigos. Setenta años de amargas y trabajosas penas le ha costado al gobierno de 1688 el vencer los vicios inherentes á toda revolucion hasta el punto de asegurar pacíficamente la incontestabilidad de sus instituciones. Cuando Jorje III subió al trono, (1760) estaba consumada la obra, ya hemos dicho de que manera y á que precio se verificó.

Diez y seis años hacia que ese monarca ocupaba el trono cuando mas de dos millones de vasallos suyos á mil cuatro cientas leguas de la capital rompieron el lazo que los unia al trono, proclamaron su independencia y acometieron la empresa de establecer la república de los Estados-Unidos de América. Siete años de combates fueron necesarios para que la Inglaterra se creyera en el caso de tener que reconocer la independencia, y tratar de igual á igual con aquel Estado. Sesenta y siete años han pasado desde aquella época, y sin esfuerzos violentos, sin estraordinarios sucesos, y por el solo impulso de sus instituciones, y de una prosperidad pacífica han tomado los Estados-Unidos su puesto entre las grandes naciones. No hay memoria de haber ningun pueblo comprado tan rápida y poco costosamente su grandeza, ni de haber esta sido tampoco turbada en su progreso.

Y ese triunfo no lo deben seguramente aquellos estados solo á la circunstancia de no haber sido turbados por ningun rival poderoso, ni á los

inmensos espacios que les sirven de límite: otras causas menos fortuitas y de mas moralidad han contribuido tambien á la rapidez y á la serenidad de su esplendor.

Trataron de adquirirlo bajo la bandera de la justicia y del derecho. La revolucion que da principio á su historia fue tambien para ellos un acto de defensa. No reclamaron mas que las garantías y los principios consignados en sus códigos y que el parlamento de su madre patria que entonces se negaba á cumplírselos habia en otro tiempo reclamado y hecho triunfar con muchas mas violencias y desórdenes que los que causaba la resistencia de aquellos estados.

No puede decirse lógicamente hablando que fuese una revolucion lo que se propusieron hacer. Su empresa era indudablemente grande y peligrosa: para conquistar su independencia se atraian la guerra por parte de un enemigo poderoso, y además tenian que establecer un gobierno central que reemplazara al poder distante de cuya servidumbre se querian emancipar. Pero no necesitaban hacer ninguna alteracion en sus instituciones locales: cada una de aquellas colonias era libremente gobernada por lo tocante á sus relaciones interiores, y al convertirse en Estado apenas tenia que hacer variacion alguna en sus máximas de gobierno ni en la organizacion de sus poderes públicos. Allí no habia antiguas tradiciones que combatir, ni rancios privilegios que detestar, ó destruir, por el contrario la adhesion á las leyes y costumbres antiguas, y el respetuoso afecto á lo pasado dominaban en todos los ánimos: el sistema colonial dependiente del amparo de una monarquía lejana se convertia sin ningun esfuerzo en sistema republicano bajo la proteccion de un gobierno federal.

No hay indudablemente sistema alguno de gobierno para el cual sea mas necesario el asentimiento general y espontáneano del país que el republicano. Puede concebirse, y se ve confirmado por la historia, el establecimiento de estados monárquicos por medio de la fuerza; pero no hay ejemplo de que nunca haya podido hacerse lo mismo con el régimen republicano, pues no se concibe como podria establecerse ó subsistir un gobierno popular que no contara con los instintos y las simpatías del pueblo. Las colonias de América no tuvieron que superar tales dificultades para convertirse en república de los Estados-Unidos: al adoptar esa forma de gobierno no hicieron mas que satisfacer el voto general y desarrollar mas bien que abolir su sistema anterior.

Tampoco se causó perturbacion ninguna en el órden social; no hubo lucha entre las clases diversas, ni dislocacion violenta de influencias. Aun-

que la corona de Inglaterra tenia en aquellas colonias algunos partidarios no por eso dejó de dominar un mismo espíritu, un mismo deseo en todos los grados de la escala social y hasta puede decirse que las familias opulentas y distinguidas eran las que mas anhelaban por conquistar la independencia y establecer el nuevo sistema de gobierno. El pueblo marchaba adelante y el acontecimiento iba á verificarse bajo su direccion.

El espíritu de revolucion no ejercia mas influencia en los ánimos que en la sociedad. Las ideas filosóficas del siglo XVIII su escepticismo moral y su incredulidad religiosa habrian ciertamente llegado á penetrar y circular en los Estados-Unidos de América, mas no por eso se entienda que dominaban de un modo absoluto, ni habian conseguido implantar sus principios fundamentales ni sus últimas consecuencias : la gravedad moral y el buen sentido práctico de los antiguos puritanos seguian existiendo en el espíritu de aquellos americanos, aun entre los mismos que mas admiracion habian mostrado hácia los filósofos franceses.

La masa de la poblacion seguia conservando profundamente sus creencias, tan adicta á sus dogmas como á sus libertades, tan humildemente sometida á Dios y al Evangelio, como airadamente enconada contra el rey y el parlamento de Inglaterra y sostenida en esa lucha á beneficio de su independencia por aquella misma fé, que habia motivado la venida de sus antepasados á las regiones americanas á plantear las bases en que debia reposar el nuevo Estado.

Las ideas y las pasiones que en nombre de la democracia arrebatan y desorganizan actualmente las sociedades pululan y fermentan en los Estados-Unidos de América con todos sus errores y todos sus vicios ; pero hay que tener presente que el espíritu del cristianismo, las escelentes tradiciones políticas y los inveterados hábitos de legalidad que campean en aquel pueblo las mantienen subordinadas y las purifican eficazmente.

Al paso que en aquel vasto teatro se desarrollan audazmente los principios anárquicos, se sostienen con toda solidez y energía tanto en la sociedad como en el individuo en particular los elementos de órden y conservacion : en todas partes, hasta en el seno del mismo partido que se califica de demócrata por escelencia se echa de ver su presencia y su benéfico influjo que temperándolo y modificándolo lo consiguen no pocas veces salvarlo de la violencia de sus fogosos arrebatos. Estos son los principios tutelares bajo cuya influencia se consumó la revolucion americana, y quedó asegurado su porvenir. ¡ Ojalá que en la terrible lucha que actualmente tienen que sostener por todas partes, sigan vigorosamente prevale-

ciendo en aquel poderoso pueblo, y lleguen siempre á tiempo de salvarlo de los abismos que pueden oponerse á su marcha!

Tres grandes hombres, Cromwell, Guillermo III y Washington figuran en la historia como árbitros y representantes de las supremas crísis que han labrado la felicidad de aquellas dos grandes naciones. Cromwell merece tal vez por la estension y energía de sus talentos naturales ocupar entre los tres el primer puesto: distinguíase por su espíritu prodigiosamente activo, sólido, exacto, flexible, creador y por una energía de carácter incapaz de contenerse por ningun obstáculo, ni por ningun contratiempo, y sabia encaminarse á la realizacion de sus planes con una paciencia y un ardor inagotables marchando tan pronto por las vias mas tortuosas y largas, como por las mas directas y peligrosas.

Sobresalia igualmente en captarse y dominar la voluntad de los que atraia al círculo de sus relaciones personales é íntimas, como en organizar y dirigir un ejército ó un partido. Tenia el espíritu de popularidad y el don de mando y con igual audacia se atrevió á desencadenar las facciones, que oponerse á la furia de sus desbordamientos. Mas como hijo de la revolucion y conducido de oleage en oleage al poder supremo, su talento, puede decirse que siguió siempre siendo esencialmente revolucionario: no le fueron desconocidas las necesidades del órden y del gobierno; pero no supo ni respetar, ni practicar las leyes morales y permanentes. Sea por inclinacion de su naturaleza, ó sea por vicio de su situacion, no conoció regla ni serenidad en el ejercicio del poder; recurrió sin necesidad á medidas estremadas como aquel que continuamente se ve amenazado del último peligro y de aquí provino que con la violencia misma del remedio exacerbó la enfermedad que se propuso curar. El establecer un gobierno es empresa que exige procedimientos mas normales y conformes con las leyes eternas del órden moral. Cromwell logró sujetar la revolucion, mas no le fue dado edificar sobre sus ruinas.

Menos sobresalientes tal vez en cuanto á los dones naturales Guillermo III y Washington consumaron la obra superior á las fuerzas de Cromwell, y aseguraron la suerte del gobierno que establecieron en su patria. Tal vez deberá ese brillante resultado atribuirse á que en el seno mismo de la revolucion nunca aceptaron ni pusieron en práctica la política revolucionaria, ni nunca solicitaron ni se vieron en la fatal situacion de tener que emplear las arbitrariedades del despotismo para sostenerse en alturas á que hubiesen sido elevados por las violencias de la anarquía.

Desde sus primeros pasos se encontraron naturalmente colocados, ó

supieron colocarse por sí mismos en las vias normales y en condiciones permanentes de gobierno. Guillermo era un monarca ambicioso y seria una puerilidad creer, que habia sido indiferente al deseo de subir al trono de Inglaterra hasta el momento en que fue invitado por los mismos ingleses y se vieron coronados los planes que desde mucho tiempo atras se esban poniendo en juego para ese objeto. Guillermo seguia paso á paso el lento curso de esas maquinaciones, sin aceptar la complicidad, pero sin distraerlas de su marcha, sin alentarlas, mas sin dejar por eso de conceder proteccion á sus autores. Su ambicion personal estaba morigerada por el noble deseo del triunfo de una causa grande y justa, la libertad religiosa y el equilibrio europeo.

Ninguno ha empleado mas que Guillermo el afan de toda su vida en un asunto político de mayor trascendencia. Puede decirse que estaba sinceramente apasionado de la empresa que habia acometido, y que su grandeza personal no era mas que un medio de llevarla á cabo. En sus miras hácia la corona de Inglaterra nunca intentó servirse de la violencia ni el desórden: su espíritu era bastante sublime y bien organizado para no aborrecer las consecuencias inevitables de semejantes medios, y para someterse á su pesado yugo. Mas cuando la misma Inglaterra le franqueó el paso, no se detuvo por escrúpulos de hombre particular: quiso que su causa triunfára y se apresuró á recoger el honor de su triunfo. Glorioso conjunto de habilidad y de fé, de abnegacion y de ambiciosas aspiraciones.

Washington no conoció la ambicion: su patria necesitó de él, y supo elevarse para servirla, mas bien por deber que por gusto, y no pocas veces á costa de penosos esfuerzos. Las exigencias de la vida pública le eran sumamente molestas, preferia la independencia de la vida privada y la quietud del ánimo al ejercicio del poder. Mas á pesar de eso aceptó la obligacion que su país le imponia, y supo desempeñarla sin procurarse ningun correctivo que le dulcificara sus amarguras. Con su nativa disposicion para el gobierno, aunque poco aficionado á ejercerlo, revelaba al pueblo americano todo lo que creia verdadero, y en sus actos sostenia lo que creia justo con una firmeza tan inquebrantable como sencilla y con un sacrificio de popularidad tanto mas meritorio, cuanto que no iba acompañado de ninguno de los placeres de la dominacion.

Servidor de una república naciente, en la que prevalecia el espíritu democrático, supo adquirir su confianza y asegurar la victoria, sosteniendo sus intereses contra sus inclinaciones por medio de aquella política modesta al par que severa, reservada é independiente, que al parecer no

es propia sino del jefe de un senado aristocrático colocado al frente de un Estado antiguo. Rara conducta que tanto honra á Washington como á su patria.

Concluyamos: si se fija la atencion en el destino de las naciones, ó en el de los grandes hombres, si se trata de una monarquía, ó de una república, de una sociedad aristocrática, ó de una democracía, siempre se verá brillar una misma luz en todos sus hechos: siempre se verá que el resultado definitivo es consecuencia de unos mismos principios y no se obtiene sino marchando por un mismo camino. El espíritu revolucionario es tan fatal á los hombres que ensalza, como á los que derriba. La política que conserva los Estados es la única que da feliz término á las revoluciones,y garantías de seguridad á sus resultados.

ANOTACIONES HISTORICAS

SOBRE LA HISTORIA

DE LA

REVOLUCION

DE

INGLATERRA

NUMERO I.

SOBRE LOS SINTOMAS DEL ESPIRITU DE OPOSICION Y DE LIBERTAD BAJO EL REINADO DE ISABEL.

Habiendo un diputado de la cámara baja llamado Wentworth pronunciado, en noviembre de 1575, un discurso en defensa de los privilegios de la cámara, particularmente en lo relativo a la libertad de peroracion, fue arrestado de órden de la reina, y sufrió ante una comision del parlamento el siguiente interrogatorio, curioso documento del espíritu de independencia que empezaba á manifestarse, y de la aprobacion que á pesar suyo le daban los mismos que debian castigarle.

El presidente de la comision. ¿Dónde está vuestro último discurso que nos prometisteis dar por escrito?

Diputado. Hele aquí; os lo entrego bajo dos condiciones: primera, que lo examinareis con detencion, y que si encontrais algo de que se pueda deducir falta de adhesion al príncipe ó al Estado, deberé responder de ello como si hubiese pronunciado entero el discurso en la cámara; segunda, que lo entregareis á la reina: si S. M. ó alguno de vosotros, miembros de su consejo privado, cree ver en mí una falta de adhesion al trono y á mi pais, tomo sobre mí la responsabilidad.

El presidente. Solo nos ocupamos de lo que dijisteis en la cámara.

Diputado. Sin embargo no podeis negaros á entregar mi discurso á la reina: se lo envio porque está depositado en él mi corazon y todo mi pensamiento. Se que será útil á S. M., y que solo á mí puede serme pernicioso.

El presidente. Ya que lo deseais, lo haremos.

Diputado. Asi os lo suplico.

(*Leen el discurso y prosigue el interrogatorio.*)

El presidente. Hablais aquí de ciertas relaciones que habeis oido como procedentes de S. M.; ¿á quién las oisteis?

Diputado. Si me lo preguntais como consejeros, no os contestaré, pues mi contestacion deberia considerarse como una injuria á la cámara á que pertenezco. Soy una persona pública, consejero de todo el país, y he hablado en un paraje donde segun ley puedo espresar libremente mis ideas. Como consejeros, pues de la reina, no teneis derecho de pedirme cuenta de

lo que he dicho en la cámara. Pero si me preguntais como miembros de una comision de esta ya es otra cosa.

El presidente. Os preguntamos en nombre de la cámara.

Diputado. En este caso responderé con tanto mayor gusto, cuanto mi respuesta será en muchos puntos necesariamente incompleta. Me preguntais donde y de quien he sabido lo que dije: lo oí en la misma cámara ¿de quién? no podré decíroslo.

El presidente. Esto no es una respuesta.

Diputado. No puedo dar otra mejor.

El presidente. Parece que habeis oido decir en la ciudad que S. M. no quiere que la hablen de religion ni de sucesion á la corona; ¿de aquí habeis tomado causa para peroratas, y no direis cómo lo supisteis?

Diputado. Os puedo enseñar mi discurso escrito de mi mano hace dos ó tres años. Luego no lo he hecho en vista de rumores.

El presidente. ¿Pero á quién oisteis esos rumores?

Diputado. Porque no se crea que trato de escusarme con rodeos, voy á satisfaceros: Dios sabe bien que no me acuerdo particularmente de nadie á quien se los haya oido; pero fueron unas doscientas personas en la cámara las que les daban asenso y los repetian.

El presidente. Entre tantos bien podreis nombrar algunos.

Diputado. Ciertamente que no; pues como sucede con frecuencia en nadie fijé particularmente la atencion. Por lo demás, aunque no fuera asi, tampoco nombraria á nadie. Nunca diré cosas que puedan dañar á otro, si ya no me impele un deber, y aqui no lo veo. Sin embargo, como quiero hacer patente mi franqueza, juraré sobre el Evangelio que me es imposible nombrar á nadie. ¿Pero á qué tantos dimes y diretes? Voy á citar un caso en que oí tales voces, y convendreis conmigo en que tambien las oisteis entonces.

El presidente. Decid.

Diputado. En el último parlamento (1561), Roberto Bell, que actualmente es presidente, hizo un magnífico discurso para pedir la revocacion de ciertos monopolios concedidos á cuatro cortesanos en daño de seis ú ocho mil súbditos de S. M. Disgustó tanto á algunos consejeros de la corona, que fue llamado el autor ante el consejo, y se le trató con mucha aspereza, de modo que volvió muy alterado; cosa tan sentida de la cámara, que durante quince dias nadie osó decir palabra, y aun al tratarse de asuntos indiferentes, todo eran preámbulos, todo era decir que no se interpretasen mal las palabras... Entonces todos los miembros de la cámara repetian: «Señores, no hableis contra los monopolios; la reina y el consejo se irritarán.» Supongo que lo oisteis: sed francos como yo.

El presidente. Cierto que sí. Mas ¿qué decis de la dura interpretacion que disteis al mensaje enviado á la cámara? Nunca hemos visto pintado con tales colores un mensaje real.

Diputado. Convenis en que el mensaje es verdadero.

El presidente. Está claro.

Diputado. Digo, pues, que un mensaje tal nunca podrá ser calificado harto duramente. Puede dirigirse á una asamblea reunida para el servicio de Dios un mensaje mas duro que hacerle decir: ¿vosotros no hareis prosperar el servicio de Dios? Creo que esto es muy ilegítimo.

El presidente. No podeis hablar contra los mensajes, porque la reina sola los envia.

Diputado. Si son contrarios al servicio de Dios, á la seguridad del príncipe y á los privilegios de una cámara reunida para el sosten del Estado, no debo ni quiero callar, porque mi conciencia me lo impide. Os juro que me arrepiento de haber callado en tales ocasiones, y me obligo, si Dios no me abandona, á no callar en mi vida cuando se dirijan á la camara mensajes que pongan la gloria de Dios en olvido, al príncipe en peligro, y á los privilegios del parlamento en menoscabo: tambien vosotros todos debiais arrepentiros de vuestro silencio, y renunciar á él.

El presidente. No son nuevos tales mensajes: hay otros ejemplos.

Diputado. Mal haceis en apoyar con ellos el presente. Deberíais buscar ejemplos para animar á los hombres á hacer bien, y no para infundirlos espanto.

El presidente. ¿Pero qué pretendeis calificando tan duramente este mensaje?

Diputado. Me admira esta pregunta. ¿No he dicho que él lo merecia? ¿no he alegado razones? He dicho que por él se habia manifestado la cólera de Dios contra nosotros, pues habia permitido que pudiese el corazon de la reina desechar leyes saludables, destinadas a defender su vida y su gobierno. Dije que los súbditos fieles se habian contristado, mientras que todos los papistas, todos los traidores para con Dios y S. M., se mofaban, á sus barbas, del parlamento. Esto dije: ¿acaso no pensais vosotros asimismo?

El presidente. Preciso es confesarlo; ¿mas como osásteis decir que S. M. habia maltratado injustamente á la nobleza y al pueblo?

Diputado. ¿Pudo nadie tomar mis palabras en otro sentido del que yo las dí? S. M. habia convocado el parlamento para que se ocupara en prevenir los peligros que amenazaban á su persona; nos dirigió dos bills prometiendo sancionar el que juzgásemos mas á propósito de los dos; elegimos uno, ¿no se negó su sancion? Adoptamos otro, ¿no sucedió lo mismo que con el

primero? Luego nuestros trabajos han sido vanos: todo esto es bien sabido. Os conjuro á que seais francos; ¿no se deduce que S. M. ha faltado para con la nobleza y el pueblo?

El presidente. Los hechos que alegais son incontestables.

Diputado. Luego la reina ha seguido en dos estremos una conducta peligrosa. Ante todo esto podia desalentar á sus mas fieles súbditos, haciéndolos menos capaces de servirla bien en otra coyuntura. Además, animaba á sus mas obstinados enemigos para arrojarse contra ella á cualquier empresa desesperada.

El presidente. Tambien esto es verdad.

Diputado. ¿Por qué, pues, se me pregunta como me atrevo á decir una verdad, haciendo observar á la reina tan inminente peligro? Ved ahi mi respuesta... A Dios gracias, nunca temi cuando se ha tratado de armar á la reina contra sus enemigos; temblad vosotros si os place; yo por mi parte no espero ver llegar el dia del temor. Os juro, sin embargo, que veinte veces recité agitadamente este discurso en mi casa, presintiendo que me ocasionaria disgustos; pero, en conciencia y como súbdito fiel, debi arrostrarlo todo para dar un buen consejo á mi príncipe: todo lo debia posponer á la idea de serle útil. No obstante, cuando dije en la cámara que nadie es infalible en la tierra, ni aun nuestra noble reina, me detuve, os miré y vi que mis palabras os llenaban de espanto. Entonces temblé tambien por simpatía, y vacilaba porque conocí que ninguno de vosotros levantaria la voz para defenderme. Pero el deber y la conciencia me animaron, y ahora volveria á hablar como hablé.

El presidente. Pero podiais haberlo hecho en términos mas suaves.

Diputado. ¡Cómo un miembro del consejo privado!... ¿no es verdad? No: S. M. no me hubiera entendido, y entonces para nada servia mi discurso.

El presidente. Habeis concluido.

Diputado. Gracias doy al cielo.

El presidente. El diputado no se confiesa culpable, segun esto, ni pesaroso de lo dicho, ni busca escusas.

Diputado. Mientras viva jamás creeré que haya culpa en amar á la reina, y haberla advertido del peligro. Si creeis que lo sea, esplicaos: por mi parte no puedo.

(Old *Parl. Hist.*, t. 4, p. 200—207, edic. de 1763.)

NUM. II.

ESCRITO ENCONTRADO EN EL SOMBRERO DE FELTON, ASESINO DEL DUQUE DE BUCKINGHAM.

Subsiste todavía este escrito original en poder de M. Upcott, y está concebido en estos términos:

«Es cobarde y no merece el dictado de gentil-hombre ó de soldado el que no está dispuesto á sacrificar la vida en honra de su Dios, de su rey y de su país. Nadie me alabe por haberlo hecho, antes acusense todos por haber sido causa de que yo lo hiciese; pues si Dios por nuestros pecados no nos hubiese robado el esfuerzo, hace tiempo que Buckingham no existiria.»

JOHN FELTON.

NUM. III.

SOBRE EL CARACTER DE LA ADMINISTRACION DE STRAFFORD EN IRLANDA.

En una carta que escribió Strafford á su amigo íntimo Cristoval Wandesford, le informa de cuanto ha practicado para rechazar cerca del rey y de su consejo, las acusaciones de que era blanco:

«Pido, dice, el permiso de justificarme de las calumnias que sobre distintos puntos se han vertido contra mi. Murmuran mis detractores que mas bien soy un bajá de Buda, que ministro de un rey piadoso y cristiano: sin embargo, sino me engaño mucho creo haberles dicho que soy precisamente lo contrario. Nadie probará en mi tales disposiciones; ningun amigo podrá tachar mi vida privada, ni mis relaciones de ásperas é intratables: luego, solo el servicio de S. M. ha podido obligarme á una severidad aparente. No ha sido otra la causa; he encontrado una corona, una iglesia y un pueblo en desórden: era escusado querer subsanar estos males con palabras melifluas; se necesitaba vigor. Cuando el poder se halla establecido, nada hay mas fácil que gobernarlo con cordura; pero, cuando todo se desploma, entonces se requiere sumo vigor. Cierto es mi sistema de gobierno se ha reducido á premios y á castigos: donde he encontrado un hombre útil, le he elevado; donde uno malo, le he abrumado con todas mis fuerzas: mas, en cuanto ha mudado de inclinaciones tambien yo he mudado para con él. Si esto es sumo rigor, yo por tal no lo tengo. Si supiese sin embargo que este mi modo de proceder disgustaba á S. M. me conformaria entonces á sus órdenes y seguiria el impulso de mi carácter, que consiste en vivir tranquilo y no tener cuestiones con nadie.

—Esto manifesté en el consejo, y aquí S. M. me interrumpió, diciendo que mi conducta no

era rigorosa, y que queria que continuase en ella, porque sirviéndole de otro modo lo haria mal su grado.»

NUM. IV.

MULTAS EN FAVOR DE LA CORONA IMPUESTAS DESDE 1629 HASTA 1640.

	Libras esterlinas.
Chambers, por haber rehusado el pago de derechos de aduana no votados por el parlamento, pagó la multa de.	2000
Hillyard (este y los siguientes por distintas causas ó mejor caprichos).	5000
Goodenough.	1000
Maleverer.	2000
Salisbury.	20000
El conde de Westmoreland.	19000
Lord Newport.	3000
Hatton.	12000
Watson.	4000
Roper.	4000
Leighton.	10000
Sherfield (por haber roto algunos cristales de una iglesia.)	500
Overman.	13000
Rea.	2000
Hern.	8100
Foulis (por haber hablado con irreverencia del tribunal del norte). . .	5500
Prynne.	5000
Buckner.	50
Sparks.	500
Allison y Robins (por irreverencia á un arzobispo).	2000
Bastwick por un folleto.	1000
Prynne, Burton y Bastwick.	15000
Un criado de Prynne.	1000
Bowyer (por irreverencia á Laud).	3000
Yeomans y Wright.	5000
Savage, Weldan y Burton.	3500
Grenville.	4000
Favers.	1000
Morley.	10000
Williams, obispo de Lincoln.	10000
Bernard (por haber predicado contra el uso de los crucifijos). . . .	1000
Smart.	500
	173650
Corresponden á	4.341,250 fr.

Mucho me falta para ser completa esta lista. De la obra de Bushworth podrian sacarse otros casos que aumentarian considerablemente la suma.

NUM. V.

INSTRUCCIONES DEL REY AL MARQUES DE HAMILTON TOCANTE AL SINODO DE GLASCOW EN 1638.

«Tocante á esta asamblea general, le escribia, si bien no espero de ella nada bueno, creo con todo que impedireis mucho mal, suscitando ante todo debates entre ellos sobre la legalidad de sus elecciones, y en seguida protestando contra sus procedimientos irregulares y violentos.»

Y en otra parte añadia:

«Desapruebo enteramente la opinion de los prelados que piensan ser necesario prorogar esa asamblea; prohibiéndola reunirse dañaria mas á mi reputacion de lo que sus actos insensatos pueden perjudicarme. Os mando, pues, abrirla el dia señalado; pero, si podeis, como decis, disolverla descubriendo nulidad en sus actos, nada mejor.»

(Burnet, Mem. of. the. Hamiltons, p. 82-88.)

NUM. VI.

GEFES DEL EJERCITO LEVANTADO POR EL PARLAMENTO EN 1642.

General en Gefe: Roberto Devereux, conde de Essex.
Mayor General: Sir John Merrick.
General de artilleria: John Mordaunt, conde de Peterborough.

CORONELES DE REGIMIENTOS DE INFANTERIA.

Eran veinte, notables casi todos por su valor y conocimientos militares.

COMANDANTES DE ESCUADRONES DE CABALLERIA.

Eran sesenta y cinco. Distinguiase entre ellos sir Oliverio Crómwell, que debia poco despues ser tan célebre en los anales de la Inglaterra. En sus principios constaba el ejército de veinte regimienios de infantería, que componian unos veinte mil hombres, y setenta y cinco escuadrones, que formaban el total de 4500 caballos.

NUM. VII.

SOBRE EL EMPLEO DE LOS CATOLICOS EN LOS EJÉRCITOS REALISTAS.

El 23 de setiembre de 1642, es decir, al estallar la guerra civil, y poco antes de la batalla de Edghill, el rey escribió al conde de Newcastle lo siguiente:

«Sirve la presente para deciros que ha llegado á tal punto la rebelion, que no debo ya reparar en la opinion de los que esten dispuestos á servirme: en consecuencia, os mando emplear á mis súbditos sin distincion de conciencias, atendiendo solo á su lealtad para conmigo.»

Brodie ha publicado por primera vez esta carta, copiada de los manuscritos del Museo británico.

NUM. VIII.

PETICION CONTRA LA PAZ, PRESENTADA A LA CAMARA BAJA EL 7 DE AGOSTO DE 1643, POR LA MUNICIPALIDAD DE LA CAPITAL.

«Los infrascritos peticionarios han oido decir que los pares habian pasado á esta honorable cámara unas proposiciones que destruirian nuestra religion, nuestras leyes y nuestra libertad. Sabemos por esperiencia que cuantos están dispuestos á sostener con sus bienes y sus vidas al parlamento, se hallan sumamente abatidos porque no se activa la alianza con los escoceses, el levantamiento de tropas ni el apresto de socorros. Los peticionarios recomiendan todos estos puntos á vuestro maduro exámen, y anhelando el castigo de los traidores y de los delincuentes, os espresan sus deseos.

«Haced á toda costa justicia de los criminales y de los delincuentes; y ya que hemos arriesgado y estamos prontos á arriesgar cuanto tenemos para el triunfo de tan buena causa, os pedimos que tengais á bien adoptar sin retardo, el adjunto decreto, ú otro al mismo efecto, para poder tomar las medidas que exige nuestra defensa y la vuestra, mediante el favor del cielo que siempre será atendida de vuestros peticionarios.»

Acompañaba á esta peticion la minuta de un decreto que concedia á una junta el poder de reclutar y de recibir suscripciones.

NUM. IX.

PETICION EN FAVOR DE LA PAZ, PRESENTADA A LOS DIPUTADOS EL 9 DE AGOSTO DE 1643, POR LAS MUJERES DE LONDRES.

«Vuestras pobres peticionarias, aunque del sexo débil, preven la pronta ruina del reino si no tomais medidas decisivas. Vosotros sois los médicos, que con la bendicion especial y milagrosa de Dios, podeis restablecer á esta nacion moribunda y á nuestra hermana la Irlanda, que es casi un cadáver ensangrentado.

«No debemos indicar á vuestros espíritus, cuya vista es de águila, los medios conducentes; nuestro único deseo es que siga brillando la gloria de Dios en nuestra religion; que se sostengan las justas prerrogativas y privilegios del rey y del parlamento; que las verdaderas libertades de los súbditos sean garantidas segun las leyes del pais, y que por todos los medios honrosos se nos procure la paz.

«Dignaos pues ofrecernos su restablecimiento y la prosperidad del comercio, pues ambas cosas son alma y cuerpo del Estado.

«Y vuestras peticionarias, á par de muchos millones de almas que gimen bajo el peso de la desgracia, rogarán por vosotros como deben.»

(Rushwort, part. 3, t. 2, p. 357.)

NUM. X.

DECLARACION Y JUSTIFICACION DE PYM, POCO ANTES DE SU MUERTE.

Nadie ignora con que calumnias han sido atacadas mis intenciones para con Dios, el rey y mi país. Unos me acusan de haber sido el promotor de violentas innovaciones en la iglesia anglicana; otros mas enconados sostienen que he escitado todos los desórdenes del reino; y si bien se vuelven mas estas injurias contra el que las profiere cuando las juzgan hombres prudentes, sin embargo las han oido otros que tal vez les habrán dado crédito, y por esto me decido á dar esta esplicacion.

Pasaré en silencio la causa de Strafford, en la que se han atrevido á tacharme de parcialidad y de odio, y solo me detendré en las calumnias sobre que he escitado y fomentado las disensiones tocante á la iglesia anglicana.

Cuan inverosimil esto sea quedará probado plenamente. Cuantos me conocen dirán que he sido, soy y seré protestante, sin mezcla de anabaptismo, de brownismo ni otras cosas, como han propalado algunos descontentos eclesiásticos, creyendo que mi conato era humillar la arrogante ambicion de los obispos y prelados. Sobre este punto he manifestado mi opinion como miembro de la cámara, y la creo justificada para reformar groseros abusos introducidos por la perversidad de los obispos y de sus sustitutos, todos protestantes. ¿A qué esos castigos corporales, esos destierros, esas marcas de hierro ardiente en los rostros de los condenados por asuntos de conciencia? A qué esas ceremonias griegas ó papistas que querian introducir, rejuveneciendo antiguas supersticiones? Atacar estos errores se tomará por anabaptismo ó brownismo?

(Continua aqui acriminando á los obispos y probando su protestantismo y despues prosigue:)

Pero esto es nada comparado con las calumnias de que he sido blanco tocante á mi lealtad para con S. M. sagrada; algunos sostienen que soy autor de sus disensiones con el parlamento, cuando mi lealtad para con el rey es tanta como pueda ser la de cualquier otro súbdito. Cierto es que cuando se atentaba á mi vida injustamente, cuando S. M. seguido de gente armada nos buscaba á mí y á otros honorables miembros, procuré por mi seguridad; pero esto no puede alegarse contra mí, porque el mismo rey nos declaró despues inocentes del crímen de alta traicion que se nos imputaba.

Y si este acontecimiento motivó que S. M. se alejase del parlamento, seguramente no será mia la culpa, pues tanto antes como despues me he afianzado siempre en las leyes del pais y en el poder del parlamento. Seguro intimamente de esta verdad, despreciaré toda calumnia, que nunca será un menoscabo para mi reputacion entre los hombres imparciales.

En la diabólica conspiracion de Catilina contra el senado, nadie estuvo mas espuesto al encono de los conspiradores que Ciceron, ese orador patriota, cuyo celo lo desbarató todo. Y si bien no me envanezco de compararme á tan digno ciudadano, sin embargo, alguna relacion existe entre los dos, si es dado comparar las cosas pequeñas con las grandes. Mi anhelo por la reforma politica me ha acarreado todos los odios y hecho blanco de las calumnias: con todo, ese anhelo me parece mi mérito mayor, y ya que sufro ignominias por esta causa, lo haré con sufrimiento, esperando de la misericordia de Dios que al fin reconciliará á S. M. con su parlamento. No dudo que entonces podré dar al rey pruebas suficientes de mi lealtad, aunque esté irritado contra mí: entre tanto espero que el mundo creerá que no soy seguramente el primer inocente calumniado, y que por lo tanto suspenderá su juicio.

(*Rushwort*. part. 3, t. 2 p. 373-378.)

NUM. XI.

CARTA DEL REY AL PRINCIPE ROBERTO, DANDOLE ORDEN DE SOCORRER Á YORK.

Tincknill 14 de julio de 1644.

SOBRINO:

Debo ante todo felicitarme con vos por vuestras ventajas, y aseguraros que no me son menos agradables en sí que por ser obra vuestra. Quedo enterado de que necesitais pólvora, y os la procuraré á la vez de Irlanda y de Bristol, aunque no pueda hacerlo de Oxford, donde solo he dejado treinta y seis barriles; tocante á la de Bristol tampoco os daré completa seguridad, pues es plaza amenazada de sitio.

Fuerza es ahora haceros conocer mi situacion, y espero no tomareis á mal que os dé perentoriamente las órdenes que ella exige. Si perdiese la plaza de York recibiria un golpe mortal mi causa, á menos que por una marcha rápida os reuníeseis á tiempo conmigo. Si lograis libertar á York y batir á los rebeldes de ambos reinos que la sitian, solo entonces podré mantener la defensiva hasta que vengais en mi socorro. Os mando, pues, y os conjuro en nombre del deber y de vuestra adhesion, que renuncieis á todo proyecto, para pasar con todas vuestras fuer-

zas al socorro de aquella plaza. Si la hubiesen tomado ó se hubiese levantado el sitio, ó por falta de pólvora no pudiese probar el golpe, caed entonces sobre Worcester para reuniros conmigo. Si no lo practicais como os digo, serian inútiles cuantas ventajas pudieseis obtener sobre otros puntos. Bien conocereis que solo una necesidad estrema puede obligarme á hablaros de este modo: por tanto no pongo en duda en las presentes circunstancias vuestro puntual cumplimiento en obedecer á

vuesto afecto tio y fiel amigo
CARLOS, REY.

NUM. XII.

DECRETO DE ABNEGACION DE SI MISMO, ADOPTADO EN 3 DE ABRIL DE 1645.

Está mandado por los lores y los diputados del pueblo reunidos en parlamento, que todos y cada uno de los miembros de ambas cámaras cesan dentro de cuarenta dias, contaderos desde la adopcion de este decreto, en cuantos empleos obtengan conferidos despues del 20 de noviembre de 1640, ya en propiedad ó por delegacion, por una de las dos cámaras ó por entrambas.

No toca este decreto á los que no sean miembros de ambas cámaras.

Déjase entender y se declara asimismo, que todos los provechos que resultaren de los empleos no militares ó no judiciarios, corresponden al tesoro público, quedando solo para los que los obtengan sus sueldos netos, y de ningun modo las gajes sean cuales fueren.

Por este decreto no se retiran los poderes dados á distintos comisionados en los condados, y cuya comision esté pendiente.

Se declara tambien que los miembros de ambas cámaras que antes de la reunion del parlamento hubiesen sido destituidos por S. M. y reintegrados despues por el parlamento en sus destinos, no están incluidos en la disposicion de este decreto, antes continuarán disfrutando de sus empleos somo si los hubiesen obtenido antes del 20 de noviembre de 1640.

NUM. XIII.

ESTRACTO DE LOS REGISTROS DEL CONSEJO CELEBRADO EN OXFORD EL 5 DE DICIEMBRE DE 1644.

ESTABAN PRESENTES.

El rey.
El príncide Roberto.
El príncipe Mauricio.
El lord guardasellos.
El lord tesorero.
El lord duque de Richemond.
El lord marques de Hertford.
El lord gran Chamberlan.
El conde de Southampton.
El lord Chamberlan.
El conde de Berks.
El conde de Sussex.
El conde de Chichester.
Lord Digby.
Lord Seymour.
Lord Colepepper.
El secretario Nicolás.
Y el canciller de Hacienda.

Se dió cuenta de una carta escrita por el conde de Essex á S. A. el príncipe Roberto, concebida en estos términos.

SEÑOR:

S. M. ha enviado á los comisionados de ambos reinos, reunidos últimamente en Oxford, un mensaje que contenia la demanda de un salvo-conducto para el duque de Richemond y el conde de Southampton, pero sin esplicar el motivo. Acabo de recibir de las dos cámaras del parlamento la órden de participar á V. A., que si S. M. pide el salvo-conducto de la cámara inglesa, para dar una respuesta á las proposiciones que se le han presentado, á fin de establecer una paz sólida y segura, se concederá al momento. Que es cuanto etc. etc.

(4 de diciembre de 1644.)

ESSEX.

Discutida esta carta y bien examinada, declaró unánime el consejo, que la demanda de un salvo-conducto no podia considerarse como reconocimiento del parlamento de Westminster. En consecuencia, ya que es tal el parecer de S. S., manda el rey que el príncipe Roberto conteste en estos términos:

MILORD:

He recibido de S. M. la órden de pediros el salvo-conducto consabido, para llevar á Lóndres, y á los lores y diputados reunidos en Westminster como parlamento, la respuesta á las proposiciones para el restablecimiento de la paz, etc. etc.

(Oxford 5 de diciembre de 1644.)

ROBERTO.

Esta carta ha sido enviada à Lóndres por un trompeta.

NICOLAS.

Lo que sigue era escrito de mano del mismo Nicolás.

Memorandum. De todo el consejo, el rey y yo no fuimos los únicos que no juzgamos conveniente dar el nombre de parlamento á los miembros reunidos en Westminster. El príncipe Roberto, si bien que presente, no votó, como ejecutor que debia ser de lo que ordenase el consejo; pues conforme á reglamento y á la práctica del consejo, la mayoria domina, y la minoria debe firmar lo que aquella determine.

N.

NUM. XIV.

CANCION DE LOS CABALLEROS CONTRA LESLEY Y LAS TROPAS ESCOCESAS LLAMADAS DE INGLATERRA AL SOCORRO DE LA ESCOCIA PRESBITERIANA VENCIDA POR MONTROSE.

I.

Adelante! ¿cómo no marchais adelante y en buen órden, perros de redencion? Llegad antes que pasen hácia acá los gorros azules de Montrose. Predicad, orad, desgañitaos noche y dia: triunfareis de la iglesia que es para vosotros una ramera; bailad con la sangre hasta las rodillas, sangre de los enemigos de Dios: las bellas escocesas os arrullarán hasta adormeceros.

II.

Adelante! adelante, escoria de perversidad! nada manchará la gloria que os espera; adelante, adelante, estiercol de santidad! Marchad y alegraos: no subireis al cadalso, sino á la fé, á la esperanza. La Escocia está sedienta de verdades: ¡cuánto ganarán en gracia esas jóvenes, raza elegida, rollizas como nabos, y gordas como reses que van al matadero!

III.

Adelante! adelante, zurrriagos de la herejía! abajo la iglesia de los hipócritas! Adelante, adelante, y caiga la supremacia y el órgano que da tan bellos sonidos! Abajo los curas y vicarios de la iglesia anglicana! Jockey llevará la capilla por sombrero, y Jenny la sotana por jubon.

IV.

Adelante! adelante, benditos foragidos! cantad marchando himnos de alegría; adelante, adelante, bandidos santificados! Elegidos del cielo, marchais á la gloria. Guerreros piojosos, blanco de la miseria, objeto de risa y de desprecio; ¡ó alcurnia bienaventurada! jamás, jamás brilló tan radiante la gracia: ejército de justos, adelante!.... á la carnicería!

NUM. XV.

PIEZAS RELATIVAS A LA INTERVENCION DE LOS ESTADOS-UNIDOS EN FAVOR DE CARLOS I.

La primera es una minuta de lo que S. A. R. el príncipe de Gailes hizo representar de su parte y en su presencia á los Estados generales de las Provincias-Unidas, el 23 de enero de 1649. Se conserva lo mismo que las demás en los archivos de los Paises-Bajos

Espone el príncipe los peligros que amenazan la vida del rey su padre, sus ideas de paz: el modo como el ejército se habia apoderado de él, encarcelando al propio tiempo á cuantos miembros del parlamento hubieran dado oidos á una transaccion.

«Es tal, dice la minuta, el estado de ese reino, y se encuentra tan oprimido el monarca, que no fué permitido á un gentil-hombre, enviado espresamente por S. A., el verle. El parlamento del todo disperso; apenas han quedado cincuenta personas de mas de quinientas en la cámara baja; y las casas de los que han unánimemente reusado su concurrencia á estos actos violentos, se ven aniquiladas por una declaracion de estos pocos diputados á quienes pertenece todo poder soberano de aquel reino sin rey y sin nobles. De modo que no se juntan ya los miembros del parlamento sino aquellos que se avienen ó niegan lo que resuelve un consejo de guerra constituido para gobernar el Reino. A este efecto han publicado una ordenanza que contiene el modelo de un nuevo gobierno que se quiere establecer dando al traste con el parlamento, como lo han hecho con el rey, revolviendo la constitucion del reino y todas las leyes de este, y esponiendo la religion protestante á la invasion de mas herejias y cismas que jamás han infestado la Iglesia cristiana

No contentándose con esta confusion, han nombrado comisionados para procesar á la persona de S. M., al parecer para deponerle ó quitarle la vida; lo que no podrá recordar S. A. sin horror.

Cuanta influencia pueden tener estos procedimientos, en el interés y sosiego de todos los reyes, principes y estados; como este estravagante poder, que ellos han usurpado, puede turbar la tranquilidad de sus paises vecinos, y lo que la religion reformada puede sufrir por los actos escandalosos de los que la profesan, no hay necesidad de que S. A. os lo haga considerar; pero se contenta con hacer esta narracion del estado miserable en que está al presente el rey y la corona de Inglaterra, seguro que sus señorías querran comportarse bien hácia un tan buen amigo y aliado. De esta suerte S. A. se promete de la amistad y prudencia de sus señorías, que le asistan con sus consejos, porque la estrema necesidad presente del rey, su padre asi lo requiere, y ambos quedarán siempre obligados á contribuir con su poder al sosten y engrandecimiento de los interses, grandeza y felicidad de sus señorías.»

A vista de esta representacion del príncipe de Galles los Estados generales resolvieron enviar á Londres como embajadores estraordinarios, los señores Alberto Joaquin y Adrien de Pauw, dándoles las siguientes instrucciones.

NUM. XVI.

INSTRUCCIONES PARA LOS SEÑORES EMBAJADORES DE SUS ALTAS POTESTADES, ENVIADOS A LONDRES EN EL AÑO 1649.

Los señores embajadores representarán al parlamento que las consecuencias del encarcelamiento del rey pueden ser en pro ó en contra del reino de Inglaterra, segun la moderacion ó dureza con que se trate á su persona; porque todos los neutrales saben, que la desgracia en que actualmente se encuentra, le ha sobrevenido por ser de contrario parecer al que ha prevalecido en cuanto á los medios que se han de emplear para remediar los males que afligen la Gran-Bretaña. Como todavía se está á tiempo de remediar estos males, suplican al parlamento no tolere, y que se valga de toda especie de pretestos para aliviar las penalidades del preso y hacerle menos desgraciado de lo que es en este instante. Suponiendo que el partido vencido hubiese quedado vencedor, tal vez hubiera querido juzgar con severidad las acciones de sus adversarios, rehusándole todos medios de defensa; pero señores, los Estados generales persuadidos de la fe de todos aquellos que escucharán la proposicion de los señores embajadores, supone tambien que se harán á si mismos la reflexion de que esto no seria justo, y aprobarán el axioma: ***Politicum in civilibus dissentionibus quambis sæpe per eas status lædatur, non tamen in exitium status contenditur, proinde qui in alterutras partes descendunt hostium vice non habendi.***

Los Estados generales saben que vuestras escelencias han nombrado comisionados estraordinarios para examinar el asunto del rey; confian tanto en la eleccion de vuestras escelencias, como en la buena fe de los dichos comisionados, que darán en la mencionada causa una sentencia que pueda ser examinada por todo el mundo y aprobada un dia por el Juez supremo, ante quien somos todos responsables. Todos los hombres de bien esperan, que en un negocio de tal importancia, se procederá sabia y cristianamente.

La esperiencia de todos los tiempos ha demostrado, que la desconfianza se introduce fácilmente en los gobiernos: que en aquellos que se componen de muchas personas, es de ordinario un poderoso aguijon; que en fin, no hay que temer deshonor cuando se trata de salvar el Estado, lo que hace legítimas y laudables todas las zozobras. Con todo, nada hay mas sensible que abandonarse á sospechas sin límites, que hacen interpretarlo todo en mal.

Si vuestras escelencias han pensado que alguna desgracia amenaza al reino de Inglaterra, impidiéndola lo cumplen todo. Cada cual sabe bien que acontece aun á los mas sabios que gobiernan una república mezclar en los negocios algo de sus sentimientos particulares; y que no faltar jamás en el manejo de grandes negocios es una perfeccion sobrenatural fuera del alcance de los mortales, á los que se les debe perdonar algun defecto.

Esto es, señores, lo que los Estados generales suplican á vuestras escelencias tengan en consideracion, persuadidos que lo harán con la mayor sabiduría. A pesar de la desconfianza con que miran vuestras escelencias á tan alto personaje, deben pesar en la balanza ese largo encarcelamiento (pues que por sí solo ya segun las leyes vigentes es de mucho castigo), y tener en consideracion los eminentes servicios hechos al rey de Inglaterra por él y sus antecesores reyes y reinas. Vuestras escelencias se compadecerán y cuidarán: ***Ut eximatur periculo, qui est inter vos celebri fama ne ipsis opprobio multi magis ac magis alienentur.***

Importa mucho al bienestar del reino de Inglaterra que vuestras escelencias procedan en consecuencia siguiendo el consejo de aquel romano que lo daba para asegurar las medidas del consulado de Pompeyo, no anular nada de los gobiernos antecedentes, sí solo ser prudente para lo suscesivo. Se puede aplicar y con razon á las actuales circunstancias la escelente precaucion que otro empleaba para garantir su propia estátua, impidiendo derribar la del enemigo á quien habia vencido. De esta suerte rogamos á vuestras escelencias, que en un negocio de tanta importancia, que puede ser fuente de tantos inconvenientes, manifiesten su bondad hácia un alto personaje preservándose de la vergüenza é ignominia; porque no se puede tratar

con hombres que se engrian con el deshonor. Suplicamos pues al parlamento que ponga en libertad al rey.

Los señores embjadores deben de este modo siguiendo las circunstancias, ***mutatis mutandis***, esponer las sobredichas consideraciones al General Fairfax y al consejo del ejército, añadiendo que su mérito distinguido les ha dado tanta autoridad en el reino de Inglaterra, que todo depende de ellos y versa sobre sus intenciones. El motivo porque los Estados generales encomiendan este negocio á su gran sabiduria, es porque no son solamente ellos para la Inglaterra (la que ha puesto en ellos sus mayores esperanzas) un escudo y espada en tiempo de guerra, sino que tambien un auxiliar del rey en su desgraciada situacion, dirigiendo las discusiones públicas hácia bueno y moderado fin, de lo que se aprovechará el reino y ellos mismos adquirirán una gloria inmortal. Con su magnanimidad harán derramar lágrimas de alegría á la mayoría de sus conciudadanos, que en este instante están próximos á llorar de pesar. En la antigüedad, se decia que los siracusanos solo eran el cuerpo y los miembros, y que Arquímedes era el alma que les hacia obrar: lo mismo se puede decir y con mucha mas razon del reino de Inglaterra y de su escelencia, como del consejo del ejército: este cuerpo y estos miembros no seguirán pues en este negocio sino la direccion que su escelencia y el consejo del ejército les inspirarán con sus sabias reflexiones. Brillarán de esta suerte sus buenas cualidades, con mas gloria y esplendor, y el bien recaerá sobre todos los habitantes del reino. Los señores embajadores añadirán aun, que ha habido tambien un gran capitan, sabio diplomático, quien se gloriaba de no haber jamás hecho derramar lágrimas en su país, mirando como el fruto mas dulce de sus victorias, el poder saludar cada dia á todos sus conciudadanos, siguiendo aquel proverbio: «La clemencia hace amar y venerar á cuantos la usan, y la severidad lejos de quitar los obstáculos y dificultades, por lo comun las aumenta y multiplica.»

Los médicos prudentes temen tambien emplear remedios demasiado fuertes, porque estos por lo comun arrojan del cuerpo enfermedad y vida, y prefieren servirse para mayor seguridad de lenitivos.

Si su escelencia y el consejo del ejército obran así, los corazones de los súbditos de buena opinion de Inglaterra, se unirán á ellos con sincera amistad, mejor y mas poderosa para consolidar un estado que las mas pesadas cadenas.

Los Estados generales juzgan invencible al reino de Inglaterra si su escelencia en union con el consejo del ejército quiere afianzarse sobre bases tan justas para con el mundo como gratas á Dios, las que por otra parte son conformes al carácter ingles y al estado de sus negocios. Los estados generales suplican en fin á su escelencia y al consejo del ejército, quieran abrazar y emplear los sobredichos medios, á fin de que el rey sea aliviado en su prision y puesto en libertad.

NUM. XVII.

PRIMER PARTE DE LOS SEÑORES EMBAJADORES ESTRAORDINARIOS EN INGLATERRA, A LOS ESTADOS GENERALES.

Altos y Poderosos Señores.

Llegamos aquí el 5 del corriente por la tarde, fuimos recibidos con mucha dificultad por el maestro de ceremonias del parlamento, al instante pedimos y solicitamos audiencia para el otro dia; despues de lo que muy entrada la noche hemos presentado nuestros primeros despachos. Desde muy de mañana, el 6 hicimos pedir por nuestros secretarios y maestro de ceremonias la presentacion á las dos cámaras del parlamento. En contestacion el presidente de la cámara alta nos mandó decir, que la dicha cámara no se volveria á reunir hasta el lunes, y el de la cámara de los diputados, que á pesar de algunos disturbios particulares, encontraban á bien nuestra peticion, y que mirarian como poder llevarla á cabo. Nuestros secretarios esperaron la respuesta; el dicho presidente nos hizo saber despues del medio dia que la cámara no habia podido tener sesion por la mañana, porque los miembros de que se componia debian asistir al supremo tribunal de justicia; y que por este motivo se habia visto obligada á diferir su reunion hasta el lunes próximo. Como al instante supimos que en el mismo dia el supremo tribunal de Justicia habia pronunciado la sentencia de muerte del rey en su misma presencia, llegamos el doningo 7 del corriente (aunque escluye aquel dia toda profana ocupacion) con muchos pasos á obtener la mañana misma una audiencia particular con el presidente de la cámara baja, despues con el de la alta, y por último, despues de medio dia (pero no sin mucho trabajo) fuimos admitidos en presencia del general Fairfax, el teniente general Cromwell, y los principales oficiales del ejército, que en aquel mismo instante estaban reunidos en casa del general. Hicimos todas las posibles reflexiones á dichos presidentes, al general, al teniente general, tanto en particular como reunidos: hemos apoyado nuestras solicitudes en los mas poderosos motivos, para obtener un sobreseimiento de la ejecucion del rey, (la que suponian prefijada el lunes) hasta tanto que hubiésemos sido oidos por el parlamento; pero solo obtuvimos diferentes respuestas dictadas ya por las disposiciones ó carácter de cada uno.

El lunes 8 muy de mañana enviamos otra vez recado á los presidentes de las dos cámaras, instándolos para que nos hiciesen recibir en audiencia; y despues de haber hecho esperar en Westminster á nuestros secretarios, como igualmente al maestro de ceremonias, hasta despues de medio dia, vinieron á anunciarnos de repente, sin que nos quedase medio cuarto de hora, que las dos cámaras antes de ir á comer nos recibirian, y que debiamos ir á las dos á la cámara alta y á las tres á la baja. Nos conformamos con esto, nos conferimos á la cámara alta, en la que habia muy pocos pares, como tambien á la cámara de los diputados, donde solo habia cerca 80 miembros. Despues de haber verbalmente espuesto y remitido por escrito la sustancia de nuestras instrucciones, dirigiéndonos principalmente á que se suspendiese la ejecucion del rey hasta que hubiésemos en una segunda audiencia ó en conferencias sucesivas espuesto motivos mas poderosos para salvarle la vida, ó á lo menos para no proceder precipitadamente á la ejecucion de su sentencia de muerte, nos fue respondido por los dos presidentes que nuestra proposicion seria discutida.

Los miembros de la cámara alta votaron que las conferencias para este objeto tendrian principio inmediatamente: pero como el dia estaba tan adelantado y los miembros de la cámara baja nos esperaban para la audiencia y se levantaban para retirarse antes que tuviésemos tiempo para trasladarnos á ella, hicimos á toda prisa traducir en ingles nuestra proposicion, y la pasamos á manos del presidente de la cámara baja, y luego á las del de la cámara alta.

Con todo, habiendo visto ayer al pasar por Witehall que se hacian preparativos, segun decian, para la ejecucion, y habiendo hablado esta mañana largo tiempo con los comisionados por la corona de Escocia para conservar si fuese posible la vida al rey; en fin, continuando en pedir por medio de nuestros secretarios, ó alguna respuesta ó una nueva audiencia, hemos probado por intervencion de los comisionados escoceses de hablar aun otra vez al general, y le hemos encontrado á eso de medio dia en casa de su secretario en Witehall. El general por nuestras vivas y precisas instancias, nos dijo que iba al instante á Westminster, para recomendar al parlamento la contestacion y sobreseimiento que pediamos, y que á este efecto se le reunirian algunos oficiales de graduacion.

Encontramos sin embargo delante la casa en que habiamos hablado al general cerca dos cientos caballos, y hemos reparado, tanto por las calles como al entrar en nuestro domicilio, que todas las avenidas y plazas de Lóndres estaban ocupadas por tropas, sin que por ellas se pudiese pasar, y que los alrededores de la municipalidad estaban llenos de caballería; de tal suerte, que no se podia entrar ni salir. Nosotros no podiamos por consiguiente hacer nada mas. Ya dos dias antes de nuestra audiencia, personas dignas de crédito nos habian asegurado, que ningun paso ni intercesion del mundo podrian lograr nada, y que solo á Dios era dable impedir la ejecucion; esto mismo con mucho sentimiento nos habian ya dicho los comisionados escoceses. Asi quedó comprobado por los sucesos, porque aquel mismo dia entre dos y tres el rey fue conducido á un patibulo, enlutado, construido delante de Witehall. Su Majestad (asistido del obispo de Lóndres, quien segun se asegura, le ha suministrado al amanecer el viático, y le ha consolado) despues de haber dicho algunas palabras, ha entregado su Jarretiere, el corazon azul y su capa, se ha quitado él mismo su ropilla, y ha mostrado mucha firmeza en toda su conducta. Finalmente apoyándose sin ayuda de nadie sobre el tajo le fue cortada la cabeza y levantada al aire para mostrarla á la muchedumbre.

Esto es lo que con sumo pesar debe anunciar á VV. AA. y PP. SS. Hemos hecho todo lo posible para cumplir la comision. Con todo, como aqui todo se cuenta de mil modos, rogamos á VV. AA. y PP. SS., que solo crean lo que nosotros decimos, pues es la pura verdad.

No nos atrevemos á escribir á VV. AA. y PP. SS. las otras noticias que sobre el particular hemos recogido, porque están tomados todos los caminos y puertos de mar. Solo añadiremos, que el rey sobre el cadalso encargó se siguiese la religion católica romana, que se acatasen los derechos del príncipe su hijo: añadiendo, que en su conciencia moria libre de haber derramado ninguna gota de sangre escepto la del conde de Strafford. Inmediatamente despues de ejecutada la sentencia fue publicada y proclamada por toda la ciudad á son de trompeta.

Por ahora suplicamos al Todo poderoso se digne conservar á VV. AA. y PP. SS., etc.

Firmado.—Alb. Joaquin.

Lóndres 9 febrero de 1649.

NUM. XVIII.

SEGUNDO PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Con nuestro primer parte de 9 de este mes, hemos circunstanciadamente informado á VV. AA. y PP. SS. de todos los pasos que hemos dado cerca de los principales funcionarios y personajes del pais como tambien de las solicitudes que hicimos, y de las proposiciones que hemos trasmitido públicamente y por escrito á las dos cámaras del parlamento (de lo que insertamos copia en el presente, no habiéndonos permitido el tiempo verificarlo en el anterior). Di-

jimos asimismo que estas proposiciones quedaron sin respuesta, como tambien la demanda de ser admitidos á una segunda audiencia, y fueron seguidos inmediatamente de la ejecucion del rey, y la prohibicion so pena de alta traicion, de irrogarse ninguno la autoridad monárquica, ó reconocer y favorecer el gobierno del principe de Galles, ó de otro cualquier pretendiente á la sucesion real.

Ya antes de este suceso supimos, y despues se realizaron nuestros temores, que se ha resuelto por estas autoridades abolir del todo el gobierno monárquico, y establecer otro del todo diferente; porque se dice aquí públicamente que los sucesores del difunto rey serán sin ninguna escepcion escluidos para siempre de toda soberanía en este país, sin que se pueda conjeturar todavía que especie de gobierno reemplazará al que se acaba de abolir.

Hemos tambien sabido que el parlamento ha nombrado comisionados para ir á toda prisa á Escocia, y se presume que será para establecer allí el mismo sistema de gobierno que en Inglaterra. Tanto en público como en secreto se asegura que los señores de la cámara alta están muy descontentos de la ejecucion del rey, y tampoco van acordes con los de la cámara baja en cuanto á cambio de gobierno. Se cree que la Escocia quiere permanecer fiel al gobierno monárquico y sus antiguas leyes. Es difícil prever el rseultado del cambio en estas dos naciones, y aunque la pública tranquilidad no se ha turbado en esta capital por la suma vigilancia de las autoridades, ignoramos el estado de las provincias.

Ayer nos visitó el teniente general Cromwell, habló con mucho respeto de VV. AA. y PP. SS., se trató entre otras cosas de la religion, y dijo que con ayuda de VV. AA. y PP. SS. pensaba establecer un nuevo sistema con mejor organizacion.

El conde Denbygh, que igualmente nos visitó ayer, habló acerca de muchas cuestiones relativas al gobierno pasado y al futuro; de esto hemos inferido que hay aun muchos negocios que arreglar, y que las medidas que se pretenden adoptar no dan ninguna luz sobre su objeto. Como con el desgraciado acontecimiento de la muerte del rey termina nuestra embajada estraordinaria, haremos lo posible para que nuestra mision no se muestre muy desairada, y progresen nuestras relaciones con este pais á satisfaccion de VV. AA. y PP. SS.

Terminadas las funciones del supremo tribunal de justicia, se han instituido nuevos tribunales estraordinarios para juzgar á los pares y otros ilustres prisioneros, como el duque de Hamilton, el conde de Holland, milord Goring y otros; los de menor clase serán juzgados por tribunales ordinarios; los prisioneros de guerra lo serán por la comision militar.

Entre otras cosas se trata en el parlamento de que los de nuestra nacion gocen aqui de los derechos de navegacion, comercio y fabricacion, igualmente que los ingleses. Como ya sabemos estas disposiciones se nos ha dado a entender que se nos harian sobre este particular proposiciones.

Suplicamos al Todo-poderoso conserve, etc. *Firmados.*—Alb. Joaquin y A. Pauw.

Lóndres 12 febrero de 1649.

NUM. XIX.

TERCER PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Despues de la muerte del rey hemos recibido la visita del embajador español, y las hemos devuelto al frances y á los comisionados escoceses; todos sienten la muerte del rey, aunque el frances dice que ya sabia de ante mano cuanto sucederia.

El embajador de España D. Alonso Cárdenas, nos ha dicho haber recibido ayer órdenes de su rey para intervenir en este negocio, pero tanto él como el frances opinan que ha finido su embajada por la inopinada muerte del rey de Inglaterra, y que no pueden mezclarse en nada hasta haber recibido nuevas órdenes. Los comisionados escoceses por lo mismo tampoco quieren obrar hasta estar debidamente autorizados por su parlamento actualmente reunido.

La opinion general es que el gobierno cambiará completamente; que la casa real queda arruinada; que quizá se seguirá el de Venecia, ó los Estados-Unidos, ó de otra república. Sabemos que nueve miembros de los pares y diez y ocho de la cámara baja, se han reunido para una nueva constitucion. El 13 de este mes es el dia prefijado para la reunion en audiencia de los jueces del rey en Westminster-Hall, pero nos acaban de asegurar que la sesion no tendrá lugar: los jueces han alegado no estar bastante autorizados, que sus funciones acabaron con la muerte del rey, y que no pueden aceptar con tal prontitud una nueva comision. Continuamos sin poder atinar el resultado que tendrán estos acontecimientos. En todo debemos decir que hasta ahora no se ha turbado la pública tranquilidad.

El Todo-poderoso guarde etc. Firmados.—etc.

Lóndres 15 febrero de 1649.

NUM. XX.

CUARTO PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Desde nuestro último parte han ocurrido cosas mas interesantes. La cámara baja ha deter-

minado que cese de existir la de los pares; de modo que aunque los miembros conservan los mismos títulos y son aptos para cualquiera dignidad, solo habrá en Inglaterra una cámara que será la de los diputados, y los miembros de la de los pares no serán admitidos mas que como simples diputados nombrados por las provincias. El 17 la cámara baja abolió para siempre la dignidad real en Inglaterra. Sabemos que esta cámara solo se reunirá una vez cada dos años por un tiempo limitado, y que el poder ejecutivo lo tendrán treinta ó cuarenta miembros, entre los que podrá haber unos doce pares. Esta junta mientras descanse el parlamento representará el soberano poder. Este último no está tan definitivamente arreglado como las medidas antecedentes. La cámara de los diputados se ha completado con muchos nuevos miembros, quienes han tenido de ante mano que renunciar á sus opiniones antecedentes, se dice que al primer dia se procederá á la eleccion de nuevos jueces del superior tribunal, los de paz y otros inferiores.

El conde Denbygh, presidente de la cámara de los pares no habiéndonos podido trasmitir un mensaje el 17 nos visitó el 18, informándonos de como se disolvió su cámara, y dándonos la respuesta á nuestras proposiciones. Despues de habérnosla leido, nos dió una copia, que remitimos, y ha guardado el original para seguridad personal, añadiendo era el acto de disolucion, pues no quisieron concluirla sin dar á VV. AA. y PP. SS. una prueba de su afecto.

La cámara baja nos envió igualmente el maestro de ceremonias, para decirnos que esperaban que nos presentásemos á recibir la respuesta á nuestras proposiciones. A lo que hemos contestado, que cuando la cámara nos señalase el dia nosotros iríamos.

Desde la desgracia de la muerte del rey no insistimos en recibir la contestacion, y aunque no oimos mas hablar de ella, hemos sabido que se habia publicado una fórmula en la Gaceta de esta ciudad, sin que nos hayan trasmitido ninguna noticia oficial.

El 16 de este mes algunas compañías de infantería han marchado hácia Bristol, donde habrá sin duda estallado alguna revolucion contra los actos del parlamento. Sin embargo aquí y en las cercanías se goza de tranquilidad.

Hoy han comparecido ante el supremo tribunal de Westminster-Hall, algunos lores acusados, entre ellos Hamilton, Holland, Goring, Capel y sir John Ower; despues de sus interrogatorios han sido vueltos á sus respectivos encarcelamientos.

Acabamos esta suplicando á la divina Providencia, etc.

FIRMADOS.—ETC.

NUM. XXI.

QNINTO PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Por los despachos que hemos visto de los comisionados de Escocia, sabemos que en aquel reino acaba de ser proclamado el príncipe de Galles por rey de la Gran-Bretaña, de Francia y de Irlanda, y que ya se habia espedido un estraordinario para el monarca. El parlamento ingles está muy descontento de esta medida, y mas que todo de que no se hayan contentado con darle el solo nombre de rey de Escocia. Las levas de tropa se van haciendo en secreto, y su salida para Escocia es continua: se presume que han perdido mucha gente por allá. La capital continua tranquila. No nos admiraria que dentro de poco hubiese treinta buques preparados, atendida la prisa que se dan en ello. Dicen que han de llegar sesenta, y que tres comisionados del parlamento tomarán el mando, no se cree que lo tenga ni se menciona para ello al conde de Warwick. El último lúnes, 22 de este m s, nos vino á anunciar el maestro de ceremonias, que el miércoles seriamos recibidos en audiencia para saber la contestacion á nuestras proposiciones. El miércoles sin embargo nos avisó que la audiencia seria el jueves próximo. Efectivamente, aquel dia nos vino á buscar con los carruajes de costumbre, y fuimos presentados en audiencia. Estando allí sentados nos leyeron la contestacion, á la que solo manifestamos, que despues de haberla vuelto á leer la remitiriamos á nuestro gobierno; y que como pensábamos marchar en breve nos despediamos del parlamento en calidad de embajadores estraordinarios. En la cámara habia muchos mas miembros que la primera vez. El nombramiento de muchos diputados ha sido el primer cuidado de la asamblea. Los jueces del reino fueron igualmente nombrados la última semana.

Habiendo recibido de VV. AA. y PP. SS. la órden de marchar y hechos ya de ante mano los preparativos, lo efectuaremos prontamente.

Los prisioneros de Estado, como el duque de Hamilton, lord Goring, lord Capel y sir Jonh Ower, han comparecido ya muchas veces ante el supremo tribunal de justicia. El primero ha alegado la declinatoria de fuero, pero no le ha sido admitida, y se le han nombrado defensores de oficio. Los otros solo atienden á su defensa. Contra lord Capel han comparecido como testigos el general Fairfax y el comisario general Ireton. Esto hace temer mucho por la suerte de tan notables personajes.

Acabamos invocando, etc. FIRMADOS.—ETC.

Lóndres 26 febrero de 1649.

INDICE

DE LOS LIBROS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.









